

# SUCIOS Y MALVADOS

Juanjo Braulio

se



Lectulandia

Tras deslumbrar con su primera novela, *El silencio del pantano*, calificada de «obra maestra» por la crítica y cuya adaptación al cine ya está en marcha, Juanjo Braulio regresa a las librerías con este monumental thriller literario que combina una trama policiaca impecable con una gran reflexión sobre la justicia, el sexo, el poder y la violencia contra las mujeres. Un grupo de prostitutas que acuden a rezar a la Virgen de las Rameras en un edificio abandonado; un músico que jamás ha logrado superar el secuestro que sufrió cuando era niño; un abogado sin escrúpulos; un notario con oscuros gustos sexuales; un contenedor de transporte marítimo con un siniestro contenido; un hombre que aparece ahorcado en un lugar exacto donde estuvo hace siglos la entrada al barrio de los burdeles... Braulio presenta un juego diabólico formado por distintas tramas que la inspectora Roma Besalduch luchará por conectar, buceando en las profundidades y los secretos de una Valencia entre cuyas negras sombras se ocultan sus habitantes más sucios y malvados.

**Lectulandia**

Juanjo Braulio

# **Sucios y malvados**

ePub r1.1

Piolin 05.10.2017

Juanjo Braulio, 2017

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi hermana Amparo, porque ella puede con todo.  
Para mi hermana Laura, porque nada puede con ella.  
Y para Yolanda, por tener tantas ganas de leer este libro.

¿Es usted un demonio?  
Soy un hombre. Y por tanto,  
tengo dentro de mí todos los demonios.

*El candor del padre Brown,*  
G. K. CHESTERTON

Pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.

*Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías,*  
FEDERICO GARCÍA LORCA

Somos las hijas de la negra noche.  
De todas las moradas arrojamos a los asesinos.

*Las Euménides,*  
Acto II. ESQUILO

## Anacrusa

Aferra el teléfono en la mano. Clava los ojos en la pantalla como si pudiera provocar que el aparato reaccione ante la fuerza de su mirada impaciente. Aunque sabe que es imposible que Lorena, su mujer, haya concluido la gestión en el banco, contempla el reloj digital del dispositivo con la angustia que sufre en exclusiva quien quiere que el tiempo pase deprisa y que los guarismos que indican la hora cambien con mayor celeridad. Sin embargo, los números se mantienen fijos con la misma indiferencia que él muestra hacia la monumental juerga que sus compañeros de trabajo están celebrando en la nave. A pesar de que se ha alejado del recinto, percibe con nitidez el jolgorio que provocan las más de cincuenta personas que aún ríen, lloran, gritan, cantan, beben, se besan y se abrazan entre chillidos y expresiones de incrédula felicidad.

Ya son más de las cuatro y la tarde invernal se muere. Incluso en la luminosa y cálida Valencia, a veces, hace frío, si bien solo lo parece los escasos días que, como hoy, el cielo está gris aunque para los juerguistas es la jornada más feliz de sus vidas. El enjambre de periodistas con sus cámaras y micrófonos se marchó hace un rato, pero ellos aún siguen allí, festejando su buena fortuna. Mientras la inmensa mayoría del país se consuela pensando que lo importante es mantener la salud, ellos celebran que, además de estar más o menos sanos, también son ricos. Muy ricos. Les ha tocado la lotería. El primer premio. El Gordo. Y por eso, además de salud, tienen dinero. Mucho dinero. Como todos los años, don Augusto Tejedor Machancoses, el anciano jefe ya jubilado pero todavía uno de los dueños del negocio, había sido el encargado de hacerse con los décimos del número 22.574, la fecha en la que se fundó la empresa. Como un papanoel de cara cuarteada por el salitre y dientes manchados por su afición a los puros caliqueños, don Augusto ha apuntado, adquirido, cobrado y entregado los décimos, enteros o compartidos, a los trabajadores de la empresa que fundó hace cuarenta años. Todos tenían su pequeño papel timbrado con la cifra mágica, comprado más por miedo a que le toque a todo el mundo menos al que pecó de tacaño que por convicción o ilusión de ser agraciado. Hasta hoy, esa combinación numérica había servido para malgastar el importe de la apuesta en el rito inútil de jugar al sorteo extraordinario de lotería que anuncia que, en España, ha llegado la Navidad. Cada décimo, que a las nueve de la mañana podía intercambiarse por un improbable sueño de riqueza o por un simple hábito repetido, vale ahora 400.000 euros. O incluso mucho más, porque la suma implica cancelación de hipotecas, ayuda a los hijos en paro, coches nuevos o viajes que solo se podían soñar. En definitiva, el 22.574 trae entre los caprichosos misterios del azar matemático y de la probabilidad remota la simple y pura tranquilidad para quienes, como ellos, no tienen, no han tenido y no iban a tener nada más que un sueldo ganado a madrugones y, encima, se sentían afortunados por ello. Pero ha sido esta mañana del 22 del diciembre cuando han sabido lo que es, de verdad, tener suerte.

Las nubes han pintado el cielo de un blanco lento y pesado hasta difuminar el horizonte y emborronar los contornos del mar y la tierra. El viento de levante anuncia que el temporal no está lejos. Sin embargo, José Vicente Muñoz, o Josevi, como le llama todo el mundo, es tan ajeno a los avisos de la tormenta como sus compañeros de trabajo, aunque por razones bien distintas. Sigue mirando el teléfono bajo la luz lechosa. Nota la rigidez en la espalda y el escozor en los ojos provocado por la noche en vela. Ni el cava ni los otros licores que han corrido a espuestas desde que en la nave se supo la buena noticia han logrado calentarlo. Por fin, el teléfono despierta. La imagen de Lorena, sonriente y abrazada a las dos niñas, se enseñoorea de la pantalla del móvil. No deja, siquiera, que el timbre llegue al segundo tono para contestar:

—¿Lore? ¿Lorena? —Casi grita—. ¿Ya está?

—¡Sí, Josevi, sí! —La voz de su mujer se atropella en el auricular, mezclada entre hipidos llorosos y risitas de felicidad—. ¡Aún estoy en el banco, en el despacho del director de la sucursal! Ya están los dos décimos guardados aquí y tengo el recibo del depósito y me ha dicho que ellos harán la retención y que, con más calma, nos aconsejarán qué hacer con el dinero y...

—Pero, podemos cancelar la hipoteca, ¿no? ¿Y lo de las tarjetas también?

—Sí, claro, claro. Pero es que me ha dicho que hay que mirarlo todo con tranquilidad porque, de cada décimo, Hacienda se queda el veinte por ciento y si no lo empleamos bien, al año que viene nos pueden dar un palo que te cagas en la declaración de la renta. Además...

—Sí, sí, claro. —Josevi la vuelve a cortar—. Lo que él te diga, que para eso es el que manda ahí y sabe de números.

—Vale, vale. Oye, ¿vas a tardar mucho o qué? Si quieres voy para allá y me uno a la fiesta. Le digo a mi madre que recoja a las niñas del colegio y...

—¡No, no! —La interrupción es colérica, casi grosera, aunque espera que Lore no lo note—. ¡Aquí ya estamos acabando y, además, llevo toda la noche en pie y estoy reventado! No vengas.

—Vale, vale. Como quieras. —La felicidad y la emoción quiebran de nuevo la voz de Lorena al otro lado del teléfono—. ¡Ay, Dios mío, Josevi! ¡Que somos ricos!

—¡Que sí, cariño, que sí lo somos! —El marido nota el temblor en la garganta, pero lucha para que no se le note—. Oye, una cosa importante. Que... que... que... ¡Que te quiero mucho, joder! Y a las niñas también. Y lo de la lotería y la pasta y eso está de puta madre, pero vosotras sois lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—¡Uy, qué ñoño te estás poniendo! —Lorena ríe al otro lado del teléfono—. ¡Cómo se nota la noche en vela, que te has pasado la mañana de fiesta y ahora te está dando la borrachera llorona!

—No, en serio, Lore. Que te quiero. —Las lágrimas bajan por sus mejillas como dos serpientes brillantes que reptan entre la barba cerrada—. ¡Que te quiero muchísimo, hostia! ¡Y a las niñas también!

—¡Que sí, tonto! ¡Que ya lo sé! Y ahora, con más de seiscientos mil euros en el



banco —estalla en carcajadas—, ¡nos vamos a querer muchísimo más!

—Lore, te quiero. De verdad, te quiero. De verdad, cariño. Que te quiero mucho...

—¡Si que te ha dado fuerte la llorona! Anda, vente para casa que te voy a quitar yo la depresión... —baja la voz para que el director no oiga el final de la frase, que se convierte en un susurro que desciende a un tono con sensual complicidad— con lo que tú sabes y que te gusta tanto.

No puede evitar que una sonrisa empiece a formarse en su cara al evocar el cuerpo de Lore; sus pechos pequeños y duros, el olor y el sabor de su sexo; la tibia humedad de la boca de su mujer dibujando caminos de saliva desde sus pezones coronados de vello oscuro hasta el miembro viril. Recuerda, durante fracciones de segundo, lo que le susurra los sábados por la noche cuando las niñas duermen y es capaz de ver entre las arrugas del asfalto la mirada perezosa y pícara de Lorena tras un buen rato con la lengua entre sus piernas. Los recuerdos, dulces e íntimos, se evaporan entre las imperfecciones del suelo como si fueran agua derramada bajo el sol de agosto. Ahora sí que le tiembla la voz:

—Voy enseguida. Te quiero.

—¡Que sí, pesado! ¡Que vengas!

—Adiós, Lore. Adiós. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

—Hasta ahora.

A pesar de la distancia percibe con nitidez el barullo del jolgorio que todavía se mantiene en el interior de la nave. Echa un último vistazo a la estructura rectangular de ladrillo y techo de teja donde ha pasado casi veinte de sus treinta y ocho años. Las letras blancas del nombre de la empresa, LOSECOSA, brillan amarillas sobre el fondo rojo de la pintura de la fachada, manchada aquí y allá por el beso amargo del salitre. Aún se acuerda del primer día, entrando junto a su padre mirando el inmenso laberinto de contenedores de todos los colores apilados hasta en seis alturas que conformaban una auténtica ciudad de metal pintado. Pronto se acostumbró a ver los amaneceres tras las siluetas de las colosales grúas pórtico y las jirafas de acero que movían aquellas cajas de 26.000 kilos como si fueran las piezas de un juego de Lego, asombrado de la delicadeza y la puntería de aquellos titanes metálicos y, sobre todo, de las manos humanas que dominaban aquellas bestias de pura fuerza bruta manejada con la precisión de un cirujano con su bisturí. Le hubiera encantado ser uno de ellos, uno de esos estibadores que, en sus cabinas a más de cuarenta metros de altura, cargaban y descargaban los buques portacontenedores como si hicieran un gigantesco puzle. No lo consiguió nunca. Los estibadores del puerto de Valencia —como ocurre en todos los demás puertos de España— siguen siendo modernos cofrades de gremios casi medievales, auténticas dinastías donde el trabajo se hereda y las horas se reparten en un complicado sistema de antigüedades. Josevi, como tantos otros, tuvo que conformarse —y gracias— con trabajar en una de las empresas de logística que operan en las instalaciones portuarias, sacando y metiendo en camiones los

contenedores que los amos de las alturas introducían o extraían de los inmensos navíos. Luego vinieron otras faenas, responsabilidades y complicidades hasta convertirse en la mano derecha del jefe, que también se llama Augusto Tejedor. Hasta esta madrugada. Hasta hoy.

Camina hacia el muelle. La actividad del puerto valenciano no para jamás. Más de 12.000 contenedores se mueven cada día en sus muelles y sus zonas logísticas, en eterna disputa por el liderazgo en el Mediterráneo con el puerto de Algeciras y, por tanto, del sur de Europa. El barco que está siendo cargado ahora mismo no es de los más grandes y, aun así, su figura es colosal. Observa la fila de camiones que esperan su turno, todos ellos con contenedores de seis metros de longitud, los llamados TEU en el argot portuario, que son de los más pequeños. Saluda a la amazona que cabalga el leviatán que mueve cada bulto. Josevi recuerda cuando entró a trabajar en la empresa y la estiba era cosa de hombres, pero ahora las hijas de los estibadores que heredan el trabajo de sus padres son cada vez más frecuentes y allí arriba está la chica, en la cabina de la grúa jirafa, casi a la altura de un décimo piso, enganchando de cada plataforma, una por una, las enormes cajas pintadas de blanco de la naviera danesa Maersk, la más importante del mundo. La estibadora, desde su atalaya, pesca cada contenedor y lo deposita a bordo siguiendo un cuidadoso patrón para equilibrar el peso y que el buque no zozobre con consecuencias catastróficas por culpa de una carga descompensada. Cada contenedor es dejado con exactitud y mimo en su sitio en el navío. Josevi contempla la maniobra que está a punto de terminar con el recipiente que aterriza con increíble suavidad sobre su gemelo. Aún sostiene el teléfono móvil en su mano derecha y aprieta el artefacto para mitigar los temblores que mordisquean sus extremidades. Recorre con aire ausente, mientras finge que habla por teléfono, la pasarela que conecta el muelle con el barco. Lleva media vida en el puerto y, como muchos otros, sube y baja de las embarcaciones con toda tranquilidad. Mil favores se intercambian cada día entre las tripulaciones y el personal de la instalación portuaria: una caja de puros por una tarjeta española de teléfono móvil; una televisión de plasma mucho más barata por un contenedor que, supuestamente, por un golpe de mar se movió de su sitio, se dañó la carga y pagará el seguro; cajas enteras de cartones de tabaco que, en teoría, se han malogrado por una filtración de agua de mar a causa de una grieta tan conveniente como inexistente. Lo que se ha hecho desde que el puerto es puerto y en todos los puertos del mundo.

Su ojo acostumbrado al ir y venir de la estiba ubica enseguida dónde va a ir la siguiente caja que los operarios, en tierra, ya han fijado a los enormes ganchos de la jirafa. El contenedor, a pesar de su gran tonelaje, se eleva como si estuviera hecho de papel de seda gracias a la brutal fuerza de los motores del ingenio. El barco, aunque no es de los grandes, parece tan sólido e inmóvil como una montaña surgida del agua. No obstante, en cuanto el contenedor es encajado como uno más entre sus miles de gemelos que ya están a bordo, el buque cabecea de tal manera que incluso Josevi, recién subido a la cubierta, percibe el movimiento con tal intensidad que debe

sujetarse a una de las barandas. Las poleas de la grúa jirafa protestan con chirridos de esfuerzo cuando se accionan los mandos que retiran el nuevo contenedor del camión que lo ha acercado al muelle y avanza unos metros para ubicarse en el sitio desde donde depositará su carga. Josevi desciende hacia el laberinto de cajas metálicas. Camina de lado en el angosto espacio que queda libre entre cada pila de contenedores. Son apenas sesenta centímetros de separación entre uno y otro que recorre con especial cuidado para pasar desapercibido. Es fácil ocultarse en ese dédalo de metal.

Un golpe seco indica que la grúa ha sido calzada sobre las vías que horadan el suelo de hormigón. El contenedor empieza a bajar. El movimiento es suave y controlado como un gato caminando entre las copas de una mesa preparada para un banquete. No se necesitará más de un par de minutos para depositar el TEU en su sitio. Josevi aguarda con la mano derecha aferrada a una de las barras que, en forma de aspa, sujetan cada contenedor a los dados de enganche. La caja blanca con el logotipo de la estrella blanca de siete puntas sobre fondo azul de Maersk está ahora a menos de diez metros de la cubierta superior del bulto. Y descendiendo. Josevi empieza a escalar. Coloca el pie en la intersección de los listones de acero y, con la habilidad que da la experiencia de una acción mil veces repetida, se encarama a lo alto del contenedor cuando el siguiente que va a ser estibado encima está a menos de dos metros de su destino. Concentrada en la maniobra, la gruista no se percata de los gritos ni los desesperados gestos con los que los marinos —filipinos en su mayoría— intentan captar su atención para que se detenga. Josevi se tumba de lado sobre el techo; está frío. Muy frío. Las lágrimas que anegan sus ojos han convertido el mundo que tiene delante en un paisaje líquido. El ruido de las poleas por las que se deslizan los cables de acero impiden que oiga que el teléfono que aún sujeta en su mano derecha está sonando. En la pantalla vuelve a aparecer la imagen de Lorena abrazada a Paula y a Andrea. Cuando el sobrecargo del buque, ya alertado por la tripulación, empieza a vociferar por la radio a la operadora para que detenga el descenso, el suelo de madera del contenedor está apenas a cincuenta centímetros de su ubicación definitiva. Justo debajo, Josevi se ha encogido en posición fetal, pero aún le da tiempo a mirar la pantalla del teléfono móvil, aunque no es capaz ya de oír el *Comerranas* de Seguridad Social, la canción que lleva como tono de llamada. Sí que ve la cara de Lorena, Andrea y Paula por última vez. Después, el silencio y la oscuridad se pueden definir con un número y una magnitud: 26 toneladas.

\*\*\*

«El teléfono al que usted llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, deje su...» Lorena cuelga antes de que acabe el mensaje grabado y suelta el teléfono con desgana sobre la mesilla de noche. Está tumbada en la cama y se despereza como una gata en celo conforme nota que la calefacción —que ha encendido hace un ratito—

va caldeando la habitación. Su madre recogerá a las niñas del colegio y las tendrá en casa hasta la hora de cenar. La tarde será para ellos dos solos. Y va a hacer que sea muy larga y muy placentera. Se ha recortado y rasurado el vello del pubis hasta dejar «el bigotillo», como le gusta decir a Josevi. Se ha puesto un tanga mínimo de encaje negro y un sujetador que le realza su busto breve pero aún firme pese a que ha amamantado a dos crías. Se tumba sobre el edredón y hasta la nariz le llega el dulce olor de las gotitas de Opium que se ha puesto justo entre el ombligo y el inicio del monte de Venus. Su chico no tardará. Debe estar aparcando ya en el garaje y por eso no tiene cobertura. O quizá se ha quedado sin batería, ya que el móvil que tiene es una verdadera porquería. Otro pensamiento dulce se adueña de su mente: se podrán comprar los teléfonos móviles que quieran a partir de ahora. Como tantas otras cosas que el dinero soluciona. Mete los dedos bajo la ropa interior para asegurarse de que la piel rasurada está suave después de haberse puesto crema hidratante. Siente la humedad que empieza a nacer, aún muy dentro, entre sus piernas. Su marido, que siempre ha estado muy bueno, ahora encima es rico y subirá enseguida. El teléfono suena. Debe ser Josevi que ha visto la llamada perdida. Con una sonrisa lasciva y un gesto perezoso alarga el brazo para contestar. Es un número desconocido. Anula la llamada, pues nota que se está poniendo cada vez más cachonda y no tiene el ánimo ahora como para que le intenten vender otra línea ADSL. No han pasado ni dos minutos cuando el aparato vuelve a sonar. El mismo número. Decide responder porque está tan contenta y tan caliente que, sea quien sea, no le podrá amargar el día más feliz de su vida.

—¿Sí? ¡Dígame!

# 1

—¡Manuela! ¿Que os vais? Como te veo tan cargada.

—Sí, Charo, sí. Al terreno. Como todos los años. Mi marido siempre se guarda días de vacaciones para estas fechas. Ya sabes.

—Claro, claro. A Lliria, para recoger la naranja. ¿No?

—Pues sí. Aunque ya no merece la pena. Aquello solo es perder tiempo y dinero, pero ya sabes, esos campos, para mi Pepe, son la vida.

—¿Tan mal va la cosa?

—Fatal. El año pasado, en la cooperativa se pagaba la arroba de naranjas a 95 céntimos. ¿Tú te crees?

—¿La arroba? ¿Eso cuánto es?

—Pues casi trece kilos. Fíjate tú.

—Con razón en las verdulerías de los pakistaníes las venden tres kilos a un euro. Si se pagan esos precios en el campo, ya me contarás.

—Pues sí. Y tenemos suerte, porque este año no se han helado. Hace dos, acabaron todas para tirar y tuvieron que arrancar no sé cuántos árboles que se habían muerto.

—Bueno, este año parece que el invierno no venía nunca. Hace quince días aún se podía ir en manga corta a mediodía.

—Pero han dicho en las noticias que va a llover durante todas las Navidades.

—Es verdad, sí. Pues ya veremos, porque si llueve, tampoco se puede recolectar. ¡Ay, madre! No va a haber quien aguante a mi marido encerrado en casa si no puede ir a los naranjales. Ya verás.

—¿Y celebráis allí la Nochebuena y la Navidad?

—Sí. Vienen mis hijas y los críos. Y como allí hay sitio, pues mira. Aunque cada vez a mí se me hace más cuesta arriba, ¿sabes? Los primeros días me los paso limpiando, y cuando ya está todo como me gusta nos tenemos que volver y vuelta a empezar.

—Es que nos vamos haciendo mayores, Manuela.

—Ya te digo. En fin. ¿Qué tal la lotería?

—Pues nada. Como siempre. No sé si en alguna papeleta habrá alguna devolución, pero, como todos los años, ni un pellizquito de alegría. En fin... Mientras tengamos salud.

—¡Qué remedio nos queda! Bueno, felices fiestas, Charo. Te traeré unas naranjas a la vuelta.

—¡Muchas gracias, Manuela! Igualmente. Felices fiestas.

\*\*\*

Rossy se siente estúpida. No hay otra manera de sentirse cuando se tienen las bragas en uno de los tobillos, las piernas todo lo abiertas que puede y el culo en pompa. «Soy una negra imbécil», se dice a sí misma. Piensa que tenía que habérsela chupado un poco más, sujetando bien la verga con la mano apretada en su base mientras iba y venía con el cuello. No obstante, el primero de hoy debe ser de los puteros habituales, de los que se saben todos los trucos de las chicas para que el servicio sea lo más corto posible. Por eso, supone, no ha consentido que le pusiera un condón antes de metérsela en la boca ni ha querido que estuviera mucho rato con la felación. Tonta. Muy tonta. Debería haberlo entretenido más tiempo, haberle masajeado con los dedos el puntito entre el ano y el escroto mientras tenía la polla entre la lengua y el paladar para que, llegado el momento de la penetración, no durara más de un par de minutos de sacudidas como las que, ahora, la están destrozando.

No es que le duela ahí abajo. Ni por asomo. El cliente la tiene demasiado pequeña y Rossy se las ha visto con cacharros bastante más grandes que el triste colgajito que ha salido de los calzoncillos de marca blanca de hipermercado. Lo que duele son los huesos de la espalda por la postura. Ha encajado la cabeza en los antebrazos para que le sirvan de almohada, pero ya le arden los hombros de tanto hacer fuerza con ellos. Se esfuerza en evitar que los envites del tío que le clava los dedos en las caderas no provoquen que su rostro se estrelle en el rugoso enlucido de cemento de la pared contra la que se la está follando. En su mano izquierda estruja el billete de veinte euros que ha cobrado por adelantado. Al gordito que resopla sobre su nuca no le puede quedar mucho para correrse, pero con la columna casi doblada en ángulo recto y los pies tan separados, no consigue mover el trasero en círculos para acelerar la eyaculación.

Rossy piensa en otra cosa para que el tiempo pase más rápido. Intenta salir de su interior para poder contemplar la escena como si fuera ajena a ella. No hace falta irse mucho. Bastarán con cinco o seis metros. El Bichos está más lejos, con toda probabilidad oculto entre la maleza que bordea el solar cuajado de gigantescos charcos que tiemblan cuando les rozan los diminutos dedos líquidos de la llovizna. Vistos desde atrás, donde la joven ha colocado sus ojos imaginarios y entre la penumbra del solar mal iluminado, ella y su cliente parecen un extraño insecto de cuatro patas y un solo tronco; un arbusto imposible de dos pares de raíces aéreas plantado sobre apenas metro y medio de tierra mezclada con arena junto a la pared de una casa abandonada. Están en el lugar menos enfangado y más recogido del descampado, aunque la precaución para no ser vistos no tiene mucho sentido dado que por allí no pasa ni un alma. Y menos ahora que ya se ha hecho de noche. Las piernas oscuras de Rossy apenas se intuyen si no fuera por los tenues brillos que perfilan sus formas onduladas de carne joven y dura y por el resplandor de la ropa interior que parece gritar en blanco sobre su empuje derecho. Las tristes extremidades pálidas del hombre son dos palillos raquíuticos, pálidos y en evidente desproporción con el corpachón grueso y las bolsas flácidas de los glúteos que se

bambolean, a cada embestida, como si estuvieran llenas de agua. Es ridículo. Tan bochornoso que a Rossy termina por hacerle gracia. La risa es breve e intermitente; poco más que pequeños gorjeos que suenan amargos como el aire cargado de sal que escupe el mar. Sin embargo, el individuo que jadea detrás interpreta mal las señales. Cree que los grititos que oye por encima del bajo continuo de las olas del Mediterráneo invernal significan que la negrita que tiene calzada contra la pared está gozando con sus patéticos golpes de pelvis. «Menudo imbécil», piensa Rossy. Ninguna puta disfruta con un cliente. Y si parece que lo está haciendo es que sus dotes teatrales y el lubricante vaginal están haciendo bien su trabajo.

Los trinos de la meretriz dan alas al putero, que dobla la intensidad y la frecuencia de las embestidas. Algo en su cerebro —tan sobrecargado de frustraciones, miedos e inseguridades que necesita pagar por sexo— se enciende; la sinapsis prende la mecha invisible que comunica sus neuronas, machacadas por el fracaso, con el nervio pudendo y la uretra se dilata y se contrae para dejar pasar el fuego líquido que abrasa sus entrañas. Los envites se vuelven cortos y nerviosos hasta el último, que pretende ser profundo e intenso si no fuera porque al instrumental empleado le faltan varios centímetros de longitud y grosor para que la chica lo sienta de la manera que él imagina en su delirio lúbrico. Con todo, Rossy sale de su visión remota de la escena al notar como los dedos se hincan más aún en sus caderas. Aquí está. El final. La farsa se está terminando y la joven se une a la pantomima con un chillido flojo, pero también agudo, que brilla por unos instantes sobre los acordes ásperos que el temporal entona sobre la playa de la Malvarrosa.

El hombre se sube los calzoncillos y se abrocha el pantalón sin despegar la mirada del condón usado que rebota la luz artificial sobre el suelo mojado. La vergüenza parece más concentrada y más insoportable en la forma de ese mínimo escupitajo lechoso encerrado en látex. Ha leído en los ojos profundos de la joven africana que todo lo que ha ocurrido en los últimos veinte minutos ha sido tan mentira como lo es su propia vida. Y los gemidos de la negrita valían lo mismo que vale él: nada. Para Rossy, el putero ni siquiera está ahí ahora como no lo había estado antes, incluso cuando estaba dentro de ella. La ramera permanece en cuclillas con la espalda dolorida apoyada contra la pared; sin soltar el billete de veinte euros que se arruga en el interior de su mano izquierda, se limpia con una toallita húmeda mientras observa con disgusto el beso sucio que la tierra ha dejado impreso en el algodón blanco de sus bragas baratas. Él piensa que debería decirle algo. No se le ocurre. Con un lacónico «adiós» y un inoportuno, aunque educado, «gracias» camina hacia el paseo marítimo. Más allá está el mar hundiéndose en las tinieblas precoces de la tarde invernal. El gentil Mediterráneo en su coqueta Malvarrosa no tiene ahora forma, color ni sustancia: no es más que sonido obstinado y repetido en ecos roncós. Mira el reloj. Pronto serán las seis de la tarde.

Dos haces luminosos que vienen desde la vecina playa de la Patacona, al norte, le alumbran mientras se mete en su propio vehículo. Aún le quedan dos clientes para

concluir el reparto, pero va bien de tiempo a pesar de haberse ido de putas en horas de trabajo. Lo que más le gusta —además de añadir a una negra a su colección de conquistas compradas a veinte euros la pieza— es esa pícaro sensación de dominio de lo prohibido cuando su mujer le pregunte, si es que lo hace, que qué tal le ha ido el día. Si ella supiera.

Al sentarse frente al volante activa el seguro de las puertas antes de meter la llave en el contacto. Musita una plegaria para que los focos que le han sorprendido pasen de largo, pero para su desgracia, el Ford Escort azul lleno de abolladuras estaciona justo detrás de él, al otro lado de la calzada; justo en el acceso al solar donde su semen encapsulado en goma flexible sigue delatando su reciente presencia. Del coche desciende un hombre. No puede pasar desapercibido. El chándal amarillo que lleva puesto ofende a la oscuridad y a la mar de fondo que brama en salitre. La silueta dorada se interna en el descampado donde ha dejado agachada a la furcia africana que él acaba de follar. Tiene un mal presentimiento. El conductor del Escort también era negro y, aunque no le ha visto la cara, algo en su forma de caminar y en el modo en el que giraba la cabeza para comprobar los alrededores le ha dado mala espina. Considera que debería hacer algo; quizás esperar por si acaso; quizá llamar a la Policía. Se decide: gira la llave en el contacto y arranca el motor. No pierde ni un segundo en comprobar si el recién llegado advierte su marcha. No enciende las luces hasta que se ha alejado más de un centenar de metros por si acaso alguien puede leer la matrícula. «Pobre chica —dice en voz alta antes de conectar la radio para escuchar un programa deportivo—, lo que debe de padecer en manos de esa gentuza.» Quizás este último pensamiento sí que lo compartirá con su mujer. Pero cuando los niños estén en la cama, eso sí.



Le agrada la lluvia y, cuanto más feroz más le gusta. Ve con placer como el mal tiempo amarga la visita de los turistas que, aburridos de esperar en sus hoteles a que el cielo les dé una tregua, se han aventurado a las calles. Ahora, armados con paraguas, pagados al triple de su precio normal, se guarecen como pueden bajo las cornisas y los portales de la Via Vittorio Emanuele. Después de semanas de un sol que acrecentaba el tufo perpetuo de las calles, el aguacero ha llegado para restaurar cierto orden, si es que tal cosa es posible en Roma. Además, la tormenta gira entre las ráfagas de viento del sudeste, que corre azul y frío como la silueta de los montes Albanos de donde proviene. El perfil de las montañas se funde ya en el manto negro de la precoz noche romana de invierno. Mientras, el vendaval silba entre las viejas piedras e impone el ritmo con el que las gotas bailan burlonas sobre los siglos de mentiras e infamias que están atrapadas en las grietas de sus ruinas.

Le gusta el sitio, descubierto por casualidad hace pocas semanas. Por eso casi siente lástima al pensar que quizás esta sea de las últimas veces que venga por aquí. Le da la sensación de que la señora que atiende el establecimiento, más cerca ya de los sesenta que de los cincuenta, le sonrío con mayor calor que el que exhibe cualquiera que esté detrás de un mostrador en esta ciudad. Y es que si hay una urbe de expertos vendedores, es esta: Roma. Desde el pakistaní más miserable que ofrece rosas refrescadas en alguna de sus mil fuentes o palos extensibles para hacerse fotos con el teléfono móvil hasta el cardenal que se atiborra de Viagra para disfrutar de la puta de 2.000 euros la noche, aquí todo el mundo vende algo desde hace siglos. Y lo que aquí se vende siempre tiene quien lo compre. Primero se vendió la civilización y el orden; luego la salvación y la eternidad, y ahora la ingesta de cultura y experiencias en píldoras masticables. Le encanta Roma. A millones de turistas también, aunque por razones muy diferentes a las suyas. Los visitantes quieren religión, arte o historia que se puede adquirir a plazos y, por eso, la ven bella o creen verla. A él le enamora por todo lo contrario. Porque la ciudad y él son iguales: viejos, sucios y malvados. Que toda esa gente no se percate de ello hace de su vida en Roma un perpetuo deleite.

El local donde está sentado es tan mestizo como la propia ciudad: tiene una parte dedicada a la venta de recuerdos y la otra es una cafetería donde también venden libros, curiosidades y trastos viejos rebautizados en *vintage*. En la sección de los *souvenirs*, en la entrada, muestra estanterías y expositores abarrotados de recuerdos que compiten entre sí en mal gusto y estupidez. Imanes para la nevera de diez mil formas imaginables; postales de monumentos; reproducciones de grabados antiguos, y la cara bonachona del papa Francisco sonriendo tras el brillo del papel satinado. Sin embargo, a pocos pasos a la derecha, el local cambia de aspecto y, como buen romano, también de alma para hacer honor al nombre que figura en la fachada: INVITO

ALLA LETTURA. Cinco mesas pequeñas se despliegan entre estanterías repletas de libros que nadie ha leído en décadas. Dos viejos sofás, vetustos y confortables, completan el mobiliario dispuesto en semicírculo en torno a la barra que protege la máquina de café y el pequeño bar. El color azul celeste de la pared apenas puede verse entre las docenas de viejos carteles de estrenos de ópera, teatro y cine italiano, sobre todo de los años cincuenta. El inventario de cachivaches colgado del techo es tan variado que más de una vez se ha sorprendido a sí mismo tras perder un cuarto de hora contemplando el racimo de antiguas cacerolas de cobre, las polvorientas guitarras o las tres docenas largas de quinqués colgados de palos que lucen con orgullo tanto su obsolescencia como el cartel que advierte que *non sono in venditta*, o sea, que son los únicos trastos del local que no se venden. Esos antiguos faroles deben ser de las pocas cosas que, a ambas riberas del Tíber, no se pueden conseguir con dinero. Por eso le gustan y le gustan ahí: donde están.

Su mesa favorita es la del fondo, justo al lado del piano. Más de una vez —y hoy no es diferente— ha tenido la tentación de pedir permiso para tocar como ha visto a algún otro cliente en más de una ocasión. No lo ha hecho nunca y no lo va a hacer hoy. Si ya sospecha que la sonrisa de la dueña puede significar que su cara le está empezando a ser demasiado familiar, si hiciera sonar el venerable instrumento sería la invitación perfecta para que le recordara. Y eso no se lo puede permitir.

El local, en su parte dedicada a los *souvenirs*, empieza a registrar cierto movimiento conforme van llegando turistas calados hasta los huesos que entran más por buscar refugio que por interés en comprar cualquier chuchería idéntica a las que están por toda la ciudad. Sin embargo, en su rincón favorito él sigue siendo el único huésped hasta que un cura, joven y rubio como una mañana de junio, accede al recinto y ocupa otra mesa en el rincón opuesto al suyo, justo debajo de una estantería donde dos viejos ordenadores acumulan polvo y olvido. Su mirada experta los identifica enseguida: son Macintosh 128K. Se pregunta cómo demonios habrán acabado ahí esas dos reliquias de 1984 de las que se fabricaron solo 100.000 unidades y que, además, fueron las primeras computadoras del mundo que incorporaban para su manejo el hoy omnipresente ratón. En el lado izquierdo inferior de la carcasa de color beige resalta la manzana con el arco iris y, por un segundo, fantasea con la posibilidad de preguntar el precio de uno de esos viejos dispositivos a la camarera que se acerca a su velador para atenderle con esa sonrisa que, cada vez, le inquieta más. Desecha la idea de inmediato. Ya ha estado aquí demasiadas veces y, sin duda, la señora recordaría al caballero vestido de gris, que compró un ordenador inservible. Pide un *caffè corretto alla sambuca* como siempre que frecuenta este sitio y acaba por decidirse que, en efecto, esta será la última vez. La camarera asiente y se va hasta la mesa del sacerdote imberbe, quien, en un italiano con un marcado acento estadounidense, encarga un capuchino al tiempo que, de una bolsa de mano, saca un libro. Consigue distinguir el título: *Tender is the night*, de Francis Scott Fitzgerald. Lo leyó hace años, editado en castellano como *Suave es la noche*. ¿Será el cura de pelo

dorado como Dick Diver, el protagonista de la última novela del autor de *El gran Gatsby*? La juventud y belleza del religioso le dice que quizá sí; que hay algo en él que le indica que, como el psiquiatra imaginado por Scott Fitzgerald, al sacerdote no parece faltarle de nada en la vida y, sin embargo, camina hacia el abismo sin que ni siquiera él se dé cuenta. «Es posible —piensa— que necesite el empujoncito que yo le puedo dar.»

Paladea con lujuria los aromas del expreso mezclados con el recio espíritu de la *sambuca* mientras reconstruye en su mente lo que recuerda de la historia de Dick Diver y de su esposa Nicole y cómo el prometedor psiquiatra de brillante porvenir terminó convertido en un hombre roto y vacío a pesar de tenerlo todo para ser feliz. «El borracho de Fitzgerald —piensa— sabía muy bien que la única verdad inmutable es que lo que es y lo que debería ser casi nunca coinciden, ¿verdad, padre?»

Coge un libro de la estantería que tiene al alcance de la mano. Es un volumen grande, con un grabado en la portada que representa una sección transversal de un edificio inconfundible: *L'architettura della Basilica di San Pietro. Storia e costruzione*. «Aquí está de nuevo —se dice a sí mismo— la diferencia entre, en este caso, lo que debería haber sido y lo que fue.» No obstante, el tema no le interesa lo más mínimo, pero necesita hacer tiempo hasta la hora precisa y ya no quiere mirar ni la colección de quinqués que cuelgan del techo, ni los dos obsoletos Macintosh ni, por supuesto, al sacerdote cuya irritante juventud y casto aspecto le provocan pensamientos que ahora mismo no se puede permitir. Ojea el mamotreto sin muchas ganas hasta que le llama la atención un viejo grabado que muestra el proyecto inconcluso de Bernini. El arquitecto pretendía cerrar con un tercer brazo porticado la celeberrima columnata de la plaza símbolo del poder de los papas, aunque, al final, el proyecto no se concluyó. Continúa mirando las páginas sin demasiado afán hasta que da con una imagen de un periódico de los años treinta. En la fotografía, un enjambre de tejados no dejan ver la Via della Conciliazione y la cúpula de San Pedro se ve allá al fondo, casi irreconocible a causa del sembrado de tejas y chimeneas que tiene a sus pies. La publicación es anterior a los derribos que se llevaron a cabo a partir de 1936 y que abrirían la avenida que une San Pedro con el castillo de Sant'Angelo y la ribera occidental del Tíber. Imagina qué pensarían los miles de peregrinos que recorren —aún hoy, bajo la lluvia inclemente— el acceso a la plaza sintiendo en lo más hondo el fervor religioso, la admiración por el arte o la simple búsqueda de una buena vista para hacerse una foto estúpida que colgar en las redes sociales si supieran que bajo sus pies no hay nada más que el resultado de un fracaso, de algo que se quedó a medias, de un proyecto inconcluso como tantos otros. En todos los sitios ocurre lo mismo: solo se construye cuando se destruye. Sin embargo, Roma, que es la ciudad que más veces ha sido arrasada, es tan sabia y tan diabólica por ser tan antigua y, por ello, es capaz de lucir encantos tras una destrucción que se quedó a mitad de hacer. Mira el reloj. Son las cinco en punto de la tarde. Hora de empezar a trabajar. Del maletín saca un ordenador portátil y, mientras lo enciende, vuelve a mirar a los dos

antepasados del terminal cuyo teclado tiene ahora bajo los dedos. Ahora recuerda sus días de juventud y aquellas máquinas con las que trajinaba y piensa que ni en sus más disparatados sueños podía imaginar que el mundo sería ahora más digital que real. Y se alegra por ello, ya que, si no fuera así, no podría hacer lo que tiene que hacer.

El repique grabado de lo que pretende ser una marimba provoca que desvíe la mirada hacia la fuente del sonido: es el cura que, del bolsillo, saca un teléfono móvil que manipula para leer el mensaje que ha recibido. Aguarda hasta que el joven termina de teclear lo que, con toda seguridad, es la respuesta a lo que sea que le ha llegado. El norteamericano vuelve a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón y cruza con él una mirada entre amable y risueña, la cual pretende ser una disculpa por haber roto el ambiente tranquilo que ambos disfrutaban. Le devuelve la cortesía con un asentimiento leve y un arqueado de cejas con el que quiere mostrar cierta comprensión tan falsa como lo es su mirada que se desvía de inmediato un par de metros arriba de la cabeza del sacerdote. Allí, por encima de los dos obsoletos ordenadores, hay una muñeca vieja, quizá de los años setenta u ochenta. Tiene el pelo artificial enmarañado y ceniciento a causa del polvo acumulado. Está colgada con cuerdas que la sujetan por debajo de las axilas de plástico y desnuda a excepción de un pedazo de tela roja, arrugada y mugrienta que, en su día, debió ser la faldita que cambiaba la niña que fue su dueña. Por un momento —dulce como solo el pecado sabe serlo— intercambia las posiciones. Deja la muñeca en la mesa ante la taza humeante del capuchino e imagina al sacerdote en el lugar del juguete. En las mismas condiciones, pero sin el trapo rojizo. Y, justo en ese instante, recuerda una frase de Scott Fitzgerald, de *El gran Gatsby*, que se la puede aplicar a sí mismo, a pesar de haber sido escrita hace casi un siglo y para hombres muy distintos a él, pero con la que se siente identificado. Él es, como decía el escritor, de la clase de hombres que crecieron para encontrar muertos a todos los dioses, libradas todas las batallas y destruida toda la fe en los hombres.

\*\*\*

—¡Uy, Manuela! Pero ¿no os ibais ya al terreno?

—¡No me lo recuerdes, Charo! Todo el día de trajín bajando trastos al coche ya que nos marchábamos a media tarde, mira la hora que es y mira dónde estoy.

—¿Y eso?

—Pues resulta que mi hija menor tenía que ir a comprar los regalos de Navidad de los críos y se le ha estropeado el coche. Así que ha llamado a su padre para que la llevara al Centro Comercial Gran Turia porque creía que allí aún quedaría algún muñeco como el que quiere la pequeña. Así que aquí me tienes. Y como no me acuerdo si me queda café o no en el chalet... pues ale, al Mercadona otra vez. Es el tercer viaje de hoy.

—A mí me pasa lo mismo. Oye, ¿qué juguete es ese? ¿Un muñeco? ¿Una Barbie

de esas? ¿No hay en El Corte Inglés o qué?

—¡Qué va! Es que no me acuerdo bien. Es una cosa feísima de las que les gustan a las niñas ahora. *Munster* o *morster* o no sé qué romance. También me ha dicho que estaban agotadas en todos los sitios menos allí, así que se han ido. Y encima vale un pastón, ¿sabes? Así que padre e hija se han ido para buscar el caprichito de la nieta. Si es que...

—Es que nuestros hijos nos dan más faena ahora que tienen ellos los suyos que cuando eran pequeños, ¿no crees?

—¡Ni me lo recuerdes! Me paso los días que si llevando a uno al judo, a la de mi mediana al ballet y el crío de mi Chelo que lo tengo yo, claro.

—¿No lo lleva a la guardería?

—Aún no. Es que es muy pequeño. Pero ya le he dicho que, al curso que viene, que lo meta en la *escoleta* porque yo no estoy para tanto trote. Que yo ya me crie a las mías, leñe.

—Estamos todas así, Manuela. Todas. Si a mi madre yo le hubiera dicho que me cuidara a mis chiquillos mientras yo me iba a trabajar como hacen mis hijas, me hubiera dicho que dejara el trabajo. Y nosotras, mira.

—Eran otros tiempos, Charo. Ahora, con un solo sueldo no puede vivir nadie.

—Si no te digo que no, pero fíjate: tú y yo no nos íbamos a cenar nunca. Ni al cine. Ni de viaje. Ni teníamos dos coches. Ni sabíamos lo que era un gimnasio. Es que ahora... lo tienen todo. Y lo quieren todo, que es peor.

—En eso tienes razón, mira. Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Y tú ¿de dónde vienes?

—Pues de ver a mi hermana.

—¿La que vive ahí en la Malvarrosa? ¿La mayor? ¿Cómo está?

—Pues con 86 años, imagínate. Se pasa la vida sentada en el sofá porque está tan gorda que ya no se puede mover y, encima, ha sido una señoritinga toda su vida. Así que estoy toda la tarde de criada. «Charito, tráeme un cojín», «Charito, la pastilla», «Charito, un café con leche». Acabo del «Charito» hasta el moño.

—Pero ¿es que no tiene a nadie para estar con ella?

—Sí. Una dominicana, o peruana o de no sé dónde. ¡Por fin encontramos una que le gustara! ¡Antes tuvo tres o cuatro y decía que eran todas unas vagas, o unas guarras o cosas peores! Lo que pasa es que la muchacha libra dos tardes a la semana y, claro, voy yo a hacerle la cena, a asearla un poco y... ¡A que me dé por el saco un rato, para qué te voy a decir otra cosa!

—Vamos, que nos pasamos la vida cuidando niños y cuidando viejos. ¿Y quién nos cuidará a nosotras, Charo?

—Pues ya veremos. Aunque yo lo tengo claro. En cuanto se muera mi Rogelio, vendo el piso y me voy a una residencia. Pero a una en la que hagan baile.

—Ja, ja, ja. ¿Cómo que baile? Si en esos sitios están ya todos con un pie en la fosa.

—¡Qué va! La suegra de mi hijo mayor, que tendrá siete u ocho años más que nosotras, vive en una que está por Torrente o por ahí. Dice que hay viudos también que están muy bien. ¡Oye, que todos los sábados por la noche se pegan sus bailoteos! Y hacen excursiones y se lo pasan la mar de bien. Yo es que a mi Rogelio lo quiero mucho, pero es que es un soso y no he ido a bailar desde hace más de cuarenta años. Así que... en cuanto lo entierre: ¡al baile!

—¡Pobre Rogelio!

—Se lo digo todos los días, no te creas.

—¿Y él qué te dice?

—Que como estará muerto, que le importa un pepino.

—Pues también tiene razón.

—Bueno. Que me voy para arriba. Por cierto, dile a tu marido que necesito hablar con él. Es que, como vengo de casa de mi hermana, aquello está fatal.

—¿De qué?

—Pues de la calle de detrás de su casa. Allí hay un descampado y unas casas abandonadas que... ¡para qué contarte! Aquello está lleno de fulanas negras y gentuza. Y claro, mi hermana es una mujer mayor, que vive sola y tiene miedo.

—Se lo diré, pero no sé qué se podrá hacer. Ya sabes que él es de...

—Sí, sí. Lo entiendo. Pero a lo mejor, con un poco de presencia por allí... No sé. Al menos para espantarlas, ¿no crees? Es que es un escándalo. De veras.

—Claro, claro. Bueno. Me voy al Mercadona no sea que aún me cierren. Felices fiestas otra vez, Charo.

—Sí. Felices fiestas, Manuela. Hasta luego.

\*\*\*

Conforme la noche ha caído en Roma, el tiempo ha empeorado. Entre la lluvia y la oscuridad apenas distingue los bultos de la gente bajo los paraguas que caminan por la calle encharcada. El escaparate y la pantalla de su portátil se igualan en tinieblas. En el dispositivo no hay imágenes de paisajes, porque no le gustan, ni de familiares, porque no tiene ninguno. Ni siquiera hay iconos. Es un rectángulo negro cuya profundidad se rompe en cuanto desliza el ratón por la parte inferior y aparece la barra de herramientas. Busca el programa —diseñado por él mismo a partir de una versión de Macchanger— para cambiar la dirección MAC de su propia computadora, al menos durante el rato que esté allí. La operación no le lleva más de unos pocos minutos, pues lo hace cada vez que intenta acceder a una red pública gratuita. La dirección MAC —o *media access control* por sus siglas en inglés— es el identificador de 48 bits distribuidos en seis bloques hexadecimales que corresponde a una tarjeta o dispositivo de red que están en los ordenadores, los módems y los teléfonos móviles. Cada dirección MAC es única, pero él —como tantos otros, puesto que estas operaciones son casi el abecé de los piratas informáticos— sabe

modificarla. Teclea a toda velocidad líneas de código en Linux para alterar los algoritmos que podrían delatar la presencia de su portátil si alguien se tomara el considerable esfuerzo de intentarlo. El trabajo, no por repetido es menos tedioso, pero no ha llegado donde ha llegado ni cobra lo que cobra por ser descuidado. En cuanto apague su ordenador, la máquina que tiene ahora mismo bajo los dedos jamás habrá estado allí. Ni él tampoco.

Una vez terminado el primer paso, accede a la wifi del establecimiento merced al nombre de usuario y la contraseña que estaba apuntada en el *bigliettino* del bol junto a los sobres de azúcar y sacarina. Luego vuelve a ejecutar las mismas operaciones informáticas. Los programas como Macchanger se pueden adquirir de manera legal, ya que uno de los objetivos de esta clase de *software* es poder auditar las redes wifi para comprobar si, en realidad, son seguras o para buscar alguna vulnerabilidad en el sistema. Sin embargo, para él tienen un propósito muy distinto. En la jerga de los *hackers*, lo que está haciendo se llama *MAC spoofing* y, tal y como pensaba, la configuración de la red del local tiene grietas por todas partes. Visto así, enmascarar su identidad le parece, incluso, poco deportivo puesto que ha sido demasiado fácil. Por ese motivo, un pensamiento malvado cruza su mente. Será divertido dejar el rastro de su excursión de hoy por Internet, no en el módem del establecimiento, sino en el teléfono móvil del joven sacerdote que, a tres metros de él, sigue disfrutando del capuchino y de la lectura de Scott Fitzgerald. El incauto cura es mucho más cándido de lo que pensaba al llevar su iPhone por ahí en modo visible, vulnerable a gente como él. Vuelve al trabajo, pero, de momento, apunta el número de teléfono del religioso en una servilleta de papel.

Con su dirección MAC enmascarada, reinicia el ordenador con una de sus muchas identidades falsas que ha ido construyendo desde hace años. Las alertas que tiene configuradas en el navegador empiezan a saltar una detrás de la otra conforme las noticias relacionadas con el término de búsqueda —en inglés, francés, español, italiano y alemán— le van apareciendo en la pantalla. El buen humor provocado por el café perfumado de licor y la visión imaginada del sacerdote desnudo y atado se nubla conforme lee los titulares de las ediciones digitales de la prensa española. «El 22.574 cae en Valencia»; «Lluvia de dinero en el puerto de Valencia»; «Una empresa de logística del puerto de Valencia, agraciada con cientos de miles de euros». Uno de los términos que tiene configurado en las alertas del buscador es, en cuatro idiomas, «puerto de Valencia» y tiene poderosas razones para querer estar al día de todo lo que pasa allí. Incluso algo tan inofensivo como un premio de lotería, si ocurre en el recinto portuario valenciano, es algo a tener en cuenta, por si acaso. Pasa las páginas a toda prisa buscando fotografías. La mayoría son tomas muy cortas de caras sonrientes y gente abrazándose u ofreciendo brindis a las cámaras, pero en una de ellas el plano es más amplio y reconoce la mitad inferior de las letras amarillas que, a pesar de todo, son legibles sobre el fondo rojo de la fachada de la nave industrial. No hay duda. Es ahí: LOSECOSA.

Nota un calor repentino que, desde el pecho, escala por el cuello hasta sentirlo como un mazazo doble en las sienes. Reprime, como puede, ponerse a gritar para lamentar la mala suerte que, desde el principio, parece perseguir la operación. Y todo esto justo cuando solo quedaba una cosa por hacer; un último cabo que atar y que era lo que se disponía a rematar esta misma tarde. Mira a través del ventanal que da a la calle donde la lluvia arrecia con más fuerza y golpea ahora el cristal con una cadencia caótica que parece burlarse de él, ya que su pasión por las matemáticas le hace saber que solo hay un 0,001 por ciento de posibilidades de ser agraciado con el Gordo de la Lotería de Navidad. Con razón la tormenta —que hace un rato le divertía mientras aguaba la visita de Roma a las manadas de turistas que deambulaban por sus calles— ahora se ríe de él con el enloquecido repiqueteo de la lluvia contra el escaparate.

Necesita tranquilizarse. La operación había fallado y hay que atenerse al plan de control de daños que ya estaba diseñado y cuya fase final se dispone a cerrar ahora mismo. Es más que posible que esté exagerando las consecuencias de que los trabajadores de LOSECOSA hayan recibido un premio o que se hayan hecho ricos de la noche a la mañana. La atracción de los medios de comunicación en asuntos de este calibre es tan intensa como superficial y efímera. De aquí dos días, nadie se acordará de ello. Habrá algunos trabajadores que se jubilen, dada su nueva condición de millonarios, pero se contratará a otros. Y aunque los dueños sean hoy más ricos que ayer, seguirán colaborando, aunque sea por la cuenta que les trae no hacerlo. En la calle el viento ha virado y ya no escupe alfileres líquidos contra el vidrio. Conforme desaparece el tableteo del aguacero, siente como las pulsaciones que le martillean las venas del cuello aminoran el ritmo. No le conviene en absoluto otra dosis de cafeína, pero sabe que la *sambuca* le ayudará a templar los ánimos. Alza la mano para atraer la atención de la camarera:

—*Signora, per favore, un altro caffè corretto alla sambuca.*

—*Presto, signore.*

Sigue mirando por la ventana mientras espera a que la mujer regrese con la bebida mientras mantiene la pantalla del portátil medio bajada para evitar cualquier mirada furtiva. Repasa en su cabeza todos los pasos dados y llega —como le ocurrió hace días— a la misma conclusión. El fallo ha sido humano. Tan estúpido e imprevisible como solo puede hacerlo una persona al equivocarse al leer el código que identifica un contenedor refrigerado. Las máquinas no yerran jamás. Los errores siempre son cometidos por quienes las manejan. Y de ahí todo este desastre que ahora tiene que terminar de arreglar.

Cierra el navegador y pasa el puntero del ratón por encima de un pequeño icono con forma de gusano negro. Es *Sangonera*, su mejor creación. Muchos meses de su vida están enterrados ahí, entre las miles de líneas de código que encierra el troyano que le permite, entre otras cosas, controlar los procesos con los que se verifican las cargas de los contenedores. Es un *software* diminuto que actúa en los ordenadores de la misma manera que lo hacen las sanguijuelas, de las que toma su nombre en



valenciano. La ventaja de Sangonera es que se cuelga en los ordenadores y utiliza las máquinas de los usuarios como puente para entrar y salir de los servidores, mucho más vigilados por potentes antivirus y cortafuegos, pero inermes ante las peticiones de información de sus propios clientes. El único problema es que tiene que operar mientras el usuario tiene la máquina encendida, pero él ha solucionado la cuestión de la manera más simple: con las redes sociales. Cada vez que uno de los ordenadores infectados se enciende y su propietario se introduce en Facebook, Twitter, Instagram o cualquier otra red social, Sangonera manda un aviso y él puede activarlo. En algunos casos, los usuarios son tan imbéciles como para consultar sus perfiles a la misma hora casi cada día. Así, solo necesita el reloj y una hoja de Excel para saber dónde y cuándo colarse.

Sangonera tiene otra característica que ha demostrado ser la más eficaz de todas. Se introduce en el sistema sin provocar ningún efecto negativo, sino todo lo contrario. Primero, el troyano actúa como lo hace el repugnante gusano de agua dulce, pues su saliva contiene un anestésico que reduce las sensaciones de la víctima para que no se percate de que está allí. El equivalente digital de este ataque es que el programa rastrea el disco duro para limpiarlo de errores de lectura y ficheros que ya no se utilizan y que ralentizan los procesos internos de la máquina. El usuario, de hecho, puede llegar a percibir que su ordenador funciona mejor y que todo va más rápido. La segunda arma del virus es el equivalente al vasodilatador que es inoculado mediante los diminutos colmillos cibernéticos de Sangonera. Mientras el ordenador funciona cada vez mejor, la sanguijuela busca perfiles de usuarios, contraseñas e incluso ficheros creados por programas de control y monitorización de procesos ofimáticos, pero, en vez de almacenarlos en la propia máquina, los encripta y guarda en su sistema de archivos virtual codificado, que, desde la nube, pasan luego a docenas de páginas web de los más variados asuntos: desde recetas de cocina a blogs de viajes. Todas ellas han sido creadas por él y mantenidas por usuarios inexistentes donde, junto a la información real, hay archivos que, cuando se intentan descargar o simplemente visualizar, no funcionan, ya que deben ser descodificados y, por supuesto, nadie más que él tiene la clave para hacerlo. El tercer aguijón de Sangonera es un sistema para el control a distancia de la máquina infectada, pero, en contra de lo que hacen otros cibercriminales, su intención no es robar datos ni causar daños a los equipos o a las redes, sino un motivo mucho más simple: sustituir. Hasta ahora, sigue siendo un programa de los llamados *0-Day Attack*, o ataque de día cero, lo cual implica que ninguna de las empresas de seguridad informática como Kaspersky o los organismos oficiales de vigilancia de Internet lo ha detectado. Como decía su abuela, se atraen muchas más moscas con miel que con vinagre, y si la intención de la intrusión en las máquinas ajenas es la de la sustitución de un elemento pequeño que está en medio de miles de otros idénticos, la fechoría no puede ser advertida. Ni corregida.

Así es como cambió la identificación de la unidad OHYU 310157 con dígito

verificador 6, el cual era embarcado en el puerto de Malabo, en Guinea Ecuatorial, con una carga bien diferente a lo que la combinación alfanumérica de once números fijaba. La información que viajó a través de los distintos trámites portuarios establecía que se trataba de un contenedor del modelo *reefer* de seis metros fabricado por Carrier con sistema de conservación de frío y calor así como de control de humedad y ventilación. La unidad debía ir conectada a la red eléctrica en el buque, en la terminal de destino e incluso en el camión para su transporte terrestre. Había sido cargado en el *Lord Mbini* de la naviera Biokship, de 208 metros de eslora con capacidad para 2.700 TEU que cubre con él la ruta regular entre Malabo y Valencia pasando por Lagos, Dakar, Algeciras y Tánger antes de llegar a su destino tras doce días de navegación. Bananas como carga declarada y certificada gracias a Sangonera, que se ocupa también de que los agentes en los puertos donde el buque va haciendo escala reciban por correo electrónico la documentación. Y la receptora en destino era la consignataria Logística y Servicios de Construcción, S. A. (LOSECOSA). Entre la tripulación del *Lord Mbini*, como en cada viaje especial, Nikolai Shevchenko como segundo de a bordo, leal y feroz como un mastín napolitano, bien pagado y con dólares en efectivo y cantidad suficiente para que ningún agente de aduanas guineano ponga problemas.

En principio, nada podía fallar. A través de este método se habían transportado ya muchas cosas junto a las bananas que ocupaban un tercio del contenedor. La naviera tenía buena reputación en el puerto de Valencia, la consignataria receptora también y los contenedores refrigerados son opacos para las cámaras térmicas del puesto de la Guardia Civil de la salida del recinto portuario. En ese sentido, todo iba como una seda. Hasta el último cargamento. Aún no sabe exactamente qué ocurrió, pero sospecha que fue algo tan intrascendente y estúpido como una equivocación al leer la identificación por parte del operario de la grúa o del asignador de la carga. Sea como fuere, los plátanos —y lo otro— se echaron a perder. El contenedor ya ha desaparecido del puerto, pero sigue estando en los registros informáticos. Es poco probable que alguien lo busque; nadie va a reclamar las bananas —ni lo otro— que llevaba en su interior. De todos modos, no va a dejar que sus clientes corran el más mínimo riesgo. Primero porque es un profesional y tiene merecida fama de no fallar nunca. Y segundo porque no dudarían en sacarle el corazón con una cuchara.

Activa a Sangonera y el programa empieza a trabajar. Busca con paciencia oriental todos los registros de la naviera, la empresa de estiba y la consignataria y, uno a uno, los va borrando. Se introduce también para eliminar cualquier fichero *backup* de los sistemas y de todos y cada uno de los programas que utilizan las empresas implicadas en el transporte del maldito contenedor. Aunque es un trabajo lento, está en total tensión, con los músculos del cuello y los hombros agarrotados por el esfuerzo. Hay que borrar cada factura, certificado, correo electrónico, copia de seguridad y mención de la documentación sobre el contenedor OHYU 310157-6. Ni se da cuenta de que una pareja de turistas acaba de entrar en el local buscando refugio

de la lluvia y se sientan a la mesa que queda libre entre el sacerdote y él. Entonces, levanta la cabeza. Están demasiado cerca para su gusto, pero ya está terminando. La chica llama la atención por su pelo corto y tintado de rubio albino, casi blanco. Su acompañante, por el contrario, lo lleva largo, oscuro y recogido en una coleta. Cuando la camarera se les acerca, al pedir las consumiciones nota que son españoles —como él— y la urgencia por acabar y largarse de ahí se acrecienta. Ella pide un capuchino mientras él, en una mezcla extraña de castellano e italiano, pregunta qué es la *sambuca*. La mujer le acerca la botella para que, al olerla, el cliente compruebe que el licor es el equivalente del Lacio al anís español. Satisfecho, pide también —maldita casualidad— un *caffè corretto* como los dos que él se ha tomado.

Sangonera ha terminado su trabajo. La unidad OHYU 310157-6 nunca fue embarcada en Malabo ni descargada en Valencia. Jamás fue estibada en el *Lord Mbini* ni recibida por LOSECOSA. Cierra el programa y ejecuta el *kill switch*, un botón de pánico que es otro *software* que borra cualquier rastro suyo en la red local y, de paso, hace caer la wifi del establecimiento para que se reinicie en diez minutos, cuando él ya no esté allí. La pareja española, que se ha puesto a mirar sus teléfonos móviles aprovechando la wifi del local, intercambian gestos de fastidio, porque los terminales no se conectan y se repiten el uno a la otra, despacio, el nombre de usuario y la contraseña sin éxito alguno. Recoge el portátil y lo guarda en la mochila de seguridad que lleva consigo; se acerca a la barra, paga las consumiciones y se dirige a la puerta del local.

Fuera llueve a cántaros. Parece que el cielo romano brama para advertir al mundo que un demonio está a punto de ser soltado por las calles de la Ciudad Eterna y la ronca delación de las nubes rebota en las aceras brillantes por el agua. No le importa. La tormenta puede gritar lo que quiera, porque sobre estos adoquines caminan más diablos que santos de piedra hay sobre sus peanas. Ahora está más tranquilo. Si la gente de Valencia ha hecho su trabajo bien (y no tiene por qué pensar lo contrario), este desgraciado asunto no habrá pasado y habrá que lamentar, eso sí, una pérdida de dinero considerable, pero no catastrófica. Mientras se abrocha el abrigo, se ajusta la bufanda y recupera el paraguas que dejó en la papelera de la entrada, echa una última mirada al interior. La pareja de turistas sigue peleándose para conectarse a la wifi gratuita y el cura sigue leyendo a Scott Fitzgerald ante la taza, ahora vacía, del capuchino. Y en el bolsillo aún guarda la servilleta doblada con el número de teléfono del sacerdote que ha apuntado cuando pirateó la wifi del local. Sonríe mientras el fregonazo de un rayo y el estampido de un trueno coinciden en mostrar su furia sobre los tejados de Roma.

Tiene miedo.

Pensaba que ya había pasado todo el miedo que uno puede pasar en una vida. Estaba equivocado.

Esa mujer es lo más aterrador que ha visto en su vida. Y creía haber visto ya demasiadas cosas aterradoras. Pero nada como esto. Si se hubiera cruzado con ella por la calle no le hubiera prestado la más mínima atención. Otra española de bastantes años y muchos kilos. Trató a muchas así cuando vendía bolsos de imitación en la playa de Gandía y hacía balancear la mercancía falsa ante las carnes desparramadas sobre las toallas o embutidas en las sillas plegables mientras susurraba «quieres», «compra» o «barato» en su español gutural. Aquellas fueron algunas de las primeras palabras que aprendió en castellano que, de verdad, le sirvieron para algo, porque comprobó, a las malas, que «Real Madrid», «Barça» o «Iker Casillas» no eran útiles —como le habían dicho— para ablandar a los españoles. Y en especial, a la Guardia Civil o a la Policía.

La mujer gorda se mueve como si estuviera rellena de plomo. Todo ese peso en su interior provoca que cada paso y cada gesto venga acompañado de flojos gemidos y expresiones de queja que él no consigue entender bien. Aun así, no la pierde de vista ni un segundo. O lo intenta. De vez en cuando, la mujer se coloca a su espalda y, en los pocos instantes que desaparece de su campo de visión, siente el terror retumbando en el pecho como si miles de tambores *batá* sonaran a la vez a lo largo de sus venas. El pavor hace que sea capaz de escuchar como la sangre —al son de los acordes roncós de los *iyá*, los *itótele* y los *okónkolo*— se atropella a sí misma en los recovecos del cuello al ritmo de un baile demencial.

Ya que no puede moverse, intenta hablar. Hablarle. No lo consigue. Todo el español aprendido parece derretirse entre los dientes, pues ni siquiera nota los labios ni, sobre todo, la lengua. Aun así, percibe como se le escapa la saliva y babea como un viejo sin dientes, porque no puede controlar la boca, dormida por completo como si hubiera ido al dentista a arrancarse toda la dentadura. Lo único que logra articular son incomprensibles balbuceos que ni siquiera él mismo comprende. Las palabras en español se mezclan con las del inglés, el francés, el poco árabe que aún recuerda e incluso la lengua de Edo, con la que le hablaba su madre allá en la lejana y casi olvidada Nigeria.

Lo único bueno del miedo —si es que tiene algo bueno— es que le ayuda a mantener los ojos abiertos a pesar de la terrible somnolencia que provoca que le pese la cabeza como si tuviera una piedra atada en la frente. No obstante, a veces le vence el sueño y cierra los párpados durante unos segundos mientras balancea el cuello en círculos hasta que la barbilla aterriza sobre el pecho. Cuando esto ocurre, está seguro de que podría dormir durante horas, pero a los pocos instantes, un ruido u otro de los gemidos de su obesa carcelera resuenan en su mente embotada como si fueran los

truenos de Changó. Entonces, se despierta sobresaltado y la busca con la mirada, moviendo las pupilas de un lado a otro igual que si estuviera a punto de entrar en uno de los trances de los *babalawos*. Si encuentra la oronda figura vestida de blanco se tranquiliza durante un parpadeo que necesita para volver a tener miedo. Mucho miedo.

«Recuerda al elefante —se dice a sí mismo—, el elefante no tenía miedo.» Intenta evocar el animal sin cerrar los ojos, pero el espíritu que trae consigo la memoria de su infancia se resiste a aparecer bajo el resplandor sucio de la lámpara de gas que ilumina el recinto donde se encuentra. Incluso en esta angustiosa somnolencia se da cuenta de que está en una obra abandonada, porque la luz sucia revela el caos de colores metálicos de los grafitis que adornan las paredes de bloques de hormigón. Ha dormido en muchos sitios así y los conoce bien. «Recuerda al elefante. Recuerda al elefante. Recuerda al elefante.»

Fija la mirada en las manchas verdes —o las que piensa que son verdes— del muro pintarrajeado, justo encima de la cabeza rubia de la mujer que sigue enfrascada en lo que sea que esté haciendo, pero que él no es capaz de adivinar; pero es capaz de temer. Parece que le cuesta un poco menos mantener los ojos abiertos y la cabeza erguida. El verde metálico vomitado del espray de un grafitero cambia de matiz y el tono glauco artificial adherido a las arrugas del hormigón se transforma en el profundo esmeralda del bosque tropical de Okomu extenso, magnífico y terrible, al otro lado del río Osse. En la orilla opuesta estaba el pueblo donde nació: Izideme.

Izideme. El nombre, en su cabeza, suena dulce bañado por el almíbar de la nostalgia. En realidad era —y sigue siéndolo— un puñado de casas y huertas dispuestas a ambos lados de un camino que corría paralelo al cauce fluvial. La gente, allí, vivía de sus míseros cultivos los años buenos, de la tala furtiva de la preciada madera de *aboudriko* (la caoba africana que los blancos llamaban *sapeli*) y de ébano los años malos y, si había suerte y valor, de los carísimos colmillos de marfil rosado de los elefantes del bosque en los años muy malos. Hasta aquel momento, hasta aquella mañana de primavera, él no había conocido, todavía, ningún año malo y, si tal cosa había ocurrido, no se había percatado. Quizá fue por eso por lo que lo vio.

Tenía cuatro años y jugaba con su hermana de seis en la orilla del río mientras sus padres trabajaban en uno de los campos cercanos a su casa. Era un sábado de finales de abril y el bosque tropical desplegaba bajo el sol benigno de la primavera africana todo su esplendor verde. Fue su hermana la que señaló primero que, en la ribera opuesta, el follaje se agitaba para anunciar que el rey de la espesura de Okomu estaba a punto de aparecer.

El elefante de la jungla, a pesar de que su especie es mucho más pequeña que sus primos de la sabana, era imponente: un macho adulto, en la plenitud de la vida, casi el doble de alto que un hombre, destacado a la perfección de la maleza de la que había surgido a pesar de los cincuenta metros largos que separaban las dos riberas. El animal miraba con cierta curiosidad condescendiente al grupo de humanos que, al

otro lado del río, contemplaban boquiabiertos su belleza y, en especial, el par de colmillos de marfil rosado que brillaban a ambos lados de la trompa como si fueran dos rayos robados al sol de la aurora. El coloso permaneció mirándolos durante unos instantes, no más de un minuto, antes de dar media vuelta e internarse de nuevo en la selva. Su padre le contaría después, muchas veces, que aquella visita había sido un milagro, ya que los elefantes saben muy bien que su peor enemigo es el hombre y, por eso, se alejan de los poblados como el suyo. Aquel elefante, decía su padre, era un enviado de los *orishas* para recordarle todo lo bueno, lo noble y lo valiente que hay en el mundo y para que pensara en él cada vez que tuviera miedo.

Y ahora lo tiene. Como nunca lo ha tenido en su vida. Y por eso intenta con toda la fuerza de voluntad que es capaz de reunir que la serena majestad del elefante de la espesura de Okomu vuelva para reconfortarle. Si no consigue sobreponerse al miedo no podrá salir del infecto agujero en el que está metido. «Recuerda al elefante, Ókpasuri», se repite añadiendo el nombre que le dio su padre y que hace más de una década que no utiliza, puesto que en España todo el mundo le llama Óscar. «Recuerda al elefante, Ókpasuri. No dejes que te venza el miedo. No te dejes aterrorizar por una mujer gorda y vieja, que para eso vales por muchos.» Eso es lo que, literalmente, significa su nombre, el que vale por doscientos hombres. Su padre quiso así burlarse del destino y, quizá, de los *orishas* que habían decidido que tuviera cinco hijas y un hijo, el más pequeño. «Piensa en el elefante, Ókpasuri. Piensa en el elefante.»

Hacía años que no pensaba en el gigante de la selva de su niñez. En España, al final, todo había salido bien y no había sido necesario invocar el recuerdo del rey del bosque de Okomu para insuflarse valor o determinación. Pero recordaba cómo en su camino hacia Europa lo había necesitado muchas veces. Demasiadas.

Lo necesitó para sobrevivir en las miserables barriadas de las afueras de Benin City, donde se mudó con su madre y sus hermanas después de que su padre muriera aplastado por el tronco de un *sapeli* que había ido a cortar en una partida de tala furtiva. Ya con 18 años era un hércules de ébano, alto y robusto como el elefante de colmillos rosados y de músculos grandes y duros como el árbol que había matado a su padre. Se sentía fuerte y poderoso como el elefante de Okomu, pero, en África, el poder sin dinero lo deben tener los *orishas* y, como otros muchos jóvenes de su generación, se llenó la cabeza con los sueños de riqueza y prosperidad que traían hasta las chabolas las parabólicas instaladas en los tejados de chapa. En los barrios pobres del África subsahariana no hay alcantarillado, ni aceras, ni neveras ni lavadoras, pero sí hay grandes televisores, ya que la única manera de salir de allí, al menos durante un rato, es con el mando a distancia.

Y le decían que, aunque estaba lejos, era fácil. Casi 5.000 kilómetros de aventura hacia el norte, hasta una ciudad llamada «Thuta» —o algo parecido—, que estaba en la frontera entre Marruecos y España. Una vez allí, bastaba con saltar una valla y disfrutar de la tierra que brindaba a quienes llegaban pan, trabajo y dignidad. Eso lo sabía todo el mundo.

Pero había cosas que quizás alguien sabía, pero que nadie se las había contado antes. Nadie le había avisado de que en Zango, en la Nigeria norteña y musulmana, una simple mirada a una de sus mujeres, siempre envueltas en telas negras, te podía costar una paliza. Nadie le dijo que en Farwa, en Níger, había que pagar a los traficantes de seres humanos el pasaje en un camión destartado con el que cruzar el inmisericorde desierto. Nadie le advirtió de la tunda que le iban a dar los ladrones de Agadez, que le dejaron con lo puesto y que le obligaría a ir andando hasta In Guezzam, en Argelia, y hacerlo de noche para evitar los casi cincuenta grados de temperatura. En aquella travesía se encontró demasiadas veces con montículos de arena al lado del camino borroso que indicaban que otro peregrino de la desesperación había llegado a su destino definitivo y la hoja con su foto y datos personales del pasaporte era la lápida de papel que, bajo una piedra, recordaba a los que pasaban por allí que aún había peajes más caros que los que exigía la corrupta policía de Níger por hacer la vista gorda. Que enterraran a los muertos bajo la arena y dejaran la identificación encima para que, si alguien los reconocía, pudiera decírselo a sus familias era el único gesto de solidaridad que podían permitirse entre ellos. Nada más. La generosidad, la valentía, la integridad e incluso el mero sentimiento de humanidad resultan ser artículos de lujo que no se pueden pagar cuando la única posesión es la angustia, la pobreza y la desesperación. Camino adelante había más muertos, pero estos no tenían tumba de arena ni lápida de papel que recordara su nombre unos cuantos días antes de que el viento del Sahara borrara su memoria. Conforme cruzaba el purgatorio en su camino al paraíso se convencía de que Changó y su elefante perdían poder, porque aquello era el mundo y el mundo pertenece a Babalú Ayé, el terrible espíritu de la lepra, la viruela, la peste y la miseria.

Andando llegó a Gardaya, la ciudad de casas rojizas, con su mezquita piramidal coronada por el minarete escarlata en lo alto de la colina y sus fragantes huertos de palmeras datileras. Pero no había dátiles para Ókpasuri ni para las docenas de subsaharianos que vivían en los basureros quemando desperdicios para protegerse del feroz invierno desértico. En Gardaya supo que la ciudad de «Thuta» era, en realidad, Ceuta, y que además de la valla que había que saltar, después había un mar que cruzar. Allá en Benin City nadie le había contado nada del mar. También fue en Gardaya donde oyó por primera vez la palabra «patera».

Más semanas de hambre, de miedo y miseria hasta conseguir el dinero con el que pudo comprar un asiento en una patera y el pasaporte falso donde ya era Óscar, un estudiante senegalés. Y más semanas aún malviviendo entre los basureros de Tetuán y los montes que rodean Ceuta mientras esperaban el momento propicio para embarcarse en un ataúd descapotable que les llevaría al otro lado del mar.

Una noche sin luna del verano de 2005 con el mar en calma, la patera zarpó desde el lado marroquí de la playa del Tarajal. Se decía que en España había papeles para todos y la habladuría tenía cierto sentido al comprobar que la cruel policía marroquí parecía estar allí más para dirigir el tráfico de subsaharianos que para impedirlo.

La aurora rosada le devolvió el recuerdo del elefante cuando su luz nueva dibujó en el horizonte la tierra soñada. La travesía había durado dos días, hacinados como animales bajo el brutal sol del Mediterráneo. Con el elefante en el pensamiento hizo caso al consejo que le habían dado y se lanzó al mar pese a que la orilla aún estaba lejos. Nadó como supo y pudo, llenándose los pulmones de agua amarga. Alcanzó la playa con el salitre quemándole la piel y, sin permitirse siquiera un respiro, echó a correr a pesar del cansancio. Por fin había llegado y nada le iba a detener ahora que sus pies pisaban la tierra prometida. Estaba en Algeciras: la puerta de Europa. Había tardado un año y medio.

Pronto comprendió que las cosas en España tampoco eran tan fáciles ni había un trabajo esperándole. Venta ambulante, jornales interminables recolectando fruta o verdura. Le ofrecieron vender droga docenas de veces, pero Óscar no quería. Así no se haría rico, así no. Había otra manera. La encontró. Y todo iba bien hasta hoy, ¿o fue hasta anoche? No lo sabe. El miedo no le deja saberlo. «Piensa en el elefante. Piensa en el elefante. Piensa en el elefante.»

La mujer se le acerca hasta poner su cara a escasos centímetros de la suya. Con una mano enguantada en látex le abre los párpados del ojo izquierdo e ilumina su pupila con una pequeña linterna. Repite la operación con el ojo derecho. Cuando se retira y su vista se recupera de la exploración luminosa le ve bien el rostro por primera vez. La media melena rubia y lisa enmarca un rostro redondo como una torta de mijo, de boca pequeña cuyos labios resaltan debido al carmín que los cubre. Los ojos son mínimos, apenas dos aperturas entre pliegues grasos, pero amplificadas por las gafas de lentes rectangulares que lleva puestas. Si se las quita las deja caer sobre sus pechos —grandes como sandías— gracias al cordón que las sujeta por las patillas. Lleva puesto un pijama blanco como el que usan las enfermeras. La luz de la lámpara de gas empieza a parpadear, lo que anuncia que el combustible de la pequeña bombona azul que la alimenta está a punto de consumirse. La mujer se va hasta una esquina del sótano rellena de sombras que impiden a Ókpasuri ver con exactitud qué hay allí. La mujer se agacha ante lo que parece ser una caja de plástico como las que Ókpasuri cargaba llena de naranjas y mandarinas en los campos que rodean Valencia. La titubeante luz rebota contra el enorme trasero como si fuera una pantalla de cine. El movimiento provoca más chasquidos de huesos y débiles ayes. Ókpasuri aún ve que lleva otra bombona azul en la mano un poco antes de que las tinieblas se apoderen del sótano. La mujer ha apagado la agonizante lámpara para cambiar el depósito de combustible ayudada por la pequeña linterna de exploración médica que ha utilizado antes con las pupilas de su prisionero.

Una vez la luz ha regresado, la mujer se le vuelve a acercar, esta vez por la espalda. Con un gesto preciso, mil veces repetido, le sujeta las mejillas y aprieta con la tenaza que forma con su dedo índice y medio junto al pulgar en un punto cercano a la articulación de la mandíbula, lo que obliga a su víctima a abrir la boca y le introduce un tubo de plástico. Empuja la cabeza del prisionero hacia arriba de forma



que la barbilla le apunte al techo. El nigeriano está sentado en una silla metálica atornillada al suelo, con las piernas atadas a las patas y los brazos amarrados en cruz a una tabla que se apoya sobre la parte superior del respaldo. Inmovilizado de esa forma no puede hacer nada para evitar la torsión del cuello. Ókpasuri nota como el agua empieza a llenarle la boca. La recibe con el mismo gozo con el que lo hacía en el desierto de Níger y Argelia. Bebe y bebe. Y la mujer le incita a ello apretando la botella para que el caudal que surge del caño sea abundante. Aunque no puede saberlo, está casi seguro de que debe haber bebido casi un litro. La mujer parece satisfecha.

La tenaza le aferra las mejillas y, de nuevo, abre la boca. Percibe el olor dulce de piel de mujer perfumada con cosméticos y agua de colonia. Nota como la bola de algodón absorbe de inmediato la saliva. Intenta escupir, pero la presa es demasiado fuerte. Y se nota que no es la primera vez que la gorda hace esto. Se concentra en respirar por la nariz y evitar que alguna de las piezas del tejido se le cuele por la garganta. La náusea y la asfixia bailan desde su estómago a su garganta. Cuando se cerciora de que tiene la boca repleta del tejido blanco, la mujer gorda termina de amordazarle con gruesos trozos de esparadrapo.

Ókpasuri ya es incapaz de pensar en nada más. Cuando se ha quitado las gafas de vista cansada después de examinarle las pupilas ha conseguido cruzar la mirada con su torturadora. A pesar de los kilos, el tinte rubio, el perfume barato, el carmín de supermercado y el pijama blanco, Óscar ve en los ojos de su carcelera a la mismísima Obbá, la terrible diosa yoruba que es más fuerte que el resto de los *orishas* masculinos, La Que Vive En El Cementerio, La Que No Baila, La De La Oreja Cortada. El miedo le da una tregua de pocos segundos. Y en su lugar viene un sentimiento tan africano como el de la resignación. Aunque intuye el porqué, no puede terminar de entender la razón por la que le ha tocado a él la visita de la mismísima muerte.

La gorda encarnación española de Obbá comprueba la vía intravenosa que el joven lleva en el brazo izquierdo, extendido y atado, al igual que el derecho, sobre un tablón, con las palmas hacia arriba. La bolsa más pequeña, conectada a la más grande a través de un catéter, está vacía. La otra sigue suministrando suero salino a través de la aguja hincada en el musculoso brazo del hombre. La mujer mira el reloj, es dorado, vulgar y, encima, le está pequeño y hace que la muñeca y la mano se parezcan a una ristra de embutido. La mujer cuenta algo con los dedos gordezuelos y se retira de la visión de su presa, hacia el fondo del sótano donde está el cajón de plástico. Situada a su izquierda, el nigeriano no puede ver qué está haciendo, pero sí puede olerlo. Es gasolina.

Ahora quiere gritar, pero la bola de algodón en su boca le impide emitir cualquier sonido. El miedo le suelta la vejiga y no puede contener la orina que se desliza, caliente y áspera, por sus piernas. Es entonces cuando se da cuenta de que está desnudo. De hecho, ha estado como vino al mundo desde que empezó a recuperar esa

conciencia intermitente en la que se encontraba hasta hace unos instantes. La mujer ve el charco y arruga la nariz de manera involuntaria ante el acre olor del líquido, pero resulta evidente que ha visto muchos orines derramados. En la mano lleva un orinal de hospital. Arquea las cejas y levanta los hombros ante la evidencia de que ya no lo va a necesitar y vuelve a las sombras, al aterrador almacén de la esquina oscura que Ókpasuri no puede ver.

Cuando regresa, un par de minutos después, lleva una bandeja de acero inoxidable en las manos. El recipiente tiene varios compartimentos y, en el más grande de ellos, gasas blancas flotan en un líquido de destellos verdosos. Ahí está la gasolina. La mujer vuelve a ponerse las gafas de la presbicia y, sentada detrás del africano, comienza a aplicar con exquisito cuidado tiras de gasa blanca impregnadas de carburante sobre las palmas de las manos de su prisionero. Es lenta y metódica. Se asegura de que cada milímetro cuadrado de la piel quede cubierta por el tejido empapado de combustible. Aplica las tiras blancas con precisión e incluso mimo. Una tras otra hasta que la cataplasma tiene varios milímetros de grosor. Cuando ambas manos están cubiertas se levanta de su asiento y se dirige de nuevo hacia el cajón de plástico donde están todos los enseres que se ha traído hasta esta franquicia del infierno que ella misma ha abierto en el sótano abandonado. Vuelve y Ókpasuri, enloquecido ya de terror, comprueba que lleva en la mano un mechero de cocina que enciende y cuya llama aplica a las manos del nigeriano con la misma tranquilidad que si estuviera encendiendo el fogón de su casa para hacer un huevo frito. El subterráneo se ilumina con las dos nuevas fuentes de luz que bailan en las palmas de la víctima al ritmo de los gritos ahogados por la bola de algodón que le llena la boca. No obstante, la mujer ha puesto la gasolina justa en las gasas y las dos pequeñas antorchas solo duran unos instantes —cortos para ella y eternos para él—. El olor a carne quemada consigue enmascarar el hedor de la orina que, por segunda vez, le calienta las piernas. La mujer se vuelve a poner las gafas para comprobar el estado de las manos de su víctima. Ha hecho bien el trabajo. Las palmas están cubiertas por una película negruzca donde se mezcla el tejido de algodón con la epidermis derretida. Por primera vez, la mujer habla:

—¿Crees que esto te ha dolido? Ahora sí que te va a doler.

Con unas pinzas estira de un borde de la película negruzca y, con el tirón, se lleva tras de sí la piel entera. Primero la mano izquierda. Luego la mano derecha. Ambas manos brillan rojas bajo la lámpara de gas; luz sucia de humo de carne abrasada. Ókpasuri grita. Grita con todas sus fuerzas, aunque nadie puede oírle. Chilla a la madrugada invernal valenciana que, fuera, jaspeada de lluvia fina, hace temblar el espejo de una balsa de riego cercana. Las ramas de los pinos y las zarzas del Barranco del Llop se agitan como si algo se moviera entre la espesura. Solo es viento cargado de agua. Tan frío e indiferente como la noche sin luna. En la Sierra Calderona no hay elefantes.



Lunes, 22 de diciembre de 2014

Merecían morir. Los dos. Eran sucios y malvados, tal y como dijo la Gitana. Como el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Yo mismo lo confirmé en cuanto los oí hablar. Apeataban a fa sostenido menor (F#m). No aguanto a la gente que está todo el rato en fa sostenido menor. No digo que todo el mundo que vive en F#m deba morir, pero estos dos sí, porque, además, mentían; cuando mentían se modulaban a la bemol menor (Abm), lo cual es todavía más chungo: saltaban de una tonalidad a otra sin pasar por ninguna intermedia ni usar acordes puente y eso no solo no es armónico, sino que, además, suena fatal. Y por eso lo supe. Es muy jodido pasar de F#m a Abm cuando no dices la verdad, porque eso significa que eres lo peor de lo peor del puto mundo, que has hecho lo peor de lo peor de todo y que mereces morir de la peor forma posible. Y así ha ocurrido: a los dos. Uno ha sido en directo y el otro en diferido. En realidad, los dos estaban muertos diez segundos después de que yo hablara con ellos, aunque los pobres gilipollas aún no podían saberlo. Uno sé cómo ha sido; de hecho, la debe estar palmando ahora mismo tal y como me lo ha contado la Gorda. Es más, si pasa todo lo que tiene que pasarle, estará diñándola de muy mala manera, en serio. El otro fue apuntado en la lista de los que han dejado de fumar para siempre ayer por la noche. No sé cómo habrá ocurrido, porque la Gorda no quiso decirme nada. Mejor. Con lo poco que vi fue suficiente. Yo notaba como la voz de la Gorda, que, habitualmente es un alegre vals con un puntito guay de melancolía en la menor (Am), descendía nota a nota hasta el infierno del si bemol menor (Bbm), aunque, por suerte, no llegó hasta el fondo. La he visto (o debería escribir que la he escuchado) cuando se pone ahí abajo y no mola nada, más bien acojona mucho. Al menos, a mí me acojona mucho.

Confirmé a los dos. Eran ellos y se habían ganado a pulso lo que les ha pasado. Lo que pasa es que hay que seguir el procedimiento y cumplir con los trámites. Para eso, la Doña es más estricta que la *Tocata y fuga en re menor* de Bach. Me lo preguntaron, las dos, un montón de veces. Siempre quieren estar muy seguras. Así que se lo dije a la Doña y también se lo corroboré a la Loquera, quien, por cierto, me insistió un montón de veces y de diez mil maneras distintas como lo hace siempre para asegurarse de que yo no me he equivocado. Y no lo había hecho. Nunca me equivoco con estas cosas. La cago en casi todo lo demás y, de manera muy especial, cuando se trata de relacionarme con gente, pero en estas movidas, nunca la pifio. Otro regalito que me dejó el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. ¡Hola, Grandísimo Hijo de la Gran Puta! ¡Buenas noches y felicidades! ¡Has conseguido colarte en mi diario otro día más! ¡Como todos los putos días desde el primer puto día que nos conocimos! Espera, esta caladita al porro es a tu salud. Y a la de tus putos muertos. Ni siquiera sé

ya por qué me cabreo. Voy a seguir.

La Doña y la Loquera insistieron mucho, como siempre lo han hecho. Querían estar convencidas y que no hubiera error posible. A la Gitana y a la Gorda se la sudaba. A ellas siempre les da igual. «Si el niño —o sea, yo— dice que sí, es que sí y no hay que darle más vueltas. Se hace y ya está», dice la Gitana. La Gorda, como mucho, asiente con la cabeza a lo que dice la Gitana, pero apenas habla, al menos, cuando están las cuatro juntas sentadas en las sillas en aquel rincón sombrío. Yo espero al otro lado del claustro a que terminen de hablar, fumándome un porro tras otro, con los auriculares puestos y el volumen a tope. Cuando terminan, la Doña y la Loquera me interrogan y yo les digo lo que he sentido. A veces se hace muy largo. En otras ocasiones no dura más de cinco minutos; depende de cada caso. No siempre mueren. Los hay que solo se llevan un castigo. Sí. Vale. Es un castigo ejemplar, como dice la Doña. Yo añadiría que es una verdadera putada que hace plantearse a uno si es mejor eso o que te manden al otro barrio, porque son auténticas cabronadas.

Quizá no debería llamarlas así: la Doña, la Loquera, la Gitana y la Gorda. No está bien. Nada bien. Gracias a ellas (y a más gente, porque el Cura también tuvo mucho que ver, pero bueno) puedo, entre otras cosas, escribir esto. Sin embargo, hoy no me sale definir las de otra manera. La culpa es un poco suya, la verdad. Si me exponen a gente tan chungueta como esos dos que merecían morir pasa lo que pasa. Demasiado F#m modulado a martillazos a Abm a cada mentira que decían. Y decían mogollón. Una detrás de otra. Por eso estoy bastante del revés: por el F#m. Bueno... y también porque aún tengo demasiada marihuana y demasiado caballo en los pulmones. Es lo que me pasa si he de estar fuera de mi casa durante más tiempo del que puedo aguantar. Se me va la pinza. He intentado tranquilizarme un poco cuando he llegado a casa y, además de los canutos y el chino, me he puesto música. Y la he vuelto a cagar. Y que yo la cague con la música es para flipar. Pero, a veces, pasa.

En mi casa debe haber más de seis mil discos y otros tantos CD. Me molan mucho más los viejos habitantes del tocadiscos, claro, pero no todo se encuentra ya impreso en policloruro de vinilo y, además —lo reconozco—, tuve mi época de quedarme flipado con el sonido digital, como todo el mundo, antes de darme cuenta de que no es lo mismo. El caso es que hace un rato, cuando he llegado a casa, ha sido tambaleándome y Dios, la casualidad, el destino o la puta que lo parió a todo junto ha querido que me parara en la estantería de mis favoritos de blues. Conociéndome como me conozco, debería haber mirado con más cuidado qué era lo que iba a dejar caer en el plato Brinkmann Oasis, pero no lo he hecho. No es para tomárselo a la ligera. Mi Brinkmann Oasis vale casi 9.500 euros y es una puta pasada en todos y cada uno de sus 26 kilos de peso, bien aislados gracias a su base de duraluminio de doce milímetros de espesor. He escogido un disco al azar y solo cuando ya empezaba a girar me he fijado en su funda: *Robert Johnson. The Complete Recordings*. Joder. Ni hecho adrede. Un negro —como uno de los dos que merecían morir— vestido con un traje a rayas, tocado con un sombrero de ala ancha ladeado hacia su derecha y con

una guitarra desvencijada en su regazo me miraba sonriente desde 1937. Mi copia no es de esa época, claro: es la compilación que se hizo en 1990 y que compré en Amazon por 120 dólares. En vinilo, por supuesto, ya que es una edición limitada cuyo máster está en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Ya he escrito antes que no debería poner discos en mi Brinkmann a tontas y a locas, aunque, bien pensado, tampoco debería ponerme hasta las trancas de cogollos y caballo y lo hago todos los días. Tampoco debería pensar constantemente en el Grandísimo Hijo de la Gran Puta y mira lo que pasa. Ya está aquí de nuevo. Como cada día.

Desbarro. Decía que he dejado caer el disco y he puesto la aguja donde el azar ha querido. Luego me he dado cuenta de que era el segundo volumen y que la toma alternativa de *Drunken Hearted Man* estaba en sus últimos segundos. Luego ha venido el corte, un silencio breve y, enseguida, ese primer acorde de la con séptima (A7) que es el pasaporte a un cruce de caminos en Clarksdale, Misisipi, donde hoy en día se cortan las autopistas 61 y 49. En este lugar, cuentan, Robert Johnson vendió su alma al diablo, quien se presentó con la forma de un hombre negro que se le apareció justo antes de la medianoche, afinó su guitarra e interpretó una canción con ella. Cuando se la devolvió, aquel músico mediocre podía tocar cualquier cosa que se propusiera gracias a la afinación demoníaca. Hay quien dice que, en realidad, esto le pasó a otro *bluesman* de la época, un tal Tommy Johnson. Da igual. Me gusta que lo hiciera Robert Johnson, porque era más puto genio que Tommy Johnson y, como todos los genios, la palmó pronto. Envenenado con estriknina metida en una botella de whisky que estuvo matándolo durante tres días. Tenía 27 años. Dejó en su paso por el mundo 29 canciones y dos fotografías. Parece poca cosa. O quizás es mucho. ¿Qué voy a dejar yo? ¿Qué va a dejar la mayor parte de la gente? Si alguien fuera a leer esto se lo podría preguntar también: ¿qué vas a dejar tú? Visto así, lo que dejó Robert Johnson es mogollón. ¿No? Menos mal que nadie va a leer esto. Nunca.

Mi equipo de música no es cualquier cosa. Mis dos altavoces Wilson Audio Sophia valen todos y cada uno de los casi 19.000 euros que pagué por ellos. El salón de mi casa y con él, el universo entero, ha desaparecido en el momento en que esa voz poseída por el mismísimo Satanás descendía del par de corcheas del mi bemol a otra en re, otra más en do sostenido hasta caer en la última: un la prolongado con un puntillo y ligado a una negra: *Early this mornin'*. Luego ha seguido: *When you knocked upon my door... Early this mornin' whooo... When you knocked upon my door... And I said «Hello Satan», I believe it's time to go.*

Ahí estaba. Era Robert Johnson tocando, al igual que cuando grabó el tema, cara a la pared. Estaba solo con su cochambrosa guitarra y aquel blues en F#m, la tonalidad de la oscuridad, el resentimiento y el odio. En la misma en la que hablaban los dos muertos que merecen estar muertos y en la que Michael Jackson compuso la aterradora, pero bailonga, *Billie Jean*. F#m es la jeta oscura de la alegre y verde la mayor (A). Mis dos etapas monofónicas han traído hasta mi salón a ese negro de veintisiete años, tañendo y cantando de cara a la pared mientras era grabado para que

nadie —se decía— pudiera verle los ojos poseídos por el Mal y cuyo espíritu estaba escondido entre las seis cuerdas de una Gibson que hacía sonar como si fueran dos. Y eso que la grabación hecha en San Antonio, Tejas, en 1937 no es precisamente un prodigio de tecnología de sonido.

Durante dos minutos y treinta y siete segundos he estado caminando junto a Robert Johnson y el diablo. He estado indefenso por completo, llevado como un cordero al matadero o quizás huyendo desde la nada a ninguna parte como hacía el propio Johnson, según decía, para que Satanás no le encontrara. Por eso hay tres tumbas con su nombre en Greenwood, Misisipi: para que Belcebú no sepa en cuál de ellas está.

No sé dónde acabarán los dos que merecían morir. Supongo que tendrán una tumba para cada uno, pero, la verdad, me importa un carajo. Eran culpables. Al primero lo vi en su propia casa. Acompañé a la Gorda a hacerle la visita. El tío vino renqueando hasta la puerta cuando nos abrió. Estaba realmente jodido, doblado como una escarpia e igual de tieso. No fue nada amable y eso que se suponía que estábamos allí para ayudarlo, pero nos habló como si fuéramos sus putas. Ahora que lo pienso, hay algo de justicia en que nos tratara como dos mierdas pinchadas en un palo, porque, a fin de cuentas, fuimos a lo que fuimos, aunque él pensara que íbamos a curarle. Lo pasé mal de cojones. No podía llevar los auriculares puestos para que no sospechara nada. Además, tanto la Loquera como la Doña me habían prohibido que fumara nada para la excursión. En teoría no hubiera hecho falta que me dijeran tal cosa, porque si me meto demasiado, mi oído se adormece y no percibo todo lo que tengo que percibir. Por eso Robert Johnson y su paseo diabólico me ha pegado tan fuerte. Pero si no voy puesto hasta el culo de marihuana, ir por la calle es un auténtico calvario. Así es mi vida.

Cuando estábamos allí la Gorda le dijo que se tumbara en la cama y no paraba de preguntarle cómo se sentía, qué notaba y, sobre todo, a qué se dedicaba. A las dos primeras preguntas decía todo el rato que mal, pero en la última mintió. Joder si mintió. Decía que se dedicaba a la «logística». Ni siquiera sé qué significa eso, pero, fuera lo que fuera, era mentira. Apestaba. Hay tonalidades que apestan y yo lo noto como nadie en el mundo. Dicen que Mozart era como yo. Vete a saber. No hay manera de comprobarlo y, además, no me he encontrado nunca con alguien como yo. Algunos se acercan, sí, pero no son como yo. Nadie es como yo. Bueno, quizá sí. El Grandísimo Hijo de la Gran Puta puede que fuera (o sea) como yo. No me acuerdo. Yo tenía solo ocho años. Ya está aquí otra vez.

Aún me hace perder el hilo. Decía que el capullo ese pasó de F#m a Abm como si hubiera tirado por la ventana una vajilla completa de 24 piezas más la sopera. Puto mentiroso. Era él. Entonces supe que era él. Ese era el tío que la puta (perdón, ya ex puta, creo) había señalado a la Loquera. Por eso estábamos allí. Asentí con la cabeza a la Gorda y, entonces, ella cambió el contenido de la inyección. No sé qué llevaba. Algo muy chungo, supongo, porque, cuando nos fuimos, me dijo que estaría muerto

entre 24 y 48 horas. Por eso sé que, cuando escribo esto, debe estar palmándola, si es que no lo ha hecho ya.

Luego me llevaron con el otro. Ni siquiera lo vi. No me dejaron. La gente de la Gitana lo había cazado en algún sitio y lo tenían en un sótano de una casa en medio de la nada. Yo me quedé tras la puerta, escuchando. La Loquera le preguntaba. Mintió en todas y cada una de las preguntas que le hizo. Y lo hizo en las mismas tonalidades que el otro. Para flipar. Como en *Me and the Devil Blues*, el tío estaba en F#m y, como el primero, se precipitó hasta el Abm de cabeza. Y eso que, al principio, me confundió un poco. Quizá fue porque lloraba y gritaba más que otra cosa y, así, me resultaba un poco difícil seguirlo. Tenía motivos para llorar y gritar. La gente de la Gitana es capaz de provocar eso solo con verlos, así que no quiero ni imaginar lo que le harían. O lo que ya le habían hecho. La verdad es que no lo sé, porque, como ya he puesto antes, no estuve en su presencia.

Sé que era negro, como Robert Johnson, pero no afroamericano porque su voz parecía sacada de un balafón, ese fascinante instrumento que se parece a un xilófono, pero hecho con piezas de madera entrelazadas y calabazas huecas que sirven de caja de resonancia. Era bonita: grave y con colores brillantes entretejidos en sus armónicos. Lástima que estuviera en una tonalidad tan chungueta. Tenía su encanto ese eco del piano africano —que así llaman al balafón—, pero, aun así, no conseguí engañarme. Era culpable. Como el otro. Se lo dije a la Loquera cuando salió de allí. Luego, ya bajo las estrellas, me fumé tres canutos seguidos, encendiendo uno con la colilla del otro, porque, allí al aire libre y en medio de la noche, me estaba volviendo tarumba con tanto silencio. Ni me gusta el silencio ni el campo. El Grandísimo Hijo de la Gran Puta me tuvo en un sitio muy parecido. Por eso no lo soporto. El exceso de sonidos me pone las meninges del revés, pero su ausencia me mata. Me recuerda al Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Más que a él me recuerda cuando esperaba a que él viniera, que era peor. Las cosas, siempre, son más grandes en la imaginación que en la realidad, aunque mi realidad con el Grandísimo Hijo de la Gran Puta fuera mala de cojones.

Se me ha enganchado al cerebro el verso final del diabólico blues de Robert Johnson: *Me and the Devil... Was walkin' side by side... Me and the Devil, whooo... Was walking side by side... And I'm going to beat my woman... Until I get satisfied*. O sea, que se iba a pegar a su mujer hasta quedar satisfecho. Por si alguien dudaba de que el demonio y Robert Johnson caminaban juntos. Último renglón. Mañana más.

—Es que, según he visto en un foro de Internet de madres con niños afectados por... por... —la mujer mira de reojo a su hijo, sentado a su izquierda y con los auriculares puestos, que juega con un teléfono móvil de última generación— este asunto, creo que tenemos aquí todos los síntomas. No sé... A lo mejor hacen falta más pruebas para... para solucionar el problema con medicación o algo, ¿no?

Cristina hace un esfuerzo titánico para no estallar en carcajadas. Al final, después de más de media hora de explicaciones sobre los resultados de los test, lo que de verdad quiere la mamá que tiene enfrente ahora mismo es la receta de la «pastillita de portarse bien», o sea, la dosis de metilfedinato que se prescribe para el tratamiento de la epidemia más extendida de los niños del siglo XXI en las sociedades desarrolladas: el trastorno de déficit de atención e hiperactividad, el famoso TDAH.

—Vamos a ver —Cristina está acostumbrada a repetir las cosas sesenta veces y su voz no denota ni pizca de impaciencia—, en las pruebas que hemos hecho, Adrián ha llegado solo a los 15 puntos según la escala de Conners y se entiende que puede, insisto, puede, haber TDAH si en esta prueba se superan los 17 puntos, lo que no es el caso. Y el test de atención D2 tampoco ha dado valores malos. Tu hijo, Ana, necesita otro tipo de métodos para mejorar su comportamiento y su concentración.

—Ya, pero —la mamá lleva un buen rato sin rendirse y lo intenta una vez más— es que tiene todos los síntomas y yo vengo agotada del trabajo y es que no puedo con él. Coge unas rabietas monumentales y, después, no se duerme y está toda la noche llorando. Su padre se pone nervioso ya que madruga mucho y acabamos a gritos o sin hablarnos. Yo, al día siguiente, no puedo con mi alma puesto que la hermana pequeña de este también se despierta y ya tengo un belén montado de mucho cuidado. Encima, tengo que preguntar en el grupo de *wasap* de madres si tienen deberes, porque, según él, nunca tiene o ya los ha hecho. ¡Y así todos los días! ¡Es que no puedo más!

—Aun así, Ana, aquí no hay bastante problema —Cristina dibuja con los dedos unas comillas imaginarias a ambos lados de su cabeza cuando pronuncia la última palabra— como para recurrir a la medicación que, no nos olvidemos, siempre tiene efectos secundarios.

—Mira —la madre señala el teléfono que su retoño maneja con virtuosa habilidad—, esto o la tableta es lo único que lo mantiene tranquilo y entretenido. Una amiga me dijo que a su hija le daban Rubifen, porque se lo aconsejaron los profesores y que había mejorado mucho en el colegio. Pero claro —la voz de Ana adquiere un matiz amargo de reproche—, ella tiene seguro privado y a los médicos que va no le ponen tantos problemas.

Cristina empieza a pensar que la que de verdad necesita medicación es la madre de la criatura, quien, indiferente a la conversación de las dos mujeres, continúa hipnotizada por el videojuego. La psiquiatra siente lástima de la chica. Es un ejemplo



casi de manual. Treinta y muchos años con dos hijos, trabajo precario o, si es fijo, de jornada interminable. Y su pareja debe estar en una situación parecida o peor. Una existencia de prisas y agobios, sin el más mínimo control sobre lo que ocurre a tu alrededor. Solo vale caminar hacia delante como se pueda, aunque sea a trompicones. Madrugar, preparar desayunos, correr para llegar al colegio, cumplir en un trabajo que no paga todas las facturas; volver a por los niños; poner lavadoras; que hagan los deberes; miedo a que a la pequeña se le rompan las gafas y terror ante la perspectiva de que el mayor necesite ponerse un aparato en los dientes que vale un pastón. No acordarse ya de cuándo fue la última vez que fue al cine con su marido o que tuvo una conversación con adultos que no fuera sobre pañales, papillas, multiplicaciones, dibujos animados, zapatos que se quedan pequeños o noches en urgencias porque el Apiretal no parece hacerle efecto. Y así pasan los años y nuevos problemas sustituyen a los viejos sin descanso entre ellos. Basta una pequeña dificultad añadida, un ligero bache en el camino, como un niño un poco más revoltoso de lo habitual, para que toda su estructura mental y vital empiece a tambalearse. Ana, como tantas otras, ni siquiera es consciente de que las circunstancias empiezan a superarles, aunque no quieran darse cuenta. La agobiada mamá cree que la «pastillita de portarse bien», cuyos milagrosos efectos ha leído en algún foro de Internet o se la ha recomendado una amiga tan indocumentada como ella, es la mejor opción y es la única que se le ocurre porque ni la cabeza, ni la vida, le da para más. Lo que le pasa a Ana es lo que le ocurre a la mayor parte de la gente: piensa que su problema es el más grande y el más complicado de la historia de la humanidad, pero quiere acabar con él mediante una solución dulce, rápida, fácil e indolora. Está equivocada en los dos extremos: ni la causa de la angustia es de la magnitud que ella se cree ni hay remedios que no sean amargos, lentos, complicados y dolorosos. Y sabe bien de lo que habla. Si Ana supiera las cosas que hace con las negras y las rumanas no estaría allí pidiendo una receta de un psicoestimulante como el metilfenidato para su hijo. No. Lo que pediría es que la sacaran de su consulta de Psiquiatría Infantil del Centro de Especialidades del Grao de Valencia.

—Ana, de verdad —la psiquiatra ignora el comentario que pretendía ser hiriente sobre las clínicas privadas—, para mí lo más fácil sería recetar el Rubifen y olvidarme del asunto, pero lo que Adrián necesita es terapia de conducta. Hay que ponerle límites; establecer horarios y un régimen de recompensas y castigos que él entienda. Lo digo en serio, tu niño no está enfermo, solo está... —Cristina encuentra la palabra para sustituir «maleducado» justo en el último instante— desorientado.

En la calle, la tarde se ha convertido en noche. El cielo, que ha sido un caldo blanco durante todo el día es ahora una alfombra terrosa, porque las nubes se visten con el sucio reflejo del alumbrado público. Por detrás del manto rojizo, la borrasca mediterránea acumula fuerza y cólera.

—¡Mire! —Ana ya no oculta su nerviosismo—. Si con todo lo que llevo encima, además tengo que llevarle a un psicólogo o lo que sea, a mí me da algo. Le juro que

no puedo más.

Cristina Llorens deja que se desahogue mientras piensa que maldita fue la hora en la que alguien decidió convertir una conducta en una enfermedad y, de paso, vender más medicamentos. Que un niño sea tan bullicioso y que sea capaz de provocar que el dalái lama le dé una bofetada es un problema de comportamiento, pero con el dichoso trastorno de déficit de atención con hiperactividad se consiguió, de un plumazo, que el más travieso de la clase, el pequeño matón del parque o el gallito de pelea de la calle dejara de ser el malo para ser un enfermo y, de paso, que los responsables de su educación, o sea, sus padres, fueran exonerados de su responsabilidad, porque, a fin de cuentas, el niño tenía un problema que ellos no podían resolver sin las píldoras mágicas que todo lo curan. Cristina siente el impulso de contarle a la madre de su paciente lo que es un trastorno mental de verdad como la paranoia o la esquizofrenia; o explicarle las cosas que ve con las negras, las rumanas, las ucranianas o las brasileñas con las que ella y la Tía tratan. Decide hacer un último intento:

—Vamos a ver, Ana, tú ¿cómo eras de pequeña?

—¿Cómo que cómo era?

—Bueno. Si eras una niña movida, si hablabas mucho en clase, si tu madre te tenía que castigar a menudo porque te portabas mal... ¿Cómo eras?

—¡Buf, un trasto! —Ana sonríe con ese brillo que da el recordar unos tiempos que solo ahora se ven mejores, aunque sean más imaginados que vividos—. En el colegio, una vez me ataron con la bufanda a la silla para que me estuviera quieta y mi madre siempre andaba a gritos conmigo. No te digo más...

—¿Qué tal te fue en el colegio?

—Pues la verdad es que no me gustaba estudiar. Había cosas que sí, pero la verdad es que terminé octavo de básica muy justita, luego hice un FP de administrativo, aunque no lo terminé porque me salió el trabajo en la tienda y eso.

—¿Y tu marido?

—¡Buah! Miguel sí que era una pieza de mucho cuidado. No sé cuántas veces repitió curso. ¡Repitió segundo de EGB, imagínate! Estuvo currando en un taller de motos, o algo parecido, pero en cuanto cumplió los 18 se sacó el carnet de primera y llevaba el taxi de mi suegro por las noches. Así le conocí —dice mientras sonríe pícaro—, un sábado que nos recogió a mis amigas y a mí en Barraca.

En la calle, las nubes se entintan, aunque nadie puede verlas y el aire se vuelve espeso, casi eléctrico. No obstante, Cristina continúa con toda la dulzura y la paciencia que es capaz de reunir, que empieza a ser poca. Casi nada:

—Pues ahí lo tienes. Tu marido y tú fuisteis niños, digamos, moviditos y...

—Vamos, que —interrumpe Ana— de tal palo, tal astilla.

—¡Mujer, no digo eso! —dice Cristina—. Es evidente que todos nos parecemos a nuestros padres en algo más que el color de los ojos o en la forma de la nariz, vaya.

—Sí, sí, lo entiendo. Es que de verdad que no puedo más. Trabajo mañana y tarde

en la tienda, que cada vez va peor porque la gente casi ya no compra ropa en las tiendas de barrio y el día menos pensado nos vamos a la calle. Mi madre está ya mayor para hacerse cargo de ellos. Mi marido se tira dentro del taxi doce horas y, cuando llega a casa, está tan reventado que le viene justo tirarse en el sofá a ver la tele.

Si la pobre tonta que tiene delante no hubiera mencionado la discoteca Barraca, quizás hubiera insistido en que a Adrián no le hacen falta medicamentos, sino educación y disciplina, justo lo que ella y su marido tampoco tuvieron o quisieron tener. Pero ahora no consigue ver a una madre abrumada por un cúmulo de circunstancias que no sabe manejar, sino a una más de aquella panda de descerebrados que, dos décadas después, siguen igual de imbéciles. Cristina se queda en silencio y cierra los ojos. Finge que reflexiona, aunque la decisión ya la ha tomado. Tras unos instantes, habla:

—Está bien, Ana. Vamos a probar con medicación. Pide cita abajo para después de las Navidades porque es importante que la medicación se combine con terapia psicológica en el colegio y unas pautas que os tengo que dar para la vida diaria en casa.

—¡Ay, qué bien! —exclama Ana—. ¡Gracias!

Cristina teclea en el ordenador, llenando las casillas del expediente de Adrián Sánchez para iniciar el tratamiento con metilfedinato. Sabe que el abuso prolongado puede ocasionar dependencia, anomalías de comportamiento aún peores de las que la agobiada mamá soporta y hasta episodios psicóticos. No en vano llaman al metilfedinato la cocaína del pobre. Ya le da igual. Y, además, se lo ha pedido.

—Bueno —dice la psiquiatra—, ya está. La receta te la daré para la próxima visita, ¿vale?

—De acuerdo. Gracias de nuevo y felices fiestas.

—Igualmente. —Cristina ya no es una mujer enfundada en blanco, es un témpano de hielo que habla—. Felices Navidades.

Cuando madre e hijo cierran la puerta de la consulta, las nubes sueltan la primera descarga. La lluvia es furiosa y breve como solo sabe serlo en Valencia. Era la última visita del día, según la agenda. Se desprende de la bata y se pone el abrigo. Mientras cierra el ordenador, alguien golpea la puerta. Piensa que de nada sirve el cartel que, ahí fuera, advierte de que no se interrumpa y se espere a ser llamado. Considera la posibilidad de ignorar por completo la interrupción porque está de un humor de perros, al igual que el tiempo. No obstante, ante el riesgo de enfadarse aún más si la inoportuna visita fuera de hora insiste, abre.

Fuera hay dos mujeres. La africana es muy joven, apenas una niña, pero la otra, una mulata de espectacular melena rizada, es un poco mayor. Es ella la que habla con el meloso acento cubano que tanta gracia le hace a la psiquiatra:

—Doctora Llorens, soy Marcela... Marcela Cruz. ¿Se acuerda de mí?

—Claro que me acuerdo —contesta Cristina—. ¿Qué hacéis aquí?

—Esta es mi amiga Alika. Es de Nigeria y no habla español muy bien.

—Ya veo. Tranquila. Pasad.

\*\*\*

—¡La culpa es tuya! ¡Ya te dije que lo llevaras a una modista y ahora no estaríamos así! ¡Coser no se me ha dado bien en mi vida, porque las putas monjas ya se encargaron de hacer que lo odiara! ¡Y a mis 67 tacos ya no quiero aprender a hacer nada más! ¡Si me hubieras hecho caso, la niña tendría el disfraz listo!

—¡Joder, mamá! Tampoco era tan difícil. Solo había que sacar el dobladillo de la falda para poder alargarla un poco y que le llegara justo por encima de los tobillos y ya está. ¡Si te expliqué cómo hacerlo, pero tú, como siempre, no me hacías ni puñetero caso! Hasta te reenvié por *wasap* el enlace del vídeo tutorial de YouTube que vimos juntas y donde explicaban, paso a paso, como hacerlo, porque a mí no me iba a dar tiempo con la que tengo liada en el Grupo y...

—¡Eh, eh, eh! —Remedios corta a su hija—, que ya te advertí que con el YouTube ese no me aclaro... este teléfono —lo señala como si en vez de un aparato fuera una rata muerta sobre la mesa de la cocina— cada vez tiene más cosas que no sé para qué coño sirven. Y para colmo tengo que aguantar a todas esas locas del grupo de *wasap* de mamás (en el que me incluiste sin mi permiso, por cierto) que se ve que no tienen otra cosa que hacer que marear con los mensajitos. ¿Te he contado que esta mañana he recibido más de sesenta chismes de esos por culpa de las tablas de multiplicar? ¿Que si en el examen entraba hasta la del siete o hasta la del ocho? Enloquecidas, te lo digo yo. Además, esto tiene fácil arreglo: ahora mismo me voy a la tienda, le compro un disfraz de pastorcita a la niña y se ha acabado el lío.

—Pero ¿no ves que van a ir todas iguales, mamá? ¿Y que los disfraces los hicieron entre todas las madres y suerte he tenido de que me prestaran uno del año pasado que solo había que sacarle el dobladillo de la falda y ya está?

—¡Joder con el festival de Navidad! —replica Remedios—. ¡Si van todas iguales, en vez del portal de Belén aquello va a parecer un desfile militar con todas uniformadas! ¡Mierda de colegio religioso!

—¡Mamá, no empieces con lo del colegio! ¡Que fue idea tuya lo del concertado!

—¡Sí, coño! ¡Pero una cosa es que la niña tenga una buena educación, o al menos que haya más españolas en su clase además de ella, y otra es esta esclavitud! Que en mis tiempos, a los padres los veíamos en el centro una vez al año y ahora parece que tengamos que estar todos en la escuela a todas horas y para todo tipo de tonterías.

—¡Si te oyeran en tu partido el comentario racista te expulsan, mamá!

—¡Cómo si yo fuera la única! Tuvimos un *conseller* de Educación en los ochenta que mientras decía que defendía la enseñanza pública, él llevaba a sus hijos al Liceo Francés y, de paso, nos puteaba a los profesores de instituto. ¡Que una cosa es predicar y otra dar trigo, querida!

Roma mira los restos del naufragio desparramados en la mesa de la cocina. Su madre ha hecho, en efecto, un buen destrozo. A casi un palmo del final de la falda de tela marrón, los desgarros en el tejido son más que evidentes porque la abuela no ha tenido la paciencia suficiente para descoser el pespunte y ha metido la punta de la tijera sin más criterio que el ansia de soltar los hilos. Arreglar aquello supondrá, sin remedio, cortar un buen trozo del borde y volver a hacer la orilla con lo que, a poco que se le vaya la mano, más que una pastorcita del portal de Belén, la niña va a parecer una conejita de Playboy con minifalda en versión bíblica. Un jodido desastre. Y eso por no hablar de las muchas explicaciones que tendrá que darle a la madre propietaria del disfraz que, a buen seguro, confiaba que el vestido le pudiera servir a su otra hija el año siguiente cuando le tocara representar el papel en el festival navideño. Si la reputación de Roma ya era pésima en el grupo de mamás del colegio, sabe que tras este lío tiene todos los números para ser la ganadora del premio a la mala madre de la década.

La cría está en el comedor viendo la tele mientras cena un trozo de pizza que Remedios ha encargado por teléfono, porque, enfrascada como estaba destrozando la falda, también se le ha pasado la hora de hacerle la cena a su nieta. Siempre pasa igual. Si Roma se entretiene en el trabajo por la razón que sea, llegar a casa significa comprobar que casi todo ha sido un desastre. Ya ni se inmuta cuando la pequeña le dice que han llegado tarde a la clase de música o a la piscina porque la yaya se ha encontrado con alguien —normalmente una compañera o compañero del partido o del sindicato— con el que ha estado arreglando el mundo durante un rato y ha perdido la noción del tiempo. Menos mal que, a sus diez años, Morgana parece tener más sentido común que su abuela y no hace falta que nadie le diga que haga los deberes, se lave los dientes o se vaya a la cama a una hora razonable. De hecho, está ya más que acostumbrada a las broncas entre su mamá y su yaya.

A veces, Roma piensa que Remedios acabó tan harta de niños y adolescentes por ser profesora de Latín y Griego en un instituto que ni siquiera el inmenso amor que siente por su nieta consigue que se le despierte de nuevo su vertiente educadora. Además cree que, como apenas lleva un año jubilada, está en plena fase de negación y que, con el tiempo, volverá a ser ella misma, aunque eso no es ningún consuelo porque tampoco fue lo que se dice una madre ejemplar, pero bueno. En todo caso, Roma siente a veces que no es justo tener que lidiar con las fases del crecimiento de la niña y también con las del envejecimiento de la abuela, que, encima, no parece tener muchas ganas de serlo. Para que luego digan que la convivencia de tres generaciones es enriquecedora. Solo tiene que volver a mirar la falda de pastorcita convertida en un harapo para disfrutar de tanto enriquecimiento intergeneracional.

—Vamos a ver. —Remedios suena conciliadora, aunque Roma sabe que su madre preferiría caer fulminada por un derrame cerebral antes que pedir perdón o reconocer que se ha equivocado—. La cosa no puede ser tan grave. El festival es mañana a las once. Yo estoy a las nueve en la tienda esa de disfraces tan grande que está en la

avenida de Blasco Ibáñez y si no es la misma falda tendrán alguna parecida. La compro, la llevo y ya está.

—¿Y qué le digo a la dueña del disfraz, mamá? ¿Crees que no lo va a notar o qué?

—Pues me echas a mí la culpa, ya que esas histéricas están convencidas de que estoy chiflada y puse la falda en la lavadora con un programa que no era el correcto y se quedó manchada, o encogió o lo que demonios haga la lavadora-secadora esta que tenemos y con la que tampoco me aclaro. Si total, todas piensan que estoy medio loca, porque se crean que estoy tan chocha que no sé ni poner la lavadora no va a pasar nada.

—¿Y no puedo disfrazarme de otra cosa? —La voz plateada de Morgana se eleva por encima del volumen de la televisión—. ¡Yo no quería ir de pastorcita! ¡Yo quería ir de soldado romano, como los chicos, que tienen espadas y escudos! ¡Nosotras solo llevamos una cestita! ¡Y yo quiero una espada!

Roma pone los ojos en blanco y gira la cabeza para contestar a su hija cualquier cosa que tenga cierto valor pedagógico o, por lo menos, una perogrullada de «refuerzo positivo» como dice la maestra del calibre de la satisfacción del trabajo en equipo, que lo importante es participar y que hay que conformarse con el papel que le ha tocado en la representación en aras del bien común. Pero no sabe muy bien el qué y, además, no se lo cree ni ella. La sonrisa burlona de su madre, que no oculta la satisfacción por el desparpajo mostrado de la niña, provoca que opte por el silencio. Roma sabe mejor que nadie lo que es no aceptar el rol asignado. Y sabe muy bien lo que es ser mujer en un mundo de hombres. Por eso es policía. Por eso es inspectora y la segunda al mando en el Grupo de Homicidios de la Brigada Provincial de Policía Judicial de Valencia. Y, también por todo eso, el teléfono puede sonar a cualquier hora. Como suena ahora.

Por muchas veces que lo haya visto, a Roma siempre le causa cierta impresión el guirigay de los primeros minutos cuando se despliega el operativo. Los agentes uniformados yendo de un lado para otro y el personal sanitario con sus ropas reflectantes de colores chillones que imprimen a la atmósfera un aire de carnaval intensificado por las luces azules de las sirenas de los vehículos policiales y las anaranjadas de las ambulancias. Sin embargo, esa sinfonía de destellos propia de una discoteca tiene un cariz mucho más siniestro. La muerte, en el siglo XXI, no lleva sudario negro, sino chalecos fosforescentes. Los balcones del bloque de viviendas, con su exterior revestido de azulejos oscuros, están llenos con vecinos ávidos de saber qué ha sucedido como si por la calle fuera a pasar una cabalgata. Se preguntan unos a otros y aventuran todo tipo de teorías. El único balcón que está vacío es el del segundo piso del número 21 de la calle Llombay. Y allí es donde la inspectora Roma Besalduch se dirige.

Antes de llegar a la puerta del zaguán distingue la inconfundible silueta de Rotovátor —su superior— iluminada a ratos por el enloquecido baile de las sirenas. Al jefe del Grupo de Homicidios, José Antonio Gisbert Ortega, le llaman Pepe *el Rotovátor*, porque lleva toda la vida realizando trabajo policial con la misma delicadeza con la que las palas metálicas de un cultivador de tractor labran la tierra de los adorados huertos de naranjos y limoneros que posee en el término municipal de Lliria y que, según dice él mismo, le provocan más disgustos que otra cosa.

Al contraluz de la claridad que sale del acceso al edificio destaca su panza prominente donde la cremallera de la cazadora ligera se tensa más allá de lo razonable para mantener el corpachón en el interior de la prenda. Es un hombre cuadrado, casi igual de alto que de ancho, pero sin el aspecto fofo y blando de los obesos. Hace años que se quedó calvo y la cara —surcada de profundas arrugas intensificadas por las horas pasadas a la intemperie— le da el aire recio de un tronco de olivo y el mismo aire indiferente a la gélida humedad nocturna que uno de esos árboles. El chaparrón que ha caído hace un par de horas ha acentuado el frío. Los policías —locales y nacionales— y el personal sanitario se mueve con las manos protegidas por guantes, cuellos envueltos en bufandas y embutidos en los gruesos anoraks de sus uniformes. Sin embargo, Rotovátor mantiene la cremallera de la cazadora abierta hasta la mitad del pecho y, como acostumbra, la camisa desabotonada casi un palmo por debajo del cuello. Roma piensa que el máximo responsable del Grupo de Homicidios de la Brigada es isotérmico, ya que parece que le dé igual que haga calor o frío. Ni tiritita en invierno ni suda en verano. Jamás lo ha visto sin las mangas de la camisa remangadas hasta la mitad del antebrazo, excepto cuando ha de vestir el uniforme de gala para un acto oficial, que es, por cierto, una de las cosas que más detesta en el mundo.

Los policías más jóvenes le miran con una mezcla de respeto, admiración y bastante miedo mientras que los más veteranos lo hacen del mismo modo que un marino contempla el mar enfurecido, con la precaución que da la experiencia. Los policías locales le tienen verdadero pavor. El jefe de Homicidios no tiene buen carácter. No lo ha tenido nunca y Roma sospecha que esta noche no va a ser diferente. Aunque, para empezar, la culpa es de él, porque, a fin de cuentas, ni siquiera tendría que estar allí. Es a Roma a la que le corresponde el turno, con lo que es a ella a la que le toca comerse el marrón de esta noche. Está segura de que su superior le va a decir que como pasaba por el barrio y ella tardaba, se ha acercado a echar un vistazo.

—¡Ya está aquí mi chica! —exclama Rotovátor al verla descender del coche—. ¡No me pongas esa cara de que solo pasaba por aquí con mi hija, que veníamos de hacer las compras de Navidad de ahí del centro comercial y me ha entrado el aviso! Ni siquiera he subido, oye. Y además, el juez no ha venido todavía, ni el forense tampoco. Los de la Científica sí que están ya arriba. Un tío. Mucha sangre.

Roma busca con la mirada hasta que identifica el cochambroso Land Rover del inspector, aparcado de cualquier manera encima de la acera y tapando, además, el paso de peatones. En efecto, en su interior, Chelo, la hija pequeña de Rotovátor, espera en el asiento del copiloto con la misma expresión en la cara que si se hubiera bebido una garrafa de cinco litros de vinagre. Por un momento, Roma piensa en acercarse a la ventanilla para decirle a la chica, un poco más joven que ella, que en cinco minutos mandará a su padre para el coche para que se vayan a casa.

—¿Sabes una cosa, Roma? —dice Rotovátor mientras señala el edificio municipal que está justo enfrente del portal de la finca donde está el cadáver—. Me acabo de acordar de que yo ya estuve aquí el día que inauguraron este mercado. Acababa de llegar a Valencia y estaba en la Brigada de Información. Era de las primeras veces que iba de paisano, fíjate.

Roma mira donde su superior le indica. Es el mercado municipal de la plaza de Castilla, una construcción de ladrillo rojo rematada con frisos pintados de verde y tejado metálico, al otro lado de la calle.

—¿Y qué hacías tú?

—¡Buf! Eran otros tiempos y muy jodidos. Acababa de ser elegido el primer alcalde de después de Franco, un socialista que se llamaba Fernando Martínez Castellano y que se lo cargaron en su propio partido después de seis o siete meses en el cargo. Él fue quien inauguró este mercado municipal y cada cosa de esas era un follón, porque podía pasar cualquier cosa y no nos fiábamos nadie de nadie. Y entonces había que vigilar todo y nos vigilábamos entre todos. Había mucha gente en el Cuerpo que no estaba dispuesta a recibir órdenes de aquellos jovencitos que, solo unos pocos años antes, habían recibido más de una hostia de los de la Brigada Político-Social. Y estaba ETA, el Grapo, los del FRAP, los de la Triple A... Que un alcalde socialista se moviera por ahí era un puto dolor de cabeza y no sabíamos nunca



quiénes eran los buenos y quiénes los malos. Y demasiadas veces los malos éramos nosotros, aunque ni siquiera lo sabíamos.

Roma mira a su jefe con cara de circunstancias. Rotovátor se está haciendo viejo porque le gusta cada vez más contar antiguas batallas de los años duros de la Transición, y eso que en Valencia fue relativamente tranquila. Mientras busca una respuesta para continuar con una conversación que no le interesa, un taxi se para justo delante de la cinta de plástico extendida por la Policía Local para cortar la calle. Del vehículo desciende doña Elvira acompañada por el secretario judicial. Para la inspectora, esta va a ser la primera vez que le toca a doña Elvira Quirós Garrido como jueza instructora. No la conoce, pero sabe bien de su más que merecida buena reputación. Dicen por ahí, incluso, que hace tiempo que tenía suficientes méritos para haber llegado ya al Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad Valenciana, al Supremo o incluso al Constitucional, pero que, a pesar de sus 58 años y más de tres décadas en la carrera, prefiere seguir al pie del cañón en su Juzgado de Instrucción número 22 de Valencia. Y se comenta que tampoco le gustan las conjuras, el mercadeo de favores, las camarillas y pasteleos que, además de la experiencia y prestigio que se les supone a los candidatos, son las mejores herramientas para ascender en la carrera judicial.

Roma la ve descender del taxi con paso resuelto. Resulta evidente que lo que va a ver, sea lo que sea, no le va a impresionar, puesto que ya ha visto de todo durante todos estos años. Su edad está más que bien llevada gracias a su esbelta figura de escasa estatura. Lleva el cabello tintado de rojo fuego y cortado en una media melena despuntada y peinada con raya en el lado izquierdo. A pesar de que son ya más de las once de la noche, el traje de chaqueta azul de Purificación García le sienta como si acabara de ponérselo. Roma no puede evitar una punzada de envidia al ver los zapatos de medio tacón de Clarks y el bolso de Prada auténtico y no los de imitación que suele llevar ella. Rotovátor, que tutea hasta al delegado del Gobierno, casi está en posición de firmes cuando la jueza Quirós le tiende la mano.

—Inspector Gisbert, me alegra verle, aunque sea a horas tan intempestivas y en estas horribles circunstancias.

—¿Cómo está, doña Elvira? Hacía tiempo que no coincidíamos usted y yo. Bueno —Rotovátor cae en la cuenta de que ni siquiera está en su turno, porque, en teoría, está de vacaciones—, en realidad este asunto lo va a llevar mi segunda. Se la presento: la inspectora Roma Besalduch García. Roma —se dirige a su subordinada—: ella es doña Elvira Quirós Garrido, la jueza de instrucción del número 22.

—Encantada, señoría.

—El gusto es mío, Roma —contesta la magistrada—. ¡Qué nombre más bonito! Y poco común, desde luego.

—Cosas de mi madre. Se enteró en Roma de que estaba embarazada y se fue a la Fontana de Trevi a lanzar la monedita y allí prometió que, si era niña, le llamaría como la ciudad, así que...

—¡Pues menos mal que tu madre no se enteró de que estaba preñada en Morata de Tajuña! —ríe Rotovátor—. Yo con mis hijas no tuve tantos remilgos: a la mayor, Manuela como su madre; a la del medio, Desamparados (aunque le llamamos Amparín) como la mía, y a la pequeña, Chelo como la de mi mujer. Ya sabe. Así todos contentos.

La jueza esboza una sonrisa condescendiente hacia la inspectora en un intento de disculpar el inoportuno comentario del jefe de Homicidios. Roma le devuelve el gesto con un arqueado de cejas de complicidad y comprensión. Está más que acostumbrada a todo tipo de bromas con su nombre y con el origen del mismo. Y más aún de las que vienen de su superior.

—De todas formas —continúa la magistrada—, inspectora Besalduch, su madre debe ser una mujer de exquisita sensibilidad y cultura, pues eligió para usted el nombre de una de las ciudades más fascinantes del mundo.

—Y tanto, señorita, aunque también tiene su carácter, no se crea —contesta Roma pensando en el desastre del disfraz de pastorcita de Morgana que se ha dejado en casa —, hasta hace casi dos años, que se jubiló, era profesora de Latín y Griego en un instituto, así que yo tenía todas las papeletas para haberme llamado así; o Helena, Afrodita, Hera, Atenea o algo parecido. ¡Acabé tan harta de cultura clásica —bromea la policía— que elegí un nombre de la tradición celta para mi hija! ¡Se llama Morgana, como la reina de las hadas!

—Pues también es precioso —asiente la magistrada con una sonrisa educada, pero fría—. Felicidades.

La magistrada da por concluidas las frases de cortesía con un movimiento de cabeza y un ademán con la mano hacia la puerta de la finca que significa que hay que acceder al edificio ahora mismo. Roma conduce la comitiva. En el vestíbulo, los de la Científica están trabajando en el ascensor, pero les indican por señas que pueden subir sin problemas por la escalera, porque allí ya han terminado. En el rellano del segundo piso, dos jóvenes policías uniformados —los patrulleros que llegaron primero al lugar de los hechos— tienen todavía los rostros lívidos, pero mantienen el aplomo como pueden ante los compañeros más veteranos. Roma tiene claro que es la primera vez que ven un muerto, aunque los chicos aguantan el tipo.

Hay sangre por todas partes y no ha quedado ni un solo mueble en su sitio. Las sillas están tumbadas y la mesa del pequeño comedor ha sido volcada con violencia. Sobre el sofá está, boca abajo y con el brazo derecho colgando, el cuerpo de un hombre desnudo. Las piernas escuálidas y el trasero caído y pellejudo contrasta con el tamaño de su estómago, hinchado como un globo. Carlos Ramos, del Grupo de Homicidios, que ha subido primero junto a los de la Científica, es el primero en hablar:

—Se recibió el aviso hará como tres cuartos de hora. La señora de arriba oía gritos y golpes y alguien que pedía ayuda, pero como estaba sola en casa porque es viuda, no se atrevió a bajar y llamó al 091. En el piso de abajo no había nadie hasta

hace unos minutos cuando la inquilina llegó de trabajar. Hay compañeros que están interrogando ahora a los vecinos del número de al lado, aunque no creo que saquemos nada de ellos.

—¿Por qué? —inquire la jueza—. ¿Qué le hace pensar así?

—Pues, señorita —interviene Rotovátor—, en este barrio hay mucho inmigrante sudamericano y africano que no tiene papeles y, por tanto, no les gusta la Policía. Nos dirán que no han visto nada ni han oído nada por si acaso a no ser que les amenecemos con la Brigada de Extranjería y, entonces, nos dirán cualquier patraña que piensen que queremos oír. En todo caso, una pérdida de tiempo y amargarles la vida a estas pobres personas que bastante tienen ya con lo que han de padecer.

—Aun así, inspector —dice la magistrada—, alguien debe haber oído algo.

—Sin duda, doña Elvira —responde el policía—, aunque yo diría que aquí nadie ha matado a nadie y que este desgraciado se ha buscado él solito acabar así.

Los dos policías jóvenes, tras oír a Gisbert desde el rellano, intercambian tranquilas miradas de incredulidad sabiendo que el viejo Rotovátor no puede verles. Sus veladas sonrisas indican que están convencidos de que el jefe de Homicidios chochea, puesto que aquel salón comedor parece un matadero.

—A ver qué dice el forense —tercia la jueza Quirós, que observa la escena con la misma indiferencia que si estuviera viendo un jersey en las rebajas de enero—. Desde luego, hay mucha sangre y mucho desorden. A simple vista parece que aquí ha habido violencia.

Roma Besalduch se acerca al cadáver. Reprime como puede una arcada al percibir el hedor que despiden las chorreras de color rojo oscuro que los excrementos líquidos han dejado en las piernas del muerto y en el tapizado del sofá. La boca y el cuello, al menos lo que Roma puede ver sin tocar el cuerpo ni girar la cabeza, es donde hay más sangre. Sin embargo, a simple vista no encuentra ninguna herida. Ni orificio de bala ni tajo de arma blanca. Nada.

—Señorita, inspector, inspectora —uno de la Científica se asoma por la puerta—, la taza del inodoro está llena de sangre, al igual que casi todo el cuarto de baño. Y también hay una mancha enorme de sangre a los pies de la cama, en el dormitorio.

El secretario judicial aguarda en el rellano con los miembros del equipo sanitario. Se tapa la boca y la nariz con un pañuelo de papel mentolado, pero en sus ojos se percibe la repulsión y la náusea. Jadeando por la escalera llega el forense. Don Alejandro de Miguel sube maldiciendo entre dientes, porque los de la Científica no le han dejado utilizar el ascensor porque aún están recogiendo muestras y, cuando le queda un mes para jubilarse, no está ya para determinados trotes. Con un lacónico y un tanto agrio «buenas noches» saluda a la jueza y a los policías y se dirige directo al cadáver. Ni siquiera se coloca los guantes de látex, sino las gafas de cerca para inclinarse sobre el sofá manchado de sangre y líquido fecal rojizo. No necesita más de un minuto de observación para incorporarse y proclamar, aún con la respiración un poco entrecortada:

—Cirrosis.

—¿Cómo? —pregunta la jueza Quirós—. ¿Esto ha sido una muerte natural? ¿Qué enfermedad puede producir un desaguizado como este, doctor De Miguel?

—Señoría —contesta el médico—, tanto como natural, pues no. Este señor debía ser un alcohólico que se lo ha bebido todo hasta que la cirrosis que padecía le ha causado una serie de varices internas que han acabado por romper las venas del esófago dando lugar a una hemorragia masiva interna. Conforme se le iban llenando las tripas, el dolor se iba haciendo insoportable y, digo yo, que gritaría para pedir ayuda al tiempo que iba vomitando toda la sangre que vemos por aquí. Si le hacemos la autopsia, señoría, podremos ser un poco más precisos sobre el alcance y estado de la enfermedad, pero al considerar que un hombre de su constitución y peso puede tener en torno a los seis litros de sangre y dada la cantidad que regurgitó y defecó casi a la vez, yo diría que tardó en torno a los veinte minutos en morir. Eso sí, le garantizo que debió ser horrible.

—Bien —la jueza Quirós tiene la misma expresión en la cara que si le hubieran dicho la hora que es—, pues entonces procedan al levantamiento del cadáver y a su depósito en el Anatómico Forense y que se hagan las gestiones para contactar con su familia, si la tuviere. Gracias, don Alejandro. Y usted, inspector Gisbert, no ha perdido el olfato ni el instinto que yo le recordaba para estas cosas.

—Son los años, doña Elvira. Los viejos caimanes como yo las hemos visto de todos los colores. Allá en mi pueblo, en Lliria, ya vi algo parecido con uno que se pasó borracho toda la vida, y en cuanto he visto todo este desmierde, con perdón, señoría, me ha recordado aquello.

—Ya lo creo. Bueno, inspectora Besalduch, ha sido un placer conocerla. Espero que nos veamos en otra ocasión y en un entorno más agradable, aunque, con nuestros oficios, eso es poco probable. Buenas noches a todos.

Todos los presentes se despiden de la magistrada que, seguida por el secretario judicial como si fuera un perro faldero, desciende por la escalera.

—Bueno —dice Rotovátor—, si no me necesitáis para nada más, me voy a ver si mi hija quiere seguir hablándome después de dejarla tirada en el coche y con los regalos de Navidad de los críos sin envolver... Y es que no sabéis la cola que había donde los empaquetan, por no hablar de lo que ha costado encontrar el dichoso muñequito para la cría. En fin. Cosas de abuelos. Ale. Buenas noches.

Los operarios de la funeraria acceden al piso con la bolsa negra impermeable donde meten el cadáver. Roma mira el reloj. Ya son casi las once de la noche, se siente sucia y está convencida de que el olor a sangre y mierda le va a acompañar hasta su casa, pero no es plan de darse una ducha nada más llegar que pueda despertar a la niña. Y eso por no hablar de que el asunto del disfraz de Morgana está sin resolver, aunque, gracias a Dios, su madre no puede estropearlo aún más de lo que ya lo ha hecho. Se despide del resto de los agentes después de dar las órdenes oportunas para sellar la vivienda. Mañana se iniciará el papeleo: llamar a los Servicios Sociales

del Ayuntamiento, empezar a localizar a los familiares del muerto, si es que los tenía, para que se hagan cargo del cuerpo y un largo etcétera tan aburrido como desagradable. Por lo menos, piensa Roma, no hay que buscar muy lejos para averiguar quién lo hizo. Se lo hizo él mismo. Menudo imbécil.

Antes de irse, la inspectora echa un último vistazo al comedor donde el cadáver está ya dentro de un saco oscuro de plástico. Ha presenciado muchas veces la escena. Lo que por la mañana era un ser humano, ante sus ojos es un bulto dentro de un saco de plástico negro sellado con una cremallera. Y el entorno tampoco ayuda. En esta ocasión, en este salón, hace menos de 24 horas esto era una casa donde vivía alguien, con sus alegrías y sus tristezas; con sus problemas y con sus modos de intentar solucionarlos. Aquí, justo aquí, era donde se vivía una vida con sus luces y sus sombras. Ahora solo es un trozo de desgracia congelada por la ausencia y ensuciada con el caos de muebles volcados, vajilla rota, sangre, vómitos y excrementos. Mira al mueble del comedor, el típico conjunto de vidrieras, estanterías, armarios inferiores, un hueco donde está la televisión y una puerta abatible donde suele ir el mueble bar. Un pensamiento fugaz se le pasa por la cabeza. Quizá sea simple morbo o quizá le sirva para tener un argumento más que usar contra su madre cuando pretende servirse el tercer *gin-tonic* de la tarde. Cruza el comedor y abre la puerta abatible para comprobar qué clase de veneno legal acabó con la vida del desgraciado que baja las escaleras entre los brazos de dos funerarios. El mueble bar está vacío.

\*\*\*

Anda despacio por el callejón sin asfaltar. Da cada paso con extremo cuidado para que los altos tacones no se hincen en el fango cuajado de pequeñas piedras y dé con sus huesos en el suelo lleno de porquería. A su espalda, el vendaval apuñala las olas hasta que gritan su dolor sobre la playa de la Malvarrosa. La luz cansada de los focos de la fachada del cuartel de la Guardia Civil, a la izquierda, apenas iluminan el camino. El viento de levante que corta el mar invernal vomita alfileres fríos que se clavan en sus riñones desnudos. Las agujas heladas le taladran las medias baratas y nota los aguijonazos gélidos a través de la minifalda de imitación de cuero que apenas le tapa el culo. Ya son las tres de la madrugada y el único cliente de hoy ha sido el gordito de la furgoneta de reparto. El recuerdo que guarda de él es el leve dolor en la parte baja de la espalda que todavía siente. Desde entonces, ni siquiera ha aparecido algún viejo al que hacerle una mamada. Debe ser porque solo faltan dos días para la Nochebuena y el espíritu navideño llena los corazones de buenos deseos de paz y concordia, pero quita las ganas de irse de putas. El Ford Escort azul del *master* pasó justo después de su primer y único putero de hoy. Solo pudo darle el arrugado billete de veinte euros. Sabe que volverá justo antes del amanecer y está segura de que se irá con las manos vacías. Como la cosa siga así, mañana puede ser distinto de una manera mucho más dolorosa. La vida es guarra. Hace unas horas,

cuando ella y sus compañeras se reunían conforme caía el sol tras los edificios, pensaban que iba a ser una buena noche porque las sudamericanas decían —o eso ha entendido ella, no habla español muy bien— que a la gente del puerto les había tocado un premio o algo parecido y, por tanto, todas iban a tener muchos clientes llenos de billetes que querrían celebrarlo entre unas piernas o una boca diferente a la habitual. No ha sido así. Si los hombres del puerto tienen ahora tanto dinero, deben haber ido a gastárselo con zorras de pisos del centro o de clubes caros. Ellas solo cobran diez por chupar y veinte por follar. Demasiado baratas para los nuevos ricos, si es que existen y si es verdad que les ha tocado tanto dinero con esa lotería de la que no sabe casi nada.

El callejón se abre en un descampado sembrado de basura y montones de escombros. Casi nunca se aventura más allá de la esquina donde atiende a los clientes y que ya ha dejado atrás. No es un buen lugar para permanecer mucho rato, pese a estar desierto a estas horas y con esta mierda de tiempo. Aunque es noche cerrada, aquí siempre hay ojos que miran y lenguas que cuentan. Sabe que está en el territorio favorito de los clanes gitanos que trapichean con droga. Cocaína y heroína sobre todo; también venden pastillas, hachís y marihuana. Dicen por ahí que tienen armas para quien pueda pagarlas, pero hay chicas que juran que no es verdad y que las pistolas de las que presumen son todas de mentira. Da igual; no tiene ganas de comprobarlo. Nunca.

En este solar lleno de mierda se hacen muchos negocios —ella es la mercancía de uno de ellos—, pero la mayoría de aquello que se intercambia está lejos. Aquí se negocian y se cierran los precios. Nada más. Con el cuartel de la Benemérita tan cerca, a nadie se le ocurre sacar una navaja, ni siquiera levantar la voz más de la cuenta. Por si acaso. Al fondo de la campa se alza el esqueleto de un edificio en construcción. Marcela y la doctora le han dicho que es ahí donde tiene que acudir, al último piso. Allí está Ella. Solo Ella. Rossy no ha estado nunca. No se hubiera atrevido. Hasta hoy. Hasta esta noche.

La finca se recorta al final del solar. Un débil resplandor surge del boquete que alguien abrió a golpes de maza en la puerta tapiada para evitar lo que era inevitable: la ocupación del edificio. Son cinco pisos de obras paradas por la crisis que sirven de burdel de día y refugio de yonquis de noche. Y viceversa. En el zaguán, a medio hacer, está la fuente de la mísera luz que sirve de faro a Rossy en su camino. La joven nigeriana se agacha para entrar, como puede, por el agujero dentado por las aristas de los ladrillos reventados. Ya en el interior, arruga el gesto al recibir en las narices y en la boca el escupitajo del humo amargo que despiden la combustión de maderos y cartones que arden en el interior de un bote metálico que contuvo en su día pintura plástica.

Junto al fuego se recorta el corpachón del Bichos. A pesar de la niebla que hace que le escuezan los ojos, percibe el olor a sudor rancio, orines secos y vino barato que sale de aquel desgraciado. Se ha metido los suficientes tetrabriks de tinto para poder

dormir, pero aún aferra el mugriento matamoscas con el que aplasta los insectos que, según dice, le quieren comer cuando lleva menos de dos litros de alcohol en el cuerpo. Por eso le llaman el Bichos. El pobre Bichos. Nació retrasado y el alcohol le ha convertido en un perfecto imbécil. Aun así, el indigente es bueno con ellas a cambio de unos pocos céntimos, algún cigarrillo o, las más de las veces, una sonrisa y una palabra amable. El *master* y los suyos le tratan peor que a un perro, porque — además de a ellas— es la otra única persona a la que pueden humillar a su antojo y, encima, es blanco y español, lo que dobla el placer que sienten al vomitar sobre el trastornado mendigo toda la crueldad que llevan dentro. Si el *master* o alguno de sus hombres no anda por allí, merodea cerca cuando atienden a un cliente, aunque, eso sí, a una prudente distancia para que a los puteros no se les baje la polla ni aguanten sin correrse más de lo necesario. Pero se deja ver lo suficiente como para que los compradores de carne humana lo tomen por uno de los guardianes de las chicas. Aunque Rossy cree que el Bichos no sería capaz de salir airoso de una pelea —ni siquiera de lanzar los puños— si las cosas se pusieran feas, la estupidez que refleja su rostro brutal y su enorme tamaño sirve para disuadir a cualquiera que se crea más bravo de lo que le toca por el hecho de pagar para echar un polvo.

Rossy rebusca entre los condones que lleva en el bolso hasta encontrar el cabo de vela que Marcela le ha dado y el paquete de Fortuna. Deja junto al alcoholizado retrasado un par de cigarros para que pueda desayunar mañana. Enciende la bujía y —con la vista fijada en el suelo sembrado de cristales rotos y toda suerte de inmundicias— sube las escaleras. Pone especial cuidado en que los tacones de sus zapatos baratos no resuenen entre los ladrillos huecos, ya que no quiere hacer ningún ruido. La mayor parte de las que iban a ser nuevas viviendas a dos pasos del mar ni siquiera tienen puerta, pero ante las que sí tienen hay que andarse con mucho ojo, pues dentro puede haber gente de la que no tiene buen despertar. Su destino está en el último piso: allí solo vive Ella. O eso espera.

La planta superior ni siquiera está tabicada. El dinero para levantar paredes se terminó varios pisos más abajo. El viento, cargado de arena y sal, campa a sus anchas por el espacio diáfano y ha apagado las centenares de velas encapsuladas en tubos de plástico rojo que alfombran el suelo. En las aperturas a la calle se notan los mordiscos provocados por las palancas usadas para arrancar los marcos de aluminio y algunos muros muestran las cicatrices causadas por los saqueadores que buscaban, en vano, el cobre de las tuberías que no se llegaron a instalar nunca. A pesar de la basura, los excrementos y los orines sembrados en los tramos de la escalera que la ha llevado hasta aquí, el lugar está limpio. O todo lo limpio que puede estar considerando las circunstancias. Marcela y la doctora tenían razón. Aquí no suben los yonquis a meterse picos, ni vienen a follar putas y puteros. Aunque las paredes están pintarrajeadas de grafitis, las ventanas no tienen cristales y no hay más luz que la que llega del alumbrado público. Rossy siente vergüenza por ser quien es. Por ser una furcia que pisa un lugar consagrado; un templo; un santuario.

Las rumanas la llaman Fecioara Maria y las de Brasil dicen que es Nuestra Señora de las Nieves, aunque Rossy no entiende cómo las brasileñas, tan negras como ella o mulatas en todo caso, pueden venerar a una Virgen del hielo en un país, como su Nigeria natal, donde la nieve solo se puede ver en la televisión. Oyó a una de Sierra Leona, que había hecho la calle en Italia antes de que la vendieran al rebaño del *master* y que desapareció un día sin que hayan vuelto a saber de ella, que, en realidad, es santa Clara de Asís. Marcela le ha explicado que esta imagen es, de verdad, poderosa, pues en ella habita Yewá, la Dueña de la Sepultura, y que su nombre en yoruba viene de *Yeyé*, que quiere decir «madre» y *Awá*, que significa «nuestra». También le ha dicho que aquí en Valencia la conocen como *Mare de Déu dels Desemparats*, que quiere decir Madre de Dios de los Desamparados y que es la protectora de la ciudad. Además, la doctora le ha contado que cuando acaba el invierno, todo el mundo le lleva flores al templo que está en el centro de la ciudad. Rossy llegó a Valencia desde Sevilla este verano y no ha visto lo de las flores. Pero supone que debe ser muy bonito.

Ha memorizado con cuidado lo que Marcela y la doctora le han dicho para que la *orisha* le dé el valor que necesita. Yewá es la reina del cementerio y, aunque ayuda a sus hijos e hijas cuando piden auxilio, delante de ella hay que mantener la compostura. Del bolso saca dos amplios chales con los que se cubre las piernas y la cabeza, porque, en presencia de Yewá, nadie puede estar desnudo, ni hablar de amores ni besarse ni abrazarse ni siquiera hablar fuerte o comportarse con rudeza.

Los valencianos creyentes la adoran como madre de los inocentes e indefensos y Rossy contempla la estampa con la imagen que le ha dado Marcela como talismán. La talla que tiene delante se parece a la de la fotografía, pero se nota que lo que lleva puesto es más propio de una *orisha* africana o cubana que de una Virgen europea como las que reinan en las hornacinas de sus inmensas catedrales, cargadas de joyas y tapadas con mantos bordados de oro y pedrería. Esta es una Virgen humilde y callejera; una escultura pequeña, de no más de un metro de altura, con la cabeza inclinada hacia abajo y la barbilla pegada al pecho. Lleva un Niño Jesús encaramado a su brazo izquierdo. A sus pies, dos pequeños infantes que representan a los inocentes le miran en perpetua espera de su misericordia. Sin embargo, la corona de la de la tarjeta es alta, de oro y con aire regio mientras que la de la imagen que tiene delante lleva la tiara dorada cubierta con caracolas y conchas marinas recogidas de la arena de la Malvarrosa. Tampoco el manto que la cubre es igual. El de la postal está ricamente bordado en oro; el que viste la pequeña talla que desafía el viento salino que entra por todas partes es una sencilla bata de color rosado ceñida por encima de la cadera con un cinturón del mismo tejido.

Es bonita, piensa Rossy, aunque los frescos de su capilla están pintados con espray y su peana esté conformada con bloques de hormigón. La vela que le ha iluminado en su ascenso hasta la última planta se apagó hace rato; vuelve a encenderla. Usa la minúscula candela para prender unos cuantos cirios rojos que



rodean a Yewá o *Geperudeta*, como la llaman en Valencia. Extrae del bolso el paquete de toallitas húmedas que usa para asearse tras cada cliente y utiliza una de ellas para limpiar las manchas blanquecinas que el salitre ha dejado en el rostro virginal de madera policromada. La mano derecha, en la postal, sujeta la vara de mando que, aunque Rossy no lo sabe, la Virgen ostenta como alcaldesa perpetua de Valencia. Sin embargo, en la imagen que Rossy tiene delante no hay bastón, sino un buen puñado de pulseras de mil colores que conforman un abigarrado racimo tan caótico como el muestrario completo de bisutería que luce en el cuello. Como está tan cerca, Rossy huele la mezcla de los mil perfumes falsos que usan sus devotas y con la que la agasajan cuando pueden.

Rossy reza. Pide que Yewá rompa el *body*, el amuleto mágico que la ata al *master* y a su jefe, cuyo nombre ignora, pero al que todos temen más que al mismísimo diablo. Dicen que el poder de Yewá es tan grande que puede llegar hasta Nigeria y proteger a su familia. Le han contado que puede quebrar los lazos de la brujería con la que el *master* y sus *babalawos* las dominan. Aseguran que es vieja, casi tanto como la ciudad y que ha sido, desde siempre, la protectora de mujeres como ella. Por eso la llaman la Virgen de las Rameras.

Fuera, el viento ha cesado y ha hecho callar el incesante lamento de las olas contra la arena. Dentro, Rossy reza. Rossy gime. Rossy pide. Rossy ruega. Rossy se desespera. Rossy llora a pesar de que pensaba que había olvidado ya cómo hacerlo a fuerza de palizas, violaciones, alcohol y droga. Con los ojos anegados grita nombres que antes solo le daban miedo, pero que ahora escupe para pedir justicia. O venganza. Ya no le importa si alguien, algunos pisos más abajo, la escucha maldecir al tiempo que el odio se ha vuelto un líquido salado que resbala por sus mejillas. Incluso cuando su voz se vuelve ronca por el esfuerzo chilla más nombres y, sobre todo, chilla el suyo propio. Ella no es Rossy. Ese es su nombre de furcia. Alike. Alike. Se llama Alike.

En el interior de la miserable capilla de Nuestra Señora de las Putas vuelve el vendaval salvaje del Mediterráneo tan tenebroso como enfurecido. El viento mueve sin control las pulseras baratas que cuelgan de la muñeca de la imagen y apaga todos los cirios. En el último segundo antes de que la oscuridad, apenas rota por las farolas de la calle, invada la estancia, Alike cree ver que la cara de madera pintada sonrío.

—Claro, claro, señora. —Patricia Esquibel Corrons agita la mano izquierda como si fuera un espantamoscas al tiempo que las muecas de sorpresa y asombro de su rostro crecen en variedad y potencia—. Me hago cargo perfectamente. Comprenderá que es nuestra obligación el ponernos en contacto con los familiares directos, pero, por lo que usted me dice, entiendo que no quiera saber nada de... de... ¡Bueno... de él, vaya!

La puesta en escena de Patricia ha cumplido el objetivo que la joven policía se había marcado: ha atraído la atención de sus dos compañeros que la contemplan ahora entre curiosos y divertidos conforme los aspavientos van en aumento.

—Si le parece, señora Quintana, le puedo enviar un correo electrónico con la fotografía de su ex marido, usted lo identifica y... —Algo dice la mujer al otro lado del teléfono que interrumpe a la agente—. No, no. Bastará con que uno de sus hijos ponga que sí es él en la respuesta del mail y todo arreglado. Nosotros lo hacemos constar en el expediente dado que ustedes viven ahora en Avilés y no podían desplazarse hasta Valencia para la identificación y ya está. Como le he dicho antes, la jueza es muy comprensiva con casos como este y no pondrá pegas. Si usted no se maneja bien con el ordenador, lo hacemos así sin ningún problema. No queremos molestarla más de lo necesario. Y más al considerar por todo lo que han pasado usted y sus hijos. Tranquila. Esté usted tranquila que aquí estamos para ayudar.

Tanto Carlos Ramos como Javier Pando se han levantado de sus sillas y están alrededor de la mesa de Patricia aguzando el oído para captar algo de lo que diga la interlocutora de su compañera. No tienen éxito. Del auricular apenas perciben un murmullo ininteligible que, a pesar de su baja intensidad, suena lleno de ira y odio.

—Sí, sí. Déjeme que hable con su hijo y él me da la dirección. Hola, buenos días. Te llamas Javi, ¿no? Sí. Necesito tu correo electrónico. Vamos a ver, déjame que apunte: *javikint96*, con «k» de kilo y terminado en «t» de Tarragona, en minúsculas todo junto y con número... muy bien, arroba, «g» de Granada... mail punto com. Ale, ya está. —La policía vuelve a deletrear con cuidado la indicación mientras la apunta en la ventana abierta con el gestor del correo electrónico del vetusto ordenador cuyo teclado tiene bajo los dedos—. No, no. No te preocupes. La foto es solo de la cara... No, no es desagradable. Ya le he dicho a tu madre que el forense dijo que murió a causa de la cirrosis y, aunque no han hecho la autopsia todavía, ya lo habían lavado antes. Si es él, pues que sí, tal cual en el texto del correo y sin más explicaciones. Nos lo respondes y asunto concluido por nuestra parte.

Carlos y Javier asienten con la cabeza como si el joven, que suponen que es el hijo de la mujer con la que Patricia estaba hablando, pudiera verles hacer gestos de solidaridad y comprensión, aunque los dos veteranos policías ya se van haciendo una idea de lo que está pasando y que acabará con el muerto encontrado anoche en la fosa común.

—Pues ya está de camino —dice Patricia después de incluir la imagen como archivo adjunto al correo electrónico—. Cuando puedas, y si es esta mañana, mejor, lo miras, nos respondes e imagino que ya se pondrán en contacto con vosotros los de los Servicios Sociales del Ayuntamiento de Valencia para lo del entierro o la incineración. Sí, sí. Bueno. Ellos os ayudarán y os lo explicarán todo, no os preocupéis.

Carlos se echa las manos a la cabeza y la sacude para alejar el mal fario. Además de policía es licenciado en Derecho, e incluso sin conocer en profundidad los detalles, ya sabe con seguridad que a la familia del muerto le espera un calvario administrativo y que el envío de la imagen de su compañera para ahorrarles un viaje no deja de ser un gesto de humanidad inútil ante el corazón de piedra que muestra el Código Civil frente a determinados casos. «La ley —piensa— es como el universo: cruel en su fría indiferencia.»

Patricia Esquibel cuelga el teléfono después de que se le agote el inventario de frases de ánimo, comprensión y empatía. Siente los hombros agarrotados tras la tensa conversación y se estira en su silla para desentumecer los músculos. Sus dos compañeros no pueden evitar admirar las formas que se intuyen bajo los vaqueros ajustados y la blusa negra, porque Patricia es de las que no perdonan ni un día de gimnasio ni una caloría de más. Es una militante convencida de los estilos de vida saludables y no se reprime a la hora de recriminar a sus dos colegas masculinos sus excesos con el tabaco, el alcohol o los pantagruélicos *esmorçarets* —el contundente tentempié valenciano de media mañana— que, cada jueves, se meten entre pecho y espalda en el bar del mercado de la plaza de Rojas Clemente y en especial el succulento bocadillo de tortilla de bacalao desmigado, la especialidad de la casa de justa y merecida fama.

—¡Pobre mujer! —exclama la policía una vez que vuelve a acomodarse en su asiento y tras un par de giros laterales de su esbelto cuello destinados a liberar la tensión acumulada entre los omoplatos—. Resulta que cuando creía que se había librado del hijo de puta que tuvo por marido, el muy cabrón le vuelve a dar por el culo hasta para morir. ¡Vaya puta mierda de vida la de esta señora!

Patricia es tan guapa y de tan exquisito gusto para vestir como aficionada a proferir tacos de tan grueso calibre que escandalizarían a un camionero. Javier hace tiempo que desistió en su intento para que moderara el lenguaje, al menos, en la parte de las blasfemias religiosas, y Carlos ya ni se da cuenta de la incapacidad de su compañera del Grupo de Homicidios para terminar una frase sin que las palabras «joder», «hostia», «coño» o «puta» formen parte de la construcción sintáctica. De hecho, están sorprendidos de que haya sido capaz de mantener tan delicada conversación hasta hace unos instantes sin que haya mediado juramento alguno. Por eso saben que la cosa debe ser gorda.

—Pero ¿qué te ha contado? —pregunta Javier—. ¿Es que no estaba casado con María José Quintana? Había que empezar por algún sitio para localizar a algún

familiar, ¿no?

—Y nos podíamos haber fijado, hostia, en que tenía el documento nacional de identidad caducado desde hace años sin que nadie se hubiera dado cuenta y por eso no sabíamos que estaba divorciado. Y condenado por malos tratos y con orden de alejamiento que se la pasó por el forro de los cojones en, al menos, cuatro ocasiones, con sus respectivas denuncias que no fueron atendidas. Y que la señora y sus dos hijos volvieron a vivir en Avilés, en Asturias, para no estar en la misma región de tan colosal pedazo de mierda. ¡Y cómo acabaría de él que hasta los chicos se han cambiado los apellidos para no tener que acordarse de quién los engendró ni siquiera cuando los llamen por teléfono para venderles una puta línea ADSL!

—Pero, Patty —Carlos usa el diminutivo cariñoso en un vano intento de que el cabreo de su compañera baje unos cuantos grados—, ¿qué es lo que te ha dicho?

—Pues —consulta en el cuaderno donde ha ido tomando notas de la conversación — cuando le he dicho que su ex marido había muerto y que se pondrían en contacto con ella para los trámites del entierro y eso, me ha contestado que, si es por ella, abro comillas: pueden dejar el cadáver de ese cabrón en un puto solar para que se lo coman los perros, cierro comillas. Aunque después ha añadido que los chuchos no tienen la culpa de nada y podrían envenenarse, con lo que me ha recomendado que mejor lo dejemos en un sitio donde lo puedan devorar las ratas y así, de paso, hacemos un bien a los valencianos sin joder a nadie.

—¡Madre de Dios! —exclama Javier—. ¡El pajarraco ese le tuvo que hacer pasar las de Caín a la señora!

—Pues le obsequió con dos ingresos hospitalarios por un par de palizas con las que casi la mata, más las otras muchas que le dio y de las que no se sabe nada ya que no terminaron en urgencias. Además, después de cada tunda se iba de putas, pues le gustaban los burdeles más que a un tonto un lápiz. Le molaba tanto el puterío que decidió hacer de un *hobby* una fuente extra de ingresos y ahí es donde le pillaron, porque... porque —Patricia hace una pausa para respirar hondo y, más que decirla, escupe la palabra como si las sílabas salieran de su boca empapadas en bilis— era policía.

Carlos y Javier cruzan las miradas e intercambian, a través de las pupilas, la misma sensación de asco y vergüenza. Todos los policías saben de algún caso parecido. A veces es un conocido o un conocido de un compañero próximo. En ocasiones pasa en la misma comisaría o brigada, y en otras es alguien más cercano, de esos de los que nunca te lo habrías imaginado porque era un buen colega del que jamás se podía pensar que escondía algo sucio. Casos aislados que manchan a todos. Cada cuerpo de seguridad tiene sus tentaciones, sus pecados y sus pecadores. Entre los policías locales lo más habitual son las mordidas a discotecas y locales de ocio para hacer la vista gorda con los horarios de cierre o el volumen de la música; los guardias civiles son los más expuestos a ser sobornados por narcotraficantes y contrabandistas, y el Cuerpo Nacional de Policía, según dice el jefe superior, como es

la viña del Señor hay de todo. Desde sujetos pagados por los abogados de los señores de la droga para manipular pruebas a agentes que terminan como socios de prostíbulos. Montesinos, además, era de una especie peor. No solo había cometido la estupidez provocada por el ansia de dinero fácil, sino que, además, era un maltratador de mujeres. A ojos de los tres agentes, un repugnante traidor que había herido a quien había jurado proteger. Y con el agravante de que, además, era su propia esposa.

—Pues lo que está aún por venir no va a ser agradable, ¿sabes, Patty? —dice Carlos—. Quieran o no quieran, se van a tener que hacer cargo del cadáver y encima correr con los gastos del entierro.

—¡No me jodas, Charlie! —responde Patricia—. ¡Si están divorciados desde hace años y sus hijos no han tenido el más mínimo contacto con él! A ver, ¿quién hostias dice que tienen que asumir eso? ¡Es que lo flipo, coño!

Javier pone los ojos en blanco y mira al techo con un gesto de impotencia. ¡Qué obsesión la de esta chica con las blasfemias!

—Pues hablo de memoria —continúa Carlos—, porque el Derecho Civil lo tengo un poco oxidado, pero creo que es en el artículo mil ochocientos y pico donde se establece que los gastos funerarios son responsabilidad de los herederos conforme a los bienes que dejara el difunto, ya que, se supone, los descendientes no están pagando nada ellos, sino que están utilizando lo que dejara el muerto para el sepelio. Aquí, lo que se protege son las propiedades del fiambre, para entendernos, no si se llevaba bien o mal con su mujer o ex mujer, sus hijos, sus nietos.

—¡O con la puta madre que lo parió! ¿No? —corta Patricia.

—Bueno —dice Carlos—. Yo creo que, en este caso, lo mejor sería que la ex y sus hijos repudiaran la herencia y ya está. Si es que este desgraciado ha dejado algo.

—¿Y eso cómo se hace? —tercia Javier.

—¡Joder! —responde Carlos—. ¡Os estoy diciendo que el Civil se me daba fatal! De lo que me acuerdo es que, en un caso así, se pueden hacer tres cosas: si la herencia es grande, se acepta y se paga lo que haya que pagar por el entierro o incineración más barato que haya y punto. El problema es que si el muerto dejó deudas, también se asumen, así que hay que ir con mucho cuidado. Si hay dudas sobre si lo que queda vaya a cubrir los gastos del funeral y las deudas, se puede aceptar la herencia a beneficio de inventario, o sea, que los herederos solo pagarán hasta el límite del importe de los bienes que hayan recibido. Y, en el último caso, se puede repudiar la herencia, y eso hay que hacerlo ante un notario o un juez. De esta forma, dinero, propiedades, lo que sea, pasa a la Administración y ya se encarga ella del resto.

—Oye —ríe Javier—, para dársete fatal el Civil nos lo has explicado la mar de bien.

—Es que —Carlos muestra una sonrisa de satisfacción intelectual— conforme hablábamos me he acordado de que esto me salió en un examen y, fíjate —se señala la sien con el índice—, se me ha activado el disco duro.

—Pero —Patricia agua la fiesta—, de todas formas, a esta pobre gente que no había querido saber nada del cabrón de Montesinos se le hace pasar por notarios, ventanillas y jueces sin comerlo ni beberlo. Vamos, que hasta para morirse les vuelve a dar por el culo.

—Sí. De eso no los libra nadie.

—Pues lo dicho —concluye la policía—, una puta mierda. En fin. Voy a llamar al Instituto de Medicina Legal para decirles lo de la ex mujer, y luego a los Servicios Sociales del Ayuntamiento para que se pongan a la faena. Por cierto, ¿hoy no viene la jefa?

—No. Hoy no —contesta Javier—, porque tenía el festival de Navidad en el colegio de la niña.

—¡Ah! Vale. Y otra cosa. ¿Habéis mirado si nos ha tocado algo en la lotería?

—Eso estaba haciendo cuando hablabas con la señora —responde Carlos—. De los números de aquí de la Jefatura nada de nada. Tengo que comprobar aún las participaciones que tengo de la falla de mi barrio, del viaje de fin de curso de mi sobrina y alguna cosa más, pero como siempre, casi cien euros tirados a la basura otro año más.

—Pues yo ya ni los miro —interviene Javier—. Yo solo jugaba los de aquí de la Jefatura y con décimos compartidos con todo bicho viviente, así que viva la salud y que no nos falte.

—¡Para una vez que toca en Valencia, coño! —tercia Patricia—. Aunque, ¡joder con lo del puerto! Lo sabéis, ¿no? ¡Le toca a un pavo la lotería y se tira debajo de un contenedor para celebrarlo! ¡Es que la gente está muy mal de lo suyo!

—Menos mal que ese marrón se lo tiene que comer la Guardia Civil —dice Carlos—, porque ocurrió en el interior del puerto y esa es su jurisdicción.

—Sí. De todas formas —concluye Javier—, ¿qué puede pasar por la cabeza de un hombre que le toca la lotería y se suicida unas horas después? Y con mujer y dos niñas.

\*\*\*

—¡Manuela! ¡Pero bueno! No me lo puedo creer. ¿Cómo es que estás aún por aquí?

—¡Ay, Charo! ¡No me hables! Con mi marido es imposible. Por muchos planes que hagas, siempre sale algo que hace que todo se vaya al traste.

—Pero ¿ha pasado algo grave?

—¡Qué va! ¡No ves que él es como es! ¿Te acuerdas que te dije que había ido con mi hija pequeña a comprar un regalo de Navidad que faltaba?

—Sí, el muñeco ese para tu nieta.

—Ese mismo. Pues, cuando estaban allí, le entró un aviso del trabajo, así que decidió pasarse por allí a ver si necesitaban algo. ¿Tú te crees?

—¿No estaba de vacaciones ya?

—Sí, claro que está. Como todos los años. Pero como andaba cerca del sitio... pues mira.

—Pero ¿qué había pasado?

—Pues un muerto en un piso, ahí en el barrio de la Fuensanta.

—¿Lo habían matado? ¡Jesús, María y José!

—Dice que no. Que fue muerte natural, pero muy escandalosa. Un borrachuzo que la palmó vomitando sangre.

—¡Anda que...! Dónde vamos a ir a parar. Por eso llegó tan tarde...

—Ya te digo. Entre que dejó a mi hija en su casa y vino aquí, más de las once. Yo ya estaba en camisión y bata, así que le dije que no nos íbamos, porque no me gusta que conduzca de noche.

—¡Ay! Yo tampoco estoy tranquila si hay que coger el coche a esas horas. Es que, Manuela, nuestros maridos ya no están igual que hace treinta años. Mi Rogelio va por ahí con dos pares de gafas. Las normales y las de cerca. Y cada dos por tres se lía y no se ve. Ya tenemos una edad que...

—Pues casi jubilados. A mi Pepe le quedan dos meses y pico para cumplir los 65. ¿Y a tu Rogelio?

—Menos aún. Solo uno. Ganas tiene, el pobre, de salir de detrás del mostrador aquel. Luego lo echará de menos, ya veras.

—¿Cuántos años ha estado ahí?

—Pues toda la vida. No lo sé. Primero estaba allí su padre y él estaba de mantenimiento del edificio, y cuando faltó mi suegro, pues se quedó la conserjería. No lo sé. Lo menos treinta y cinco años. Toda la vida, vamos.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¡Qué barbaridad!

—Oye, Manuela, ¿te acordaste de comentarle eso a tu marido?

—¿El qué?

—Lo que te dije de mi hermana. Es que, fíjate, me voy ahora para allá porque me ha llamado hace un rato, nerviosísima, ya que ha pasado una noche fatal. Muerta de miedo.

—¡Ay, no! ¡Lo siento muchísimo! Es que, entre que llegó a las tantas y yo estaba de un humor de perros con él por haberme mareado durante todo el día, se me olvidó. Pero ¿le ha pasado algo a tu hermana?

—Pasarle a ella, no. Con ochenta y cuatro años tú me dirás quién va a querer sobrepasarse con ella. Ya le gustaría, ya... Ja, ja, ja. ¡Ay, Señor, perdóname, que no se debe hablar así de una hermana! El problema es que su casa es una planta baja y la parte de detrás da a un solar. Se ve que anoche tenía allí a las fulanas negras y sudamericanas que hay por allí y... y...

—¿Y qué?

—¡Mujer! Y que estaban atendiendo a los hombres.

—¡Madre de Dios! ¡Ya te entiendo!

—Y resulta que alguno o no quería pagar, o no le gustó o sería uno de los *prosenetas* esos.

—¿Un qué?

—¡Chica, un chulo! Es que quería ser educada. El caso es que dice que oyó gritos y golpes.

—¿No sería la tormenta? Mira que anoche cayó una buena, ¿eh?

—Eso mismo le he dicho yo. Pero dice que no. Cuando la chica ha llegado esta mañana, le ha hecho ir a la parte de detrás de la casa para ver si había algo.

—¿Y había algo?

—Pues sí. Mucha mierda, condones usados tirados por ahí. En fin, la porquería habitual. Por eso te decía el otro día si tu marido puede hacer algo. Yo qué sé. Que pasen por allí con los coches y las luces encendidas para ver si asustan a las putas.

—Claro, claro. Se lo comentaré hoy sin falta.

—Mi hermana dice que lo que hay que hacer es derribar la finca que está a medio terminar al otro lado del solar y que así se solucionaba todo. Que allí es donde se meten los drogadictos y las putas y que, en el último piso, hacen cosas raras.

—¿Cosas raras? ¿Qué cosas raras?

—¡Ay, hija! ¡Y yo qué sé! Será que chochea ya la pobre Mercedes. En la vida ha ido a misa, y ahora le ha entrado la devoción por la Virgen de los Desamparados, fíjate. Ha hecho que la chica le compre unas láminas de la *Geperudeta* y tiene media casa empapelada y llena de estampitas. A la vejez...

—... Viruelas, ya veo. Pues lo de la finca ya no es cosa de mi marido, ¿eh? Eso sería hablarlo con el Ayuntamiento o no sé...

—Yo creo que es una manía tonta que le ha dado. Como tiene una salita que da al descampado ese y ahí da el sol toda la tarde, ahora en invierno se pone allí porque está más calentita y se ve que, ahora que se hace oscuro tan pronto, en la campa aquella pasa de todo y se ponen justo debajo a... a... bueno, ya sabes a qué. Y claro, ella lo ve todo y se escandaliza.

—Es que no debe ser agradable. La entiendo perfectamente. ¡Es que no hay derecho! ¡Tanto dinero gastado que si en la Copa América esa, en la Fórmula 1 y en el hotel de lujo del antiguo balneario de Las Arenas y, al lado justo, todo ese *merder*!

—Pues ya ves. En fin. Me voy para allá a ver si la tranquilizo. Y vosotros, a ver si conseguís ir al terreno de una vez.

—Eso digo yo. Pero, con mi marido, nunca se sabe.

—Acuérdate de decirle eso, Manuela, que ya ves cómo está el panorama.

—Sí, sí. De camino al chalet se lo digo.

—Bueno. Hasta luego, Manuela.

—Hasta luego, Charo.

\*\*\*



Roma camina a buen paso por la acera norte de la Gran Vía de Fernando el Católico, rumbo a la Jefatura. Tal y como pensaba, el festival navideño del colegio de Morgana ha sido un verdadero desastre. Aunque se supone que tiene el día libre, ha decidido irse a trabajar un rato al Grupo para intentar pensar en otra cosa. Su madre y su hija se han quedado a comer por el centro y luego irán al cine o de compras. Aunque les ha advertido que ni se les ocurra ir a un MacDonalD's, sabe que lo harán y luego le dirán que no encontraron sitio en ninguna parte y que tenían mucha hambre. A veces piensa que entre la nieta y la abuela hay una alianza indestructible forjada con el único propósito de ponerla a ella de los nervios.

Está cabreada. Sobre todo consigo misma, porque, en situaciones como esta, se pregunta si es una buena madre como las de las amiguitas de la clase de Morgana. Todas ellas parece que se multiplican para estar al tanto de los deberes, los exámenes y los trabajos manuales que han de hacer; las llevan a ballet, a inglés y a música; se reúnen con las profesoras de la escuela cada vez que es necesario; cosen disfraces para los festivales, organizan cumpleaños en los parques de bolas y hacen mil cosas más por sus retoños que Roma no puede ni plantearse. Es cierto que todas ellas tienen marido y las que trabajan tienen empleos que a ella se le antojan mucho más compatibles que el suyo. De hecho, no le ha dicho a ninguna de ellas a qué se dedica en realidad, y a la que le pregunta, le dice que es funcionaria y cambia de tema si le inquieren dónde ejerce.

Además, está agotada. Se puso a arreglar el desaguisado que su madre había hecho con el vestido de pastorcita cerca de la medianoche, cuando llegó a casa después del levantamiento del cadáver del barrio de la Fuensanta. Fue un verdadero horror que hizo que le tuviera que dar la razón a Remedios en eso de que hubiera sido mejor comprar otro disfraz. La tela sintética que se había usado para la confección de la prenda —de factura china y de espantosa calidad, como suele ser habitual en estas cosas— se deshilachaba con desesperante facilidad. A fuerza de doblarla mucho para conseguir cierta consistencia que resistiera la aguja de la máquina de coser, al final casi consumió un palmo de tejido. Y el resultado, en efecto, es que la niña parecía más una versión del *Playboy* de una aldeana de Belén que una figura bíblica, que era de lo que se trataba. Encima, esta mañana, cuando habían vestido a Morgana, Remedios se mofaba de que cuando cantaran lo de «a Belén, pastores», los interesados iban a ir a la carrera, pero no a adorar al Niño que ha nacido ya, sino por otro motivo que tenía que ver con lo guapa que estaba. Y lo peor es que la niña le reía las chanzas a la abuela con una inquietante alegría que significaba que había entendido a la perfección el doble sentido de la broma. «Y solo tiene diez años», piensa su madre.

Ya sentada en el auditorio del colegio, Roma sentía en la nuca las miradas despiadadas del resto de las madres del colegio, por no hablar de las caras avinagradas de las monjas. Estaba segura de que, nada más acabar la representación, habían montado otro grupo de *wasap* distinto al que ella pertenecía para poder

despellejarla a gusto. Y más aún porque la falda demasiado corta no fue nada en comparación con lo que estaba por venir:

Morgana —ya lo había dicho— quería ir de soldado. O al menos, quería alguna de las armas de juguete de los chicos. Y al final lo consiguió. En medio de la representación, cuando iban a cantar el cuarto villancico (o quizás era el quinto, no está segura, porque solo podía fijarse en las rodillas al aire de su hija), la niña decidió que estaba harta de la cestita y que no iba a dejar que terminara la función sin blandir un arma como los niños. Para tener diez años, Morgana es alta y, a pesar de su delgadez, fuerte como si los palillos que tiene por brazos y piernas estuvieran hechos de acero. Martín, el niño que tenía a su derecha, concentrado en cantar lo de «25 de diciembre, fum, fum, fum», con el resto de sus compañeros, era una cabeza más bajo que su hija, quien no tuvo el más mínimo problema en quitarle la lanza y el escudo de un par de certeros manotazos. Lo hizo, además, mientras seguía cantando el villancico en un prodigio de coordinación. Las únicas risas que se habían oído entre el público después de la fechoría fueron, cómo no, las de Remedios mientras crecían los murmullos de reproche e indignación debajo del bosque de brazos en alto con los que papás y mamás sostenían cámaras de vídeo y teléfonos móviles para grabar la representación. De hecho, Roma y Remedios eran las únicas que, excepto alguna foto al principio, no estaban inmortalizando la función. Cuando todo acabó, más que salir del colegio, huyeron.

Roma accede a las instalaciones del Grupo de Homicidios, en la cuarta planta del edificio de la Jefatura. Patricia, Carlos y Javier muestran, casi al unísono, caras de sorpresa, porque se supone que no debía de estar allí y más aún al considerar que la subjefa ha tenido una noche larga. Es Javier quien habla primero:

—Bueno, ¿qué tal el festival? La niña preciosa ¿no?

—¡No me hables de eso! —contesta Roma al tiempo que se cambia las gafas de sol por las otras, pues su considerable miopía solo le deja ver bultos sin ellas y hoy no tenía los ojos como para ponerse las lentillas—. Un desastre. Mi madre destrozó la falda de pastorcita y he estado cosiendo para arreglarla hasta las tantas y encima ha quedado fatal; Morgana le ha quitado la lanza al niño vestido de romano que tenía al lado y las madres y las monjas del colegio me odian. Deben pensar que soy la peor mamá del mundo.

—¡Chica! ¡Que les den por culo a todas, y en especial a las monjas, que seguro que a alguna buena falta le hace! —dice Patricia con una sonrisa maligna, porque sabe que comentarios así son de los que molestan a Javier, hombre de firmes convicciones religiosas—. Seguro que Morgana estaba monísima y con la lanza aún estaría mejor, ya que, como a su mami, le molan las armas y repartir leña.

—Creo —interviene Carlos— que cuando sea padre, lo que peor voy a llevar va a ser esto de los festivales. Las veces que fui a los de mi sobrina, cuando era pequeña, me parecieron un tostón y me daba vergüenza ajena ver a los padres pelearse por ponerse en primera fila para grabar la actuación.

—Para que seas papá, chato —dice Patricia—, primero tendrás que buscar alguna boba que quiera ser mamá contigo. Y ¿qué quieres que te diga?

—¿No quieres serlo tú, reina? Soy un buen partido. Tengo trabajo de por vida como funcionario del Cuerpo Nacional de Policía, además soy licenciado en Derecho y...

—Te gusta demasiado la comida grasienta —interrumpe Patricia—, no haces deporte y quedas para jugar al rol o a los videojuegos los sábados por la noche en vez de irte por ahí a restregar la cebolleta, y eso que tienes 34 años. Así que, hasta que no inventen la fecundación *in vitro* con la Lara Croft de la PlayStation, lo de ser padre lo tienes chungo.

—Bueno —corta Roma mientras se reafirma en su convicción de que sus dos compañeros acabarán liados el día menos pensado, porque conversaciones de este calibre son cada vez más frecuentes—. ¿Qué habéis hecho esta mañana, además de, supongo, comprobar que no nos ha tocado nada en la lotería? ¿No?

—Pues así es —dice Carlos—, de la lotería nada de nada. Hemos localizado a los familiares de Alfredo Montesinos y... bueno, que te lo cuente Patricia.

—Y no quieren saber nada del cabrón ese. Menudo pedazo de mierda, Roma. Te lo digo en serio. Un putero, un maltratador y, además, fue policía hasta que lo echaron. Su ex mujer y sus hijos viven en Avilés y les he mandado una foto del fiambre por correo electrónico para que no tengan que venir a Valencia para la identificación, si conseguimos convencer al juez, por cierto. Aunque todo parece indicar que ha sido una muerte natural, es un caso tan raro que quieren hacer la autopsia, así que, aún no podemos cerrar el caso.

—¿Habéis llamado al Instituto de Medicina Legal? ¿Y a los Servicios Sociales del Ayuntamiento?

—Lo acabo de hacer yo —interviene Javier—. Me ha atendido Jorge Palau, el subdirector. Y me ha dicho que no cree que le vayan a hacer la autopsia en las próximas 48 horas, pues tienen a mucho personal de vacaciones de Navidad y no dan abasto. El problema es que se nos echan las fiestas encima y, si no pueden hoy miércoles, mañana ya es Nochebuena y no trabajan, y nos vamos ya hasta el lunes. Es que este año las fiestas caen muy pegadas al fin de semana.

—Bueno —Roma deja caer los brazos en señal de resignación—, voy a llamar a la jueza para contárselo, por si ella pensaba dejar el asunto resuelto antes de las vacaciones. Esa mujer me impone, de verdad, tan seria, tan seca.

—Sí —dice Javier—, tiene un pronto un poco antipático, pero es de las mejores. Pepe —el policía, que es el más veterano de todos, jamás se refiere al inspector José Antonio Gisbert, su jefe, como Rotovátor, el apodo que tiene en la Brigada— la conoce desde hace años y han llevado muchos casos juntos, y es de las que ayudan a los policías cuando pedimos escuchas, registros o lo que sea.

La conversación con la jueza es corta. Doña Elvira entiende la situación. Le dice a Roma Besalduch que llamará al director del Anatómico Forense para ver si se

puede hacer un esfuerzo y que la familia de Alfredo Montesinos pueda hacer los trámites de recepción o repudio de la herencia cuanto antes. Tras despedirse de Roma deseándole unas felices fiestas, ordena a su secretaria que le ponga al teléfono con el director del Instituto de Medicina Legal de Valencia:

—Don Alejandro, buenas tardes y disculpe que le llame a estas horas. Sé que andan desbordados de trabajo y con menos personal, dadas las fechas en las que estamos.

—No se preocupe, doña Elvira. Así estamos casi siempre. Cuando no es un pito es una flauta —comenta el médico con su particular y macabro sentido del humor—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Sí, es que acabo de hablar con la inspectora Besalduch.

—¿La segunda de Rotovátor?

—La misma. —La voz de la jueza se suaviza, porque el apodo, conocida la persona que lo lleva, es más que apropiado—. Me ha contado que alguno de sus colaboradores les ha dicho que no creen que puedan realizar la autopsia judicial de Alfredo Montesinos, el señor cuyo cadáver levantamos anoche, ni hoy ni mañana.

—Pues sí. Creo que han hablado con el doctor Jorge Palau, y él se encarga de la... digamos, logística del trabajo, así que...

—Entiendo. El caso es que una vez se ha localizado a la familia de Alfredo Montesinos, la Policía ha averiguado que no quieren saber nada de él, porque tenía una condena por maltrato, órdenes de alejamiento —la magistrada hace una pausa mientras busca un papel en la carpeta del expediente—, viven ahora en Asturias, según dice aquí y...

—Entiendo, entiendo, doña Elvira. Lo entiendo perfectamente. Un elemento de mucho cuidado que hizo la vida imposible a su familia e incluso muerto sigue dando problemas. ¡Ay, Señor! ¡Pobre gente!

—Pues sí, don Alejandro. Eso mismo pienso yo. Si se pudiera hacer un esfuerzo con el informe y que yo lo pueda firmar mañana a primera hora, aunque sea el día de Nochebuena... Así los trámites se irían adelantando mucho y su ex mujer y sus hijos pueden acabar enseguida con este desagradable asunto, ¿sabe?

—Claro, claro. El problema es el tiempo, doña Elvira, el tiempo. El procedimiento entero tiene su ritmo. Yo suelo decir —la voz del médico suena risueña— que esto es como un embarazo, pero al revés. Y si los niños necesitan al menos siete meses para estar medio cocidos y nueve para que estén en su punto, con los muertos pasa lo mismo, pero con horas.

—¡Tiene usted unas cosas, don Alejandro! —La risa de la jueza es tan fría como sus ojos grises que destacan bajo su cabellera rojo fuego—. De todas formas, anoche estaba usted muy seguro de que se trataba de una muerte natural por... por... aquí está el informe, a ver: hemorragia interna masiva provocada por varices esofágicas a causa de una probable cirrosis u otra patología de carácter hepatóxico. ¿No es así?

—¡Y no me equivoco, doña Elvira! —responde jovial—. ¡Que son muchos años

ya en esto, más de cuarenta! Bueno, a ver qué le parece lo que voy a decirle. Le diré a uno de los auxiliares que me haga el favor de venir mañana un poquito más temprano. Le hago dos tajos al fulano este, le echo un vistazo, un par de cultivos rápidos para descartar opiáceos y otras toxinas y a mediodía le suben el informe y asunto concluido, ¿le parece?

—Me parece muy bien, don Alejandro. Ya sabía yo que podía contar con usted. Piense en esa pobre familia. Se lo agradezco muchísimo. Hacen ustedes un trabajo fantástico, de verdad.

—¡Da gusto que alguien diga eso de nuestro oficio, doña Elvira! Yo siempre bromeo con que nosotros, los forenses, somos como las arañas, por muy bien que tejamos, a nadie le gusta nuestro trabajo. ¿Qué le vamos a hacer?

—¡Ay, mire que le gusta a usted la retranca morbosa, don Alejandro! Bueno, no le entretengo más. Muchísimas gracias y felices fiestas, si no nos vemos antes.

—Igualmente, doña Elvira. Feliz Navidad y próspero año nuevo.

—Adiós.

—Adiós, adiós... Hasta luego.

La jueza Quirós le da la vuelta a la silla giratoria. Desde su despacho se ve el Museo de las Ciencias, que siempre le recuerda al costillar de una bestia descomunal, y contempla la estructura con el ceño fruncido. El doctor De Miguel es un sabio, pero tiene casi 70 años y mañana trabajará con mucha prisa. Ella, a mediodía, tendrá un informe más en su mesa y un problema menos.



Martes, 23 de diciembre de 2014

Son las siete y diecisiete minutos de la tarde y llevo despierto desde un poco antes de las seis de la mañana. Da igual a qué hora me acueste. Siempre vuelvo a abrir los ojos a la misma hora y, a partir de entonces, no puedo seguir durmiendo. Ni aguantar en la cama por un minuto más. Si, por la razón que sea, necesito estar descansado al día siguienteuerzo a mi cuerpo a seguir en reposo con heroína. Sí, heroína. Lo escribo así de tranquilo porque nadie va a leer esto. Ni todo lo que he escrito antes desde hace años ni todo lo que escribiré después. Ni siquiera lo haré yo una vez que este cuaderno se haya terminado y ocupe su lugar con el resto. Relleno hoja tras hoja de cada libreta de 94 páginas siguiendo un patrón establecido hace catorce años, cuando la Loquera —mi psiquiatra— decidió probar este tipo de terapia, la cual, como todo lo demás, me funciona a medias. Consumo, entre otras cosas, heroína, porque no hay más remedio. Eso sí, es de la buena. La Gitana es la que me la proporciona, bien cortada, sin las guarrerías que su gente pone luego para que las papelas les cundan más. Y encima, no me la cobra. Fumo caballo, pero solo para irme a dormir, ya que hace tiempo que los somníferos que usa todo el mundo para conciliar el sueño no me hacen efecto y, por supuesto, ni se me ocurre tomar ningún tipo de estimulante a lo largo del día —ni siquiera un café o una Coca-Cola—, así que podría decirse que soy un yonqui por prescripción facultativa, pues la Loquera lo sabe y también la Gorda. Por supuesto, la Gitana está al tanto y, digo yo, que la Doña debe saberlo también, aunque supongo que no lo aprobará. La verdad es que me da igual. Fumo marihuana, mucha, para mantener mi capacidad auditiva lo más adormecida posible si he de salir de casa las pocas veces que lo hago. O sea, que voy por la calle hasta el culo de porros muy bien cargados; me meto dos o tres antes de irme fuera y preparo otro par para la excursión: uno para el camino de ida y otro para el de vuelta. Para mí, franquear el portal de mi edificio necesita de unos preparativos parecidos a los de un astronauta antes de dar un paseo espacial. Soy un yonqui, lo sé, pero soy un yonqui con método y disciplina. Quizá lo de la disciplina fue la única secuela buena que me dejó el Grandísimo Hijo de la Gran Puta tras siete meses en el infierno. Da igual. Hoy no me apetece escribir de eso. Ya lo he hecho antes y supongo que lo volveré a hacer. El llenar tres hojas de libreta por las dos caras todos los días implica, muchas veces, contar y recordar lo mismo una y otra vez. De todos modos, lo del Grandísimo Hijo de la Gran Puta no toca hoy, espero. No obstante, no garantizo nada. Hace décadas que pasó lo que pasó, pero él sigue viviendo conmigo y puede aparecer en cualquier momento. Da igual: como esto es mi escrito terapéutico hago lo que me sale de las pelotas. Escribo así, de la cabeza al boli y del boli al papel sin pasar por la casilla de salida ni cobrar las 200.000 pesetas del Monopoly. Que me

voy de madre. Volvamos al ritual de salir de casa.

Primero preparo los porros. Tengo medida la cantidad exacta de hierba que le pongo a cada uno para buscar el efecto deseado. Los míos se componen de un sesenta por ciento de tabaco y un cuarenta por ciento de picadura buena de cogollitos que la Gitana me reserva. Ya lo sé: es mogollón. Pero si no es así no funciona. La Loquera me contó una vez que un cigarrillo de marihuana con un dos por ciento de producto ya es suficiente para experimentar la sensación de euforia, bienestar y buen rollito que buscan los adolescentes para echarse risas. No es lo que yo quiero. Con tanta cantidad de hierba, no tengo que esperar mucho para que las toxinas me atraviesen la barrera hematoencefálica. Eso es un tejido microscópico que todos tenemos dentro del tarro entre los vasos sanguíneos y el sistema nervioso central y que impide que se metan un buen capazo de bichos chungos, pero permite el paso de oxígeno y la glucosa. Hay enfermedades como el cólera, la meningitis o la rabia que pueden atravesar la barrera y mandarte al otro barrio y también lo consiguen el alcohol, la nicotina, la heroína o el éxtasis. Algunas drogas, cuando atraviesan la barrera, amplifican los sentidos (que es lo que quiero evitar), pero la marihuana y la heroína provocan que mi oído se adormezca, que es lo que necesito si quiero pasear sin que a mitad de camino me entren ganas de tirarme bajo las ruedas de un autobús. Una vez que noto que la hierba está haciendo efecto y la conexión entre mi oído y mis neuronas está menos sensible, me pongo los auriculares, la capucha encima y me voy. Odio la música comprimida en formato mp3, pero debo reconocer que sus reproductores me han hecho la vida más fácil, aunque el sonido sea una mierda pinchada en un palo. Solo tengo dos listas en el iPod: una para ir y otra para volver. La del camino de ida está llena de piezas musicales o canciones compuestas en la mayor. Esta tonalidad es de color verde y sus tres sostenidos en la escala (fa, do y sol) son escalones hacia la esperanza, la alegría y, según dicen, hacia Dios, si bien esta última parte me afecta poco, la verdad. En la mayor está compuesta, por ejemplo, *Beautiful Day* de U2, *Dancing Queen* de ABBA, la *Séptima sinfonía* de Beethoven o el *Concierto para Clarinete K622* de Mozart. Para volver, si todo ha ido bien, necesito piezas en re mayor, que es la tonalidad de color dorado, porque representa la victoria, el triunfo y la gloria gracias al fa y al do sostenidos de su armadura. En ella está compuesta el famoso *Aleluya* de Händel, que sirve para mucho más que publicitar polvorones, el *My Way* de Frank Sinatra, la segunda parte del *Nessun dorma* o *The Show Must Go On* de Queen. Las piezas de música clásica, jazz y popular se mezclan en mi minúsculo aparato de mp3 sin más criterio que la tonalidad en la que están compuestas según las necesito. No soy un yonqui por elección, sino por obligación. Solo así se puede sobrevivir a ser como soy yo. Un capullo con oído absoluto, acusada sinestesia y con una variante extraña (y creo que única) del síndrome de Williams. Y eso por no hablar de que fui secuestrado cuando tenía ocho años por el Grandísimo Hijo de la Gran Puta, que me mantuvo encerrado durante meses sin que se le olvidara darme por culo o que se la chupase, por lo menos, una

vez al día. Al final, siempre escribo algo de él. Cada puto día.

Supongo que se cruzó en mi vida porque a mí me han tocado muchos premios de putada de las gordas y de las que joden a base de bien en la lotería de la vida. Solo una de cada 2.000 personas nace con algún tipo de sinestesia como la mía, que asocio tonalidades musicales a colores, olores... y personas. Hay una única posibilidad entre 10.000 de nacer con oído absoluto, lo que me permite —entre otras muchas cosas— distinguir cualquier nota musical de manera exacta y sin compararla con otra, como lo hace todo el mundo. Y hay solo una opción entre 20.000 de que en uno de los dos cromosomas 7 de tu ADN esté esa submicroscópica alteración que produce el síndrome de Williams, y, en mi caso, además, que esa anomalía fuera rara entre las raras porque todos los que nacen con el Williams, además, padecen diferentes formas de retraso mental que los incapacita para llevar vidas autónomas, lo cual no me pasa a mí. No me apetece escribir qué es el síndrome de Williams ahora. Lo he escrito antes y, supongo, lo volveré a hacer. A pesar de todo, llevo una existencia más o menos normal si descontamos, claro, la heroína, la marihuana, el alcohol y la necesidad de salir de casa hasta las trancas de porros y con los auriculares puestos con canciones en dos tonalidades muy concretas. No me he puesto a calcular las posibilidades estadísticas que existen de que un pedófilo te secuestre cuando tienes ocho años, pero imagino que debe ser menos de que te toque la lotería, porque todas las semanas la gana alguien y no todas las semanas raptan a un niño. Bueno. El caso es que a mí me tocaron todos los boletos de todas las loterías. Es como si te cayeras por una escalera de quince peldaños y en vez de darte contra el segundo escalón, el sexto, el noveno y el decimotercero, por ejemplo, te dieras con todos uno detrás de otro. Tengo claro que si otro meteorito como el que extinguió a los dinosaurios volviera a chocar contra la puta Tierra, me daría a mí de lleno.

Ni siquiera sé las veces que he escrito lo mismo. Empecé a escribir todo lo que se me pasa por la cabeza el 1 de enero del año 2000 en el primer cuaderno de 19 por 25 centímetros de hojas cuadriculadas cosidas a tapas de cartón de color marrón que vendían en la papelería de J. Sena Alós de la calle de las Barcas, a pocos pasos de la plaza del Ayuntamiento. Al principio, era la Loquera la que me traía las libretas, porque escribía en su casa, cada día. Entonces yo aún vivía en el piso tutelado. Tenía 17 años. Ahora tengo 32. Escribo todos los días. A veces sobre lo que he hecho; a veces sobre lo que me hizo el Grandísimo Hijo de la Gran Puta; a veces sobre lo que hacen ellas; a veces sobre cómo les ayudo a hacer lo que hacen; a veces intento expresar aquí los efectos que me produce determinada canción o pieza musical, pero casi nunca lo consigo, dado que no se puede escribir con palabras las sensaciones que yo experimento a través de una escala pentatónica menor de mi o una progresión de acordes; a veces me copio a mí mismo y a veces copio cosas de libros, revistas, periódicos o cualquier cosa que encuentre en Internet, si no se me ocurre nada porque, cada día, necesito completar un número de páginas concreto. La Loquera dice que eso es una bobada e insiste en que debo volcar en estos cuadernos lo que siento o



pienso a diario para ver la evolución de mis miedos y mis angustias. No le hago ni puto caso, la verdad. Escribo lo que viene de la mente, tal cual, en completo silencio y con tapones de cera en los oídos. Solo inmerso en la ausencia absoluta de todo sonido puedo reunir la suficiente concentración como para ordenar palabras sobre el papel. Al principio, muy al principio, dejaba que la Loquera leyera lo que escribía ya que, a fin de cuentas, había sido idea suya y se trataba de una terapia para superar lo que tenía que superar; hace muchos años que ya no se lo permito. Ni he superado nada, solo lo soporto. Escribo porque, de verdad, me ayuda. No tanto como la música, pero también escribir es menos peligroso para mí que los efectos que pueden producirme las armonías, las tonalidades y los ritmos. La gente normal percibe la música como un entretenimiento o un arte; para mí es todo un universo que puede ser amable o terrible. La música hizo que salvara la vida, pero también es lo que me condenó a la aberrante existencia que llevo como buenamente puedo. Escribir esto ayuda a tener la cabeza en cierto orden. El proceso tiene, como la música, sus reglas y normas. Y así es como lo hago.

Cada cuaderno tiene 94 hojas y me propuse desde el primer día que acabaría una libreta entera como esta todos los meses. Los meses de 31 días, escribo tres hojas por ambos lados y dejo la primera en blanco. En los meses de 30 días relleno otras tres hojas por las dos caras y un renglón de la siguiente; en estos casos es la última la que dejo en blanco. Los meses de febrero también completo libretas a un ritmo de tres hojas por día, pero debo escribir cuatro renglones de la cuarta y así todo cuadra y no he de dejar ninguna en blanco. En cuatro ocasiones, en los años 2000, 2004, 2008 y 2012, terminé los cuadernos correspondientes al mes de febrero escribiendo tres folios por ambas caras y dos líneas del cuarto cada día, pero dejé en blanco el reverso de la página 47 y el anverso de la 48. Es lo que tienen los años bisiestos. Son raros.

Mi vida es música y la música es precisión matemática. Desde que empecé (en ocho días hará 14 años) he terminado 179 cuadernos con un total de 16.647 folios y 33.294 páginas que no he numerado. Estoy escribiendo el que hace el número 180, al cual le quedarán, cuando acabe hoy, 24 hojas, ya que la primera, como estamos en diciembre (31 días), se ha quedado en blanco. Cada entrada en esta especie de diario está encabezada por la fecha, pero jamás los releo. De vez en cuando ojeo alguno, pero solo porque me relaja ver mi caligrafía apretada e inclinada hacia la derecha y todo el papel repleto de tinta negra. Escribo sobre cada línea de la cuadrícula, dejando un margen de dos cuadritos a la izquierda, uno en la parte superior de la hoja y otro en la inferior. Guardo todos los cuadernos. Todos. Los que he escrito y los que me quedan por escribir. Y sé con exactitud cuántos faltan.

En el que escribo ahora es el número 180. Como los primeros me los dio la Loquera y me gustaban mucho, decidí que solo usaría este tipo de libretas. Los vendían, como he puesto antes (sé que me repito, pero escribo para llenar tres páginas —o tres páginas y un poquito— todos los días, no para que esto lo lea alguien y se cague en todo por repetirme) en la papelería de Sena Alós de la calle de las Barcas y

allí iba a comprarlos de dos en dos o de tres en tres, según me viniera bien. Un día, el dependiente me dijo que la imprenta que los hacía y se los suministraba iba a cerrar porque el dueño se jubilaba. Entré en pánico. Aquel mismo día le compré veinte, que eran todos los que tenía en la tienda en aquel momento, y, después, le encargué que me trajera todos los que quedaran al fabricante. Me hice con los 240 cuadernos que había y que sumé a los 60 que yo ya poseía. En total, tengo 300, exactos (y que el número sea así de redondo me mola mucho). 179 ya están completos. A este le quedan 24 páginas. Lo he puesto antes. También lo sé.

Los miro ahora en la pared de la izquierda de mi salón. Hay tres baldas de 1,4 metros de longitud cada una fijadas al muro. En la superior hay 150 cuadernos ya completos. En la del medio hay 30, incluyendo este mismo que depositaré allí cuando acabe la tanda de escritura de hoy. En la inferior hay otros 150, todos vírgenes aún. El 31 de diciembre de 2024 concluiré la última página del último cuaderno. Entonces no sé qué haré. Tengo la esperanza de que, si lo consigo, estaré mejor. También pienso que igual no duro diez años más al ritmo que me meto de todo. Y entonces, todo me importa una mierda.

Escribo a mano. Y utilizo siempre el mismo modelo de bolígrafo; ante el agobio que padecí cuando se me acabaron las libretas compré 14 cajas de 12 unidades cada una de bolígrafos Pilot BX-V5 de 0,5 milímetros de tinta negra. He gastado, contando este, un total de 82. Los otros 81, ya vacíos, los guardo agrupados de veinte en veinte en botes reciclados de cerveza Heineken. Tengo siete latas de las que cuatro están llenas de bolígrafos gastados; en la quinta solo hay uno y las otras dos esperan a sus huéspedes, si es que llegan. Los siete recipientes están en la estantería del medio y acabarán, de aquí diez años (si lo consigo) en la de abajo del todo. Cuando veo el conjunto, me apetece seguir viviendo, aunque solo sea para ver completas las dos baldas con 300 cuadernos llenos y 140 bolígrafos sin tinta. Y me habrán sobrado 28 Pilot que no sé qué haré con ellos. Cuando le digo a la Loquera que podría contar lo que me queda de vida por el número de libretas en blanco que esperan, dice que es un motivo tan bueno como cualquier otro y un objetivo más ambicioso que el de la mayoría.

Estos son los dos últimos renglones del reverso de la tercera hoja. Por hoy ya está. Mañana más.

—Hay algo que no me quito de la cabeza en el asunto este de Montesinos. ¿Me estaré volviendo paranoica?

—¿El qué, Romi? —pregunta Patricia usando el diminutivo de su jefa—. Tal y como yo lo veo, Dios existe, aunque solo sea para estas cosas, porque ha librado al mundo de un cabrón.

—Patricia, por favor... —tercia Javier Pando con su habitual tono tranquilo—. Dios existe para muchas cosas más...

—Perdón, padre Pando. —Patricia pone una mueca de falso arrepentimiento y juntando las palmas de las manos en actitud de súplica mientras guiña un ojo con picardía—. Bueno, ¿qué es lo que no te quitas de la cabeza, Roma?

—Pues que Alfredo Montesinos no tuviera en su casa ni una gota de alcohol. Ni un bote de cerveza. Nada. Estoy revisando ahora el informe de la Científica y...

—¡Ya lo han enviado! —se sorprende Carlos Ramos—. ¡Joder, qué eficacia! ¡Esto parece Suecia, oye! Y luego siempre se están quejando de que no dan abasto y que les agobiamos.

—Hombre —dice Javier—, es que si don Alejandro de Miguel dice que es muerte natural por cirrosis, por muy espectacular que fuera y mucha sangre que hubiera, pues ya está.

—Sí, sí. —Roma asiente—. Está claro que si don Alejandro se planta y dice que es muerte natural con el notas de cuerpo presente, pues...

—¡Palabra de Dios! —exclama Patricia con los brazos en cruz y mirando al techo—. ¡Y amén!

Javier Pando hace como que no ha oído la enésima provocación de su compañera. No merece la pena, piensa. Mira el reloj. Son las diez de la mañana y el veterano policía empieza a notar que su estómago exige atención. Es la hora en la que Carlos y él suelen irse a almorzar, pero, con Roma enfrascada en el expediente de Montesinos desde hace dos horas, no parece un buen momento para proponer un descanso.

—Decía —continúa Roma— que es extraño que una persona que tiene una adicción tan fuerte al alcohol no tenga ni una sola botella en su casa. No sé. Me parece raro.

—Hay muchas maneras de ser alcohólico —asegura Carlos—. Quizá solo bebía en bares y no en su casa.

—Quizás —interviene Javier—, pero lo que dice Roma tiene su sentido y es un poco extraño. Los alcohólicos graves, lo sé por experiencia, ocultan su condición todo lo que pueden y una de sus tácticas favoritas es hacerse pasar por abstemios.

—¡Coño! —exclama Patricia—. ¿Y cómo lo consiguen?

—Pues de la manera más simple. Jamás beben en público o, si lo hacen, es con exquisita moderación, ya sabes: una copita de vino, una cervecita, solo una y cosas así. Su relación con la bebida es algo privado, casi tan íntimo como las relaciones

sexuales. Por eso ni siquiera se permiten achisparse en una celebración familiar o una fiesta. O lo hacen del todo o no lo hacen. Esa gente es de las que o se toman la caja entera de botellines de cerveza o no se toman ninguno. Para ellos no existe el término medio.

—¿Y cómo sabes tú estas cosas, Javier? —pregunta Roma.

—Bueno, por un tío mío. Murió con 54 años, sentado en el sofá de su casa por fallo hepático también, aunque ni de lejos fue tan brutal como el caso de Montesinos. Es curioso, ni siquiera mi madre, que era su hermana, sabía lo que le pasaba. Ni tampoco su mujer. El hombre tenía escondidas botellas de coñac en el trastero del garaje, y cuando bajaba al perro por la noche le daba tiempo a beberse una entera, se ponía un caramelo de menta en la boca y después se subía a casa a dormir la mona. Era un borracho tranquilo y apacible que se calzaba un litro de Terry todos los días hasta que la última le sentó tan mal que estiró la pata. Regresó del paseo con el chucho y se repantigó en el sofá. Dijo que se encontraba un poco mal. Se quedó dormido y se acabó.

—¿Y de verdad que nadie notó nunca nada? —inquire Patricia—. ¡Es para alucinar!

—Nadie. Su mujer y todo el mundo ató cabos después. Lo largas que hacía las salidas con el perro por la noche, el aspecto cansado que tenía cuando regresaba y que se iba directo a la cama con las piernas temblando y sujetándose a las paredes. Pero lo atribuían a la caminata que, en teoría, se había dado, aunque, por lo visto, ni siquiera salía del garaje. Se metía en el coche, se trasegaba la botella y volvía. Por lo visto, lo hacía a escondidas desde que era joven. Vete a saber tú por qué.

—Igual Montesinos —interviene Carlos— era de esos. Un bebedor discreto, si se puede decir así.

—Pues sigue sin cuadrarme —habla Roma—. A ver, Patty... ¿qué sabemos de este tío?

—Alfredo Montesinos Fernández —Patricia lee el expediente con entonación de colegiala aplicada—, nacido en 1960 en Albacete. Ingresó en la Policía Nacional en 1982 y tiene como primer destino la Comisaría de Avilés. Allí se casó con María José Quintana Herrero en 1986. Tuvieron dos hijos, Alfredo y Javier, que es con el que hablé yo ayer. El primero en 1988 y está ahora en Manchester, en Inglaterra, donde trabaja de camarero, según me dijo su madre, aunque estudió Económicas. El segundo, Javier, nació en 1990, vive aún con su madre y estudia oposiciones para ser enfermero, creo, en Oviedo. Divorciados en 2001 después de varias denuncias por malos tratos, dos ingresos hospitalarios de la señora Quintana por sendas palizas y condena en firme a Montesinos por agresiones por la Audiencia Provincial de Alicante, donde vivieron desde 1993 cuando lo trasladaron desde Avilés a petición propia del interesado y tras el correspondiente concurso. Cuando se divorció, María José Quintana regresó a Asturias con sus hijos y, en teoría, no ha sabido nada de su ex marido. Hasta hace un rato, claro.

—¿No le pasaba pensión de manutención para sus hijos? —pregunta Carlos—. ¿Ni régimen de visitas?

—Lo de la pensión, sí —contesta Patricia—. Me lo dijo la ex mujer. No falló ni una sola vez. Ni un retraso. Ingresos puntuales en la cuenta corriente el día 4 de cada mes hasta que el pequeño fue mayor de edad, hace dos años. Sentencia cumplida.

—Y, además —interviene Roma—, era policía, ¿no?

—Sí —continúa Patricia—. Hasta el año 2007. Estaba destinado en la Brigada Provincial de Extranjería y Documentación de la Comisaría de Alicante. Allí le pillaron por aceptar sobornos para agilizar la tramitación de números de identificación de extranjeros, los NIE, en connivencia con los responsables de una gestoría. La mayor parte de los beneficiarios del trámite eran, por cierto, mujeres rumanas, ucranianas y nigerianas que, en teoría, trabajaban en la hostelería, aunque, en realidad, ejercían la prostitución en locales como el Night Queens y, sobre todo, el Mermaids. Sin embargo, ni los de Asuntos Internos ni la Fiscalía pudieron relacionarle con la trata de blancas o el proxenetismo, así que se conformaron con lo del soborno para quitarlo del medio. Y parece ser que era un secreto a voces en la comisaría alicantina que Montesinos no era trigo limpio. Un juzgado de lo Penal de Alicante lo condenó a año y medio de prisión por un delito continuado de cohecho e inhabilitación para empleo público durante diez años, pese a que la Fiscalía pedía cinco de cárcel y quince de inhabilitación.

—Y se libró del talego ¿no? —apunta Carlos.

—Sí, claro. Con una condena menor de dos años no se suele entrar en la cárcel si no tienes antecedentes, aunque eso siempre queda a discreción del juez, como fue este caso. Y te recuerdo —la voz de Patricia se ha vuelto amarga— que los maltratos se produjeron a finales de los noventa, así que este cabrón se enfrentaría a juicios de faltas, porque la Ley Integral contra la Violencia de Género, que endureció las penas para los maltratadores, no se aprobó hasta diciembre de 2004. Así que vuela, vuela, pajarito.

—Ya veo —concluye Roma—. Y desde 2007 hasta ahora, que son siete años, de qué vivía nuestro hombre. ¿Del aire? Porque su mujer nos ha dicho que siempre les pasó la pensión hasta que el hijo pequeño fue mayor de edad, y eso fue, Patty, ¿cuándo? ¿Hace dos años?

—Así es, jefa.

—No lo hemos comprobado, Roma —dice Javier—, la verdad. Dado que ha sido una muerte natural, no sé si debemos seguir empleando más tiempo en ello. Ahora debe ser la gente del juzgado la que se haga cargo de inventariar los bienes que tuviera el muerto para comunicárselo al Ayuntamiento para que proceda al entierro. Si quieres seguimos indagando, pero no sé yo si merece la pena, porque no podemos detener a la cirrosis.

Roma reflexiona. Lo que dice Javier, como de costumbre, es más que razonable. Si en la búsqueda de familiares del muerto no hubiera aparecido que había sido un

maltratador y ex policía (y además de los sucios), le habrían dado carpetazo al asunto mucho antes. Que no hubiera ni una sola gota de alcohol en su casa no es motivo para pensar que la causa de la muerte haya sido otra que la que el forense apuntó, aunque el informe de la autopsia judicial no esté entregado todavía. No obstante, hay algo que le inquieta, pero que no es capaz de poner en palabras. Sus compañeros se lo han oído decir muchas veces: es una especie de sexto sentido, de intuición que Carlos, con su peculiar forma de verlo todo como si fuera un cómic de superhéroes, una película de ciencia ficción o un juego de rol a los que es tan aficionado, lo llama el «sentido arácnido». Sea lo que sea, hasta ahora, no le ha fallado nunca. Ellos lo saben. También lo sabía el viejo zorro de Rotovátor y por esa razón la eligió como segunda del Grupo de Homicidios.

—Tienes toda la razón, Javier. —Se dirige a su compañero mientras se quita las gafas y se frota los ojos cansados de leer en la pantalla retroiluminada del ordenador—. Debo estar agotada de aguantar a mi madre y a mi hija y ya veo cosas raras donde no las hay. Pero es que había algo allí, en aquel piso, que de verdad no cuadraba. Y no era la sangre, os lo aseguro.

—¿Notaste que te pitaba el sentido arácnido como Spiderman, jefa? —dice Carlos mientras levanta las manos alrededor de la cabeza y extiende y contrae los dedos como si intentara salpicarse el cráneo con ondas imaginarias—. ¿Notaste la presencia del Doctor Octopus?

—Lo que estoy notando —responde Roma con una sonrisa que disimula que no sabe quién demonios debe ser ese Doctor Octopus— es que tenéis cara de necesitar un bocata, que ya son las diez pasadas. Anda, bajaos a almorzar vosotros que luego iremos Patty y yo.

—¡Vale! ¡Y así podemos contarnos cosas de mujeres adultas! —exclama Patricia—. Pero no tardéis, ¿eh?

—Una cosa sí que vamos a hacer cuando acabemos de almorzar, ¿vale, chicos? —dice Roma mientras los dos hombres se ponen los abrigos—. Vamos a dedicar un par de horitas más esta mañana a averiguar qué puñetas hacía Montesinos para pasar la pensión a sus hijos. Al menos, saber dónde y en qué trabajaba. Solo para quedarme tranquila.

—De acuerdo —responde Javier—. Tengo una amiga en la Seguridad Social que me da esa información en cinco minutos y sin petición oficial, papeleo ni zarandajas. Tienes razón, Roma. Así nos quedamos todos tranquilos.

\*\*\*

—¡Hombre! —exclama Carlos—. ¡Ha salido el sol! Menuda cayó anoche. Me desperté sobre las tres y media de la madrugada por un trueno que parecía estar dentro de mi habitación. ¡Qué barbaridad!

—Sí, pero esto —Javier señala el boquete azul que se ha abierto en el cielo

lechoso por donde entra la luz dorada— es, como decía mi abuela, sol de agua. Dicen que va a hacer un tiempo de perros durante toda la semana por culpa de una borrasca que avanza por el Mediterráneo. Mi hija dice que, en Roma, el Tíber daba miedo de lo crecido que está.

Carlos nota como al veterano policía le brillan los ojos de orgullo paterno. Laura, su niña, está haciendo el doctorado en Arquitectura en la Universidad La Sapienza, en la Ciudad Eterna.

—Ha vuelto ahora a casa por Navidad, ¿no?

—Sí, sí, claro. Ayer fui a recogerla al aeropuerto. Bueno ¿dónde quieres almorzar? ¿Vamos a L’Hostalet?

—Venga —responde Carlos—, que el bar del mercado de Rojas Clemente nos pillará un poco lejos para la hora que es y la faena que nos queda.

Los dos hombres pasan por delante de Alike rumbo al bar que está a la vuelta de la esquina, tan enfrascados en su conversación que ni siquiera se percatan de ella. La joven nigeriana está plantada delante de la escalera que da acceso al edificio de la Jefatura Superior. Se sentía segura cuando, hace hora y media, ha salido de la mísera habitación en la que duerme con Princess, su compañera de Benin City. Nota el escozor de la falta de sueño en los ojos, blindados tras las lentes oscuras de las gafas de sol de imitación. Se ha puesto unos pantalones vaqueros largos, zapatillas de deporte, un jersey grueso de cuello vuelto y el abrigo gris que usan por turnos su compañera y ella cuando descansan al hacer la calle en invierno para no pillar una pulmonía. La única licencia de color que se ha permitido es el vistoso pañuelo estampado de flores amarillas y rojas con el que se ha recogido el pelo trenzado. Lleva puesto todo lo que Princess y ella tienen en común en el cochambroso armario que también comparten con dos objetivos: que nadie la pueda reconocer y, sobre todo, no parecer lo que es y lo que pretende dejar de ser: una puta.

Por eso no se ha ido a la comisaría del Cabañal: por miedo a cruzarse con algún conocido. Ha pasado encogida en un asiento del fondo del autobús la media hora larga que ha necesitado para llegar hasta aquí. Y ahora, plantada como una escultura envuelta en trapos ante la puerta del edificio, el miedo la paraliza. «¿Qué les digo? ¿Qué me va a hacer la policía si me pide los papeles que no tengo? ¿Quién va a ayudar a una puta?» Alike gira la cabeza de manera mecánica hacia tres puntos: al frente, a la puerta de la Jefatura y, luego, a izquierda y derecha. Busca rostros de ébano como el suyo entre los transeúntes que recorren la avenida. Ha aprendido, por las malas, que no puede fiarse de nadie. Cualquiera puede ser uno de ellos. Conoce —vaya si lo conoce— al *master* y al par de gorilas que le acompañan para recoger la recaudación que hacen Princess y ella cada noche, follárselas cuando les viene bien o darles un sopapo bajo el menor pretexto como, por ejemplo, que les haya bajado la regla. Su compañera se coloca un trozo de esponja ahí dentro cuando tienen el período para seguir trabajando y ahorrarse la hostia del *master*, pero ella, hasta ahora, prefiere la tunda. El dolor dura más, pero la idea de enfermar aún le asusta en mayor

proporción, porque, sin el coño, para esos bestias ella vale menos que nada.

Debería entrar. ¿Por dónde empezar? Ni siquiera habla un español inteligible. *Chupá y follá* son las palabras que mejor se sabe. Creía que, tras hablar con la doctora, iba a sentirse más fuerte y segura como para venir aquí, pero ahora el miedo le aprisiona las piernas como si tuviera dos cepos invisibles que brotan del pavimento. Vale. Entra. Se lo cuenta a un policía y entonces, ¿qué? ¿Se la llevarán a una casa donde el *master* y los otros no puedan encontrarla? Pero ellos tienen *babalawos* y tienen el *body* hecho con su vello púbico y su propia sangre menstrual con la que pueden hacerle daño. Además, está su familia, en Nigeria. La vergüenza que la infecta solo al pensar que sus padres y hermanos supieran qué es lo que hace en España es insoportable. El *master* siempre dice que el jefe tiene gente en Nigeria que sabe quién es su familia y dónde vive. No son amenazas huecas. Sabe demasiado bien de lo que son capaces.

Para Alika, esta no es la primera vez que se las ve con los de los uniformes. Una noche, en Sevilla, en el club donde trabajaba, entró la policía. Desalojaron a los clientes del bar y ordenaron que todas las chicas esperaran sentadas en los taburetes que se extendían a lo largo de la barra. Una por una las metían en la oficina del encargado y una agente que hablaba inglés les preguntaba si estaban allí por voluntad propia. Todas decían que sí, dado que así se lo habían advertido los *masters* y las mamis del burdel. En aquella ocasión no pedían papeles de residencia en España, pero sabían que tenían que decir que eran de Ruanda o de la República Centroafricana, porque allí había guerra y no te podían deportar. Pero nadie les hizo esa pregunta. La mujer policía, que hablaba inglés, les dijo que podían denunciar y que si colaboraban las mantendrían a salvo. Pero ninguna la creía. Aquella chica que llevaba pistola y gorra había aparecido de repente y de la misma manera desaparecería, como un sueño. Los otros, los *masters* y las mamis eran la verdad de cada día y de cada noche. Aquella mujer era otra mentira igual que las que la habían traído hasta allí desde Benin City, donde le dijeron que en España iba a cuidar niños y ancianos. Al menos, a ella no la trajeron en patera, sino en avión, hasta Madrid y, desde allí, en furgoneta a Sevilla, donde le dieron la primera paliza, la violaron tres hombres y las mamis de la casa la curaron y cuidaron hasta que estuvo presentable para los clientes. Y así estuvo cuatro meses hasta aquella noche que entró la policía. Clausuraron el burdel y las chicas se quedaron viendo como amanecía ante la puerta cerrada del que había sido su único techo. Como pudieron llegaron a Sevilla buscando refugio, pero aquella libertad era otra mentira más. Pronto aparecieron los *masters* y las mamis. Mientras ella había pasado días durmiendo en la calle, ellos no habían estado ni 24 horas en la cárcel tras la visita de la Policía. Otra vez a la furgoneta, otra paliza en la que le quebraron un diente y, como ya no tenía la sonrisa tan bonita como antes, en vez de club le tocó la calle. Fue entonces cuando la compró el *master* de Valencia. Decía que le había costado 5.000 euros y que le tenía que devolver ese dinero más la deuda por traerla a España. A estas alturas, Alika ya no



sabe lo que debe.

Sigue mirando el ir y venir de gente de uniforme y sin él que entra en el edificio de la Jefatura. Se da cuenta de que quizá lleva demasiado tiempo plantada y puede llamar la atención de alguien de dentro. O de fuera, lo cual sería mucho peor. Toma una decisión. Da media vuelta y se dispone a cruzar la avenida, hasta la parada del autobús que está en sentido contrario. Comprueba en el cartel de la marquesina que aquí para la línea 2, la misma que la ha traído hasta allí y que hace el camino inverso. Marcela, la cubana que ya no es puta, le ha advertido que ir a la Policía no le iba a servir de nada. Era mejor acudir a ellas, a las mujeres que cuidan de la capilla de Yewá-Desamparados. Como la doctora. Cree saber dónde encontrarlas. Están en un monasterio o un convento muy cerca de la ribera del extraño río sin agua que cruza esta ciudad. Tiene que hablar con Marcela de nuevo. La cubana trabaja como camarera en un bar próximo a la Estación Marítima y, ahora, seguro que estará en el tajo.

Cuando Alika baja del transporte público en la última parada de la avenida del Puerto, el viento que viene del mar le refresca la cara con un beso salado. El bar donde trabaja Marcela está cerca, a diez o quince minutos andando hacia el puente de Astilleros y el barrio de Nazaret. Anda con la cabeza baja, porque ahora es consciente de que está en terreno peligroso. La gente del *master* puede rondar estas calles, no los conoce a todos y la pueden reconocer. Si la pillan, no tiene una excusa convincente que justifique por qué está fuera del piso a estas horas. Nota como el miedo y el asco, de nuevo, le arañan en las entrañas. Solo pensar en volver al mísero habitáculo le produce náuseas. Allí vive con Princess y otras seis chicas, como si fueran ganado. Camina deprisa, junto al muro que delimita una plaza donde se despliega el mobiliario metálico de la terraza que pertenece al bar que ocupa los bajos del último edificio de la avenida. Una mujer es la única persona que está sentada en una de las sillas. Tiene el pelo castaño y corto, unas gafas de sol demasiado grandes para su rostro fino y triangular que levanta hacia el sol como si fuera un lagarto que intenta hacer subir su temperatura interior. Cuando Alika consigue verle bien el rostro, el corazón casi se le para del susto: es ella. Es la doctora. Una furgoneta se detiene justo en la parada de autobús. Alika, con el corazón en un puño, mira el vehículo recién llegado con una pizca de inquietud. Aunque el *master* y los suyos patrullan con un Ford Escort azul lleno de raspones y abolladuras, tiene demasiada malas experiencias con ese tipo de vehículos como para fiarse. Cuando se abre la puerta corredera, una anciana desciende ayudada por un joven de perilla bien recortada con el pelo rapado por los lados que viste un chándal blanco y demasiadas cadenas de oro en el cuello. La doctora sonrío y se levanta para coger del brazo a la señora y, juntas, salvan los escasos diez metros que separan la calzada de la terraza del bar. Aún consigue oír como la abuela le saluda por su nombre con una sonrisa en los labios: «Cristina.» La doctora no parece haberse percatado de la presencia de la joven nigeriana y, si lo ha hecho, o no la reconoce o hace como que no la reconoce. Alika aprieta el paso.

Cristina, la médica, le infunde respeto a pesar de que no lleva la bata blanca con la que la conoció ayer mismo. Sin embargo, la otra, la vieja vestida de negro, le produce pavor.

\*\*\*

—¿Cómo se encuentra, Tía?

—Vieja, gorda y cada vez más torpe por culpa de la artritis, cariño. —La anciana se deja caer en la silla metálica que cruje al recibir la carga—. ¡Es que apenas puedo mover ya las manos, me duelen las caderas no sabes tú cuánto y levantarme de la cama es un calvario!

—¿Y qué le dice el médico? —pregunta Cristina.

—¿Qué va a decirme? Pues que tengo 70 años, he parido siete hijos, sin contar los dos abortos y no supe lo que era tener agua caliente en casa hasta que cumplí los 30, entre otras muchas penalidades por las que he pasado. Doy gracias a Dios —la mujer se santigua con la rapidez propia de un acto reflejo— por haber llegado hasta aquí.

—Ya lo sé, Tía. Me refiero a qué tratamiento le están dando.

—Lo que me están dando es... —la mujer titubea— por donde yo me sé. Ni me aclaro con las pastillas que me tengo que tomar cada mañana, porque, encima, casi no me veo. Que si antiinflamatorios, que si la de la tensión, que si la del colesterol, que si la del reuma. Si no fuera por la libretita donde mi Sariyo lo tiene todo apuntado...

—¿La hija de Rosario? —interrumpe Cristina—. ¿Cuánto hace que no la veo? Debe estar hecha una mujer.

El rostro canela acuchillado por las arrugas de la anciana gitana se ilumina con una sonrisa. De sus quince nietos, Sariyo es, sin duda, su favorita.

—¡Una rosa que vale más que todas las pesetas! 18 años cumple mi perla fina este mes de abril que viene. Y está como loca estudiando, porque necesita muy buenas notas del seleccionador ese, porque...

—El selectivo.

—¡Eso! ¡Madre! ¡Cómo tengo la cabeza! Bueno... que tiene que sacarlo todo muy bien porque quiere estudiar Medicina y así nos cuidará a su madre y a mí. ¡Ay! ¡Ojalá Dios me dé unos pocos años más para verla como tú, Cristina, con la bata blanca de médica! ¡Aunque solo sea para después ponerme la mortaja!

—¡No exagere, Tía, que está usted la mar de bien! Con que cuidara un poco la alimentación, perdiera unos kilitos y —la psiquiatra mira con reproche como la señora saca del bolso un paquete de Ducados— y dejara de fumar, le aseguro que nos enterra a todos.

—¿A más aún de los que he hecho enterrar ya, mi niña?

La pregunta de la anciana no parece llegar a su destinataria, sino que se queda enredada entre las volutas del recio humo del tabaco negro que la gitana exhala con satisfacción. Del mar viene una brisa floja que disuelve los jirones grises que flotan

entre la cabeza de las dos mujeres, pero no puede mover las espesas nubes que se resisten a ceder su posición en el cielo como si fueran algodones de mármol. El sol se asoma entre los bloques blancos con su calor peregrino para hacer brillar las formas modernistas del edificio de la antigua Casa Calabuig. Durante un rato, caldea las mesas y sillas de la terraza donde ambas están sentadas. La finca que se levanta solitaria en la acera sur del final de la avenida del Puerto evoca en la psiquiatra la silueta de una muela sobre una encía desdentada. La Tía, con sus mil achaques heredados de la perra vida que le ha tocado en suerte, y el venerable edificio que esquivó inmóvil todas las bombas que cayeron sobre la Valencia marinera durante la Guerra Civil parecen hechos el uno para la otra en su hermosa decrepitud. Ambos son supervivientes.

—A los que haga falta, Tía —la voz de Cristina es un dardo frío que atraviesa el velo gris y aromático con más eficacia que el viento salado—, a los que haga falta.

—Un momentito, doña Elvira —Inma intenta que no le tiemble la voz, pero sabe que no lo está consiguiendo—, ahora mismo voy hacia la sala de reuniones. Es que Jul... don Julio me ha dejado a mí su teléfono móvil, porque se metía a una reunión importante, pero ahora se lo entro. Voy para allá. Un segundito nada más, doña Elvira.

La jueza percibe a través del auricular los golpes secos de los tacones de Inma golpeando las tablas del carísimo parqué del pasillo que separa la antesala del despacho del destinatario de su llamada con la sala de reuniones, donde, según la secretaria, se encuentra «don Julio», como dice ella. El sonido le llega con toda nitidez, rebotado en los paneles de madera noble que forran las paredes de casi todos los cuatrocientos metros cuadrados de la sede de Cano y Ortiz, Abogados, el bufete de su hijo, Julián. Conoce a la perfección la oficina. Dos enormes pisos unidos por una escalera interior en las dos últimas plantas de un edificio de la calle Cronista Carreres, a dos pasos de la Puerta del Mar, a cuatro del Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad Valenciana, la antigua Aduana Real de Carlos III y con espectaculares vistas a la Alameda y al Jardín del Turia. Ni su difunto marido, Julián Cano Fernández, ni su socio, Gerardo Ortiz, habrían podido imaginar jamás que el modesto bufete especializado en derecho mercantil y societario con el que empezaron a principios de los setenta en una minúscula oficina compartida en la cercana calle del Mar llegaría tan lejos. Y todo gracias al empuje de su hijo y a un par de golpes de suerte. A doña Elvira le habría gustado que Julián hubiera seguido sus pasos en la judicatura o en la fiscalía, como su abuelo materno y su bisabuelo. Pero a su retoño —como le pasaba a su padre, solo que el pobre no lo consiguió de manera tan espectacular— le gusta el dinero y la toga de un abogado de empresas es mucho más rentable que la de un juez.

Inma camina todo lo rápido que le permiten los diez centímetros de tacón que lleva bajo los talones y el estrecho margen que le deja la minifalda negra para dar pasos, que, ante tan poca tela, son cortos por necesidad. Si su jefe le ha dejado el iPhone en la mesa, eso quiere decir que no quiere ser molestado por nadie, ni siquiera por —piensa— la zorra de Claudia, la mujer de Juli, como le llaman sus más íntimos, entre los que se encuentra, de manera clandestina aún, la propia Inma. Sin embargo, toda regla tiene su excepción y, para esta norma, la excepción es doña Elvira.

La secretaria se para ante la puerta de la sala de juntas dudando si debe seguir dándole conversación a la magistrada para atenuar la impaciencia que cree percibir al otro lado del teléfono o es mejor seguir callada. Opta por lo segundo. Algo en su interior le dice que la jueza sería capaz de averiguar lo suyo con su hijo a través de la charla. Solo ha visto a doña Elvira en persona una vez, pero fue suficiente. Esa mujer parece que pueda ver lo que pasa en el interior de la gente con esos ojos de color gris acero que tiene y que, por fortuna, su hijo no ha heredado. Antes de golpear la puerta

con los nudillos, Inma se baja la falda como puede con la mano que le queda libre, pues la corta carrera por el pasillo ha provocado que se le suba más de lo que el recato aconseja y más aún si se trata de interrumpir una reunión con gente como esa.

Cuando llegaron, hace un par de horas, Inma no pudo evitar un arqueado de cejas no demasiado conveniente y que espera que no fuera percibido por los visitantes. Eran cinco, cuatro hombres y una mujer, la única que hablaba español y que está en la reunión, supone Inma, en calidad de intérprete, aunque sea la traductora más rara que ella haya visto. Un auténtico vejstorio, con los ochenta más que pasados y que recibía más atenciones de los dos que llevaban traje y corbata que lo que merecería una simple asistente, por muy bien que hable ruso y español. Los otros dos aún eran peor y son los que aguardan en la sala de espera de las visitas sin que Inma les haya oído emitir el más mínimo sonido. Dos auténticas moles casi igual de altos que de anchos, vestidos con ropa de hipermercado y chaquetones de cuero de tres cuartos. A pesar de que la calefacción está encendida y en toda la oficina reina un cálido y agradable ambiente a 21 grados de temperatura, los dos mostrencos que se sientan en los sillones de la habitación no se han quitado ni las gafas de sol, ni los abrigos de cuero, ni las bufandas con las que se protegen el cuello, ni siquiera los guantes negros en los que enfundan las manazas. Poco antes de que sonara el móvil de Juli, se ha asomado a la sala de espera para ofrecerles algo de beber y se ha fijado en los regueros de sudor que, a ambos, les bajaban por las sienes. No le han contestado, supone, porque tampoco le han entendido. «Para ser rusos y estar en Valencia —rumia Inma entre dientes mientras se termina de arreglar la falda ante la puerta— no parecen aguantar nada el frío. Y aquí dentro hace calor.» La vieja le ha dicho a Julián que eran los chóferes y asistentes de los señores Tkachov y Steklov, con los que el jefe está reunido ahora mismo.

Aunque hace solo veinte días que cumplió los cuarenta, a Julián Cano le gustan las cosas clásicas. Por eso el bufete tiene el aire grave y solemne de un mausoleo. El parqué oscuro de sapeli, la caoba africana, combina a la perfección con los paneles de tejo inglés labrados con finas cenefas que cubren las paredes. Todos los muebles, desde el enorme escritorio de nogal del despacho de Julián hasta el taburete auxiliar más pequeño, son de estilo Chippendale, con sus patas torneadas acabadas en forma de garra y su espíritu británico victoriano. Tal y como su jefe le dice muchas veces, los clientes buscan confianza y no hay nada mejor para generarla que el escenario apropiado. El despacho Cano y Ortiz, Abogados tiene la atmósfera de un museo, de un lugar donde el éxito, la experiencia y la sabiduría se acumulan entre las finas vetas de las maderas nobles y resalta en los botones alineados a la perfección sobre el cuero del tapizado en capitoné de butacas y sofás. Incluso los necesarios ordenadores, todos ellos portátiles, están camuflados en el interior de burós decorados con delicadas filigranas de marquetería, geométricas y elegantes, pero no demasiado recargadas. Ni un solo cable está a la vista. Las impresoras y fotocopiadoras, consideradas por Julián como lo que son, vulgares elementos del trabajo de oficina, se ocultan como si fueran

primos de la rama pobre de la familia cuya mera presencia avergüenza al resto y, por ese motivo, permanecen en el interior de un minúsculo habitáculo como si fuera el cuarto de los trastos de la limpieza.

No hay ni un solo cuadro que contenga imagen alguna en las paredes. La monotonía de las placas de tejo se rompe, a cada metro y medio exacto, con un documento jurídico antiguo enmarcado e iluminado con su correspondiente foco en la parte superior. Inma apenas entiende lo que pone en los legajos, todos ellos manuscritos, con su letra apretada, caligrafía extraña y la tinta borrosa. Sin embargo, Julián le ha contado lo que son algunos de ellos. Al menos, los más curiosos, como el contrato de venta de dos esclavas en Santiago de Cuba en 1871 por parte de una tal María Josefa Sáenz, o el certificado que firma el cura de la parroquia de Santa María de Montserrat, por el que se da permiso para enterrar a un niño esclavo de cuatro años, llamado Valentín, en el cementerio de Colón de La Habana en julio de 1820. La joya de su colección es un manuscrito, de cuatro folios enmarcados uno junto al otro, donde se nombran cuatro regidores para la villa de Valencia, firmado, con escudo de armas impreso en lacre, por el mismísimo conde-duque de Olivares en 1639. Por toda la oficina se reparten antiguos testamentos, contratos de arrendamiento del siglo XVII y hasta una sentencia de muerte dictada por el presidente de la Audiencia Territorial de La Coruña en 1816. Todos ellos dan al despacho el aura de lo antiguo y respetable, de lo que es sólido porque ha resistido el paso del tiempo, de lo que siempre ha estado ahí. Lo mejor de todo es que nadie podría sospechar que, hace solo una década, en esta misma planta había una agencia de publicidad y, en la de arriba, una correduría de seguros.

Las estanterías, más de una docena, no están situadas al azar: las gruesas baldas de madera maciza se extienden del suelo al techo como honorables pilares de la ciencia jurídica, todas ellas repletas de volúmenes de *Lex Nova*, Aranzadi, publicaciones de Castán Tobeñas y Manresa (por los que matarían los responsables de la Biblioteca del Colegio de Abogados) e infinidad de números de la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*. Los venerables libros, encuadernados en piel, están protegidos del polvo y el aire tras puertas de cristal, quizá la única concesión a la modernidad de una oficina diseñada para causar en los clientes la impresión de que una firma con un aspecto tan respetable y añejo no debe su éxito a la casualidad o al azar, sino porque sus responsables saben lo que hacen y por eso cobran lo que cobran.

Inma golpea dos veces, hace una brevísima pausa, y luego da un tercer golpe. Es el código que tiene establecido con Juli para que salga de una reunión. Sabe que ahora debe esperar. La puerta se abre. La expresión avinagrada del jefe indica a la secretaria que la interrupción ha hecho empeorar un encuentro que ya iba bastante mal.

—¿Qué ocurre? —pregunta Julián con los dientes apretados—. Te he dicho que...

—Tu madre. —Inma susurra mientras tapa con la mano el auricular—. No me ha

dado opción, ya sabes...

—Sí, sí. —La mención a doña Elvira actúa como un bálsamo—. Dame, dame, que la atiendo.

Julián se vuelve hacia sus tres huéspedes, sentados en el lado izquierdo de la larga mesa de la sala de juntas, para pedir disculpas por atender un asunto urgente que no ocupará más de un par de minutos. Inma cierra la puerta y los deja disfrutando de las vistas. El abogado se aleja unos pasos de su secretaria por el pasillo y se para justo al lado del documento de venta de dos esclavas de finales del siglo XIX.

—Dime, mamá, ¿qué pasa? Es que estaba en una reunión importante, pero ya he salido.

—Perdona, cariño —en la voz de la jueza, la expresión de afecto no suena a tal—, es que estoy en el juzgado y voy a tener mucho follón luego.

—¿Qué haces en el juzgado el día de Nochebuena, mamá? ¿Es que te toca guardia?

—Claro, toda la semana. Estoy aquí por un caso. El lunes fui a hacer un levantamiento de cadáver y estoy esperando a que me suban el informe de la autopsia judicial para firmarlo. El director del Instituto de Medicina Legal me ha hecho el favor y mira, aquí estamos. De paso me miro otras cosas. ¿Y tú?

—¿Fue un homicidio?

—No. Dijo el forense que había sido de muerte natural... bueno, o casi. Un alcohólico que organizó un buen jaleo para morirse, mira. Ahí en el barrio de la Fuensanta, junto al Mercado de Castilla. Lo que pasa es que quiero dejar el asunto zanjado antes de las vacaciones y así que la familia pase página.

—Ya veo. El del puerto ese que se suicidó después de tocarle la lotería no te habrá correspondido a ti también, ¿no?

—Pues también. Ya te he dicho que estoy de guardia toda la semana. Pero, oye, ¿tú también estás en el despacho? ¡Y me dices a mí!

—También trabajando, fíjate —contesta con una sonrisa—. Unos clientes extranjeros que han venido a pasar las Navidades aquí y, de paso, querían revisar unas cosas.

—Ya veo. —La jueza jamás pregunta detalles sobre las gestiones del bufete de su hijo de la misma manera que no lo hacía con su difunto marido—. Bueno, solo recordarte que estéis en casa a las ocho y media como mucho, que a las nueve serviré la cena y a las doce quiero estar en la misa del gallo en la Trinidad. ¿Vale?

—Sí, tranquila. Lo que no me explico es por qué te empeñas en darte la paliza cocinando. ¿Podías llamar a un catering?

—¡Pues porque me gusta hacerlo! Bueno, cielo, no te entretengo más. Hasta esta noche.

—Adiós, mamá. Un beso.

Julián vuelve con paso decidido hacia la puerta de la sala de juntas donde Inma aguarda con las manos juntas y extendidas ante sí. El abogado le deja el teléfono en

las palmas con la misma indiferencia que si lo depositara en una bandeja y se mete de nuevo en la reunión.

\*\*\*

Alika vuelve a pasarse la mano por debajo de la nuca. A través de la tela percibe las cuentas del collar, bien oculto bajo el suéter de cuello vuelto. Busca en el contacto indirecto con las cuentas rosadas el valor que se le está escapando como si fuera agua entre los dedos. Está asustada. Siempre lo está cuando Duke anda cerca y, ahora, lo tiene al otro lado de la sucia y desconchada pared de su cuarto. Por eso, lo mejor es estar bien callada. Y no solo le teme a él. También teme a quien ha venido con Duke y, por supuesto, también tiene miedo de las otras chicas con las que comparte el mísero piso en el que vive. Alguna le puede decir a Duke que acaba de llegar de la calle, y aunque tiene una mentira medio preparada para tal cosa, preferiría no tener que decirla, porque son tales los gritos de cólera de su dueño que es mejor no tentar a la suerte.

No culparía a ninguna de ellas si la delataran ante el *master*. O no la responsabilizaría mucho más de lo que lo haría consigo misma, porque, con toda probabilidad, ella actuaría igual para ahorrarse una paliza, una violación o ambas cosas. Confía, más o menos, en Princess, su compañera de habitación, pero a las otras seis apenas las conoce. En su mundo no hay amigos, solo hay aliados circunstanciales.

Duke es aterrador a pesar de su chándal de marca cara y colores chillones, pero hoy lo es más porque parece que él tiene mucho más miedo que ellas. Son seis mujeres que ahora tiemblan en las habitaciones del cochambroso apartamento donde malviven y por el que han de abonar al casero —que es el mismo Duke— cien euros todos los meses; lo que cobran por las primeras cinco mamadas, como dice Princess. El proxeneta no ha venido solo. Entre susurros, su compañera de habitación y de desgracia le ha dicho que el otro se hace llamar Doctor Juan y que es un hombre santo, o sea, un *babalawo*. O lo que es lo mismo: un brujo que puede maldecir los *bodies* con los que los *sponsors* y los *masters* se garantizan que pagarán su deuda. Gente como el Doctor Juan puede hacer que se quede ciega, se vuelva loca, enferme o, simplemente, muera.

Alika está cada vez más convencida de que Yewá-Desamparados la protege, aunque este pensamiento no sirva para adormecer el miedo. Ha sido ella, la reina del cementerio, la que ha hecho que llegara al piso apenas un cuarto de hora antes de que, de improviso como siempre, apareciera por allí Duke y el tal Doctor Juan. Y está segura —aunque no sabría explicar el cómo ni el porqué— de que la angustia que percibe en los gritos coléricos del rufián nació anteanoche, entre sus lágrimas y sus oraciones a la Virgen de las Rameras.

Vuelve a colocar las yemas de los dedos justo debajo de su garganta cubierta. El



collar que le ha dado Marcela sigue ahí, con todo su poder. Lo ha mirado muchas veces mientras volvía a casa, a toda prisa, desde el bar donde la cubana trabaja. «Es el regalo de las hijas de Yewá, Alika —le ha dicho la mulata—. Te protegerá y te dará fuerza. Mucha fuerza.» Nota el amuleto pesado, como si estuviera hecho de hierro en vez de piezas de cristal atravesadas por un hilo. Tiene dieciséis cuentas opacas de color rosa, cuatro de color negro, otra más rosada y un azabache para cerrar el círculo y volver a empezar con la misma disposición de bolas del tono de Yewá. Aunque Marcela no se lo ha dicho, justo antes de entrar en el portal de su edificio, una inspiración le ha indicado que sería mejor ocultar el adorno. Entonces no podía saber ni que Duke aparecería por sorpresa ni que vendría acompañado por un *babalawo*, quien, sin duda, reconocería el collar de Yewá con a saber qué consecuencias.

En la minúscula cocina del apartamento —la única pieza de la casa que, junto al pequeño cuarto de baño, es de uso común, puesto que el comedor sirve también de dormitorio a otras tres chicas—, Duke y el Doctor Juan siguen discutiendo. Aunque han cerrado la puerta, los tabiques son demasiado finos y Alika ha captado algunos retazos de la conversación. El primero dice que no sabe nada del *boss* desde hace tres días, que no le coge ninguno de los teléfonos y que en su casa no contesta nadie. El Doctor Juan no hace sino acompañar con síes o noes cada diatriba de Duke. La voz del *babalawo* es rugosa y desagradable. Le ha preguntado también si ha ido a casa del *boss*, a lo que Duke ha contestado afirmativamente, o, al menos, que ha ido al piso que Duke cree que es la vivienda de su jefe. Allí no contestó nadie al timbre.

Tanto Duke como el Doctor Juan hablan edoide, la lengua natal de Alika. Tanto ella como Princess, cuya habitación está pared con pared con la cocina, escuchan sin dificultad el final de la conversación:

—¿Y el otro? —inquire el *babalawo*—. Me refiero al blanco.

—No lo sé. —Alika nota un matiz diferente en la voz de Duke que le suena dulce: es miedo—. Lo he visto una vez nada más.

—¿Sabes al menos dónde vive?

—Estuve en su calle y creo que en la puerta de su casa. Llevé allí al *boss* en el coche, y después a un centro comercial que estaba cerca de su casa.

—¿Qué centro comercial?

—El Gran Turia. El que está al lado de la circunvalación.

—Sé cuál es. Allí tengo gente. En el templo. Podemos preguntar. ¿Cómo se llamaba?

—Alfredo —contesta Duke—. No dijo el apellido. El *boss* se refería a él como «el blanco».

—¿Tenía mujer?

—Sí. Recuerdo que comentó algo sobre una puta que la tenía para él solo. Y hasta vivía con ella, porque decía que ya no le gustaba follarse cada vez a una diferente y que aquella, además, le cuidaba como si fuera su esposa. También la vimos. Se fue a comprar al Carrefour del centro comercial mientras él y el *boss* hablaban y yo

esperaba en el coche. No parecía una puta. Y no era africana.

—¿Rubia?

—No, no. Mulata. Sudamericana, creo. Nos dijo su nombre, pero ahora no me acuerdo. Ya me vendrá. Seguro.

—¿Es posible que el *boss* se haya ido de viaje? —pregunta el Doctor Juan—. ¿Que haya vuelto a Nigeria por unos días?

—¿Sin el dinero? No. Tengo la recaudación de más de un mes. Es mucho. Es demasiado.

—Ese dinero tiene dueño. Lo sabes.

—Por eso hay que encontrarlo.

—Moveré a la gente del templo. Muchos viven en aquel barrio y alguno lo conocerá. Oye —el tono del *babalawo* suena inquietante y risueño a la vez—, ¿es posible que...?

La risa malévola de Duke interrumpe la última pregunta del Doctor Juan. A la carcajada le sigue un ladrido, una orden desabrida que resuena en todo el apartamento y provoca que Princess, Alika y el resto de las chicas se levanten de las camas como si hubiera fuego en los colchones. No ha pasado ni un minuto y todas ellas están en el comedor, hombro con hombro, en el espacio que dejan libre los tres somieres. El *babalawo* las contempla con indiferencia en el rostro y lujuria en las pupilas. A su espalda, Duke le musita algo al oído, con toda probabilidad algo soez sobre alguna de ellas. O sobre todas. Ninguna se atreve a sostener la mirada del Doctor Juan. Son todas nigerianas y temen el sombrío poder de los espíritus que aquel hombre es capaz de desatar contra ellas a pesar de la túnica de colores chillones y el ceñido sombrero de tela a juego que le otorgan un aire festivo e incluso alegre, si no fuera por lo siniestro del aura que desprende.

Alika quiere volver a tocar el collar de Yewá-Desamparados, porque sabe qué puede venir a continuación, pero no se atreve por si acaso el hacedor de vudú lo nota. Y cuando oye a Duke pronunciar su nombre de furcia, Rossy, se arrepiente de no haberlo hecho. El *babalawo* la ha elegido a ella. Yewá no puede protegerla más hoy. Se consuela pensando que no le va a pasar nada que no le haya pasado ya muchas veces. No se puede abusar: la Virgen de las Rameras ya había hecho bastante por hoy.

Princess tiene que esperar en el comedor, con las otras tres y Duke, mientras Alika se mete en la piel de Rossy para pasar a su habitación. No es la primera vez que se la follan aquí. Duke, sin ir más lejos, lo hizo el primer día que llegó. Y además le dio dos sopapos al terminar, porque, por lo visto, no le gustó mucho. Como no quiere que el *babalawo* vea el amuleto de Yewá, nada más entrar se desnuda por completo de cintura para abajo. Sabe con exactitud qué está haciendo: quiere acelerar la excitación del tal Doctor Juan y lo consigue. El brujo debe superar los cincuenta años, pero es nervudo y fibroso, lo cual hace que a Rossy/Alika se le antoje más grande el tamaño de su verga, que se va poniendo dura ante la mera visión de la carne joven y tersa de la meretriz. La joven se pone a cuatro patas sobre la cama de

Princess —que es más ancha que la suya— mientras mueve el trasero con movimientos circulares. El cebo está echado y la presa no tarda en picar. Nunca lo hacen. Los dedos huesudos del santero se clavan en sus nalgas de ébano como si fueran dos trozos de masa de pan moreno. Rossy sonríe en su interior. Ha funcionado. Dejará que la manosee un poquito más antes de darse la vuelta para hacerle una felación. Mientras intenta abrir con los dientes el envoltorio del preservativo que pretende meterse en la boca y colocárselo sin que el mago, con un poco de suerte, se dé cuenta, un ruido extraño y la repentina humedad en la parte superior de la raja del culo le alertan cuando ya es demasiado tarde. El hombre ha lanzado el escupitajo con asquerosa puntería y Rossy, con los codos apoyados sobre el colchón mientras intentaba rasgar la bolsita del condón, no puede hacer nada para zafarse de lo que viene. El Doctor Juan la tiene bien sujeta por las caderas y la embestida es bestial. La prostituta siente el dolor del desgarramiento muscular en el interior del ano. Muerde la almohada para ahogar los gritos mientras sus rodillas ceden y termina tumbada boca abajo. El cambio de postura no parece importunar al brujo, que bombea con furia. En su mano derecha, que ahora está a la altura de los ojos de Alika, tintinean con cada vaivén las cuentas de la pulsera que rodea con tres vueltas la muñeca del hombre que la está sodomizando. Sin poder contar cuántas bolas de cristal están engarzadas en el cordón, sabe con exactitud que son treinta y cuatro, rematadas por la concha de un caracol. Es el diseño de los amuletos de Babalú Ayé, el terrible *orisha* regidor de la lepra, la viruela, la peste y la miseria.

Encadenada al dolor, Alika/Rossy no se da cuenta de que la puerta de la habitación se ha abierto. Solo oye la voz de Duke, que suena divertida a pesar de la invasión de la intimidad del brujo, al que, por cierto, no parece importarle la intromisión.

—¡Ya me acuerdo! —proclama el proxeneta—. ¡Marcela! ¡La puta del blanco se llamaba Marcela!

Las embestidas del *babalawo* crecen en intensidad y potencia. Alika ya no ahoga sus gritos de dolor en la almohada. Ahora está llorando.

\*\*\*

Los cuatro rusos y la vieja arpía desaparecen en el interior del ascensor. Julián, en el rellano, mira el reloj: las manillas de rodio pulido marcan la una y media de la tarde en el interior de la esfera de cristal de zafiro de su Hublot Chronograph Black Magic. Su mirada se queda atrapada en el exacto caminar del segundero. Inma espera en la puerta del despacho mientras contempla cómo su jefe se deja hipnotizar por el capricho que lleva en su muñeca izquierda. Ya puede mirarlo con gusto, ya; son casi nueve mil euros de reloj o, lo que es lo mismo, su sueldo de cinco meses. Y eso que ella está bien pagada para ser una secretaria, aunque también sea licenciada en Derecho, como él. Y ahí terminan las similitudes. No es lo mismo acabar la carrera

teniendo un padre tornero y una madre ama de casa que hacerlo con un padre propietario de un bufete que heredar y una madre jueza hija, a su vez, de un teniente fiscal del Tribunal Supremo y nieta de un presidente de las audiencias territoriales de Pontevedra, Salamanca y Valencia. No. No es lo mismo. Por eso él lleva un Hublot cuyo coste roza la indecencia y ella un Marea de 25 euros. Por eso él se irá a su casa de aquí un rato —supone— en su Infiniti QX70 y ella cogerá el metro.

El hechizo entre el reloj y Julián se rompe y el abogado vuelve al interior de la oficina.

—¿Aún queda gente, Inma?

—Sí. No he dejado que se marchara nadie hasta que acabara la reunión por si necesitabas algo —contesta la secretaria—. Bueno, la secretaria de Isabel y sus dos pasantes están de vacaciones, como ella, pero el resto sigue aquí.

—Vale —contesta Julián—. Voy a cumplir con ellos. Tú recoge las carpetas de la sala de juntas y espérame en mi despacho, que voy enseguida.

Inma se marcha a cumplir la tarea encomendada mientras su jefe se pasea por el resto de las dependencias del despacho para dar besos, estrechar manos y desear unas felices fiestas y próspero 2015. Inma, con la documentación ya recogida y depositada en una de las mesas bajas de la oficina de Julián, espera a que el abogado vuelva.

Cuando la puerta se abre, los restos de la falsa sonrisa con la que el letrado ha felicitado las fiestas se acaban de evaporar. Inma ya no intuye, sino que sabe, que la reunión con los rusos y la bruja que les hacía de intérprete no ha ido nada bien. Tras cerrar la puerta, Julián ordena:

—Siéntate en mi silla.

A Inma no le hace falta ninguna indicación más. Ya sabe lo que viene a continuación. De camino hacia el impresionante butacón se suelta el pelo. La melena castaña y ondulada cae sobre su espalda al tiempo que se desabrocha varios botones de la blusa. Una vez sentada, suelta los corchetes que mantienen la falda sujeta a su cintura de avispa y, con la prenda ya suelta, se la sube por encima de las caderas.

Julián se ha quitado la chaqueta. Todo lo que lleva puesto está hecho a medida en la sastrería de José Puebla, donde se hacen los trajes los que, en Valencia, tienen dinero o poder. O ambas cosas por lo general. El traje de hoy es gris oscuro, de estilo clásico, con chaqueta de tres botones, cortes a ambos lados, hombros con poco relleno y bolsillos con solapas. Se afloja la corbata verde agua que combina a la perfección con la camisa azul celeste con las iniciales J. C. Q. bordadas en rojo a la altura de su costado izquierdo. Se libera el cuello y se planta ante Inma. Su casi metro noventa de altura hace que la cara y las manos de Inma estén donde tienen que estar. Él no piensa hacer nada más. La secretaria afloja el cinturón y desabotona la prenda y el herraje interior de los pantalones que, ya sueltos, se deslizan por las piernas de Julián. La pura lana virgen y la exquisita costura con la que están confeccionados hace que, incluso en algo tan ridículo como el caer hasta los tobillos de su propietario, haya cierta armonía. Inma nota la erección de su jefe y procede como

sabe que le gusta empezar. Sin bajarle los calzoncillos, encaja la boca en torno al bulto alargado que se va hinchando y, con extraordinaria suavidad, hinca los dientes al tiempo que exhala su aliento con fuerza. Julián cierra los ojos. Inma recorre la verga milímetro a milímetro, repitiendo los mordiscos con regularidad y dejando en la licra la huella húmeda de su paso. Cuando llega al final, nota en el extremo el sabor salado del fluido lubricante que Julián ya está generando. Es apenas una gotita que mancha la ropa interior que indica a Inma que este juego no puede durar más y que su jefe necesita ya algo más intenso. Cuando baja la goma del *slip*, el miembro de Julián casi sale despedido en un movimiento semicircular que ella interrumpe, con plena conciencia de hacerlo, poniendo la mejilla.

No sabe muy bien por qué, pero nota la prisa y la urgencia. Con la mano derecha aferra la base del pene de su jefe y se lo mete en la boca. Usa todo su cuerpo para conseguir un movimiento pendular, ya que Julián se mantiene inmóvil como un árbol muerto. La mano izquierda de la secretaria avanza con dificultad entre las capas ajustadas de las medias y las bragas y su piel, buscando el clítoris. No es fácil llegar hasta la humedad que busca en lo más hondo de sus pliegues más íntimos, así que, casi en seco, intenta estimularse con movimientos circulares. Sabe que Julián puede parar la felación en cualquier momento y penetrarla y, para entonces, quiere estar bien mojada, por si acaso. No obstante, Julián sigue plantado, tieso como una caña, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. No sabe cuánto tiempo ha pasado, pero Inma nota, justo cuando ella empezaba a entrar en calor y a notar el deseo crecer entre sus piernas, que las manos de Julián caen sobre su cabeza. El poste que era hasta ahora se mueve con embistes salvajes de cadera. Inma no puede hacer nada más que mantener abierta la mandíbula, torcer los labios hacia dentro para forrar los dientes e intentar que la lengua esté lo más pegada posible a la parte inferior de la boca. Los dedos de Julián le tiran del pelo. El dolor crece en el cuero cabelludo y, sin aviso alguno, el estallido. La eyaculación es como un disparo salado, blando y viscoso en la garganta que le produce una arcada que reprime como puede. Inma nota en las manos como los músculos de las piernas de Julián, duras y bien torneadas gracias a las clases de *spinning* y las partidas en el Club de Tenis, se relajan. Se separa de su secretaria, quien, con la cabeza gacha y aún aturdida por los feroces vaivenes, traga lo que su jefe llevaba dentro para ella, porque no se atrevería a escupirlo y manchar el precioso parqué. Él se lo ha pasado bien, no hay duda. Inma intenta recuperar el aliento tras el atragantamiento y poner algo de orden en la melena enmarañada. Fuera, el primer aguacero de la borrasca anunciada para estos días suelta su carga entre truenos. Cuando la joven levanta la cabeza y abre los ojos, Julián está terminando de abrocharse el pantalón y de ajustarse el nudo de la corbata.

—Bueno —dice—. No te olvides de poner la alarma cuando te vayas. Felices fiestas.

Se pone la chaqueta y se marcha.

## 9

—Javier —pregunta Carlos mientras escruta por la ventana el cielo cada vez más cuajado de nubarrones negruzcos—, ¿tu hija llegó sana y salva de Roma?

—Sí, gracias a Dios. Por lo visto el vuelo fue una pesadilla de turbulencias y sacudidas, pero ni hubo retrasos ni le perdieron las maletas, así que ya tengo a mi niña en casa.

—¿Y hasta cuándo se queda? —inquire Patricia—. ¿Hasta el Día de Reyes?

—No, un poquito más —contesta Javier—, aunque le vamos a ver poco el pelo porque ha quedado con tantos amigos que no ha visto desde que se marchó que a casa vendrá solo a dormir. Pero bueno, así es la vida. Los hijos crecen, ya no te necesitan y entonces te das cuenta de que el que de verdad los necesita eres tú. ¿Qué le vamos a hacer?

La dulce queja de Javier Pando se queda grabada en el pensamiento de Roma Besalduch y le hace plantearse qué hará cuando Morgana crezca. Conforme su hija se va haciendo mayor, aumenta en su interior la duda sobre si ella misma estará a la altura de las circunstancias y si podrá lidiar con lo que le viene encima. Roma recuerda su adolescencia como un estado de guerra continuo con su madre. Si lo piensa bien, aquel conflicto nunca acabó con un armisticio, sino más bien con un cese paulatino de las hostilidades, aunque, de vez en cuando, se produzca alguna escaramuza. Quizá lo peor fue cuando le dijo que quería ser policía. A Remedios, militante de las de antes, de las de doble afiliación —partido y sindicato, como durante el franquismo—, le sentó como una patada en los ovarios que su única hija quisiera ser policía, aunque fuera a las órdenes de los suyos. Aquel verano de 1992, mientras España asombraba al mundo con los fastos de las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla, en el apartamento de la urbanización Cinco Mares de la playa de la Puebla de Farnals que su madre había alquilado para pasar las vacaciones, las horas pasaban lentas, trabadas por el reproche y el silencio viscoso que parecía ser el único vínculo entre ellas.

—Javier —Roma sacude la cabeza para ahuyentar los recuerdos agrios—, ¿qué te ha contado tu amiga de la Seguridad Social sobre Alfredo Montesinos?

—¡Ah, sí! Aquí lo tengo. —Pando se pone las gafas de cerca para consultar las notas que ha tomado en su libreta—. Como ya sabíamos, Montesinos fue apartado del Cuerpo por sentencia firme de inhabilitación en julio de 2007. Dice mi amiga Matilde, la de la Seguridad Social, que es dado de alta el 1 de agosto del mismo año en el régimen general a cargo de Gestores Garrigas, S. L.

—Déjame adivinar —interrumpe Patricia—, la gestoría con la que hacía los chanchullos para la obtención de los permisos de residencia, ¿a que sí?

—En efecto —asiente Javier—. Contratado como administrativo, en el grupo de cotización tres.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Roma—. ¿Cobraba mucho o poco?

—Pues, según me ha dicho, poco. La base de cotización era de mil euros y pico, así que no se llevaría más de 1.200 o 1.300, dependiendo de lo que le retuvieran por el IRPF.

—Patty —dice la inspectora—, ¿sabemos cuánto le pasaba de pensión a su ex mujer y a sus hijos?

—Pues espera. —Patricia rebusca entre el caos de papeles de su mesa—. Pues fueron, exactamente, 1.043 euros el primer año con las correspondientes subidas anuales calculadas conforme a los incrementos del IPC, claro.

—O sea, ¿que este señor vivía al mes con 200 o 300 euros? —Roma percibe en su interior ese puntito de euforia al comprobar que su intuición no le ha fallado—. Ni de coña. Ya os dije que en este tío había algo raro.

—¡Cómo mola cuando te pita el sentido arácnido, jefa! —exclama Carlos—. ¡Es que me dejas flipado cada vez que haces estas cosas! Eres un poco bruja, ¿sabes?

—Eso dice mi madre también —comenta Roma—. Aunque con otro sentido, creo. Bueno, y esa gestoría alicantina ha sido donde ha estado trabajando todos estos años ¿no, Javi?

—Pues no. En febrero de 2012 es dado de alta en Logística y Servicios de Construcción, S. A. de Valencia, donde, en teoría, trabajaba hasta el lunes por la noche, claro.

—También como administrativo.

—No. Aquí se incluye en el grupo de cotización uno —dice Pando—, que es el reservado a ingenieros, licenciados y personal de alta dirección. Es el más alto, vaya.

—Por el nombre no parece una gestoría como en la que trabajaba en Alicante —apunta Carlos—, ¿no creéis?

—Es que no lo es —responde Javier Pando—, de hecho es una empresa de transporte de mercancías del puerto de Valencia y también se ha dedicado a la construcción, sobre todo de obra civil portuaria, pero de pequeñas dimensiones.

—¿Por qué me suena tanto el nombre de esa empresa? —Roma murmura—. Esperad un momento.

Roma se concentra en la pantalla de su ordenador. Busca en el directorio de las carpetas compartidas por toda la Jefatura hasta dar con la del Gabinete de Prensa. Allí, cada día, se archivan las noticias que han salido publicadas en los periódicos valencianos. Cuando encuentra el archivo correspondiente al 23 de diciembre de 2014, abre el archivo PDF donde están las páginas que han sido escaneadas de los diarios. Hay poco material porque solo se guardan aquellas informaciones que afectan directamente al trabajo policial o judicial y en los medios impresos del día siguiente al sorteo de la Lotería de Navidad hay poco espacio para cualquier otra cosa que no sea hasta el más mínimo detalle del premio, y más aún si ha caído en Valencia. Eso es. Esa empresa está relacionada con el Gordo. Los compañeros del Gabinete de Prensa no han incluido ninguna noticia al respecto y, por eso, no encuentra nada que confirme su corazonada. Se mete en Internet para ver las ediciones digitales y ahí

está: «El Gordo hace ricos a los trabajadores de una empresa del puerto.» En el cuerpo de la noticia figura el nombre completo de la firma: Logística y Servicios de Construcción, S. A., LOSECOSA. Roma llama a sus compañeros, que se arremolinan en torno a la mesa de la inspectora que les muestra su descubrimiento.

—De verdad que cada vez estoy más convencido de que tienes superpoderes, jefa —proclama Carlos Ramos—. Impresionante.

—Si trabajaba en esta empresa —apunta Patricia—, igual tenía un décimo premiado con el Gordo, el cual, digo yo, pueden heredar sus hijos.

—Claro, claro —dice Roma—. Esto hay que ponerlo en conocimiento del juzgado. ¿En el informe de la Científica dice algo de un décimo de la lotería?

—No, nada en absoluto —interviene Javier—. En su cartera, junto a su documentación, no había ningún boleto. Si tenía alguno, lo debía tener en su casa y allí seguirá estando.

—Suponiendo —dice Roma— que también jugara, por supuesto.

—Quizás acabamos antes si llamamos a la empresa, preguntamos y salimos de dudas. En estos casos siempre se suelen hacer listas para comprar todos los décimos a la vez y luego repartirlos entre los trabajadores —concluye Carlos.

—Pues fíjate —dice Patricia— que ahora ya no les va a interesar a sus hijos renunciar a la herencia. Al menos, al morirse les ha hecho un favor, ¿no?

—Así es —contesta Roma—. Bueno, vamos por partes a ver si podemos acabar esto antes de las dos de la tarde. Patricia, tú llama a la empresa esta del puerto para preguntarles si Montesinos había comprado lotería también. Mientras tanto, yo llamaré al juzgado para que lo tengan presente y que sepan que vamos a entrar en la casa para buscar el décimo, si es que lo tenía. Y luego nos vamos todos, que esta noche es Nochebuena.

—Y mañana Navidad —contestan casi al unísono los tres policías justo antes de irrumpir en carcajadas por la casualidad.

—¡Es que parecemos los X-Men, coño! —ríe Carlos—. Salvamos el mundo todos los días.

—¿Los equis qué? —pregunta Patricia—. Suena a guarrería porno.

—No entiendo cómo puedes ser tan inculta —dice Carlos con una pizca de indignación mal disimulada—. ¿De verdad no sabes quiénes son los X-Men, o sea, la Patrulla-X?

—Pues no.

\*\*\*

El mal tiempo ha querido parecerse a una tragedia de Shakespeare y ha tenido cinco actos. Esta tormenta es el último de ellos, donde el héroe reconoce sus errores, asume el *pathos*, el castigo del destino y se convierte en el *pharmakon*, el remedio para el mal, ha tomado la forma del brutal aguacero cuya furia se dibuja entre las



cortinas de agua que se abaten sobre el barrio del Carmen. Son casi las cuatro de la madrugada y la rabia con la que cae el agua del cielo ha hecho de la Nochebuena un sarcasmo. La lluvia, que empezó al mediodía, ha dado una tregua entre las ocho y media de la tarde y la medianoche. Un paréntesis para que todo el mundo fuera a donde tuviera que ir; lo justo para que los pocos que han ido a la misa del gallo llegaran a las iglesias y los muchos que han salido de farra tras la cena en familia abarrotan los bares, discotecas y locales de ocio de las mil callejuelas del centro histórico.

Matt piensa que no hay víspera de festivo que, en Valencia, no convierta la noche previa en una excusa para irse de fiesta. O incluso en una obligación, al menos, entre los universitarios. Más que el derecho a un salario digno, a una vivienda, a una educación en condiciones o incluso a la asistencia sanitaria, aquí se valora, por encima de todo, el derecho a la juerga. Lo ha aprendido enseguida, y eso que lleva poco más de cuatro meses en esta ciudad. Por eso la eligió como destino para su curso del programa Erasmus. Es uno de los muchos guiris —también se sabe ya el epíteto que los españoles dirigen a los extranjeros, máxime si son rubios como él— que estudia en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica. En Manchester, ya había oído hablar de Valencia como buen destino para los estudiantes extranjeros, sobre todo por su vida nocturna. Antes de aquello, de esta ciudad solo sabía que estaba enfrente de Mallorca y al norte de Benidorm y que tenía un equipo de fútbol cuyo entrenador lo fue después de los Red del Liverpool.

Matt se lo está pasando genial aquí. Por eso no ha querido volver a casa en Navidad como sus compañeros de piso. La punzada de nostalgia que ha sentido al cenar en solitario y hablar con sus padres por Skype ya se le ha pasado ante la perspectiva que tiene, literalmente, arropada bajo su brazo derecho: se llama Marta, es morena y preciosa. A la Escuela de Arquitectura va lo imprescindible, pero le encanta el clima —salvo esta noche infernal— y, sobre todo, el hecho comprobable que en una sola calle hay más bares que en todo Audenshaw, su pueblo, donde, a estas horas, toda su familia estará durmiendo desde hace un buen rato. Es otra de las cosas que más le gustan: los españoles no quieren irse nunca a la cama.

Aunque eso es lo que, ahora mismo, Matt pretende. Irse a la cama. Pero no solo. Desde hace casi tres horas está estrechando el cerco sobre su potencial primera novia española, quien lo sujeta por la cintura mientras ambos corren mal protegidos de la lluvia por un cochambroso paraguas que, encima, han robado del bar donde estaban hasta hace un rato. Nota, o cree que nota, la cálida presión de los pechos de Marta sobre su costado derecho, a pesar del plástico de los impermeables por donde el agua se desliza con igual desvergüenza que por encima del paraguas. Ni la humedad ni el frío consiguen apagar el calor que percibe en la entrepierna al pensar que la fruta de sus esfuerzos de esta noche parece más que madura. Cogidos por la cintura han recorrido la calle Alta, pegados a las paredes de los edificios y sin intentar evitar los charcos que han terminado por empaparles el calzado. La idea es llegar hasta la gran

avenida que bordea la ribera del río-jardín que atraviesa esta ciudad. «Por allí pasan más taxis y no está lejos», le ha dicho Marta mientras Matt veía en los ojos de la joven la promesa de una noche muy buena en Nochebuena. En ello piensa bajo la intensa lluvia que provoca que se equivoquen de camino. Debían girar a la derecha al llegar a la plaza de Pere Borrego, pero continúan recto buscando en vano la protección de las inexistentes cornisas de las casas de dos alturas de la calle Na Jordana. Caminan más de cincuenta metros hasta que Marta se da cuenta del error cometido.

—¡Para, para! —Marta chilla, pero su voz es un cascabel alegre que trina sobre el martilleo húmedo del chaparrón sobre las aceras—. ¡Por aquí no es! Ven... por ahí.

Ambos jóvenes tuercen a la derecha y se meten en el callejón que conecta la vía donde se encuentran con su paralela al norte, la calle Gutenberg. Son apenas diez metros que Matt recorre con los ojos bien abiertos, con pasos largos y apresurados ante la falta de alumbrado público en este tramo en concreto. Sobre la esquina izquierda de la siguiente calle se asoma la luz de un farol. Las tinieblas del callejón son aún más siniestras, aunque despidan mortecinos destellos de los millones de lentejuelas líquidas que caen del cielo. Al girar la esquina, Marta se para y aparta el paraguas para ubicarse mejor y orientarse. Matt mantiene la cabeza gacha, contemplando la caída de los cordones de agua que forman los pliegues de la capucha del impermeable. Marta grita. Y esta vez no es el cascabeleo plateado con el que se reía en el bar donde se han conocido o con el que le daba las indicaciones para encontrar el camino. Es un alarido desgarrado que aumenta en agudeza e intensidad al romperse en sus notas más altas. Matt levanta la cabeza y lo ve. Le gustaría chillar como Marta, pero no lo consigue. Solo puede abrir la boca y dejar de sentir que, a su alrededor, el mundo, además de agua, es miedo.

Un arco de ladrillos salva los escasos cuatro metros de anchura de la calle Gutenberg, uniendo las dos hileras de casas a ambos lados de la calzada. Parece un antiguo portal de una gran casa, si no fuera porque a través del vano continúa una calle donde Matt distingue a la perfección los bultos de los coches mal aparcados encima de las minúsculas aceras. Esa puerta que no sirve para entrar ni salir a ninguna parte está pintada de blanco y rebota la luz mojada de la farola de hierro forjado que tienen justo encima de sus cabezas. Matt aún consigue leer el cartel que está fijado sobre el frontispicio: CARME TEATRE, lee. Pero aquello no es ningún teatro. Es una horca.

Los pies del cadáver que se balancea según lo empuja el viento están a dos palmos del suelo. La cabeza está inclinada hacia la derecha de Matt, quien casi agradece que la lluvia y la oscuridad no le permitan distinguir la horrenda mueca con la que ese desgraciado se despidió de la existencia. Está desnudo. Por completo. El agua dibuja regueros brillantes sobre la piel oscura, corriendo con obscena alegría en su carrera hacia el suelo entre los músculos del pecho, los brazos y las piernas. Marta sigue gritando, pero sus chillidos son cada vez más roncós y menos audibles bajo el

aguacero. Matt no puede dejar de mirar. Sobre todo las manos. Da un par de pasos para cerciorarse. Sí. No es un efecto óptico ni un juego de la iluminación artificial. Desde las puntas de los dedos hasta los codos, como si llevara guantes, la piel es roja. Un pasito más. No. No es que la piel sea roja. Es que no tiene.



Miércoles, 24 de diciembre de 2014

Soy consciente de que, en realidad, ya no es miércoles ni es 24 de diciembre ya que son casi las cuatro y media de la madrugada. Me da igual. El día termina cuando me acuesto y aún no lo he hecho. En cuanto termine de escribir las tres hojas por ambas caras de hoy me iré al sobre, después de un buen chinito de caballo, por supuesto. Si voy deprisa, estaré en la cama en tres cuartos de hora, más o menos.

¿Qué he hecho hoy? Pues además de drogarme y beber, también música, claro. Es lo que hago a diario, porque así es como saco la pasta (con la música, no con las drogas y el alcohol), pero hoy ha sido uno de los rarísimos días al año que he hecho música como hay que hacerla, o sea, tocando un instrumento. No es lo habitual. Me gano la vida componiendo música que después es utilizada, sobre todo, para publicidad. También hago bases, o sea, estructuras armónicas y rítmicas que, por ejemplo, utilizan los DJ en las discotecas. Es para alucinar la cantidad de notas, compases y melodías que son necesarias para que gire el mundo, aunque la mayor parte de la gente ni siquiera se da cuenta de ello. Por ejemplo, mi último curro ha sido un paquete de música corporativa que utilizará una cadena de tiendas de venta de ropa. Como el plan de negocio tiene como objetivo mujeres de entre 16 y 25 años, más o menos, he compuesto una melodía basada en la tonalidad de re mayor. Los de la agencia de publicidad que me han encargado la composición solo saben que mis obras, como ellos dicen, «funcionan». Y vaya si funcionan. Si esos gilipollas supieran algo de música sabrían que solo hago lo que otros han hecho antes. Re mayor es la tonalidad del triunfo, de la victoria y de la alegría. Si la melodía la configuras con el troqueo como patrón rítmico, ya tienes medio éxito asegurado. El troqueo es uno de los ritmos más antiguos y es tan sencillo y tan eficaz como alternar un sonido largo con uno corto. Cuando lo escribo en un pentagrama (bueno, en la pantalla del ordenador, ya nadie escribe música a mano como lo hacía Beethoven), alterno notas negras con corcheas. Decía Aristóteles (sí, Aristóteles) que el troqueo era el ritmo apropiado para las danzas y las marchas militares. Y eso era lo que los de la agencia querían: que las chicas entren como un ejército a comprarse trapitos.

En re mayor está compuesta, por ejemplo, *Mamma Mia* de ABBA o *Always Look at the Bright Side of Life* de los Monty Python. También *Sweet Child O'Mine* de Guns N' Roses suena en re mayor, aunque está compuesta en re sostenido mayor, pero como Slash lleva la guitarra afinada medio tono por debajo de lo normal, suena en la misma tonalidad que el cuarto movimiento de la *Novena sinfonía* de Beethoven, el manoseado *Himno a la alegría*. Tampoco todos estos se inventaron nada. El famoso *Canon* de Johann Pachelbel, que es de 1680, que se dice pronto, ya está compuesto con esta tonalidad. Casi cualquier canción en re mayor mueve al

optimismo a casi todo el mundo y, cuando uno está alegre, compra más. Y por eso la he hecho así.

Luego está la relación de los acordes. La verdad es que la fórmula es más vieja que la receta de la sopa de ajo. La Loquera pone los ojos como platos cada vez que le digo que más de la mitad de las canciones de la lista de los 40 Principales tienen la misma estructura armónica. Es la fórmula del éxito, y no es que lo sepa solo yo, es que se lo sabe, y la mar de bien además, la industria discográfica. Si la canción va a estar en re mayor, la escala empezará, como es lógico, por re y seguirá por mi, fa sostenido, sol, la, si, do sostenido y, otra vez re. Los acordes serán los mismos, pero para hacer una canción pegadiza, tampoco hace falta utilizar demasiados. Bastará con cuatro. La receta mágica consiste en saber cuál va primero y cuál va luego y repetirlo después, y se puede reducir a una lista de números. Esta: 1, 5, 6 y 4. Si lo ponemos en acordes dentro de la tonalidad de re mayor y sin complicarnos mucho la vida, quedaría una canción en la que se repite esta secuencia: re, la, si menor y sol. Una y otra vez. *With or Without You*, de U2, es una canción preciosa, ¿no? Pues desde el punto de vista de la armonía es así. Y como esa, cientos, quizá miles. Y también en re mayor hay cosas más complicadas como la *Marcha Radetzky*, interpretada todos los putos años en el Concierto de Año Nuevo de Viena que ponen por la tele, donde la gente aplaude, o *El Danubio azul*. Re mayor mola. La Loquera, por ejemplo, está hecha, en parte, en re mayor, como el glorioso final de la *Novena sinfonía* de Beethoven. También veo colores en las tonalidades y, por tanto, también en las personas. La Loquera, que al principio está en re mayor, es como un lingote de oro que, cuando cambia y modula a re menor, se convierte en un siniestro trozo de grafito. No. No me he metido todavía nada. La papela de la heroína me espera. Yo percibo así la realidad. Es mi realidad. El caballo solo me ayuda a escapar de ella.

Ella sabe que tengo razón cuando le digo estas cosas, aunque supongo que no lo entiende. Es lógico. Nadie lo entiende. Los que tenemos oído absoluto reconocemos cualquier sonido de la escala musical sin tener que compararlo con otro. Cualquiera puede identificar el color verde sin necesidad de compararlo con el azul, el negro o el rojo. Los que tenemos oído absoluto distinguimos el do4 del piano (que es por donde empieza la escala del «do-re-mi» que se enseña en el colegio para tocar la flauta dulce) tal cual, sin necesidad de que suene otra con la que compararla. Si a eso le sumo la sinestesia que provoca que yo escuche el do4 como algo rojo, se entiende que necesite toda la química que me meto entre pecho y espalda para arrastrar mi existencia. Así soy yo: percibo la verdad del mundo y de la gente a través de la música. No solo la música en sí. Me refiero a todo y a todos. Hace tiempo que dejé de preocuparme por ello. Solo lo soporto como puedo y vivo de ello bastante bien. Ya sé que es una puta contradicción. No sé si es por la sinestesia, el síndrome de Williams, el oído absoluto o porque soy un espécimen único en el mundo. Por eso casi nadie puede engañarme con la voz. Aprendí, por las malas, que cuando la gente miente, la frecuencia de su voz y el tono en el que hablan (porque todos hablamos en una

tonalidad; al menos, yo así lo capto) se altera. A veces es muy poco, pero yo lo noto. Por eso, de todas ellas, la que más me gusta es la Loquera. Me encanta cómo pasa de la alegría del re mayor a la tristeza del re menor. La Gitana es un poco más chunga, como corresponde a alguien que vive entre el mi bemol mayor y el fa sostenido mayor. La Doña mola al principio en su si bemol mayor, pero el fa sostenido menor en el que cae me da escalofríos. A la Gorda la calé enseguida porque su dulce la menor —como el *Para Elisa* de Beethoven— que muestra en la primera impresión no me puede esconder su verdadero genio de si bemol menor, que es la tonalidad del dolor y la muerte y en la que está compuesto la famosísima *Marcha fúnebre* de Chopin o el *Sunday Bloody Sunday* de U2. Solo una persona ha conseguido engañarme con la voz y con el sonido en toda mi vida. Fue el primero y el último: El Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Encima, era músico. Como yo. Le juro a la Loquera que, para mí, el Grandísimo Hijo de la Gran Puta era la gloria del sol mayor, la tonalidad de la bendición, la alegría, la paz y la calma. No pude notar en él a ese monstruo interior que modulaba debajo de aquella voz y que estaba entre el si bemol menor y el do sostenido menor, la tonalidad en la que hablan los fantasmas y en la que está compuesta la siniestra nana *Lullaby* de The Cure. Por eso me hizo lo que me hizo. Y me dejó como me dejó. Ella asegura que entonces tenía ocho años nada más y que, como cualquier persona de esa edad, lo único que quería era la aprobación del adulto. «Dani —dice—, todos los niños buscan la amistad y el amor, y uno tan sensible y tan especial como tú, con todas tus extraordinarias capacidades, era presa fácil para un depredador así.» Ya. Supongo que sí. Pero, veintitantos años después, sigo pensando que el Grandísimo Hijo de la Gran Puta pudo salirse con la suya por culpa mía. Todos los días escribo sobre él. Todos.

Me acabo de dar cuenta de que voy por más de la mitad de la primera cara de la segunda hoja de la tanda de hoy y no he puesto nada sobre lo que he escrito al principio; que hoy he hecho música como debe hacerse, vaya, con un instrumento. Como lo hago cada Nochebuena.

No había demasiada gente en la iglesia para la misa del gallo este año. Ha llovido de lo lindo durante toda la tarde, aunque, cuando he salido de casa, sobre las once y media, solo chispeaba. Odio el mal tiempo. No por los truenos, que también, sino porque no consigo procesar la multitud de sonidos que producen millones de gotas de agua estrellándose por todas partes. Y también, claro, porque el Grandísimo Hijo de la Gran Puta me pilló durante una tormenta de verano, durante una *tronà* de las de finales de julio. Ya vuelve a aparecer. No hay manera de que me libre de él. Bueno, decía que en la iglesia no había tanta audiencia como otros años. He llegado un poco jodido al convento, y eso que está a cinco minutos escasos de mi casa. De hecho, vivo justo enfrente. Solo tengo que cruzar el río por el puente de la Trinidad y ya está. El barullo de la tormenta me había dejado del revés y, como tenía que tocar el piano, solo me he fumado un porrito antes de salir, aunque llevaba dos más en el bolsillo por si acaso, pero no los he necesitado, de lo cual estoy, incluso, orgulloso. Únicamente

voy al convento una vez al año, en Nochebuena, a tocar el piano durante la misa del gallo. Me cuesta un huevo, porque es difícil borrar algunos malos recuerdos que guardo de aquellas paredes, pero también reconozco que sin el Cura no estaría vivo, así que voy cada año porque se lo debo. Supongo que no lo tendré que hacer muchos años más porque el viejo tiene ya 83 años, aunque a veces pienso que ese sacerdote está hecho de acero galvanizado. Sigue viviendo allí a pesar de que no se puede mover bien (de hecho, las monjas lo han llevado a la misa en silla de ruedas y envuelto en tantas mantas que parecía un peluche), pero tiene la cabeza como siempre. El Cura es como el cuarto movimiento de la *Quinta sinfonía* de Beethoven, que empieza en ese do menor heroico y apasionado, como una tempestad y termina en un do mayor alegre y guerrero como la capa de Superman ondeando al viento.

En la iglesia del Real Monasterio de la Trinidad, hace siglos, supongo, había un órgano, ya que la caja para los tubos sigue estando, pero no el instrumento. No obstante, el piano que tienen es bastante decente y, a pesar de que la acústica del recinto no es la mejor del mundo, se escucha bien. Lo cierto es que, en mi visita anual, no toco para la gente que va a misa, sino para el Cura. También para la Loquera, la Doña, la Gitana y la Gorda, aunque sé que el único que lo aprecia es el Cura, que era el director del orfanato cuando acabé allí y que, como yo (y como el Grandísimo Hijo de la Gran Puta), también es músico.

Esta noche estaban todos. Las monjas habían colocado al Cura tan pegado a una de esas estufas de exterior —que tienen una especie de paraguas encima— que he pensado que acabaría ardiendo como una falla si una chispa saltaba al envoltorio de mantas que llevaba encima. La Loquera y la Gorda estaban solas, cada una en una punta de los bancos del medio, y ni siquiera se han dirigido la palabra. La Doña, como siempre, estaba sentada en la primera fila, junto al nuevo director del orfanato y una tal hermana Juana, que es la que manda ahora. La Gitana se ha colocado en la última fila, en un extremo. Como cada año, ha ido acompañada por su hija, la inválida de la silla de ruedas, y dos nietas. Las cuatro actúan como si no se conocieran de nada.

Todos los años interpreto lo mismo. El repertorio de la misa del gallo no da para muchas innovaciones y, de todos modos, es lo que el Cura quiere oír. He empezado con el *Adeste fideles*. A todo el mundo le gusta este villancico porque está compuesto en la mayor, que es la tonalidad de la alegría y la belleza. El Cura me decía, cuando era pequeño, que la mayor es la mejor manera de expresar que crees en Dios y que es la única forma que tenemos los humanos de dirigirnos a Él. Cosas de sacerdotes músicos, supongo. Los feligreses no han podido evitar cantarlo como podían. Esa parte ha sido un horror con tanto desafine, pero bueno, estoy acostumbrado. Durante la adoración he aporreado el piano con un popurrí de villancicos tradicionales para que la gente los coreara más a gusto. Es lo que toca hacer en estos casos.

Para el final me he dejado, como mandan los cánones, lo mejor. Nunca he entendido por qué el *Aleluya* de *El Mesías* de Händel se considera como una pieza

navideña clásica. Supongo que es por los anuncios. Händel no la compuso para ser interpretada en Navidad, sino en Pascua, porque el oratorio cuenta toda la vida de Jesús en tres partes, el Nacimiento, la Pasión y las Secuelas, con Juicio Final y Amén incluido. El famoso coro en re mayor es la última sección de la séptima escena de la segunda parte, es decir, la de la Pasión o, para ser más exactos, la del triunfo de Dios sobre aquellos que rechazaban el Evangelio. Vamos, que el día que se celebra el nacimiento de Jesús se interpreta lo que ocurre después de muerto. Cosas que pasan, vaya. En Inglaterra —donde también se toca en Navidad— es tradicional escuchar el *Aleluya* de pie, porque cuando Händel lo estrenó en el Covent Garden en 1743, el rey Jorge II, que estaba presente, se levantó, impresionado, de su asiento y, como todo el mundo —orquesta incluida— se tenía que levantar si el monarca lo hacía, se quedó la costumbre y lo siguen haciendo hoy en día.

En la iglesia, esta noche, no se ha levantado nadie. Solo he tocado el *Aleluya* en un arreglo para piano que escribí hace años y que me sé de memoria. Me he esmerado en que sonara bien. Tan bien que nadie ha tenido la tentación de vociferar nada. Es lo que tiene el re mayor, te hace sentir dorado, poderoso y triunfante. Cuando el Cura me la enseñaba me contaba que uno de los criados de Händel había encontrado a su amo llorando, justo después de terminar la partitura del *Aleluya*, diciendo que había visto la cara de Dios.

Para mí, ahora, la cara de Dios tiene la forma de una bolsita mínima que contiene un polvillo marrón claro. Lo tengo en la misma mesa donde escribo. Junto al envoltorio plástico hay una navaja pequeña, una tira de papel de aluminio de cuatro dedos de ancho y un palmo de larga, un tubo metálico y un mechero. El color pardo me lleva a la tonalidad de sol menor. Por eso la heroína, ese montoncito de muerte que me espera, es el primer movimiento *allegro molto* de la *Sinfonía n.º 40* de Mozart, que era un puto genio, pues consiguió que una droga que no existía en su época yo la pueda escuchar aspirada en mis pulmones en los sonidos de una flauta, dos oboes, dos clarinetes, dos fagots, dos trompas y una pequeña sección de cuerda con violines, violas, cellos y contrabajos. Esa sinfonía es como la heroína: pasión y dolor, en especial cuando llega al compás 20 de este movimiento, cuando modula del sol menor al si bemol mayor, la tonalidad del deseo de un mundo mejor a la que me lleva el pelotazo de la droga en el pecho. He llegado, otro día, al último renglón. Mañana más.



—¿Sabes qué es lo peor de todo esto, Roma? —pregunta Carlos Ramos sin apartar la vista del cadáver desnudo que se balancea en el aire espesado por la humedad—. Además de que no mola nada encontrarse un negro muerto en pelotas colgando en medio de la calle el día de Navidad cuando no son ni las seis y media de la mañana, claro.

—¿El qué, Carlos? —La inspectora contesta sin mirar a su interlocutor, también absorta por el macabro espectáculo que tiene delante—. ¿Qué es lo peor, si es que hay algo que pueda ser peor que esto?

—Pues que no puedo evitar la sensación de que, de alguna manera, se lo merecía. A ver si me explico. —Carlos se apresura ante el unánime e indignado giro de cabezas de sus tres compañeros del grupo—. Creo que el que haya hecho esto, o los que lo hayan hecho, quieren enviar ese mensaje específico. Que el pobre hombre está aquí y de esta guisa porque él se lo ha buscado. Ya sé que es horroroso soltarlo así, pero no puedo evitar pensarlo.

—Mira que me jode decir esto —interviene Patricia, quien, a pesar de lo intempestivo de la hora, está guapísima encaramada a sus tacones, vaqueros pitillo de marca, anorak negro y maquillada como para irse a una boda—, pero Carlitos ha conseguido verbalizar la sensación que yo misma he tenido desde que lo he visto y que no podía expresar. ¡Hostia! ¿Qué habrá hecho el pobre hijo de puta para acabar de este modo?

—Lo de las manos es brutal —dice Carlos—, lo han desollado como a un conejo. Espero que se lo hicieran después de muerto. ¡Pobre hombre!

—Hay que bajarlo de ahí enseguida —gruñe Roma mientras comprueba el reloj por cuarta vez en los últimos cinco minutos—. A ver si acaban pronto de hacerle fotos y vienen los del juzgado.

Una ambulancia bloquea el paso en un extremo de la calle y los de Protección Civil han extendido lonas fijadas a estructuras portátiles de aluminio para crear un recinto cerrado a ambos lados del portal blanqueado. Así, los agentes de la Científica pueden trabajar tranquilos y, de paso, se intenta preservar la poca dignidad que le queda al ahorcado. No obstante, Roma mira nerviosa hacia las ventanas y balcones desde los que intuye que puede haber un buen ángulo para tomar una fotografía. Por fortuna, la mayor parte de las casas están vacías y, para las que no lo están, desea que sus ocupantes sigan en la cama un rato más, al menos hasta que hayan descolgado el cadáver. Sin embargo, con el escándalo que han organizado con todo el operativo de ambulancias, Policía Local y Protección Civil, no las tiene todas consigo.

Si no fuera porque el cadáver está ahí, colgado en su obscena realidad de la peor mañana de Navidad de su vida, la inspectora pensaría que sigue estando en la cama, digiriendo mal la cena de Nochebuena. Ante la horrenda estampa que tiene delante, otro de los axiomas de Rotovátor sobre el trabajo policial se acaba de ir al suelo. Dice

su jefe en su habitual tono en el que nunca se sabe si habla en serio o en broma que, a excepción de los actos de terrorismo, en España se mata poco y mal. «Lo que yo te diga, Roma —recuerda—, la mayor parte de los homicidios son fruto del arrebato y la rabia. Gracias a Dios, aquí no tenemos mucho crimen organizado violento como en Italia, ni ajustes de cuentas bestiales como los de los narcos de México, ni hay un acceso tan fácil a las armas como en Estados Unidos. La mayoría de las veces, Romita, mira bien todo y a todos los que hay alrededor del fiambre, porque el responsable no andará lejos.» Por un momento, la inspectora tiene la tentación de llamar a su jefe e interrumpir sus vacaciones invernales entre naranjos. Desecha la idea. Este marrón se lo va a comer ella solita, al menos hasta que Rotovátor vuelva.

Sin embargo, la escena no le dice nada en absoluto. Es lógico. Esto no ha sido fruto de un ataque de ira o de un calentón. Lo que tiene delante es una ejecución de cabo a rabo con todos los elementos que debe contener un ajusticiamiento: planificado, elaborado, en público y con vocación de dar ejemplo. Sobre todo esto último. Por mucho que le fastidie reconocerlo, Carlos tiene razón. Nadie acaba de esta manera si no da motivos para ello. Otra cosa es que las causas sean razonables, que no lo son. Javier Pando parece que lea el pensamiento de la inspectora:

—Una ejecución —sentencia Javier, que había estado callado hasta ahora— con todas las letras y con todas las consecuencias.

—¿Habías visto algo así antes, Javi? —inquire Patricia.

—Hace muchos años —contesta—, a finales de los ochenta o principios de los noventa, no me acuerdo bien, porque acababa de llegar a Valencia, aún era patrullero y no me enteré de mucho. Aparecieron dos cadáveres, africanos también, en un callejón de la calle Sagunto. Uno estaba decapitado y colgado de las piernas boca abajo del muro de un solar. Encontraron la cabeza en un contenedor cercano. Al otro lo habían castrado.

—¡Joder! —exclama Patricia—. ¿Les hicieron todo eso estando vivos?

—Creo que no. Los mataron a palos y luego los mutilaron.

—¿Pillamos a los malos, Javier? —interviene Carlos.

—No. Aquellos dos eran inmigrantes ilegales, de los primeros que venían, y no estaban registrados en ninguna parte. Solo identificarlos debió costar Dios y ayuda. La investigación se archivó pensando que había sido un ajuste de cuentas, seguramente por un asunto de drogas, aunque se especuló si había sido un crimen racista, pero esa idea se descartó de inmediato.

—Esto es muy diferente —tercia Roma—. Es evidente que ha sido un ajuste de cuentas, pero demasiado elaborado para que sea obra de una banda de narcotraficantes o de proxenetas o una mafia de donde sea. Cuando esa gentuza se aprieta las clavijas lo normal es que no quieran que el cuerpo se encuentre nunca y, hay que reconocerlo, esto tiene mucha más, no sé, categoría, por expresarlo de alguna manera.

—Yo iba a decir glamur —interrumpe Carlos—, pero no me atrevía por si me

volvíais a mirar raro. Glamur siniestro, claro.

—Pues quizá la palabra sea esa, glamur —repite Roma—, porque solo así se entiende que aquí ha habido mucha preparación. Yo diría que incluso el sitio no ha sido elegido al azar. Además, estoy segura de que una sola persona no puede montar toda esta parafernalia.

Un agente de la Policía Local acaba de levantar un extremo de la lona azul con la que se ha construido el improvisado cercado. La jueza Elvira Quirós hace pasar su cuerpo enjuto con extremo cuidado para no rozarse con la mugrienta pared ni con el tejido plástico que chorrea agua. Tras ella, vienen otros funcionarios del juzgado que Roma no conoce y que, supone, deben ser el secretario, un forense y alguien de la Fiscalía. Todos, menos la magistrada, tienen el macilento aire de los que apenas han dormido. La jueza, por su parte, parece que acuda a una cita concertada dos semanas antes. Zapato plano, pantalón negro e impermeable morado de fina factura. A Roma le da la sensación, incluso, de que le ha dado tiempo a ponerse, como a Patricia, un poco de colorete en las mejillas.

—¡Doña Elvira! —exclama la inspectora—. ¡No imaginaba que fuera a venir en persona! ¡Y menos a estas horas y un día como hoy!

—Mi gente en el juzgado sabe que estas cosas me gusta verlas con mis propios ojos y no leerlas en un informe —dice doña Elvira—. Bueno, inspectora Besalduch, antes que nada, Feliz Navidad.

Los cuatro policías devuelven la expresión de buenos deseos a la vez que se sienten un poco estúpidos por lo normal y, a la vez, lo impropio de la cortesía. Es cierto. Hoy es Navidad en todo el mundo, excepto en el pequeño cercado de lona azul en una sucia calle del barrio del Carmen de Valencia. Aquí, hoy, no es Navidad. Es una visita guiada al infierno.

—¡Santa Madre de Dios!

La expresión fría de la jueza se quiebra al tiempo que se tapa la boca con la mano izquierda y se santigua con la derecha. Los cuatro policías, casi a la vez, bajan la cabeza en un intento de brindar a doña Elvira cierta intimidad para que asimile el horrendo retablo que se mece a menos de siete metros de ella.

—Pero... ¿qué clase de barbaridad es esta? —La titular del Juzgado de Instrucción número 22 de Valencia tiene la mirada fija en el cadáver como si pudiera dictar sentencia condenatoria contra el responsable de aquello allí mismo—. Inspectora, si la Científica ha terminado, que lo bajen de ahí ya. Y si no lo ha hecho... que acaben en los próximos cinco minutos como máximo. No podemos tolerar esta indignidad más de lo estrictamente necesario.

Roma identifica al médico forense que ha venido con doña Elvira. No tendrá aún 40 años y se le nota impresionado por lo que tiene delante. Aunque haya visto muchas cosas en la sala de autopsias, la de hoy es de las que apuntará en su lista de contar malos tragos. No obstante, el médico aguanta la compostura y se acerca a examinar el cadáver. Mientras, la jueza vuelve hacia la lona azul donde un policía

local se apresura en franquearle el paso. Después de ladrar un par de órdenes para que los de la Científica se den prisa, la inspectora abandona también el recinto provisional.

—¡Vaya salvajada! ¡Esto es ir demasiado lejos! —Doña Elvira le habla a Roma, pero su mirada atraviesa a la policía como si no estuviera allí, como si se dirigiera a un interlocutor tan invisible como distante—. Dígame, inspectora, ¿quién lo encontró?

—Dos chicos, doña Elvira. —Roma consulta el bloc de notas—. Matthew Jones, un estudiante inglés de Erasmus en la Politécnica, de 24 años, y Marta Sanchis, también estudiante, pero de Medicina; 21 años. Les están tomando declaración ahora mismo. Bueno, solo a él. Ella está todavía muy nerviosa.

—¿Sobre qué hora?

—Más o menos las cuatro de la madrugada, doña Elvira.

—Iba a decir que qué demonios hacía esa parejita a las cuatro de la madrugada por ahí en Nochebuena, pero la verdad es que menos mal que estaban. Así hemos llegado nosotros antes de que la gente saliera a la calle y viera esa bestialidad de ahí dentro, inspectora. ¿Alguna idea?

—Necesitamos mucha más información, doña Elvira. Aunque parezca una perogrullada, está claro que es un ajuste de cuentas, pero como ninguno de los que hemos visto hasta ahora. Esto se parece a una ejecución del cártel de Tijuana o de Sinaloa, donde cuelgan a los adversarios de los puentes de las autopistas. Aun diría más: lo de ahí dentro es, si cabe, más perfecto, más redondo... más sofisticado.

—¿No será un crimen racista? ¿Extrema derecha?

—No podemos descartar nada aún. Pero me da que no, doña Elvira. Los grupos extremistas que rondan por aquí no se han atrevido nunca a cruzar determinadas rayas. Una cosa son los insultos, las peleas y las palizas, y otra muy distinta matar a alguien y hacerlo de esta manera. Ya le digo que esto es hablar por no callar, pero los neonazis y su calaña son mucho más, cómo decirlo...

—Primitivos. Cerriles.

—Eso es.

Hacia el este, justo en el punto donde antes miraba la jueza, Roma cree percibir un sutil cambio de matiz en el horizonte oscuro. El amanecer está llegando, pesado y lento como si tuviera vergüenza de iluminar tanta crueldad. El aire sigue denso y nervioso, cargado de agua. En realidad, no ha dejado de llover. Solo es una tregua entre un aguacero y el siguiente y la aurora —lechosa y recién nacida—, así lo advierte. Los policías locales desmontan la estructura de aluminio que servía para sostener los toldos y que pueda pasar la camilla que aguardaba a ser usada junto a la ambulancia. El cuerpo ya está en el interior de la bolsa negra, esperando en el suelo, entre los charcos, a ser trasladado.

Roma Besalduch y Elvira Quirós agachan la cabeza mientras el bulto es introducido en el interior del vehículo sanitario. La sogá ya no cuelga del arco de

ladrillos blancos y la inspectora se pregunta si la habrán dejado anudada al cuello de la víctima o estará ya dentro de una bolsa de plástico. Intenta disolver el morboso pensamiento con otra cosa. Entonces, cae en un detalle. Mira a la jueza, que ha recuperado del todo la fría serenidad que la caracteriza y que había desaparecido unos minutos antes. Casi no se atreve a preguntar por qué la magistrada le impone con su aire severo. No obstante, Roma siempre ha sido más curiosa que prudente:

—Señoría, ¿por qué ha dicho antes que esto —dice mientras señala con la cabeza el lugar donde colgaba el africano— era ir demasiado lejos? ¿Usted qué opina? ¿Tiene alguna idea de lo que ha podido provocar este homicidio?

—¿He dicho eso? —La jueza sigue con los ojos clavados en la ambulancia, cuyas luces anaranjadas rebotan en sus pupilas grises—. No lo recuerdo. No sé. Supongo que estaba impresionada. Una cree que, a mis años y con mi experiencia, ya lo ha visto todo. Pero la maldad y la estupidez humana parece no tener límites. ¿No cree, Roma?

—Desde luego, doña Elvira. Desde luego.

\*\*\*

Corretean alrededor del árbol cargado de bolas y guirnaldas como dos pequeñas hadas en pijama, con el pelo revuelto y los ojos brillantes de felicidad. No ha sido posible mantenerlas en la cama más tiempo y, aunque todavía no son las ocho de la mañana, saltan entre las cajas a medio desempaquetar con la gozosa energía que solo los niños saben extraer cuando ven los regalos del día de Navidad y que los adultos han olvidado cómo hacerlo. El parqué de haya clara del enorme salón está sembrado con los papeles multicolores de los envoltorios y los restos de las cajas rotas por la premura con la que han sido abiertas. Carla y Andrea se muestran la una a la otra cada juguete entre carcajadas y corren a enseñarlo a sus padres o a pedirles ayuda para soltar una cincha o colocar las pilas. Claudia, la madre de las criaturas, ni se plantea el forzarlas a desayunar. Están demasiado contentas y excitadas como para pretender sentarlas en las sillas de la cocina donde Yoani, la criada ecuatoriana, espera con todo preparado a que la familia de Julián Cano Quirós tenga a bien sentarse a la mesa.

Fuera, el jardín con piscina tiene el aire triste que, en invierno, tienen los lugares hechos para el verano. El verde del césped y los setos, aunque limpio por las trombas de lluvia que se han sucedido durante la noche, apenas reconforta tras el velo húmedo del aire cargado de agua e inmóvil bajo el cielo blanco. Julián mira trotar a sus hijas repantigado en el sofá intentando que se le contagie algo de la alegría infantil, pero no lo consigue. Aún nota la cena de Nochebuena como un lingote de plomo en el estómago y percibe en la sien izquierda el ligero pinchazo que augura un buen dolor de cabeza a lo largo de la mañana. Los gorjeos de sus niñas no hacen sino acrecentar, a cada grito, la intensidad de la molestia que le repta entre las meninges como una

minúscula alimaña. Cruza la mirada con Claudia y arquea las cejas para que su mujer vaya pensando en poner fin a la fiesta y puedan desayunar. Ella se encoge de hombros pidiendo con una media sonrisa un poco más de indulgencia para las dos pequeñas.

Asume que le quedan diez minutos más de espera. No tiene mucha hambre, pero necesita un café. Y lo necesita ya. Se acomoda mejor en el sofá, un mueble de BoConcept de diseño danés, tapizado en piel de color piedra y hecho a medida para que su imponente tamaño encaje en las enormes proporciones del salón. Más de seis mil euros se gastó Claudia en el sillón de marras. Julián intenta pensar en otra cosa. Mira el búcaro albino —cuyo precio entra dentro de lo indecente para una simple vasija— que preside la mesa del comedor y la cerámica cándida le transporta a los pliegues del tejido sintético de la blusa de Inma mientras se la chupaba. De eso hace menos de 24 horas. Entorna los ojos para fijar mejor el recuerdo, pero, unos instantes después, intenta aplicar una ducha helada a su propia fantasía al notar una erección que se delata bajo la fina seda azul profundo del pijama que lleva puesto. Desvía la mirada culpable del búcaro para concentrarse en sus hijas. Los dos pequeños ángeles, que ríen felices a los pies del árbol de Navidad, sitiadas por regalos, tampoco le relajan. No consigue verlas como niñas, sino como un cúmulo de facturas. Cada una le costó de hacer 20.000 euros en tratamientos de fertilidad y mantenerlas en el colegio bilingüe son otros 1.200 mensuales. Las mira del mismo modo que hace unos instantes contemplaba la piel del sofá, el búcaro blanco, el suelo de haya del parqué o la visión cenital de su mano aferrada a la cabellera de Inma, atrayéndola y alejándola hacia su bajo vientre: son posesiones por las que ha tenido que pagar. Le gusta pagar. Disfruta con los buenos restaurantes donde deja generosas propinas. Fue el primero en Valencia en gastarse los casi 90.000 euros que vale su Infiniti QX70 50S Premium, porque, según decía, necesitaba un coche familiar para sus dos hijas y, con gran dolor de corazón, no estaba tranquilo llevándolas en el Jaguar XE que le había precedido en el garaje de su chalet de 400 metros cuadrados más otros 3.000 de parcela —con piscina, claro— en la urbanización de Rocafort donde vive. También hubo que exhibir muchos ceros en cuentas corrientes, y lo hizo con gusto, por una esposa como la que tiene: Claudia Llimera de Boix, niña de familia bien de toda la vida, aunque defectuosa en sus cañerías internas a causa de la endometriosis que le impedía quedarse embarazada de manera natural. Por eso también fue necesario comprar las dos niñas mediante terapias *in vitro*. Tampoco le supuso ningún trauma el pago de la abultada factura de la clínica privada. Detesta a los ricos como su suegro, tacaños y vulgares a pesar de estar podridos de billetes. ¿Qué sentido tiene tener dinero si no es para adquirir cosas caras y permitirse lujos que los demás no pueden ni soñar? La gracia de la prosperidad está en disfrutar de ella, no esconderla. Por eso abona, incluso, una considerable nómina para que una abogada de 24 años con un posgrado en Derecho Concursal sea su secretaria y le haga una mamada para liberar tensiones tras una reunión que fue mal. Muy mal.

Los rusos estaban nerviosos. Mucho. En los anteriores encuentros, los dos hombres apenas hablaban, pero ayer interrumpían todo el rato a la anciana que les hacía de intérprete. El cambio en esa mujer fue lo más inquietante. Modesta era una venerable abuelita hasta que ayer se convirtió en una bruja grosera a pesar de la fluidez con la que se desenvolvía en ruso y en castellano. Cuando la conoció le contó que había vivido en Rusia desde los cinco a los cincuenta años. Había sido una de las «niñas de la guerra», evacuada a Leningrado, porque así se refería ella a la ciudad que el abogado conocía ya como San Petersburgo. Julián, aún hoy, hace cábalas sobre la forma en la que se construyó semejante terceto: Piotr Tkachov, Vladimir Steklov y Modesta Herráiz Gómez. En realidad, no lo quiere saber.

En principio, la reunión de la mañana de la Nochebuena iba a ser el mismo trámite repetido, más o menos, cada seis meses. Julián tenía preparada la documentación, los ingresos y gastos así como los justificantes de las transferencias realizadas. Sesenta terminales de punto de venta funcionaban a pleno rendimiento en ocho «complejos de ocio», que es como Julián se refiere a los burdeles controlados por Tkachov y Steklov repartidos entre las tres provincias de la Comunidad Valenciana. En este último semestre se habían registrado 4.450 operaciones con tarjetas de crédito y débito en estos datáfonos como pago a servicios de hostelería y consumiciones en los «complejos de ocio». En total, poco más de medio millón de euros. Todos estos ingresos habían sido declarados a Hacienda y pagados los impuestos correspondientes. El problema venía con los «ingresos en metálico», como los define Julián, es decir, el dinero en efectivo ganado por las prostitutas. Y era mucho dinero. Solo durante los meses de julio y agosto se había recaudado millón y medio de euros y el año iba a terminar en casi cinco millones de euros que tenían que ser blanqueados mediante el método habitual.

Y aquí era donde los rusos no atendían a razones. Querían vender el pilar sobre el que Julián había construido toda la estructura de blanqueo de capitales. Sin la firma que había conseguido comprar hacía ocho años, durante lo peor de la crisis económica, todo el sistema se iba a venir abajo. Los dos rusos, casi a gritos, se mostraban inflexibles por la boca de la gorgona decrepita que traducía lo que decían: esa compañía ya no iba a recibir más fondos para continuar con la actividad ficticia que, hasta el momento, había llevado a cabo. Había dos caminos: o se encontraba un comprador en menos de dos meses o se permitía que entrara en pérdidas para proceder a su disolución. Aquello desconcertaba a Julián. El sistema era perfecto y funcionaba a las mil maravillas. No entendía por qué había que desmantelarlo de un día para otro. No es que quisieran matar a la gallina de los huevos de oro, es que querían incendiar el corral donde la guardaban. Sin embargo, lo peor no era eso. Lo peor fue lo que le habían pedido a continuación.

Si la recaudación de las furcias —entre otros negocios cuyos detalles Julián prefiere no saber— no se canalizaba a través de la empresa, los billetes se acumularían hasta alcanzar cotas peligrosas. Se podía hinchar un poco la facturación

de los servicios legales de los prostíbulos, o sea, el alquiler de habitaciones y las consumiciones, pero no tanto. Como decía Tkachov —y traducía Modesta— «nuestro dinero es un río que hay que mantener canalizado». Por eso le habían pedido algo cuya existencia, en teoría, ignoraban: la empresa de decoración y reformas interiores de Claudia. Y cada vez que se pregunta cómo se pueden haber enterado, nota el arañazo del miedo en las tripas.

Maldita la hora en la que a su encantadora esposa se le ocurrió hacerse empresaria «porque yo tengo que construir algo por mí misma, Juli», le dijo. Su mujer había empezado tres carreras universitarias diferentes y las tres las había abandonado antes de llegar a la mitad de ellas. Sin embargo, decía que tenía «talento y gusto» para la decoración y, después de algunos cursos sobre interiores, *feng-shui* y alguna majadería más que Julián no consigue recordar, se empeñó en montarse su propio negocio. El «talento y gusto» de Claudia es el que proporciona una abultada cuenta corriente para elegir siempre lo más caro. Y sobre la capacidad empresarial de Claudia nadie tenía la más mínima duda: era una verdadera inútil.

Hasta su propio padre, el suegro de Julián, lo sabía. Por eso se negó en redondo a acompañar a su hija en su aventura como emprendedora. El abogado constituyó, con su mujer como administradora única, «CLaVE Gestión Integral de Proyectos», donde la primera palabra, con las mayúsculas y minúsculas desordenadas «como las cositas de Apple», según decía ella, eran el acrónimo de «Claudia Vida y Estilo». Tenía el capital mínimo exigible por ley, 3.012 euros, y su objeto social declarado en el registro mercantil era, además de actividades de arquitectura y diseño de interiores, la «adquisición de terrenos, urbanización, parcelación, uso, venta o cualquier otra forma de explotación de los mismos». Y era esta última parte —incluida por Julián por si surgía la oportunidad de comprar algo a buen precio— la que más interesaba a los rusos. Aunque no la única.

Tkachov y Steklov, según tradujo Modesta, querían que CLaVE girara facturas falsas emitidas durante el ejercicio fiscal de 2013 y también desde enero hasta este mismo mes de diciembre de 2014. Serían proyectos de decoración e interiorismo inexistentes a fin de poder pagar los impuestos correspondientes. Incluso las sanciones por no haber presentado las liquidaciones trimestrales del IVA a tiempo mediante declaraciones complementarias. De esta forma, una considerable cantidad de dinero entraría en el circuito legal. Tarde y con multa, pero era una pérdida asumible.

También exigían que la firma de Claudia adquiriera, tan rápido como fuera posible, y ese «rápido» significaba «ayer», unos terrenos en El Perellonet, a doce kilómetros y medio de Valencia. En total eran poco más de 8.000 metros cuadrados donde se levantaban los restos de una urbanización de 16 viviendas unifamiliares que la crisis económica había dejado a medio hacer. Aunque toda la promoción inmobiliaria era una única actuación urbanística, la propiedad de los terrenos y las construcciones se repartía entre tres empresas, Rudak S. L., Azavok, S. L. y Ageup,



S. L., en las que figuraba como administrador único un nombre del que Julián jamás había oído hablar. Otro testafierro, supuso. Modesta puso especial énfasis en que CLaVE tenía que formalizar la compra de la propiedad en una determinada notaría del centro de Valencia. Y solo en esa. «Todo está preparado, abogado. Todo. Tienes que hacernos este favor.» Los dos hombres le miraban con expresión grave mientras la vieja traducía, aunque era ella la que tenía pintada la amenaza en sus ojos pequeños y negros, apenas dos rendijas de tinieblas que brillaban entre pliegues arrugados.

¿Cómo hostias sabían los rusos que su mujer tenía una empresa que parecía hecha a medida para algo que no querían contarle? «Tenemos nuestras fuentes, Julián —le dijeron—. Y son infalibles.» El problema es que no se podía negar. Había jugado con ellos demasiado tiempo y con apuestas demasiado altas. Tanto Isabel, la copropietaria del bufete, heredera a su vez del socio de su padre, como él mismo habían arriesgado mucho durante los años del crecimiento inmobiliario, y cuando la burbuja estalló, estuvieron a punto de perderlo todo. Entonces aparecieron los rusos, como unos ángeles buenos con unas grandes alas forradas de billetes que relucían más que si hubieran tenido plumas blancas. Decían que eran inversores a la búsqueda de buenas oportunidades. Y Julián e Isabel se las buscaron. No fue hasta bastante después cuando el abogado descubrió una parte del negocio —las putas— y no quiso saber nada más, aunque sospechaba cosas que no se atrevía siquiera a pensarlas con demasiada intensidad, por si acaso. Tampoco se sintió mal por ello. A fin de cuentas, él no había dictado las reglas de la oferta y la demanda. Si la gente quiere carne (joven y femenina, sobre todo), el mercado proveerá. Nadie puede parar eso. Cuestión de dinero. ¿Que es dinero sucio? Todo el dinero lo es. Siempre. Lo que hace es volver limpio al que tiene la cantidad suficiente.

Se resistió lo que pudo, pero al final accedió. No se lo ha dicho a nadie todavía. Los rusos y la vieja insistieron mucho: «Será una cosa temporal, necesitamos traspasar las propiedades durante un tiempo y luego las volveremos a comprar. Seis u ocho meses como mucho. La empresa de tu mujer pedirá un préstamo para adquirir los terrenos y después nosotros cancelaremos la hipoteca. No te preocupes de nada, Julián. Necesitamos hacer esta operación por motivos que tampoco tenemos por qué explicarte. Haznos el favor.» La traducción al castellano de Modesta le pareció mucho más larga que lo que Tkachov necesitó para decir aquello en ruso.

Claudia ha decidido que las niñas deben desayunar ya. Las protestas de sus hijas ante las órdenes de su mujer para que dejen un rato sus juguetes le sacan de su ensimismamiento. Por fin. Los cuatro se dirigen a la cocina, donde Yoani se afana en verter leche con suplemento vitamínico en los tazones de cereales con los nombres de Andrea y Carla impresos en la cerámica; Claudia tiene listo su *smoothie* de zumo de naranja, espinacas y semillas de lino y, para él, café americano con tostadas con aceite y jamón de jabugo recién cortado; a cuchillo, eso sí. Entre cucharada y cucharada, las niñas parlotean incansables sobre todo lo que les ha dejado Papá Noel y especulan sobre lo que traerán los Reyes en las casas de los abuelos. Claudia les

insiste en que deben portarse bien para que Melchor, Gaspar y Baltasar sean generosos. Julián calla y mira el líquido negro de la taza que tiene entre las manos, como si en ese pozo oscuro pudiera encontrar respuestas o consuelo. Para él, los Magos de Oriente llegaron 14 días antes de lo previsto. Ayer mismo. No trajeron regalos.

\*\*\*

Don Agustín está sentado frente al teclado. Y el universo entero es silencio. Los auriculares conectados al sucedáneo tecnológico de piano que tiene bajo los dedos le aíslan por completo. Tiene los ojos cerrados para que su memoria funcione mejor. No es su mente la que debe realizar el trabajo, sino su cuerpo ya gastado tras 83 años de uso. Debe conseguir que los 27 huesos y 34 músculos de cada una de sus manos recuerden cada movimiento que llevará a la pulsación precisa, en la tecla correcta, con el dedo adecuado, durante el tiempo establecido y la intensidad justa. El conocimiento que busca ahora no está en el interior de su cabeza arrugada y calva, ni en alguna partitura que ni siquiera sabe dónde está guardada. Son sus manos las que guardan la memoria necesaria para hacer lo que quiere hacer ahora: congelar el tiempo. Y lo hará con música.

La mano izquierda se abre y el anciano sacerdote percibe las gotas del antiguo vigor corriendo por los marchitos tendones de su muñeca hasta la punta de los dedos. Aquí está. El meñique, el corazón y el pulgar se despliegan como los tentáculos de un pulpo seco que volviera a la vida. Es el segundo de los dedos el que cae primero sobre la tecla 39 del piano, el si<sup>3</sup>, y permanece ahí lo necesario para que suene una corchea con puntillo. Hasta una fracción de segundo antes de que el primer sonido brotara de las entrañas electrónicas del instrumento, no sabía qué iba a tocar. Ahora no hay marcha atrás. El anular de la mano derecha completa el cuarto tiempo del primer compás con el si<sup>4</sup>, la tecla blanca número 51, justo una octava más arriba; la mano izquierda vuelve a alzarse un par de centímetros en el aire para encajarse en el acorde de mi menor, repetido en ocho corcheas a lo largo del segundo compás. El anular de la mano derecha vuelve a pulsar ese si plateado como la luna durante una melancólica blanca prolongada durante un pulso más antes de dar el relevo al meñique de su diestra que completa el segundo compás con una negra en do<sup>5</sup>. El tiempo se para. La pequeña celda de la residencia del Real Monasterio de la Trinidad se disuelve. El universo entero ahora es el *Preludio Op. 28 n.º 4 para piano en mi menor* de Chopin.

Don Agustín ha terminado por acostumbrarse al teclado electrónico. No es lo mismo que un piano de verdad, pero al menos este tiene las teclas contrapesadas que consiguen acercarse bastante a los matices del instrumento real al que imita el artefacto. Aunque jamás lo reconocerá en público, lo que más le gustan son los benditos auriculares que le permiten tocar a la hora que quiera en su celda sin

molestar a nadie ni sentirse culpable por ello. La pieza, como todos los preludios de Chopin, es breve. No llega a los tres minutos y está constituido por dos frases musicales de doce y trece compases cada una. La melodía de la mano derecha es muy lenta, con muy pocas notas. Es la izquierda la que asume todo el peso de la pieza. Los acordes van descendiendo cada vez más en un ostinato expresivo que se hunde en la melancolía y la depresión. Don Agustín no sabe por qué sus viejos dedos han decidido recordar la composición que el propio Chopin quiso que sonara en su funeral. Los dedos del cura acarician el teclado. La melodía está en el si inicial, donde empieza la segunda frase, pero, como en la primera parte, la música solo quiere caer. Un crítico llamó a esta pieza «asomarse a la tumba», y ni siquiera cuando se precipita al la sostenido consigue liberarse de ese destino. El compositor anotó que a partir del compás 22 —donde el cura está ahora— se ha de interpretar *smorzando*, o sea, dejando que el sonido se apague poco a poco, muriendo en la resignación del acorde final del mi menor. En 25 compases, Chopin encerró un mundo de ausencias y dio con la fórmula perfecta para evocar y llorar a los seres queridos que se han ido.

Abre los ojos cuando termina. ¿Por qué este preludio? La memoria muscular de sus manos guarda docenas de piezas —un par de centenares, quizás— y, con toda probabilidad, cientos de miles de notas. La obra que ha interpretado es la menos apropiada para un día como hoy, que es Navidad. Sin embargo, ha salido sola, como un acto reflejo. Hace tiempo que el anciano sacerdote dejó de intentar entender sus propios procesos mentales para elegir la música que hace sonar del piano. Está convencido de que es Dios quien lo hace por él. Y también que siempre hay un motivo para ello. Recuerda ahora que con este preludio de Chopin consiguió hacer llorar a Daniel. A Dani. Pobre Dani. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Más de veinte años. Entonces, piensa don Agustín, yo ya era viejo, pero al menos podía moverme mejor que ahora. Daniel. Dani. Daba igual. No contestaba. No hablaba. No reía. Y, lo que es peor, no lloraba. Los niños tienen que hacer ambas cosas, si es posible, todos los días: reír y llorar. Dani no hacía ninguna de ellas. Pobre chico. Con todo lo que le había pasado era normal, pero había que sacarlo del pozo donde aquel demonio lo había metido. Dios, a veces, tiene estas cosas y envía más de lo que se puede soportar. Psicólogos y psiquiatras no conseguían dar con la terapia apropiada y aquel huérfano enclenque, de mirada rota y ojos secos, pasaba las semanas tan mudo y duro como las piedras del claustro.

Todos sabían que Dani era un niño prodigio, uno de esos regalos que Dios envía a la humanidad una vez por generación y que, por lo general, son malogrados por ella, como era el caso. Fue una tarde de invierno, húmeda y oscura como lo está siendo esta mañana de Navidad, cuando el Señor le envió la idea. Habían probado otras veces lo que los psiquiatras y psicólogos infantiles llamaban «terapia musical», pero Dani se limitaba a contemplar cómo don Agustín tocaba melodías alegres o sintonías de los dibujos animados sin más respuesta que la mirada vacía del niño. Aquella tarde, el sacerdote lo llevó a la iglesia y, sin saber muy bien el porqué, el *Preludio*

*Op. 28 n.º 4 para piano en mi menor* de Chopin brotó de sus dedos. Cuando terminó, Dani lloraba. Por primera vez en meses. El cura supo que aquel niño no lloraba por su madre, a la que apenas había conocido, pues murió de cáncer de mama; ni por su padre, que se había suicidado de una forma horrible. Lloraba por sí mismo. Por la infancia que, con ocho años, le había sido arrebatada por aquel monstruo. A partir de aquel momento, solo Dios sabía qué sería de él, pero, por lo menos, había vuelto a la vida. Anoche lo pudo comprobar. El cura, que ha interpretado el preludio de memoria, sabe que su habilidad musical es ridícula ante la inmensidad del talento de aquel crío que ahora es un hombre, aunque sea un hombre roto. Se lo decía a menudo cuando era pequeño: «Dani, yo puedo repetir lo que Dios dice a través de la música, pero tú puedes hablar directamente con Él. No lo olvides nunca.»

Don Agustín necesita el bastón para levantarse de la banqueta del piano. El sucedáneo electrónico del instrumento es el único privilegio que se ha concedido a sí mismo para romper la espartana atmósfera de la celda que ocupa en la planta superior del claustro. Una cama, una mesilla de noche, un escritorio pequeño y un armario completan el mobiliario. Aunque la silla de ruedas está junto a la puerta que da a la galería, opta por caminar. Será un trayecto corto y se ve capaz de hacerlo. Se arrebujaba en una bata gruesa antes de salir mientras musita una plegaria para que ninguna de las monjas que le atienden le vea salir tan desabrigado a la intemperie.

No se cansa jamás de contemplar el magnífico claustro gótico. La piedra de los pilares y los arcos rezuma humedad y las amplias hojas verdes de las plataneras y las palmeras datileras que crecen en los bordes de los cuatro parterres brillan en el aire cargado de agua. Don Agustín se sujeta a la baranda. Justo enfrente sobresale la techumbre de la iglesia y, a su izquierda, intuye, más que ve, el sepulcro de la reina María de Castilla, en la esquina sudeste del recinto, justo al lado del acceso a la antigua sala capitular del monasterio. La tumba es, como debe serlo, regia. Tres escudos tallados con las armas heráldicas de Castilla, Aragón y Sicilia adornan su parte frontal, flanqueados por bajorrelieves sustentados por leones. Se cree que el claustro y el mausoleo son obra de Antoni Dalmau, el mismo maestro de obras de la catedral de Valencia. Don Agustín cierra los ojos. Hace frío y sus viejos huesos no soportan bien la espesa humedad que se ha enseñoreado del recinto. Siempre se asombra de la paz y la tranquilidad que se respira aquí dentro, a pesar de que solo una docena de metros separa el cenobio del intenso tráfico de la calle Alboraya y la marginal izquierda del Turia. Vuelve a abrir los ojos para volver al interior de su celda y es entonces cuando las ve.

Camina juntas. Cada una lleva una silla plegable. Las dos mujeres son muy diferentes. Una es delgada, casi consumida por su propio fuego interior, y tiene un aspecto extraño con el delantal puesto y el pañuelo blanco que lleva anudado en la cabeza. Resulta evidente que no está hecha para los trabajos manuales y que el atuendo de cocinera le es tan ajeno como si fuera disfrazada de astronauta. Sin embargo, don Agustín sabe que hace más de veinte años que la jueza Elvira Quirós

hace de voluntaria en las cocinas del comedor de beneficencia del monasterio y la ha visto así más veces de las que puede recordar. La otra mujer es justo todo lo contrario que su compañera. Aunque de menor estatura, parece más grande debido a sus muchos kilos y sus muchos más años. Aun así, la Tía sigue teniendo el pelo azabache, apenas salpicado por algunas hebras plateadas. Bajo el abrigo oscuro, lleva un elegante vestido negro, con el escote cerrado bordado de pedrería en el que resalta un crucifijo de oro del Santísimo Cristo del Grao, *el Negret*, «el negrito», como es llamado en los Poblados Marítimos de Valencia. La Tía no ha ido hoy al monasterio a colaborar en las cocinas para ofrecer a los más necesitados y a los huérfanos que tiene bajo su cuidado una comida decente el día de Navidad. Ni siquiera habrá ido al oficio religioso que ha terminado hace menos de media hora. «Con una misa del gallo al año, don Agustín, tengo bastante; que con Dios aún estoy enfadada, no se crea», le suele decir. En su momento, ella y sus hijos venían casi cada día para comer caliente. De eso hace ya mucho tiempo. La Tía supo hallar la manera —que el Señor la perdone por ello— de pasar de necesitar de la caridad a ser ella la caritativa.

Las dos mujeres recorren la arcada inferior en silencio. El sacerdote se aparta de la baranda para evitar ser visto. Desde su atalaya escucha, sobre el rumor de las hojas de las plataneras, los chasquidos de las sillas al ser desplegadas. No es la primera vez que las ve ahí. Aunque hoy solo hay dos de ellas. Empezaron a sentarse ahí, junto a la tumba de María de Castilla, hace muchos años, para charlar. A las monjas no les hizo demasiada gracia, al principio, que tan venerable rincón fuera utilizado por aquellas cuatro para celebrar una tertulia tras una tarde de voluntariado en el monasterio, pero don Agustín les dio permiso y las religiosas tuvieron que aceptarlo. De hecho, el sacerdote alcoyano las empezó a llamar las *dones de cadira*, «las mujeres de silla». Le divertía mucho aquel apodo puesto con malévolos cariños hacia ellas y que, de alguna manera, entroncaba con la propia historia del monasterio, aunque en un sentido bien diferente. Como *dones de cadira* se conocía en la Valencia medieval y renacentista a las prostitutas que se sentaban a la puerta de sus casas con una lámpara encima para que se pudiera ver mejor la mercancía que ofrecían a los posibles clientes. Aquel monasterio y aquel claustro tenía mucho más que ver con aquello de lo que se puede admitir en público sin ruborizarse. De hecho, aquellas venerables piedras que habían pasado por un sinnúmero de vicisitudes a lo largo de sus cinco siglos de historia empezaron con muy mal pie. Cuando fue fundado en 1246 se concibió para atender a pobres y peregrinos, pero los monjes trinitarios que lo habitaban fueron expulsados en 1444 ante los continuos escándalos, porque aquel recinto se había convertido en un burdel. Fue la reina María de Castilla, junto a cuya tumba se sientan ahora las dos mujeres, la que terminó de poner orden al hacer venir a monjas clarisas desde Gandía para ocupar el monasterio. Desde entonces, las distintas órdenes de los franciscanos habían regido el convento y su obra de caridad: el orfanato, el comedor social y, con los tiempos modernos, la asistencia para mujeres maltratadas y prostitutas.

Don Agustín se retira al interior de su celda. Lo que tengan que hablar las dos mujeres no le incumbe. Vuelve a sentarse al piano, se pone los auriculares y coloca de nuevo los dedos sobre el teclado. El resto lo hace Dios: toda la Creación vuelve a ser el *Preludio Op. 28 n.º 4 para piano en mi menor* de Chopin.

\*\*\*

Las dos mujeres se sientan una enfrente de la otra. Ambas están a disgusto — aunque por razones diferentes— y se les nota en las expresiones graves y el silencio espeso bajo el que han recorrido el claustro cargadas con las sillas plegables. Elvira está enfadada por lo que ha visto esta madrugada y la Tía porque es demasiado arriesgado que alguien las vea juntas. Es la más anciana la que habla primero:

—No deberíamos estar aquí, doña Elvira. Es demasiado peligroso. Por no hablar de que va a coger una pulmonía. Va usted poco abrigada.

—Ya lo sé, Tía Sol, ya lo sé. Pero lo que he presenciado esta mañana es ir demasiado lejos. Tendría usted que haberlo visto. Horrendo.

—He visto muchas cosas horrendas en mi vida, doña Elvira. No me tire usted de la lengua.

—¿Y cree usted que yo no, Tía? Lo de hoy lo supera todo. He mantenido la compostura como he podido, pero esto tendrá consecuencias.

—De eso se trataba, ¿no? De que se supiera. De que todo el mundo lo vea. De que los que tienen que saber, lo sepan.

—Demasiado dramático. Demasiado espectacular. No creo que fuera necesaria toda esa parafernalia.

—Usted sabe que eso ya no es cosa mía. Se ha hecho lo que se me dijo que hiciera. Mis niños recogieron el paquete y lo dejaron donde había que dejarlo. ¡Pobrecitos míos! ¡Blancos como la cal de la pared estaban cuando llegaron a casa hechos unas sopas!

—Pues a mí nadie me contó nada de... —la jueza titubea, buscando la palabra precisa— de los detalles.

—Pues entonces no es a mí a quien debe decir estas cosas, doña Elvira. Son las otras dos las que deciden... como usted dice, los detalles.

—Esto va a tener consecuencias, Tía Sol. Se lo digo yo. La investigación no la va a llevar el inspector Gisbert, sino...

—¿Rotovátor? —La Tía sonrío, divertida—. Pensaba que ya se había jubilado el viejo cabroncete. Si debe tener mis años.

—No, Tía, no. Creo que le queda muy poco, quizás unos meses. El caso es que hay una tal inspectora Roma Besalduch que es la que va a investigarlo y...

—¿Roma? ¡Por Dios, qué nombre más raro! Luego nos dicen a nosotros...

—Sí. Bueno. Parece una chica lista. También estaba el lunes por la noche en el levantamiento del cadáver del otro.

—No habrá problemas con ese, ¿verdad?

—Ninguno. Ayer mismo firmé los documentos. Muerte natural por dolencia hepática grave. —Elvira fija la mirada en las águilas símbolo de la casa real de Sicilia labradas en piedra que jalonan el escudo de armas de la tumba de la reina María de Castilla y que asoman sobre los hombros de la Tía como si fueran sus mascotas—. Lo otro es peor, Tía. Mucho peor. ¿No hay otra manera?

—Supongo que no, doña Elvira. Si Cristina y Conchín lo dicen, es que es así. A mí tampoco me parece del todo bien, porque estas cosas llaman la atención. Y a mí no me gusta llamar la atención. Eso lo aprendí de mi amiga la Puri —la gitana arquea las cejas en un gesto sarcástico cuando menciona el recuerdo de su amistad con la tal Puri—, que nunca pretendía llamar la atención y fíjese dónde ha terminado.

—¿Cree usted que es necesario todo este montaje? Por no hablar de lo de la capilla esa de la Virgen. Es que sigo sin entenderlo.

—Ni lo podrá entender en la vida, porque usted es una mujer con estudios y de buena familia. Usted lo ha tenido todo, doña Elvira. En especial, usted ha tenido educación, y eso es lo que le ha permitido poder elegir y tener alguna idea sobre lo que había que hacer en cada momento. Piense que esas pobres tontitas no han tenido tanta suerte. Lo único que han tenido es un par de tetas, un buen culo y veinte años. Yo era así cuando tenía su edad e incluso más mayor. A mí me casaron con doce años y tenía catorce cuando parí a mi Gaby, y continué trayendo criaturas al mundo hasta bien pasados los treinta. Supe antes lo que era soportar a un hijo adolescente que tener una lavadora. Para mí, el mundo entero eran mi marido, mis hijos, la carretera y la miseria. Y para ellas es aún peor. Son negras ignorantes que creen que esa brujería que les hacen es tan real como el constipado que usted y yo vamos a coger como sigamos aquí mucho rato. Cristina es la que sabe más de estas cosas. Pregúntele a ella. Pregúntele. Ella sabe decirlo con palabras bonitas. A mí no me sale.

—¿Y Conchín? ¿Qué hacemos con Conchín, Tía? ¿No cree usted que está descontrolada?

—Conchín es Conchín, doña Elvira. No puede ser de otra manera y no le dé más vueltas. Si por ella fuera, no dejaría a un solo tío sobre la tierra. A veces me pregunto si no será machorra. Casi todos los hombres son idiotas, sucios y malvados, pero el juguete que traen entre las piernas los hace útiles. Al menos durante un rato y mientras les dura la tontería.

—¡Por Dios, Tía! —La jueza se permite una leve carcajada—. ¡No diga usted esas cosas! ¡A su edad y pensando aún en los juguetes de los hombres! ¿Y Conchín, lesbiana? ¡Ni me lo imagino!

—No pasaría nada porque lo fuera, oiga. Aquí, cada una hace con su *chirri* —la Tía se señala la entrepierna— lo que quiere. Yo, como no he conocido otra cosa que la de mi *Grabiél*, no sabría decirle, pero estos son otros tiempos. No los nuestros.

—Y hablando de Grabiél, ¿cómo está su marido?

—Está donde tiene que estar, doña Elvira. Donde tiene que estar.

—Por edad y por el tiempo que lleva, no puede quedarle ya mucho para que le concedan el tercer grado, ¿no?

—Pues haremos que se quede un poquito más, ¿no cree?

—No sé qué decirle, Tía. Usted verá.

—Yo lo metí allí dentro, su señoría. Con su ayuda, claro. —La voz de la vieja gitana suena tan dura como las águilas de piedra que tiene a su espalda—. Y yo decidiré cuándo sale. Si es que sale.



Remedios está un poco achispada. Bastante, de hecho. Roma Besalduch lo sabe porque su madre no ha parado de hablarle desde que salieron de la casa de su tía, bien entradas las seis de la tarde. El cambio desde el silencio helado al parloteo constante ha sido tan repentino y acentuado que Roma sabe que se debe al vino y al pacharán con los que Remedios ha hecho pasar el marisco, el asado de cordero y las toneladas de dulces. La comida de Navidad con la familia de Pilar, la hermana mayor de su madre, ha sido, como corresponde, pantagruélica, ruidosa y extenuante para la inspectora. Roma, sin embargo, apenas ha ingerido nada de las succulentas viandas, porque su cabeza no estaba en el gigantesco salón comedor del chalet de su tía en L'Elia, a quince kilómetros de Valencia, sino en el cruce de las calles Horts y Gutenberg del centro histórico, ante un cadáver ahorcado y con las manos desolladas.

Roma no ha contado nada del hallazgo. «Cosas del trabajo», se ha limitado a decir cuando han llegado a la reunión familiar. No era plan de dar demasiados detalles que revolvieran los estómagos preparados para el banquete navideño. Remedios ni siquiera le ha preguntado qué demonios había pasado cuando, ya eran más de las dos del mediodía, se ha presentado en casa para recogerla a ella y a Morgana para acudir a la residencia de sus únicos parientes. Llegaba con más de una hora de retraso.

Como cada 25 de diciembre, la casa de su tía era un verdadero torbellino de idas y venidas con platos, fuentes y copas; todo ello embarullado más aún si cabe por una legión de niños de todas las edades comprendidas entre los tres y los dieciséis años. Al contrario que su madre, que con Roma se había plantado en lo de tener hijos, Pilar había tenido cinco vástagos, todos ellos casados y con dos y tres retoños cada uno, con lo que el encuentro anual tiene cada vez proporciones más grandes y caóticas. Morgana se lo ha pasado de lo lindo con sus primos y a la abuela se le ha descongelado el rictus de cabreo conforme bebía más, charlaba con su hermana y discutía con su cuñado sobre política. Por ese orden.

—¡Ay, nena! —Remedios llama a su hija mientras se derrumba en el sofá—. ¡Creo que me ha sentado un poco regular el cordero! ¡Estaba buenísimo, pero tengo ahora un mareo y un mal cuerpo!

—Yo solo he probado un poco —contesta Roma mientras reprime una sonrisa maligna, porque sabe a la perfección que no ha sido la carne lo que ha provocado que su madre esté como está—. Me he puesto las botas —miente— con los entrantes y el marisco; luego ya no tenía hambre. Lo que tengo es la cabeza como un bombo con tanta gente y tanto barullo.

—Mira que le digo a mi hermana que se pasa con la comida —contesta Remedios—. En fin, ya sabes cómo es tu tía. Siempre pensando en que no va a haber suficiente. Van a estar comiendo sobras hasta el mes de marzo. Bueno... ya se apañarán.

—Y nosotras también —dice Roma mientras señala la pila de recipientes de

plástico de la mesa de la cocina, repletos de restos—. ¡Qué barbaridad!

—¡Ay, sí! —Remedios se estira entre los cojines—. Lo arreglaremos. Ahora no puedo ni mirarme. ¡Madre mía! ¡Qué mareo! Mañana no trabajas, ¿no?

—Pues —Roma titubea, ya que intuye que la respuesta que tiene que dar a su madre puede provocar que vuelva el hielo— no lo sé. Es que lo de esta mañana ha sido muy fuerte.

—Lo de esta madrugada, querrás decir. —Para sorpresa de Roma, Remedios no parece enfadada, sino interesada e incluso comprensiva—. ¿Tan grave ha sido, cariño?

—Horrible, mamá. Horroroso. —Roma baja la voz para evitar que Morgana, que en teoría está en su cuarto jugando con la tableta, la oiga—. Un chico negro, ahorcado, en plena calle... Como lo oyes.

—¡Qué me dices! —Remedios tiene los ojos como platos—. ¡Qué salvajada! ¡Es que la ultraderecha campa a sus anchas hoy en día! ¡Peor que cuando yo era joven! ¡Y como encima les están dejando, pues ya ves!

Roma hace como que ignora la última frase de su madre. Para Remedios, la culpa de todo es de una ultraderecha que, en su pensamiento, no ha dejado de actuar ni un solo día desde que murió Franco, aunque hoy ya no saluda brazo en alto, sino que está agazapada, como dice ella, en el Ibez 35.

—No sabemos nada aún, mamá. Mañana le harán la autopsia y ya veremos.

—Vaya semanita de Navidad, nena. En cuatro días, dos fiambres. Menos mal que el primero fue de muerte natural, ¿no?

—Eso parece —contesta Roma—. De todas formas, tampoco hemos acabado con ese asunto todavía.

—¿Por qué?

—Pues porque puede ser que le hubiera tocado la lotería.

—¿Cómo dices?

Roma le cuenta a su madre toda la historia de Alfredo Montesinos. Su pasado como maltratador y como policía corrupto. También le explica que la casualidad o el destino quiso que la vida de semejante individuo acabara en un episodio a medio camino entre la justicia poética y el chiste malo.

—Pero —inquire Remedios— ¿no habéis encontrado el décimo premiado en su casa?

—No. Pando y Ramos fueron la mañana del día de Nochebuena, registraron el piso de arriba abajo y no dieron con él.

—¿Estáis seguros de que tenía uno?

—Llamamos a la empresa en la que trabajaba, en el puerto, y la chica que nos cogió el teléfono nos dijo que todos jugaban, así que... suponemos que sí.

—¿Y no se lo daría a alguien? O... se lo quitaron.

—Nos queda un último cartucho que quemar, mamá. Mis compañeros interrogaron a los vecinos y les contaron que veían a Montesinos con una mujer, una

sudamericana, que parecía vivir con él, pero que hacía semanas que no se encontraban con ella. Una señora del mismo rellano les contó que coincidió en el ascensor con, creía, un médico y una enfermera que habían ido a casa de este tío, según les dijo, para ponerle inyecciones para la ciática.

—¿La misma noche en que la palmó?

—No, no. Fueron un par de días antes.

—¿Y creéis que estos dos pudieron birlarle el boleto premiado? ¿Dos o tres días antes del sorteo? —Remedios pregunta con el brillo de la burla en sus ojos—. ¡Hija de mi vida! Eso parece sacado de una novela negra de las malas.

—Ya. —Roma también sonríe—. Tienes razón. Demasiado rebuscado. Igual perdió el décimo o vete tú a saber qué pasó con él. A lo mejor ni siquiera lo tenía. Lo que ocurre es que Patricia está empeñada en buscarlo para que lo cobren su ex mujer y sus hijos. Con todo lo que les hizo pasar ese malnacido, era justo que, al menos al morir, les dejara algo bueno. ¿No crees?

—Visto así... —dice Remedios—. ¿Y qué pensáis hacer?

—Patricia dice que podríamos averiguar quién cobra los premios y, así, intentar pillar a quien se lo hubiera quedado, pero creo que hasta ella misma sabe que eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Pues porque no seríamos capaces de demostrar que alguien lo robó. Además, habría que convencer a la jueza para que hiciera un requerimiento a Hacienda y a Loterías del Estado para que identificara al cobrador de un boleto del que no tenemos ni un solo dato. Sería encontrar la aguja en el pajar, como dice Ramos.

—¿Y si los que lo cobran son esa mujer sudamericana o el médico y la enfermera?

—¡Uy! —exclama Roma—. Siempre pueden decir que el propio Montesinos se lo regaló o que lo compraron en el mismo sitio.

—Ya veo. Con razón se usa tanto esto de la lotería para blanquear dinero, como hacía el pajarito aquel de la Diputación de Castellón que le tocó no sé cuántas veces el primer premio.

—Pues sí. Además, la jueza ya ha firmado, creo, la autopsia judicial, así que el caso está a puntito de cerrarse. Con el ahorcado del barrio del Carmen vamos a tener faena para rato.

—Pues fíjate —apunta Remedios—, a mí me llama más la atención que fueran un médico y una enfermera a su casa a ponerle inyecciones para la ciática.

—¿Por qué?

—Pues porque con todos los putos recortes en sanidad, educación y bienestar social —Remedios cita de corrido las tres áreas del sector público con la velocidad que otorga repetir la expresión casi a diario—, lo de la asistencia sanitaria a domicilio está cada vez más restringido.

—Podrían ser de una clínica privada.

—Quizá. Pero, aun así, mandar a un médico y una enfermera me parece mucho para un simple ataque de lumbago. Incluso para un seguro privado de esos.

—Es curioso —reflexiona Roma—. Todo en la muerte de este tío parece normal, pero a la vez no lo es. Y cuando miras en lo que es anormal, la cosa vuelve a ser corriente. Raro, pero no imposible.

—¡Ay, hija mía! Esta vez no te sigo. —Remedios se repantiga más aún en el sofá mientras se sujeta el estómago con la mano izquierda—. ¡Qué mal me ha sentado el cordero!

—Este sujeto parecía vivir del aire, mamá. Había pagado un año de alquiler en el piso del barrio de la Fuensanta por adelantado, según nos dijo la dueña. Pasó la pensión a sus hijos sin un solo retraso durante años, pero la cantidad no cuadra con lo que cobraba, al menos según dicen los papeles. En el banco no había más de 4.000 euros a su nombre, conducía un buen coche que ha resultado ser de *leasing*.

—¿De qué?

—*Leasing*, mamá. Tú arriendas un bien, en este caso un vehículo, y lo usas como si fuera tuyo durante un tiempo determinado. Cuando el contrato acaba, puedes elegir si lo compras, lo sigues alquilando o lo dejas. Los coches de la Policía, por ejemplo, están así.

—Ya veo. Vamos, que no tenía nada a su nombre. Lo típico de los sinvergüenzas. Como el criminal de tu padre.

Roma teme, por un instante, que el infrecuente interés de su madre por su trabajo y la liberadora conversación que están manteniendo (aunque esté un poquito borracha) se disipe ante el vendaval de rencor atizado por el recuerdo de su padre: el brillante abogado laboralista que se metió en política para cambiar la sociedad y lo que hizo fue cambiar de mujer, de familia y de utopía: Jaume Besalduch pasó de soñar con una vida más justa a tener justo la vida soñada y usó la lucha de clases, básicamente, para subir de clase. Roma ya no recuerda cuál fue la última vez que su madre se refirió a su ex marido sin el epíteto «criminal» delante. Cuando era pequeña, llegó a pensar incluso que el adjetivo era extensible a todos los padres del mundo, hasta que la cara de estupor de sus amigas (y, sobre todo, de sus madres) le hizo ver las cosas de forma diferente.

—Algo así, mamá. Algo así.

—Bueno —Remedios vuelve a desperezarse—, el caso es que mañana no podrás estar con tu hija, ¿no? Pues ve y díselo, porque se ha pasado todo el día diciendo que se iba a la feria y, aquí su abuela, no piensa llevarla porque, entre otras cosas, tengo reunión en el partido.

Una espina emponzoñada de culpabilidad se clava en el costado de Roma. Lo que dice Remedios es cierto. Mañana es sábado y había prometido a Morgana que irían juntas al parque de atracciones provisional que, cada Navidad, se instala en Valencia. Sin embargo, la autopsia del ahorcado está programada para las nueve en punto. No. No habrá noria ni ti vivo. El agobio de Roma va en aumento. Está harta. Harta de ser

una mujer orquesta con la sensación perpetua de estar en todo sin llegar a nada. Pretende ser una buena madre que brinda todo el tiempo y dedicación que necesita — o cree que necesita— su hija; además, cumplir con su trabajo como la notable profesional que espera —o esperan— que sea; también cultivar su grupo de amigas; hacer ejercicio; tener aficiones que la enriquezcan como persona y, de paso, volver a entrar en la talla 40 para la que aún tiene ropa en los armarios que hace diez años que no se pone. Y eso por no hablar de la posibilidad de encontrar un compañero de viaje apuesto, amable, atento, culto, que quiera a Morgana y, al menos, que aguante a su madre o que haga como que la aguanta, porque con Remedios tampoco es cuestión de pedir peras al olmo. Quizá Patricia tenga razón: «De esos no hay, Roma. O tienen un buen polvo o una buena conversación, pero las dos cosas a la vez, chica, yo no he encontrado ninguno. No digo que no quede alguno por ahí, pero o son gais o ya están pillados.»

Roma mira a su madre. Remedios tiene los ojos cerrados. Los vapores del alcohol y la comilona le han convertido los párpados en cortinas de plomo. La inspectora ve la oportunidad y la aprovecha.

—Mamá, ¿a qué hora tienes la reunión en el partido?

—La convocatoria es a las doce —contesta Remedios—, aunque nunca se empieza antes de las doce y media o la una menos cuarto.

—Pues he pensado —la voz de Roma es dulce, casi un susurro— que te puedes quedar con Morgana hasta las doce y yo vengo y os recojo en coche. Te dejo a ti en la agrupación y me voy con la niña. Es que tengo que estar en la autopsia, mamá, en serio.

—Ya me lo figuro, nena. —Roma sospecha que su madre está más dormida que despierta—. Pero no llegues tarde como hoy, ¿eh? Que igual mañana nos cargamos al secretario general de la agrupación porque es un inútil y tengo que estar para la votación.

—¿Qué? —ríe Roma, a la que le divierten mucho las conjuras en las que se mete Remedios—. ¿Cómo pretendéis hacer eso?

—Pues siendo más que ellos, Roma. —Remedios abre un ojo que brilla con aire travieso—. Sabemos que más de la mitad de la gente de Pérez no estará, así que propondremos una votación sobre el informe de gestión que tiene que presentar mañana y como la perderá, pues quedará como el idiota que es ante la dirección. Y para el congreso comarcal nos lo comemos con patatas fritas.

Roma sonríe. Está convencida de que a su madre, más que su histórica militancia progresista, lo que más le gusta son estas jugarretas y complots de estar por casa en las que Remedios participa desde hace años, a pesar de que ha perdido bastantes más de las que ha ganado.

—Vale, vale —Roma levanta las manos en señal de rendición—, lo que tú digas, mamá. Yo os recojo a las dos aquí a las doce.

—En punto, nena. —La mirada de Remedios se vuelve dura como el pedernal—.

En punto.

\*\*\*

Hace apenas tres horas, nadie hubiera dicho que aquello podía volver a la normalidad. Sin embargo, ahora, las mesas de acero inoxidable relucen bajo los tubos fluorescentes y el suelo de gres pulido despide un agradable aroma a detergente que se impone con lentitud sobre el olor a mil guisos. Los montones de cacerolas sucias, las pilas de platos manchados con restos de comida y los amasijos de cubiertos grasientos han desaparecido y, en su lugar, las cocinas del comedor de beneficencia del Real Monasterio de la Trinidad de Valencia vuelven a ser la réplica material y alcanzable de ese rincón del universo ordenado y limpio que ambas mujeres han perseguido, sin conseguirlo, durante toda su vida.

Las dos están agotadas. Sus caras y sus ademanes acusan su participación en los dos turnos en los que se organizan los voluntarios de la obra social del convento franciscano. Ambas estaban aquí de buena mañana para ayudar en la preparación de la comida de Navidad para los más necesitados y las dos han ayudado al equipo de limpieza que ha devuelto el orden donde antes solo había caos. Durante las casi diez horas seguidas que han estado trabajando, se han dirigido apenas unas cuantas miradas furtivas, pero no han cruzado ni una palabra. Ni siquiera se han sentado juntas en el almuerzo temprano que han compartido los voluntarios con las monjas clarisas que rigen el monasterio antes de que se iniciara el servicio; ni tampoco durante la merienda bien surtida de dulces navideños de factura monástica. El refrigerio ha servido para agradecer a los laicos (como ellas dos) su desinteresado trabajo y a los miembros de la Orden Franciscana Seglar su compromiso.

Ahora ya no pueden ignorarse por más tiempo. Ambas tienen la piel de las palmas de las manos arrugada por culpa de los guantes de goma y del agua caliente con la que han fregado docenas de cazuelas, bandejas y fuentes y —a pesar de los pañuelos blancos que han llevado durante horas— el pelo sucio de grasa tras un día entero en el interior de una cocina. Las dos mujeres coinciden en la misma mesa donde no hace tanto se acumulaban montañas de vajilla pringosa. Cada una está a un lado del mueble, de más de cuatro metros de longitud, con un trapo en una mano y una botella de desengrasante en la otra. Tras pulverizar la superficie con el producto químico, ambas se aplican en frotar la mitad que les toca de la plancha metálica. Y lo hacen con ganas. O más bien con rabia. Nadie diría que las dos han estado trabajando durante todo el día ni que ninguna de las dos, en su vida diaria, hace por sí misma las tareas domésticas. Los paños dibujan rápidas espirales imperfectas, casi enloquecidas por los brazos que los empujan como si cada barrido circular de la tela impregnada con el limpiador borrara algo más que manchas de sopas y salsas. Frotan como si pudieran eliminar los lamparones que ambas tienen en el alma con la misma facilidad con la que resucitan los destellos de neón sobre la tabla de acero inoxidable. La más

joven —aunque ya no es ninguna niña— tiene los ojos clavados en el centro ambulante del torbellino que dibuja con su mano derecha como si pudiera taladrar el metal con la fuerza de sus pupilas negras. La mayor la observa —aunque sin dejar de mover el trapo— y espera a que sus miradas se encuentren. Elvira Quirós está más que acostumbrada a dar órdenes y el tono de su voz así lo advierte cuando rompe el hechizo con el que su compañera se ha hipnotizado a sí misma gracias a los movimientos circulares del paño empapado de desinfectante.

—Cristina. Tenemos que hablar.

—Doña Elvira. —Cristina mantiene la vista fija en el abismo que su mente dibuja en el centro de las espirales que bailan entre estelas de detergente industrial—. Empiezo a estar, imagino que igual que usted, muy cansada después de trabajar aquí todo el día y solo quiero acabar e irme a mi casa. La he visto antes en el claustro, con la Tía. ¿No se lo ha explicado ella?

—No. —La jueza es tajante—. Y no me he quedado tranquila con lo que me ha contado. Lo de esta mañana, Cristina —la mujer baja el tono pese a que las otras personas que están en la cocina están muy lejos como para oírla—, ha sido lo peor que he visto en más de treinta años en los juzgados. La Tía me ha dicho que fuisteis tú y Conchín las que decidisteis los —titubea, buscando la palabra exacta— detalles del asunto.

—Así es, doña Elvira. Así es.

—Pero a mí no me contasteis nada.

—Nunca lo hacemos. Usted misma decidió que fuera así por seguridad cuando empezamos toda esta historia. ¿No se acuerda?

—Perfectamente, niña. —A pesar del apelativo cariñoso, el tono vocal es gélido—. Y también me acuerdo de que soy yo quien decide qué se hace.

—¿Por qué estamos aquí? —Cristina no ha dejado de trabajar ni un solo segundo desde que empezó la conversación—. ¿No tenemos otro sitio para pasar la Navidad? ¿Acaso no tenemos familia o amigos con los que reunirnos en un día como hoy? ¿Qué estamos haciendo aquí, doña Elvira? Dígamelo.

La magistrada para de limpiar y apoya ambas manos sobre la mesa. Está sorprendida por la serie de preguntas de su compañera. Hace muchos años que tuvo que acostumbrarse a ser ella la que tenía las respuestas para las preguntas de toda la gente que tenía bajo sus órdenes, y esta es una de las raras ocasiones en las que no sabe qué contestar. La ristra de cuestiones de Cristina no es sino una sola; la primera: ¿por qué están aquí? Titubea. La duda se extiende durante un par de segundos, pero Cristina percibe que el dardo ha dado en la diana y que el veneno que emponzoñaba su punta ha hecho efecto. La jueza Quirós pulveriza más detergente sobre la mesa metálica y, en cuanto empieza a extenderlo, responde:

—Bueno. Estamos aquí porque queremos ayudar a la gente. Al menos, yo estoy aquí para eso.

—En efecto, doña Elvira, en efecto. Y les ayudamos de diferentes maneras, ¿no?

Aunque ninguna de ellas parezca la correcta. Ni siquiera sabemos si vale para algo, si es eficaz. Pero, aun así, lo hacemos. Esta mañana yo estaba cortando repollos mientras usted preparaba bandejas de queso y jamón. Y luego yo fregaba cacerolas mientras usted recogía platos, y ahora, aquí nos tiene, limpiando esta mesa.

—Esto es una obra benéfica de una congregación franciscana que ha ayudado a los valencianos más necesitados desde hace siglos. Nosotras —la jueza Quirós se esfuerza en recuperar el control de la conversación, aunque ni siquiera sabe para qué— somos dos voluntarias más que ayudan a la orden a desempeñar su labor. Que sea cortando repollos o limpiando mesas tiene poca importancia.

—¿Y cree que somos eficaces, doña Elvira? —El brazo derecho de Cristina sigue haciendo círculos sobre la superficie reluciente—. ¿De verdad lo cree?

—Si no lo creyera no lo haría, Cristina. De verdad que no. Aun así, no veo qué tiene que ver esto con lo otro.

—Si nos fijamos en las acciones concretas que usted y yo hemos hecho hoy, es difícil ver la ayuda específica en alguna parte. Todo lo más que habremos conseguido es que un grupo de gente que tiene una vida de mierda, al menos por un rato, haya sentido cierto calor familiar como corresponde al día de Navidad, aunque haya sido con un cocido gigantesco hecho en una cocina industrial. Luego, con la tripa llena y hasta un pelín achispados, volverán al pozo de estiércol de donde salieron este mediodía para venir a este comedor de beneficencia donde unos cuantos privilegiados nos ponemos el delantal y los guantes de goma para jugar a ser mejores personas, aunque, en el fondo, sabemos que no hemos solucionado nada, doña Elvira. No hemos arreglado nada. Solo hemos puesto una tirita con la que pretendemos curar una amputación. Y estoy harta de intentar parar tanques con los puños, doña Elvira. Harta.

—Sabes que no puedo estar de acuerdo contigo cuando te pones tan negativa. Y sigo sin saber qué tiene que ver una cosa con la otra. —La voz de doña Elvira denota que está perdiendo la paciencia a pasos agigantados—. No creo que sea momento ni lugar para filosofar, querida. A no ser que intentes psicoanalizarme, lo cual aún me parecería peor.

—Ni estoy filosofando ni psicoanalizándola, doña Elvira. Solo le quiero explicar que cada tarea necesita su herramienta, y lo de esta mañana, que tanto le ha impresionado, es lo que debía hacerse. Ni más ni menos. Le recuerdo que somos Conchín y yo las que hemos hablado con ellas y sabemos cómo funcionan sus cabezas. En la calle, pronto se sabrá lo que ha pasado y habrá otras que irán a la capilla y, por tanto, a nosotras. Ya verá. No se preocupe tanto.

—Lo de la capilla también me pone nerviosa, no te creas —dice la magistrada—. Hay algo, no sé, obsceno en ese sitio. Algo blasfemo.

—¿Cuándo estuvo usted allí, doña Elvira? —inquire Cristina, aunque sabe cuál es la respuesta—. Se lo diría a la Tía antes, supongo. Por su propia seguridad, digo.

—Sabes perfectamente que no he puesto un pie en aquel lugar en mi vida ni lo



pienso hacer. Solo sé de ella lo que me habéis contado. Y a veces pienso que ya sé demasiado.

—Es un lugar especial —dice Cristina— a su manera, claro. Tan sagrado como la iglesia de este monasterio y, por tanto, tan hermoso.

—No puedes estar hablando en serio.

—Se dice que la belleza siempre está en los ojos del observador o, en este caso, del creyente. Ellas creen en lo que hay allí y, después de hoy, lo creerán aún más. Es su desesperación lo que hace que aquel cuchitril infecto, aquella pocilga, se esté convirtiendo en un lugar con poder, del mismo modo que lo es este convento. Y es poder lo que necesitamos. Como nunca lo hemos necesitado antes. Y son esas mujeres, esas pobres tontas e ignorantes mujeres las que nos lo van a dar. No se asuste por un poco de atrezo, doña Elvira. Sigamos con lo planeado y no le dé más vueltas.

—Me preocupa la Policía. El caso no lo va a llevar Rotová... digo, el inspector Gisbert.

—Si la cosa se desmadra —contesta la psiquiatra—, tenemos aún nuestro as en la manga, ¿no se acuerda? La mano de la victoria, por usar sus propias palabras, doña Elvira, no las mías.

Están ya al borde de la larga mesa metálica que brilla limpia y reluciente bajo los tubos de neón. Los otros voluntarios y las monjas encargadas de la cocina del monasterio charlan en pequeños grupos, cansados y satisfechos por la labor realizada. Ambas mujeres se acercan a corrillos diferentes, quitándose por el camino los guantes de goma y los pañuelos blancos con los que se protegían el cabello. Antes de separarse para intercambiar bromas y anécdotas con el resto aún cruzan una última mirada. En los ojos claros de la jueza Quirós se percibe un velo de preocupación, incluso de angustia. Las pupilas negras de la psiquiatra infantil Cristina Llorens son dos piedras pulidas; dos piezas redondas de azabache donde rebota el odio.

El resplandor rojizo capta su atención y levanta la mirada del periódico abierto que tiene sobre la mesa. La lámpara diminuta ilumina desde dentro la placa de plástico que indica que el ascensor está en el garaje. Por fin. Rogelio anhela con toda su alma que sea don Juan Sanahuja quien haya llamado al elevador desde el acceso del segundo sótano. Los tres hombres, junto a la señora mayor que los acompaña, que han preguntado por él y que ya esperan durante más de un cuarto de hora en los sillones del zaguán, no tienen aspecto de ser pacientes. Desde que se han presentado a la cita que empezará con retraso por culpa del notario, los miembros del cuarteto no han intercambiado ni una sola palabra. Rogelio lleva décadas observando a la gente, en especial a la gente importante, desde su mostrador de conserje del exclusivo edificio del número 11 de la calle Colón. Por eso sabe que el silencio del cuarteto apenas esconde tanto su impaciencia como su más que probable mal humor. El bedel es un perro viejo y sabe que lo mejor, en estos casos, es convertirse en parte del mobiliario; conseguir que los señores lo vean como algo que está ahí y no como alguien. Hace veinte minutos que se ha metamorfoseado en un elemento más de la ostentosa decoración del acceso principal de la finca. Igual de costosa e igual de inerte. El jovial, parlanchín y servicial Rogelio de todos los días parece ahora el gemelo de la réplica en granito del *Apolo* de Pinedo que adorna la fuente del centro del inmenso vestíbulo. Y eso que Rogelio y la copia de la escultura romana de bronce hallada a 300 metros de la playa no pueden ser más diferentes. El dios de la belleza está recostado, en actitud relajada, como si estuviera secándose a un sol ausente tras su baño de siglos bajo las aguas valencianas; Rogelio también se ha petrificado, como la estatua, con toda su cara arrugada, su bigote blanco y sus gafas de estructura dorada de cristales gruesos tan pasadas de moda como él mismo.

Que don Juan —tal y como le han dicho los tres caballeros y la señora que aguardan en los sillones tras rechazar agua, café y los periódicos del día— haya concertado una cita con ellos un sábado a las once de la mañana (aunque sean ya las once y veinte y el notario no haya aparecido) quiere decir que, sea lo que sea lo que les trae por aquí, debe ser importante. Don Juan Sanahuja no es de los que sacrifican su almuerzo de los sábados en el Club de Tennis si no es por una buena razón y, ahora que lo piensa, no consigue recordar otra situación como esta en todos estos años. Ni con don Juan, ni con su padre, que Dios lo tenga en su gloria, que también se llamaba don Juan Sanahuja y que también era notario. Y el recuerdo del progenitor del ilustre escribano que aparece tras abrirse la puerta del ascensor le trae el de su propio padre, que también se llamaba Rogelio y que también estuvo tras un mostrador como este durante toda su vida. Y que Dios también lo tenga en su gloria.

Don Juan trae cara de haberse bebido dos litros de vinagre para desayunar. Rogelio esboza una leve sonrisa de bienvenida con la intensidad justa para que el notario no la interprete como una burla. «Qué poco se parece a su padre», piensa el

portero. Ver a don Juan, el viejo, entrar y salir por este zaguán era como contemplar un manojo de sarmientos que se movían en el interior de un traje oscuro. Sin embargo, Juanito, que así le llamaban todos, era —y es— todo lo contrario. La panza le ha crecido a la vez que las cuentas corrientes y eso que ya las heredó tan gordas como él mismo. Ahora, con los cuarenta y cinco años cumplidos, ni su ropa carísima, ni el Rolex de oro que aprisiona su muñeca como el cordón de un embutido, ni su calzado deportivo hecho a medida consiguen atenuar ese aire a lechón cebado que a Julián Cano Quirós —que ya está bastante nervioso por el retraso y no puede disimularlo mucho más tiempo— le saca de sus casillas de una manera casi irracional. Le pasa no solo con Sanahuja, sino con cualquiera que tenga sobrepeso. Y cuantos más kilos, más desprecio. Para Cano, los gordos no merecen el más mínimo respeto, porque «para empezar, ni siquiera se tienen respeto por sí mismos al abandonarse de esa manera».

El abogado, que también se ha aburrido ya de jugar con el móvil sentado en el sillón de cuero, conoce bien al notario, y no solo porque ya ha requerido sus servicios en más de una ocasión, sino porque se han movido en los mismos círculos desde siempre a pesar de los cinco años de diferencia de edad entre ellos. Ambos estudiaron en los maristas, como correspondía a retoños de familias bien de toda la vida. Allí hicieron amistades con los hijos de los gerifaltes del recién estrenado gobierno autonómico que también mandaban a sus hijos a los buenos colegios religiosos que habían educado a las élites valencianas desde hacía generaciones mientras ellos pregonaban su encendida defensa de la escuela pública. Los dos fueron a los mismos locales de ocio tanto en sus años de instituto como en los de la Facultad de Derecho y tontearon un poco con la política en las organizaciones universitarias de corte conservador, pero sin meterse hasta el fondo en ella porque lo que querían en realidad era rellenar algunos huecos que faltaban en sus respectivas agendas. Después llegaron los lugares coincidentes para ambos como el Club de Tenis —aunque Cano no ha visto nunca a Sanahuja con una raqueta en la mano—, el palco VIP de Mestalla para ver al Valencia C. F., los aperitivos en los balcones del Ateneo Mercantil o del edificio de La Equitativa durante las *mascletaes* en Fallas y los *gin-tonics premium* en las mejores terrazas de Altea durante las noches tórridas del mes de agosto. Ambos han recorrido los mismos senderos para llegar a destinos parecidos, bien guarnecidos de dinero y prestigio social y con amigos comunes a menos de un grado de separación. La compañía que eligieron para el camino ha sido distinta para cada uno. Antes de Claudia, su mujer, Julián Cano tuvo algunas amigas con más o menos privilegios de roce mientras que a Juanito Sanahuja —así le llaman aún en el Club de Tenis del cual su bisabuelo fue fundador y vicepresidente en la junta directiva dirigida por don Miguel Manglano y Plasencia, barón de Vallgroc— no se le ha conocido más relación estable que la que mantiene, desde hace 45 años, con doña Guadalupe Bisquert, viuda de Sanahuja: su señora madre.

El notario saluda al conserje con una elevación de la barbilla que hace temblar la

papada mientras extiende las manos con las palmas hacia arriba para formular una pregunta muda. Rogelio capta enseguida el requerimiento y contesta ladeando la cabeza hacia la izquierda para señalar dónde esperan las cuatro visitas.

Sanahuja se asoma a la sala de espera. Murmura una disculpa por el retraso, cuya intención es tan falsa como el supuesto estado del tráfico que la ha provocado. Los tres hombres y la mujer que aguardaban al escribano se ponen de pie y le siguen hacia los ascensores. El conserje se percata de que no ha habido apretón de manos entre el recién llegado y los huéspedes. Justo al pasar por delante del mostrador, el notario se dirige al bedel.

—Rogelio: Fernando está arriba, ¿no?

—Sí, don Juan —contesta el ujier mientras consulta el reloj—. Hará como tres cuartos de hora que llegó.

Julián Cano logra frenar un insulto justo antes de que brote de sus labios. El gordo cabrón les ha tenido esperando en el zaguán del edificio como si fueran los empleados de una empresa de mantenimiento a pesar de que uno de los oficiales de la notaría estaba ya en la oficina. Es evidente que el gordo —por la cuenta que le trae— no ha tenido más remedio que acudir al despacho un sábado por la mañana, pero pretende dejar claro que, al menos allí, el que manda es él. Aunque sea con travesuras tan irritantes como esta.

Rogelio, aunque ha estado fingiendo que se concentraba en la lectura del periódico, no ha dejado de vigilar por el rabillo del ojo a las cuatro personas que aguardaban en el juego de sofás dispuesto alrededor de la mesa baja que hace las veces de sala de espera. Ahora los ve más de cerca conforme desfilan por delante de su mostrador rumbo a los ascensores. De los cuatro, el que más le inquieta es el que parece mayor y al que don Juan parece tratar con algún respeto o, al menos, con menos desprecio que a los otros tres. Y eso a pesar de la ropa de hipermercado que lleva puesta y que Rogelio reconoce al instante, pues él también la usa. Su piel clara, enrojecida por la hipertensión y el pelo rojizo, aunque ya entrecano, le señalan como extranjero; no obstante, hay algo inquietante en su cuello de toro y su mirada torva. Ahora no llueve, el cielo sigue encapotado y la mañana valenciana de este 26 de diciembre es gélida. Sin embargo, ese hombre ignora el frío con la misma intensidad que lo acusan los otros, tanto el joven y apuesto caballero del elegante abrigo de pelo de camello, que ha sido quien ha preguntado por don Juan, como el tercero, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, en quien Rogelio percibe que bajo la americana acolchada lleva puesto el traje de las grandes ocasiones. De todas las grandes ocasiones, porque no parece que tenga otro.

La señora merece también la atención del conserje. Es mayor. Muy mayor. Rogelio ha cruzado la barrera de los sesenta y su jubilación es ya una cuestión de semanas, pero la anciana le llevará, como poco, veinte años. La octogenaria es bajita, no llegará al metro cincuenta, y su extrema delgadez le da un aire frágil, como si estuviera hecha con barro sin cocer. Sin embargo, su andar firme bajo el abrigo

oscuro, sus gestos resueltos y, sobre todo, sus vívidos ojos negros la delatan como una mujer fuerte, de carácter. El ujier no puede sino especular qué clase de negocios o intereses puede haber reunido a semejante grupo un día como hoy y a estas horas. Primero ha pensado que la vieja podría ser la madre del extranjero, pero su ojo y su intuición entrenados para calibrar a la gente de un vistazo le dice que, aunque puede haber visos de maternidad en la relación entre ambos, no es eso. O no es solo eso. Además, hay algo en aquella mujer que le recuerda a su propia madre, que ahora tendría más o menos la edad de esa señora si aquel cáncer no se la hubiera llevado con cincuenta y nueve años, la pobre. Eso es. Rogelio está convencido de que el hombre del cuello de toro es extranjero, pero la forma de moverse y de caminar — que tantos recuerdos le trae de su madre— indican que la anciana es española. Y la mirada con la que el pelirrojo se ha disculpado ante ella por no cederle el paso al entrar en el ascensor ha convencido al bedel de que la que manda es ella.

\*\*\*

Roma Besalduch mira el reloj y casi nota la cólera de su madre deslizándose entre los pasos del segundero. Y conforme avanza la aguja, crece su angustia. Faltan cuatro minutos para la una del mediodía y le había prometido a Remedios que recogería a la niña a las doce en punto para que ella pudiera acudir a la reunión de la agrupación de su distrito del partido. Nota el peso del teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta, aunque no se atreve a mirarlo para no asustarse más al contemplar la descomunal lista de llamadas perdidas que debe tener. Es como si al negarse a ver la prueba de su promesa rota en la pantalla del móvil la decepción no se hubiera producido nunca. Es estúpido e infantil, pero le ha pasado toda la vida. En sus tiempos de estudiante sentía la necesidad de abalanzarse sobre los tablones de anuncios donde se publicaban las notas cuando sabía a ciencia cierta que había aprobado. Si sospechaba —o estaba segura— que lo que le esperaba era un suspenso, el corcho vacío era sinónimo de un poco más de tranquilidad interior tan efímera como falsa. Incluso ahora siempre comprueba el estado de sus cuentas bancarias con el ánimo encogido, como si su mirada fuera a romper un equilibrio imaginario o una paz inexistente; o su intervención fuera a revelar un desastre financiero que, segundos antes, no existía por la sencilla razón de que ella no lo sabía. No obstante, sabe a la perfección que si no le ha sonado el teléfono es porque hace cuatro horas que lo tiene desconectado.

El inmenso vestíbulo de la Ciudad de la Justicia de Valencia se le antoja ahora más grande e inhóspito que de costumbre a causa del vacío. El espacio, entre semana, es un hervidero de gente que pulula por las enormes instalaciones de la mayor sede judicial de la Comunidad Valenciana. Sin embargo, hoy sábado, el grupito del que Roma no ve el momento de escapar tiene el aire desvalido y extraño de un grupo de naufragos sin balsa en medio del mar gris de baldosas pulidas.

Don Alejandro de Miguel, el venerable director del Instituto de Medicina Legal,

habla como si estuviera dando una clase a sus alumnos de la facultad. Explica las cosas con pausa, vocalizando bien para que todo el mundo se entere de lo que está diciendo y, de paso, haciendo hervir la sangre a la inspectora, que ya llega una hora tarde a su compromiso familiar. Jorge Palau, el subdirector del Anatómico Forense y pupilo favorito de don Alejandro, le escucha como si fuera la voz del mismo Dios, y hasta doña Elvira parece impresionada por la enorme erudición que el médico despliega. Junto a la jueza, su fiel asistente, Gracia, que, después de tantos años junto a ella, se ha convertido —piensa Roma— en una versión económica de la propia magistrada con corte de pelo parecido y vestidos de similar factura, pero, eso sí, mucho más baratos porque el sueldo de una asistente no es el mismo que el de una titular de un juzgado de instrucción. Roma es más que consciente de que su presencia en la autopsia es una más de las muchas ventajas que ha heredado de su jefe, el inspector José Antonio Gisbert. Aunque es habitual que un policía asista a la ejecución de una autopsia, las atenciones que tanto el doctor De Miguel como la jueza Quirós le han brindado no le dan margen de maniobra. Por eso, la inspectora aguanta como puede. No quedaría profesional o, lo que es peor —piensa—, no la tomarían en serio nunca más si ante un caso de esta magnitud se tuviera que ir a hacer de mamá. Mira otra vez el reloj con todo el disimulo del que es capaz para que nadie se dé cuenta y empieza asumir que tendrá que aguantar un cabreo monumental de Remedios y la posibilidad cierta de que su madre no le dirija la palabra en los próximos seis meses. Como poco.

—Aunque habrá que esperar a que los patólogos hagan su trabajo —don Alejandro se dirige a Roma— para obtener más detalles, sobre todo, para saber si consumía drogas o tomaba algún tipo de medicación que les pueda ayudar en la investigación, la causa de la muerte es evidente: anoxemia por ahorcamiento.

—Entonces —pregunta la jueza—, no tiene usted dudas de que lo colgaron vivo.

—Y coleando, doña Elvira —contesta el forense—. Porque, no nos engañemos, esto ha sido una ejecución de manual. Es más, yo diría que al pobre desgraciado le hicieron, como decían los antiguos, bailar la cuerda.

—¿Bailar la cuerda? —pregunta Gracia, la secretaria de doña Elvira, si bien en sus ojos se lee que se ha arrepentido de hacer la pregunta, ya que no le va a gustar la respuesta.

—Por la forma del surco dejado por la soga en la piel más los desgarros que hemos encontrado en los esternocleidomastoideos y el hecho comprobable a simple vista —el forense muestra media sonrisa entre erudita y maléfica— de que no tenía el cuello roto, sabemos que no fue dejado caer para provocarle una muerte rápida, sino que fue izado y, por tanto, sufrió una agonía llena de espasmos y convulsiones que en otros tiempos más crueles que los nuestros se asociaban con un baile mortífero. Es más, yo diría que, a tenor de las rozaduras que hemos observado a lo largo del surco que dejó la soga, el sujeto luchó por su vida durante, al menos, diez angustiosos minutos. Por otro lado, está la línea argentina, que es la mejor prueba de que estaba

vivo cuando lo ejecutaron.

—¿Qué es la línea argentina, don Alejandro? —inquire Roma.

—Pues es la mejor prueba para descartar suicidios falsos. Si, por ejemplo, una persona muere estrangulada por las manos de su asesino o este ha utilizado cualquier otra cosa para llevar a cabo el crimen, uno de los trucos más viejos es colgar el cadáver para simular que la víctima ha muerto por su propia mano. Sin embargo, al diseccionar la piel de la cara anterior del cuello por la línea media, observaremos, como así ha sido en la autopsia de hoy, una línea blanquecina que subyace de forma coincidente con la posición del surco en su cara externa. Esta lesión se debe a un resquebrajamiento y condensación del tejido celular subcutáneo en la zona donde la cuerda hace presión y, como la sangre deja de llegar ahí, se produce este blanqueamiento que se intensifica conforme el cuerpo está más tiempo en suspensión. En el caso que nos ocupa en esta mañana de sábado —el galeno parece subrayar con la voz la excepcionalidad que supone que él esté trabajando en fin de semana— yo diría que estuvo colgado lo justo para matarlo, porque la línea de plata era muy tenue.

—Pero —inquire Roma— ¿lo ahorcaron en el sitio donde lo encontramos?

—No. De eso estamos seguros. —Esta vez es Jorge Palau, el subdirector, el que contesta—. Las heridas en el cuello muestran que la presión del lazo se aflojó, al menos, una vez, y hay escoriaciones en la piel que son claramente *post mortem*, o sea que...

—Que lo colgaron y lo descolgaron —concluye don Alejandro—. Y, además, lo hicieron nada más morir, porque en las ahorcaduras lo normal es que la sangre se concentre en las piernas y en los pies por pura gravedad. Sin embargo, no ha sido así en este caso, con lo que suponemos que lo volvieron a tumbar para ser trasladado e izado de nuevo.

—Pero —interviene Roma— lo que no me quito de la cabeza es que la víctima llevaba, al menos, 48 horas muerta. ¿Están ustedes seguros?

Ambos médicos miran a Roma con esa clase de paternal ternura que desprecia al que se atreve a cuestionar años de experiencia y erudición.

—Por completo, inspectora —contesta el director del Instituto de Medicina Legal—. Además, el cadáver fue, si no congelado, sí al menos conservado a baja temperatura para retrasar su deterioro. En invierno, incluso aquí en Valencia, no debe ser difícil encontrar un lugar que cumpla estos requisitos, ¿no cree?

—¿Y qué me dice de las manos? ¿Fue... —la magistrada Quirós titubea— fue desollado, así tal cual, como si fuera una ternera?

—Y si me permite el humor negro, doña Elvira, en mis casi cuarenta años de profesión no he visto una macabra obra de arte como esta. Se lo juro. En efecto, la piel fue separada de los músculos, pero no se utilizó ningún tipo de procedimiento mecánico como un cuchillo o el estiramiento. El tejido fue quemado mediante un acelerante viscoso, quizá gasolina mezclada con jabón o puede ser que con algún tipo de tela impregnada de combustible. El caso es que, una vez abrasada la superficie,

quien o quienes le hicieron esto al pobre muchacho arrancaron los restos de epidermis como si fuera una tira de cera para depilar, solo que a lo cafre.

—¡Qué horror! —suspira Gracia, la secretaria de la jueza—. ¿Qué clase de salvajes pueden hacer algo así?

—Me temo que lo han copiado, querida —contesta el médico—, de los métodos que utilizan los cárteles de la droga mexicanos. Tanto el doctor Palau como yo hemos comentado durante la autopsia un artículo del doctor Marcos Vigil, de México D. F., en el último número de la revista *Cuadernos de Medicina Forense*. En el texto se describe con profusión los horrorosos efectos de la tortura llevada a cabo con camisetas impregnadas de gasolina con la que los Zetas, que son una de estas bandas de delincuentes, matan a sus enemigos. Horrible, sí. Es horrible. De todos modos, en el informe final tendrán todos los detalles.

—Y a todo esto —dice la jueza— seguimos sin tener un nombre para nuestra víctima. ¿No es así?

—Nuestra ciencia, señorita —se excusa don Alejandro—, se limita a decir lo que podemos ver y tocar. Era un varón, subsahariano, de entre treinta y treinta y cinco años, complexión atlética, sin tatuajes ni marcas o cicatrices previas a aquellas lesiones que le produjeron la muerte o que fueron realizadas justo antes del deceso. Hemos realizado frotis bucales en la cara interna de las mejillas para obtener muestras de células epiteliales de la mucosa para ver si tenemos suerte y los chicos de la Policía Científica nos dan una alegría.

—Pero ya sabe, doña Elvira —dice Roma—, lo que suele pasar en estos casos.

La jueza mira hacia la enorme portada de cristal. Fuera, el cielo azul valenciano parece haberse ido para siempre. El fondo calizo del horizonte y la humedad que flota en el aire emborrona los perfiles blancos de los edificios de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, cuya silueta está justo enfrente del Palacio de Justicia. La jueza sabe muy bien que lo del banco de datos de ADN suena mucho mejor al oído de lo que es en realidad. La ley exige que una prueba genética sea válida ante un tribunal si coinciden 14 puntos de control, y en contadas ocasiones se consiguen tantos. Además, las muestras solo pueden recogerse por mandamiento judicial o si el detenido se presta a ello de manera voluntaria, cosa que no suele ocurrir. Por mucho que en las películas y en las series norteamericanas parezca que con un simple pelo se puede resolver el asesinato más complejo de la historia, la triste realidad es que no es tan fácil. Nunca lo es. Por eso, a veces, pasa lo que pasa. A pesar de llevar toda su vida adulta vestida con una toga y haberse criado entre tomos de legislación, cuando Elvira Quirós intuye que, como ahora, se está metiendo en el enésimo callejón sin salida, siente como se le clava en el alma aquella frase de la Tía Sol. La vieja gitana se la soltó, como siempre, junto a la tumba de la reina María de Castilla en el claustro del Real Monasterio de la Trinidad, ante una risueña Cristina y una taciturna Conchín. «Lo que yo le diga, doña Elvira —recuerda la jueza—, hace tiempo que el derecho se cargó a la justicia. Y lo sé por experiencia.»



Aún nota el temblor tanto en las piernas como en las manos. Por un instante considera la posibilidad de tomarse otro Rohypnol de un miligramo para calmar su corazón desbocado y la respiración entrecortada. Se lo piensa mejor y, para evitar la tentación, guarda el blíster en el cajón de su escritorio. Se estira en la butaca al tiempo que cierra los ojos e intenta, como le dijo el psiquiatra, inspirar profundamente por la nariz y exhalar de manera suave y prolongada por la boca. Los ejercicios respiratorios están muy bien, pero lo que de verdad le ayuda es la alquimia concentrada en la pastilla verde que, tragada con la ayuda de un trago del licor herbero de la sierra de Mariola, hará que su tensión arterial descienda, sus músculos se relajen y la pesadilla que acaba de padecer se disuelva entre los pliegues del sistema límbico de su cerebro. Es consciente de que la píldora de flunitrazepam necesita entre quince y veinte minutos para que haga su magia y le brinde entre ocho y doce horas de calma y tranquilidad. Doce horas que utilizará para poner su cabeza en orden y comprobar —aunque está casi seguro de que no sería necesario— que no van a encontrar nada que puedan usar. Nada.

Juan Sanahuja se repantiga más aún en el carísimo sillón de roble y cuero. El asiento protesta con unos cuantos crujidos cuando el obeso notario obliga a las hechuras del mueble a llevar a cabo otro esfuerzo extraordinario más al cambiar la distribución del peso que debe soportar. Levanta los brazos por encima de la cabeza y el estiramiento provoca que la camisa que oprime su barriga se escape de la presa del cinturón. Apenas unos pocos centímetros de tela permanecían sujetos bajo la cinturilla del pantalón y ahora, ya en libertad, dejan a la vista el vientre peludo y fofo que indica que su propietario es un hombre de buen apetito. De muchos y refinados apetitos.

También es un hombre que odia las discusiones. Esa es una de las razones por las que le encanta su trabajo: a un notario no le lleva la contraria ni Dios, y si dice que una cosa no puede hacerse, es que no puede hacerse. Pero no atendían a razones. Ha estado a punto de llamar a Fernando —el oficial de la notaría al que también ha hecho venir al despacho en sábado y que ahora espera en la antesala— para indicarle que llamara a la Policía, si bien sabía a la perfección que el gesto no era más que una fanfarronada. Por eso está tan alterado; por eso ha tenido que tomarse, de buena mañana, una de las benzodicepinas más fuertes que existen, diez veces más potente que el Valium. Y por eso aparta la vista del cajón donde ha guardado la caja de tranquilizantes, para no meterse otro trocito de paz esmeralda comprimida entre pecho y espalda.

«Le tenía que haber hecho caso a mamá —piensa— y haberle dicho al imbécil de Julianito Cano que en la notaría no se trabaja durante los fines de semana y que hubieran venido el lunes, como todo el mundo.» En su cabeza se van formando, a toda velocidad, toda suerte de respuestas ingeniosas e hirientes a partes iguales que le

debería haber dicho al abogado, pero que se le ocurren ahora. Reproduce en su mente la escena y en su memoria, que empieza a ablandarse por el psicotrópico, van apareciendo otras bravuconadas, nuevos detalles y chispeantes réplicas que, sin duda, las reproducirá para su madre como si las hubiera soltado de verdad. «Julianito es un gilipollas y Tejedor un pobre cretino que no sabe que se la están metiendo doblada.» Los pensamientos insultantes se amontonan en las meninges en oleadas de venganza imaginaria. «La peor, la puta vieja que traducía al mameluco ruso; pero ¿quién se había creído que era?» La intérprete ha sido, con seguridad, lo más desconcertante de la reunión: «Con la cantidad de tías buenas que debe haber por ahí que sepan hablar ruso y español, cómo es posible que Tkachov se haga servir de ese vejestorio.» Aunque no tiene ni idea de los gustos sexuales del ruso, Sanahuja cree, porque así lo dice su madre, que a todos los eslavos les gustan las rubias de cardados imposibles, tetas recauchutadas y morros a reventar de bótox. Por ese motivo, lo de la octogenaria traductora es aún más incomprensible.

«Pero se lo dejé muy clarito, mamá. —El notario ensaya con los ojos cerrados la conversación que, quizá, se atreva a tener con su madre en un par de horas—. Le dije a Julianito... sí, mujer, claro que sabes quién es. Lo hemos visto en el Club de Tenis muchas veces. Sí. Ese que es hijo de una jueza. Que está casado con Claudia, la hija pequeña de Llimera de Boix. Ese mismo. ¿Ves como sí lo conoces? Bueno. Como te comentaba... que le dije que en una notaría no se hacían esas marrullerías. Pero él erre que erre, mamá, en serio. Un horror. Al final los tuve que echar del despacho... no te digo más.»

Sanahuja se queda especialmente satisfecho con la última mentira que ha imaginado para entretener la sobremesa de su anciana madre. No los ha echado; se han ido porque han querido. De hecho, el escribano está seguro de que no hubiera aguantado la presión durante mucho tiempo, pero, gracias a Dios, resistió encerrado en su negativa silenciosa tan solo un segundo más que el fuego cruzado entre Julián Cano y Tkachov traducido por Modesta o, lo piensa ahora, Modesta a secas, porque no parecía que el energúmeno ruso hablara tanto en su idioma como la vieja bruja traducía.

Al principio, fue el abogado el que llevaba la voz cantante y las cosas iban bastante bien. Don Augusto Tejedor Aguilar, como presidente del consejo de administración de la empresa Logística y Servicios de Construcción, S. A. presentaba un poder de representación de otros ocho miembros del consejo —su padre, su tío, tres hermanos y tres primos carnales— mediante el cual se le otorgaba la capacidad de firma en la adquisición de tres paquetes de acciones de la empresa propiedad, a su vez, de otras tres mercantiles de nombre extraño que Sanahuja no consigue recordar, a pesar de su prodigiosa memoria, lo que le indica que el miligramo de Rohypnol está haciendo su trabajo. En principio, la operación no tenía ningún tipo de complicación más allá de los trámites habituales de escritura pública, registro y demás. El problema vino con lo que pidieron luego.

O no lo entendían o no lo querían entender. Lo que exigían no podía hacerse por muchas razones, pero la principal es que el responsable de todo sería él y se enfrentaría no solo a una pena de prisión, sino, lo que era mucho peor, a la inhabilitación para la notaría, y eso no iba a permitirlo. El ruso, la intérprete y el abogado (Augusto Tejedor ya no estaba en la segunda parte de la reunión) querían formalizar la venta de una urbanización de viviendas unifamiliares a medio hacer. Eran poco más de 8.000 metros cuadrados en el número 214 de la avenida de las Gaviotas de la pedanía de El Perellonet. El terreno con los esqueletos de los chalets sin acabar estaba a 400 metros de la Gola de El Perelló, uno de los cinco canales por los que se desagua la Albufera. La propiedad se repartía entre las mismas tres empresas y, en teoría, iban a ser adquiridas por una firma —de su nombre sí se acuerda— llamada CLaVE que era propiedad del propio Julián Cano Quirós y de su mujer. Tampoco hubiera habido problemas con ella si no fuera porque Tkachov, así lo graznaba la grulla traductora, quería que el documento de compraventa se fechara, como mínimo, a principios de diciembre. Y si era a principios de noviembre, aún mejor.

Eso era lo que no se podía hacer. Sanahuja se cansó de enumerar artículos de los códigos Civil, Mercantil y Penal que eran violados por diecisiete sitios por la pretensión de los rusos. Lo más extraño es que Julián Cano parecía de acuerdo con semejante barbaridad jurídica a pesar de ser el responsable de uno de los bufetes de abogados más exitosos de Valencia y de ser hijo —y nieto— de quien era. Bueno, no era que estuviera del todo de acuerdo, sino que, en un determinado momento, una mirada de súplica le sugirió al notario que el abogado defendía lo indefendible porque no tenía más remedio. De todos modos, Sanahuja no pensaba ceder. Ni por asomo. Intentó explicarles que, como notario, estaba obligado a aplicar los preceptos jurídicos y, sobre todo, el principio de seguridad jurídica. «Y es que, mamá, les expliqué que la actuación notarial es pura, transparente y lícita de principio a fin e incluso les recordé aquella frase de Joaquín Costa que tanto le gustaba recordar a papá; sí, mamá, lo de “a notaría abierta, juzgado cerrado”. Pero ni por esas. Al final les tuve que pedir que se marcharan, porque por ahí yo no iba a pasar. Ni en sueños.»

A su madre le va a encantar la historia, si es que se la cuenta. El miligramo de Rohypnol corre libre por su sistema nervioso central, de forma que nota como sus músculos se reblandecen y una ligera modorra se apodera de él como un conquistador benévolo. Bendita pastilla verde que proporciona paz y tranquilidad en tan solo un cuarto de hora. Lástima que la retiraran del mercado hace un año, más o menos, después de que se detectaran varios casos de que se había utilizado para sedar a chicas que luego fueron violadas. El Rohypnol no tiene sabor ni olor y es perfectamente soluble en una bebida. Tras su desaparición de las farmacias españolas, se hizo un poquito más complicado conseguir las píldoras y, sobre todo, subió el precio de poco menos de dos euros la caja de veinte comprimidos a casi cuarenta. Para Sanahuja, no obstante, el dinero no es un problema y las cajas le llegan de una

buena farmacia de Andorra de toda confianza. Nada de comprar porquerías por Internet de las que uno nunca sabe qué es lo que va a recibir.

A pesar de que no es un anciano, a Juan Sanahuja no le gusta la tecnología. Nada. Lleva un iPhone de última generación porque ante sus amigos y conocidos del Club de Tenis no puede aparecer sin un artefacto acorde a su estatus, pero del que solo sabe usar la décima parte de sus funciones. Le agrada la seguridad del papel, del correo certificado, de los oficios sellados y el timbrado público. Es de los que paga en efectivo o con cheques barrados y firmados y rara vez utiliza tarjetas de crédito, a excepción de la de El Corte Inglés. La rapidez y la intangibilidad del mundo digital le desasosiega. Su tamaño y su peso le hacen lógicamente lento y le gusta la parsimonia en casi todo. Por eso le encanta ser notario, porque en el mundo de los documentos y los preceptos legales que todo escribano público debe manejar, la prisa no existe. O no debe existir. Sí. Todo lo que merece la pena en esta vida se tiene que hacer pasar despacio. Lo más despacio que se pueda.

Mira el vaso en el que se ha puesto el primer trago de herbero con el que se ha tomado el comprimido. El tenue reflejo esmeralda que brilla en el fondo de cristal le despierta la necesidad de otro chupito. Está mucho más relajado y sabe a la perfección que no se debe mezclar el Rohypnol con alcohol y, después, conducir. Por ese motivo cogerá un taxi para reunirse con mamá en el restaurante. Con el disgusto ya disipado gracias a la benzodiacepina abre la pequeña nevera camuflada tras un panel de madera, se coloca un cubito en el vaso y un chorro generoso del aguardiente alcoyano. El herbero, la mezcla de anises secos y dulces donde se han macerado hojas de poleo, tomillo, romero, salvia, rabo de gato y hierba de San Guillermo se desliza con lujuria como si el hielo se desnudara de un vestido hecho con seda líquida. Espera. Las cosas buenas siempre necesitan un tiempo de espera. El licor se agua y, merced a la baja temperatura, modifica su textura y composición con esa deliciosa lentitud que Sanahuja aprecia en casi todo. La bebida cambia a una textura más liviana y el recio alcohol de los anisados pierde su bravura. «Pura crema — piensa en voz alta—. Suave y deliciosa.»

La mixtura de los aromas se mezcla en su pituitaria cuando clava la nariz en el vaso para capturar el olor a monte encerrado en el aguardiente. De paso, le acentúa un poco más la somnolencia inducida por el Rohypnol. Mira el reloj. Es casi la una y media de la tarde. «Con mamá he quedado a las dos y media, así que hay tiempo.» Se deja caer de nuevo en el sillón heredado dispuesto a no hacer nada en absoluto durante la siguiente media hora larga. Por un momento piensa en decirle a Fernando, el oficial que aguarda al otro lado de la puerta, que se vaya a su casa, pero lo considera mejor porque va a necesitar a alguien que le llame un taxi. Bien. Todo muy bien.

El licor herbero está llegando a su punto óptimo de temperatura y proporción entre alcohol y agua helada. Merecía la pena esperar. Del mismo modo que merecía la pena dejar que la píldora le hiciera efecto. Un repentino y agradable calor surge de

la entrepiera. Está teniendo una inesperada pero bienvenida erección. Tal y como está repantigado en el sillón, su enorme panza oculta a la vista su propio pene. El tiempo invertido en aguardar ha tenido una doble recompensa. Cambia a su mano izquierda el vaso con el espíritu anisado para poder manipular la verga con la derecha. Y, entonces, recuerda. Busca entre los pliegues de su memoria cuándo fue la última vez. Desecha de su mente con rapidez la evidencia de que, con toda seguridad, tendrá que esperar bastante para que haya un próximo encuentro como el que se dispone a recordar mientras se masturba. Es demasiado peligroso, pero como todo lo demás, lo tiene controlado por completo. El truco está en tener paciencia, en saber cuál es el momento adecuado y no ser impaciente con los propios apetitos. Sin duda, para tener éxito hay que tener, además, todas las circunstancias estudiadas y previstas y, por supuesto, no dejar rastro alguno. No obstante, la clave, como en el herbero, está en la paciencia. Es lo que tiene que te guste follar a niñas menores de doce años. Que hay que saber esperar.



Sábado, 27 de diciembre de 2014

Hoy es sábado y odio los sábados porque son de color blanco como la tonalidad de sol mayor y odio la tonalidad de sol mayor porque es blanca como los sábados. Odio el color blanco porque es el color de los sábados y la escala musical se vuelve blanca cuando se pone en sol mayor, o sea, cuando es así: sol, la, si, do, re, mi y fa sostenido. Sol mayor es la alegría, la jovialidad, la pasión satisfecha, la gratitud por la amistad verdadera, la bendición y el gozo. Y la odio: porque es como un sábado y porque es blanca. La Loquera me dijo una vez que la mayoría de los sinéستetas, como yo, asocian la tonalidad de sol mayor al anaranjado, pero yo la veo blanca; como aquella pared; como aquella voz; como aquella canción; como el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Todo él era blanco, aunque tenía en su interior otros blancos: podía ser luminoso como las piezas en sol mayor, pero justo ahí, en esa relación inocente y brillante de notas de la clave más popular de todas, en la que está compuesta la mayor parte de la música que hace sentir bien, se agazapaba el terrible si bemol menor, que siempre veo de ese blanco sucio de los huesos de un cadáver. Y, más abajo, mucho más abajo, el mismo tono albino se volvía del tono de las gasas impregnadas de alcohol de las salas de curas y del sudario de los muertos. Odio el color blanco. En mi casa no hay nada de color blanco. Ni siquiera las teclas blancas de mi piano son blancas, porque el tiempo ha amarilleado el marfil del que están hechas y así es como las quiero. Me encanta mi piano. Tiene 114 años y fue construido por el valenciano Pedro Gómez en el taller que este constructor de pianos tenía en la plaza de San Esteban, justo al lado del viejo edificio del conservatorio donde yo estudiaba. Me costó barato. Di con él gracias a un anuncio en Internet en el que los herederos de una anciana señora muerta poco antes vendían casi al peso todo lo que había en el interior de su enorme piso en la avenida del Reino de Valencia. El instrumento cogía polvo y criaba carcoma en un rincón del gigantesco salón comedor. Aquellos idiotas vendían aquella joya por 500 euros, aunque entre el transporte y, sobre todo, la restauración, me gasté veinte veces más. Aún recuerdo la cara estupefacta del restaurador cuando me negué a que blanqueara las teclas de marfil. Me gustan así: amarillas, más bien doradas, como la tonalidad de re mayor, que es mi favorita, por cierto, porque ahí es donde está, para siempre, mi madre.

Recuerdo poco de ella. Pero es muy intenso. Tanto como solo puede ser la música para mí. Yo tenía cuatro años cuando ella murió. Cáncer de mama. En alguna parte de mi casa deben estar los álbumes de fotos con retratos suyos, pero hace ya mucho tiempo que no los miro. Por eso he olvidado casi por completo su cara. Y me da igual. Recuerdo exactamente cómo sonaba y eso es mejor que cualquier imagen. Mi madre era una tenue melodía en la menor que modulaba hacia re mayor: desde la

piedad y el amor femenino a la felicidad y el júbilo. Es la única música que oigo en mi cabeza que no he podido, ni puedo, trasladar a un pentagrama ni hacer que sea interpretada por instrumentos. La Loquera me pidió una vez que le describiera la melodía de Consuelo —así se llamaba mi madre— comparándola con canciones que ella reconociera y pudiera apreciar. Le dije que intentara combinar las sensaciones que le producía escuchar la delicada *Para Elisa* de Beethoven con la profunda *Stairway to Heaven* de Led Zeppelin y, desde ahí, ascendiera al cielo con los primeros compases de la *Gymnopédie n.º 1* de Erik Satie, que, compuesta en re mayor, se inicia con una progresión de dos acordes de séptima cuajados de disonancias contra la armonía para producir ese efecto melancólico que Satie compuso para el recuerdo de mi madre casi un siglo antes de que yo naciera. Y una vez ahí, con esa tristeza concentrada, que todo explotara hacia la felicidad con *Mamma Mia* de ABBA. Y todo eso, todo junto. «No puedo hacer eso, Dani, no consigo imaginar algo así —me dijo la Loquera—. Me parece un pastiche.» A mí también me lo parecía y me lo sigue pareciendo. Por eso no he conseguido transcribirla. Por eso solo la oigo en mi cabeza y no puedo sacarla de ahí, porque no sé cómo escribir en un pentagrama ni qué sonidos puedo utilizar para que sea igual a como yo la oigo: tierna, intensa, ausente, rosada, dorada, con un regusto como de la miel de azahar, pero que huele a albahaca fresca. Todo a la vez. Eso es Consuelo. Eso es mi madre. Y ahí está siempre conmigo cuando la necesito.

Parece raro, ¿verdad? Si solo fuera eso. Aquí va un pequeño catálogo de mi mundo: percibo el comino como un sabor cuadrado, pero la cara de Mickey Mouse es un fa sostenido. La letra P es de un negro muy intenso con matices violáceos y, además, es chico, no chica como la mayoría de las letras. También es masculina la K, la S y la A y no consigo fijar si la X y la O son masculinas o femeninas porque las he visto de las dos maneras. El número cuatro es amarillo verdoso brillante y el cinco es azul eléctrico. Juntos, al principio, parecen un ocho, que es verde vivo, pero en realidad dan nueve, que tiene el color marrón de la tierra húmeda y no el marrón clarito de la heroína, que siempre canta en la tonalidad de sol menor como el primer movimiento *allegro molto* de la *Sinfonía n.º 40* de Mozart, *Money for Nothing* de Dire Straits o *Smoke in the Water* de Deep Purple.

Durante algún tiempo, me gustaba que el caballo galopase en mi interior fustigado con las cuatro notas de la escala de blues en sol menor disminuido (porque usa el re bemol en vez de el re natural que corresponde a la tonalidad) de *Smoke on the Water* que el guitarrista de Deep Purple, Ritchie Blackmore, dispuso así: sol-sib-do / sol-sib-reb-do / sol-sib-do / sib-sol. Dos de las tónicas suenan con su quinta justa invertida (si bemol con fa y do con sol) mientras que las otras dos aparecen junto a su cuarta aumentada (sol con re bemol y re bemol con la bemol) al usar una tonalidad disminuida como he escrito antes. Blackmore inicia el *riff* con su guitarra Fender Stratocaster seguida después por el teclado distorsionado de un órgano Hammond C3 que llena el espacio hasta que entra la batería y el bajo hace su aparición justo antes

de que la voz de Ian Gillan ruja. Si la *Sinfonía n.º 40* de Mozart es la heroína esperando encerrada en su diminuta bolsa de plástico, *Smoke on the Water* es la droga disuelta en humo corriendo libre ya en mi torrente sanguíneo.

De mi padre recuerdo más cosas. Todas ellas tristes. No es para menos. Le pregunté una vez al Cura (que se enfadó bastante) qué clase de Dios bueno era aquel que mandaba a la gente más de lo que podía soportar y a mi viejo —que también se llamaba Daniel— le tocó mucho más de lo que podía digerir. Y no lo hizo. Le recuerdo en si menor, esa «clave oscura» que decía Beethoven de la soledad más negra y la melancolía más feroz, aunque, a veces, también del anhelo de que todo acabe, aunque sea mal, y por eso la eligió Wagner para la *Cabalgata de las valquirias*. Es la tonalidad de *Hotel California* de The Eagles y del tristísimo arranque del primer *adagio* del *Concierto de Aranjuez*, donde el repetido acorde de si menor evoca el corazón aún latiendo de la hija muerta del maestro Joaquín Rodrigo. Solo recuerdo a mi padre así: yéndose.

Se fue porque todo se le había ido antes. Se le fue su mujer entre las garras de un cáncer cruel y el Grandísimo Hijo de la Gran Puta hizo que me fuera yo. Y, al final, también se fue él de una manera espantosa. No sé qué día de la semana era cuando murió mi madre, pero las otras dos cosas ocurrieron en sábado. Y los dos sábados eran blancos. Como hoy. Y sonaban en sol mayor.

¿Cuál de los dos sábados fue peor? Supongo que el primero. Era julio. El día anterior yo había cumplido ocho años. Hacía mucho calor, pero el cielo, igual que hoy, era blanco. Mi abuela, después de darme el desayuno, me mandó «a la solfa», que así llamaba a la pequeña escuela de música que sustentaba a la banda sinfónica de mi pueblo y donde empezaban a quedarse sin instrumentos que enseñarme. En el colegio, donde había terminado tercero de EGB aquel curso, aún leía a trompicones y mi caligrafía era horrenda y llena de faltas de ortografía. Sin embargo, en el conservatorio interpretaba piezas de dificultad muy superior a las que se daban en el segundo año de grado elemental que yo cursaba entonces; tocaba con soltura el piano a pesar de que no llegaba bien a los pedales; también el saxofón, el clarinete y la trompeta. Aquel verano jugaba con un trombón de varas que tenía la banda de mi pueblo y cuyo intérprete anterior —un tal tío Genaro— había dejado vacante porque estaba enfermo. Mi padre —que trabajaba entonces en una herrería— me hizo un artilugio, una especie de pinza que sujetaba a mi muñeca mediante una correa de cuero y que prolongaba mi bracito infantil para poder extender en su totalidad la vara del trombón y llegar así a las notas más graves. De hecho, aquel sábado de cielo blanco que, aunque amenazaba tormenta, sonaba a sol mayor cuando aún me gustaba esta tonalidad, yo iba a ensayar el *Romance* de Claude Debussy, una pieza para trombón de varas y piano compuesta en mi tonalidad favorita: re mayor, donde está siempre mi madre.

La «solfa», o sea, la escuela de música, estaba en un caserón a las afueras del pueblo, y era propiedad de uno de los miembros de la sociedad musical. Como la



mayor parte de las centenares de bandas de música valencianas, aquella asociación cultural realizaba su labor gracias al amor al arte de sus socios. La mayor parte de los profesores eran voluntarios y las cuotas y derramas se dirigían a pagar al director, al mantenimiento del edificio y a comprar algún instrumento cuando se lo podían permitir. El Ayuntamiento pagaba un par de conciertos durante las fiestas patronales y, en Fallas, la banda se dividía en particiones para amenizar los pasacalles de las comisiones que les contrataban.

Fue mi abuela quien me llevó por primera vez a la «solfa». Era ella la que me criaba y necesitaba entretener de algún modo a aquel triste niño sin madre con un padre que se refugió en la herrería para sofocar su pena en el olor de la ferralla. Nadie podía imaginar que en la música iba a encontrar todo lo que encontré y que aquella modesta banda de pueblo iba a poder enorgullecerse de tener entre los suyos a un talento como el mío.

Para mí, para el pequeño Dani, no se escatimaban los escasos recursos de que se disponían. Yo era el orgullo de aquel humilde grupo de músicos aficionados que hacían arte a base de robar horas a la familia y al sueño. En verano, así se lo dijo el presidente de la sociedad a mi padre, Dani no podía dejar de estudiar y practicar. Un profesor de música de un colegio cercano, uno de esos carísimos centros educativos religiosos para los ricos de las urbanizaciones de L'Elia y San Antonio de Benagéber, fue contratado para darme clases los cuatro sábados de aquel mes de julio. Aquel día blanco, el profesor contratado, que se llamaba Santiago, había venido con un amigo. También era músico. También era maestro. Era él: el Grandísimo Hijo de la Gran Puta, aunque entonces aún no era eso. Entonces era Miquel. Lo vi brillante, como la bendición encerrada en las notas de la tonalidad de sol mayor tal y como se expresa en *All You Need Is Love* de The Beatles; chispeante como la *Eine kleine Nachtmusik* o *Pequeña serenata nocturna* de Mozart; dulce como la *Aquarela* de Toquinho y blanco como el cielo que escondía tras su manto albino una feroz tormenta de verano.

Aquel sábado se llenó de blancura y de canciones en sol mayor. Jamás me habían dado una clase así. Por primera y última vez me encontré con alguien que parecía sentir la música de la misma forma que yo. El *Romance* para piano y trombón de Debussy fue aparcado. Los dedos de Miquel, que aún no era el Grandísimo Hijo de la Gran Puta, acariciaban las seis cuerdas de su guitarra haciéndola hablar, reír y llorar de una manera que después no le he escuchado en nadie. Tenía una voz de tenor en cuanto a la tesitura, aunque no tenía su potencia y no sé si es que en mi memoria se ha quedado la fascinación por su canto, pero el caso es que no desafinó ni una sola de las notas de las dos octavas en las que se movía, desde el do3 al do5, el famoso do de pecho de los cantantes de ópera. Cantó y tocó conmigo y para mí. Fue la primera vez que me sentí realmente conectado con alguien. Y la última. Los dos se reían. Mucho. Y me consolaron cuando el cielo blanco se volvió gris oscuro y la tormenta lo rompió todo.

No volví a casa de mi abuela. Ni a la de mis padres. De hecho, no he vuelto jamás al pueblo. Ocho meses después, un desagradable intervalo de cuarta aumentada como el que gritan todas las sirenas de policía, ambulancias o bomberos me sacó de allí. La Guardia Civil me encontró en una antigua casa de postas abandonada, entre los términos municipales de Gestalgar y Bugarra. Un lugar perdido de la mano de Dios que los de allí llamaban la Endenia y del que solo puedo recordar sin llorar o gritar sus paredes blancas como los sábados; como las canciones en sol mayor; como el cielo de hoy sobre Valencia.

No volví a casa de mi abuela porque la pobre mujer murió tres meses después de mi desaparición. Y no volví a mi casa porque mi padre estaba ingresado en el manicomio de Bétera, incapaz de manejar lo que el mismo Dios que había creado — según el Cura— la tonalidad de sol mayor para que fuéramos felices le había mandado. Yo no tenía más parientes. La Generalitat se hizo cargo de mí hasta que mi padre se recuperara. Pero no lo hizo. Se suicidó bebiendo lejía: el líquido que blanquea. El blanco. Odio el blanco. Los sábados son blancos como las canciones en sol mayor. Como el cielo hoy, que es sábado y está blanco porque quiere volver a llover.

Me han contado muchas veces la versión oficial. El tal Santiago fue encontrado en el piso alquilado donde vivía en Lliria. Estaba dentro de la bañera, con las venas abiertas y los envases de tranquilizantes suficientes como para que hubiera abierto una farmacia. También había una carta donde lo confesaba todo. Por mucho que expliqué a la Guardia Civil y a los psicólogos infantiles que en aquel sábado blanco había dos maestros de música, un tal Santiago y otro que decía llamarse Miquel, nadie había visto al segundo. Todo el mundo pensaba que estaba traumatizado; que el pequeño niño músico, cuyo secuestro había mantenido al país entero en vilo, tenía la mente rota tras vivir en el infierno. En eso último no se equivocaban. En lo otro sí. Santiago no era Miquel, que, desde entonces, se convirtió en el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Nadie me creyó durante años. Ni siquiera el Cura ni los primeros psiquiatras que me trataron. Hasta que llegó la Gorda. Era una de las enfermeras voluntarias del orfanato y resultó ser del pueblo donde estaba la Endenia, el caserón donde fui encerrado. Y ella me creyó. Y luego vino la Loquera, que también me creyó. Más tarde llegaron la Doña y la Gitana, que no sé si me han creído alguna vez, pero han actuado como si lo hicieran y, para mí, eso es bastante. A las cuatro les he dicho que Miquel, que el Grandísimo Hijo de la Gran Puta, sigue suelto por ahí fuera, blanco y dulce como una bossa nova del gran Toquinho.

Las cuatro siempre me dicen que no debo vivir obsesionado con él. Y me encantaría complacerlas, pero no puedo. Del mismo modo que me repugna el color blanco, la música en sol mayor, el olor a lejía, las paredes encaladas y los sábados. Por eso no puedo repetir ahora la conversación que he tenido hoy con la Loquera cuando ha venido a verme. Iba vestida de blanco. Además, he acabado el último renglón de la tercera página. Se acabó. Mañana más.

Es un conjunto imposible: como mirar un escaparate donde hubiera una pistola al lado de un biberón. Sin embargo, tras un día entero hablando de Hemingway y, sobre todo, de Francis Scott Fitzgerald, el desorden sobre la cómoda de la habitación de hotel donde ha pasado la noche tiene perfecto sentido. En el medio, como un faro que guiara a las naves a los arrecifes en vez de a puerto, destaca el libro. El teléfono móvil sin batería y la cadena de oro con el crucifijo están a la derecha del volumen y, a su izquierda, el frasco negro de Popper, la pequeña botella de lubricante anal, las pinzas para los pezones engarzadas en una cadena y el grueso cirio a medio consumir. En el suelo, sobre la moqueta gastada y oscura, el alzacuello ha perdido su condición de símbolo de compromiso con Dios y es ahora una simple tira de plástico que llora en blanco por los pecados cometidos.

Es el libro lo que atrae su mirada. Se trata de un volumen pequeño, una edición de bolsillo de la colección *Penguin Popular Classics* cuya tapa se adorna con un óvalo de color salmón donde figura el título, *Tender is the Night*, y el autor, Francis Scott Fitzgerald. Una fotografía en blanco y negro completa la portada. En la imagen, una mujer con un vestido negro de tirantes y que oculta su rostro bajo las alas de una pamelita se sienta sobre la barandilla de piedra de un mirador. Detrás de ella, un fondo de mar enmarcado entre montañas evoca el litoral amalfitano del sur de Italia o la Costa Azul francesa. Un barco albino, un crucero de lujo, navega por las aguas de un Mediterráneo agrisado por el nitrato de plata. Lo más atractivo de la dama no es su silueta, ni el vestido, ni el sofisticado sombrero, sino la sandalia blanquísima que luce en el pie que está visible y que destaca sobre el fondo comido por las sombras. Si el cándido alzacuello tirado en el suelo denuncia la traición, el zapato femenino de la imagen impresa chilla el fracaso travestido de éxito. La mujer, en su indolente postura sentada sobre la balaustrada, concentra el estilo de vida bohemio, brillante y sofisticado, pero también vacío, del selecto grupo de norteamericanos que, en la riqueza y en la pobreza, se corrieron una de las mejores juergas de la historia: la Generación Perdida.

Su juerga de esta noche no se puede comparar a la que disfrutaron en aquella Europa de los años veinte la pandilla de Gertrude Stein, Ernest Hemingway, John Dos Passos o el propio Scott Fitzgerald. Pero tampoco ha estado mal. El propietario del libro y del alzacuello que ahora duerme la ingesta de vodka y la intoxicación del nitrito de amilo que contiene el Popper no ha sido un gran amante. No esperaba que lo fuera y ni siquiera lo pretendía cuando lo sedujo. Con el rubio sacerdote la diversión ha estado, precisamente, en su resistencia, su inexperiencia, sus dudas y, aunque no estará ahí para verlo, en sus remordimientos. Ahora, contemplando la portada del libro que vio por primera vez en manos del religioso hace cuatro días en el café Invito alla lettura de la Via Vittorio Emanuele, saborea el malévolo impulso que mueve a los niños a romper sus juguetes más queridos y a los adultos a quebrar

aquello que el sentido común, la salud, la moral o la ley desaconsejan o prohíben. Es el deleite de lo proscrito —de lo cual tiene amplia experiencia— mezclado con la total sensación de dominio. Es agradable destrozar con las propias pisadas la armonía de una playa desierta por el mero gusto de ser el único que lo puede hacer en ese momento determinado; o escribir una obscenidad, un chiste de mal gusto o el propio nombre en una pared inmaculada (sobre todo si el muro está en un lugar histórico) solo por el egoísta afán de dejar la huella de uno mismo y compartir por la vía del vandalismo un trozo de la eternidad de las viejas piedras. Para él, el sexo —uno de los motores de su vida junto a la música y las matemáticas y, por supuesto, el dinero— merece la pena si implica la dominación total de los otros. Disfruta, como todo el mundo, de las sensaciones físicas y el deseable pero mecánico orgasmo. Sin embargo, el placer se intensifica cuando se cerciora de que no solo está sodomizando a alguien, sino que, además, le está rompiendo el alma y, además, lo está haciendo para siempre.

Mira al sacerdote tumbado boca abajo en la cama. Está desnudo por completo. También está destapado para evitar el dolor que le debe producir el roce de las sábanas al entrar en contacto en las zonas de la piel donde le vertió los hilillos de cera líquida, especialmente en los glúteos, la espalda y la cara interior de los muslos. Las leves quemaduras conforman, sobre la piel marmórea de James —así se llama— un fascinante lienzo vivo de manchas enrojecidas como las tarjetas del test de Rorschach. La cartera del religioso está abierta sobre la mesilla de noche mostrando dos documentos de identificación tras sendos protectores de plástico. El primero es un carnet de conducir del estado de Maryland y el segundo es la credencial que le acredita como alumno residente del Pontificium Collegium Civitatum Foederatarum Americae Septemtrionali, el seminario norteamericano en Roma. Le divierte la pomposidad del escudo de armas que luce el pase, con las llaves de San Pedro cruzadas bajo la corona papal y las estrellas blancas sobre fondo azul propias de la bandera estadounidense. El jovencísimo padre James es uno de los 72 escogidos por la jerarquía católica yanqui para completar sus estudios en la venerable Casa de Santa Maria dell'Umiltà, a cuatro pasos de la Fontana de Trevi.

James Frederic Miller lleva menos de un mes en Roma para hacer un doctorado en Teología. Y la vieja ciudad no ha necesitado ni treinta días para corromper a otro sacerdote, como lleva haciendo desde hace siglos. De camino hacia el hotel, a su paso por la angosta Via Anicia, en el corazón del Trastévere, mientras hablaban de la literatura norteamericana de entreguerras, han visto en el muro de la iglesia de Santa Cecilia una impresionante colección de exvotos y, en la siguiente esquina, a pocos metros, una máquina expendedora de preservativos con más de veinte variedades. «Con razón —le ha comentado el sacerdote ante el hallazgo— decía san Agustín que Roma era a la vez santa y pecadora.» No obstante, él piensa que es más bien lo último y, después de tantos años viviendo aquí, tiene más de un motivo para ello.

El cura se mueve entre los cerrojos de un sueño espesado por el alcohol y el Popper. No le costó demasiado convencer al religioso para que inhalara los vapores

del líquido. En general, no fue demasiado complicado convencer al padre James de casi nada. El Popper hizo bien su trabajo como vasodilatador para relajar los músculos del virginal ano del sacerdote. «Pobre ignorante —piensa— que no sabías cuántas cosas ha puesto el buen Dios sobre la Ciudad Eterna para perderte.» Quién iba a decir que un medicamento diseñado para aliviar la angina de pecho pudiera ser utilizado para facilitar la penetración. El cura era virgen, sin duda, pero algo en la manera en la que, muy al principio, se resistía le dice que también anhelaba compartir el destino que Lot evitó a los dos ángeles que Yahvé envió a su casa en Sodoma y que los impíos habitantes de la ciudad maldita querían violar, según cuenta el Génesis. Para el padre James no ha habido un patriarca bíblico que le salvara de la violación ni, sospecha, de la lluvia de fuego y azufre que, a buen seguro, hará caer Dios sobre su conciencia cuando despierte. El padre James quería esto y casi siente cierto orgullo por haber ayudado a que el mundo tenga la posibilidad de contar con un buen sacerdote que, al menos, ya sabe bien lo que es el pecado. Será trabajo exclusivo del religioso norteamericano lo de la culpa, el arrepentimiento y la expiación. Le hace ahora especial gracia la explicación del cura —antes de que terminaran en el hotel— sobre la palabra «Sodoma», la cual está relacionada con el término árabe *sadama*, que significa «angustia» y también «arrepentimiento». Quizá le cuente a su confesor lo bien que ha entendido la idea. El Popper le dilató el esfínter y le produjo placenteras sensaciones de calor y euforia, aumentando su ritmo cardíaco y bajando a la vez la presión arterial, pero a cambio le ha dejado los labios y las puntas de los dedos amoratadas y, para cuando abra los ojos, un monumental dolor de cabeza. Mira el frasco de Popper sobre la cómoda y siente el impulso de guardarlo para su siguiente presa. Sin embargo, se lo piensa mejor y lo deja donde está mientras otro dulce pensamiento malvado anida en su mente. Puede que el buen sacerdote lo necesite más adelante. Y también recordará dónde está la máquina de condones con dos decenas de variedades.

Ya está vestido por completo y, tras ponerse las gafas, se mira en el espejo del cuarto de baño. Se sigue gustando, y eso que ya es un cincuentón. Con todo, mantiene el vientre plano, aunque el cabello dorado de su juventud luce ahora cuajado de vetas blancas que brillan con mayor intensidad en la barba cerrada. Las lentes de montura metálica enmarcan unas pupilas de un azul frío como dos llamas de gas butano encerradas entre largas pestañas que disimulan las patas de gallo que le bordean los ojos. No tiene dentífrico ni cepillo, así que se enjuaga la boca con agua y se acerca al azogue mientras muestra una mueca para comprobar que no tiene nada entre los dientes. Se pasa la lengua por el colmillo derecho, que es ligeramente más largo que el izquierdo y, además, se desarrolló torcido, lo que le ha proporcionado una sonrisa lobuna de la que siempre ha estado orgulloso.

El padre James continúa durmiendo. Bien. Pagará la habitación y, así, el cura no tendrá ningún reproche, al menos económico, que le haga querer buscarle. Contempla su obra, el joven desnudo, por última vez mientras abre la puerta de la habitación y se

deleita en las manchas rojizas del test de Rorschach que la cera caliente ha dejado sobre el firme y musculoso trasero del religioso. Será eso lo que recuerde de su última conquista. El resto lo olvidará. Como ha hecho con los centenares de amantes-esclavos que ha tenido. Con todos, excepto con uno. Con el mejor de todos y por el que pagó el precio más alto. Vuelve la vista hacia la cómoda. El libro de Francis Scott Fitzgerald sigue ahí. *Tender is the Night*, o *Suave es la noche*, tal y como él la leyó en castellano: la historia del doctor Dick Diver, que intenta buscar la felicidad con muchos puntos ya a su favor y que termina por hundirse en la más abyecta desesperación. Y el padre James —está convencido de ello— ya ha dado el primer paso para acabar como el psiquiatra imaginado por Scott Fitzgerald.

Con la puerta abierta alarga el brazo y coge el volumen. Abre una página al azar y Dios o el diablo quieren que caiga sobre el pasaje donde el protagonista, Dick Diver, está, precisamente, en Roma y le dice a su amigo Collis: «Estoy seguro de que aquí no hay nada que me pueda gustar. A mí me gusta Francia, donde todo el mundo se cree que es Napoleón. Aquí [en Roma] todo el mundo se cree que es Jesucristo.» Deja el libro y sale de la habitación. Sonríe mientras camina por la calle con la frase leída aún viva en su cabeza. Si el joven padre James también experimenta la necesidad de creerse el Hijo de Dios, al menos ya sabrá por adelantado lo que es el Gólgota, porque él mismo lo ha llevado hasta allí.

\*\*\*

Modesta sabe que es la misma vía que recorrió hace 77 años, aunque le resulta imposible reconocer ahora nada de lo poco que recuerda de aquel trayecto. Para empezar, lo hizo en sentido inverso al que le lleva ahora el gigantesco Mercedes que, como el resto de los vehículos, se mueve con exasperante lentitud en el embotellamiento y, además, viajó en tranvía. La calle Colón de Valencia que recuerda no tenía edificios tan altos, ni tiendas tan elegantes, ni tanta gente en sus aceras. De hecho, ni siquiera está segura de que tuviera aceras y, si había, no se fijó en ellas. Sí que se acuerda del sol —ahora ausente— y del aire suave, bien diferente del gélido Madrid que había dejado atrás. También de la humedad en la palma de su mano después de tanto rato cogida a Encarnita, su compañera de viaje. Ella tenía siete años y su amiga, nueve.

Busca entre los rincones de su memoria algún detalle de las muchas horas pasadas en el tren, pero no lo consigue. No hay nada. Supone que, agotada por el llanto y el pánico sufrido tras ver a su madre por última vez, se durmió, aunque no lo sabe. Dejó atrás a sus padres luchando contra los franquistas en un Madrid gris y frío que olía a polvo de escombros y miedo para encontrarse con una Valencia azul y tibia que, en marzo de 1937, aún podía haber pasado por una ciudad ajena a la guerra si no hubiera sido por los carteles de propaganda que se exhibían por todas partes y algún que otro parapeto de sacos terreros aquí y allá. Incluso el tranvía que la trasladó —junto a los

demás niños— al puerto ponía su parte en el esfuerzo por mantener alta la moral de la retaguardia: «Valencia no será jamás del fascismo, para impedirlo, fortificaciones a todo tren», lucía el vehículo en sus costados, y así se lo leyó a todos una orgullosa y entusiasta Obdulia, la maestra bajo cuyo cuidado estaban en aquella odisea que no había hecho más que empezar. ¿Cómo es posible que aún recuerde un eslogan pintado en la chapa de un vehículo hace siete décadas? Ha olvidado tantas cosas — muchas importantes, quizá demasiadas—, pero no la leyenda impresa en aquel vagón que traqueteaba sobre los raíles de hierro como si todo el ingenio fuera a desmontarse en cualquier momento.

Más de tres cuartos de siglo después, la calle Colón se le antoja mucho más pequeña. Quizá la sensación se acentúa por el monumental atasco que colapsa la calzada y por la riada humana que abarrota sus dos aceras. Iván, el conductor, y Gueorgui, el guardaespaldas, hacen lo que tienen que hacer: uno conduce y el otro vigila tras unas lentes oscuras que no necesita desde el puesto del copiloto. Aunque no tienen el más mínimo parentesco, podrían pasar por hermanos. Ambos son grandes, gordos, con el pelo claro rapado y embutidos en abrigos de cuero negro de tres cuartos; pesados y silentes, como si estuvieran hechos de piedra. Piotr tiene un aire parecido al de los dos empleados, pero más viejo y mucho más blando y fofo. Está sentado a su izquierda y teclea algo en el teléfono móvil de última generación y pésimo gusto con su carcasa bañada en oro. Ella no distingue lo que está haciendo, si bien sus ojos cansados perciben los colores chillones de la pantalla retroiluminada que le revelan que su compañero de viaje, en realidad, está jugando a algo, con toda probabilidad a los naipes o a las apuestas en Internet. Apenas entiende qué es eso. Acepta sin comprender la existencia de esa alma que tienen las máquinas y que hoy en día parece imprescindible hasta para que el sol salga. Como tantas otras cosas a lo largo de su vida, asume con resignación ese rincón oscuro que no consigue iluminar. Tampoco lo pretende. Desde aquella mañana de marzo de 1937, en esta misma calle de Valencia, no ha hecho planes más allá de lo que pueda pasar en el día en el que vive, y lo cierto es que no le ha ido tan mal. Lo ha conseguido. Ha sobrevivido a cosas peores que la incomprensible manera en la que ahora se mueve el universo e incluso ha prosperado gracias a ellas. Por eso es tan vieja y tan sabia. No mide su propia vejez en el dolor de los huesos, la visión borrosa o los mil achaques a los que se enfrenta cada mañana, sino en que, a pesar de que cada vez le cuesta más comprender el mundo, la palanca con la que se puede mover sigue siendo la misma de siempre: carne. Para comerla o para follársela.

Hay muchas maneras de manejarlas a ambas. Y Modesta cree que se las sabe todas, o casi todas. Más de siete décadas le ha costado dominarlas, y la mayoría de las veces ha sido por las malas. Quizás empezó a aprender en este mismo lugar. Se mira la palma de la mano, ya tan arrugada como su reverso, y le gustaría notar de nuevo en ella la caricia húmeda de la mano de Encarnita. Aún escucha a través de los años el eco de la voz de Obdulia, la maestra militante del Partido Comunista de España que

les acompañó hasta la Unión Soviética, instándoles a todos a que no se soltaran de sus respectivos compañeros. La recuerda mayor, y eso que la joven madrileña acababa de cumplir los 21. Durante la infancia, las experiencias se graban a fuego en la memoria, pero también son igual de intensas las falsas sensaciones. Aquella chica era poco más que una adolescente, pero Modesta la rememora desde las pupilas de sus siete años, revestida de más autoridad y de más años de los que en realidad tenía.

El coche, por fin, ha salido de la calle Colón y enfila la de Xàtiva. La mole de la plaza de toros aparece a la izquierda y, junto a ella, la silueta de la fachada modernista de la Estación del Norte. Modesta se estruja las meninges intentando recuperar un recuerdo auténtico de aquella mañana de marzo, pero pronto desiste en su empeño. Todo son memorias posteriores a la primera vez. Sabe que el edificio ferroviario estaba ahí, tal y como lo ve ahora con sus muros blancos, sus cenefas verdes y sus torres estilizadas adornadas con motivos de naranjos y flores de azahar. Está segura de que pasó por su elegante vestíbulo y caminó, cogida de la mano de Encarnita y detrás de Obdulia, hasta la plaza donde estaba el Ayuntamiento, donde subieron al tranvía para ir al puerto y que proclamaba desde sus costados que Valencia no sería jamás del fascismo. Obdulia les iba contando lo bien que se lo iban a pasar con los niños-camaradas soviéticos y que pronto volverían a casa con sus padres, en cuanto se ganara la guerra al *fascio*. Se equivocaban ambos: tanto el anuncio del vehículo como la joven maestra.

Bueno, al principio sí fue divertido. Aunque por las noches la nostalgia por su madre le oprimía, los primeros años fueron una fiesta. Recuerda la Casa de los Niños de Pushkin, que así se llamaba entonces la localidad de Tsárskoye Seló, donde los zares tenían su residencia de vacaciones en el Palacio de la reina Catalina, como el último lugar y momento de su vida donde se sintió segura sin que ella tuviera que hacer nada para conseguirlo. Sin embargo, Pushkin, a 24 kilómetros de Leningrado, fue de las primeras zonas de los alrededores de la actual San Petersburgo que empezó a sufrir los rigores del cerco a la que la sometieron los nazis. Modesta no recuerda casi nada de las calles valencianas que ahora vuelve a ver tras las ventanas tintadas de un coche de lujo. Pero se acuerda bien del invierno de 1941-1942. Tenía once años. Su padre, piloto republicano, había muerto en la batalla del Ebro, y su madre estaba en paradero desconocido, probablemente en la cárcel o ejecutada ante algún paredón como tantas otras milicianas. Todo lo que le quedaba en el mundo era su amiga Encarnita, su maestra Obdulia y la fe ciega en un futuro brillante de prosperidad y justicia social proletaria soviética. Y perdió las tres cosas aquel invierno.

Los habitantes de la Casa de los Niños de Pushkin padecieron, como el resto de los tres millones de habitantes de Leningrado, el hambre y el frío en la ciudad sitiada. En noviembre, los soviéticos consiguieron abrir el llamado Camino de la Vida, una carretera sobre el hielo del lago Ládoga por el que convoyes de camiones, casi indefensos ante la artillería y la aviación alemana, transportaban suministros a la capital báltica de Rusia. En uno de aquellos transportes estaba siendo evacuada



Modesta junto a su amiga y su mentora cuando les alcanzó el fuego enemigo. Aún aferraba la mano de Encarnita —como aquella primera vez en esta misma ciudad que ahora no consigue reconocer en sus recuerdos— cuando la que ya se había convertido en la hermana mayor que no tuvo nunca moría con la cabeza reventada por la metralla. Obdulia y ella, como algunos otros, salieron como pudieron del camión destrozado. La explosión les había destrozado los tímpanos y por eso ni siquiera oían los gritos de los que agonizaban entre la chatarra incandescente.

El paraíso socialista que Obdulia había soñado en las reuniones del partido en Madrid y al que había llevado a más de cincuenta niños había durado poco más de tres años. Llegaron andando, tras más de un día de caminata bajo cero, a Leningrado, donde, durante 872 días de asedio alemán, la maestra supo lo que era el purgatorio de la guerra, el hambre, el frío y la depravación. «Pobre camarada-maestra Obdulia —recuerda Modesta, incapaz de evocar a su cuidadora sin poner delante de su nombre la fórmula de cortesía soviética—, que se creyó hasta el final los ideales.» Modesta aún puede verla en aquel camastro comiendo el pan verdoso hecho de harina artificial que el Instituto Científico de Leningrado había creado moliendo conchas y caparazones y mezclando el resultado con serrín. En la *kommunalka*, el piso de cinco habitaciones donde las habían alojado junto a otras tantas familias, malvivían 23 personas compartiendo una minúscula cocina y un retrete. No había más calefacción que los cubos metálicos donde se quemaba cualquier cosa combustible. Aun así, Obdulia se creía el comunismo. Se lo creía en Madrid cuando iba a las manifestaciones y en ellas cantaba por la inminente revolución española que traería, por fin, pan, trabajo y dignidad; se lo creyó en la Casa de los Niños de los breves buenos tiempos en Tsárskoye Seló y hasta se lo seguía creyendo durante los trece años que pasó en el infierno del campo de trabajos forzados de Karagandá, en Kazajistán, por pedir permiso para salir de la Unión Soviética rumbo a México cuando acabó la guerra. Solo así se explica la anciana —que mira ahora como los valencianos se agolpan ante las tiendas para comprar regalos de Navidad— que su maestra caminara todos los días siete kilómetros hasta la fábrica de carcasas para minas donde trabajaba. Modesta, mientras tanto, ayudaba, como el resto de los niños del edificio, a cavar trincheras. En los últimos momentos de luz del sol de los breves días del invierno báltico, salía a buscar en las calles algo para completar la ración de 125 gramos de pan que los niños tenían asignados en sus respectivas cartillas de racionamiento. Obdulia, como trabajadora de una fábrica, recibía 250.

Modesta tenía once años. En su memoria divide aquellas 872 jornadas de asedio en tres clases: las frías, las cálidas y la que olía a asqueroso caramelo. Es la única que recuerda con total exactitud. La tierra estaba demasiado helada como para cavar trincheras inútiles, pues los nazis pretendían aniquilar la ciudad cuna del bolchevismo por hambre y frío. La luz del sol boreal moría y Modesta no había conseguido encontrar nada para comer. En aquella ciudad de mujeres —todos los varones de entre 16 y 55 años estaban en el frente— la noche era más peligrosa que los

bombardeos de la Luftwaffe, y más todavía para los niños. Aún tiene clavado en sus pesadillas el alarido de las sirenas que advertían, casi siempre demasiado tarde, de un ataque aéreo. Más que el estallido de las bombas o el resplandor de los fuegos, lo que se le quedó grabado para siempre fue el olor. Estaba cerca de los almacenes de Badayev, donde las autoridades custodiaban con guardias los almacenes de las escasas provisiones que llegaban a la ciudad a través de la carretera helada que cruzaba el lago Ládoga. Los proyectiles incendiarios que los aviones Junker vomitaron desde el cielo alcanzaron las naves donde se guardaban toneladas de azúcar y de manteca. Ambas viandas, al arder, levantaron una columna de humo que olía mejor que cualquier otra cosa que la famélica Modesta podía recordar. Durante aquella noche, la guerra olía como una pastelería.

El chamuscado aroma de la grasa y la glucosa le hizo perder la cabeza. La oscuridad se desplomaba sobre Leningrado, pero no pensaba volver a la *kommunalka* y al pan verdoso sin, al menos, intentar conseguir algo mejor. Espoleada por el succulento aroma, caminó hacia el resplandor de las llamas, guiada por el olfato y con el resto de sus sentidos cegados por el hambre. Sin embargo, cuando apenas había recorrido un centenar de metros, el olor a confitura quemada fue sustituido por otro más cercano y, para su desgracia, más apetitoso. Del zaguán de un edificio en ruinas, destruido por un bombardeo anterior, brotaba el sutil perfume de la carne cocida. Su estómago reconoció al instante el señuelo al que se hubiera dirigido corriendo si hubiera tenido las fuerzas suficientes para ello. El hambre venció al miedo a la oscuridad y a la voz masculina que, allí oculta, le invitaba a pasar mientras le preguntaba si quería comer.

Modesta piensa ahora que, a fin de cuentas, lo que dio por aquel estofado no fue tan caro. Devoró la carne hervida y sorbió con fruición el agua cuajada de goterones de la grasa que había soltado, pero que le supo mejor que nada de lo que había ingerido antes en toda su vida. Con el estómago lleno, el escupitajo salado del semen que también se tragó para pagar la cena no le provocó la más mínima arcada. Más bien todo lo contrario. Ni tampoco ver el cadáver de la mujer que, a pocos metros de aquella covacha, yacía en el suelo. Estaba medio desnuda. Un cascote le había aplastado la cabeza, pero las nalgas y los pechos habían sido cortados, aunque el bombardeo y la metralla no parecía tener nada que ver con aquellas heridas. Había oído rumores, pero Obdulia decía que no eran ciertos y que aquello era propaganda de los traidores a la Unión Soviética infiltrados en la ciudad. «No, Modesta, no —decía Obdulia—. El heroico pueblo de Leningrado resistirá y vencerá a los nazis sin caer en semejante barbarie.» Como en tantas otras cosas, el socialismo real decepcionó a la camarada-maestra. Volvió la cabeza hacia la puerta de la finca destruida de la que acababa de salir y, apoyado en el dintel, estaba el hombre cuya voz la había guiado hacia las tinieblas. No le vio la cara con claridad; solo oyó su risa mientras se fijaba en sus manos. En una sujetaba el cazo de hierro donde había estado el guiso y en la otra un enorme cuchillo de carnicero. Modesta salió corriendo. Desde

aquel día no soporta el olor a caramelo.

Vuelve a mirar a través de las lunas tintadas. El gentío sigue con su enloquecida danza de compras de cosas que no necesitan en absoluto. Hacen bien. A ella también le gusta gastar. Le gustaba, incluso, cuando en la Unión Soviética no se podía gastar en casi nada. Durante la noche del hedor a golosina carbonizada aprendió más que todo lo que la camarada-maestra le había enseñado. Aprendió que la única cosa a la venta que siempre tendrá compradores es la carne. Para comérsela o para follársela. Y que la carne, animal o humana, es el material con el que está hecha la única palanca que puede mover el mundo entero.

Nota sus 84 años pesados como vigas atadas a sus piernas varicosas cuando, por fin, llegan al Hotel Las Arenas. Solo el pequeño pasillo de acceso a la habitación ya es más grande que la pieza que Obdulia y ella compartían en la *kommunalka* de Leningrado. Piotr se dirige a la caja fuerte y, tras abrirla, saca de ella un teléfono móvil. Es un modelo antiguo, obsoleto y bien distinto al aparato con el que ha estado jugando durante todo el trayecto. Se sienta en una de las ocho sillas que bordean la mesa de la sala de reuniones que incluye la *suite*. Modesta se ha derrumbado en uno de los sillones. Piotr le muestra el móvil negro:

—*Bab*, hay que mandar el mensaje.

—Sí, Piotr. Hay que hacerlo.

\*\*\*

La comida, como siempre aquí, ha sido magnífica. Adora este minúsculo restaurante donde hacen la mejor *pasta alla carbonara* de toda Roma. Los espaguetis estaban cocidos al dente a la perfección y la salsa cremosa de huevo sin cuajar había atrapado en su untuosa textura el recio sabor del queso *pecorino* romano, el delicado aroma del aceite de oliva virgen, el perfume de la pimienta negra y, sobre todo, el exquisito sabor de los trozos de *guanciale* que brillaban blancos y rojos sobre el lecho anaranjado del plato. Le encanta esta chacina típica de la Italia central, hecha con carrillos o con careta de cerdo y curada con sal y pimentón durante tres semanas. En este local, el Da Enzo al 29, en la Via dei Vascellari, todavía preparan la carbonara a la antigua, con los ingredientes que tenían a mano las clases humildes de la Ciudad Eterna y no la bazofia caldosa de nata líquida e insípido beicon que se hace por ahí. Como tenía hambre a causa de la noche con el cura norteamericano, antes del plato principal, se ha deleitado con un par de entrantes: un *carciofo alla giudia*, una alcachofa frita, crujiente y dulce como la tradición romana proclama que se la comían los judíos que vivían en el cercano gueto, así como una *fior di zucca*, una flor de calabaza rebozada y rellena de requesón. El pan de masa madre y el vino de la casa han redondeado el temprano almuerzo que ya ha terminado y que se dispone a coronar con un delicioso *caffè corretto alla sambuca* que la camarera le acaba de dejar sobre la pequeña mesa. «No seas goloso. Hoy no hay postre —piensa—, que ya

hizo de tal el padre James.»

Le encanta este sitio. Como ha llegado pronto, no ha tenido que hacer la habitual cola de romanos que abarrotan el local casi a diario y muy en especial un sábado como hoy. Aquí, casi en el extremo oriental del Trastévere, no hay turistas, y eso que la casa de comidas está a menos de cuatrocientos metros en línea recta de la Boca de la Verdad, justo al otro lado del Tíber, donde las manadas de visitantes aguardan para hacerse la foto emulando a Gregory Peck ante la espantada Audrey Hepburn en la película *Vacaciones en Roma*. Aunque hoy no se ha dado el caso, de un tiempo a esta parte ha ido notando en cada visita al Da Enzo al 29 un sutil aumento de voces que no hablaban en romanesco (el particular dialecto del Lacio) o en italiano estándar. «Empiezo a estar harto de Internet —bromea consigo mismo mientras paladea el potente expreso reforzado con el licor anisado— y las reseñas de Google y TripAdvisor. A este paso no van a quedar lugares exclusivos en ninguna parte.» La burla personal tiene una especial carga irónica porque sin las redes él no haría lo que hace ni ganaría lo que gana. «En fin —concluye el pensamiento—, una cosa por la otra; no se puede tener todo.»

El teléfono móvil vibra en el bolsillo del pantalón. El móvil es un modelo antediluviano, un Nokia 8910 de los de tapa deslizable. Muy poca gente consigue este número sin pagar una buena suma y, además, aquellos que lo tienen, saben con exactitud cuáles son las normas de uso. Sus interlocutores han de contactar con él mediante otro terminal de semejantes características, es decir, aparatos sin conexión a Internet y con tarjetas prepago como la suya. Jamás se habla, sino que se envía un anacrónico SMS con un número de teléfono (por supuesto, fijo) de un local público como un hotel o un restaurante, si bien es siempre preferible el segundo de los establecimientos. Allí llamará él desde una cabina. En teoría, hace cuatro años que se deberían haber retirado estas instalaciones de toda Italia, casi en desuso a causa de los móviles. Sin embargo, todavía hay más de 90.000 repartidas por todo el país y él tiene localizadas media docena en el centro de Roma.

Recuerda la cara de estupor que le puso su último cliente —un banquero milanés que quería borrar determinados rastros sobre determinadas actividades que, con toda determinación, le hubieran llevado a la cárcel— cuando le explicó las condiciones para contactar con él. A aquel cretino de trajes a medida y corbatas de seda le tuvo que explicar que la mayor parte de sus problemas los tenía por olvidar que un teléfono móvil de última generación, como el que estaba encima de la mesa, era un pequeño ordenador, con todo lo que ello supone. Le contó lo que suele decir Gene Spafford, uno de los popes globales en seguridad informática, quien, en 1988, analizó el famoso Gusano Morris. Aquel *software* fue el primer código maligno que se propagó por Internet cuando aún se llamaba ARPANET y que infectó 6.000 de los 60.000 servidores que existían entonces en Estados Unidos, entre ellos los de la NASA. Tal y como suele decir Spaf (el apodo de Spafford en el ámbito digital): «El único ordenador seguro es aquel que está apagado y desconectado, enterrado en un

refugio de cemento rodeado por gas venenoso y custodiado por guardias bien pagados y muy bien armados. Aun así, yo no apostaría mi vida por él.» Por eso toma tantas precauciones. Y porque a lo que él se dedica viola los códigos penales de medio mundo.

El SMS muestra un número español con prefijo de Valencia más un guion y una cifra con tres dígitos que interpreta como el indicativo de una habitación de hotel. Pide la cuenta y, tras pagar, sale a la calle. El cielo sigue encapotado, aunque en las noticias han dicho que lo peor del temporal ya ha pasado y que el mal tiempo se marcha de Italia rumbo al Mediterráneo occidental. Siente el estómago pesado tras la contundente *pasta alla carbonara* y decide que una larga caminata, mientras no llueva, le ayudará a hacer la digestión. Su destino está en el centro, en el muro exterior del Conservatorio de Santa Cecilia, en la Via dei Greci, donde aún sobrevive un teléfono público. Es un paseo de algo más de tres kilómetros que, a buen ritmo, podrá salvar en poco más de media hora. Sale al Lungotevere degli Alberteschi y cruza el Cestio, el primero de los puentes que conectan ambas riberas del río con la isla Tiberina que queda en el medio. A su derecha ve la basílica de San Bartolomeo all'Isola, que se levanta en el mismo sitio donde estaba el antiguo templo romano de Esculapio, el dios de la medicina. Salva los escasos cincuenta metros que mide el islote hasta llegar al segundo puente, el Fabricio, que une la isla con la orilla izquierda del Tíber y el corazón de la ciudad. Se para un momento apoyado en el pretil de piedra para contemplar el curso colérico del agua. El río baja crecido y salvaje, alimentado por las últimas lluvias y golpea con sus puños de espuma turbia los pilares del puente más antiguo de Roma: su favorito. Los viejos pilares que soportan el tablero de piedra cumplen con el cometido que ideó para ellos el constructor que le dio su nombre, Lucio Fabricio, hace 2.065 años. Aguas abajo, el único arco superviviente de otro paso sobre el cauce, el puente Emilio, o Ponte Rotto, muestra su lastimera ruina entre la furia rojiza y blanca del torrente.

Aprieta el ritmo de la caminata, pues es consciente de que queda bastante camino por recorrer. Deja a su izquierda la iglesia de San Nicola in Carcere y el fortín en el que quedó convertido en la Edad Media el Teatro Marcelo, nombrado así en honor al querido yerno de Augusto, envenenado, según se cree, por la emperatriz Livia. El número de turistas que abarrotan las aceras aumenta conforme avanza hacia la colina Capitolina, que queda a su derecha. Grupos de visitantes se reparten por la escalinata que lleva hasta el espacio superior diseñado por Miguel Ángel, donde está la copia de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, custodiada por las esculturas de Cástor y Pólux que flanquean la entrada de la plaza. Los viajeros, con sus gorras de béisbol chillonas y sus pantalones multibolsillos, sonrían ante sus teléfonos fijados al extremo de palos de aluminio, tan felices de fotografiarse en lo que ellos creen que es un rincón pintoresco de Roma como ignorantes de que aquí mismo estaba la siniestra roca Tarpeya, el peñasco desde el cual se arrojaba a los reos de traición al Estado. Tras superar el Campidoglio, la mole del Altare della Patria, el monumento al mal gusto

del rey Víctor Manuel II, ofende su vista a causa del brillante mármol blanco de las canteras de Botticino con el que está construido. Gira a la izquierda dejando atrás la silueta de la columna de Trajano, cuya estilizada silueta albina destaca ante el fondo rojizo oscuro de los ladrillos de las ruinas del foro que hizo construir el emperador hispano. La Piazza Venezia es un guirigay de autobuses, coches y peatones. Pasa justo por debajo del balcón desde el que Mussolini daba sus histriónicos discursos y se mete en el maremágnum de la siempre ruidosa Via del Corso.

La principal arteria del casco histórico de Roma suena a gentío y huele a carburante quemado. Las estrechas aceras apenas contienen la riada humana, entre romanos y turistas, que caminan por ellas. Avanza hacia el norte hasta que alcanza el cruce con la Via dei Greci y gira a la derecha. Comprueba el reloj. Tal y como pensaba, le ha costado poco menos de cuarenta minutos llegar hasta aquí. Chicos y chicas con todo tipo de fundas de instrumentos a la espalda o en la mano entran y salen del conservatorio; sus ojos de músico se desvían hacia los estuches en un intento vano de averiguar cómo será el contenido que guardan. A pocos metros de la puerta, el pequeño tejadillo de resina sintética protege el teléfono de la ligera llovizna que empieza a espesar el aire. El aparato parece un escarabajo de acero inoxidable que trepa por la pared. Descuelga el auricular de plástico rojo y se asegura de tener un buen puñado de monedas de un euro para introducir por la ranura, también carmesí, por si la conversación se alarga.

Está justo a mitad de camino entre la Via del Corso y su paralela, la Via del Babuino. El ruido que provoca el tráfico y la gente en ambas calles le llega asordado por la distancia, pero es lo bastante intenso como para tener que prestar toda su atención en lo que le están diciendo. Memoriza con cuidado el nombre: Juan Sanahuja; y también a qué se dedica: notario. El encargo le queda claro y, al otro lado del teléfono y del Mediterráneo, toman nota de la tarifa que cobrará por el servicio.

Ya camina hacia la Via del Babuino. Nada más girar a la izquierda, se topa con la fuente que da nombre a la calle que conecta la Piazza del Popolo con su hermana la de España y su atestada escalinata. Una pila de piedra recibe el agua de dos surtidores agujereados en una falsa roca. Sobre ella, la estatua de algo parecido a un simio con cabeza de anciano, peludo y deforme, se recuesta con cierta indolencia mientras parece mirar el ir y venir de los transeúntes. En realidad, la escultura representa a Sileno, el dios menor de las borracheras. A los ocurrentes habitantes de Roma, la imagen del padre de los sátiros les recordaba más a un mono que a una persona, y de ahí que lo rebautizaran como *Il Babbuino* y lo convirtieran, además, en una de las seis estatuas parlantes de Roma junto a *Il Pasquino*, *Madama Lucrezia*, *Il Facchino*, *Il Abbate Luigi* y *Marforio*. Todas ellas amanecían de vez en cuando empapeladas de panfletos con versos satíricos donde el pueblo de Roma ajustaba cuentas con los poderosos.

El viejo y velludo Sileno es el guardián de uno de los cafés más famosos de Roma, el Canova-Tadolini, en el que se interna. El camarero le lleva a una mesa

situada justo a los pies del modelo en yeso de la escultura del papa León XIII que adorna la tumba del pontífice en la basílica de San Juan de Letrán. Conoce bien el lugar. En tiempos fue el taller de dos escultores y réplicas de sus obras —y algunas originales que quedaron inacabadas— atestan el establecimiento por donde se reparten las mesas y sillas para aquellos que estén dispuestos a pagar los desorbitados precios de las consumiciones de una de las ciudades de Europa donde es más caro un simple café.

El sitio le gusta porque es fácil pasar desapercibido. Los turistas, que tienden a confundir el local con un museo, no suelen pasar del vestíbulo y solo chinos ricos y rusos pudientes se aventuran a sentarse en un velador para quemar unas decenas de euros por algo que valdría la mitad en cualquier otra parte. Una familia oriental está sentada justo enfrente de él y, al ver al hijo adolescente completamente ajeno a todo el arte y cultura que tiene alrededor porque está enfrascado con la tableta que tiene entre las manos, no puede reprimir una sonrisa lobuna. De la mochila saca su ordenador portátil y, mientras saborea su segundo *caffè corretto alla sambuca* de hoy, se pone a trabajar.

Con el rabillo del ojo vigila al desgarbado muchacho que intensifica muecas de disgusto y resoplidos de creciente cólera. Sabe que aún se enfadará más porque le ha dejado con la décima parte de la conexión a Internet por la que, a buen seguro, su padre estará pagando una tarifa indecente. No pasarán ni diez minutos y el juego *on-line* con el que se entretenía hasta ahora dejará de funcionar. No importa. Tampoco necesitará mucho más tiempo. Busca en Internet el nombre de Juan Sanahuja, notario. Y lo que encuentra no le gusta. Alguna mención en las noticias de sociedad de los periódicos locales y poco más. No tiene perfil en ninguna red social y la página web de la notaría es de lo más simple y deprimente que ha visto: una serie de fotografías fijas de la sede, la dirección, números de teléfono, los horarios de atención al público y un correo electrónico. Nada más. El tal Sanahuja vive fuera del mundo digital y eso le complica las cosas. Bastante, de hecho. Para cumplir el encargo encomendado tendrá que estar mucho más cerca. Si lo que le han contado por teléfono hace unos minutos es cierto, el escribano público tendrá un teléfono móvil con acceso a Internet, pero no puede intervenir desde Roma. No. Tendrá que ir a Valencia. No hay otro remedio.

Valencia. No ha estado allí desde hace más de dos décadas. Ha vuelto a España en alguna ocasión, pero no se ha acercado a la ciudad de sus años de estudiante. Por un momento considera la posibilidad de rechazar el encargo, pero sabe que los clientes son de los que no aceptan negativas. Además, ha pasado mucho tiempo. Será una visita corta. Un par de días o tres, como mucho. Entrar y salir.

Tras un par de tecleos rápidos, devuelve la conexión a la red a su legítimo propietario, el chico de ojos rasgados en cuyo rostro desaparece el rictus de frustración que se iba intensificando conforme el juego iba fallando. Con toda la banda ancha de nuevo para él solo, vuelve la expresión idiotizada que tenía antes.

Paga la consumición —abusiva, tal y como pensaba— y sale a la calle.

Camina por la Via del Babuino hacia la Piazza del Popolo. Su intención es coger allí un taxi para regresar a su casa en el Trastévere. Justo en medio del enorme espacio abierto, la humedad que flotaba en el aire se convierte en una lluvia intensa que no oculta su intención de convertirse en otro fiero aguacero. Aunque el ordenador portátil va protegido en el interior de su mochila, decide no correr riesgos y busca refugio, mezclado entre unos turistas norteamericanos, en la basílica de Santa Maria del Popolo. Para su sorpresa, el grupo se arremolina junto a la capilla Chigui. Los estadounidenses muestran casi devoción ante la escultura de Bernini del profeta Habacuc y el ángel mientras comentan que es allí donde, en la novela de Dan Brown *Ángeles y demonios*, se encuentra el cadáver de un cardenal. Reprime un bufido, porque se acaba de dar cuenta de que prefiere a yanquis como el padre James que buscan en Scott Fitzgerald o Ernest Hemingway sus referentes literarios sobre Europa.

Se separa del grupo y llega hasta la capilla Cerasi. Dos cuadros de Caravaggio flanquean el mural central. Se queda prendado de la pintura de la izquierda: una de las obras maestras del pintor asesino. Es la *Crucifixión de San Pedro* y en el óleo no hay nada ejemplar, ni heroico, ni siquiera santo. El apóstol es un hombre viejo, semidesnudo y ya clavado en una cruz que está empezando a ser izada. No es un martirio glorioso, sino una ejecución repugnante llevada a cabo no por verdugos, sino por tres hombres que parecen simples peones que intentan hacer un trabajo vulgar con posturas casi ridículas. Cuando se fija en el rostro de Pedro, se da cuenta de que el primer papa no tiene la expresión del dolor aceptado con gozo que se le supone a los mártires del Señor como le contaban los profesores del seminario de Moncada; ni ve en esa cara ajada la convicción de que el suplicio será recompensado por la Gloria y la Vida Eterna. Ni por asomo. Solo ve a un anciano aterrorizado, que no puede creer que lo que le está pasando sea real y que ignora la razón por la que ha de morir. Aunque no ha encontrado ninguna imagen en Internet de Juan Sanahuja, está convencido de que, en unos días, al notario valenciano se le va a poner una cara muy parecida.



«Lo mejor será que me centre en esto.» Roma Besalduch reflexiona con la cabeza gacha mientras espera a que sus compañeros se sienten alrededor de la mesa de la sala de reuniones para poner en común sus gestiones de hoy. La inspectora apenas ha podido concentrarse durante toda la mañana. A la monumental bronca que tuvo con su madre el sábado por la tarde por no haber recogido a la niña a la hora pactada, le siguió la angustia con la que Remedios la obsequió ayer domingo. Cuando Roma se despertó, a eso de las ocho y media, su madre ya había salido de casa. Supuso, al principio, que había ido a por el periódico o a comprar «algo rico para desayunar», tal y como le suele pedir Morgana a su abuela durante los fines de semana. Sin embargo, el tiempo pasaba y Remedios no volvía.

No contestaba al teléfono móvil porque estaba donde lo había dejado la noche anterior: cargándose en la mesilla de noche de su habitación. A la hora de comer, Remedios seguía sin dar señales de vida y Roma hacía lo que podía para reprimir el impulso de llamar a su tía Pilar para ver si su hermana estaba con ella o alguna de sus amigas. No quería parecer una histérica, y menos aún delante de su hija de diez años, por no hablar de lo que podía pensar su familiar o las amigas de su progenitora si hubiera podido telefonar a alguna. A la preocupación por no saber dónde estaba se unió la vergüenza por sentir que su propia madre era una desconocida. Le sonaban de oídas algunos nombres de colegas del instituto, así como del partido y del sindicato donde Remedios militaba, pero no tenía el teléfono de ninguna de las amistades. No se sabía el código para desbloquear el móvil y aunque Morgana sí que lo conocía — demonio de niña que se maneja con todos los aparatos electrónicos como si fuera una ingeniera de la NASA— la lista de contactos no le decía nada. «¿Cómo es posible — se pregunta— que no sepa cosas así de ella si vivimos juntas?» Se promete a sí misma que eso debe cambiar. El problema es que la vida no le da para tanto.

La clave del permanente agobio en el que vive es este trabajo que, como si fuera una aspiradora, se lo traga todo: lo bueno y lo malo. Se está engañando. El curro es como uno quiera tomárselo y Roma ha querido tomárselo en serio, desarrollarse como una buena policía y ascender en el escalafón y en responsabilidad por sus propios méritos y capacidades. Y también ser madre y hacerlo igual de bien. Lo malo es que, en su afán de conseguir ambas cosas, tiene la sensación de que se está dejando jirones de sí misma por el camino. Mira a sus compañeros, pero no encuentra en quién compararse para buscar en la experiencia ajena una guía que le sirva para encauzar su propia vida. No. Ninguno de ellos vale. El más joven, el brillante Carlos Ramos, sigue viviendo con sus padres, sin más preocupaciones que las que se busca con sus aficiones y gustos, por extraños que a Roma le parezcan, como el de disfrazarse con sus amigos, tan talludos y raros como él, para ir a ver una película de superhéroes. Ni siquiera tiene novia, al menos conocida, ni parece necesitarla. Patricia tampoco tiene hijos y la envidia porque su compañera está disfrutando a tope

de su treintena con la vida laboral resuelta como funcionaria con destino definitivo y su carácter resuelto e independiente. A Roma le asombra como su compañera define sus relaciones íntimas. «Los hombres, Romi —le dice— tienen que ser como los zapatos: monos, bien de precio y que no te duelan.» La inspectora no puede evitar ver a su compañera del Grupo de Homicidios como una imagen de ella misma reflejada en un espejo que le muestra tal y como era hace diez años, aunque con alguna diferencia, sobre todo respecto a su pasión por el calzado y su comportamiento con los ligues. Hace una década, Roma acababa de cumplir los treinta y, tras su paso por la Brigada de Seguridad Ciudadana de la comisaría de Teruel —su primer destino— había currado de lo lindo para entrar en el Grupo de Homicidios de la Brigada Provincial de Policía Judicial de su Valencia natal. Fue aquí donde terminó por contagiarse de la misma enfermedad que hacía estragos entre sus amigas de toda la vida: la maternidad. Todo el mundo a su alrededor pareció conjurarse para recordarle que, pasados los 31, no podía entretenerse mucho, porque —odia la coletilla— «a la que te des cuenta se te ha pasado el arroz». La única que no le decía esas cosas era, precisamente, Remedios. Y ahora lo entiende mejor. Quiere a Morgana con locura y la pequeña a la que le puso el nombre de la reina de las hadas es lo mejor que le ha pasado en su vida. No obstante, también le gustaría tener un poco de su propia vida para sí misma al tiempo que atiende a su hija como querría hacerlo. Es una ecuación imposible que se hace aún más irritante al tener que convivir con la sensación de que todo el mundo parece resolverla. Excepto ella.

Javier Pando, el más veterano de sus compañeros, revisa su cuaderno de notas con las gafas de vista cansada encaramadas en el borde de la nariz. Quizá sea él, si no un ejemplo exacto, sí una suerte de premonición de lo que le puede pasar a ella misma dentro de otros diez o doce años. No obstante, desecha la idea. Pando es el padre de una sola hija, ya mayor y universitaria. Pero es un hombre, casado hace treinta años. De lo gordo de la crianza de su niña se encargó su esposa, no porque sea un machista —que no lo es—, sino porque eran otros tiempos. No. No es lo mismo. Con todo, los maridos de sus amigas y de sus primas no son, para nada, como la generación de sus padres. Ellos también cambian pañales, bañan a los niños, hacen la cena, los llevan al parque y ponen lavadoras. Sin embargo, Roma no puede evitar verlas a ellas más agobiadas, asumiendo tareas y responsabilidades que podrían compartir con sus compañeros, que a menudo estarían dispuestos a hacer más de lo que ellas, celosas en el fondo de su papel de madres tradicionales, les permiten, pero que no lo hacen porque no quieren, no porque ellos rehúsen hacerlas. Ha llegado a la conclusión de que pertenece a una generación de mujeres que temen ser malas progenitoras al tiempo que se desloman para ser buenas profesionales en sus respectivos ámbitos y, por ese motivo, han terminado por cargar sobre sus hombros mucho más peso.

«Al menos —piensa Roma— en algo sí que he sido consecuente como mujer del siglo XXI, y es que decidí tener descendencia yo sola, sin marido ni novio.» Morgana llegó por inseminación artificial y aún recuerda la incrédula expresión de Remedios

cuando le explicaba los pormenores del proceso, tales como la selección del espermatozoide en el banco de semen o las inyecciones de hormonas para incrementar la calidad y cantidad de óvulos de sus ovarios. «¡Hija de mi vida —le decía su madre—, tanta complicación para una cosa que se ha hecho toda la vida de una forma mucho más natural y divertida!» La incredulidad se tornó en estupor cuando Roma le contó a su madre el exorbitante precio del tratamiento. «No te entiendo, nena, de veras —le espetó—. Si quieres un bebé, sales un par de sábados por la noche, eliges a un maromo que te guste, te vas a su casa y ya está. Si no sale a la primera, saldrá a la segunda; si no te apaña el primero, pues el segundo. Y no solo te lo pasas bien. También es gratis.» Esa es Remedios.

«¿Cuánto la conozco? —se pregunta Roma a sabiendas de que no quiere saber la respuesta—. ¿Por qué no me he llevado tan bien con ella como lo hacen mis amigas con sus respectivas madres? Quizás es que me parezco demasiado, como dice ella, al criminal de mi padre y le recuerdo a él.» Al final Remedios apareció en casa cuando Roma estaba a punto de hacer el ridículo profesional más grande de su carrera; ya estaba dispuesta a levantar los teléfonos de toda la Brigada para localizar a su madre. Justo entonces entró por la puerta, cargada de bolsas con trapitos para Morgana y para sí misma. Y también con un frasco de Noah, el perfume de Cacharel que Roma utiliza «porque se te estaba acabando, ¿no, nena?». Ni una palabra de dónde había estado —más allá de lo obvio, o sea, de compras— ni por qué no había avisado de que no iría a comer a casa. Además, actuó en todo momento como si la gresca de la víspera no hubiera existido nunca. Cuando le recordó que se había dejado el móvil, Remedios ni se inmutó. «Total, no me llama nadie.» Y ahí quedó todo. Roma no se atrevió a mencionar nada sobre la espantosa mañana de nervios que había sufrido. No porque pensara que a su madre le hubiera pasado nada grave, sino por el temor, tan absurdo como irracional, de que la profesora jubilada no quisiera vivir con ellas dos nunca más. «¿Por qué coño pensé algo así? —se reprocha a sí misma—. ¡Ni que fueras una adolescente! ¡Por Dios bendito!»

Un educado carraspeo la saca de su ensimismamiento. Roma levanta la cabeza y se da cuenta de que sus compañeros aguardan, en un comprensivo silencio, a que dé por iniciada la reunión.

—Bueno —dice la inspectora—, ¿qué es lo que tenemos hasta ahora del caso del ahorcado?

—Pues —es Javier Pando el que habla primero— la verdad es que nada. Podría decirse que hemos tirado las redes y ahora toca esperar a ver si entra algún pez. De la muestra de ADN, tal y como pensábamos, no podemos sacar nada porque en el SAID —el policía pronuncia seguido el acrónimo del Sistema Automático de Identificación donde se guardan las fichas de aquellos a los que se les ha tomado una muestra biológica— no aparece. Eso quiere decir que nuestro hombre no ha sido nunca fichado por ser sospechoso o imputado por un delito grave. Ya sabéis: ni por homicidio, violación, tráfico de seres humanos ni delincuencia organizada. Si era de

los malos —concluye—, por el ADN no lo podremos saber nunca.

—Ya me lo temía —suspira Roma—. Y como no le dejaron las huellas dactilares, probar con los de Extranjería es perder el tiempo.

—Mujer —interviene Patricia Esquibel—, por intentarlo no perdemos nada. Yo, de momento, he comprobado todos los datos de la ficha que hicieron los de la Científica y he hecho un par de llamadas a viejos colegas de la academia. Igual tenemos suerte y un compañero de alguna jefatura de Murcia, Canarias o Andalucía lo reconoce. También se distribuirá a la Guardia Civil por si acaso. Además, había pensado darme una vuelta por la Casa de la Caridad y por un par de parroquias que ayudan a los inmigrantes subsaharianos por si alguien lo vio por ahí alguna vez. Aunque tampoco te puedes fiar mucho. Esta pobre gente suele usar nombres falsos, incluso entre los suyos, sobre todo si no tienen papeles. Así dificultan todo lo posible su identificación para que no los deporten.

Roma asiente. Patricia ha dado el primer paso de cualquier investigación criminal, aunque no tiene demasiadas esperanzas en que funcione. Cada vez que aparece un cadáver sin documentación y que los forenses no pueden identificar, lo poco que se sepa de él se envía a la UTI, que extienda la ficha. También se incluye lo que se sepa de él en la Base de Datos de Personas Desaparecidas y Restos Humanos. A veces suena la flauta, pero, lamentablemente, en el caso de los inmigrantes no suele hacerlo, y más aún con los que aparecen en alguna playa o flotando a un par de millas de la costa. Para ellos solo queda la fosa común y un fichero informático con más preguntas que respuestas grabado en los archivos de los servidores de la Policía Nacional. Una información que nadie leerá.

—Pues —Carlos Ramos titubea, un tanto avergonzado— yo he hecho algo que parece muy tonto, pero lo que he encontrado creo que nos puede ser muy útil. Al menos para empezar.

—¿Qué has hecho? —pregunta Roma con una pizca de sorna en la voz—. ¿Has llamado a un vidente o qué?

—Pues casi casi —contesta el joven policía—. Lo he buscado en Google.

—¿Cómo dices? —inquiere Patricia con los ojos abiertos como platos—. ¿Y qué ponemos luego en el informe para la jueza? ¿Google dice que se llama Fulanito y que lo mató Sotanito porque puso una foto en su página de Facebook!

—¡Estaba harto de ver fotos de fichas de negritos! —se defiende—, y, para descansar la cabeza un rato, me he metido en Internet. Entonces se me ha encendido la bombilla y he puesto en el buscador «subsahariano», «horca» y «barrio del Carmen» y, claro, me ha salido lo que han sacado todos los periódicos, radios y televisiones del mundo mundial. Sin embargo, debajo del mogollón de noticias, en la cuarta o quinta página, ya no me acuerdo bien, he dado con un blog sobre historia de la Valencia medieval. Por pura desesperación y aburrimiento, me he metido dentro para ver qué había.

—¿Y? —En la pregunta de Javier Pando no hay ni rastro de burla y sí verdadero

interés, al igual que en las miradas de Roma y Patricia—. ¿Qué ponía?

—Pues mirad —Carlos saca de una carpeta de cartulina varias páginas impresas—, resulta que en Valencia, entre los siglos XIV y XVIII, había un barrio entero dedicado a la prostitución dentro de un recinto amurallado. Se llamaba la Poble de les Fembres Pecadrius y se instauró en 1325 cuando el rey Jaime II de Aragón ordenó el traslado de todas las putas a un arrabal conocido como la Poble de Bernat Villa, situada al noroeste de la ciudad y que quedaba entre la muralla árabe y el Turia. Más o menos —Carlos raya con un rotulador rojo el fragmento impreso de un plano del centro histórico— era esta zona, o sea, el polígono comprendido por las actuales calles de Salvador Giner, Alta, Ripalda y Guillem de Castro.

—Continúa —dice Roma.

—Resulta que después... —Carlos consulta el papel—. Aquí está: en la llamada guerra de los Dos Pedros que enfrentó al rey de Castilla Pedro I el Cruel contra Pedro IV de Aragón, se inició la construcción de otra muralla que dejó el burdel dentro de la ciudad. Como resulta que no se podía consentir que las putas y las mujeres honradas se mezclaran, se decidió cerrar del todo el barrio y regular la actividad que allí se ejercía.

—¡No me jodas que legalizaron la prostitución! —exclama Patricia—. ¡Para que luego vayan por ahí los modernos diciendo que es la solución!

—Tal cual, Patty, tal cual —ríe Carlos—. Aquello era una ciudad dentro de la ciudad que se regía por su propio reglamento y que fue, os leo: «Ampliándose y perfeccionándose con los años. En 1453, el rey Juan II (el padre de Fernando el Católico) hacía público un privilegio llamado *salv guarda del bordell* por el que declaraba el recinto bajo protección real y encomendaba al *justícia criminal* (una especie de concejal con funciones judiciales y penales) la seguridad del barrio y el nombramiento del *regent del públich* o “regente del público” como máximo responsable. Entre las obligaciones de este funcionario estaba el cumplimiento de los horarios y los días de cierre, el mantenimiento del orden, la custodia de las armas y el dinero de los que accedían a la mancebía y la escolta de las prostitutas cuando eran recluidas en un convento durante la Semana Santa.»

—¡Vaya! —dice Roma—. Lo tenían todo previsto.

—Y tan previsto. Mira lo que pone en el blog, que por cierto, cuenta cosas muy curiosas. Dice que Valencia era famosa en toda Europa por su gigantesco puticlub y por lo bien organizado que estaba. Dice que en 1502, el noble flamenco Antoine de Lalaing, cronista de Felipe el Hermoso, viajó a Valencia y se quedó maravillado por la eficacia y pulcritud de aquella peculiar barriada que, como es lógico, también visitó, aunque, como suele pasar en estos casos, atribuyó la experiencia a terceros. Escuchad esto. —Carlos se aclara la garganta antes de empezar a leer—: «Después de cenar, fueron los dos conducidos por algunos caballeros de la ciudad a ver el lugar de las mujeres públicas, el cual es grande como un pueblo pequeño, y cerrado todo alrededor con muros y una sola puerta. Y delante de la puerta hay levantada una

horca para los malhechores que pudieran entrar. En la puerta, un hombre encargado de ello quita los bastones de los que vayan a entrar dentro, y les dice si le quieren entregar su dinero, si lo tienen, que se les devolverá a su salida, sin pérdida alguna. Y si, por casualidad, si teniéndolo no lo entregan y se lo roban durante la noche, el portero no es responsable de ello. En este sitio hay tres o cuatro calles llenas de pequeñas casas en cada una de las cuales hay muchachas muy ricamente vestidas de terciopelo y de seda, y habrá de doscientas a trescientas mujeres. Tienen sus casitas adornadas y provistas de buena ropa. Allí hay tabernas y casas de comidas. Hacen de la noche día: porque están sentadas en sus entradas, con una hermosa lámpara colgada encima de ellas, para verlas con más facilidad. Hay dos médicos encargados y pagados por la ciudad para visitar todas las semanas a las mujeres, para saber si hay algunas enfermas, con pústulas u otras enfermedades secretas y...»

—¡Joder! —interrumpe Patricia—. ¿Y duró mucho el barrio ese? Porque, digo yo, que a la Iglesia no le debía hacer mucha gracia aquello, ¿no?

—Pues la verdad es que no se cerró hasta... hasta... espera —el policía pasa el dedo sobre los renglones a toda velocidad—, aquí está: eso es. No se clausuró hasta 1677, casi dos siglos después. Entonces, las furcias se desperdigaron por toda la ciudad, para disgusto de las autoridades locales, y los muros que cercaban el burdel fueron derribados. Mientras duró era una especie de Las Vegas, porque además de putas y sitios para comer, se organizaban bailes y rifas. Fijaos que hasta se extendió un dicho por toda España que aseguraba que, para admirar el trabajo bien hecho, el del rufián cordobés y el de la puta valenciana. ¿Qué os parece?

—La historieta mola mucho, Carlos —dice Roma—, pero no veo en qué puede tener relación con el caso.

—¡Coño! —exclama Ramos—. ¡Si seré burro! ¡No os he contado lo más importante! En sus buenos tiempos, el burdel amurallado, como dice el escrito del cronista de Felipe el Hermoso, tenía una única entrada. Ahí estaba esa especie de guardarropía y, además, una horca para recordar a todo el mundo la necesidad de portarse bien. ¿No? Pues vale. —Carlos hace una pausa mientras desenvaina una sonrisa de triunfo—. ¿Sabéis dónde estaba ese portal y ese cadalso?

—¡No me lo puedo creer! —exclama Roma—. Seguro que estaba...

—Justo ahí, jefa. Justo ahí. En el cruce de las calles Gutenberg y Horts. Donde estaba colgado nuestro pobre negrito sin nombre.

\*\*\*

—¡Hola, Manuela! ¿Ya habéis vuelto? ¿No os quedabais todas las fiestas en el campo?

—¡Uy! ¿Qué tal, Charo? Solo yo y me voy luego a la tarde. Es que hoy lunes me tocaba ir al médico a renovar la receta para las pastillas de la tensión. Mi marido se ha quedado en el terreno, pero a mí me ha venido bien, porque yo ya no aguantaba

más allí. Ha llovido todos los días. ¡Toda la semana sin salir de casa! Me estaba volviendo loca. ¿Y tú, vienes de comprar? Vas cargada como una burra.

—Si es que siempre pasa lo mismo. Bajas al Mercadona a por cuatro cosas que te faltan y subes como si fueran a volver las cartillas de racionamiento de cuando éramos crías. ¿Te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? Ya lo creo que me acuerdo. En especial de la del petróleo. ¡La de horas que me pasaría yo haciendo cola! *Mare meua!*

—¡Ya te digo! Lo peor son las dos garrafas de agua. ¡Estoy más harta!

—¿Y eso? El agua de Valencia es malísima, pero yo ya estoy acostumbrada.

—Es por mi Rogelio. Es que va fatal del riñón.

—¡Vaya por Dios!

—Sí, hija, sí. Como te decía. El médico le ha dicho que debe beber solo agua mineral, así que, aquí me tienes, de aguadora.

—Pero ¿es grave lo suyo?

—Chica, aún no es muy grave. Aunque lo será. Le han dado una lista de cosas que no puede comer, las pastillas y agua mineral. Y a ver cómo anda. Y que se olvide de la cerveza y el anís, claro.

—A mi Pepe le dio una vez por decir que el agua del grifo le sentaba mal y me hacía comprarle la de Solán de Cabras, que era carísima en aquella época. Pero yo le rellenaba la botella en el cuarto de baño, la metía en la nevera y, oye, no notó nunca la diferencia.

—¡Menuda mala pécora estás tú hecha, Manuelita! Ya se lo diré yo a don José cuando lo vea, ya.

—Ni se acordará. Más tarde se le quitó la tontería y ahí lo tienes, tan campante, si no fuera porque tiene el colesterol por las nubes y sé que se hincha a embutido y panceta cuando no lo veo. Y cuando se va almorzar con los de la colla que recogen las naranjas, ¡ni te cuento! Luego dice que le ha sentado mal lo que yo le haya hecho para cenar... ¡Menudo pajarito!

—Rogelio hace igual. Se supone que no puede comer ni plátanos, ni naranjas ni, por supuesto, salazones. Y, en cuanto me descuido, ale. ¡Pero bueno! ¡La que tuvimos aquí el día de Navidad! Estuve a punto de llamarte y todo. ¡Qué barbaridad! ¡En el sexto!

—¿Qué ha pasado? ¿En el sexto?... ¿La señora Fina? ¿Le ha pasado algo? ¿No se habrá caído? ¿O no se habrá muerto?

—¡No, mujer! Los de la otra puerta. Los que, además, compraron la portería de arriba y juntaron los dos pisos para hacerse un *dusples* de esos modernos. Si estuvieron de obras ni sé el tiempo y tuvimos el patio hecho unos zorros durante meses.

—¡Ya me acuerdo! ¡Es verdad! ¿La chica rubita guapa? ¿La que tiene las dos gemelitas tan monas?

—Esa... esa.

—Y ¿qué le ha pasado?

—Pues que su marido casi la mata de una paliza.

—¡Madre de Dios soberano! ¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Vino la Policía, los bomberos. Bueno, bueno, bueno. La calle parecía una película.

—Pero ¿ella como está?

—Fatal, según me dijo la señora Fina, fíjate.

—Pero si él es... ¿Es?

—Él trabaja en un banco o algo así. Como siempre iba tan trajeado y arreglado. Yo diría que no lo he visto nunca sin corbata.

—Es verdad. Me parece que mi Pepe me dijo que era el director de una sucursal de un banco. O subdirector. No lo sé. Pero vamos, que no era de los que está en la ventanilla, vaya.

—Desde luego, se notaba que ganaba un buen sueldo. Alguna vez los vi en el garaje y tenían un cochazo hasta allá. Y el piso lo compraron a tocateja al hijo de Carmen, que en gloria esté.

—Bueno, bueno. Lo del piso parece ser que no está del todo claro.

—¿Cómo que no está claro?

—Pues creo que el hijo de Carmen estaba hasta las cejas de deudas e hipotecó el piso de su madre para tapar no sé cuántos agujeros. Y como al banco le debía lo que no está en los escritos, se ve que se lo quedó por cuatro perras.

—¿Quién?

—¡Ay, Charo! ¡El del *dusples* ese que dices tú! Pero bueno... ¿qué pasó?

—¡Ah, es verdad! Pues el jueves, ya ves tú. El mismo día de Navidad. Después de comer, la señora Fina, como su salita de estar da pared con pared con el dormitorio de ellos, empezó a escuchar voces primero, y eso que cada día está más sorda. Parece que estaban discutiendo a base de bien y luego empezó a sentir golpes. Fíjate que la señora Fina me dijo que pensó que estarían colgando cuadros o montando muebles. Luego, cuando la oyó gritar «no me mates, no me mates» y a las niñas llorar como poseídas, llamó a la Policía.

—Y lo que pasaba era que la estaba moliendo a palos.

—Tal cual. Primero con la correa y, después, rompió una silla y con una de las patas le empezó a dar en la cabeza. Está ingresada en Cuidados Intensivos con traumatismo *encelofa... enceloencefa... enfaloce...* ¡Bueno! Que no saben si saldrá de esta y, si sale, si se quedará bien.

—¿Y las niñas?

—Con la madre de ella, creo.

—¿Y él?

—¡Uh! Eso es lo más fuerte del todo. Cuando llegó la Policía, intentó escaparse o suicidarse. No lo saben.

—¿Desde el ático?



—Sí. Se conoce que intentó saltar al edificio de al lado. Habrá metro y medio, o un poco más, pero no lo consiguió y se cayó por el patio interior.

—¿Y no se mató?

—No, porque rebotó en los tendederos. Se lo llevaron en una ambulancia hecho una piltrafa. No sé si con las dos piernas rotas, la cadera hecha migas... De todo.

—Ya podía haberlo hecho al revés, joder. Tirarse primero y luego, si eso, intentar darle la paliza a la pobre chica.

—El caso es que esto yo lo veía venir.

—¿Cómo dices?

—Pues que vi un par de veces a la chica, la rubita, con las gafas de sol puestas en el ascensor cuando ya era de noche y con el pelo así muy tirado hacia la cara... no sé si me entiendes.

—Sí. Sí. ¿Y no le dijiste nada?

—¡Mujer! ¿Qué le iba a decir? En estas cosas nunca se sabe si haces bien o mal. Yo, a veces, voy por casa con las gafas de sol puestas cuando vengo de la calle, porque como son graduadas, no me doy cuenta hasta que mi marido me lo dice.

—Tienes razón. Pero ¿no oíste nunca nada? Como tu piso está debajo del suyo.

—¡Es que no caes! Ahora sí, claro. Había discusiones y gritos, pero ¿qué matrimonio no discute? Anda que no he tenido peloterías yo con mi Rogelio. Y de las de campeonato.

—¡Y yo con mi Pepe! Gracias a Dios que hemos tenido suerte con los maridos y no nos han dado mala vida.

—En eso tienes razón, Manuela. Si hubieran ganado más dinero o no estuvieran ya tan viejos y feos, habría sido mejor.

—¡Es que nosotras no somos jovencitas tampoco, Charo! Que las dos tenemos nietos.

—¡Ay! ¡Sí que es verdad, sí! La verdad es que yo, con que mi marido hablara un poco más, ya me daría por satisfecha.

—Y yo también. Ya que lo otro ya no pueden como antes, qué menos que darnos conversación, ¿no?

—¡Pero bueno! ¿Cómo eres tan descarada? ¡Ja, ja, ja! ¡Cualquiera que nos oiga pensará que somos un par de abuelas descocadas!

—¡A ver qué vamos a hacer a nuestros años! Cuando estábamos recién casadas, estos dos no nos quitaban las manos de encima y no hablaban. Y ahora ni manos ni charla. ¡Es lo que hay!

—Pues sí. Bueno. Me voy para arriba a ver si ordeno la compra y hago la comida.

—Muy bien. Yo iba a la farmacia a por la receta de las pastillas para la tensión.

—Ale, Charo. Hasta luego.

—Hasta luego, Manuela.

\*\*\*

Don Agustín se levanta de la banqueta. La pieza que acaba de interpretar en el teclado electrónico de su celda no ha hecho sino incrementar la angustia con la que se ha sentado hace poco menos de cinco minutos. Está, o estaba hasta hace un rato, convencido de que es el mismo Dios el que guía sus viejos dedos cada vez que se sienta ante el sucedáneo electrónico de piano que tiene en su celda del Real Monasterio de la Trinidad. Sin embargo, ahora piensa que o el Señor está enfadado o ha delegado en el demonio la tarea de sugerirle que tocara hoy la obra más famosa de Serguéi Rajmáninov, el *Preludio en do sostenido menor Op. 3 n.º 2*. ¿Por qué, entre todas las partituras que ha encerrado en la memoria de sus manos ha surgido esta? ¿Y por qué hoy? Sabe que, como buen sacerdote, no debe plantearse los designios de Dios, pero eso no quiere decir que deba renunciar a formularse preguntas gracias al intelecto que el Todopoderoso también le dio. Aunque no tenga ninguna respuesta.

Aún resuena en sus oídos y percibe en los músculos de su mano derecha el rastro sonoro de la segunda inversión del acorde de do sostenido menor reforzado con otro sol sostenido una octava más aguda con la que ha terminado la pieza.

Han sido 62 compases de lúgubre dulzura, como el sabor de la miel en un cementerio, desde los primeros tres acordes iniciales que introducen la siniestra tonalidad de do sostenido menor. Decía Dani que con esa armadura de cuatro sostenidos —en las notas fa, do, sol y re— hablan los fantasmas de los muertos, pero la interpretación que acaba de terminar —tocada de memoria— le sugiere al anciano religioso otra cosa mucho más inquietante: el compositor ruso —que llegó a odiar la creación que le hizo famoso— encerró en la forma ternaria de la pieza no a unas almas en pena cualquiera, sino a los espectros de la venganza. No pensaba que pudiera recordar cómo tocar los vertiginosos tresillos cromáticos de la segunda parte, el *agitato*, en *sforzando*, que le evocan los gritos de las sombras furiosas que reclaman justicia.

Desde los tres acordes iniciales —esos tres toques de una campana oscura— hasta el último compás de la coda —con la inversión del do sostenido menor en una redonda alargada con un calderón hasta la extinción del sonido— todo el universo sonaba a la lectura de una sentencia de muerte que hubiera sido escrita con versos delicados.

Don Agustín se pone la gruesa bata para salir al claustro. Aunque ya no llueve, el ambiente en el recinto interior del monasterio es húmedo y gélido. Sabe que, a sus muchos años, no puede arriesgarse ni a un simple resfriado. Arrebujado entre los pliegues de la lana, contempla el jardín que Dios, piensa, le ha reservado como vista para sus últimos años. El ruido de las sillas de tijera al desplegarse capta su atención. A su izquierda, delante de la tumba de la reina María, están las cuatro. Hace mucho tiempo que no las ve juntas en su rincón favorito. Doña Elvira emana poder y autoridad, al igual que la Tía Sol, si bien el aura de la anciana gitana es distinta a la de la jueza; doña Elvira extrae su fortaleza del orden y la Tía Sol, del caos. Cristina, con su aspecto frágil, como si estuviera hecha de porcelana, saca de su bolso un par

de carpetas. Conchín, por su parte, es la única que permanece de pie. Su oronda figura destaca frente a la extrema delgadez de la psiquiatra y al anciano cura se le antoja que la vocación de servir y de ayudar de la enfermera se nota hasta en este nimio detalle: sigue de pie por si alguna de sus tres compañeras necesita algo. «La servicial Conchín», piensa don Agustín.

El cura vuelve a su celda. Ya sospecha por qué su memoria musical ha elegido hoy el *Preludio en do sostenido menor* de Rajmáninov. A esta pieza, entre otras muchas cosas, la llaman también *El día del juicio final*. Y el tribunal ya está reunido.

—No me vas a convencer, Marcela. Yo controlo, ¿sabes lo que te quiero decir? Yo controlo.

—¿Controlas el qué, mi amor? Tú no controlas nada.

—¡Eso es lo que tú dices! —Amaliji eleva la voz—. Me gusta como vivo y lo que hago. Me quedan cuatro o cinco años, como máximo, y luego lo dejo del todo.

—Si llegas.

—Pues claro que llego.

—¿Cada cuánto te picas?

—¡Casi nunca! —La rubia bielorrusa cruza los brazos para tapar con las manos la parte interior de los codos—. Solo media chutita de vez en cuando para relajarme. Ya te digo que lo tengo controlado.

El gesto de cubrirse las articulaciones no ha pasado desapercibido para Marcela. Por eso sabe que Amaliji miente. Lo de la media chuta no se lo cree ni ella. Pasa siempre. Todos los yonquis creen que dominan su adicción, pero no es cierto. Da igual cuál sea la sustancia a la que te has aficionado hasta depender de ella. En el caso de Amaliji —o Amali, como se hace llamar— es la heroína y el dinero fácil, aunque sea a costa de vender su cuerpo. Para otros —piensa Marcela— es la pornografía, el tabaco, la comida, el puterío, la cocaína, los tranquilizantes, el fútbol, el alcohol, la envidia hacia quien parece que le va mejor o pisar el acelerador del coche. O un poco de todo lo anterior, todo junto o por separado, según las circunstancias. A fin de cuentas, todo el mundo necesita alguna de estas cosas para soportar la existencia de mierda que les ha tocado en suerte, con trabajos de mierda y familias de mierda. Hay gente, como Amali, que lleva más lejos las cosas, aunque crea que está al mando. «Todos creemos que controlamos nuestras vidas, y no es verdad. En un despacho que está a trescientos kilómetros de tu casa y del que jamás has oído hablar deciden que cierran tu empresa; tu hijo llega a la conclusión de que es una idea cojonuda subirse de paquete a una moto sin casco, se queda parapléjico y te jode la vida; un lumbrera del Gobierno ordena cualquier sandez que manda al paro a millones de pringados que no entienden qué les está pasando; haces caso a una amiga de una amiga, tan harta del Período Especial como tú, que te dice que en España hay trabajo y terminas de puta. Y todos ellos, yo incluida, cinco minutos antes, creían que controlaban. Como Amali.»

Marcela mira por encima del hombro. El bar no está lleno, pero el primer turno de los almuerzos se desarrolla a buen ritmo. Todas las mesas están atendidas. Los clientes dan buena cuenta de sus bocadillos de media mañana regados con vino o cerveza y acompañados de olivas y cacahuetes. Calcula, a ojo, que tiene entre cinco y diez minutos antes de que terminen los bocadillos y empiecen a pedir cafés. La conversación con Amali no durará mucho más porque sabe que su antigua compañera del club Mermaids de Alicante sigue presa de los hierros que otros le forjaron, pero

que ahora es ella misma la que no quiere quebrar.

—A ver, mi amor. —Realiza otro intento—. ¿Cuántos años tienes? ¿34, 35? Aún estás bien, pero en nada no podrás competir con las chicas de veinte años que no dejan de traer a los clubes. Entonces, con 40 palos, ¿qué harás? No tendrás las tetas tan altas ni el culo tan duro. Ya no te querrán y tendrás que irte a hacer la calle con las negras o, peor aún, con las viejas de la calle Viana. Y lo que te metes por ahí —señala la mano que oculta la parte interior del codo de su amiga— vale mucho dinero. ¿Quieres terminar dejándote encular por un pico? ¿De verdad es eso lo que quieres?

Amali baja la cabeza. Sabe que la cubana tiene razón, aunque no quiera asumirlo. Contempla a su interlocutora y la desnuda con esa mirada despiadada que las mujeres solo dedican a otras mujeres, en especial cuando evalúan el físico de la que tienen enfrente. Marcela es mayor que ella y, bien entrada ya en los cuarenta, conserva las curvas de vértigo que tanto éxito tenían entre los puteros que sudaban en el seno de la oscuridad sofocante del Mermaids. Sin embargo, ahora se ha ensanchado. Su trasero es más amplio y rotundo, enfundado en unas mallas oscuras donde, aquí y allá, aparecen manchas y rozaduras más claras que delatan las muchas horas que pasa entre la cocina, la barra y las mesas. Sus pechos siguen siendo tan espectaculares y grandes como siempre lo fueron, aunque no lucen como antes debajo del suéter de cuello vuelto, de un tono negruzco indefinible, al que ha acortado las mangas de un tijeretazo hasta la mitad de sus antebrazos para que no le estorben en el trabajo. El pelo, azabache y ondulado, está recogido en una cola de caballo que, a su vez, se enrosca sobre sí misma alrededor de la horquilla que lo sujeta. Un delantal mugriento y unas zapatillas de deporte baratas y llenas de lamparones de grasa completan el atuendo. Amali libera los brazos cruzados y echa un vistazo rápido a sus largas uñas, decoradas con filigranas plateadas, y las compara con los dedos blanqueados por la lejía de su compañera de burdel. Entonces, le contesta:

—Lo que no quiero es eso. —Señala las manos de Marcela—. Ni esto —dice mientras indica el mandil manchado—. Ni esto —proclama mientras abre los brazos con las palmas hacia arriba para incluir en su explicación el bar entero—. ¿Cuánto te sacas aquí, Marcela? ¿600, 700... 1.000 al mes como mucho? Eso lo hago yo en un fin de semana bueno y, si me apuras, en una sola noche loca. Además, si lo dejo, ¿dónde voy, qué hago? Ya no sé hacer nada, salvo chupar y follar. Y nadie me va a contratar más que para pasar la fregona o limpiar culos de abuelos. No he pasado por tanto para acabar así. Para acabar como tú. Prefiero seguir. Cuatro o cinco años más y, con lo que ahorre, me vuelvo a Minsk a cuidar de mi madre hasta que la pobre se muera y luego, a vivir yo. Para mí sola no necesito mucho y la casa allí está pagada. Lo tengo todo controlado, amiguita, todo.

«Pobre tonta —piensa Marcela— y pobre desesperada. Lo malo de los desesperados es que, en su desesperación, se mienten a sí mismos y ni siquiera se dan cuenta. La misma Amali lo ha dicho: “Con lo que ahorre.” O sea, que no tiene nada. Les pasa a todas las putas que van más o menos por su cuenta. Ganan dinero rápido y

se lo gastan aún más rápido, porque piensan que el próximo fin de semana habrá más igual de fácil e igual de rápido. Y si, como Amali, además le dan a la aguja, aún es peor.»

—¡Mientras esto —Amali se sujeta los pechos con ambas manos— siga aquí arriba unos años más, Marcelita, todo va bien! ¡Antes de que nos demos cuenta estoy en Minsk haciéndole el té a mi madre y como una señora!

Marcela no es capaz de ubicar la ciudad natal de su compañera de mesa en el inmenso espacio en blanco que, para ella, es el territorio de lo que fue la Unión Soviética y que le contaban que era el paraíso en la tierra. Entre las cosas que le enseñaron en la escuela, allá en Matanzas, y que agradece haber olvidado, está la geografía rusa. Aun así, se sorprende del perfecto castellano de Amali. Ambas llevan casi dos décadas en España y mientras Marcela mantiene su español caribeño de formas suaves y melosas, a la bielorrusa, cuando habla, solo el sonido sibilante de las eses delata su origen extranjero.

—Pero mi amor, ¿tú no eras maestra en tu país?

—Sí —la nostalgia, en forma de lágrima cautiva, brilla en las pupilas azules de Amali—, de música. Tocaba la flauta, ¿sabes? Y algo el piano. También cantaba. Ahora, ya ves. —La melancolía en la voz se torna en amargo sarcasmo—. No, Marcela, no. Me ha costado mucho estar donde estoy y, ya te digo, ahora quiero ahorrar y, en cuatro o cinco años, a casa. Ya vendrás a verme, ya. ¡Y verás qué *dranikis* hace mi madre más ricas!

—¿Y eso qué es, mi amor?

—¡Uy! ¡Unas tortitas hechas con patata! ¡Buenísimas!

Marcela vuelve a mirar a la clientela. De algunos bocadillos no quedan sino las migas. No obstante, aún no parece que los comensales quieran café para redondear el recio tentempié valenciano de media mañana habitual en los bares de currantes como en el que ella trabaja.

—Amali, cariño. —Marcela quema su último cartucho—. De verdad te digo que se puede salir. Trabajar es una mierda, lo sé, pero, al menos, te permite abrirle las piernas a quien tú quieras y cuando tú quieras, si es que quieres. Y eso —señala de nuevo el lugar del brazo de su amiga por donde entra la paz y la muerte a través de agujas huecas— te reventará mucho antes.

—Marcela, no insistas. Eres una buena amiga, pero incluso tú sabes qué somos y la única manera de salir es del brazo de un hombre. ¿O no sigues tú con ese tío? ¿El que era policía en Alicante? Y, aun así, no te puedes fiar nunca. Por confiar en un cabrón acabé yo aquí.

La cubana duda en silencio. No le piensa decir a Amali nada sobre lo que se le pregunta. Se limita a cerrar los ojos y a amagar un asentimiento de cabeza para que la bielorrusa piense lo que le dé la gana.

—Fíjate en lo que me pasó a mí. Tenía 21 años y mi título de maestra colgado en la pared. Un sueldo de mierda en un colegio y un novio que decía que me quería. Fue

aquel cabrón el que me propuso entrar en España como turista y trabajar de asistenta para la familia con la que él pasaba los veranos aprendiendo español. Lo que, según él, me iban a pagar multiplicaba por diez lo que yo ganaba dando clase. «Yo me encargo de todo el papeleo», me decía. Llegamos a Madrid y a la supuesta casa de la familia. Él tenía el dinero, mi pasaporte, mis papeles, todo.

Marcela escucha. Ha oído la historia muchas veces contada con acento eslavo, rumano, nigeriano, brasileño o cubano. Los detalles cambian de una a otra, pero, en esencia, siempre es la misma: el novio que prometía un futuro brillante en la próspera Europa; la vecina que tenía los contactos; el conocido de no sé quién que se paseaba por el pueblo o el barrio con un cochazo ganado, decía, trabajando en España, donde se ataban los perros con longanizas. Y luego, la realidad. Ni novio ni trabajo ni papeles ni dignidad. Solo miedo, vergüenza y desesperación en lo alto de tacones de aguja, perfume barato, lubricante vaginal y cocaína.

—Me llevó a un chalet a las afueras, Marcela, nada más bajar del avión. Ya no me acuerdo dónde, y esa fue la última vez que lo vi. Se suponía que iba a hacer un recado y llevaba un sobre en las manos que le había dado el que yo pensé que era el padre de la familia. Lo que llevaba era lo que le habían pagado por mí. Después me enteré de que se había comprado un coche con aquel dinero. ¡Me vendió, Marcela, me vendió por un puto BMW de segunda mano! —Las lágrimas se amontonan ante las pestañas cargadas de rímel—. No iba a ser la criada de nadie. Me hicieron puta, a 30 euros la hora mientras el dueño del chalet cobraba 300 a los clientes. No sabía hablar español, ni siquiera sabía dónde estaba. Cuando aprendí algunas palabras les pedía ayuda a los que venían a follarme y algunos, pocos, me decían «pobrecita» y me dejaban un billetito de cinco euros de propina. Y quince días después, volvían. Y ya no se acordaban de la pobrecita rubia hasta que no se habían corrido.

Marcela sigue en silencio. Amali se estira hasta las muñecas las mangas francesas del suéter de punto para que la cubana no vea los besos rojizos de la heroína en la piel blanquísima de la prostituta.

—Las otras chicas del chalet esnifaban para soportar aquello. Así me enganché. Y del perico me pasé al caballo, que me gusta más porque me hace olvidar. Estuve muy mal. Cinco años después me marché de allí. Pensé en volver a Minsk, pero ¿qué le iba a decir a mi madre? Ella piensa que estoy con aquella familia y que aquel novio se mató en un accidente de tráfico. Me pareció la mejor mentira. Le he contado que, además de ayudar a la señora, le enseño música a sus niños. Le mando dinero todos los meses y cree que, en cuatro o cinco años, volveré con todo lo que se supone que he ahorrado. Tiene setenta años ahora, Marcela, y está muy bien, según me dice. Llego a tiempo, amiguita, llego a tiempo. Lo tengo todo controlado. Todo.

Marcela se levanta. Amali empieza a buscar el monedero en el interior del bolso para pagar la consumición, pero un gesto de la cubana indica a la bielorrusa que el café con leche va por cuenta de la casa. Una mano de piel canela en el hombro sirve de despedida muda antes de que Marcela vaya a la barra a buscar la libreta para tomar

nota de los cafés que van a pedir los clientes de la mesa número ocho, la primera en la que ya se han terminado los bocadillos. Cuando se dirige hacia ellos, los ve en la calle. Son dos hombres. Los dos africanos. Uno, el más joven y musculoso, va con un chándal amarillo. El otro, mayor y cuya cara parece una máscara de arcilla negra moldeada a cuchillazos, se tapa el cráneo con un bonete bordado de hilos y piedras de vivos colores. Ambos se la quedan mirando a través del cristal.

\*\*\*

En verano, el claustro del Real Monasterio de la Trinidad siempre está fresco gracias a sus gruesos muros de piedra y a la lujuriosa vegetación de plátanos de sombra, palmeras, rosales y arbustos de boj que lo invaden. Entonces, resulta una delicia estar, incluso en los días de *ponentà*, el temible viento cálido que viene del oeste, el cual provocó que los valencianos acuñaran aquello de que «*de ponent, ni vent ni gent*». Sin embargo, en invierno, da la sensación de que la temperatura allí dentro es tres o cuatro grados más baja que en el resto del mundo. La humedad gélida reptaba por las patas de las sillas plegables hasta alcanzar a sus cuatro ocupantes para hacerlas temblar de frío. A pesar del cielo encapotado, hoy no ha llovido de momento. Sin embargo, se espera que las nubes blancas que se amontonan sobre ellas descarguen agua conforme avance la tarde. Las cuatro mujeres se arrebujan en sus gruesos abrigos. Todas menos Cristina Llorens mantienen los guantes puestos, pero la psiquiatra se los ha quitado para poder manipular la carpeta que, con el logo de la Conselleria de Sanitat en su portada, ha sacado del bolso-maletín que traía consigo. Despliega un par de papeles en su regazo, poniendo extremo cuidado en que no caiga ninguno al suelo empedrado y brillante por el agua. La médica sujeta los documentos con el antebrazo izquierdo; mira el reloj y es, como de costumbre, la primera en hablar:

—Será mejor que nos demos prisa —señala hacia arriba con la mano que le queda libre—, no sea que aún nos caiga un chaparrón.

—No me gustan las prisas con estas cosas, Cristina —dice Elvira Quirós—. Esto es muy serio y lo sabes. Quizás este asunto podía haber esperado, al menos, a que mejore el tiempo antes de reunirnos aquí, ¿no?

La psiquiatra ignora el tono de reproche que gotea entre las palabras de la jueza. No le preocupa que Elvira esté más o menos enfadada. Sin embargo, hay algo en su compañera de reunión junto al sepulcro de la reina María de Castilla que empieza a inquietarla. Está acostumbrada a analizar lo que pasa por la cabeza de sus pacientes, principalmente, hablando con ellos. En la magistrada percibe cada vez más dudas y unas inseguridades que no existían hace casi una década, cuando empezaron a juntarse algunas tardes para lamentar su suerte y, sobre todo, cuando decidieron las cuatro que había que hacer algo más que quejarse.

—No nos va a llevar mucho tiempo, doña Elvira. El caso es clarísimo y lo único



que tenemos que decidir aquí hoy es qué es lo que hay que hacer con él. Una cosa o la otra.

—¡Por Dios, qué frío! —tercia la Tía Sol—. Esperemos, niña, que la cosa vaya rápida, porque yo ya no estoy para quedarme al relente en pleno invierno. Por lo que Cristina me ha dicho, doña Elvira, el tema está clarito como el agua clara. Yo, si hay que votar, pues lo que diga la doctora y arreando.

—Aguarde un poco, Tía —responde la jueza—, un poquito nada más. A ver, Cristina, ¿qué dice el atestado de la Policía?

—Pues que —la psiquiatra lee el primero de los papeles que sujeta en el regazo— Pedro José Márquez, de 45 años y vecino de Valencia con domicilio en la calle tal número cual —Cristina se salta con impaciencia los datos rutinarios de identificación— presuntamente agredió a su esposa, doña Sonia Torreval, también vecina de Valencia, de 39 años y esposa del anterior. Primero, a tenor del informe del forense, fueron golpes realizados con los puños, pero a continuación el sospechoso utilizó, al parecer, un cinturón según se desprende de las laceraciones y contusiones que la víctima presentaba en brazos, piernas y parte alta de la espalda. Después, el sospechoso —al que aún no se le ha podido tomar declaración porque está ingresado y sedado— arrancó la pata de una silla y, con ella, propinó no menos de una docena de golpes a la víctima en la cabeza, produciéndole un traumatismo craneoencefálico que ha sido clasificado como grave.

Conchín suelta un bufido al tiempo que aprieta los puños recubiertos por los guantes de cuero fino. Ella y Cristina —ambas son profesionales sanitarias— saben muy bien qué significa eso. Es la Tía Sol la que pregunta:

—¿Y eso cómo de malo es, niña?

—Mucho, Tía, mucho —contesta la psiquiatra—. La mujer está en coma, en la Unidad de Cuidados Intensivos, con ventilación asistida y ya la han operado dos veces para intentar frenar las hemorragias cerebrales internas. En el caso de que salga de esta, le queda una recuperación larga y, sin duda alguna, incompleta. Aunque todo vaya bien, no volverá a ser la misma nunca más. Y, además, el setenta por ciento de las víctimas de una lesión de este calibre no sobrevive al primer año.

—¡Jesús, María y José! —dice la Tía mientras se santigua—. ¡Pobre muchacha! Y con dos criaturas que tenía. Es que no hay justicia en este mundo.

—¿Y el agresor? —Elvira asume un tono monótono con el que pretende ser imparcial—. Tengo entendido que también está ingresado en un hospital, ¿no?

—Así es, doña Elvira. Así es. No está claro si se quiso suicidar arrojándose por la barandilla de la azotea de la finca o intentaba escapar al edificio contiguo. Sea como fuere, se precipitó al vacío del patio interior. Sin embargo, los tendederos de ropa y los toldos amortiguaron la caída. El caso es que está ahora en el Hospital Doctor Moliner, con la cadera y las dos piernas rotas, además de varias costillas fracturadas y múltiples laceraciones y contusiones por todo el cuerpo. Pero —la voz de Cristina surge aún más helada que el ambiente que la rodea— sigue vivo.

—Supongo —dice la magistrada, que se dirige a la psiquiatra pero mira a Conchín— que no ha sido casualidad que haya terminado en ese centro sanitario, ¿no, Cristina?

—Por supuesto que no, doña Elvira. De todas formas, no ha habido que forzar demasiado la maquinaria del Servicio Valenciano de Salud. El doctor Moliner está especializado en enfermos de larga estancia para rehabilitaciones prolongadas. Fue operado en el Hospital Clínico y, después, se realizó el traslado con el visto bueno de los cirujanos tal y como consta en el informe... naturalmente.

La jueza mantiene el rictus impasible ante la efímera y pícara sonrisa que la psiquiatra exhibe para malévolo regocijo de las otras dos mujeres que tiritan frente a ella en la esquina sudeste del venerable claustro monacal. Su alma de jurista, sensible como quizá debería serlo a la protección de derechos y libertades, se estremece al pensar lo que se puede hacer con un ordenador. Cristina, en su condición de facultativa, tiene acceso a enormes cantidades de información privada de todo aquel que tenga una tarjeta sanitaria o que haya ido alguna vez a un ambulatorio, aunque sea a que le pongan una tirita. Si bien Elvira no tiene ni idea de cómo funciona el procedimiento, la psiquiatra infantil ya le ha dado muchas muestras de que hay pocas cosas que no estén a su alcance: averiguar domicilios, teléfonos, dolencias y necesidades farmacológicas. El personal sanitario, con un par de clics de ratón, es capaz de hacer tantas cosas que asusta pensar en las consecuencias de qué pasaría si este poder cayera en malas manos. Por fortuna, solo hay una Cristina Llorens entre los más de 25.000 profesionales de la sanidad pública valenciana. Y además está ella, Elvira Quirós Garrido, para controlarla.

—Bien —concluye la jueza—. El caso lo llevará el Juzgado de Violencia sobre la Mujer número 4. Conozco bien a la jueza que lo instruirá: Nieves Molins es una gran jurista que hará caer todo el peso de la ley sobre el hombre si es declarado culpable. Parece ser que no había habido denuncias previas de maltrato ni...

—Comprobé también el historial médico de ella, doña Elvira —interrumpe Cristina—. Debe ser la mujer más torpe de todo el hemisferio norte, a tenor de las dos docenas de veces que, en los últimos cinco años, acudió a urgencias lastimada con todo tipo de caídas, golpes y accidentes domésticos, según decía a los sanitarios.

—El problema —continúa la magistrada— de que no se denuncie desde el primer momento es que la cosa va a más y...

—Es culpable —corta Conchín en su primera y única intervención en la charla—. Ha leído el atestado policial; hay testigos y está donde tiene que estar. No le dé más vueltas, doña Elvira. Diga qué hacemos y se hará.

—Conchín tiene razón —tercia la Tía Sol—, es de las veces que lo hemos tenido más claro. Yo, por lo menos.

—Sabe tan bien como yo, doña Elvira —interviene Cristina— que en estos casos no todo es como dicen los anuncios de la tele. Que hay que llamar al 016 y se soluciona todo. Sin duda, si no se denuncia no se puede hacer nada y no seré yo quien

diga que las campañas de concienciación, la educación y las denuncias no sirven. Pero también ha habido errores garrafales, asesinos de mujeres que se han ido de rositas por fallos judiciales o policiales; salvajes que no han recibido el castigo que recibían; grietas de la ley por donde se escapan los culpables. ¡Doña Elvira, por favor! Solo desde 1999 hasta hoy mismo han matado en este país a 980 mujeres. Eso son más víctimas que las que causó ETA en toda su sangrienta historia. Cada año se registran más de 140.000 denuncias por delitos o faltas de violencia de género. Están muy bien las palabras bonitas, las velas y las flores junto a la casa de la víctima y los minutos de silencio de condena con los políticos con cara de funeral. No obstante, hace tiempo que nosotras decidimos, usted también, que íbamos a hacer algo más que todo eso. Y es lo que estamos haciendo.

—Lo sé, Cristina. —La magistrada baja la cabeza, como si entre las piedras mojadas pudiera hallar un argumento que sabe que no existe—. Lo que pasa es que lo del negro del barrio del Carmen ha sido... ha sido...

—Si quiere —interrumpe Conchín— hablamos de eso luego. Ahora, doña Elvira, es necesario que decida, que para eso es usted la jueza. ¿Qué hago? Digo, ¿qué hacemos con él?

La magistrada nota la responsabilidad como una tenaza helada que le oprime el pecho. Eligió la instrucción, entre otras cosas, por momentos como este. A la hora de dictar sentencia, los jueces tienen más herramientas de las que ella dispone aquí y ahora. Están, por supuesto, los códigos. Pero también los antecedentes, las circunstancias y la manoseada frase de Concepción Arenal de odiar el delito y compadecer al delincuente para distinguir entre la justicia y la venganza. No obstante, ¿qué pasa con las víctimas? ¿Cuál es la reparación justa para aquel que ha padecido la agresión de un semejante? Con las cosas materiales es fácil. A fin de cuentas, los objetos pueden ser restituidos; las pérdidas, compensadas; los estragos, reparados. Se repite como un mantra que hay que reinsertar al felón para que pueda volver a ser un miembro de la sociedad, pero ¿qué pasa con aquellos que han sufrido sus fechorías? Para aquel que le dieron una paliza para robar en su negocio, ¿le compensa que su agresor pase dos años en la cárcel? ¿La familia del guardia civil que ETA hizo saltar por los aires vive en paz sabiendo que el responsable estará veinte años entre rejas, o quizá menos si resulta que un buen día se arrepiente y se convierte en un «hombre de paz» porque a algún politicastro así le conviene? ¿Se sentirán satisfechos los padres de aquellas tres niñas que fueron salvajemente violadas y asesinadas cuando el único condenado por aquel triple crimen salió de la prisión de Herrera de la Mancha tras dos décadas encerrado? ¿Es eso justicia? Ella, mejor que las otras tres, sabe que los vericuetos del derecho pueden terminar en callejones sin salida; en vergonzantes situaciones donde los errores, la incompetencia o la pura maldad humana hacen más verdad aquello de Rousseau que decía que las leyes son siempre útiles para las personas que tienen bienes y dañinas para los desposeídos. A veces. Demasiadas veces, las leyes parecen ser dañinas para todos, en especial para todo aquel que era

inocente y tuvo la mala suerte de pasar por el sitio equivocado en el peor momento posible.

—¿Pensáis que es necesario que Daniel intervenga? —La pregunta es más bien una súplica—. Solo para estar seguras del todo.

—Con todo esto de aquí —Cristina levanta la carpeta llena de papeles para que las demás lo vean— no es necesario. Además, no está demasiado estable estos días. Le hemos sometido a demasiadas emociones y ya sabe que no las gestiona bien.

—¡Ay, angelito! —exclama la Tía—. ¡Es que es demasiado sensible mi pobre niño artista! Me pasaré a verle y le llevaré alguna cosita para que se mejore.

Elvira, Conchín y Cristina saben muy bien a qué cositas se refiere la Tía, a pesar de que las ha mencionado como si fueran un plato de croquetas. Ninguna de ellas quiere apostillar nada. Se nota que quieren acabar con aquella reunión cuanto antes porque el frío se está haciendo insoportable.

—Sea, pues, Conchín —proclama Elvira con la voz temblorosa—, que tenga tiempo para pensar en lo que hizo. Que tenga todo el tiempo del mundo. Con dolor.

Conchín asiente. Solo ella sabrá los detalles y no los compartirá con ninguna de sus compañeras. A partir de aquí, camina sola en la oscuridad. Como siempre. De esta forma, en el supuesto de que algo salga mal, las otras tres no sabrán nada. No obstante, la Tía le pregunta:

—¿Necesitarás algo de mis chicos, niña?

—No, Tía. Nada en absoluto —contesta mientras levanta con dificultad sus muchos kilos de la silla plegable—. Está en mi hospital y con la cadera rota. No puede irse a ninguna parte.

Cristina y la Tía Sol también se han puesto en pie. Elvira sigue sentada, mirando absorta las águilas de piedra esculpidas en la tumba de la mujer del rey Alfonso el Magnánimo. Sin apartar los ojos del sepulcro pregunta:

—¿Y lo del barrio del Carmen? ¿El ahorcado?

—No hay de qué preocuparse, doña Elvira —dice Cristina mientras se pone los guantes y frota las manos para entrar en calor—. La Policía nunca va a saber quién es. ¿Verdad, Conchín?

—Verdad.

—¡Por Dios, vamos a tomarnos un café con leche calentito! —exclama la Tía—. ¡Es que no me siento los pies!

\*\*\*

La sala de espera tiene el mismo aire aburrido y cutre que el vestíbulo de la notaría, con su mostrador chapado de madera sintética y, sobre todo, con la gorda recepcionista detrás del mueble con cara de dolor de muelas. La señora, con el desdén propio de quien está acostumbrado a tratar con desprecio a todo aquel que se le pone enfrente, le ha dicho que iba a ser «muy complicado» que le atendieran esta misma

tarde porque la agenda del señor notario estaba «muy complicada». Cada vez que la auxiliar de la notaría ha utilizado una variante del adjetivo —y han sido unas cuantas, no solo con él, sino con el par de conversaciones telefónicas que ha mantenido mientras aguardaba a que le atendiera— ha notado un pellizco en el hígado. Le repatea la gente que dice que algo es «complicado» para decir que es incuestionable, inoportuno, imposible, irrelevante o inconveniente, por ejemplo. Se regodea en su propia soberbia intelectual: «Cinco calificativos más precisos y los cinco empiezan por i latina. No es tan complicado.»

Con la decoración de la habitación donde espera —en vano, según la mujer— a que le atienda el notario tampoco se han «complicado» la vida en exceso. O lo han hecho para concentrar en treinta metros cuadrados toda la vulgaridad posible. Nota el cuero falso de las butacas, que se parecen al famoso modelo *Barcelona* de Mies van der Rohe. Enseguida nota que es una imitación —y además, de las malas—, porque en la que él está sentado tiene travesaños entre las patas curvadas de acero. Las originales, inspiradas en la *sella curulis*, la silla curul de marfil de los cónsules de la antigua Roma, no necesitan tal refuerzo. En medio, sobre una mesa baja a juego con los asientos, se desparrama un triste muestrario de revistas atrasadas. La mayoría son suplementos dominicales de periódicos de hace más de tres o cuatro meses y algún boletín del Ilustre Colegio de Notarios de Valencia aún más manoseado que las otras publicaciones. En las paredes pintadas de blanco hay media docena de láminas de cuadros de Sorolla en el interior de marcos baratos de plástico oscuro. «Todos los notarios son ricos —piensa—, pero este debe ser de los muy ricos, porque es de los más tacaños, al menos, en lo que ofrece a su clientela. Quizá por eso tiene mucho dinero.»

De camino hacia aquí, ha pasado por dos salas de reuniones donde un par de grupos esperaban al escribano público. En la primera había una pareja joven, cogida de la mano y sonriente, acompañada de otros dos matrimonios mayores que, supone, serían sus respectivos padres, además de por otro señor trajeado: el del banco. Todo estaba dispuesto ahí para la firma de la hipoteca de su primera casa y, con ella, soldar el último eslabón de la cadena que, felices, están a punto de ponerse al cuello. En la segunda estancia, idéntica a la primera, aguarda otro matrimonio. Ambos ya superan los setenta y se ignoran el uno a la otra con la naturalidad que otorga haberlo hecho durante décadas, y el convencimiento de que, al final, el cura tenía razón y será la muerte la que los separe, porque ellos no han tenido el valor o las ganas de hacerlo. A estas alturas, es evidente que estos dos han venido a hacer el testamento. Los jóvenes que esperan en la primera sala irradian esa felicidad que solo las promesas sin fundamento son capaces de brindar; los ancianos de la segunda pieza destilan la convicción de que las mismas esperanzas, pasadas por el tamiz de los años, se han convertido en haber hecho lo que se ha podido. Tanto en una mesa como en la otra, justo en el medio, hay sendos botes de plástico con media docena de bolígrafos; sin capuchón la mayoría y algunos, incluso, con publicidad impresa en sus costados.

Ambos recipientes parecen un tótem que invoque a los espíritus de la realidad que se harán presentes cuando el notario aparezca para firmar los documentos: con una pluma de oro.

En la mochila que carga a su espalda, además del ordenador portátil, lleva su coartada. Ni por un momento ha pensado que el notario Juan Sanahuja fuera a recibirle sin cita previa. Solo necesitaba una excusa para estar un rato en el despacho de la calle Colón. Junto a la computadora trae unos papeles que contienen la única verdad que aún le queda. El motivo de la visita —según le ha explicado a la gorda de la recepción que lo veía todo «complicado»— era redactar un testamento. En la carpeta de cartón azul y gomas negras está la escritura de la casa de sus padres: el piso de su infancia, en el número 12 de la calle de Sant Llorenç de Alcoy. Hace más de treinta años que no ha puesto un pie allí. Una agencia inmobiliaria gestiona la propiedad desde hace décadas e ingresa los importes del alquiler en la única cuenta corriente que tiene a su nombre en España. Si, por alguna fatal casualidad, resulta que el notario hubiera tenido la posibilidad de atenderle, necesitaba algo real para que no sospechara el verdadero motivo de su presencia en la oficina. Por esa razón, no ha tenido más remedio que exponer lo poco cierto que aún conserva de aquella vida que ahora se le antoja tan irreal como el resto de las falsedades que ha construido con los años. Está aquí con su nombre real: Miquel Corella Feliu y con una escritura de una propiedad heredada que dice lo siguiente: calle de San Lorenzo, 12, primero-2. Alcoy, Alicante.

No le importa lo que ocurra con sus posesiones cuando esté muerto. Si de algo sirvió todo el tiempo que pasó en el seminario de Moncada mientras, a la vez, estudiaba Ciencias Exactas en la Universidad de Valencia es que no hay más paraíso que el que uno es capaz de construirse y, sobre todo, de disfrutar.

Lleva poco más de 24 horas en Valencia y los recuerdos y sensaciones ya casi olvidadas que le brinda la ciudad de su juventud se le amontonan en la cabeza. Está en un sitio muy diferente al que vio por primera vez en aquel septiembre de 1978. Entonces, la capital del Turia hervía —como el resto de España— en la olla de la Transición, con manifestaciones, broncas sobre la identidad y sueños que parecían que iban a cumplirse al día siguiente, pero que no llegaron nunca. Aquella era una urbe con el centro histórico casi en ruinas y descampados en todos los barrios de la periferia donde se habían levantado, a toda prisa, horrendos edificios para que las oleadas de inmigrantes del interior tuvieran un sitio donde vivir. Ahora, las calles del corazón urbano se adornan con los carteles de las franquicias que pueden encontrarse en cualquier otra ciudad del mundo; aquellas esperanzas están encerradas en los libros de historia que nadie lee y la gente que abarrota las aceras cargada con bolsas de grandes almacenes no parece tener ni un minuto que perder en arqueologías sentimentales. No obstante, sí están dispuestos a despilfarrar horas de espera en colas para hacerse con el último modelo de teléfono móvil con una manzana en su reverso; comprar diez veces más cara una camiseta de fútbol con el nombre de un

multimillonario impreso en la espalda o un colgante de una aleación barata con forma de osito de peluche pagado a precio de metal noble.

Ha atravesado el barrio del Carmen en su camino hacia la notaría desde el hotel en el que se ha alojado, a pocos metros de las Torres de Serranos. Aquellos callejones un tanto lóbregos donde abrían sus puertas todo tipo de comercios tienen ahora cierto aire de parque temático. Todo son bares, cafeterías, heladerías y hasta tiendas de recuerdos. Eso es lo más chocante. Aunque está más que acostumbrado a los turistas de Roma, la presencia de estos en Valencia le asombra. En la Valencia de sus recuerdos, un grupo de japoneses con sus descomunales cámaras fotográficas colgadas del cuello como con el que se ha cruzado le hubiera sorprendido tanto como toparse con un rinoceronte.

Aun así, ha disfrutado del paseo, aunque, a ratos, algunos elementos urbanos de nuevo cuño le han irritado. «Quizás es que, de verdad, me estoy haciendo viejo y añoro aquella Valencia que, según se dice ahora, pasaba del blanco y negro al color. No es cierto. Lo que añoro son los 18 veranos recién cumplidos que tenía entonces.»

«Tampoco estuvo mal —piensa—, nada mal. Aquellos tiempos fueron un verdadero reto. Compaginaba las clases en la Facultad de Ciencias Matemáticas con el Seminario Metropolitano en Moncada, donde vivía y estudiaba con otros aspirantes a sacerdote. Y, además, tenía la guitarra y el piano. Entonces, al menos los primeros años, casi todo parecía tener sentido: todo era lo mismo: los números, la música y Dios.» En aquella secuencia perfecta, no obstante, había un error, una nota discordante, una cifra que no encajaba y provocaba un resultado falso: lo que sentía en tres momentos muy concretos. Le pasaba siempre que resolvía un problema matemático complejo; cuando dominaba el instrumento en una pieza muy difícil y, especialmente, cuando veía a Enrique, su compañero de habitación, salir de la ducha con la breve toalla blanca enroscada a la cintura.

Nunca ha sido —ni lo era entonces— un ingenuo ni un imbécil. Sabía con exactitud que ese impulso en el corazón, ese reclamo espiritual, esa «vocación» de la que su abuela —Desamparados, se llamaba— estaba tan orgullosa era incompatible con lo que sentía en las entrañas ante unos muslos masculinos bien torneados, unos brazos musculosos o un vientre plano y definido; por no hablar de lo que ocurría si podía ver algo más abajo. Del mismo modo, sus propias capacidades intelectuales contradecían el mandato divino de la humildad. ¿Por qué no deleitarse con uno mismo cuando ha superado una dificultad? ¿Qué hay de malo en ser mejor que los demás? ¿Por qué compartir los logros de uno con los que no hacen nada o, lo que hacen, lo hacen mal? ¿Qué hay de bueno o noble en ser pobre, ignorante, cobarde, sumiso o débil? Las preguntas se fueron sucediendo unas a otras hasta formar en su interior una masa líquida que acumulaba fuerza destructora frente a sus convicciones juveniles como un río crecido empuja la compuerta de una presa mal construida. Al final, tras tres años en el seminario, el dique cedió. Gracias a Nietzsche.

El profesor de Filosofía del criadero de futuros sacerdotes se esmeraba en intentar

refutar al pensador alemán —en especial en lo referente a la muerte de Dios— con toda su erudición. Aquel cura, cuyo nombre ha olvidado, además de pasar de puntillas por la obra del intelectual germano, intentaba explicar los, a su juicio, errores del ensayo *La genealogía de la moral*. Sin embargo, a sus ojos, lo que aquel pobre hombre pretendía con sus pobres argumentos era matar el mar con un abrecartas.

Todo lo que había estudiado hasta ese momento reveló su falsedad ante la simpleza y brillantez de la comparación entre la moral de los amos y la de los esclavos. Los amos, según Nietzsche, valoraban la fuerza, las capacidades de uno mismo, la singularidad, el valor y, sobre todo, las consecuencias de estas cualidades, o sea, la excelencia, el poder y la dominación. Para los amos, lo que es bueno viene del «sentimiento» que ellos mismos experimentaban en su condición de seres humanos. No obstante, los esclavos, como no tenían más remedio que obedecer ante los mejores que ellos, hicieron de la sumisión, la humildad y la vulgaridad las virtudes para construirse un mundo soportable. Lo que en los amos era el «sentimiento», en los siervos se convirtió en «resentimiento», es decir, denigrar todos aquellos rasgos que hacen que cualquiera destaque y pueda convertirse en un amo. Y, para más seguridad, se inventaron dos religiones: el judaísmo y el cristianismo, para imponer como admirables las características de los débiles como la paciencia, la resignación o el servicio. Su verdadera epifanía no vino de los interminables textos sagrados que había leído buscando respuestas, sino de una sola frase de Nietzsche que determinó que no sería un esclavo, sino un amo, un hombre noble, porque como decía el chiflado genio alemán: «Los hombres nobles experimentan por sí mismos la determinación de los valores; no necesitan aprobación; juzgan, “lo que es dañino para mí es dañino en sí mismo”.» Y pensó —y todavía piensa— que la última razón se puede aplicar igual para lo benigno: si es bueno para mí, es que es bueno en sí mismo.

Nietzsche hizo reventar la presa y la riada posterior arrasó todo lo que había regido su comportamiento hasta entonces. Aquella agua filosófica se llevó por delante barreras éticas, inhibiciones, hipocresías y convencionalismos y, al final, todo cobró verdadero sentido. Abandonó su propósito de ser sacerdote, se cambió por primera vez el nombre (del Miguel con el que lo bautizaron a Miquel, en valenciano, para ir a la moda de los primeros años ochenta), terminó la carrera de Matemáticas y, de paso, el Grado Profesional de Guitarra. Luego llegó la Informática, los cursos de especialización, el trabajo como profesor, las noches gozosamente interminables de sexo y música. Valencia y sus alrededores fueron, durante casi una década, un edén en el que reinaban las sombras y donde podía jugar a lo que quisiera y comer las frutas prohibidas del pecado como se le antojara; como un amo. Hasta que pasó aquello. Sí. También pasó por aquí. A menos de una hora en coche. Su mayor error y su mayor acierto.

El recuerdo le desasosiega, a pesar de que ha pasado tanto tiempo. «¿Cuántos



años tendrá ahora? —se pregunta—. Andará por los treinta y pocos, más o menos.» No tiene ninguna razón para pensar que viva en la ciudad o en algún pueblo cercano. Ni tampoco lo contrario. Fue la persona más importante de su vida, a pesar de que ahora no es más que un recuerdo deliciosamente perverso. Una cosa sí sabe: no existe en Internet: no tiene perfil de Facebook, ni cuenta en Twitter ni siquiera correo electrónico gratuito de ningún buscador. Todo lo que hay de él en las redes son las iniciales D. L. M. con las que lo identificaban los medios de comunicación: tres letras separadas por puntos enterradas en las hemerotecas digitales. Es lo que pasa siempre con las víctimas: de ser el centro en el altar del sacrificio para conmoción del respetable público al olvido más negro mientras el mundo sigue girando, tan indiferente al sufrimiento como un ruiseñor que canta en un entierro. Más de dos décadas después, el recuerdo de aquella criatura angelical le sigue perturbando con la inocencia que tuvo el placer de devorar a dentelladas. Buena prueba de ello es que, conforme el rostro del cura americano que leía a Scott Fitzgerald se difumina entre las nieblas de su memoria, aquella carita infantil sigue viva y fresca como si acabara de entrar por la puerta de la sala de espera de la notaría donde está sentado.

Sin embargo, es la gorda recepcionista la que puede aparecer en cualquier momento en el umbral para decirle que, en efecto, está «complicado» que el escribano pueda atenderle hoy. Le van a pagar un buen dinero —gastos aparte— por hacer lo que ha venido a hacer aquí, así que se pone manos a la obra.

Enciende su portátil y abre el navegador de Internet. Teclea una dirección de un periódico y minimiza la pantalla para, en el caso de que entrara alguien, poder desplegarla y fingir que está leyendo las noticias mientras espera. El programa que ejecuta tiene una finalidad bien distinta. Al igual que hizo en Roma, se cuelga en la red wifi de la notaría, pero esta vez no pretende usarla para acceder a la red, sino crear una máscara. Con unos cuantos comandos en Linux hace caer la red y, unos minutos después, la reinicia. Tal y como pensaba, solo unos pocos dispositivos empiezan a conectarse. Son muy pocos. La tacañería del notario Juan Sanahuja se nota hasta en esto. En el pequeño recuadro blanco que destaca sobre el abismo negro que es la pantalla de su ordenador comprueba que un par de teléfonos con sistema operativo Android se van enganchando. Supone que corresponden a los oficiales del despacho de mayor rango o confianza del notario. Por la información que tiene de su víctima, no parece probable que ninguno de los móviles que ya tiene identificados sea el que le interesa. No pasa mucho rato hasta que aparece lo que busca: «iPhone de Juan S.» Es el suyo. Sin duda. «Bendita por siempre sea la manzanita —se congratula— que en su afán por personalizarlo todo para halagar la vanidad de sus usuarios permite a gente como yo identificar a las presas tan fácilmente.» Aunque el sistema operativo es más correoso que su competidor más económico, no le pagan lo que le pagan por arrugarse ante una cosa así. Entre su arsenal informático cuenta con un par de trucos que revientan las protecciones informáticas del aparato. El notario —que, sin duda, estará entretenido ahora firmando algún documento— ni siquiera es consciente de

que el juguete de última generación con el que no desentona con sus amigos del Club de Tenis ya no es suyo.

A partir de aquí no hay tiempo que perder. Del bolsillo interior de su chaqueta saca un pequeño estuche que contiene un lápiz de memoria USB. Lo introduce en la ranura correspondiente de su ordenador y, en un instante, el flamante móvil de Juan Sanahuja tiene una carpeta con pornografía infantil en su interior. Le ha cargado dos docenas de imágenes y un vídeo de cuatro minutos cuya dureza, como suelen decir los telediarios en estos casos, le provocaría arcadas al mismísimo demonio. En algunas fotos sale el notario en fofa carne e invisible hueso, perfectamente reconocible y con sus manos regordetas sobando a un querubín de ébano. Redondea el trabajo creando una copia de seguridad de todo el contenido del teléfono en el sistema de almacenamiento en la nube que Sanahuja, como todos los usuarios de estos teléfonos de alta gama, tiene y que no sabe usar. Así, no servirá de nada que el buen escribano borre el teléfono o incluso que lo arroje al fuego; no podrá librarse del veneno que le ha puesto en su interior. Además, en el iCloud Drive (del cual el notario también ignora su existencia) le ha copiado otra carpeta con más cantidad del material que te garantiza, si te pillan, una larga temporada entre rejas.

Con el trabajo ya realizado, saca el *pendrive* de la ranura y, como siempre, ejecuta el *kill switch* que hará caer la red interna y borrará cualquier rastro del ordenador que ha utilizado. La wifi de la notaría ha dejado de funcionar.

Recoge el portátil y lo guarda en la mochila. Sale de la sala de espera y se dirige de nuevo al mostrador donde la recepcionista le está contando a una compañera lo «complicado» que lo tiene para ir a comprar el regalo de Reyes a su hijo, porque con catorce años, está en esa edad tan «complicada» de la adolescencia masculina en la que a veces es un crío y a veces es un hombre y con las hormonas alborotadas. Con el ordenador a la espalda y notando en la mano derecha enterrada en el bolsillo la presencia del lápiz de memoria, pone su mejor cara de esclavo. Quiere que la falsa y obesa ama olvide su rostro entre los tantos otros que ha maltratado antes y los que le quedan por humillar.

—Bueno... —dice—. Veo que no podrán atenderme hoy. Si eso ya volveré.

—Ya le he dicho antes —contesta con una avinagrada sonrisa de triunfo— que hoy era complicado.

—Llamaré por teléfono para pedir cita.

—Si quiere se la tomo yo ahora. Vamos a ver. —La recepcionista consulta en la pantalla del ordenador—. ¡Uy! Hasta después de Reyes está complicado, ¿eh? Tendría que ser para el 11 de enero, como pronto.

—¡Vaya! Es que no sé ahora cómo lo tengo. Bueno, no se preocupe. Ya telefonaré.

—Como quiera.

Ya abajo, nada más sale del ascensor, dirige un vistazo rápido a la réplica de la escultura del *Apolo* de Pinedo que adorna el vestíbulo. El ujier que está detrás del

mostrador se despide de él con la amabilidad servil propia de los esclavos, solo que este —al contrario que la gorda de arriba— no pretende creerse un amo. Y solo por eso le cae bien. Ya en la calle, saca la mano del bolsillo y finge que se agacha para anudarse mejor los cordones de los zapatos. El USB es tragado por la oscuridad del imbornal de donde surge el gorgoteo del agua de lluvia conforme es evacuada hasta el alcantarillado. Cuando se levanta, Valencia, aunque gris y húmeda, tiene un algo en el aire que parece darle la bienvenida como al hijo pródigo de la fábula bíblica. Trabajo hecho. Ahora tiene que buscar una cabina para hacer una llamada. Lo que haga falta ahora ya no es cosa suya. Es Juan Sanahuja, el notario, el que empieza a tenerlo «complicado».



Lunes, 29 de diciembre de 2014

Cada año, por estas fechas, cambiamos los papeles. La Loquera hace de yo y yo hago de Loquera; bueno, en este caso, de loquero. No suele ser un día fijo, porque ella no es tan ordenada como yo para las crisis nerviosas. Tengo mis ataques neuróticos clasificados y ordenados por días de la semana (por eso no me gustan los sábados), por meses (odio el mes de julio), estaciones del año (aborrezco el verano), tonalidades (no aguanto el sol mayor), piezas musicales (me aterra la bossa nova), tesituras de instrumentos (las guitarras me dan dentera), colores (el blanco me provoca náuseas) y hasta según está la disposición de las libretas y los bolígrafos en mi estantería (me crispa el desorden). No pongo en duda que, gracias al Grandísimo Hijo de la Gran Puta, estoy como una cabra, pero al menos me considero un chiflado con método.

La Loquera no es así. Nadie es así. Solo yo. Claro que ella también tiene la cabeza bastante más saneada que un servidor. En cualquier caso, sus flipes solo le dan en Navidad. No obstante, incluso en el rato elegido es bastante irregular, cosa que me irrita, porque lo normal, es que a la gente le den las rayadas poco antes de la cena de Nochebuena o el día de Navidad cuando se acuerda del ser querido muerto y que, obviamente, no se va a comer el turrón, ni le va a dar el aguinaldo ni va a hacer lo que pollas hicieran en fechas tan señaladas, como dice el rey en el discurso. No. A la Loquera le entra el sofoco maniaco-depresivo en algún momento indeterminado entre el 23 de diciembre y el 6 de enero, pero sin día fijo. Lo bueno es que solo le pasa una vez al año. Lo malo es que le arrea fuerte de verdad. Dado que a mí me pasa casi todos los días, pues como que no lo noto tanto.

El caso es que, en esta ocasión, le dio el sábado, y entonces vino a verme. Yo estaba bastante del revés y ella, mejor que nadie, sabe que no soporto los sábados ni el color blanco. Aun así, se presentó en mi casa hace dos días, con el cielo como si fuera un plato de bechamel y, encima, vestida como si fuera el papa de Roma. Casi me da algo cuando abrí la puerta. Lo único que hacía que toda ella no pareciera un muñeco de nieve era la cara, colorada por el disgusto y con los ojos enrojecidos de tanto llorar. No me dijo nada. Ni yo a ella. Estuvimos mudos apenas un suspiro, como el silencio de corchea con el que empieza el primero de los únicos ocho compases que mi viejo amigo de heroína armónica Wolfgang Amadeus Mozart compuso para el coro *Lacrimosa* de su inacabada *Misa de réquiem en re menor K626*. El resto del coro, y de la obra, por cierto, la completó un alumno suyo clarinetista que se llamaba Franz Xaver Süssmayr. Fue este tío quien estaba con su maestro, con la partitura en la mano, cuando el pobre Wolfgang la estaba palmando. No era Antonio Salieri, como sale en la película *Amadeus*, el que andaba por allí ni quien le contrató para que

compusiera el réquiem; de hecho, la obra se la encargó, mediante un intermediario, un tal conde Franz von Walsegg, que pretendía decir a sus amistades que la había compuesto él. Menudo cabrón. Odio esa película, por cierto. Sobre todo cuando alguien me dice lo mucho que le gusta Mozart gracias a ella y remata la atrocidad pidiéndome que toque al piano la «cancioncita esta de *Amadeus*, Dani». Siempre pregunto a cuál se refiere, aunque sé de antemano que me van a tararear lo de «quién... ha puesto... el *compact disc* de Mozart... dentro de... la caja de galletas». Lo mío es puro masoquismo porque, encima, accedo a interpretarla. Pero que conste que la «cancioncita de *Amadeus*» es el primer movimiento, el *allegro*, de la *Serenata n.º 13 para cuerdas K525* o más conocida como la *Pequeña serenata nocturna* que encima está en sol mayor, tonalidad que no soporto, porque es con la que el Grandísimo Hijo de la Gran Puta me engañó. Ya lo sé. Lo mío es puro masoquismo. Bueno. Que desbarro. Sigo con lo de la Loquera.

Decía que, en cuanto abrí la puerta, entre ella y yo se interpuso un silencio de corchea. Era lógico. Mi psiquiatra está casi siempre en el dorado y alegre re mayor, al igual que mi madre, tal y como la recuerdo. Que sea así, entre otras cosas, me ha salvado la vida, porque si hubiera sido de otro modo, hace tiempo que me hubiera arrojado a las vías del tren. Sin embargo, el final de su melodía cae en ese re menor que sabe a lápida de granito oscuro, huele a grito ahogado de desesperación y suena a las cenizas frías de la hoguera tras un aquelarre. También en re menor están esos ocho compases que Mozart tuvo tiempo de escribir mientras pensaba que estaba componiendo la música para su propio entierro. Tras ese silencio que ocupa un tercio del primer tiempo, el violín llora en parejas de corcheas ligadas entre sí, pero separadas por pausas mudas de igual duración: do sostenido<sup>5</sup>-re<sup>5</sup>; la<sup>5</sup>-si bemol<sup>5</sup>; re<sup>5</sup>-do sostenido<sup>5</sup>; do<sup>6</sup>-si bemol<sup>5</sup>; la<sup>5</sup>-mi<sup>6</sup>; si bemol<sup>5</sup>-sol<sup>5</sup>; mi<sup>5</sup>-fa<sup>5</sup>; la<sup>5</sup>-la sostenido<sup>4</sup>. Después, entran las voces del coro con la primera sílaba de la palabra *lacrimosa*: una magnífica nota negra con puntillo ligada a una corchea. Las sopranos hacen gemir el la<sup>4</sup> mientras las contraltos lo matizan con un fa<sup>4</sup>. Las voces femeninas se apoyan en la nota fundamental: un re<sup>3</sup> cimentado por los cantantes bajos mientras que, dos octavas más arriba, los tenores hacen brillar el re<sup>5</sup>. Ahí está todo: el acorde de re menor en toda su melancólica genialidad y en la cara desencajada de la doctora Cristina Llorens García, mi psiquiatra desde hace casi dos décadas.

Empezó a verme cuando tenía trece años, creo. Yo había pasado ya por tres familias de acogida con las que había acabado, como era lógico, mal. Ninguna de ellas sabía de música ni estaba interesada en ella, así que la cosa no podía terminar de otro modo. Al final, la Conselleria de Bienestar Social me mandó al centro Reina María de Castilla, que era —y sigue siendo— el nombre del orfanato que está en el Real Monasterio de la Trinidad. Supongo que nunca sabré por qué acabé ahí, aunque imagino que el hecho de que el director —o sea, el Cura— fuera músico y supiera de mi existencia y mi desgracia tuvo algo que ver. No lo sé.

Digo yo que mi talento musical y mis buenas notas en el conservatorio de la plaza

de San Esteban me salvaron de la expulsión del centro varias veces. Del primer año entre aquellos muros solo recuerdo las peleas y las pajas: mi relación con el resto de los chicos que estaban allí se definía por una de las dos cosas. O me daba de hostias con los de mi edad —o más pequeños, claro— o masturbaba a los mayores a cambio de algo, normalmente dinero, pero también aceptaba cigarrillos o golosinas. No soy homosexual. Ni heterosexual tampoco. El Grandísimo Hijo de la Gran Puta consiguió hacerme indiferente al ansia general de los seres humanos de tocar y ser tocados. Sin embargo, también me convirtió en un auténtico experto en ese trabajo manual en concreto y determinados matices de las voces de mis potenciales «clientes» me hacían saber con exactitud qué era lo que querían de mí. Jamás me equivoqué. Aún hoy soy capaz de detectar esa expresión, esa leve variación de la frecuencia sonora de las cuerdas vocales de un pedófilo, aunque esté con su mujer y sus hijos esperando conmigo en la misma cola del supermercado y esté hablando de la película que verán el próximo fin de semana. No puedo saber si se ha atrevido a cruzar la raya o no, pero, sea quien sea, no puede ocultarme que, al menos en su imaginación, ya la ha atravesado varias veces. Otras víctimas de abusos dicen que pueden reconocer para siempre la mirada del pederasta. No es mi caso. Las caras y los ojos no me dicen nada; pero, salvo el Grandísimo Hijo de la Gran Puta, nadie ha sido capaz de engañarme con la voz. Nadie.

Tampoco lo pudo hacer Cristina. La primera vez que la oí hablar, en mi cabeza se dibujó un lamento de clarinete en dorado re mayor, tranquilo en un fa4 en redonda que subía hasta un la4 en negra con puntillo para descender, un poco bruscamente, quizás, a un breve la3 en corchea mientras el acorde principal moría tras dominar todo el primer compás. Sonaba bien, como lo ha de hacer el re mayor. Sin embargo, después modulaba, o sea, que cambiaba de tonalidad. Y hacia donde iba —y sigue yendo— no molaba tanto. La homónima de re mayor es re menor y ese si bemol de su armadura hace que el oro se vuelva gris negruzco. Por eso, en re menor lloran las madres de los niños asesinados. Como Cristina.

La misma noche que la conocí compuse en mi cabeza una pieza que fuera para clarinete y piano. En su partitura, el instrumento que, según Hector Berlioz, tiene la facultad de producir la lejanía y el sonido del crepúsculo, empieza amable y sereno, aunque no alegre como es el atardecer. Y es que, tras el ocaso, viene la oscuridad donde, en el fondo, vive Cristina con su dolor y su rabia encerrados en notas agudas, como los alaridos de las mujeres a las que han arrebatado el fruto de sus entrañas. Lo supe el primer día. No sabía qué era lo que le había pasado a aquella treintañera enfundada en una espeluznante bata blanca, pero sí percibí que, a pesar del vestido dorado con el que me hablaba, su alma desnuda era del color gris del asfalto. Y estaba tan rota como yo mismo.

No le dejé escuchar su propia composición musical hasta mucho después. Pasaron años. Primero venía, como voluntaria, al Reina María y consiguió centrarme lo suficiente como para que, gracias a mi conducta más aceptable y, sobre todo, mis

excelentes notas en el conservatorio, me mandaran al siempre anhelado «bloque», o sea, a uno de los pisos tutelados. Eran unos apartamentos, en la misma calle Alboraya donde está el monasterio, que eran propiedad de la institución y allí enviaban a los chicos mayores que podían vivir más o menos solos gracias a su comportamiento responsable y a su rendimiento académico. Gracias a la Loquera se acabaron las peleas y las pajas. Aunque otras cosas las habían reemplazado, pero nadie las notaba. Una tarde, en mi cuarto del piso, la toqué para ella en el teclado electrónico con el que yo estudiaba en casa.

Interpreté solo el acompañamiento mientras sonaba la melodía interpretada por un colega del conservatorio al clarinete y grabada en una cinta de casete. La pobre flipó. Cogió tal berrinche que no me atreví a contarle que la había compuesto el mismo día que la conocí.

Me sé toda su movida porque he ido juntando los trozos que ella me ha contado a lo largo de los años. Cristina tuvo un marido. Y también una hija. Era una de estas personas a las que todo parecía irles bien y que no tenían razón alguna para esperar que el destino les aventara una hostia con la mano abierta, como así fue. Su marido, Toni, era profesor de instituto. Ella acababa de consolidar su plaza en el Centro de Especialidades del Grao como psiquiatra infantil. Su niña, que se llamaba Alba, tenía cuatro o cinco años, nunca me ha quedado del todo claro. De todas formas, era más pequeña de lo que yo era cuando me trincó el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Cristina, su marido y su hija vivían en un bonito adosado en El Saler, desde cuya terraza se veía el mar. Lo sé porque Cristina me dijo que no soporta ver el mar. Sin embargo, una mañana de domingo —nunca ha sabido si fue en invierno o en verano — todo se fue a la mierda.

Aquel capullo, según el atestado policial, iba hasta las trancas de todo lo que se había metido y no había dormido en las últimas setenta y dos horas. Cuando la Guardia Civil lo sacó del coche que había empotrado contra uno de los pinos que bordeaban una de las carreteras de acceso a la playa, en plena Devesa, ni siquiera sabía dónde estaba. De hecho, estaba convencido de que conducía de vuelta a Valencia después de haber dejado a su novia en su casa tras un fin de semana, como él decía, *destroy*. Desde el jueves por la noche iba de una discoteca a otra de la Ruta del Bakalao. No pudo explicar cómo se equivocó de camino; ni cómo se metió en el camino forestal; ni como hizo que el Renault 5 pasara por encima de Toni y de Alba «sin darse cuenta», según dijo, antes de estrellarse contra el árbol.

Así. Sin más. Hubo un momento en el que Cristina leía con toda tranquilidad en el salón de su casa mientras su marido y su hija daban una vuelta en bicicleta por los alrededores y, cinco minutos después, el mundo entero se había ido al carajo. No tengo ni puta idea de qué ocurrió justo después. He calculado, a ojo, que aquello debió pasar dos o tres años antes de que empezara a tratarme en el Reina María, pero nunca me lo ha dicho con exactitud ni yo se lo he preguntado. El caso es que, como la Gorda, Cristina la Loquera empezó a colaborar con la institución como voluntaria. Y

así nos conocimos. Si a alguien le hacía falta la ayuda de una psiquiatra infantil era a mí.

Como cada semana navideña, Cristina echaba de menos a su marido y a su hija. Por eso vino a mi casa para que tocara la pieza que compuse para ella. Hace ya varios años que tengo el acompañamiento de piano grabado e interpreto la parte del clarinete con mi Buffet R13 Prestige, un primor de madera de granadillo afinado en si bemol cuyo sonido puede hacer llorar a la luna. Ha habido veces que ha pedido escucharla una sola vez; en otras ocasiones han sido cuatro o cinco. Después, sé que lo que ha oído ha sido la aguja con la que he remendado los costurones abiertos del vestido dorado en re mayor tapando, hasta el año que viene, las varices ennegrecidas del re menor que agrietan su alma. Luego, se marcha.

Mola pensar que mi música es la medicina que requiere su corazón roto. Pero no es verdad. Como mucho, es un caramelo de menta que alivia el picor de garganta cuando, en realidad, tienes un cáncer de pulmón. El auténtico remedio se lo proporcionó ella misma, con ayuda de la Gorda, la Doña y la Gitana cinco o seis años después de que aquel cabrón le pasara el coche por encima de su marido y de su hija. Aún hoy en día, según me explicó la Doña, que de leyes sabe un huevo, matar a alguien atropellándolo te puede mandar a la cárcel, como mucho, durante cuatro años. El cabrón que se llevó por delante a Toni y a Alba no llegó al año y medio entre rejas. Después se casó con otra chavala, se fueron de viaje de novios a un todo incluido de la República Dominicana y, a la vuelta, se olvidó de sus juergas locas y se dedicó a vivir su vulgar vida de mierda. Tuvo dos niños preciosos y siguió adelante sin saber que cuatro pares de ojos le vigilaban y hablaban de él junto a la tumba de la reina María de Castilla, en el claustro del Monasterio de la Trinidad.

Un día, unos cuantos años después, aquel mascachapas de la Ruta del Bakalao se fue a jugar al fútbol con sus amigos a uno de los campos del Jardín del Turia. Tenía menos pelo, más barriga y las rodillas más flojas. Un mal movimiento acabó en un esguince y él terminó en urgencias. Nada grave, le dijeron. Le inmovilizaron el tobillo y le prescribieron una inyección de antiinflamatorios para el dolor. Cuando lo llevaron a casa, debió de quejarse a su mujer de lo mal organizado que estaba todo en el Hospital Clínico, porque además de que lo habían tenido esperando no sé cuántas horas, había faltado muy poco para que le hubieran puesto dos veces una inyección. «Menos mal que me di cuenta, *cari* —imagino que le dijo—. Primero vino una enfermera gorda que me tuvo un buen rato con la aguja en el culo mientras enchufaba una ampolla tras otra. Y luego entró otra que decía que venía a lo mismo.» La primera gorda era mi Gorda. Y lo que le pinchó no fue un antiinflamatorio, sino un cóctel de 30 gramos de paracetamol líquido mezclado con barbitúricos. Doce horas después le dolía la tripa y pensaba que algo le había sentado mal. Un día después cagaba y vomitaba sangre hasta palmarla. Aquí completo el último renglón. Se acabó. Mañana más.



Roma y Victoria Rocafull se han buscado la una a la otra durante horas. Sin conseguirlo. La jefa del Grupo de la Unidad de Familia y Mujer ha tenido una mañana de locos, según le ha dicho uno de los administrativos a la oficial de Homicidios. La inspectora jefe Rocafull, aunque no debería hacerlo por su rango, ha acudido a dos juicios por violencia de género y, además, ha tenido que lidiar con las montañas de papeleo que supone el traspaso de la custodia de un detenido a los «picos» —como suelen llamarlos los nacionales— de la Guardia Civil. La mayor parte de la jornada laboral de Roma Besalduch tampoco ha sido un camino de rosas, pero por razones opuestas. Todo su equipo —y ella misma— se ha dejado las pestañas frente a las pantallas de los ordenadores buscando algo que les permitiera identificar al subsahariano ahorcado en el barrio del Carmen. Y no han encontrado nada. La ficha no ha dado el menor resultado. Al cadáver del africano, según le ha dicho la jueza Quirós, le quedan un par de horas en el Anatómico Forense antes de que se lo lleven a la fosa común del Cementerio General. «Pobre desgraciado — piensa Roma—, pasar mil penalidades en tu pueblo, arriesgar la vida en una patera, soportar todas las putadas que se encontró cuando llegó aquí y, encima, terminar de mala manera en una tumba sin nombre.»

En su conversación con la magistrada del Juzgado de Instrucción número 22 de Valencia, Roma no le ha mencionado nada de la línea de investigación que su equipo ha abierto para intentar averiguar quién demonios es el muerto. Entre otras cosas, porque ni siquiera ella está segura de que el único camino que tienen ahora sea, en realidad, una verdadera pista. Además, doña Elvira no parecía estar de muy buen humor. De hecho, a Roma le ha parecido que el aviso de la inminente inhumación del cadáver anónimo era más el deseo de dar carpetazo al asunto que una advertencia o una orden para que se dieran prisa en saber quién era la víctima. A una magistrada de la reputación, el prestigio y, sobre todo, la intimidante personalidad de Elvira Quirós no se le puede decir que las pesquisas policiales se basan hasta ahora en pura *baraka*, o sea, un resultado extraído de una búsqueda de Google realizada por un policía harto de ver fichas de posibles sospechosos que no le aportaban nada.

Por eso está aquí ahora. Victoria Rocafull lleva muchos años en esto y sabe bien que, en ocasiones —quizás en demasiadas—, las investigaciones llegan a buen puerto por pura chiripa. Una intuición, una mirada descuidada por donde se ha mirado ya mil veces o la más simple casualidad permiten que brille lo que Rotovátor, su jefe, llama *baraka*, o sea, suerte. A su compañera le puede contar con tranquilidad los detalles de la corazonada o, por lo menos, que lo que ella le diga le sirva para quitarle de la cabeza que por ahí no van a llegar a ningún sitio. De todos modos, tampoco tienen una idea mejor.

Roma se levanta de la silla en el momento en el que la inspectora Rocafull entra en su minúsculo despacho donde, además de donde estaba sentada la subjefa de

Homicidios, apenas cabe la mesa y un par de archivadores. Un aroma jabonoso, a aire limpio adornado con guirnalda invisibles de piel de mandarina, limón y té verde inunda las fosas nasales de Roma cuando Victoria Rocafull le estampa un beso en cada mejilla. A pesar del gesto cariñoso, Victoria —así, con todas las letras, pues no consiente que nadie la llame Vicky, ni siquiera su marido, especialmente su marido— trae un humor de perros a tenor del ceño fruncido cuyas aristas sobresalen por encima de las gafas de sol que aún lleva puestas. Viste un traje de chaqueta azul marino, con falda por debajo de la rodilla, zapatos de medio tacón y un pañuelo blanco de seda ribeteado de hilos plateados que le da un toque elegante. Más que una policía, Victoria tiene ese aire de mujer de negocios funcional, práctica y decidida, y, sin embargo, también femenina de una manera rotunda. Al contrario que muchos otros mandos, Rocafull entró en el Cuerpo con su licenciatura en Derecho en la mano, con sus convicciones sobre igualdad entre hombres y mujeres más que claras y con la determinación de llegar a donde ha llegado por méritos propios.

Toda ella irradia fuerza, a sus cincuenta años recién cumplidos y más que bien llevados. El escaso metro sesenta, la delgadez y la anatomía lineal de Roma Besalduch contrastan con las poderosas caderas y el imponente busto de la otra funcionaria, que además es casi un palmo más alta. En cuanto accede a su oficina, Victoria Rocafull se levanta las lentes oscuras para hacerlas servir como diadema para sujetar su media melena lisa, de mata abundante y negra como el azabache en el que no brilla ni una sola cana. Al ver a Roma, la mirada dura y las arrugas en las cejas desaparecen. Su sonrisa es contagiosa y lo bastante ancha y franca como para iluminar su rostro de ojos pequeños y risueños, pero tan oscuros y profundos como su cabello.

—¡Roma, cariño! —exclama—. ¡Perdóname, pero no sabes qué mañanita llevo! ¡No he parado ni un segundo! ¡Ni un café con leche he podido tomarme!

—No te preocupes, Victoria. Por cierto, ¡qué bien hueles! ¿Qué es lo que llevas?

—¡Ay! —Ríe con un cascabeleo—. ¿Te gusta? Es Bulgari *au thé vert*. Me encanta.

Roma asocia al perfume de Victoria todo lo que a ella le gustaría ser. Desde que consiguió el traslado a Valencia, la inspectora ha sido el modelo a seguir. Decidida, preparada y ambiciosa, pero sin crear enemigos. También respetada en la Jefatura por el resto de los mandos y, encima, madre eficaz y competente de un chico y dos chicas, con un marido exitoso que, incluso, es de ascendencia noruega para rematar el pastel con la guinda exótica e internacional. Con las últimas briznas de aroma de bergamota y jazmines todavía enganchadas en la pituitaria, Roma pregunta:

—Vienes de la Ciudad de la Justicia, ¿no?

—¡Y cómo vengo! ¡Hecha una furia! —gruñe la oficial—. ¡Dos juicios! ¡Dos! Y ninguno de ellos ha ido bien.

—¡No me digas! Imagino que...

—Eso mismo que estás pensando. Las víctimas han retirado las denuncias, y a

pesar de que las fiscalías han mantenido las acusaciones y las solicitudes de pena según las conclusiones de nuestros informes, pues nada. Ya verás como a los dos pajaritos solo les caerá una orden de alejamiento o una condena menor. En fin...

—Siempre estamos igual. ¡Joder!

—De vez en cuando pasa, no te lo voy a negar. Son mujeres que dependen económicamente del marido o que no han conocido otra cosa en sus países de origen, y cuando la maquinaria se pone en marcha, pues se lo piensan mejor. ¡Las pobres! Sin embargo, que me ocurra dos veces en la misma mañana, pues mira, me ha puesto de los nervios. Y eso por no contarte lo del traslado.

—¿Qué traslado? —pregunta Roma—. Algo me ha comentado el administrativo sobre la Guardia Civil.

—Pues eso. Un capullo que, la tarde del día de Navidad, casi se carga a su mujer de una paliza en la que le reventó la cabeza a palos. Cuando llegaron los zetas intentó escaparse por la azotea o suicidarse, eso no está muy claro. Bueno, el caso es que se cayó desde un sexto piso, pero los tendederos y los toldos del patio interior impidieron que se matara.

—Pues tuvo suerte.

—Más de la que merecía. Estaba ingresado en el Hospital Clínico, pero el informe médico dice que tenía que ser trasladado al Hospital Doctor Moliner para el tratamiento, porque tiene las dos piernas rotas, la cadera hecha puré y no sé cuántas cosas más. En fin... El caso es que como el Moliner está en Bétera, pues la custodia del detenido es competencia de la Guardia Civil, y ya sabes cómo va esto... —La inspectora Rocafull suspira—. Papel para aquí, papel para allá. ¡De locos!

—¿No podían seguir tratándole en el Clínico?

—¡Eso es lo que digo yo! Pero como el informe médico dice que traslado, el juez ha dicho que traslado. Y los picos que se quejan porque también andan cortos de personal ahora en Navidad y no les hace ninguna gracia tener que destinar a dos agentes para la custodia del pajarito, así que llevan haciéndose los suecos toda la mañana. En fin, un disparate.

—¡Si la gente supiera!

—Pues sí. Bueno, ¿qué querías preguntarme? —Victoria se derrumba sobre su sillón y Roma escucha el sonido de los dos tacones cayendo cuando la inspectora se descalza—. Porque vosotros también vais bien con lo vuestro, ¡también! ¡Madre mía! Feo lo del negrito ese, ¿no?

—De eso quería hablarte, Victoria. No hemos conseguido identificarle. La ficha no ha dado resultados ni la autopsia tampoco. Sin embargo, tenemos una corazonada. Igual es una tontería, pero quizá...

—¿Tenéis *baraka*, como dice Rotovátor?

—Eso mismo. Resulta que donde ahorcaron el cadáver...

—¿Ya estaba muerto?

—Sí. Al menos dos días. Lo mantuvieron refrigerado y todo.

—¡Vaya por Dios!

—Esto ha sido una ejecución de cabo a rabo, Victoria. Justo en el sitio donde hallamos el cuerpo estaba, en la Edad Media, un patíbulo con una horca. Era la entrada a un barrio amurallado de burdeles que existía entonces. Por eso pensamos que quizás el muerto tuviera algo que ver con la prostitución. Por eso he venido a verte.

La inspectora Rocafull arquea una ceja y una sonrisa a medio camino entre la sorpresa genuina y la burla cariñosa se dibuja en su cara. Roma se congratula de no haberle contado esto mismo a la jueza Quirós, porque sabe que la magistrada no iba a ser tan benévola con la teoría como su compañera.

—Desde luego —dice Victoria— estáis forzando lo de la *baraka*, pero supongo que no tenéis nada mejor. ¿Le has contado esto a los del grupo de la UCRIF por si ellos conocían a la víctima?

Roma niega con la cabeza. Hace un par de horas que ha estado con el responsable de la sección valenciana de la Unidad Central de Redes de Inmigración Ilegal y Falsedades Documentales sin el menor éxito. No obstante, a su otro compañero — con el que no tiene tanta confianza— no le ha contado que con lo único que cuentan es con una pista tan endeble como, si se piensa bien, disparatada.

—Ya veo —continúa Victoria—. Verás, con la prostitución aquí en Valencia lo malo es que llegamos hasta donde llegamos. El problema es que, sin denuncias de las mujeres, no hay manera de llegar hasta los proxenetas, y cada vez que entramos en un club de carretera, en un piso o las identificamos por la calle, siempre nos dicen que hacen lo que hacen porque quieren y que nadie las está obligando. Por eso es tan difícil desarticular las redes de la trata, porque necesitamos a alguien de dentro que dé el primer paso. Podemos sospechar, presionarles, hacer que las patrullas vayan con los pirulos de los coches encendidos en las zonas de puterío callejero para ahuyentar a los clientes, pero sin la colaboración de ellas, la cosa es muy difícil.

—Claro, claro. Como con las drogas.

—No exactamente. Es toda una industria en la que no hay apenas grandes corporaciones como los cárteles mexicanos o las mafias italianas, sino mucha pequeña y mediana empresa, ¿sabes?

—No te sigo.

—Pues es que, a diferencia del narcotráfico, el negocio de la prostitución se mueve muchísimo y en unidades pequeñas. Los narcotraficantes siempre necesitan controlar un determinado territorio donde distribuir y vender la droga y hasta se pelean por ello si hace falta. Sin embargo, las redes de proxenetas son mucho más flexibles. Se compran y se venden mujeres entre ellos y, además, están en constante movimiento. Abren un piso en la playa de Gandía para el verano, por ejemplo, y cuando acaba la temporada de padres de familia que quieren echar un polvo con una negrita o una chinita, lo cierran y se las llevan a otra parte. Las suelen tener muy bien sujetas, especialmente a las extranjeras. Bien porque les han hecho contraer una

deuda brutal o bien porque amenazan a sus familias en sus países de origen; también las enganchan a la heroína o la cocaína para que dependan de ellos o a base de palizas. Y, ahora que lo pienso, con las africanas es aún peor. A esas pobres las controlan con brujería y vudú.

—¿De verdad se creen esas cosas? —pregunta Roma—. ¿En pleno siglo veintiuno?

—Ni te imaginas lo crédulas y supersticiosas que son. Antes de salir de su país, sea Nigeria, Sierra Leona o uno de estos, les hacen firmar un contrato y después las someten a un ritual donde les cortan vello púbico, les recogen sangre de la regla y otras guarrerías parecidas. Con eso hacen una especie de amuleto que ellas llaman *body* y les hacen creer que pueden dejarlas ciegas, enfermarlas o incluso matarlas. Por eso, cuando nosotros les preguntamos, ninguna dice que está siendo prostituida a la fuerza. Le tienen más miedo a eso que a cualquier otra cosa. Y además —el rostro de Victoria Rocafull se ensombrece— tampoco es que podamos ofrecerles demasiadas alternativas si denuncian.

—¿No?

—Ni por asomo. Mira. Hace ya algunos años, antes incluso de que se creara la Unidad y este grupo, conseguimos sentar en el banquillo al dueño de un club que estaba en la salida de Valencia hacia Alicante, Copichulas, se llamaba. Teníamos la denuncia de dos mujeres que testificaron contra aquel cabrón. El juez le condenó, sí... Pero no le cerró el local, porque dijo que solo dos de las veinte o veinticinco prostitutas que estaban allí habían denunciado, y el resto eran putas porque querían, con lo que cerrar el tugurio sería perjudicar a las, digamos, profesionales por vocación. ¿Qué te parece?

—Flipante.

—Pues aún hay más. Como la mayoría de las chicas son inmigrantes ilegales, no tienen permiso de residencia, pero en España solo se les dan los papeles por colaborar con la Policía si la información que han facilitado sirve para desmantelar una red. Los proxenetas lo saben y las mantienen en la ignorancia. Como mucho, conocerán a uno de los chulos y a dos o tres mamis, pero a nadie más de la organización, así que casi nunca tienen información relevante.

—¿Mamis?

—Sí, así llaman a las señoras, normalmente mayores y ex prostitutas también que, digamos finamente, cuidan de ellas en los puticlubs. Son una mezcla de criadas, costureras, cocineras y, sobre todo, carceleras.

—Entiendo.

—Es todo un mundo por descubrir, ya ves. Pero lo peor, Roma, lo peor de todo es que, aunque consigamos las denuncias, protejamos a las chicas y sentemos en el banquillo a esos malnacidos en España, prostituir a alguien a la fuerza no es un delito grave.

—Para que luego digan que se han hecho grandes avances en igualdad y otras

mamonadas parecidas.

—Te recuerdo, cariño, que el Código Penal dice —la voz de Victoria adquiere la misma cadencia que usa Carlos Ramos, el compañero de Roma que también es abogado, al recitar de memoria un texto legal— que el proxenetismo está castigado con penas de dos a cuatro años de cárcel, lo que, según el Código, es una pena no grave y la misma sanción se aplica a los que se lucren explotando la prostitución de otra persona incluso con su consentimiento. Como es tan difícil de probar la explotación, en el mejor de los casos este puede ser el único castigo que reciba el chulo. Si, por una de aquellas, conseguimos probar que el sujeto en cuestión es culpable de tráfico de inmigrantes con fines de explotación sexual, le pueden caer entre cinco y diez años, pero relacionar una cosa con otra es casi imposible y, además, estamos mezclando peras con manzanas, como decía aquella, porque una cosa es dedicarse a introducir en España a inmigrantes que quieren venir y otra es traerlas engañadas para prostituirlas.

—O sea que...

—O sea que es más que fácil que no salgan del todo mal parados. Y he perdido la cuenta de la cantidad de veces que las chicas nos han contado una cosa a nosotros y otra diferente en el juicio porque las habían amenazado a ellas o a sus familias. No quiero calentarte más, Roma. Ni calentarme yo, que bastante he tenido ya hoy.

—Supongo que tendréis bajo el radar a los proxenetes más destacados, ¿no?

—Supones bien, cariño. Sin embargo, ya te digo que, a excepción de los dueños de los locales, que están atados a sus propiedades, los verdaderos traficantes de mujeres siempre están de viaje —Victoria dibuja en el aire unas comillas imaginarias con los dedos— con el ganado, buscando nuevos pastos. Por eso insisto en que los que teníamos aquí fichados el mes pasado pueden estar ahora mismo en Pontevedra o en Baqueira-Beret para la temporada de esquí, vaya.

—¿Y los amos de los puticlubs? De los edificios, digo.

—¡Uy! —bufa la inspectora—. ¡Esos aún son más escurridizos que los traficantes! ¡Todo al día y en perfecto estado de revista! Ellos dicen, porque es verdad administrativamente hablando, que son empresarios de hostelería que alquilan habitaciones a las chicas y lo que pasa dentro de ellas no es asunto suyo. Y, aunque parezca mentira, todo es legal. Ganan dinero a espuestas y así se montan los macroburdeles esos que parecen parques temáticos. Pagan el IVA, el IBI, a Hacienda y a todo quisqui con devoción casi religiosa. ¡Modélicos emprendedores! ¡Si hasta tienen una asociación empresarial y todo como si fuera la Denominación de Origen de la Horchata de Chufa!

—¡Vaya tela!

—Pero aunque los cazásemos a todos, no creo que resolviéramos nada, porque el problema, querida, no es de oferta, sino de demanda. No hay prostitución porque haya putas, sino porque hay puteros. Y muchos. ¡Muchísimos!

—¿Tantos?

—Pues tantos como los que son capaces de gastarse, entre todos, más de 3.700 millones de euros al año. Y me sé la cifra porque la dieron el otro día. Supone el 0,35 por ciento del producto interior bruto en España. O sea, que los españoles dedican más dinero, pero que bastante más dinero, en irse de putas que en ir al cine. Mira —Victoria saca un folio de una carpeta—, en este informe se dice lo que movió el puterío en este país el año pasado y lo compara, entre otras cosas, con el número de butacas de cine que se vendieron. Fíjate: en prostitución, lo que te he dicho, 3.700 millones de euros; en venta de entradas en salas: 592 millones. ¿Qué te parece?

—Pues que los hombres son unos cabrones. Eso es lo que me parece.

—Tengo por aquí —la inspectora rebusca entre los montones de papel que atestan su mesa— un informe de Médicos del Mundo sobre el asunto. Ya sabes que me interesa mucho el tema de la prostitución. Dice que ellos han contado, hasta donde han podido, claro, que entre la ciudad de Valencia y su área metropolitana hay 1.658 mujeres que se prostituyen repartidas entre 62 clubes, 127 pisos y nueve casas de masaje. Roma, eso es una salvajada. Con toda probabilidad, este estudio se queda corto, porque es imposible saber cuántas chicas, de esas que mueven de un lado a otro, hay. El Gobierno reconoce que en España hay 45.000 fulanas ejerciendo. A eso súmale las que se dedican a la cosa de manera ocasional, por no hablar de travestis y chaperos, claro. Solo se vende lo que la gente quiere comprar, Roma. Y el ansia de carne joven y fresca es insaciable. Ni con todas las leyes de la historia ni con todos los policías y jueces del mundo podríamos acabar con la oferta cuando existe tal demanda. ¡Es como si intentáramos que la gente deje de fumar prohibiendo la venta de cerillas! Tal cual.

—Batalla perdida, ¿no?

—¡Y tan perdida! —Victoria Rocafull estira los brazos por encima de la cabeza—. En fin. Pediré a la Brigada de Seguridad Ciudadana que los patrulleros muestren su foto por ahí a las que hacen la calle a ver si alguna lo reconoce. Pero ya te digo que con las negritas no hay nada que hacer. Si ese tío era un *master*, que así llaman ellas a los chulos, no nos dirán quién es aunque fuera su padre. Las tienen aterrorizadas.

—Muchas gracias, Victoria, la verdad es que estamos muy perdidos con...

El teléfono de Roma, que había dejado sobre la mesa, empieza a sonar. En la pantalla, la inspectora de Homicidios ve con toda claridad quién es: «Mamá Elsa cole.» «Esto de la maternidad termina siendo así de triste —reflexiona Roma— que hasta perdemos nuestro propio nombre para ser la mamá de Elsa, la mamá de Vega o la mamá de Lucía.» Lo peor de todo es que ni siquiera se acuerda de cómo se llama la madre de la amiguita de Morgana que ha estado al cuidado de su hija toda la mañana y que, en teoría, Remedios debía haber recogido hace más de media hora. Roma cruza una mirada cómplice con Victoria, que asiente con una comprensiva caída de ojos.

—¡Sí, dime! —La policía pone la más encantadora de sus voces para que la mamá de Elsa no note que no sabe su nombre—. ¿Qué tal ha ido todo?

Victoria Rocafull ha fijado la vista en los papeles que tiene delante para proporcionar a su compañera un poco de imposible intimidación en un despacho tan pequeño. Sin embargo, no puede evitar desviar la mirada conforme nota que el silencio de la otra funcionaria se espesa y en su cara se dibuja un diagrama de enfado y de vergüenza. Apenas le llega un murmullo ininteligible del interior del móvil que Roma tiene pegado a la oreja mientras escucha con los ojos cerrados y los labios fruncidos. «Sea lo que sea —piensa Rocafull—, no es bueno.»

—No sabes lo que te lo agradezco. Y perdona, ¿eh? Se le debe haber pasado y se habrá dejado el móvil en casa. Que ya me lo ha hecho más de una vez. Sí... Sí... Yo salgo a las tres y la recojo. Sí... lo que me cueste llegar. Vale. Adiós y gracias, ¿eh? Hasta luego.

—Nada grave, supongo. —Victoria no puede reprimir su curiosidad—. ¿Todo bien, cariño?

—Pues mira —a Roma le tiembla la voz por el cabreo—, que mi madre tenía que haber recogido a la una a Morgana de la casa de una amiguita y ni ha aparecido ni le coge el teléfono a la mamá de...

—Que era la que llamaba, ¿no?

—Pues sí. Y resulta que esta chica había quedado para comer con su hermana o no sé qué y se va a llevar a mi hija también porque no va a dejar a la niña en la calle. ¡Estoy de mi madre hasta el moño! Ya me lo hizo el domingo, que desapareció durante casi todo el día. ¡Y hoy otra vez!

—¡Bueno! —ríe Victoria—. ¡A ver si es que tiene un novio secreto!

—¡Lo que tiene es muy mala leche! ¡Qué bochorno me ha hecho pasar! ¡Mi pobre hija ya tiene fama en el colegio de tener una mala madre y ahora, ya verás, también de mala abuela!

—Se le habrá ido el santo al cielo, mujer. Disfruta de tu madre mientras aún la tengas. Que a otras se nos fue demasiado pronto.

—Tienes razón. Pero es que me lo pone muy difícil a veces. ¡Muy difícil! Bueno. No te entretengo más. Gracias por todo.

—De nada, chica. Ya te digo cosas si sale algo.

Victoria Rocafull espera a que Roma se meta dentro del ascensor que la devolverá a su planta antes de encender el ordenador. La inspectora jefe busca la ficha en la base de datos y contempla la fotografía del cadáver antes de imprimir el documento. Mientras la impresora zumba, fija la vista en el cuarto cajón de uno de los archivadores que ocupan la pared que tiene a su izquierda. Es el único que no tiene una etiqueta identificativa debajo del tirador metálico. No la necesita. Sabe perfectamente lo que hay dentro. Expedientes con casos especiales de maltratadores y proxenetas. Una docena más o menos, pero todos especiales. Del maletín que traía consigo saca una carpeta azul con el emblema del Cuerpo Nacional de Policía en la portada y que guarda con el resto de la documentación en el compartimento anónimo. Recoge el papel de la bandeja de la impresora y, al inclinar la cabeza, las gafas de sol



que le sujetaban los mechones negros le caen de nuevo sobre la nariz. No se las quita. Su mirada vuelve a ser un espejo oscuro que refleja por partida doble el rostro yerto del ahorcado sin nombre. Se siente sucia, como si la imagen del cadáver pudiera transportar desde la morgue el olor a putrefacción, crueldad y miseria. Del bolso saca el estilizado frasco verde pálido de Bulgari *au thé vert* y se aplica dos pulverizaciones debajo de las orejas. Ahora se encuentra mejor. Arruga el folio recién impreso y lo tira a la papelera.

\*\*\*

Marcela Cruz mira la pila de cajas de botellines de cerveza. Tiene la vista clavada en las letras blancas que anuncian la marca de la bebida, como si en ellas pudiera hallar el código encriptado que le dé la respuesta correcta. No la va a encontrar ahí. Y, además, lo sabe. La solución no está en los carteles repetidos a intervalos regulares en la columna de recipientes. Eso solo es la máscara que esconde el problema, el cual está oculto justo detrás del bloque de cubos de plástico, empotrado en el hueco dejado por un antiguo cuadro de contadores eléctricos en el almacén del bar. El problema es una bolsa de nailon de doble asa que un día fue blanca, pero que ahora es de un albino rancio perlado de lamparones de todos los colores. De tres palmos de largo, dos de alto y menos de uno de ancho, la valija es vulgar hasta el sonrojo, un objeto viejo y cochambroso que cualquiera tomaría por pura basura si lo viera por la calle a no ser que lo abriera, con más asco que curiosidad, porque su interior está lleno de dinero.

Marcela no lo ha contado. No se ha atrevido. Pero debe haber mucho. Los billetes rojizos de diez euros, los azulados de veinte y los naranjas de cincuenta están plegados en paquetes sujetos por gomas elásticas. Los que agrupan a las decenas, a ojo, le han parecido los más abundantes. La vista de la bolsa abierta le ha recordado un caldero donde hierve un guiso hecho de papel obscuro donde los otros pequeños fardos flotan como tropezones en una sopa cruel. El ininteligible español que hablaban los dos negros que ayer le entregaron la bolsa le impidió que entendiera cuánto dinero había dentro; no está segura si le dijeron dieciséis mil o dieciocho mil. Lo que sí comprendió a la perfección, porque se esmeraron en repetirlo mil veces, es quién era el destinatario de la bolsa: era para Alfredo. «Jefe Alfredo», decían.

Ambos hombres aparecieron cuando la inútil conversación con Amali, su compañera bielorrusa de los tiempos del burdel Mermaids, ya había concluido. Ambos esperaron fuera hasta que el bar se fue vaciando hasta el nivel que consideraron aceptable para hacer lo que habían venido a hacer. Ni el más joven —un saco de músculos enfundados en un chándal amarillo de marca— ni el más viejo —con la cabeza cubierta con un bonete bordado de hilos dorados y cuentas chillonas— parecían darse cuenta de que sus pintas provocaban lo que no pretendían: llamar la atención. Plantados en la acera como dos estatuas disfrazadas, alternaban las miradas

al interior del bar con todo lo que sucedía en la calle. El de la ropa deportiva sujetaba la cochambrosa bolsa como si acunara un bebé. Al menos en un par de ocasiones ambos desaparecieron de la vista de Marcela durante unos instantes: los necesarios para que pasara el coche de la policía que los había ahuyentado para, luego, volver para vigilarla.

Cuando el grueso del último turno de currantes del *esmorçaret* se hubo marchado, entraron en el bar. Marcela, ahora, está segura de que los dos africanos parecían tener más miedo que ella. Aún no sabe de dónde sacó la sangre fría suficiente como para mantener la calma durante aquellos angustiosos veinte minutos. Entendió —o cree que entendió— que ambos buscaban a Ókpasuri, si bien ella conoce «o mejor dicho —piensa—, conocía» a ese tío bajo el nombre de Óscar. Entre las pocas palabras en español que sabían decir bien figuraban cosas como «jefe», «pasta», «suya» y, sobre todo, «buenos nosotros» y «respeto». Como no sabían dónde estaba el tal Ókpasuri, habían decidido que «pasta suya» la tuviera «jefe Alfredo». Le dieron la bolsa y un trozo de papel donde habían garabateado dos números de teléfono móvil: los suyos. También le dijeron que volverían para hablar con «jefe Alfredo» a no ser que Ókpasuri volviera. Era evidente que no se fiaban de ella, pero tampoco se habían atrevido a tratarla como estaban acostumbrados a tratar al resto de las mujeres que componían su mundo. Los dos africanos creían que Marcela era algo parecido a la esposa del jefe de su jefe y, por eso, andaban con cuidado. Después, se marcharon por donde habían venido.

Marcela cree que, al menos por el momento, los dos desagradables visitantes se han tragado la mentira que pudo construir a toda prisa en su mente durante el rato en el que ambos estuvieron esperando a que el bar se vaciara. No. «Jefe Alfredo» no estaba en Valencia. Estaba en Asturias. Con sus hijos. Tenía allí su antigua esposa. No. No dos esposas. Solo una que ya no lo era, pero tenía dos chicos. El del chándal amarillo no tenía hijos, pero el viejo, Doctor Juan decía que se llamaba, sí tenía. Cuatro aquí en España y cinco más en Nigeria. Todo hombres. No. No sabía exactamente cuándo iba a volver. Quizás una semana. Después de Año Nuevo. Sí. Ella le guardaría la bolsa. Volverían. Respeto. Jefe Alfredo.

Y ahora, ¿qué? No tiene ni idea de cuánto tiempo ha podido ganar. Puede ser que una semana o absolutamente nada. No ha hecho falta que los dos hombres le dieran demasiados detalles sobre quiénes eran. Al de amarillo lo conocía por Alike y, aunque no está segura, cree que lo vio una vez con Óscar. Al viejo del bonete multicolor no lo había visto en su vida. «Si les da por venir todos los días hasta que aparezca el “jefe Alfredo” o el otro, Anselmo e Isa terminarán por verlos.» Hoy ha tenido suerte y el matrimonio dueño del bar han salido nada más acabar el pico de trabajo intenso de media mañana porque querían comprar regalos de Reyes para sus hijos. Por ello se ha quedado ella sola con los dos negros y un par de clientes más que, por fortuna, no son de los habituales. Sin embargo, no piensa permitir que la pareja que le contrató se vea envuelta en nada del mundo que dejó atrás y del que se

está vengando. Anselmo e Isa son dos de los que —aunque por poco sueldo y muchas horas— le han permitido recuperar un poco de la dignidad que creía estar recuperando y que teme volver a perder. Aquí y ahora.

Y es que, ahí mismo, a menos de metro y medio de donde está sentada, la tentación no es una manzana colgada del árbol del bien y del mal, sino una bolsa vieja y mugrienta llena de billetes recogidos uno a uno de las manos temblorosas y humilladas de desgraciadas como Alike. ¿Cuántas? Ni lo sabe ni lo puede saber. Docenas, probablemente, pasando frío, miedo y vergüenza cada jodida noche que tienen que abrir bocas y piernas para que se las follen. «¿Cuánto habrá? —se pregunta Marcela—. ¿Lo suficiente como para desaparecer?» Ella no necesita mucho. O quiere convencerse de que no necesita mucho si se lo propone. Puede despedirse de sus jefes, coger la pasta y un tren e irse a la otra punta de España, a un lugar donde no la conozca nadie y, allí, empezar de nuevo. Tiene los papeles en regla, que es lo único bueno que sacó de ser la puta particular del «jefe Alfredo», como le llamaban los negros. «*Baro largo* —dinero— tan fácil, Marcelita, tan fácil.» Esperar a que vuelvan sus jefes; contarles una milonga como que una prima que vive en Bilbao o en Cádiz ha abierto un bar y quiere contratarla; o que su madre en Cuba se ha puesto enferma y tiene que volver para cuidarla. O lo que sea. Qué más da. Y, esta misma tarde, liquidar el alquiler de la habitación del piso compartido, coger el primer autobús que salga de aquí y «a volina papalote» como definen en su isla a esfumarse sin dejar rastro. Lo que haya en la bolsa le permitiría vivir durante meses mientras busca otro trabajo. Toda su miserable vida ha estado esperando un golpe de suerte, una sonrisa del destino y, cuando ha venido, ha sido forrado de billetes aún más sucios que el sucio envoltorio que los contenía. Y, por eso mismo, no sabe qué quiere hacer. O lo sabe pero no se atreve a quererlo del todo.

«Te lo mereces, Marcelita, mi amor —se susurra a sí misma para convencerse—. Te lo has ganado. Si no te lo quedas tú, se lo volverán a llevar los negros después de darte dos hostias cuando se den cuenta de que ni Alfredo ni Óscar van a aparecer nunca, porque tú, sí, mi amor, tú, ayudaste a que los mataran.» Nota como el miedo crece en sus entrañas. «Hace una semana que Fredito —que así se dirigía a Alfredo cuando fingía ponerse melosa para sacarle algo— entregó el carnet y ya andan buscándolo; encima ya estoy de madre porque me han encontrado.» No entiende por qué expresiones cubanas como «entregar el carnet», que significa morir, o «estar de madre», que indica una situación complicada, le han vuelto a la mente después de tantos años en España sin usarlas. «¿Y volver a Cuba con tanta divisa? —se pregunta—. Allí seguro que no me encuentran.» ¿Y cómo hacerlo? No tiene ni idea. Ella no sabe de números ni de como entrar en la isla con el capital. «No lo voy a llevar en una valija y que se lo quede el primer custodio que me vea en el aeropuerto José Martí.» No. Ni se imagina cómo hacerlo. Sabe servir mesas, hacer cafés, chupar pollas y follar. Y huir. También sabe huir. Como huyó de Matanzas. Como huyó de Cuba. Como huyó de Alicante. Como huyó de Fredito. «Sí, Marcelita, sabes salir

volada.» Y con los bolsillos llenos de fula, de billetes, se huye mejor.

Apartar la columna de cajas de cerveza, coger la bolsa y esperar a que vengan los amos. Contarles la mentira. La de la prima parece mejor y después, a casa a recoger las cuatro cosas que tiene, avisar a la que tiene el piso alquilado a su nombre de que no se queda más la habitación (y que se quede el mes de adelanto, si quiere) y a la estación de autobuses. El primero que salga le vale. Si es Madrid, pues Madrid. Allí ya verá qué hace.

Se levanta del taburete. Aunque el bar está vacío ahora, le da la sensación de que han pasado cinco horas, y no cinco minutos, no más, que son los que lleva ahí dentro del almacén que también sirve, por cierto, de vestuario. El bolso y la ropa de calle cuelgan de un perchero en la pared como heraldos de una vida mejor gracias a un golpe de suerte, aunque venga aderezado con miedo y vergüenza. Da igual. La suerte es la suerte. Nadie lo sabrá. Y para cuando los negros se enteren, estará muy lejos. «Quien roba a un ladrón...»

Introduce ambas manos en el hueco que sirve de asa del cajón del medio de la columna de contenedores de botellines. Arrastra el bloque entero no sin sobresaltarse con el chirrido que produce el plástico al arañar el suelo. Teme que el pilar de cajas que ha servido de escondite del dinero se haya convertido en un delator que chilla su cobardía. Entonces, como si el agudo sonido fuera una alarma, piensa en ellas. En especial, en la doctora. También en la enfermera. Y en la capilla que ella misma ayudó a disponer. Sabe que hay más, pero no las conoce a todas. Con la misma determinación que unos pocos instantes antes estaba dispuesta a salir corriendo con un dinero que no era suyo, ahora duda. «No te agites, Marcelita, no te agites —se tranquiliza—. Habrá que hacer una parada más en esta vaina. Te vas a ver a la doctora y le cuentas la misma trola que a Anselmo y a Isa. Sí, mi amor, la de tu prima en Bilbao. Y después te vuelas a casa a hacer todo lo demás.» Parece razonable. Pero no lo es.

No tiene tan claro que Cristina sea tan fácil de engañar como sus empleadores. Esa mujer de ojos negros y duros parece que sea capaz de ver por dentro a la gente. Por eso la consoló tan bien cuando, desesperada, Marcela acudió al Monasterio de la Trinidad porque le habían dicho que allí había, mujeres, en especial una doctora y una enfermera, que ayudaban a las furcias que querían dejar de serlo. De eso hacía dos años. Entonces, Fredito la tenía en exclusiva para él, pero no la dejaba vivir en su casa más que cuando se la quería follar o cuando la hacía trabajar como mucama o cocinera. Tenía derecho porque, a fin de cuentas, él era el dueño de su deuda. Y, además, tenía su pasaporte y su permiso de residencia que podía hacer desaparecer con solo una llamada a sus viejos amigos de la Comisaría de Alicante. Había pasado de ser puta de muchos a puta de uno solo, y aunque parecía haber ganado con el cambio porque en la calle o en los clubes de carretera se estaba mucho peor, Marcela ya no podía más.

La cubana fue al monasterio y la doctora Cristina, en menos de dos semanas y

solo hablando, la volvió del revés. Le contó todo lo que sabía. Lo de Óscar y lo de Alfredo. También como el primero controlaba a las docenas de africanas que se abrían de piernas en descampados solitarios como Alike o en camas deshechas y sin dueño en clubes de carretera. Le dijo que las africanas eran unas pobres supersticiosas que vivían aterrorizadas por las brujerías en las que creían con la misma certeza con la que confiaban en que saldría el sol al día siguiente. «Por eso, doctora —recuerda—, necesitamos darles otra cosa en la que confiar. Y que dé resultados que puedan ver.» El resto fue idea de Cristina: la capilla de la Virgen de las Rameras. Y todo lo demás también. «Pero tú, Marcelita, mi amor —se dice—, ayudaste con gusto.»

Mete el brazo en la apertura que ha conseguido abrir entre las cajas de botellas y, a tientas, ase la bolsa blanca. Casi desgarró la tela al pasarla por el estrecho canal que ha dejado entre las pilas que servían de parapeto al escondite. Justo en ese momento, las voces de Anselmo e Isa le llegan desde el bar. Es el hombre el que grita su nombre al ver la barra vacía, pero su mujer se apresta a apuntar que debe estar en el baño o en el almacén. Ha vuelto a tener suerte. Grita que está en el cuarto de baño y, a toda prisa, embute la valija blanca en el interior de su propio bolso, temiendo incluso rasgar la tela.

Cuando sale de nuevo al bar, ajustándose las mallas a la cintura como si acabara de salir del aseo, las caras sonrientes de sus jefes cuando le cuentan lo que han comprado para sus hijos y, sobre todo, el detallito que tienen para ella le desarmen. No. No les contará la milonga de su prima la de Bilbao. Tiene que pensarlo mejor. No puede irse por las buenas. No sabe qué hacer con el dinero, pero empieza a pensar que tiene una idea más o menos clara de qué no hacer con una vida, la suya, que puede ser modesta e incluso vulgar, pero, a fin de cuentas, será suya y solo suya. Lamentablemente, hoy, con ellos aquí, no podrá devolver la bolsa blanca al escondrijo del almacén. No importa. De todos modos, no era un buen sitio. No habrá más remedio que llevárselo a su casa. «Quizás —una idea ilumina su mente— sea una buena idea entregárselo a Cristina, para el monasterio o para lo que ella diga.»

Son casi las seis de la tarde cuando acaba de trabajar. Anselmo e Isa se quedarán al cierre del bar. La noche se ha enseñoreado de las calles. Marcela camina hacia la parada del autobús a buen paso, a pesar del cansancio acumulado en las piernas tras diez horas de trabajo. Bajo el brazo, el bolso barato más hinchado de lo normal le pesa como si estuviera lleno de ladrillos. A pesar de que la cubana ladea la cabeza constantemente conforme avanza hacia su destino, no se ha dado cuenta del Opel Corsa que, a la puerta del bar, ha esperado con paciencia a que saliera. En su interior, un hombre negro con un bonete cuajado de hilo dorado y cuentas de colores la señala con el dedo. Otro africano, mucho más joven, vestido con unos pantalones vaqueros y un anorak azul, abre la puerta del copiloto y sale del vehículo con premura. Antes de cerrar la puerta del coche abre la guantera y coge algo de su interior. Se pone la capucha y echa a andar detrás de Marcela al tiempo que, en el bolsillo derecho de la

prenda de abrigo, guarda una navaja.

\*\*\*

Piotr Tkachov se despide de Ninna. El nombre de la muchacha se lo ha puesto él mismo para usarlo durante la hora corta que ha estado con ella en la lujosa habitación de hotel con vistas a la playa de la Malvarrosa. La joven de espectacular melena lisa del color de la miel y ojos claros, con una sonrisa tan falsa como los gemidos que profería cuando la penetraba, le ha estampado un beso en cada mejilla y le ha dejado en las fosas nasales el recuerdo de su presencia traducido en olor a azahar y carne tersa de veinteañera. No ha estado mal. La chica vale el precio que ha pagado por ella. Quería —siempre quiere— una estudiante universitaria, alta, limpia, guapa y profesional. La joven hablaba inglés bastante mejor que él y chapurreaba un ruso incipiente que delataba que, entre sus clientes, debe contar con varios de sus compatriotas. Mil euros ha costado el servicio del que, supone, la meretriz se llevará más o menos la mitad. El resto se lo repartirán entre la supuesta agencia de modelos que reúne y gestiona a las mujeres y el empleado del hotel al que se le solicita la asistencia de la señorita de compañía. Ni la mujer que atiende el teléfono en la pretendida firma de maniqués ni el recepcionista que se embolsa un centenar de euros por la intermediación pueden sospechar que, en realidad, ambos trabajan para Tkachov. El millar de euros que ha abonado, en realidad, se los ha pagado a sí mismo. A pesar de haberse criado y educado en el país por excelencia del socialismo real, Piotr Tkachov ha entendido a las mil maravillas los fundamentos del capitalismo.

El ruso mete las manos en los mullidos bolsillos del albornoz blanco con el escudo del hotel bordado en la pechera y abre la puerta corredera que da al balcón. Ya fuera, ve como las nubes espesas y grises han cedido el espacio a un sol meridional que, aunque débil, hace surgir mil brillos en la cara del mar que ya es azul. El temporal de levante ha dejado cicatrices en forma de olas marrones de agua turbia coronadas de espuma sucia que rompen junto a la orilla. La arena está sembrada de algas muertas, medusas reventadas, trozos de madera de deriva y todo tipo de desperdicios que un Mediterráneo airado durante días de tormenta ha devuelto, en forma de escupitajo a la cara, a sus antiguos propietarios.

Aunque el rato con Ninna ha sido satisfactorio, Piotr Tkachov percibe el tenue punto de decepción, asumida desde hace mucho, de la experiencia carnal. Siempre le pasa. No ha tenido más compañeras de cama que las furcias a lo largo de sus sesenta años largos y en todas ellas busca, sin éxito, repetir lo que sintió la primera vez con la primera de ellas. Nunca lo ha conseguido. Al menos —se consuela— sigue estando al lado de la mujer que le abrió la puerta cerrada del placer, aunque ahora la mera idea de tener sexo con ella le resulta inconcebible. Y no es porque ahora sea una anciana vieja y arrugada, sino porque, con los años, terminó considerándola como si fuera su

propia madre. O incluso mejor, porque las madres, que se desviven por guiar y educar a sus hijos en las cosas más importantes de la existencia, tienen vedada la enseñanza del camino que va desde los ojos hasta un poco más abajo de la cintura. Piotr Tkachov se siente afortunado porque ha tenido dos madres. De la primera bebió la leche de la vida que manaba de sus senos blancos y tiernos. De la segunda sorbió el licor proscrito que destilaba su entrepierna negra y rosada. La primera le dio lo imprescindible y la segunda lo importante.

A su segunda madre —a la que ahora llama *bab*, o *babushka*, o sea, abuela, aunque a más de uno le puede parecer que es la reencarnación de Baba Yaga, la terrible bruja de las manos con garras de hierro de los cuentos rusos— la conoció en Leningrado. Él tenía catorce años y ella treinta y uno. Hacía días que la vigilaba, cada tarde, al salir del colegio. Aquella chica bajita y menuda, pero bien proporcionada, casi condensada en sí misma en toda su feminidad apetecible, de abundante pelo negro recogido en un moño se sentaba en uno de los bancos del vestíbulo *art nouveau* de la estación de Vítebsk, la más bella de la capital báltica de Rusia. De tanto en tanto, cuando estaba segura que unos ojos masculinos le dedicaban esa mirada que solo ella era capaz de descifrar, alzaba una de sus piernas para que el potencial cliente le viera la suela del zapato. Allí, escrito con betún, había un número. Era la tarifa que cobraba por cada servicio. En otras ocasiones, jugaba con un billete por el importe solicitado que pretendía ser el mismo mensaje para los futuros usuarios de su cuerpo. En la Unión Soviética, paraíso en la tierra de la clase trabajadora, no había prostitución. O eso decían.

Piotr pasó semanas juntando la suma que exigía aquel anuncio clandestino garabateado con tinte negro. Sisándole a su madre algunas monedas de aquí y de allá; haciéndoles los deberes a los compañeros de su clase por unos cuantos kopeks e incluso revendió algo de tabaco que consiguió robarle a su propio padre. Por fin, cuando los veinte rublos desmenuzados en todo tipo de fracciones estuvieron juntos y tintineando en su bolsillo, acudió de nuevo a la estación. La chica, como cada tarde, había salido del trabajo y se disponía a vender la mercancía, o sea, ella misma, para sacarse un dinero extra. Se acercó y se sentó en el banco. Al principio, la mirada de Modesta transmitía enfado e incluso furia porque aquel mozalbete le iba a espantar a la clientela. Sin embargo, Piotr acertó a reunir el valor suficiente como para mostrarle el único billete que había conseguido mientras hacía sonar toda la quincalla que ocultaba en la chaqueta al tiempo que señalaba furtivamente la suela de su propio zapato. Modesta captó el mensaje con rapidez y una sonrisa entre burlona y maternal se dibujó en su cara. Aquel pilluelo no se había sentado allí por una desgraciada casualidad que amenazaba con fastidiarle el negocio aquella tarde. El chaval buscaba su primera vez. Y ella era la elegida.

La cosa se resolvió en el lugar de costumbre. Modesta le daba una propina a un bedel de la estación para que le permitiera utilizar un cuarto destinado a guardar las sacas del correo. Allí, sobre montones de cartas guardadas en docenas de bolsas de

tela basta, Piotr Tkachov supo, de verdad, lo que era la perfección y la dicha, que, por cierto, no tenía nada que ver ni con la lucha de clases, ni con la colectivización de la propiedad, ni con los planes quinquenales. El paraíso en la tierra, la auténtica emancipación del hombre estaba encerrada en poco más de 30 centímetros cuadrados de piel sembrada de vello oscuro, rizado y suave, que ocultaba un secreto húmedo que olía a promesas y a hembra. La primera eyaculación sorprendió a Modesta con el adolescente miembro de Piotr entre sus manos morenas. Había algo de inocente en aquella explosión de vitalidad prohibida que movió a la meretriz española a ser generosa con aquel jovenzuelo soviético. Ella le iba a enseñar, de verdad, lo que era ser un pionero y no lo que contaban en las escuelas. El vigor juvenil y la destreza de Modesta con la boca hicieron que, ni cinco minutos después, Piotr estuviera dispuesto a hundirse más en aquel mar tan diminuto como profundo que Modesta guardaba entre las piernas. Y lo hizo. Guiado por ella, quien, por primera vez en bastante tiempo, incluso disfrutó y a punto estuvo de no cobrarle los veinte rublos, aunque al final, por supuesto, sí lo hizo.

Cuando Piotr volvía a su casa desde la estación de Vítebsk, los escaparates de las tiendas, con sus tristes y escasas mercancías, tenían un aire diferente. Allí solo se ofertaba lo que no valía casi nada. Ahora, embutido en el mullido albornoz blanco, que será diez veces más caro que todo lo que llevaba puesto aquel día de hace más de cincuenta años, en la espléndida terraza de una habitación lujosa de un hotel cuyos precios, si su padre los hubiera conocido, rozan lo obscuro, entiende mejor que la otra verdad inmutable que Modesta le enseñó aquel día en la penumbra del cuarto de las sacas de correo es que lo que vale la pena, hay que pagarlo. Y él lo pagó con gusto.

Abonó el coste de los secretos de Modesta muchas más veces. Mientras terminaba la enseñanza secundaria y cuando llegó a la universidad. Aunque en ocasiones le surgían otros amoríos, ninguna de las otras que se cruzaron en su camino fue capaz de hacerle sentir lo que aquella mujer, con edad suficiente para ser su madre, podía hacerle después de satisfacer el precio escrito en la suela de uno de sus zapatos. Por más que le dijeran a él y a todos los demás que el dinero no traía la felicidad y que todas las cosas buenas de la vida, como el amor, eran gratuitas, Tkachov ya era consciente de que las parafernalias soviéticas, las reuniones obligatorias del Komsomol y los cursillos de instrucción política eran todo lo mismo: el afán del comunismo por tomar a todo el mundo por idiota y, además, conseguir que lo fueran por propio convencimiento. «El problema —piensa Tkachov— son los rusos, que no comprenden lo que es la libertad porque necesitan siempre al cosaco y el látigo.» De toda la literatura que estudió en la Universidad de Leningrado para prepararse para ser el mal profesor que fue después, le viene ahora a la cabeza el cuento «La leyenda del Gran Inquisidor» de Dostoievski, en especial, el pasaje en el que el jerarca le dice a Jesús, que acaba de volver a la tierra, aquello de «no hay preocupación más constante ni más torturadora para el hombre que, después de quedar libre, buscar



cuanto antes aquello ante lo cual inclinarse». Cuando llegó la década de los noventa, Modesta hacía tiempo que no se acostaba con él, ni por dinero ni sin él, pero le suministraba otras mujeres con las que hacerlo. Ninguna era lo mismo, aunque a todas las llamó Ninna, que era el nombre falso que la propia Modesta, con su ruso de acento extraño e indefinible, utilizaba en la estación de Vítebsk.

Tkachov piensa que, gracias a aquella tarde, cuando llegó la Perestroika, él ya sabía qué era la libertad. No era una constitución, ni unas leyes, ni un sistema. La libertad era algo que los rusos no habían visto en setenta años y se podía encontrar en cualquier esquina: era una simple tienda con los estantes abarrotados de botellas de vodka de la marca que se quisiera; de embutidos y quesos de mil procedencias; de pescado fresco o de plátanos y naranjas. Eso sí, para quien pudiera pagarlos. La libertad también era poder comprar lo que no estaba a la vista, como esos pocos centímetros cuadrados de vello púbico que guardaban la puerta al paraíso o lo que sí estaba visible pero que, pocos años antes, no se podía adquirir porque sus dueños lo atesoraban con la misma devoción que querían a sus hijos: libros. En su dacha de las afueras de San Petersburgo, estanterías repletas de volúmenes de cubiertas anaranjadas que, de pequeño, le volvían loco y que no podía permitirse, muestran ahora quién tenía razón cuando discutía con su padre cada vez que el viejo soldado comunista, «que he derramado mi sangre en el sitio de Leningrado», le gritaba cada vez que le pillaba las ganancias obtenidas tras haber vendido una partida de tuercas, de jabón o de medias conseguidas de contrabando que revendía entre sus colegas profesores del instituto donde trabajaba, como todos, sin ganas y por una miseria. «Yo tenía razón, padre.» Compró las colecciones enteras de la Biblioteca Universal y la Biblioteca de Aventuras por la décima parte de lo que le va a costar el alojamiento de una sola noche en este hotel. Los intelectuales se deshacían de sus libros a precio de saldo no solo porque necesitaban comer, sino porque, sobre todo, los libros les habían decepcionado.

A Tkachov nunca le ha decepcionado un libro porque jamás ha pretendido que un volumen le dé más de lo que puede darle. Ni tampoco le decepcionan todas las mujeres a las que llama Ninna para follárselas. Ni los hombres a los que da órdenes. Casi nada puede decepcionarle porque sabe con exactitud qué puede pedirse y qué no porque todo es cuestión de precio. Además, la mayor satisfacción de su vida, la expectativa que no le decepcionó, la recibió con catorce años en una estación de tren en Leningrado y, desde entonces, todo lo que ha venido después ha sido un sucedáneo más o menos placentero; más o menos eficaz. Pero, siempre, incompleto.

Entra de nuevo en la habitación y se quita el albornoz. Se contempla desnudo en el enorme espejo que ocupa la práctica totalidad de una de las paredes. Los setenta se acercan y se notan en su panza prominente y en los pliegues de la piel que cuelga de sus brazos y sus pantorrillas. Un solo golpe, seco y rotundo, resuena en la puerta de la habitación. Sabe que es Modesta y, por ello, le dice que pase.

La anciana entra. Ni ella se inmuta por contemplarle tal y como lo trajeron al

mundo ni a él le importa que le haya pillado de esta manera. Delante de su madre, con toda probabilidad, se hubiera tapado antes, pero no ahora. Con toda la tranquilidad del mundo trastea en los cajones buscando la ropa interior y empieza a vestirse.

—Piotr —dice Modesta sin siquiera apartar la vista para proporcionarle un poco de intimidad—, el notario ha llamado al abogado. Todo está ya en orden y justo como queríamos.

—Estaba claro, *bab* —contesta Tkachov—. Tal y como decías que iba a pasar. Como siempre.

La anciana sonrío y Piotr vuelve a ver en ella a la misma chica morena del número escrito en la suela del zapato.

Remedios saca de la cartera los dos billetes: uno de veinte euros y otro de cincuenta y los deposita con cuidado donde siempre: debajo de la jarra de cerveza con tapa que está encima de la cómoda. El objeto, de más de un palmo de alto y doce centímetros de diámetro en su base, es feo de veras. Todo un horror de cerámica recargado de cornucopias de todos los colores juntos en las peores combinaciones posibles y rematado por una bisagra plateada que sujeta la pieza del mismo material y pésimo gusto que abre y cierra el recipiente. En su interior, Bogdan guarda preservativos y una botellita de plástico de lubricante anal de diferente marca y aspecto que el que ha utilizado con ella hace un rato. «Este será el que usa —piensa— con sus clientes masculinos. A eso se llama diversificar el negocio y aprovechar la herramienta. Sí, señor.»

«Puede que sea una abuela todavía de buen ver, jubilada y un poquito salida —se dice a sí misma—, pero no soy una imbécil, así que no te permitas ni una gotita de romanticismo ni de ñoñería porque no tenemos ya ni edad, ni ganas, ni tiempo que perder.» Remedios lanza una mirada al cuarto de baño donde, a través de la cortina de plástico, se distinguen perfectamente las formas atléticas y bien proporcionadas de Bogdan. «Y pensar que la idea me la dio mi propia hija cuando me leyó de una revista que Madonna, la cantante, siempre dice que si vuela, flota o folla, mejor alquilarlo que comprarlo. Y mira, tenía razón.»

Para que la ocurrencia divertida se convirtiera en idea y la idea en la primera vez, pasó mucho tiempo, mucho miedo y muchas dudas. Otras amigas suyas se echaban novios de su edad o mayores, divorciados o viudos, que, lo que hacían en realidad, era buscarse otra enfermera u otra cocinera que reemplazara a la que habían perdido. Y aunque en la agrupación del partido había algún que otro separado interesante e incluso, durante una temporada, le echó el ojo a otro abuelo con el que coincidía en el parque con Morgana, Remedios no quería eso. Quería un vientre plano, unos brazos musculosos, un culo bien prieto, una lengua experta y que cada cosa sucediera cuando ella dijera que tenía que suceder. Tardó en darse cuenta, pero al final llegó a la conclusión de que su catálogo de exigencias solo iba a estar disponible pagando. «Pues pagando.»

Y así buscó a Bogdan, cuyo nombre en ucraniano, por cierto, significa «regalo de Dios» y le viene como anillo al dedo o, mejor dicho, al grueso dedo que tiene entre las piernas y cuya silueta es incluso capaz de distinguir desde la cama deshecha donde está sentada y en la que acaba de ponerse los zapatos. El espejo al que dirige ahora la mirada no le devuelve su imagen, sino una versión modernizada de su propia madre, solo que con el pelo corto y rubio para disimular las canas, unas gafas de lentes al aire y más arrugas de las que está dispuesta a admitir. «Quién me iba a decir a mí que con 67 años me iba a ver de esta guisa.» No se siente culpable. Solo rara. Siempre le pasa cada vez que termina la visita a Bogdan con el gigoló en la ducha y

ella arreglándose para volver a salir a la calle. «Qué coño —resuelve—, toda la vida luchando para que las mujeres pudiéramos hacer lo que nos diera la gana con nuestro cuerpo y, de vez en cuando, aún voy con melindres, porque estoy más cerca de los setenta que de los sesenta. Pues ¿sabéis qué? ¡Al carajo! ¡Podéis ir todos al carajo!»

Al principio, incluso, se lo explicaba a Bogdan, aunque no estaba muy segura de que el joven ucraniano, de Kiev dice que es, fuera capaz de entenderlo. Tampoco tenía a nadie más con quien compartir sus ideas al respecto. «Es que —le decía— es como si las personas mayores tengamos que volver al jardín de infancia de cintura para abajo. Vamos, que podemos ser cariñosos, cogernos de la mano, darnos besitos en los morros con un guiño picaruelo, contar algún que otro chiste verde y bailar pasodobles en una verbena. ¿Y lo otro? Como si nos hubieran dejado de gustar los besos húmedos, los orgasmos, acariciar un cuerpo bonito o sentirnos deseados. Vale que nosotras no nos encendemos tan deprisa ni ellos se... se... bueno, se ponen como tú, Bogdan, ni durante tanto rato, pero, oye —y señalaba el frasquito de lubricante enriquecido con aloe vera—, que hoy en día hay arreglo para todo. O para casi todo.»

El apolo rubio asentía con esa sonrisa blanca un tanto bobalicona que le hacía sospechar a Remedios que no había comprendido buena parte de lo que le estaba diciendo. Tampoco importaba demasiado. A veces, la cara del muchacho de 27 años le recuerda a un algodón de azúcar, esponjoso, tierno y empalagoso al tercer o cuarto bocado. Así es como lo quiere. Además, con el tiempo, sus visitas se han hecho bastante más interesantes de como eran al principio, cuando pasaban del saludo en la puerta del piso al catre sin más preámbulos. Poco a poco, el ucraniano ha captado los gustos de su clienta y la cosa empieza siempre con té, pastas y conversación. Luego viene un masaje con aceite esencial de espinillo blanco que hace resbalar las manos mágicas del chico sobre la espalda de la veterana ex profesora de Latín y Griego. Tras eso, el asunto termina como tiene que terminar y, después, si Remedios tiene tiempo, otro té o algo fresquito y un poco más de charla. Bogdan tiene un pisito de lo más coqueto en el casco histórico, al menos la parte en la que ella ha estado, puesto que siempre hay un par de puertas cerradas que no se abren en ningún momento de sus visitas. El cuarto de baño, limpiísimo, la habitación y el salón están comunicadas por un pequeño distribuidor. Remedios supone que una de las habitaciones cuyo contenido no ha visto debe ser la cocina, pero no sería capaz de decir cuál. El comedor, con un balcón breve que da a la calle Róteros, está amueblado con una mesa, cuatro sillas y dos sillones. Todos los muebles son viejos y pasados de moda, pero cuidados y limpios con un primor tal que Remedios sospecha a veces que la madre de Bogdan debe de estar en una de las estancias que no se abren jamás. Quizás algún día se lo pregunte.

Remedios habla con Bogdan de todo. Hoy mismo, el ucraniano, que dice que en su país estudió para ser profesor de Historia, le ha preguntado por, tal y como él lo ha pronunciado, la *transición* en España y la profesora jubilada y militante ha disfrutado de lo lindo explicándole la verdad de lo que fue aquello. O su verdad, al menos.

—Pues verás —le explicó Remedios—. No sé si te he contado que yo hice mi tesis doctoral sobre el teatro de la antigua Grecia considerado como un género político, ¿sabes? Bueno, pues la Transición fue eso: una tragedia griega que ha acabado como ha acabado. Mal.

—No lo sabía —respondió Bogdan con su acento gutural—. ¡Qué interesante! ¿Puedes comparar el teatro griego con la *transición*?

—¡Pues claro que sí! —rio Remedios—. ¡No te digo que hice mi tesis sobre esto! Mira, según los cánones de Sófocles y Eurípides, la estructura de la tragedia tenía que seguir un patrón.

—¿Qué es un patrón?

—Una secuencia. Entiendes la palabra «secuencia».

—Sí, entiendo.

—Vale. Te decía que las tragedias griegas tenían una función política porque estaban dedicadas a la educación de los ciudadanos para que aprendieran a ser prudentes, humildes y, sobre todo, respetuosos con las leyes que, por supuesto, hacían los poderosos y en su propio beneficio. Por eso, la estructura de la tragedia seguía el mismo patrón. Primero estaba el prólogo, ¿entiendes la palabra?

—Sí. En mi idioma es casi igual.

—Claro, claro. Como casi todo lo que viene del griego. Bueno. Pues, en el prólogo, el coro cantaba las gestas y las glorias del héroe, o sea, del protagonista, así como del resto de los personajes. Luego venían los episodios, donde al héroe no se le ocurría nada mejor que desafiar a los dioses al no poder dominar sus pasiones. Como es lógico, los dioses se enfadaban y en la siguiente parte, que se llamaba el éxodo, el protagonista era castigado para provocar lo que los autores pretendían, que no era otra cosa que la catarsis, o sea, la purificación y la moraleja y la gente salía del teatro sabiendo qué era lo que tenía y lo que no tenía que hacer. ¿Me has seguido?

—Perfectamente —contestó Bogdan—. Explicas las cosas muy bien.

—¡Ay, cariño! —suspiró Remedios—. ¡Cuarenta años dando clase en institutos! ¡Como para que se me hubiera olvidado!

—Continúa —rogó el joven—. ¿Qué tiene que ver eso con lo que pasó tras morirse Franco? En Kiev nos decían que el proceso español salió muy bien. Sin violencia. Bien diferente a mi país.

—Bueno, bueno. Bien, bien... lo que se dice bien... Aquí en España, el héroe de la tragedia de la Transición no fue uno solo, sino muchos. Un héroe colectivo, ¿entiendes la idea?

—Sí, entiendo.

—De acuerdo. En las tragedias griegas, los héroes siempre sucumbían a lo que los antiguos dramaturgos llamaban el *hybris*, o sea, el exceso y la desmesura que provocaba el castigo de los dioses y la catarsis. Por eso los que hicieron la Transición, o sea, los jefes franquistas apoyados por los poderes fácticos económicos y sociales tanto en España como en el extranjero, fueron los que hicieron de dioses. No

obstante, estos dioses no aplicaron un castigo terrible como ocurría en las historias de Eurípides, de Sófocles o de Esquilo. Lo que hicieron fue más bien dejar en las cunetas de la historia aquellas ideas que o bien consideraban excesivas o creaban expectativas demasiado peligrosas. Y así fue como llamaron reconciliación al olvido, concordia a la rendición y convivencia a hacer la vista gorda...

—¿Vista gorda?

—¡Ay! Es una expresión que significa que pretendes no haberte dado cuenta de una cosa que deberías haber denunciado. ¿Lo pillas?

—¡Ah! Sí, sí. Lo pillo.

—Bueno. Pues sígo. El gran castigo de los dioses del mercado y la estabilidad al héroe colectivo de la Transición fue convencer a la izquierda de que no podía caer en el exceso, en el *hybris*, que no era otra cosa que todo, absolutamente todo, por lo que había luchado durante más de cuarenta años de dictadura. Por eso digo que la Transición fue una tragedia imperfecta. Se conquistaron cosas, sin duda. Volvieron las libertades, pero la necesaria catarsis la recibió quien no le correspondía y, por eso, ahora nos va como nos va. Aunque a algunos les fue muy bien. A mi ex marido, sin ir más lejos.

—¿Tu ex marido?

—Un cabrón que se aprovechó de quien yo era para medrar en el partido y sacar tajada. No me gusta hablar de él.

—Pues no hablemos más. —Bogdan le puso una mano sobre la rodilla—. ¿Qué te apetece hacer ahora?

Esa era la señal que Remedios interpretó de inmediato. Luego, han sido... ¿cuánto? ¿Una hora y media? ¿Dos? «Por cierto —se pregunta—, ¿qué hora será?»

Cuando consulta el reloj apenas puede creerse lo que está viendo. «¡Hostia puta! ¡Si son casi las dos y cuarto!» Tenía que haber recogido a Morgana de la casa de la amiguita de su nieta a la una y media. Se levanta como un resorte de la cama y echa a correr por el pasillo. De camino se despide a gritos de Bogdan, quien, recién duchado, se enrosca una toalla en torno a su cintura de abejorro y profiere un adiós que Remedios ya no oye porque acaba de cerrar de un portazo que resuena en todo el edificio.

El joven ucraniano avanza por el oscuro pasillo y abre una de las dos puertas que siempre están cerradas. Dentro, Katya, su mujer, tiene las manos sobre su vientre hinchado de embarazada de siete meses.

—¡Vasyl! —Le sonrío, y oír de sus labios su verdadero nombre y en su lengua materna suena a miel—. Ya he oído que la vieja se ha marchado ya.

—Sí, mi amor —contesta—. Parece que hoy tenía mucha prisa.

\*\*\*

—Yo creo, doña Soledad, que es factible —dice el abogado—, puesto que don

Gabriel ya ha cumplido la mitad de la pena, y los informes de la junta de...

—Puede usted decirme Tía, si quiere —le corta—. Casi todos me llaman así.

—Eh... Sí. Bueno, gracias; como le comentaba —el letrado Héctor Piquer está más dispuesto a que le hagan una traqueotomía con una botella rota a tener que tratar a la vieja gitana que tiene enfrente con semejante familiaridad—, don Gabriel Vera Belmonte ya ha estado ingresado el tiempo suficiente y, además, ya el año que viene cumplirá los setenta y cinco, con lo que estamos en condiciones de solicitar al juez de vigilancia penitenciaria la concesión del tercer grado con buenas perspectivas de éxito.

—¡Alabado sea nuestro Señor Jesucristo! —exclama la Tía al tiempo que se palmea la parte alta de su enorme busto como si quisiera calmar los latidos de su corazón—. ¡No sabe la alegría que me da, don Héctor! ¡Mi pobre *Grabiell*! ¡A sus años y entre rejas! Es que ya no hay caridad en este mundo, no, señor.

—Ya va siendo hora, ya —contesta el abogado mientras reprime la sonrisa burlona que le ha provocado que la mujer de su cliente no sepa pronunciar bien el nombre de su propio marido—. Afortunadamente, el señor Vera goza de una magnífica salud y podrá disfrutar de su familia, con sus hijos y sus nietos, en muy poco tiempo. Seguro.

—Pero don Héctor —insiste la Tía—, ¿de cuánto tiempo estamos hablando? Mire que como no me esperaba esta noticia, no he preparado nada para la comida del Día de Reyes que siempre hacíamos en familia y que a él le gustaba mucho por lo de los críos y eso... Como estamos ya a... ¿qué día es hoy? ¡Treinta, sí! ¡Mañana es Nochevieja! ¡Madre, cómo tengo yo la cabeza, por Dios bendito! Pues le decía que...

—¡Tranquila, mujer, tranquila! —interrumpe Piquer—, que todo esto no estará mañana mismo. Hemos de preparar los escritos, presentarlos al juzgado, que la junta del centro haga su informe... Hágase usted cargo de que estamos hablando de dos meses una vez pasadas las fiestas.

—¡Ay, menos mal! Bueno. —La gitana baja la cabeza—. A ver si me entiende usted, don Héctor, que tengo ya muchas ganas de que mi marido duerma en casa, pero todo así de sopetón, como que me ha dado la sofoquina, no sé si usted me entiende.

—Perfectamente, doña Soledad. Lo entiendo perfectamente.

—¡Menos mal! No se vaya a pensar usted que una...

—¡No, por Dios! Ni se me hubiera ocurrido. Quédese usted tranquila.

—Bueno. Y de mi Gaby, ¿qué sabemos? ¿Se puede hacer algo?

—Lo de su hijo mayor está peor, doña Soledad, no la voy a engañar. Parece ser que se vio envuelto en una pelea y...

—¡Ay por Dios! —La Tía ahoga un hipido entre las arrugas de un pañuelo que apretuja en su puño arrugado—. ¡No sé a quién habrá salido este niño con tan mal genio! ¿Otra pelea, dice?

—Otra, doña Soledad, otra —contesta el abogado mientras piensa que,

conociendo al padre, que el hijo sea una mala bestia más joven es de lo más lógico—. Lo mandaron a aislamiento y está a un paso, a un solo paso de que lo incluyan en el Fichero de Internos de Especial Seguimiento; en el grado uno de control directo. ¿Entiende?

La Tía comprende con toda exactitud qué es un FIES. Sin embargo, con los ojos humedecidos por lágrimas que finge reprimir, pregunta:

—Yo diría que sí, don Héctor, pero no lo tengo muy claro. ¿No se supone que el régimen FIES es ilegal según una sentencia del Tribunal Supremo? ¿Del 2009, creo?

Por un momento, la perplejidad se adueña de la mente del abogado. Para ser una gitana, supuestamente medio analfabeta, la pregunta es de lo más pertinente. Al final, su padre tiene razón cuando le dice que los quinquis y los gitanos como ella saben más de leyes —al menos, las que les afectan— que un magistrado del Tribunal Constitucional.

—Bueno, así es, doña Soledad. En efecto, en mayo de ese año el Supremo declaró ilegal el régimen FIES porque decía que vulneraba los derechos de los presos. Sin embargo, Instituciones Penitenciarias tenía un as en la manga del año 2006 que se llamaba Protocolo en Materia de Seguridad y que, en la práctica, adecuaba el sistema FIES a la legislación vigente y convertía la prohibición del Supremo en casi casi papel mojado.

—Ya veo.

—El caso es que si don Gabriel Vera Vargas, su hijo, continúa sin tener una buena adaptación al régimen disciplinario, puede tener problemas. Muchos. Estamos hablando de cambios constantes de centro penitenciario; que no acceda a la libertad condicional cuando cumpla las dos terceras partes de su condena, sino las tres cuartas; que no pueda participar en talleres ni en cursos; aislamiento, registros diarios... en fin. Un infierno. No queremos eso para él, ¿no?

—¡Ya le digo yo que no! —salta la Tía, y el abogado no está seguro de si lo que percibe en su voz es desesperación o amenaza—. Le preguntaré a mi nuera cuándo es la siguiente visita e iré yo también. A ese crío lo voy a poner yo más derecho que una vela. ¡Se lo digo yo, don Héctor!

—Seguro, doña Soledad, que a usted le hace más caso. ¡Lo que no pueda hacer una madre!

—No lo sabe usted bien, don Héctor, lo que una madre es capaz de hacer. Bueno. No le entretengo más. Dígame qué le debo.

El abogado contempla con horror como la vieja gitana abre el bolso de imitación y, tras rebuscar entre varios llaveros, un pequeño neceser, un cepillo para el pelo, el monedero, un espejo, un par de blísteres de pastillas y hasta un chupete mugriento, saca un sobre que, antes de su actual propósito, sirvió para contener una carta de un banco a tenor de la ventana de plástico que tiene en la parte inferior de la derecha. En su interior, hay cuatro centímetros y medio de billetes de cincuenta euros apretados unos a otros como si fueran los naipes de una baraja recién estrenada. A Héctor



Piquer, abogado penalista de 45 años y futuro heredero del Estudio Jurídico Piquer y Asociados e hijo de un catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Valencia, la visión de semejante fajo le ha producido la misma repulsión que si la Tía Sol se hubiera extirpado allí mismo su propio hígado con una cuchara sopera.

—¡No, no, no, doña Soledad! —Su tono de voz roza la indignación ante la mirada entre risueña y atónita de la anciana—. De eso se ocupa Sagra... Sagrario, la secretaria. Hable usted con ella ahora al salir.

La mujer guarda el sobre reutilizado con un mohín de disculpa. El rostro canela acuchillado por los años, la miseria y los disgustos de la Tía muestra una expresión casi bobalicona de pobre mujer ignorante, aunque en sus pupilas negras brilla el desafío: «Si yo quisiera, mierdecilla —rumia en su interior—, te haría recoger con la lengua cada billete que tirara ahora mismo por el suelo para que me los trajeras a las manos como un perro y así podértelos meter uno a uno por el culo mientras tu padre el catedrático mira y aplaude.» Sin embargo, Soledad Vargas Escuder, o la Tía Sol como la conoce todo el mundo, sabe desempeñar el papel que quiere que Piquer crea: el de la sencilla, por no decir estúpida, esposa del delincuente que se limita a obedecer y pagar lo que su marido, desde la cárcel de Picassent, dice que se haga y se pague.

El abogado mira el reloj con indisimulada impaciencia conforme la mujer se levanta trabajosamente de la silla en la que parecía estar encajada, más que sentada. Sabe a la perfección que el dinero con el que van a ser abonados sus exorbitantes honorarios viene sucio de polvo blanco, hojas verdes secas y papel de aluminio quemado. Pero en cuanto Sagrario lo ingrese en la provisión de fondos de la cuenta del cliente Gabriel Vera Belmonte, será tan bueno, limpio y virtuoso como cualquier otro. Así de grande y perfecto es el Estado de derecho y el ordenamiento jurídico. Sobre todo, si puedes pagártelo. «En cuanto se vaya —piensa el abogado— le diré a Sagra que abra la ventana y eche ambientador. Esta vieja apesta.»

La Tía Sol cierra la cremallera del bolso en el momento de salir a la calle desde el lujoso zaguán y lo atenaza bajo el brazo. Con su nieto Cheche esperándola con el coche en marcha a menos de dos metros del portal del precioso edificio modernista de la calle de la Paz, no necesitaría tal precaución, pero los que no han tenido nada — como ella— son siempre desconfiados. Y la vieja dama tiene, además, otros muchos motivos para desconfiar. De todo y de todos. El chico le ayuda a sentarse en el asiento trasero del monovolumen. En el del copiloto está Cisco, el hermano pequeño de Cheche, que acaba de soltar el teléfono móvil con el que estaba jugando hasta que la puerta lateral del vehículo se ha abierto. Sabe que a la abuela no le gustan «esas chicharras del demonio» en su presencia. Cisco baja la cabeza e intenta formar parte del habitáculo para evitar la ira de la pasajera. No sabe qué ha ocurrido en el despacho del abogado, pero es evidente que la vieja ha bajado de muy mala hostia y, encima, casi le ha pillado jugando con el móvil. A su primo Dolfo, Adolfo, que tiene quince años y treinta kilos más que él, la abuela le partió el iPhone en la cabeza una

vez. No obstante, parece que la *paparuñí* Sol no se ha percatado de la existencia del aparato y, además, tiene otras cosas en las que pensar.

—*Paparuñí* —Cheche usa el término caló con el que siempre se dirigen a ella sus nietos—, ¿nos vamos para casa?

—No, Cheche, no. Acércame al piso del yonqui. Llevamos género, ¿no?

—Sí. Bajo el asiento de Cisco. María y caballo en paquetes de los buenos. ¿O quieres algo más?

—No, no. Así está bien. Vamos pues.

El monovolumen gira por la calle de San Vicente, dejando a su derecha la catedral y la torre de su campanario, el Micalet, y enfila hacia la plaza del Ayuntamiento. Para llegar hasta el destino marcado hay que dar casi toda la vuelta al centro, así que la anciana se repantiga en el asiento para sobrellevar mejor el viaje. La Tía Sol da un par de golpecitos en el hombro a Cisco para que saque del escondrijo seis paquetes de Winston que tienen los precintos de plástico intactos: «Cuatro normales y dos *laits*, mi niño», le indica. En su interior no hay cigarrillos. En los envoltorios de cartón rojo hay marihuana y, en los de color blanco, en los *light*, heroína.

Con las «cositas», como dice ella, en el interior del bolso, la Tía Sol reflexiona sobre la entrevista con el abogado. De Gaby, su primogénito, no tiene de qué preocuparse. Parece mentira que ya haya superado los cincuenta y sigue sin poder evitar ser igual que quien la desvirgó para engendrarlo cuando ella solo tenía catorce años. Gaby: su boca grande, sus puños rápidos y su poca cabeza le mantendrán en el talego mucho tiempo más. Y ahí es donde mejor está. Para todos y, al menos, hasta que se le ocurra una idea mejor. Nota los ojos húmedos ante la inminente fuga de un par de lágrimas de amor materno que no piensa permitir. Ahora no. Sin embargo, es difícil contenerlas. Y es que Cheche y Cisco, los hijos de Gaby que la llevan ahora, son como ver a su propio retoño en dos momentos diferentes de la vida que el muy imbécil se empeña en arruinar: a los diecinueve y veintidós años. Gaby bautizó a sus dos varones con idénticos nombres que ella puso a sus gemelos, reventados cuando eran dos preciosos claveles por la misma ponzoña que ella oculta en el falso paquete de tabaco. «Hace ya ¿cuánto? ¿Veinte años? Me hago vieja sin remedio.»

No obstante, más que Gaby le preocupa su padre. Su *Grabiél*, como le ha llamado siempre. Sabe lo que pasará en cuanto salga. Su *Grabiél* es un hombre tan sucio y malvado como los demás si no se les lleva con collar prieto y correa corta. Primero irá a casa y querrá disfrutar de hijos y nietos como buen padre y abuelo, pero después, lo que vendrá después a ella no le gusta nada. Querrá el negocio. Querrá mandar. Querrá hacer las tonterías que siempre quieren hacer los hombres por orgullo, por chulería o porque dicen que así les sale de los cojones, que para eso mandan ellos. Y, con toda seguridad, también querrá algo que su cuerpo ajado por los años y los kilos ya no puede darle. ¡Como si no lo conociera! La otra vez que estuvo en el talego y le dieron un permiso de fin de semana se fue de putas la misma tarde que lo soltaron, antes incluso de ir a casa. «Está claro que ya no es un chaval, pero

seguro que ahora mismo está pensando qué mierda se meterá para que se le vuelva a levantar como antes.» Cuando era más joven, la mera idea de que su marido la engañara le hacía hervir la sangre con celos que le quemaban las entrañas como carbones encendidos. Ahora, la verdad es que le da igual. Bueno. No tan igual. No podría mirar a la cara a sus compañeras, a las *dones de cadira* como las llama con malévolo cariño el padre Agustín en el Monasterio de la Trinidad cuyos muros iluminados ve ahora a través de la luna tintada. De todos modos, no le preocupa que su marido le sea infiel cuando salga de la cárcel. Lo que le preocupa de veras es que salga y que pretenda devolverla a la cocina. Ni se permite el llanto por su hijo mayor ni va a permitir que el padre de su primogénito la devuelva al fogón.

«No, *Grabiél*, no. No voy a volver a plancharte camisas. Ha costado mucho que los turcos y los colombianos confiaran en mí a pesar de ser mujer y vieja. No vas a joderme como lo hacías cuando era una cría. No sabes ya donde están las *caletas* donde almacenamos el *gastorro*; ni a quién pagamos en el puerto para que no mire donde no tiene que mirar; ni siquiera sabes cómo se llama el turco nuevo con el que cierro el precio. En el trullo te llaman *Don Grabiél* porque yo pago para que te tengan respeto. Pero ahora, amor mío, ahora te toca ruina. Y si pasa algo, yo solita me comeré el marrón, como siempre. Ni a las hijas que me quedan ni a mis nietos Sariyo, Cheche, Cisco, Dolfo ni los pequeños les pasará nada porque no saben nada y ya me he preocupado de que tengan los riñones bien cubiertos. Igual no lo veo, *Grabiél*, porque me muero antes, pero Sariyo será médica. Y eso no lo vas a ver tú.»

Sumida en sus pensamientos se baja del monovolumen. Ya en el portal, y mientras pulsa el botón del portero automático y espera la respuesta de Dani, se dirige de nuevo al mayor de sus nietos:

—Cheche, acercaos tu hermano y tú ahí a Alboraya y traed al Chetú, que necesito hablar con él ahora mismo. Yo os espero arriba. Cuando lleguéis, picas al timbre. Es la puerta 28, ¿vale?

—Sí, *paparuñí*. Vamos para allá y lo traemos. Enseguida.

—Pero oye. Que se venga con vosotros en la *furgona*. Que no quiero que traiga la motaza esa de Satanás que tiene, porque se va enterar toda Valencia de que quiero hablar con él. ¿Estamos?

—Vale. Se lo digo así.

—Y ve con cuidado al conducir, que mira cómo está el tráfico. ¡Madre de Dios soberano, qué follón! ¡Y haz el favor de subirte la cremallera de la chaqueta que aún cogerás frío! ¡Anda que está el tiempo como para ir así de *despechugao*! ¡Demonio de crío como se me ponga malo!

La anciana se adentra en el zaguán a oscuras tras abrirse la puerta, sujetándose la cadera y andando despacio como si los zapatos negros que lleva puestos estuvieran hechos de plomo. El joven gitano se dirige a zancadas hacia la furgoneta donde le espera su hermano pequeño. Por el camino se sube la cremallera de la chaqueta. Hasta el cuello.

Cada vez que se acuerda, a Roma Besalduch le vuelven las palpitations que percibe como un martilleo inquietante en el cuello y en el pecho. Está convencida de que no ha estado así de enfadada en toda su vida. Solo de recordar la cara de la mamá de Elsa, de la que sigue sin acordarse de su nombre, nota como la furia más histérica se apodera de ella. La expresión de la progenitora de la amiguita de Morgana era el mapa del reproche, la burla y la lástima; todo junto. Y eso sin contar que en los otros grupos de *wasap* de las mamis del cole en los que ella, como es natural, no está invitada, el abandono de su hija va a ser materia de habladurías durante semanas. «No hay nada mejor para sublimar las frustraciones —se dice a sí misma— que tener a alguien para guillotinar a través del móvil todos los días, sea a través de la mensajería instantánea o de una red social. El caso es poder despellejar a otro, aunque solo sea para creerte mejor que él durante un rato. Vaya mierda.»

Desde que recogió a la niña ha estado ensayando qué le dirá a Remedios cuando su madre se digne aparecer en casa, cosa que, por cierto, todavía no ha hecho. Primero ha pensado en convertirse en una estatua de hielo. No hablarle. No mirarla. Dejar que se cueza en su propia irresponsabilidad y mantenerse así de firme e imperturbable durante días; semanas si puede; ojalá que fueran meses. Tratarla como si fuera un mueble. No dirigirle la palabra en absoluto. No obstante, ha desechado la idea casi de inmediato. Para empezar, está Morgana, y su hija no tiene la culpa de que su abuela se comporte como una adolescente a pesar de sus 67 años. No sabe cómo podría mantener el ambiente familiar normal que, según le dicen, necesitan los niños si las dos personas adultas del hogar no se comunican. Además, hay cuestiones prácticas que, para ser llevadas a cabo, necesita hablar con Remedios. Para empezar, es la abuela la que lleva y recoge a Morgana del colegio si ella tiene turno de mañana y la que la acompaña a la piscina y al ballet cuando a Roma le toca trabajar por la tarde. Y los turnos cambian todas las semanas. No. No hablarle no es una buena idea.

Luego, ha pensado en gritarle. Chillarle hasta quedarse afónica; volverse loca por completo y dar rienda suelta a la furia que la corroe desde hace horas. Remedios siempre ha sido una mujer de genio vivo, mientras que Roma, más parecida a su padre, es más tranquila, casi cobarde ante los conflictos. También ha descartado esta solución. Remedios no ha huido de una pelea en toda su vida. Y así le ha ido. En su militancia política ha hecho más enemigos que amigos, simplemente porque se creía lo que decía el manual clásico y jamás estuvo dispuesta a tragar con componendas y pactos para hacer carrera. Por eso ha sido una militante más de infantería, de las que pega carteles, ensobra folletos y hace bulo en los mítines y manifestaciones aplaudiendo a los que no habían hecho nada de eso y así habían llegado a una concejalía, un acta de diputado o cualquier otro puesto público bien remunerado. «Soy hija de quien soy, nena, y mi padre no fue a una puta cárcel franquista para que yo tenga que comulgar ahora con esta rueda de molino», le decía cuando iba a acudir

a una reunión de la agrupación local de su partido donde, con toda probabilidad, la cosa iba a acabar mal. Y, en efecto, así terminaba. Era —y sigue siendo— de las que llaman al pan, pan y al vino, vino. Además, Roma tiene mucha experiencia en pelear con su madre. Ha luchado con ella desde los doce o trece años y la inspectora de policía ha perdido todas las batallas. Todas.

«No me queda más que la tercera opción —concluye Roma—. Quizá la más lógica, pero la menos satisfactoria. Preguntarle dónde ha estado y por qué se le olvidó recoger a Morgana.» Después, ya verá qué hace. O el hielo o el fuego. «O —se contesta—, probablemente, nada. Como siempre.»

El tintineo de las llaves en la puerta la pone en alerta. Mira el reloj. Son casi las cuatro y en la tarde invernal, la luz se muere sobre Valencia. Escucha, por encima del trajín de paquetes, la voz de Remedios:

—¡Roma!, ¡Mori! —La abuela usa el apelativo cariñoso de la niña—. ¡Venid a echarme una mano, que vengo más cargada que una burra!

Cuando la inspectora de policía se asoma al recibidor, capta a la perfección la jugada que su madre está llevando a cabo. La cría ya corre por el pasillo con esa sonrisa suya capaz de iluminar el mundo entero y soltando grititos de felicidad que son correspondidos por la rebelde sexagenaria. Remedios tiene las manos enrojecidas por la tensión de haber sujetado tantas asas de bolsas y paquetes desde solo ella sabe cuánto tiempo.

—¡Yaya! —La voz de Morgana cascabelea de gozo—. ¿Qué es lo que me has traído?

—¡Ay, cariño! —responde—, por culpa de todo esto que ves aquí, a la yaya se le ha ido el santo al cielo y no he ido a recogerte a casa de Elsa. ¡Es que he encontrado unas cositas tan monas que no he podido resistirme! ¡No he podido!

Roma no puede hacer otra cosa más que admirar la habilidad de su madre. Le ha vuelto a ganar y, además, lo ha hecho con uno de los trucos más viejos de la historia: la cortina de humo y el soborno infantil. Con un montón de regalos, Remedios ha desmenuzado los planes de la inspectora. Ni hielo, ni fuego. El resto de la tarde lo pasarán, las tres, probándole modelitos a la niña como si estuvieran jugando con una muñeca viva.

—Pero mamá —interviene Roma más por necesidad de que se note su presencia que porque necesite una respuesta—, ¿por qué has hecho esto? Si la semana que viene empiezan ya las rebajas.

—¡Calla, nena, calla! —contesta—. Que luego vas y, o no queda de nada, o no hay tallas o has de pelearte como una gata con cuatro arpías por un triste pingo. ¡Ni hablar! ¡No he trabajado yo casi cuarenta años para que mis dos perlas finas vayan hechas unos zorros! Así, en rebajas, pues si vemos algo que nos gusta, lo compramos, pero sin agobios y sin sofocos.

«Bruja lista —piensa Roma— que acabas de apagar el incendio que te iba a montar sin que haya conseguido encender la cerilla.» Morgana, con los nervios a flor

de piel, se ha quitado el chándal que llevaba puesto y corretea en braguitas y camiseta interior por el comedor, dispuesta a deleitar a su madre y a su abuela con un pase de moda infantil con el rosa como tono dominante hasta el empalago. «Hay que joderse —piensa la policía— que yo de pequeña quería que me dejaran jugar al fútbol con los chicos y las niñas de ahora solo quieren vestirse de princesas Disney. Menos mal que a mi hija, como a mí —y recuerda la escena del festival de Navidad—, también le gustan las armas, que si no...»

Las dos adultas se sientan en el sofá y empiezan a abrir envoltorios de donde van surgiendo blusitas, faldas, pantalones y hasta unas zapatillas deportivas de marca, también rosadas pero con un añadido de lentejuelas plateadas, que casi desquician de placer a Morgana. La niña se deja poner y quitar prendas y, a cada puesta, a cada combinación, camina de un extremo a otro de la habitación mientras mueve la cabeza y contonea la cadera como ella cree que hacen las modelos de la tele. Está tan graciosa y tan concentrada en su papel de diosa de la belleza en miniatura que Roma, a su pesar, percibe como el monumental cabreo que arrastraba hasta hace solo media hora se disipa en su interior a cada carcajada que los mohines de *top model* de Morgana provocan tanto en ella como, y sobre todo, en Remedios. La inspectora Besalduch está a punto de tirar la toalla y admitir que su madre la ha vuelto a batir en el peculiar duelo por entregas que mantienen desde hace décadas. Sin embargo, y aprovechando un momento en el que Morgana se ha ido a buscar una camiseta para ver qué tal queda con la faldita azul que acaba de probarse, Roma dispara:

—Mamá —su tono es suave, casi suplicante—, ¿dónde te habías metido? No sabes la vergüenza que he pasado.

—¡Ay, nena! —suspira Remedios—. ¡Ya te lo he dicho! Estaba por el centro y se me ha ido el santo al cielo. No creo que sea para tanto.

—Tendrías que haber visto la cara de la mamá de Elsa. ¿Cómo coño se llama esta chica?

—¿Mónica?

—¡Eso es, joder! —Roma siente una punzada de vergüenza ante la buena memoria de Remedios—. ¡Mónica! ¡No era tan difícil!

—¿Te ha dicho algo?

—No ha hecho falta. Solo he tenido que verle la cara. Ya verás. Nos van a poner verdes el resto de las madres.

—Más vale que se callen. Y en especial ella.

—¿Por qué?

—Porque mucho presumir de ser supermamis, pero a la Mónica le gustan los *gintonic*s de buena mañana más que al criminal de tu padre el dinero fácil.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes, nena, lo que oyes. En la terraza del bar que está al lado del cole, más de un día la he visto yo tambaleándose a causa de la borrachera que llevaba encima. Eso sí —Remedios agudiza la voz para imitarla—, «que no se os olvide,

chicas, que mañana tienen control de matemáticas, ¿eh?». Pedorra borracha. Se ve que le da a la botella, porque su marido, que es un jefazo de no sé qué empresa, podrido de dinero, se la pega cada semana con una secretaria diferente, pero claro, como no sabe hacer la o con un canuto, no tiene ovarios para divorciarse y le privan las tarjetas de crédito, pues ale...

Roma no puede evitar sentir una punzada de divertido orgullo por dos motivos: el primero, por la perspicacia de su madre que, de no haber sido profesora, hubiera sido una espléndida policía. El segundo motivo es para sí misma: «Igual no lo estoy haciendo tan mal. Trabajo como una mula, no me da la vida pero, al menos, yo soy yo misma y no necesito ni de un marido que me ponga los cuernos ni cubatas para sobrellevarlos.» El pensamiento es halagador: «O quizás es que la vieja astuta esta me ha construido mi propia guillotina para que rebanemos juntas algunos pescuezos, como hacen las del *wasap*.»

—¡En la vida me lo hubiera imaginado! —exclama Roma—. ¡Si parece tan... tan...!

—¿Tan perfecta? —completa Remedios—. Pues, ya ves. No hay nada como construirse un relato, tal y como dicen ahora los modernos. Y que los demás se lo crean. Aunque, ahora que lo pienso, eso se ha hecho toda la puta vida. Hasta el yayo lo hizo. Y le fue de puta madre, ¿sabes? Aunque al criminal de tu padre aún le fue mejor.

—¿El yayo? —inquire Roma un tanto incrédula. En todas las familias hay héroes y el padre de su madre, el valiente luchador contra el franquismo, era el suyo—. ¿Te refieres al yayo Higinio?

—El mismo —asegura Remedios con un punto de amargura que no puede disimular—. El único, que yo sepa, que consiguió que los dos bandos de la Guerra Civil le metieran en la cárcel.

Roma apenas puede dar crédito a lo que está oyendo. Higinio García, su abuelo materno, el histórico militante de la clandestinidad, el héroe cuyo pedigrí republicano había heredado Remedios, pero del que se había aprovechado su marido tenía «un relato», una historia bien contada y bastante diferente a la real.

—A ver, mamá, explícate.

—Tu abuelo, nena —Remedios, de repente, parece haber envejecido veinte años—, era un tarambana. El final de la Guerra Civil le pilló en Barcelona, con dieciocho años y muchas ganas de juerga después de haber sobrevivido a mil penalidades de una guerra que ni le iba ni le venía. A fin de cuentas, él era un chico de pueblo que solo pensaba en ir al baile a ver si conseguía tocarle el culo a una moza. El caso es que, en un bar de mala muerte, se puso a despellejar a Largo Caballero, a Negrín, al general Miaja o a uno de estos, ya no me acuerdo. Resulta que pasaba por allí un comisario político que lo tomó por un quintacolumnista o un saboteador o yo qué sé y acabó entre rejas. Creo que estuvo en un barco que hacían servir de cárcel. Cuando los franquistas entraron en Barcelona, lo tomaron por uno de los suyos o, por lo

menos, como un enemigo de los otros. Da igual. Él, por supuesto, no les quiso sacar del error porque lo que quería era salir de allí cuanto antes para irse a su pueblo. Así que lo liberaron y, hala, para casa.

—Me dejas muerta, mamá. ¿Entonces, lo de la cárcel de aquí no fue verdad?

—¡Claro que sí! Pero, a eso voy. Como era de la llamada Quinta del Biberón, los que fueron reclutados con 17 años, después de la guerra tuvo que hacer el servicio militar, así que dos años más en Melilla. Cuando consiguió volver, otra noche, en otro bar de mierda, volvió a hacer lo mismo que lo había mandado al trullo, o sea, irse de la lengua donde no debía. Solo que esta vez los destinatarios de sus diatribas fueron los fachas. Total. Que otra vez a la cárcel y por lo mismo que la primera vez. A partir de entonces entró en el fichero de sospechosos habituales y, por eso, cada dos por tres lo detenían. No digo que no se hiciera más de izquierdas de lo que ya era a base de entrar y salir de la cárcel, pero vaya, que lo del compromiso político digamos que no le salió innato, sino más bien por su mala cabeza. A partir de ahí, pues eso. Que si la militancia histórica, que si la hija del compañero Higinio, que si el yerno del compañero Higinio... Ya sabes...

—¡Mamá! ¡Qué fuerte!

—Para que veas lo importante que es esto que los modernos llaman «el relato». Cuando llegó la Transición, pues eso... —Remedios cierra los ojos, recordando con amargura— el compañero Higinio era una leyenda de la lucha clandestina a pesar de que el pobre no sabía ya qué hacer ni qué decir para que lo dejaran en paz. Al final, lo de sus detenciones acabó por ser una farsa, una grotesca chirigota porque venían los mismos policías que terminaron por ser casi de la familia... ¡Si hasta se disculpaban por las molestias causadas mientras se tomaban un café que había preparado tu abuela! Y, más tarde, la hija de Higinio García, o sea, yo, se convirtió en una especie de princesa roja, aunque el criminal de tu padre fue quien mejor se aprovechó de ello, como bien sabes. En fin. Viejas historias de una vieja tonta.

Por primera vez en mucho tiempo, Roma comprende a su madre. Tantos sueños, tanta lucha, tanto disgusto que estaba cimentado en un par de imprudentes comentarios de barra de bar en el lugar equivocado y en el peor de los momentos posibles. Nota a Remedios más blanda de lo que ha estado nunca. Quizás esta sería la ocasión perfecta para preguntarle dónde demonios se había metido por segunda vez. Sin embargo, sea lo que sea, le incumbe solo a ella. A fin de cuentas, tampoco ha sido tan grave.

Los pies descalzos de Morgana resuenan en el pasillo. La niña viene con su falda azul recién estrenada y la camiseta rosa palo con la imagen de una princesa Disney estampada en ella. La combinación de ambas prendas no puede ser más desafortunada, pero madre y abuela, al unísono, le gritan lo guapísima que está mientras la pequeña mueve la cintura con gracia para que sus rendidas espectadoras admiren el vuelo.

Entonces, el teléfono de Roma suena. La pantalla del terminal indica quién llama.



Es Carlos, que se ha quedado de guardia en el Grupo. Quizá no es el mejor momento, pero la inspectora Roma Besalduch siempre coge el teléfono.

—¡Dime, Carlos! ¿Ha pasado algo?

—Buenas noticias, jefa. Han identificado a nuestro ahorcado. Han sido los compañeros de la Jefatura de Alicante.

—Voy para allá. Dame veinte minutos.

La inspectora cuelga el teléfono. La abuela le está poniendo unas mallas, también rosas, a Morgana, para ver qué tal queda el siguiente modelito que la niña quiere probarse. Roma cruza una mirada con su madre.

—No te preocupes —dice Remedios—. Vete. Ya hago yo la cena.

\*\*\*

El Chetú se muestra indiferente al aire húmedo y gélido que rezuma el Jardín del Turia. Es como si el viejo lecho del río, castrado hace décadas por las obras que desviaron su antiguo cauce para defender Valencia de sus crecidas, invocara al espectro de su torrente perdido para que arrasara el césped, árboles, setos, flores y bancos que alberga en su seno. Sin embargo, la única venganza posible es esa neblina fría que parece un tigre decrepito que ruga vestido con las guirnaldas que le han quitado su ferocidad y su dignidad.

A pesar de que ya es noche cerrada, y todavía no han dado las siete de la tarde, el gigantesco Chetú mantiene las gafas de sol puestas y los brazos cruzados. Cheche y Cisco, que le miran desde el interior del monovolumen, hablan sobre el descomunal tamaño de ambas extremidades cruzadas sobre el inmenso pecho. Ambos están convencidos de que son tan gruesas, si no más, que sus propias piernas. Los antebrazos desnudos y cubiertos por completo de tatuajes reposan sobre el inicio de la curva que dibuja su panza enorme y dura como la rueda de un camión. El Chetú lleva el pelo larguísimo, recogido en una trenza donde se alterna el negro y el gris y que le cae hasta la mitad de la espalda y la barba entrecana parece un manojo de alambres de diez centímetros que le cuelga de la barbilla. La camiseta negra deshilachada en su parte inferior le viene pequeña, lo que acentúa aún más las bolsas de grasa y músculo de su tronco recio. Las piernas, enfundadas en unos vaqueros viejos, parecen troncos de olivo que se alzan sobre las pesadas botas donde el cuero gastado revela sin pudor las bolas de acero que refuerzan las puntas.

El tamaño y el aspecto del hombre llama la atención y él lo sabe. Está incómodo ahí plantado en medio de la acera en el margen derecho del Turia, una de las vías con más tráfico de toda Valencia. Además, los nietos de la Tía han insistido en que no cogiera la moto y que fuera con ellos en la furgoneta. Sin su Harley-Davidson Fatboy de 1975 en la que se ha gastado una fortuna en mejoras se siente indefenso. O casi indefenso. Oculta en la bota hay una navaja con una hoja de doce centímetros y los anillos que lleva en todos los dedos salvo los pulgares no son solo meros adornos. Por

fin, la luz ilumina el zaguán oscuro y el gigantesco motorista agradece que la espera haya terminado. La Tía, con su paso de buey, sale del zaguán. El titán le aguanta la puerta para que la anciana pueda franquear el paso con más comodidad.

—¡Che, tú! Tía —saluda jovial con la expresión valenciana que le ha hecho ganar su apodo—. Tus críos me han pillado en el Capítulo de casualidad. Los colegas íbamos a hacer una salida. Ya sabes. Para celebrar lo bien que salió lo del negrito. ¡Che, tú! ¡Qué nohecita! Como sopas volvimos.

—Te tengo que pedir un favor, Chetú —contesta la vieja gitana entre susurros una vez se ha cerciorado de que sus nietos esperan en la furgoneta con las ventanas subidas—. Necesito que tu gente en Picassent haga algo por mí.

—Usted dirá, Tía.

—Se trata de mi marido —dice la Tía al tiempo que entrega a su interlocutor el mismo sobre que ha sacado ante el abogado Piquer una hora y media antes. Aunque su grosor ha disminuido, sigue siendo considerable—. Mira a ver si hay bastante. Si no, me lo dices.

—¡Che, tú! —exclama al tiempo que se guarda el sobre en el bolsillo trasero del pantalón—. ¡Pasta para algo para el tío Gabriel! Sigue dentro, ¿no? Pero —el gigante duda— ya le debe quedar poco para el tercer grado, ¿no?

—Así es, Chetú, así es.

—¿Y qué es lo que necesita?

—Lo que necesito es que no salga.

—¡Che, tú!

—Bueno —Roma da un golpe ligero en la mesa que pretende sonar como un punto y aparte—, ¿qué os parece si recapitulamos lo que tenemos hasta ahora y así llamo a la jueza y la informo?

—Me parece perfecto, Roma —responde Patricia Esquibel—. ¿Quién nos iba decir que íbamos a acabar el año así de bien? Y ya sabéis lo que se cuenta...

—¿Qué es lo que se cuenta? —inquire Carlos Ramos—. ¿De qué estas hablando?

—¡Ay, Carlitos! —ríe la policía con un brillo pícaro en los ojos—. ¿Es que no sabes que como se termina el año se empieza el otro? Por eso hoy, que es Nochevieja, hay que procurar... terminar bien. Vamos... echando una canita al aire. En tu caso, por poner un ejemplo, con una chica de verdad, vaya, y no con una de un videojuego o de una página porno.

Carlos Ramos nota como el calor le sube hasta las orejas. Su compañera, que estalla en carcajadas ante las miradas divertidas de Roma Besalduch y Javier Pando, ha vuelto a conseguir que se ponga rojo como un tomate con ese desparpajo subido de tono que solo ella es capaz de desplegar y que nunca sabe interpretar. Siempre hace igual y, además, él nunca sabe si su compañera habla en serio o en broma. Para intentar pensar en otra cosa, Ramos se concentra en el expediente abierto que tiene ante sí.

—Bueno —dice—, vamos a ver. Nuestra víctima sin nombre ya lo tiene. El nombre, digo. Ókpasuri Abbe, 36 años y natural de un sitio llamado Izideme, en el estado de Edo, al sur de Nigeria. Llegó a España en junio o julio de 2004.

—¿Fue aquel —inquire Javier— el verano de los cayucos?

—No —contesta Carlos—. Ese fue el verano de 2006. Como el proceso extraordinario de regulación de extranjeros fue de enero a mayo de 2005, se produjo un efecto llamada durante todo aquel año. Lo malo es que los traficantes de personas seguían vendiendo a toda esa pobre gente que en España había papeles para todos cuando el plazo ya había expirado. Se cree que esa fue una de las razones por las que se abrió la «ruta de los cayucos» que iba a Canarias. En 2005 también se produjo el primer asalto masivo a la valla de Ceuta, que, por cierto, es por donde parece que entró nuestro hombre, aunque lo hizo un año antes. Desde entonces, suponemos que malviviría por ahí como tantos otros hasta julio de 2007, que... bueno. Ya sabéis.

—Luego vamos con eso. Ahora continúa, Carlos —dice Roma—. Es en Alicante donde lo detienen por primera vez, ¿no es así?

—Así es. Eso ocurre en septiembre de 2008. Una patrulla de la Policía Local de Alicante, según consta... espera, está aquí: en las diligencias 28953, observó a un joven subsahariano salir de la estación de autobuses con evidentes signos de nerviosismo. El chico se subió a un Renault 5 cuyo conductor le había hecho señas. Cuando estuvieron los dos a bordo del vehículo, los agentes procedieron a su

identificación y al registro de sus pertenencias. El más joven se llamaba Sunday Idehen, alias Duke, mientras que el otro fue identificado, efectivamente, como nuestro hombre: Ókpasuri Abbe, aunque, según los compañeros de Extranjería de Alicante, por allí lo conocían como Óscar.

—Y llevaban encima lo que llevaban —interviene Patricia—, ¿no?

—Al menos, uno de ellos. El chaval, para ser exactos. En la mochila guardaba cinco kilos de hachís. Abbe aseguró que no tenía ni idea de que Duke llevaba eso encima y que había ido a recogerle a la estación, porque eran del mismo pueblo, cosa que era verdad, por cierto, para llevarle a Benidorm, donde, en teoría, Duke iba a trabajar en una pizzería. El precoz narcotraficante corroboró punto por punto lo que había dicho el otro, asumió toda la responsabilidad y se comió la condena correspondiente. Le cayeron tres años, pero estuvo en la prisión de Villena uno y medio. Buena conducta, participación en talleres... Hizo de todo.

—Y aquí —apunta Javier Pando— es cuando comprobamos que nuestro hombre es amigo de sus amigos porque en el registro de visitas de la cárcel aparece Ókpasuri en tres ocasiones. Es de suponer que se ocuparía de que, a su paisano, no le faltara de nada en el talego. Estaréis de acuerdo conmigo en que tanta amabilidad no es habitual.

—Está claro —concluye Roma— que el chocolate era de nuestro hombre y el otro pringado era solo la mula y que, por lealtad a su jefe, se comió el marrón él solito como un campeón. No es la primera vez que lo veo.

—Y luego —dice Patricia— está lo otro. La casual casualidad.

El silencio cae como un telón pesado sobre la sala de reuniones donde los cuatro están trabajando. El tal Ókpasuri Abbe no era, desde luego, trigo limpio. Había tenido dos sustos con la justicia: el primero con su supuesto paisano y, el segundo, cuando la Guardia Civil le pilló en un control de tráfico en Gandía. Resulta que el coche no era suyo y no llevaba ni seguro, ni había pasado la ITV. De paso, los agentes de la Benemérita encontraron también un sobre con dos docenas de permisos de conducir nigerianos, todos falsos y todos a nombre de mujeres jóvenes. Aunque fue denunciado por un presunto delito de falsificación de documentos, como el vehículo era prestado, no se pudo demostrar que aquella documentación fraudulenta fuera suya y volvió a esquivar la ley. Pero es lo otro lo que los tiene desconcertados: «la casual casualidad», tal y como dice Patricia.

Las diligencias de la Policía Local de Alicante y la Guardia Civil de Gandía incluyeron en la identificación del sospechoso su situación en España: era legal. Había obtenido el permiso de residencia en la Brigada Provincial de Extranjería y Documentación de la Comisaría de Alicante. Y el expediente lo había firmado el mismísimo Alfredo Montesinos. Ninguno de los cuatro sabe ahora qué camino tomar. Montesinos está muerto. Cirrosis por el abuso continuado de alcohol, según la autopsia. Un maltratador, un policía corrupto que aceptaba sobornos para agilizar permisos de extranjería destinados, sobre todo, a mujeres que después ejercían la

prostitución. Pero hubo también otros beneficiados de sus malas prácticas: como Ókpasuri Abbe, el nigeriano que apareció colgado en el mismo sitio del barrio del Carmen donde, en la Edad Media, ahorcaban a los que no se comportaban como es debido dentro del burdel amurallado que existía entonces. Abbe había tenido dos tropiezos con la Policía de los que había salido indemne: el primero por drogas, pero el segundo, lo de los permisos de conducir falsos a nombre de mujeres jóvenes, tenía toda la pinta de estar relacionado con la trata de personas para explotación sexual. Quizás era todo una coincidencia, una carambola del destino tan improbable como certera cuando, en efecto, se hace realidad. «Cosas más raras se han visto», dice Javier Pando. Sin embargo, incluso en las autopsias hay otra casualidad. Alfredo Montesinos murió la noche del 22 de diciembre. El cadáver de Ókpasuri Abbe fue encontrado el 25 de diciembre, a las cuatro de la mañana. Sin embargo, la autopsia estableció que llevaba muerto entre 36 y 48 horas, o sea, que murió en algún momento de la tarde-noche del mismo día que el ex policía corrupto.

—Sí, vale —insiste Pando—. La coincidencia es alucinante, pero no olvidemos que uno fue por muerte natural y el otro asesinado. Si Montesinos se sacaba un dinero extra con los permisos de extranjería en Alicante y Abbe estaba por allí, tampoco es tan raro que el negro hubiera sido uno de los clientes.

—Tiene sentido lo que dices, Javi —dice Roma—. Puede que haya sido solo una coincidencia y que la madre naturaleza haya hecho una parte, la de Montesinos, y algún hijo de mala madre haya hecho la otra, o sea, la de Abbe. Pero lo de los carnets de conducir falsos para mujeres y que a Montesinos lo ligaran, precisamente, por acelerar trámites para mujeres que luego eran prostituidas da que pensar, ¿no crees?

—Y no nos olvidemos —salta Carlos— del lugar en el que ahorcaron al negrito. Que ahí estaba la horca para los puteros que se portaban mal. Eso está claro.

—Charlie —susurra Patricia con evidente ironía—, por mucho que te mole pensar que hay por ahí un friki como tú, pero en el bando de los malos, que haya tenido la genial idea de recrear un antiguo método de ejecución relacionado con la prostitución, cariño, eso pasa en las malas novelas, como esas que te gustan tanto del tío ese que firma solo con la inicial.

—¿Cuáles? —responde el interesado—. ¿Las novelas de Q? Mira, no quiero discutir. Para ti, si no sale en el *Cosmopolitan*, no merece la pena leer nada.

—Vamos a ver —tercia Roma—, es verdad que la conexión de Ókpasuri Abbe con la prostitución es muy débil y se basa en dos hechos que pueden haber sido pura casualidad, como el lugar donde se encontró su cuerpo y lo de los permisos de circulación falsos que, a fin de cuentas, no se pudo demostrar que fueran suyos, ¿no?

—Que no se pudiera demostrar —insiste Carlos— no quiere decir que no lo fueran, jefa. Digo yo que la Guardia Civil tendría buenos motivos para pensar que eran de él. Y, además, está lo de su número de identificación de extranjero que lo tramitó Alfredo Montesinos, quien trabajaba para una mafia de trata de mujeres.

—Bueno, bueno... —interrumpe Javier— aceleraba los permisos de extranjería.

La mayoría para prostitutas, pero también...

—Casi todas nigerianas, o de Sierra Leona o de Mali, Javi —defiende Carlos—. Ese tío era un proxeneta de cierto nivel y con mucha suerte porque no le pillaron nunca. Y quienes lo ejecutaron querían mandar un mensaje clarísimo que...

—Charlie, cariño —interviene Patricia—, un mensaje que solo tú has entendido y porque encontraste un blog de historia valenciana por puro hartazgo de ver fichas de sospechosos. Roma, si vas con eso a la jueza Quirós te va a mandar a...

—Ahí mismo, Patty —contesta la inspectora—. Ahí mismo donde estás pensando. De todos modos, Carlos, opino como tú, aunque con matices. Tengo el pálpito de que Montesinos y Abbe estaban relacionados de alguna manera, aunque debo confesar que es más una intuición que cualquier otra cosa. Sigo sin quitarme de la cabeza que todo lo relacionado con Montesinos es raro, pero cuando lo miras de cerca, parece normal y vuelve a ser raro otra vez.

—Te recuerdo —dice Patricia— que en la empresa portuaria en la que trabajaba, la que se llamaba LOSECOSA, nos dijeron que era una especie de comercial que apenas iba por allí y que, por eso, no había comprado lotería como el resto.

—¡Esa es otra! —salta Carlos—. ¡Es que son demasiadas casualidades, coño! Montesinos tramita el permiso de Abbe. Muere la misma noche que Abbe y el mismo día en el que toca la lotería en la empresa en la que trabaja (aunque no a él), y en ese mismo sitio se suicida un tío que sí había sido agraciado con un premio.

—Lo del suicidio no es cosa nuestra —dice Javier—, porque el recinto del puerto es competencia de la Guardia Civil. Y ahí no hay nada que rascar, Carlitos, porque el pobre loco se tiró entre dos contenedores a la vista de todo el mundo.

—¡Ya lo sé, Javi! ¡Pero es otra casualidad más! ¡Y todo ocurre la misma semana —Carlos alza la voz— en la que la jueza Quirós está de guardia!

Los cuatro se quedan en silencio como si Carlos Ramos acabara de proferir la peor de las blasfemias. No obstante, las sonrisas vuelven a aparecer en el momento en el que Roma, Patricia y Javier se toman la última observación de Ramos como otra de sus ocurrencias.

—Carlos —dice Roma con dulzura—, los veintidós juzgados de instrucción de Valencia se reparten las guardias por semanas, como sabes o deberías saber. Así que, más o menos, la jueza Quirós está en esa función dos semanas al año, por lo que, al menos en esto, sí que podemos confiar en que ha sido una casualidad y no una conspiración.

—Si eso lo tengo claro, Roma —responde Ramos—. Lo que pasa es que parece que en este caso las coincidencias se acumulan. Porque doña Elvira además, vamos a decirlo clarito, parece que tiene un imán para atraer a los fiambres. Es lo de la *baraka* de Rotovátor, pero al revés. ¡Atrae el mal farío!

—¿Cómo dices? —inquire la inspectora—. ¿Cómo que atrae el mal farío?

—Pues verás. —Carlos Ramos abre un pequeño cuaderno de tapas negras—. La semana del 17 al 23 de febrero de este año, que hoy termina, tuvimos tres fiambres.

Los tres de muerte natural, vaya eso por delante: dos infartos y una crisis hepática. Aunque, eso sí, los tres parecían, al menos al principio, otra cosa. ¿No os acordáis?

—¡Es verdad! —exclama Patricia—. ¡Y vaya semanita la que nos dio Rotovátor! Aunque los de su turno lo pasaron peor, claro. Joder, es que uno de ellos el ataque al corazón le fue a dar justo cuando estaba asomado al balcón de su casa y se fue a tomar por culo cinco pisos más abajo.

—Pues eso —asiente Carlos triunfante—. Y recuerdo perfectamente a la jueza en los levantamientos de los cadáveres. ¿Vale? Pues esperad un poco. —El policía pasa apresuradamente unas cuantas páginas más de la libreta—. Aquí está. Semana del 21 al 27 de julio. Roma y Javi de vacaciones. Patty de guardia de tarde y el nene de la señora Amparo (o sea, yo) bajo los tiernos cuidados de Rotovátor.

—¿Cuántos, Carlitos? —pregunta Pando.

—Dos. Uno que, nada más salir del médico, cruzó sin mirar un semáforo de la avenida del Puerto y se lo llevó por delante un autobús y el otro que no se le ocurrió otra cosa mejor que ir a darse una vuelta en moto puesto hasta el culo de diazepam. Y no hace falta que os diga quién era la jueza de guardia en esa semana.

—Carlos —inquieta Roma—, ¿te apuntas ahí las muertes violentas de cada semana? ¿Por qué?

—Bueno, sí. —El policía se vuelve a sonrojar—. Es por mi madre. Para sus cosas. Creo que no os lo he contado nunca. Es un poco embarazoso.

Los otros tres funcionarios cruzan sus miradas mientras Carlos Ramos clava la suya en el pequeño cuaderno. Es Roma la que habla.

—En fin. No pasa nada, supongo. Siempre y cuando no le des información que pueda comprometer...

—¡No, no! —salta Carlos—. ¡Por supuesto que no! Es algo mucho más tonto. Veréis. Mi madre es la presidenta de un grupo de parapsicólogos aficionados.

—¿Que es qué? —dice Patricia—. ¡Charlie, eres una caja de sorpresas, chaval!

—Es una afición como otra cualquiera —explica el aludido—. Son un puñado de personas mayores que se van a casas abandonadas a grabar psicofonías, juegan a la güija, se echan las cartas del tarot, buscan gente que crea que ha avistado un ovni; hacen cartas astrales y luego intentan que la realidad cuadre con lo que piensan que dicen las estrellas... en fin, cosas de esas. Bueno. Y también son fanáticos del programa ese de la tele que...

—Ya veo, ya —afirma Roma—. Y ¿para qué quieren esa información?

—Pues... Yo le cuento lo básico de la cosa y luego ellos van al sitio y hacen mediciones y graban el sonido ambiente. Están convencidos de que en el sitio donde se ha producido una muerte violenta queda siempre una especie de energía o presencia que puede detectarse, y entonces... vamos... —Levanta la cabeza y extiende las manos—. ¡Que se van allí a buscar fantasmas!

Un silencio de pocos segundos precede a un coro de risas condescendientes al que se suma también el propio Carlos. El policía se da cuenta de que, contada en voz alta,

la afición de su madre es aún más divertida, pero también inofensiva. Y se congratula de que sus compañeros se lo hayan tomado así de bien.

—¿Y por qué apuntas qué juez estaba de guardia? —pregunta Javier Pando.

—Pues para que mi madre presumiera un poco de hijo ante sus amistades. Apunté el nombre y el juzgado de instrucción que tocaba por aquello de que la información que les decía sonara a atestado policial, aunque no les he contado nunca nada que no hubiesen podido leer en un periódico. De todas formas, así tienen la sensación de que saben más que los otros porque tienen una fuente privilegiada del Cuerpo Nacional de Policía. Es que no os podéis imaginar la rivalidad que hay con otros grupos.

—¿Cómo que con otros grupos? —Roma no puede reprimir la carcajada—. ¿Es que hay más de uno?

—¡Buah! —Carlos también ríe—. ¡Varios! ¡Y encima se llevan fatal, como las bandas de saboteadores israelitas que salían en la película *La vida de Brian*! Con decirte que el de mi madre se llama Asociación de Parapsicólogos de Valencia y es una escisión del Centro Parapsicológico Valenciano, el cual, por cierto, se separó hace años del Instituto de Parapsicología de la Comunidad Valenciana. Y creo que incluso hay un colegio oficial de parapsicólogos por ahí y todo. ¡No me preguntes por qué se enfadaron entre ellos, pero sus peleas parecen la batalla de San Quintín!

—¡Charlie, cariño! —interviene Patricia entre risas—. ¡Ya no te voy a decir nunca más que eres un friki raro! Ahora me parece que has salido de lo más normal, considerando las circunstancias.

—¡Ya te digo! Aún me acuerdo, era yo estudiante de Derecho —Carlos habla entre hipidos de hilaridad— cuando tuvieron una reunión en mi casa con un notas que decía que había tenido un encuentro con extraterrestres cuando paseaba por la playa de El Saler un sábado a media noche. Yo escuchaba la conversación desde mi cuarto y aquel capullo decía, muy serio, que los extraterrestres lo habían abducido contra su voluntad. Dos veces... ¡Analmente!

Las risas se convierten en un estallido de carcajadas. Tantas horas encerrados en la Jefatura trabajando como posesos han derivado en ese cansancio pesado y viscoso que ahora se rompe en un auténtico guirigay donde los funcionarios se sujetan la barriga, pegan golpes en la mesa y boquean por más aire que sustente el esfuerzo de sus pulmones ante tanto jolgorio.

—¡Oye, Charlie! —acierta a decir Patricia entre jadeos—. Pues con lo de nuestro ahorcado habrán flipado, ¿no?

—¡Ni te lo imaginas! Dicen que es lo más intenso que han tenido desde el último de los muertos que hubo durante la semana de guardia de doña Elvira, este verano. El de la moto que iba hasta las trancas de diazepam y se estrelló contra el pretil del río a la altura del Museo San Pío V.

—¿Y qué tenía ese de particular? —pregunta Roma, que ya ha conseguido calmar la respiración—. ¿También había sido abducido analmente por marcianos?

—No. —Ramos se pone serio—. El que daba por culo a la gente era él. En



especial a su mujer. Tenía una orden de alejamiento y un juicio pendiente por maltrato que, lógicamente, no se llegó a celebrar nunca, porque las pastillitas amarillas y un motor de 750 centímetros cúbicos se encargaron de solucionar el asunto.

Las risas se apagan con la misma rapidez que se han encendido.

\*\*\*

—¿No quieres mistela, Conchín?

—¡Calla! ¡Con lo que engorda eso! —responde entre risas la oronda enfermera mientras se palmea las nalgas—. ¡Soy la única a la que la dieta Dukan esa no le hace efecto!

—Mujer, por un chupito... ¡Oye, que como me la rechaces me enfado! ¿Eh? ¡Encima que es casera, no las porquerías que se venden por ahí! —proclama Mayte, la auxiliar, mientras esgrime la botella ambarina como si fuera un estandarte de batalla—. La hace mi suegro, en Turís, y le pone clavos de olor y granos de café que le dan un regustito que... ya verás: prueba, prueba.

—¡Pero no mucho! —replica Conchín—. ¡Que la que tiene que trabajar toda la noche soy yo, guapas!

—¡Que sí, que sí! ¡Solo para brindar! ¡Qué es Nochevieja!

Conchín accede a los ruegos de su compañera y acepta la bebida entre las chanzas de todos, felices por la victoria. Mayte le insiste (a ella y a todo el mundo) en que huelan primero el contenido para percibir el perfume de la especia y el café. Conchín, como el resto de las enfermeras, auxiliares, celadores y médicos que están en el control, clava la nariz en el vaso de plástico y cierra los ojos. Los vapores dulces del mosto y el alcohol se apoderan sin recato alguno de sus fosas nasales. El aroma del licor es empalagoso, aunque para ella trae consigo otros matices mucho más amargos: el néctar dorado huele a juventud y a nostalgia. Y también huele a lágrimas, a miedo y a venganza.

Con los párpados bajados y la pituitaria empachada de dulzor, su mente viaja hacia atrás. Hacia otra época y, visto desde ahora, hacia otro universo. Con los ojos cerrados es más fácil verse con cuarenta años y cuarenta kilos menos, bajando del autobús que viene de Valencia. En la capital, las Navidades solo se ven en las luces que se colocan en la fachada de El Corte Inglés, pero en Gestalgar, la alegría y el retorno huelen a la leña que se consume en estufas de hierro y chimeneas de ladrillos encalados.

Entre las nieblas de su memoria, camina por la calle del Cuartel rumbo a su casa. Se cruza con dos mujeres que la paran para preguntarle si acaba de llegar para pasar las fiestas con sus padres y si le va bien en Valencia. Las dos señoras sonríen, pero sus miradas denuncian, con alaridos mudos que resuenan en el fondo de sus pupilas, que ha sucedido de nuevo. No lo expresan con palabras porque no hace falta. Estas

cosas no se dicen en voz alta, porque cada casa es cada casa y, en los problemas de los matrimonios, lo mejor es mal oír y mal callar, según se dice desde tiempo inmemorial. De todas formas, no pueden evitar contemplar a la joven con ese sentimiento de lástima ante quien sufre por algo inevitable. El gozo de haber vuelto, el feliz sentimiento del final de la ausencia se desvanece de la cabeza de Conchín como el humo que sale de las chimeneas de las casas y que perfuma todo el pueblo con olor a troncos quemados de pino y algarrobo. Se despide de las dos vecinas, a las que conoce desde niña, y aprieta el paso. En el Gestalgar de su juventud y sus recuerdos, las llaves están siempre puestas en las cerraduras de las puertas y nada más entrar en su casa comprueba que la silenciosa delación de las dos mujeres era cierta. Ha vuelto a ocurrir.

Su madre está sentada en una sillita de anea y mueve, con una vara tiznada, las brasas que agonizan en la chimenea. La mujer no pretende que tal acción sirva para algo, porque Conchín se percata de que su madre mueve en círculos la punta del humilde atizador entre las cenizas donde, de vez en cuando, un pequeño alfiler de un brillante anaranjado revela una brizna de fuego moribundo. La anciana ni siquiera levanta la cabeza cuando oye entrar a su hija. El silencio, tan negro viscoso, se quiebra cuando Conchín suelta las dos maletas que traía consigo para cruzar la habitación en dos zancadas. No es capaz de decir nada, solo sujeta entre las manos la cara de su madre. El ojo derecho está tan morado e hinchado que no puede abrirlo, mientras que el labio inferior está reventado, rodeado de costras mal cicatrizadas. Conchín le palpa la mandíbula, pues la inflamación es tal que teme que tenga algún diente roto. No parece que sea así. Pero es evidente que el muy cabrón no se ha conformado esta vez con usar los puños o la correa. En la vara de adelfa medio quemada y sucia de ceniza con la que su madre remueve los rescoldos se ven aún las trazas de sangre seca. Conchín llora. Su madre también, aunque de los ojos de la mujer que parece más acuclillada que sentada en la silla diminuta no brota ni una sola lágrima ni de su boca sale ni un solo sonido. Hace ya veinte años que aprendió a llorar así: en seco y en silencio.

La joven Conchín evocada en la memoria de la actual es la que chilla, maldice y blasfema como una chica de su edad no debiera hacerlo, según diría don Luis, el cura. Desde la esquina de la calle, junto al trinquete donde se juega a la pelota y que también se utiliza como cine e incluso como sala de baile, las dos vecinas que desafían el frío oyen los gritos. «Pobre Concha», dice una. «Pobre Conchín», le contesta la otra. «Qué le vamos a hacer», responde la primera. «Qué cruz les ha caído a las dos con tan mala vida», concluye la segunda. En invierno, la tarde es corta y la oscuridad avanza con rapidez entre las callejas de Gestalgar. Las dos amigas se separan sin decirse adiós porque hay que volver a casa para empezar a preparar la cena.

En casa de Concha y Conchín se necesita poco tiempo para preparar la cena para ambas. La grasa de los embutidos de la orza que chisporrotea en la sartén huele

amarga a pesar de que el humo que desprende tiene el sabor de plato favorito, de hogar y de madre. Comen en completo silencio, disfrutando de la tranquilidad de la noche gestalguina de invierno, sabiéndose a salvo, al menos durante un tiempo. Saben que él no volverá en varios días. Se ha subido con sus perros al Campillo, que así se llama la partida donde está la caseta del coto de caza. Así lo hace siempre. Primero los naipes van mal, luego viene la borrachera para olvidar el dinero perdido, después la paliza para volver a sentirse un hombre y, por último, la cacería para no ver la triste cosecha que traen las cartas, el alcohol y los golpes. Regresa cuando el muy cobarde piensa que los cardenales no estarán ya tan púrpuras ni las cicatrices tan rojas. Nunca pide perdón.

Tras la cena su madre saca de la alacena roscos de anís y una botella de mistela, como si fuera un día de fiesta. Por fin le habla, aunque no menciona nada de lo que ha pasado. Ella nunca lo hace. Le pregunta cómo le va en la Escuela de Enfermeras y Conchín le contesta que bien. Su madre insiste en que termine la carrera, en que no dependa jamás de un hombre y Conchín le contesta que así lo hará. Le explica que estos son otros tiempos, distintos a los suyos porque ella no pudo elegir, y Conchín le dice que ya lo sabe y que es ella la que debe hacer algo, que esto no puede seguir así, que un día la va a matar. Su madre responde que, a estas alturas, solo Dios puede hacer algo. Conchín no está de acuerdo, pero con su madre no se discute. Si Dios no hace algo, será ella misma la que lo haga. Las dos se beben la mistela saltarina entre bocado y bocado de rosquilla anisada. Conchín mezcla en su boca el vino dulce y las lágrimas saladas.

Al día siguiente es domingo. En el corral, junto a la jaula de los conejos, un paquete entero de tabaco de cuarterón lleva toda la noche macerándose en una lata con agua. Conchín cuele el mejunje y se queda con un agua parduzca, casi negra, que pone a la lumbre. A poco fuego. Muy poco. Su madre se ha ido a misa, pero ella no ha querido acompañarla, para disgusto de la primera. Le hubiera gustado, pero no tiene tiempo. Lo que cuece gracias al fuego de cañas que la aún estudiante de enfermería alimenta poco a poco debe hervir despacio. Muy despacio. Al menos tres cuartos de hora que se le hacen eternos hasta que el caldo pardo se convierte en una gelatina negra que recoge con esmero. ¿Habrán aquí 60 miligramos de nicotina pura? No lo sabe. No lo puede saber. Con todo, piensa correr el riesgo. Al final, queda poco más de una cucharada sopera que vierte en una botella de mistela que agita con toda el alma hasta que el líquido ambarino es solo un poco más oscuro. Ni ella misma es capaz de notar la diferencia. Deja la botella en el *reboeste*, que así llaman los gestalguinos a la despensa. Con las otras dos. Debería haber coñac, pero imagina que su padre se lo llevaría a la caseta del Campillo. Mejor. La mistela es vino de mujeres pero, si cuando vuelva no hay otra cosa, su padre no le hará ascos a nada.

Cura las heridas de su madre otros dos días. Al tercero, cuando la tarde se muere tras las lomas por entre las que canta el río, aparece su padre en casa con la escopeta al hombro y varias perdices en el cinto. Huele a monte, a sudor y a culpa. Las mira

como si fueran dos muebles. Echa dos leños al fuego y coge una de las botellas de la alacena. Ni un cuarto de hora necesita para bebérsela a tragos largos sin dejar de contemplar las llamas. Mientras tanto, Conchín y su madre despluman las perdices en la cocina. No se atreven siquiera a hablar entre ellas. Tienen miedo porque saben que el hombre que contempla la lumbre tiene el genio corto y la correa larga. Conchín intenta adivinar si el muy canalla se ha bebido la botella adecuada. Casi grita de frustración y rabia cuando le ve levantarse a por la segunda y, entonces, ocurre.

Primero titubea y mira al frente buscando un punto de apoyo que no existe. Se tambalea. Se sujeta a una silla. Las fuerzas le abandonan. Se cae al suelo. Se lleva las manos al cuello. Una garra negra le oprime la garganta. Intenta gritarles para pedir ayuda, pero de su boca solo sale un gorgoteo ininteligible. Conchín y su madre le miran con desprecio. Lo último que ve antes de irse al infierno son dos pares de ojos donde brilla el odio. Don Severino, el catedrático de Farmacología de la Escuela de Enfermeras, tiene razón: 60 miligramos de nicotina pura ingerida causan la muerte en segundos. «Disueltos en mistela, un poquito más, don Severino.»

La voz alegre de Antonio, uno de los celadores, saca a Conchín de su ensimismamiento. Todo el mundo tiene un vaso de plástico en una mano y un rosco de anís en la otra.

—Bueno, ¡feliz año nuevo! —brinda—. ¡Feliz 2015!

—¡Pero Conchín —dice Mayte después de los tragos y los besos—, apenas la has probado!

—Es que a mí la mistela no me gusta mucho, ¿sabes? —responde—, me deja regusto a colillas quemadas.

—¡Qué cosas tienes!

\*\*\*

Claudia va de un lado para otro saludando a conocidos. A todos les cuenta que se ha puesto lo primero que ha pillado porque Julián, su marido, la ha llamado a las dos de la tarde para decirle que iban a ir a la cena de Nochevieja que se celebra en el Hotel Las Arenas: «Así, chica, de sopetón. Menos mal que la peluquera ha podido venir a casa a última hora para arreglarme un poco, que si no... Es que no pensábamos hacer nada especial esta noche, ya sabes, quedarnos en el sofá en familia. ¡Ay! ¡Es que a medida que cumplo años, me cuesta más salir! Ja, ja, ja, ja. ¡Con lo que tú y yo hemos sido, madre mía! Menudas éramos en nuestros tiempos mozos y golfos en Benicàssim. Pero ya ves. Nos hacemos mayores. ¿Las niñas? Con Yoani. Sí. La tenemos interna. Es lo mejor, porque así no tengo que ir preocupándome de que si el horario, de que si puede, de que si no puede. En fin. Ya sabes. Mi madre, que no me hace caso, tiene dos o tres, ya no me acuerdo. Que si una se pone mala, que si la otra tiene a su hijo enfermo... ¡Es que necesitas una seguridad, oye! Yo he tenido mucha suerte con Yoani... ¿Cómo? No, no es boliviana.

Es ecuatoriana. Pero muy limpia, ¿eh? Eso sí. Es que yo, al final, no podía con todo: la casa, el gimnasio, las dos niñas, la empresa. No tenía ni un minuto para mí. Siempre de un lado para el otro. Es que iba como una loca, así que le dije a Julián, oye, una interna y se ha acabado. ¿La empresa? ¡Uy! ¡Va fenomenal! Tengo ahora un par de proyectos preciosos que a ver si me salen. Uno es una tienda de ropa y el otro un chalet que están construyendo en Altea. Sí, sí. Lo mío es la decoración de interiores, pero fíjate, que como el suelo está ahora tan barato, Julián me dice que compremos un terreno con una urbanización que está a medio hacer y terminarla. Está en El Saler, o en El Perelló o... bueno... por ahí, es Julián el que lo sabe. ¡Ay, hija! ¡A mí me da un vértigo! Pero es que todo el mundo dice que ahora es el momento de comprar, porque, más adelante, todo volverá a subir. Como ya ha terminado la crisis económica... Pues claro que se nota que la cosa va mucho mejor. ¡Dónde va a parar! ¡Mira, ayer mismo, sin ir más lejos! Me fallaba el teléfono. ¿Que qué le pasaba? Pues no sé. De repente se apagaba y ya está. Total, que me fui a la tienda Apple del centro pensando que iba a estar yo sola, porque oye, estos juguetitos no se los puede permitir cualquiera, vamos, digo yo... ¡Pues más de tres cuartos de hora allí de plantón hasta que me atendieron! ¿Qué te parece? Total, que acabé a las tantas y había quedado con una amiga para comer en el restaurante este del chico de Denia tan bueno, ¿cómo se llama? Tiene un nombre rarísimo... Regresa no sé quién. Bueno, da igual. El caso es que, la una por la otra, no habíamos reservado mesa. Pero fuimos de todas formas porque pensamos, coño, un jueves laborable no habrá problema... ¿qué has dicho? Estaba de bote en bote y nos dijeron que, como poco, había que esperar una hora. ¡Y dicen que sigue la crisis! ¡Pues vaya con la crisis! Fíjate que nos cansamos de esperar y nos fuimos a picar algo en una de las cafeterías del Mercado de Colón. ¿Cómo? ¿Que no vas por ahí? Mujer, no está mal. El sitio es muy agradable y se puede estar tranquilamente. Eso sí, no pidas *delicatessen*... un sándwich, una ensaladita... cosas así. ¿Julián? Míralo, allí está. Es que unos clientes suyos nos han pedido que viniéramos casi a última hora. Sí, son rusos. Ahora, hija mía, los que tienen dinero de verdad o son rusos o son chinos. Bueno, sí. Les sale la pasta por las orejas, pero, entre tú y yo, tienen una pinta de zopencos, de borrachos... y también de puteros... que no se la acaban. Ja, ja, ja, ja. No. Yo solo los he visto una vez... Hace un rato, de hecho. ¿Cómo? Pues... a ver si los veo. No. No están con Julián, no. Tampoco parece que estén por allí. En fin. En el momento que les eches la vista encima lo sabrás. Son inconfundibles. Pero bueno, y tú ¿cómo estás? ¿Y tu marido? ¡Ah, ya lo veo ya! No, no lo llames. Luego lo saludo, no te preocupes. Sí, sí. Lo vi en la prensa. Pobre Rafa. Es que es muy fuerte. Es que ahora cualquier mindundi te lleva a la Fiscalía, se lo filtra a un periodista y ya tienes el lío montado. Sí, sí. Mi suegra es jueza y por eso sé de lo que hablo. ¡Pues claro! ¡Si es que eso se ha hecho toda la vida! Por eso estoy yo tan contenta de que Julián se haya dedicado al derecho de empresa en el bufete. Y mira que le han dicho veces que se meta en política, ya sabes, en el partido y eso, pero yo le digo siempre que no. Es que, con

cosas como esta que le está pasando a tu marido, nadie va a querer hacer política, porque entre que se cobra poco, y, encima, te puedes ver en un follón de estos... a ver quién es el guapo o guapa que se atreve. ¡Pues claro, mujer, pues claro! Al final, serán todos estos guarros e indocumentados los que estén, ya verás. ¿Quién? ¿Yo? Ja, ja, ja, ja. Pero ¿qué dices? No, no, no. ¡Ni pensarlo! Yo tengo muy claro a quién hay que votar, pero hasta ahí. No quiero más follones, que bastante tengo con mi empresa. ¿A esquiar este año? No. Julián tiene mucho lío en el despacho y no puede dejar aquello tantos días. Ya sabes, que si no está el pastor... Es que es increíble, oye. Luego dicen que si hay paro. Lo que no hay es gente que quiera trabajar como Dios manda. Yoani, mi ecuatoriana, por ejemplo... deja, deja que te cuente esto. La chica es limpia y eso... No, no he tenido ningún problema, pero si no estoy por allí en todo el día, a la que vuelvo no están las cosas exactamente como yo quiero. Vamos, que necesitan que alguien esté mirando con el palo en alto... ¡Qué le vamos a hacer! Es cosa de su cultura. Sí, sí. En cuanto pasen las fiestas quedamos y comemos. ¿Cómo? ¿Con mi suegra? Buf. Bueno. Ya hablaremos, no te preocupes. Sí... sí. Luego nos vemos. Ale. ¡Ay, mira quién está también aquí! Adiós, adiós, adiós. ¡Pero bueno! ¡Qué alegría verte! Pues... desde el verano que no coincidíamos, ¿no? ¡Calla! ¡Es cierto! Nos vimos el primer día del cole, sí, en la parada del autobús de los niños... ¿Cómo estás? Me enteré de lo de tu padre y te iba a llamar... Pobre. ¿Cómo? Pues hija, así de sopetón. Menos mal que la peluquera ha podido venir a casa a última hora para arreglarme un poco, que si no...»

Julián Cano Quirós contempla cómo su mujer cambia de mesa y de amiga o conocido dando saltitos como si tuviera cascabeles en los tobillos. Reparte besos sujetándose el moldeado de su melena ondulada y se acuclilla para mantener charlas entre risas cuidándose de doblar las rodillas en el único ángulo que le permite la falda de tubo de su vestido negro. El abogado lleva un *gin- tonic* en la mano. El camarero ha necesitado casi diez minutos para prepararle el Spring's Silk, seda de primavera: «Elaborado con ginebra Bloom Premium London Dry, tónica Fever Tree, con carpacho de fresa y *twist* de naranja», tal y como ponía en la carta de combinados que estaba encima de la barra. Le pega un trago. Sabe a tónica y ginebra. A nada más. No nota por ninguna parte los matices de madreSelva, manzanilla y pomelo que, según el barman, esconde el licor y que se aprecian más gracias a la tónica con el carbónico más fino del mercado que, aunque se disipa pronto, permite un mayor contraste de los aromas del espirituoso. Pues bien. Si él lo dice. Le da otro sorbo. De los largos. Nada. Sigue sabiendo a lo mismo: a un *gin- tonic*. Pero, esta vez, la graciosa filigrana hecha con corteza de naranja se le ha quedado enganchada en los labios. Y la escupe de nuevo al interior de la copa de balón enfriada previamente. Menuda gilipollez.

Julián Cano tiene miedo. Si no lo tuviera, con toda probabilidad a estas horas estaría en su casa. En su inmenso sofá blanco, con sus dos hijas encima, viendo el programa de parodias de la tele mientras la chacha termina de hacer la cena. O quizás estaría en un hotel de Baqueira-Beret, haciendo lo mismo, pero sin criada y con

servicio de habitaciones. No obstante, es el miedo el que ha hecho que esté aquí, vestido con un esmoquin, contemplando como su mujer vuela como una mariposa tonta entre manteles, búcaros con flores y melenas falsas hechas con extensiones. Es el miedo el que le ha obligado a aceptar la invitación «para celebrar que todo ha salido bien», según le han dicho. Y lo que le da más miedo es, precisamente, quienes lo han invitado.

Los ha visto hace un rato. A los tres. Y en ese instante ha sabido que solo dos de ellos estarían en la cena de fin de año: Modesta y Tkachov. El otro, Steklov, ya estaba borracho y Julián supone que en estos momentos ya estará durmiendo la mona. Tampoco le consuela. Esté el terceto reunido o no, esta gente es temible. Y lo ha comprobado esta misma mañana.

Cuando Juan Sanahuja, el notario, ha llamado por teléfono para decirle que había «pensado mejor» sobre «el asunto que tratamos el otro día», Julián no podía creerlo. De hecho, ha llegado a pensar que el gordo seboso se estaba burlando de él. Sin embargo, conforme avanzaba la conversación, el tono afligido y aterrorizado del escribano le ha indicado que la cosa iba en serio. Menos de una hora después, Tkachov, Modesta, Augusto Tejedor hijo y él mismo estaban de nuevo en la notaría, y, con una velocidad que nunca ha visto en todos sus años de ejercicio de la abogacía, todos los papeles estaban firmados. Tal y como los rusos querían. Tal y como el notario rechazaba.

Debería estar contento. Pero no lo está. Está aterrorizado. Conoce desde hace años a Juan Sanahuja y el obeso fedatario no es de los que cambian de opinión en tan poco tiempo. De hecho, no es de los que cambian de opinión en absoluto y bajo casi ninguna circunstancia. Aunque Julián no ha detectado en las palabras del otro jurista, ni en su actitud, nada que le pudiera indicar qué demonios le había pasado, era su mirada huidiza, cargada de miedo, lo que más le ha desasosegado. Lo que tiene claro es que, sea lo que sea, han sido los rusos los que han provocado semejante metamorfosis. Y ahí está el problema: no sabe lo que han hecho ni cómo lo han hecho, pero si han conseguido algo así, con él mismo pueden hacer lo que quieran. Le han hecho ganar mucho dinero, muchísimo, pero ahora sabe que es un juguete en sus manos. Debió hacer algo cuando la vieja arpía traductora le comunicó que sabía de la existencia de la empresa de decoración de interiores reconvertida en inmobiliaria por si se ponía a tiro algún pelotazo urbanístico que posee a medias con Claudia, su mujer. No es que sea una información demasiado difícil de averiguar porque basta una consulta al registro mercantil que, incluso, se puede hacer por Internet. Sin embargo, hay que saber dónde mirar y, además, sabían mucho más de la compañía que lo que aparece en la información pública. No obstante, aunque hubiera querido hacer algo, no hubiera podido o no hubiera querido, porque, ahora mismo, piensa que su miedo difuso es más soportable que la angustia y el terror que Sanahuja llevaba impreso en los ojos esta misma mañana. En todo caso, CLaVE (la empresa de su mujer) es, desde hace tres meses, según consta en la escritura firmada hoy, la

flamante propietaria de una urbanización a medio terminar en El Perellonet compuesta por los esqueletos de 16 viviendas unifamiliares. «Ya sabes que es temporal, Julián —le ha dicho Modesta—. Serán unos meses hasta que arreglemos unos asuntos. Este favor no lo vamos a olvidar. Ni tú tampoco, te lo aseguro.» Respecto a lo otro, a vender su participación en la empresa de logística portuaria «no corre tanta prisa —le ha contado la traductora—. Busquemos un comprador que nos haga una buena oferta». Y justo después le ha dicho que habían reservado dos cubiertos para la cena con cotillón de Nochevieja en el hotel donde se alojan. Para él y para su mujer. Si no hubiera visto al notario Sanahuja en el estado en el que estaba, hubiera rechazado la invitación con amabilidad. Sin embargo, sencillamente, no se ha atrevido.

Se pregunta cómo ha llegado a esta situación. Conoce la respuesta, pero contestarse le pondrá delante de un espejo cuya imagen no quiere reconocer por pura vergüenza. Está ahora aquí, en una exclusiva fiesta de Fin de Año, vestido con esmoquin e intentando que sus papilas gustativas den «con los aromas de madreSelva, manzanilla y pomelo de la puta ginebra Bloom Premium London Dry» porque no quería fracasar. Quería demostrar a sus padres, a sus conocidos, al mundo entero y a sí mismo que era capaz de triunfar, de vencer todas las dificultades y de pasar por encima de los demás. El éxito, ese bálsamo que cura todas las enfermedades; ese vestido que favorece a todo el que se lo pone, por feo que se haya nacido; ese barniz que hace que un cretino sea tomado por un intelectual; esa poción mágica que vuelve lo blanco en negro y lo negro en blanco. Si vendes mucho, si ganas mucho, si pegas mucho o si follas mucho, el resto de las circunstancias son irrelevantes y nadie te cuestionará a la cara cómo hayas conseguido hacer todas esas cosas, porque por mucho que te odie, querrá ser como tú, tener lo que tú tienes y disfrutar de lo que tú disfrutas. Da igual cómo llegues, porque, lo importante, es llegar. Entonces: el mayor criminal de la historia se recordará como un hombre de paz, la puta más casquivana se convertirá en una virtuosa, la fortuna amasada con más sangre se presentará como la más inocente, el patán que graznaba en la oposición será un gran estadista y al vulgar mercachifle le llamarán sagaz emprendedor. «Triunfa —se decía a sí mismo—, gana y todo lo demás vendrá por añadidura.» El éxito, la victoria y todo lo que trae detrás en forma de riqueza, prestigio, poder e influencia es la verdadera panacea, el bálsamo de Fierabrás y la piedra filosofal. Todo en uno.

Cuando heredó el bufete de su padre, aquello era un triste despacho de abogados laboristas que sobrevivía con las pocas demandas que le entraban en las que había que trabajar mucho para ganar poco. Su padre era así. Un idealista tan enamorado de su mujer como del jazz de Miles Davis «y de las soporíferas películas de Ingmar Bergman que insistía en que viéramos juntos». Solo se acuerda de una: *El séptimo sello* y de aquella frase de la Muerte al caballero mientras juegan al ajedrez: «El diablo tienta a todos los hombres, pero algunos hombres tientan al diablo.» «¿Me tentó el diablo o le tenté yo a él? Más bien lo primero. Quise pagar el peaje porque



parecía razonable.» Si hubiera dejado las cosas como estaban, si no hubiera tenido en su interior esa ansia por la victoria, a cualquier precio, no habría habido casa en Rocafort, ni apartamento en Altea, ni Infiniti, ni Claudia, ni niñas hechas y pagadas por fecundación *in vitro*, ni mamadas de Inma en horario de oficina ni, por supuesto, fiesta de Nochevieja en el hotel más caro de Valencia con un *gin-tonic* con aromas de madreSelva, manzanilla y pomelo que él no encuentra por ninguna parte.

Modesta y Tkachov se acercan. Ambos sonríen, satisfechos. El ruso, que ya tiene los mofletes colorados y los ojos vidriosos, le suelta una parrafada incomprensible que la vieja se apresta a traducir:

—El señor Tkachov —siempre se refiere a él con el debido tratamiento— dice que si en este bar no ha encontrado usted nada más fuerte que un refresco.

—Bueno —contesta el abogado—, es uno de esos *gin-tonics premium* que ahora están muy de moda. Imagino que a él...

—Eso es muy flojo para un ruso —le interrumpe la traductora—. Incluso también para mí, y eso que soy anciana y mujer. Y, hablando de mujeres, la suya es muy guapa. Enhorabuena.

—Muchas gracias.

El ruso vuelve a parlotear en ese galimatías del que Julián es incapaz de coger ni una sola palabra. El, para Julián, ininteligible gorgoteo se prolonga durante interminables minutos dado que Tkachov interrumpe la cháchara con risitas que, al abogado, no le hacen ninguna gracia, aunque no sabe el motivo. Modesta asiente de vez en cuando tapándose la boca con sus manos arrugadas para intentar, en vano, ocultar que también se está divirtiendo de lo lindo con lo que su interlocutor le esté diciendo. Después, se quedan en silencio.

—¿Qué es lo que ha dicho? —inquire el abogado con una sonrisa un tanto imbécil en los labios—. Parece que era muy divertido.

—Sí, sí —responde Modesta con una mueca malévol—, Ha dicho que su mujer es muy guapa. Eso es lo que ha dicho. Bueno. También ha dicho que, el día que usted quiera, le ponga precio. Por una noche, por un fin de semana o para siempre. Pagará sin regatear. Y puede incluir a sus dos niñas en la cuenta.

La anciana se coge del brazo del ruso de una manera que el abogado no había visto nunca en tan extraña pareja. Hay en el gesto una complicidad de años, tan profunda como siniestra. El uno y la otra le dan la espalda y se marchan hacia el panel donde hay un mapa de las mesas del salón con la asignación del sitio que corresponde a cada comensal. Julián se estremece ante un golpe de calor que le sube desde las entrañas a las sienes. Quiere creer que es furia por la insolencia soez del ruso. Pero no es tal. Es miedo. Mucho miedo. Se lleva la copa de balón a los labios y apura el contenido de un solo trago. Tal y como había predicho el camarero, el gas de la tónica Fever Tree ya se ha disipado y el cóctel se ha desventado. Y sigue sin notar ni la madreSelva, ni la manzanilla, ni el pomelo. Y el *twist* de naranja, además, se le ha vuelto a quedar colgado entre los labios. Pero, esta vez, lo escupe al suelo.

Las pinches empujan hacia la cocina los carros con las bandejas de la cena. Su ritmo es más rápido y sus quejas menos estridentes. Se nota que les esperan en sus casas y realizan su trabajo con más eficacia que de costumbre. Fuera, la oscuridad enfría el aire de la Sierra Calderona y salpica de blanco los pinos con polvo de escarcha recién nacida. Conchín camina despacio por la planta baja del Hospital Doctor Moliner, más conocido popularmente como el sanatorio de Portaceli. Sus muchos kilos la hacen lenta. Un gorrito de Papá Noel comprado en la tienda de los chinos de su calle corona su cara sonriente. Su alegría es devuelta por sus compañeros, porque es de las pocas enfermeras que siempre se presta voluntaria para uno de los turnos que casi nadie quiere: la guardia de Nochevieja. En el cuartito de las enfermeras ha habido tragos de mistela en vasos de plástico, roscos de anís, besos, abrazos y deseos de un próspero año nuevo. Cuando en el reloj de la pared dan la una y cinco, ya tiene preparada toda la medicación que debe repartir. Y alguna cosa más que ha cogido de la farmacia. Los celadores, el auxiliar y el médico de guardia ven la tele en el control. Coge el carrito de la medicación y empieza su ronda.

En el primer piso revisa a nueve pacientes. Tres han padecido un ictus, dos un derrame cerebral y los otros cuatro son víctimas de accidentes de tráfico con lesiones medulares. Todos ellos tienen familiares en sus habitaciones que harán que el paso de un año al otro sea menos amargo. Para todos tiene besos y palabras de ánimo. Después, sube al segundo piso donde están los inmovilizados. Son cuatro y ninguno de ellos tiene familia. Para todos tiene frases amables que no sabe si entienden y caricias en las mejillas que sí agradecen. Tres tienen demencia senil y el otro una lesión cerebral. «Pobrecitos —piensa—. Solos y sin siquiera saber dónde están.»

Sale del ascensor en la tercera planta. Aquí solo hay dos internos. Saluda de lejos a los dos guardias civiles que están sentados a la puerta de la habitación 315. También han bajado al control a compartir mistela y dulces. Sin embargo, el primer destino de la enfermera está al otro lado, en la habitación 326. Entra. Joan está en la cama. Pobre chico. 39 años, con esclerosis lateral amiotrófica que ha provocado que se quede en 40 kilos a pesar de su 1,72 de altura. Desde hace semanas apenas puede mover la cabeza, pero como aún puede comer y funciona su aparato digestivo, todavía no está en lo que la ley dice que es una «situación de agonía», que permite a los médicos llevar a cabo la sedación definitiva. Debió ser un muchacho guapo, de barba recortada y larga melena que, según le dijo, le gustaba tocar la guitarra. Conchín solo puede imaginar cómo era antes. Le ha conocido, y le ha cuidado, así como está ahora: un despojo huesudo, un cadáver forrado de piel que aún se mueve. Sin embargo, su sonrisa ilumina la oscuridad de la habitación en cuanto distingue en la penumbra la oronda silueta de la enfermera.

—Conchín —apenas se le entiende porque la parálisis ya le afecta a la lengua y a la mandíbula—, has venido a comerte las uvas conmigo. ¡Qué bien!

—Te he traído, rey mío —dice mientras saca del bolsillo un cigarrillo liado a mano que le coloca en la boca—, algo mejor que las uvas para esta noche. Espera. Vamos a abrir la puerta del balcón de la habitación y que corra el aire, porque no queremos que los dos de ahí fuera huelan lo que se cuece aquí dentro.

Joan debió tener una risa bonita, pero ahora es más un gorgoteo que se escapa entre sus músculos moribundos. La mujer le enciende el cigarrillo cuajado de hachís. Le ha pedido a Dani que se lo preparara y, como suponía, el músico ha hecho una labor de artesanía, aunque ha tenido que vigilar que no lo cargara más de lo que ella consideraba razonable. El olor dulzón de la resina invade la estancia. Conchín está atenta para retirarle de la boca la punta encendida tras cada calada:

—No te va a doler, cariño. Nada. De verdad que no.

—Me han hecho tanto daño que dudo que algo me pueda doler ya.

—Verás como no.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad, Conchín?

No le contesta. Solo sonrío para iluminar su cara ancha de generosos mofletes. Han hablado de ello durante semanas, cada noche y Joan, a fin de cuentas, es un chico listo que no necesita la respuesta. Mañana, cuando acabe su turno y llegue a su casa, llorará un par de mares por él, pero ahora no va a permitir que la alegría y la ternura desaparezcan de su rostro. Es cierto. No es la primera vez que lo hace. A veces lo lleva a cabo en noches de Fin de Año, como esta. En otras ocasiones aprovecha la Nochebuena o el puente de agosto. En todo caso, siempre es cuando se queda sola en el hospital y a petición del que sufre la muerte en vida. Y lo hace con todo el amor que tiene dentro de sí misma, porque no concibe otra manera de expresarlo. A fin de cuentas, a la primera que se lo hizo fue a su madre. La cuidó durante años mientras el párkinson se la comía viva. Al final, fue ella la que se lo pidió. «Como hiciste con el padre, Conchín.» No le hizo caso respecto al método. Para entonces ya era enfermera y sabía otras maneras mucho menos brutales.

En treinta y muchos años como enfermera ha hecho de todo. Curó las heridas de varias generaciones de vecinos del Cabañal; ayudó a nacer a muchos niños en el Pabellón Materno-Infantil del Hospital Clínico de Valencia, que fue su siguiente destino. Como voluntaria en el Monasterio de la Trinidad, tras la muerte de su madre, puso vacunas, suturó cortes y alivió dolores. También hizo otras muchas cosas junto a sus tres compañeras de tertulia en el claustro ante la tumba de la reina María. Sin embargo, ellas no saben nada de esta pequeña ocupación en el hospital. Ni lo sabrán nunca. No es asunto suyo.

No hace esto por gusto. Lo hace porque lo necesitan y si ella siente algo por ellos, si se lo piden —y si ella ama a quienes se lo imploran, como Joan—, presta su auxilio para que abandonen este mundo los desahuciados, los impedidos y los torturados por sus propios cuerpos que no les permiten vivir ni morir. Todos se van con una sonrisa en los labios y paz en los ojos, llevados por un sopor dulce, un sueño placentero que concentra un líquido incoloro en el interior de una jeringuilla. Todos se van gracias a

ella. Porque los quiere con locura. No es cruel. Muchos otros ni siquiera tienen la oportunidad de elegir ni cuándo ni, sobre todo, la manera. Y hay muertes mucho menos dulces.

Joan se acaba el porro y ladea la cabeza hacia el balcón. Interpreta la espesura de los pinos como si la madrugada le estuviera sonriendo, fría y azul. Conchín saca un par de viales de uno de los bolsillos de su bata blanca. Elige uno e inyecta en el gotero el contenido de la primera jeringuilla. Dentro van 200 miligramos de tiopentato de sodio.

—Vas a tener mucho calor y mucho sueño, cariño.

El pentotal empieza a correr por las venas, que destacan como si fueran cordones de zapatos bajo la piel pálida y escamosa del paciente. Los escasos kilos de Joan hacen innecesaria una dosis normal, pero a pesar de la escasa cantidad de anestésico, el chico cierra los ojos en pocos segundos. Conchín aguarda unos instantes para asegurarse de que ya se ha dormido antes de inyectar la segunda jeringuilla: la que lleva el bromuro de pancuronio, que será la que le bloqueará el diafragma. La tercera lleva 250 miligramos de cloruro de potasio. Esta droga se usa para cortar diarreas, pero tan alta dosis le parará a Joan el corazón en casi nada. El muchacho duerme, con la cara vuelta hacia el viento gélido que parece que ha entrado en la habitación para llevarse su conciencia entre sus brazos helados. Seguro que ya está soñando con la playa de la Malvarrosa en una tarde dorada de mayo, corriendo con su perro por la orilla del agua. Casi se le escapa una lágrima, pero la reprime como puede. Ahora no puede perder ni un minuto de tiempo. Avisará al médico para que certifique la muerte a la siguiente ronda, a las cuatro de la mañana. Recoge el material y cierra la puerta del balcón tras deshacerse de la colilla. Arroja a Joan. Le besa en ambas mejillas y camina hacia la salida con cuidado, intentando sin éxito que no chirríen las ruedas del viejo carrito donde lleva la medicación y los historiales, porque cada vez, siempre le invade la sensación de que está abandonando un lugar sagrado. Un templo.

Una vez en el pasillo se toma unos segundos con los ojos cerrados. Lleva demasiado amor en su interior como para seguir sin más. Ahora necesita odio. Todo el odio que es capaz de reunir. Y de esto tiene tanto como de lo otro.

Su siguiente paciente está justo al otro lado del inmenso pasillo que recorre acompañada por los leves lamentos de las ruedas mal engrasadas del carrito. Está en la habitación 315. Se llama Pedro José Márquez, tiene 45 años y es un maltratador. Le reventó a golpes el cráneo a su mujer con la pata de una silla la tarde del día de Navidad. La chica, por cierto, jamás había presentado una denuncia por violencia de género a pesar de que tuvo que ir a urgencias muchas veces aduciendo caídas, golpes y a saber cuántas más mentiras para proteger a semejante canalla. Si el tal Márquez, después de su fechoría, intentó suicidarse tirándose por la terraza o huir es algo que a Conchín no le importa en lo más mínimo. Las *dones de cadira*, como las llama don Agustín, han decidido su suerte. En la cabeza de la enfermera resuenan las palabras de doña Elvira: «Que tenga tiempo para pensar en lo que hizo. Que tenga todo el

tiempo del mundo. Con dolor.»

La enfermera saluda a los dos guardias civiles. Son dos chicos jóvenes que piensan, con razón, que podrían estar haciendo algo más útil patrullando en la carretera que allí dentro custodiando a un capullo que no se puede mover. Conchín sabe lo que piensan y así se lo dice:

—¡Qué injusto es el mundo! —bromea—. ¡Dos mocetones como vosotros aquí haciendo de niñeras en vez de perseguir a los malos por ahí y ligándose a chicas guapas como héroes!

—Ya ves, Conchín —contesta Bruno, el más alto—, todo por la patria.

—¿Sabéis? —continúa la enfermera—, una vez, cuando yo estaba en el Pabellón Materno-Infantil del Clínico, venía una chica joven que se sometía a un tratamiento de infertilidad. No es que ella no pudiera tener hijos, sino que su marido, o novio o lo que puñetas fuera tenía sida y no podía dejarla embarazada sin contagiarla.

—¡Vaya tela! —dice el otro, que se llama Alberto—. ¡Menuda movida!

—Lo mejor —sigue Conchín— es que al novio lo traían esposado dos compañeros vuestros porque estaba en la cárcel de Picassent, condenado por no sé qué y, claro, allí todas escandalizadas porque a ver si no se había encontrado una manera mejor de gastar dinero y recursos. Y más aún al considerar la enorme lista de espera que hay para esos tratamientos y lo carísimos que son.

—Pero —inquire Bruno— ¿para qué querían al preso si tenía sida?

—Pues... —Conchín ríe con picardía—. ¡Ay! Vas a hacer que una señora diga cosas que no debe. El tío aquel iba allí, y se... se masturbaba y, del semen, cogían solo la parte del espermatozoide que fecunda el óvulo para ponérselo después a la chica y que se quedara embarazada. Después, lo devolvían al trullo.

—¡Joder! —exclama Alberto—. ¡Qué nivel!

—¡Vaya que sí! —apunta Bruno—. Al menos, colega, tú y yo estamos aquí bien y no tenemos que acompañar a un quinquí a que se haga una paja en un hospital, ¿no crees?

Los tres estallan en risas cuyo volumen amortiguan enseguida con las manos. Cuando se calman, Conchín les dice que debe ir a comprobar las constantes del ingresado y darle la medicación. Ambos se levantan y, corteses, le preguntan si necesita ayuda. Ella la rechaza porque «igual le tengo que asear un poco —les dice— y si os ha parecido asquerosito lo de acompañar al mangui a que se... bueno, a que se aliviara para ser papá, si le tengo que ajustar la sonda, ni os lo imagináis». Ambos guardias jóvenes ponen muecas de repugnancia al tiempo que agradecen no tener que verse en ese trance gracias a la generosidad de la enfermera.

Conchín entra en la habitación con su carrito. Márquez está tumbado boca abajo. Las lesiones y traumatismos son dolorosos, especialmente la de la cadera y, por eso, pasa la mayor parte del tiempo sedado. Conchín le toma la temperatura, la tensión arterial y comprueba el contenido de los goteros. «El paciente evoluciona de manera satisfactoria», lee en el informe que completa con los nuevos datos que ha recopilado.

«No te jode.» Una vez realizada la tarea rutinaria, busca en el carrito la aguja de punción lumbar que iba oculta entre unas toallas y se pone a palpar la espalda del enfermo. Busca con los dedos la cavidad entre las vértebras T12 y L1. Cuando se asegura de que ha identificado el punto correctamente, hinca la aguja sin cuidado. Pedro José Márquez gime entre sueños, pero no se mueve. Y aunque lo hiciera, a Conchín le daría lo mismo. Sacude la aguja en el interior de la columna de su víctima para asegurarse de provocar la lesión antes de sacarla. Cuando extrae el larguísimo punzón, una sola gota de sangre mezclada con fluido medular mancha la piel de su víctima. Limpia la herida con un algodón empapado en alcohol. El tal Márquez acaba de perder la movilidad de cintura para abajo, la capacidad sexual y el control de la vejiga y del ano. Conchín no consigue entender por qué este cabrón se empeñó en convertir la vida de su mujer en un infierno, pero sí sabe cómo es el infierno que acaba de crear para él hasta el día que se muera. Conchín guarda la aguja y sale de la habitación.

—¡Bueno! —dice—. ¡Ya está! Sobre las cuatro vuelvo. Si necesitáis algo, me lo decís, que estaré abajo en el control. Nos ha sobrado una botella entera de mistela y dos docenas de roscos de anís, por si os entra hambre. Y también tenemos café.

—¡Gracias, Conchín! —dicen casi al unísono.

—Oye —apunta Bruno con cara de asco—, ¿has tenido que cambiarle la sonda a nuestro invitado?

—¡No, no! —contesta la enfermera risueña—. ¡Se ha portado muy bien! ¡Todo un caballero de los de antes de la guerra!

—¡Vaya manera de empezar el año! —ríe Alberto—. ¿No te parece?

—Las hay peores —responde Conchín con su sonrisa ancha y blanda y un guiño de ojo malévol—, Pregúntale al de ahí dentro, si no te lo crees.



Jueves, 1 de enero de 2015

No mola que el primer día del año sea jueves. No es natural. El primer día del año tendría que ser siempre lunes. No sé por qué nadie ha pensado en esto antes. Es de lo más lógico. Que el nuevo año comience en jueves me da mal rollo y tengo la sensación de que no va a ir bien. Claro que, hubiera sido mucho peor que empezara en sábado. Odio los sábados. No tengo ninguna razón para decir que haya iniciado mal el año, porque debo confesar que me lo he pasado flipando desde la mañana del día 31 hasta hace un rato que se me ha ido la tontería el tiempo suficiente como para cumplir con este diario. No era para menos. Tenía género fresco y de lo mejorcito que he probado en mucho tiempo. En resumen, que me lo he pasado de puta madre con los porros, los chinos y la música. Pocos pueden presumir de haber tenido una fiesta de fin de año tan intensa como la mía. Y eso que la juerga me la he montado yo solo con unos cuantos discos y mi equipo de audio.

Todo empezó el miércoles por la tarde. La Gitana vino a verme como suele hacer, más o menos, cada mes o mes y medio. Me trajo, como ella dice, mis «cositas» para que me sienta mejor. Joder si me siento mejor con sus «cositas». Los cogollos de marihuana que estaban en los paquetes de Winston normal eran como «canelita fina, mi niño», decía. Y la heroína oculta en los de Winston Light parecía que había venido de otro puto planeta. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no empezar a ponerme hasta las trancas allí mismo, delante de ella. No creo que le hubiera importado, pero la verdad es que lo mío con las drogas y con determinada música funciona igual que lo que pasa con el resto de la gente y la pornografía. Es algo íntimo y privado. Salvo excepciones, claro.

La Gitana venía preocupada. A pesar de que intentaba que no se le notara, conmigo es imposible disimularlo en el momento en que se abre la boca. Ella, por ejemplo, está siempre en mi bemol mayor, que es la tonalidad en la que se compone la mayor parte de la música góspel. Mi bemol mayor es de las chungas, porque en las tres alteraciones de su armadura (las notas si, mi y la) habita la miseria, la injusticia y las dificultades de todo tipo. Aunque el góspel compuesto en esta tonalidad, que es la mayoría, parece alegre, en realidad no hace más que contar lo asquerosa que fue —y sigue siendo para muchos— la vida de los negros en Estados Unidos. Los detalles que sé de la Gitana hace que, cuando estoy con ella, el mundo entero retumbe en mi bemol mayor. Su existencia ha sido una puta mierda en casi todo y casi siempre: su marido y su hijo están en la cárcel; dos gemelos que tenía la palmaron por sobredosis y a otro de sus vástagos lo reventaron a tiros. Además, su hija mayor va en silla de ruedas por culpa de una paliza que le dio su marido, aunque el yerno cabrón quedó bastante peor que la pobre chica cuando la Gitana dio con él. Eso sí me lo contó un

sábado que yo estaba especialmente jodido por culpa del recuerdo del Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Me dijo que al canalla que había lisiado a su Sayo, o Rosario, que así se llama su hija, se lo llevaron a un descampado donde había una vieja portería de fútbol y le ataron a un viejo somier que, a su vez, estaba atornillado al suelo. Después, el grupo de moteros del Chetú —que son quienes le hacen las cosas más chungas, como cazar al negro aquel que tenía la voz de baláfono— tiró una tanda de penaltis con su cabeza. Fue el cuarto el que marcó el gol. Me lo contó para animarme y proponerme que, si alguna vez encontramos al Grandísimo Hijo de la Gran Puta, le podemos hacer lo mismo, pero yo le dije que no lo soportaría. Más que nada porque no me gusta el fútbol.

Como el góspel, la Gitana siempre parece contenta, aunque casi nunca lo está. No podría estarlo aunque quisiera y tiene motivos para ello. Es lo que tiene el mi bemol mayor que, además, yo lo veo del mismo color morado de la túnica de las imágenes de Jesús camino del calvario que salen en la Semana Santa Marinera. Mozart decía que esta tonalidad tiene algo de majestuoso y religioso y, por eso, tanto la obertura como el final de *La flauta mágica* las compuso en ella. No estoy de acuerdo. El viejo Wolfgang Amadeus se dejó comer el tarro por los flipes de los masones a los que pertenecía y creía que en los tres bemoles estaba representada la Santísima Trinidad y que por eso el coro final de *La Pasión según san Mateo* de Bach también está compuesto en mi bemol mayor. El Cura sí que está de acuerdo con esa interpretación, pero claro, él siempre ve a Dios en la música. No lo culpo. Para eso es sacerdote. Yo, por el contrario, además de a Dios, veo también al demonio. Mi bemol mayor es una tonalidad de separaciones, de problemas y de finales crueles. Paul McCartney compuso en ella *The Long and Winding Road*, que es la última canción que The Beatles grabaron un día antes del mítico concierto en la azotea de Abbey Road, justo antes de separarse. Y *Bridge over Troubled Water* de Simon & Garfunkel —que también provocó la ruptura del dúo— está también en mi bemol menor.

Sin embargo, cuando la Gitana modula, mola mucho más. Con una vida como la suya, salir del pozo del mi bemol mayor no es sencillo, pero ella lo hace y se coloca en la tonalidad de fa sostenido mayor que a mí me gusta mogollón porque es de color azul celeste. No es de las fáciles porque tiene seis sostenidos en su armadura, o sea, fa, do, sol, re, la, mi. De hecho, si tocas solo las teclas negras del piano, estás tocando en fa sostenido mayor o en su tonalidad enarmónica, es decir, que tiene las mismas alteraciones, o sea, sol bemol mayor. Sin embargo, para mí (y para los grandes músicos) no es lo mismo fa sostenido mayor que sol bemol mayor. Ni por asomo. Bueno: el caso es que fa sostenido mayor es un alma torturada que se vuelve del color del cielo de primavera. Joder, qué cursi me ha quedado esto, pero es que es así como yo lo percibo. Y no debo ser solo yo porque Verdi compuso uno de sus coros más famosos, el *Va, pensiero* de la ópera *Nabucco*, precisamente, en fa sostenido mayor que suena, ni más ni menos, que a libertad. La Gitana es así: una pieza para guitarra española que rezuma dolor, privaciones, tristeza y angustia en mi bemol mayor y que



modula al fa sostenido mayor porque, al final, ella ha conseguido sobreponerse a todo, sobrevivir a todo y llevarse por delante a todo aquel que se ha cruzado en su camino. Porque eso es, a fin de cuentas, ser libre.

También tengo una composición de la Gitana, aunque nunca la he interpretado para ella. Tampoco podría. No sé tocar la guitarra muy bien. O, mejor dicho, no quiero tocar la guitarra bien. Supongo que no me costaría demasiado aprender y, si así fuera, no iba a ser el único instrumento que se me resistiera en toda mi vida. Sin embargo, no me da la gana. Así de sencillo. Al Grandísimo Hijo de la Gran Puta le recuerdo con la puta guitarra en el regazo, y por eso trago mal el sonido de las seis cuerdas. Llevo algo mejor otros instrumentos de la familia como el bajo o el ukelele y las guitarras eléctricas porque sus efectos de distorsión como el *delay*, el *wah-wah* y compañía esconden muy bien su verdadera naturaleza de cuerda pulsada y me hacen olvidar lo que son. Sin embargo, me indigesta el sonido de las clásicas y, sobre todo, las filigranas de las eléctricas con caja de resonancia, que son las favoritas del jazz y, muy especialmente, de la bossa nova. Una lástima, sí.

Creo que es por culpa de la alergia que tengo hacia las guitarras por lo que compuse la canción de la Gitana en mi bemol mayor y fa sostenido mayor. La primera de las tonalidades es jodidamente difícil para los guitarristas porque el instrumento es más propicio para los temas que están compuestos en mi mayor y en la mayor gracias a que las cuerdas superiores, tocadas al aire, reproducen las notas principales de los respectivos acordes. En resumen, como no me gustan las guitarras, cuando compongo para ellas puteo a los intérpretes. Es una manera tonta de vengarse del Grandísimo Hijo de la Gran Puta, pero de momento, no he encontrado otra mejor. Alguna vez he pensado que me hubiera gustado atropellar con un camión a Toquinho, si se me pusiera a tiro, pero luego considero que el gran compositor brasileño tampoco tiene la culpa de que el Grandísimo Hijo de la Gran Puta me engañara con una de sus obras maestras: *Acuarela*. Y lo mismo vale para Seguridad Social. No me refiero a la Seguridad Social de la asistencia médica, sino al grupo valenciano liderado por José Manuel Casañ. Ellos tampoco tuvieron la culpa de que fuera su versión del tema de Toquinho la que propició que me enganchara a la heroína. Eso sí, por prescripción facultativa, más o menos. Si lo pienso bien, les tendría que estar agradecido, porque sin chinos de caballo, ya me habría tirado por el balcón.

En mi cabeza guardo miles de piezas compuestas por millones de notas. No es algo que me pase ahora, sino que me ha ocurrido siempre. Hay gente que no olvida una cara o una frase. Yo no olvido jamás una melodía. Me resulta imposible. Soy capaz de reproducir el tarareo desafinado de las tonadas que cantaba mi abuela hace décadas y que solo yo recuerdo. No obstante, durante años, olvidé por completo una canción: la canción con la que el Grandísimo Hijo de la Gran Puta me embaucó aquel sábado blanco de un mes de julio. Era, claro, *Acuarela*. Aquella sucesión de acordes sobre la tonalidad albina, almibarada y brillante de sol mayor sobre la que destacaba aquella voz de tenor que cantaba algo en un idioma que veía dulce como un helado de

nata y que no entendía, entre otras cosas, porque era la primera vez que escuchaba el portugués. Después, pasó lo que pasó. Y aquella canción se sumió en el pozo más profundo y negro de mi memoria. Recordaba al Grandísimo Hijo de la Gran Puta, claro que sí. Y también lo que me hizo, pero con los años su cara se me había ido borrando a la vez que lo hacía *Acuarela*. La única canción que he olvidado en toda mi vida. Hasta 1997.

Faltaban pocos días para que cumpliera los 17 y estaba ya instalado en el piso tutelado del «bloque» cercano al orfanato Reina María de Castilla. Éramos seis en el piso, compartiendo las tres habitaciones que tenía, sin ningún lujo, pero, por fin, con cierto grado de independencia conseguida por nuestro buen comportamiento y responsabilidad; por eso recuerdo aquel tiempo en fa sostenido mayor, la tonalidad de los que, por fin, son libres. Un día, Tomás, uno de mis compañeros, trajo un CD de Seguridad Social. Con toda probabilidad lo había mangado de algún sitio porque, aunque teníamos nuestro dinero de bolsillo, la posibilidad de gastarse las dos mil y pico pesetas que valía estaba fuera de nuestro presupuesto. Por aquel entonces, la música pop y rock no me interesaba mucho, ya que estaba demasiado enfrascado en mis estudios en el conservatorio. Pensaba, con la pedantería propia de quienes, desde muy pequeños, no han hecho otra cosa que estudiar música clásica de manera obsesiva como yo (que todo lo hago de manera obsesiva, por supuesto), que no había nada en la música actual que pudiese superar a lo que habían hecho los grandes compositores del pasado. Para mí —que aún era más capullo en aquellos días de lo que soy ahora, que ya es decir— no había nada que mereciera la pena después de Manuel de Falla, que llevaba muerto más de medio siglo. En aquella época no había descubierto aún el blues, ni el jazz, ni, por supuesto, el rock ni ninguno de sus derivados.

En aras de mantener unos niveles aceptables de convivencia, entre otras cosas, porque una pelea nos hubiera devuelto al orfanato a todos, había que asumir ciertas concesiones, sobre todo en lo referente al triste equipo de música que compartíamos: un compacto con altavoces integrados que incluía lector de CD que saltaba cada dos por tres. En todo caso, aquella tarde, Tomás puso el disco recién obtenido para jolgorio del resto de mis compañeros —que eran fans del grupo— y ante mi indiferencia, puesto que, insisto, no pensaba que desde allí dentro fuera a sonar nada que me fuera a interesar. Veía entonces la música moderna como algo simple, incluso tonto: siempre los mismos acordes repetidos en fórmulas recalentadas una y otra vez, con ritmos machacones y recursos masticados. Incluso entre los raros y los desheredados huérfanos, yo era el más raro y desheredado de todos porque en los entretenimientos de la gente de mi edad no podía encontrar el menor consuelo.

El disco en cuestión se llamaba *En la boca del volcán*, de Seguridad Social. Me metí en mi habitación para no tener que prestar la más mínima atención a las primeras canciones que fueron sonando con algún que otro salto por culpa de aquel lector láser defectuoso. Sin embargo, cuando llegó el sexto corte, el *riff* de la guitarra eléctrica

me hizo salir de mi cuarto con esa asquerosa sensación que solo se percibe cuando algo horrible está a punto de pasar o acaba de ocurrir. Y no me equivoqué.

Dos notas negras, re4 y sol4 precedían a un la4 prolongado con puntillo que subía hasta el si4 en corchea ligada a redonda. Silencio. El mismo si4 en corchea con puntillo bajaba al sol4 en semicorchea antes de aterrizar en otra negra: un mi4 que moría en una terrible redonda, un re4 grueso y amenazador como la testuz de un toro bravo. La segunda parte repetía la frase pero resolvía el tercer compás bajando el si4 al la4 en semicorchea, sustituyendo el mi4 por un sol4 y levantando la redonda del re4 del cuarto compás hasta un la4 que me sonó igual que un miura empitonando a un banderillero.

Ni el ritmo cálido ni la distorsión de la guitarra pudieron disimular lo que se avecinaba como una puta tormenta de pedrisco. La voz de José Manuel Casañ, el cantante, no era el rugido barítono que yo había escuchado en otras canciones suyas, sino que se me antojaba sujeta por correas invisibles. No era para menos: entre las cuerdas vocales de Casañ, a pesar de la traducción y el cambio de estilo de la bossa nova original a su fusión de reggae y punk, se reía el mismísimo diablo: *En los mapas del cielo, el sol siempre es amarillo*. Esa era la canción que había tenido la fortuna de olvidar. *Y la lluvia y las nubes no pueden velar tanto brillo*. No era él, ni su guitarra, ni su estilo. *Ni los árboles nunca podrán ocultar el camino*. Pero era la misma canción, en sol mayor, blanca y terrible. *De su luz hacia el bosque profundo de nuestro destino*. No conseguí escuchar nada más. Grité, y mis compañeros de piso creo que aún se acuerdan de aquel alarido. Y luego, me desmayé.

Las semanas siguientes fueron volver atrás. Dejé de estudiar. Dejé de hablar. Dejé de comer. Dejé de dormir. Aquella canción era un mapa que llevaba hasta aquel infierno de paredes blancas que sabía a romero y miedo y olía a cigarras y dolor. El Cura y la Loquera se volcaron en mí. Fue en vano. Se dejaron la piel intentando sacarme del pozo donde me había vuelto a meter por una puta canción. Todo fue inútil.

Una tarde, vino la Gorda. Y no vino sola. La enfermera siempre me había gustado por su aire en la menor, la tonalidad de la piedad femenina, del amor desinteresado de las madres, también las que, como Conchín, no tienen hijos. Ella también me gusta incluso cuando modula a si bemol menor, que es en lo que cantan los verdugos y sueñan los suicidas como en el *Adagio para cuerdas* de Samuel Barber. Fue la primera vez que vi a la Gitana y trajo sus «cositas», como anteayer. «Conchín —decía—, este niño necesita olvidar y lo de tu botiquín no sirve. Lo del mío, sí. Pero ojo, se la pones tú y con conocimiento, que por culpa de esta mierda sin control perdí yo a mi Cheche y a mi Cisco. Solo la que yo te dé y cuando yo te la dé. ¿Estamos?» Y así ha sido hasta hoy. Último renglón. Mañana más.

Cristina está a punto de marcharse. Ha empezado el primer día del año trabajando en el turno matinal de voluntarios del comedor social del Real Monasterio de la Trinidad y, conforme se van llenando las mesas, la psiquiatra infantil asume que su labor ha concluido. No pensaba venir hoy a echar una mano, pero, anoche, decidió a última hora que la mejor manera de contener la tristeza, la nostalgia y la rabia era hacer algo con las manos. De esta forma, se ha pasado la mañana pelando patatas, picando verduras y preparando bandejas con dulces navideños, los cuales, durante las próximas dos horas, degustará el centenar largo de personas que, al menos, enjugarán su mísera vida estrenando el 2015 con una comida especial. Aunque sea en una institución benéfica.

A diferencia del día de Navidad, la doctora Llorens no se quedará también al segundo turno. Con uno ha tenido bastante. No está demasiado cansada, pero una vez ha satisfecho esa necesidad íntima de ayudar a los demás para ayudarse a sí misma y no volverse loca, considera que merece dedicar el resto del día a no hacer nada. Mientras se quita el delantal y el pañuelo que le protege el pelo de la grasa de las cocinas, en su cabeza se va conformando un plan para la tarde que pasa por sofá, manta y película. Con toda probabilidad, será una comedia romántica de final feliz como *Pretty woman*, *Notting Hill* o *Bajo el sol de la Toscana*. Ya verá.

La gente va accediendo al comedor. Ahí está la recuperación económica. Dicen que lo peor de la crisis ya ha pasado; que España es el país que más crece de la Unión Europea; que la balanza de pagos nacional mejora; que las exportaciones aumentan y que el consumo se reactiva. «Y una mierda —piensa Cristina—. Alguno habrá entre los que están entrando que, simplemente, quiera una comida gratis, pero la inmensa mayoría de los que están aquí preferirían estar en cualquier otro sitio. Y lo mismo vale para las mujeres que se abren de piernas por dinero. Es posible que, entre ellas, haya alguna arribista, incluso alguna vocacional, pero la mayoría son forzadas a ello. A hostias.» Acaba de decidir qué película no verá: *Pretty woman*. Odia el estereotipo de la prostituta redimida, así como la mirada cómplice de novelas, películas y canciones respecto a lo que se llama el oficio más antiguo del mundo. «Así se nos ha tratado siempre a las mujeres: el primer trabajo puramente femenino tuvo que ser el de putas. O brujas. O madres.»

Nota como sus ganas de embriagar su conciencia con una historia edulcorada de «chico-conoce-chica» acaban de desaparecer. Habrá sofá y manta. Pero no habrá película. ¿Música? ¿Libro? No lo sabe aún. Justo en ese momento, la ve. Está al final de la cola que se forma en la entrada del comedor, estirando el cuello de tanto en tanto sobre las cabezas de los que la preceden. Es evidente que busca a alguien y Cristina, en el instante en el que cruza su mirada, sabe que la busca a ella.

Algo ha pasado. Y no ha sido bueno. Fuera, el primer día del año ha salido soleado y cálido, pero Marcela Cruz llega embutida en un abrigo largo, con una

enorme bufanda enroscada alrededor del cuello de forma que, cuando baja la cabeza, oculta su cara desde la barbilla hasta la nariz. A pesar de que el comedor no está muy bien iluminado, mantiene puestas unas enormes gafas de sol. Ni la prenda de lana que cubre la garganta ni las lentes oscuras son necesarias allí dentro, a no ser que tengas algo que esconder.

La psiquiatra le hace una señal con la mano y la cubana abandona la línea de usuarios del comedor social y se dirige al extremo lateral del recinto, donde está la puerta que da a las cocinas. Cristina se percata de la cojera de la ex prostituta conforme se aproxima hacia donde está ella.

—¡Marcela! ¿Qué te ha pasado?

—¡Ay, doctorcita! —gime la cubana—. ¡Tengo que hablar con usted! ¡Me tiene que ayudar!

—Claro, claro —contesta Cristina—. Lo primero, cálmate. Ven. Vamos al claustro. Allí estaremos más tranquilas.

Ambas mujeres entran en la cocina y, desde allí, acceden al patio de acceso del monasterio. Para llegar al jardín interior han de atravesar la iglesia. Una vez fuera, Cristina piensa que deberían adentrarse hasta el fondo, hasta donde descansa la reina María de Castilla, pero los temblores y la agitación de Marcela desaconsejan prolongar el paseo más de lo necesario. Hablarán allí mismo. Entre susurros.

—Tranquila, Marcela, tranquila. Aquí estás a salvo. Dime, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—¡Pues que me han encontrado, doctora! Y mire lo que me han hecho.

La cubana se baja la bufanda y se quita las gafas de sol. Lleva cardenales violáceos por toda su cara morena y sus labios gruesos y sensuales, que tantos éxitos le dieron en la penumbra de los burdeles donde ha trabajado, están rotos y cubiertos de costras sanguinolentas. La médica supone que el mapa del horror que Marcela lleva impreso en el rostro se extenderá al resto del cuerpo con la cojera que arrastra la antigua ramera como brújula.

—¿Quién te ha hecho esto, Marcela?

—¡No sé quién era! —Levanta la voz—. Pero era uno de ellos. Negro. Joven. Una bestia que me pilló en el portal de mi casa y... —rompe a llorar— me dio la paliza de mi vida.

—¿Negro? —La expresión de Cristina se endurece—. ¿Qué negro? ¿No nos dijiste que el *master* era el tal Óscar? ¿Sabes quién es ese otro?

—¡Eso pensaba yo, doctora, se lo juro! —suplica—. Era a Óscar al que yo conocía porque venía a ver a Alfredo a entregarle dinero. Pero es que vinieron otros dos al bar y preguntaron por él.

—¿Por quién?

—¡Por Fredito, doctora! Sabían quién era yo y creían que seguía siendo la furcia particular de Alfredo. Y, además, me dieron la bolsa con dinero.

—¿Que te dieron qué?

—Una bolsa con billetes, doctora. Mucho dinero. Parece que era la recaudación de vete a saber tú cuántas semanas. No lo sé. Se suponía que se lo tenía que dar a Alfredo cuando volviera de su viaje a Asturias, porque...

—¡A ver, a ver, Marcela! —corta Cristina—. Me estoy liando. ¿Quién fue a verte y dónde? ¿En el bar?

—Sí, doctorcita, en el bar. Eran dos. Uno joven, que me resultaba familiar, y el otro más viejo y que iba vestido con una chilaba de esas y un gorro lleno de cuentas e hilos dorados.

—Un *babalawo*, ¿no?

—Sí. Eso me pareció. Yo estaba sola en el bar, así que les eché mentiras porque no sabía qué hacer y escondí la bolsa con la fula en el almacén.

—Y —la mirada de Cristina se endurece— ¿qué pensabas hacer con ese dinero, Marcela? Y no me mientas.

—Se lo iba a traer a usted, doctora —gime la cubana—. ¡Se lo juro! Me lo llevé a casa, pero esa bestia debió seguirme y, antes de llegar al portal, me puso un pincho en el cuello y me arrastró a un callejón. Allí me quitó la bolsa y, como me resistí, empezó a zurrarme. ¡Llegué al apartamento toda golpeada y no me atreví a ir al médico para que no me preguntaran qué me había pasado!

Cristina baja la cabeza y fija sus pupilas negras en los reflejos con los que la humedad ha vestido el venerable empedrado del claustro. Su intuición le dice que Marcela le está diciendo la verdad, pero, por otra parte, ha tenido el suficiente trato con prostitutas como para saber que no siempre son de fiar. No la culpa por ello. La cubana, como tantas otras desgraciadas, es una maestra en mentir, manipular, embaucar y, sobre todo, aprovecharse de la desgracia ajena porque no puede ser de otra forma. Cuando la existencia es tan indigna y miserable, la mentira, la traición y el beneficiarse de los golpes de suerte tal y como vengan sin que les importe qué daños puedan causar a los demás, son solo herramientas que pueden y deben usarse si las circunstancias lo aconsejan. Que haya tantas ex prostitutas viejas que se convierten en mamis carceleras o en crueles explotadoras de otras mujeres es la consecuencia lógica de la única actitud que permite sobrevivir en ese mundo. Cristina quiere creerla, porque, a fin de cuentas, Marcela las ha ayudado mucho. Sin ella no hubiesen llegado hasta Alfredo Montesinos ni hasta el tal Óscar. Sospechaban, así lo dijo doña Elvira, que podía haber más gente en la organización, pero que hayan buscado a Marcela indica que no saben que ambos están muertos. Y eso le inquieta, porque no consigue decidir si es bueno o malo. De todas formas, lo primero es asegurarse de que Marcela le está diciendo la verdad.

—¡Ven conmigo! —le ordena mientras vuelve hacia la iglesia, rumbo a los vestuarios de los voluntarios para recoger sus cosas—. Tenemos que ver a una persona.

—¿A quién?

—Es un amigo mío —contesta—. Quiero que me vuelvas a contar lo que pasó

delante de él. Con todos los detalles. Luego llamaremos a Conchín para que te vea esos golpes.

—Pero doctora —insiste la cubana—, ¿quién es ese amigo suyo? ¿Es de fiar?

—Por completo. Aunque, eso sí, es un poco rarito. Pero no te preocupes. Es inofensivo.

Las dos mujeres salen del monasterio y cruzan el puente de la Trinidad sobre el viejo cauce del Turia. Cristina reprime su paso vivo para que Marcela, cojeando y quejándose, pueda seguirla. La psiquiatra saca su móvil y realiza una llamada. Nada. El buzón de voz le dice que doña Elvira tiene el teléfono desconectado. Sabe que, para contactar con la Tía, el procedimiento es bien distinto y excluye por completo a los móviles por razones más que obvias. Si Marcela dice la verdad —y está convencida de que así es, a falta de que Dani se lo confirme—, necesita ponerla a salvo y hacerlo ahora. Solo le queda una opción. Busca en su agenda electrónica otro número. Al tercer tono, contesta:

—¡Victoria, feliz año nuevo! ¡Perdona que te moleste! ¿Puedes hablar ahora? ¿Sí? ¡Genial, gracias! Verás, tenemos un problema.

\*\*\*

—¡Mala pécora! —grita—. ¡No, por ahí no! ¡La madre que la parió! ¡Brea! ¡Brea! ¡Ven aquí ahora mismo!

La perra labrador serpentea entre la maleza sin que las voces de su desesperado amo tengan sobre ella el más mínimo efecto. Bernabé apenas distingue la trayectoria del animal salvo por el movimiento de los arbustos que agita a su paso. El color negro del pelaje, por el cual la bautizaron así, la hace casi invisible en su trote, tan irregular como decidido, hacia el solar. El escaso alumbrado público recorta las siluetas de los chalets a medio hacer contra el cielo oscuro. Por suerte, *Brea* ya tiene diez años y, como todos los canes de gran tamaño, padece de las caderas y no se mueve con la velocidad de antaño, así que Bernabé puede seguirla con más o menos fortuna a pesar del suelo embarrado y las matas traidoras que se ocultan entre las tinieblas. Lo malo es que la perra ha encontrado un boquete en la desvencijada alambrada que bordea el solar y él tiene que dar la vuelta a medio terreno hasta encontrar el tramo donde de la valla no quedan sino los dos postes metálicos que la sujetaban.

—¡Perra del demonio! —maldice—. ¡Brea!

Bernabé no entiende por qué su mascota, que normalmente es tranquila e incluso un tanto indiferente a casi todo, se le ha escapado de esa manera. Siempre pasea con ella a estas horas —son más de las once de la noche— para poder llevarla suelta sin causar problemas ni, en especial, provocar ataques de pánico entre las mamás que charlan en las terrazas de los bares mientras sus retoños corretean por ahí. El animal rara vez se separa de él más de cuatro o cinco metros y el recorrido que ambos comparten cada noche siempre es el mismo. Hasta ahora, *Brea* jamás había mostrado

ningún interés por el recinto en el que se ha internado. Bernabé accede con cuidado. De inmediato nota como las suelas de los zapatos se vuelven pesadas por el fango viscoso que se le está pegando a ellas. La luz mortecina de las farolas se refleja en los charcos cuya profundidad es imposible de adivinar. El hombre ya se ha resignado a que hoy tardará un poco más en irse a la cama, porque después de la salida nocturna, tendrá que limpiar a *Brea* de todo el barro que se haya echado encima y limpiarse a sí mismo si no quiere que Pili, su mujer, envíe al chucho y al amo a dormir al garaje.

—¡*Brea!* —vuelve a gritar—. ¿Dónde estás? ¡*Brea!*

Aunque la perra ya no es una jovencita, sigue siendo mucho más rápida que su dueño, quien, pese a sus 66 años, se mantiene en una envidiable forma para casi todo el mundo, salvo para sí mismo. La agónica claridad del alumbrado público es inexistente en el centro del terreno donde, se supone, hace años que tenía que haberse levantado una urbanización de dieciséis viviendas unifamiliares. A Bernabé no le queda más remedio que guiarse por el sonido. Las patas de la labrador delatan la presencia del animal mediante chapoteos y rascones en el barrizal. Está —o debe estar, piensa— justo en el medio del rectángulo que forman los esqueletos de las casas donde debía ir la piscina del complejo residencial. Bernabé escucha los jadeos y resoplidos del animal, pero no se atreve a seguir avanzando hasta donde supone que está su mascota por miedo a caerse en un socavón o meterse hasta las rodillas en uno de los charcos. Hurga en el bolsillo de su chaqueta y saca el teléfono móvil. En cuanto lo desbloquea, la luz de la pantalla le ilumina el rostro. Comprueba con disgusto que le queda menos del treinta por ciento de la batería. «Mierda —piensa el bombero jubilado—, es que no me acostumbro a cargarlo, como no me llama nadie.» Aun así, si quiere llegar a donde está *Brea*, necesita luz. Enciende la linterna del dispositivo y alumbra hacia la fuente de los sonidos.

La perra, tal y como suponía, es un bulto embadurnado de fango que se mueve en círculos en torno a un punto en concreto. El rabo mantiene un vaivén constante, proyectando salpicaduras de barro y agua en todas direcciones mientras el animal completa una circunferencia de metro y medio de diámetro con el hocico pegado al suelo. La pequeña luminaria del móvil apenas alumbra un cono de cincuenta centímetros, lo justo para comprobar dónde pone el pie a cada paso. Sin embargo, Bernabé se percata de que *Brea* está haciendo lo que mejor sabe hacer y que, pese a los años pasados y la displasia de cadera que la obliga a caminar renqueando con las patas traseras muy juntas, no ha olvidado: buscar cuerpos.

Es la primera vez que ve a la perra en esa actitud, pero no es el primer can de rescate que contempla en acción. Como bombero jubilado del Ayuntamiento de Valencia, se las ha visto con situaciones parecidas en más de una ocasión. Y *Brea* también. De hecho, la labrador negra pertenecía a la Unidad Militar de Emergencias hasta que, hace dos años, hubo que jubilarla a causa de la dolencia que le impedía brincar sobre escombros olfateando entre las grietas como había hecho hasta ese momento. Los movimientos de la perra no dejan a Bernabé margen para la duda. Ahí



abajo hay algo. Y si en la perra se ha despertado todo su entrenamiento, él nota como un rescoldo que creía apagado desde hace mucho tiempo vuelve a encenderse.

—¡*Brea!* —Aunque la voz sigue siendo firme, el tono es diferente y el animal gira la cabeza hacia su amo mientras alza una oreja—. ¡Busca, *Brea!* ¡Búscalos!

Bernabé tiene la sensación, tras haber mirado fijamente en los ojos de la labrador, que *Brea* ha entendido el mensaje tan bien que solo le ha faltado contestarle con enojo que eso era precisamente lo que estaba haciendo. El bombero jubilado sale del solar con paso decidido rumbo a su casa, que queda a menos de cien metros de allí. La pequeña luz del móvil no le sirve de nada y va en busca de una linterna decente y, de paso, una azada, por si acaso. «Como sea un gato muerto o una rata de la Albufera —se dice a sí mismo— ya verás la bronca que me va a echar doña Pilar.» Sin embargo, duda mucho que un perro de rescate tan bien entrenado como su *Brea* se pusiera como se ha puesto solo porque ha olfateado el cadáver de otro animal. Un par de minutos después, con cierta repulsión ante la perspectiva de un mal encuentro, pero con la adrenalina hirviendo en su sistema nervioso, dirige el potente haz del foco que ha ido a buscar justo donde la perra excava soltando ladridos. «Ahí hay algo —piensa— porque *Brea* casi nunca ladra. Y mucho menos de esta manera.» Durante unos instantes, siente verdadero orgullo por la habilidad del can, fruto de tanto tiempo de entrenamiento. También nota algo que, a pesar de que la situación no es agradable, le resulta placentero. Se vuelve a sentir útil. Las fibras de su orgullo profesional se tensan con el vigor perdido hace años y sus sentidos, algo oxidados por la edad y la inactividad, se afilan de nuevo ante la perspectiva de la acción.

A grandes zancadas se acerca hasta la perra, ignorando los charcos, los agujeros y el fango, el cual, como si fuera una garra hecha de engrudo, parece que quiera frenar su decidido avance. Antes de que pueda distinguir el perfil recto de lo que sea que *Brea* ha empezado a desenterrar, un tufo dulzón le golpea las narices con tal intensidad que, como puede, reprime una arcada al tiempo que se lleva la mano a la boca. Ha faltado poco para que la comida del día de Año Nuevo haya terminado por espesar más aún el barrizal. El hedor, aunque insoportable, le resulta familiar. «Plátanos —concluye—. Aquí huele a plátanos podridos. Muy podridos.» Planta la azada en el suelo y coloca la linterna en la parte superior del mango, sujeta por la abrazadera de plástico que también ha tenido la precaución de coger del pequeño taller que tiene en su casa para sus chapuzas y reparaciones domésticas. Una vez que está satisfecho con su improvisado sistema de iluminación, se centra en la perra.

—¿Qué pasa, vieja amazona? —le dice mientras le acaricia la nuca y el lomo, ambos cubiertos de barro y agua sucia—. ¿Qué es lo que hay aquí? ¡Muy bien, mi chica! ¡Muy bien!

*Brea* le lame las manos, agita el rabo como si estuviera loca y ladra hacia la punta que sobresale del fangal mientras alterna el ladrido con algún que otro quejido lastimero cada vez que su cadera gastada le recuerda que ya no está para determinados trotes. Bernabé se fija en la esquina que surge del barro. Parece una

pirámide que brotara inclinada desde las entrañas de la marisma valenciana que abraza la Albufera; una cosecha metálica e impía del arrozal; un horror capturado como las anguilas en los *mornells*, las redes cilíndricas que se usan desde tiempo inmemorial para pescar en el lago. Es una caja. Grande. Con toda probabilidad, un contenedor de transporte marítimo abandonado como los que hay a cientos por los alrededores de Valencia, como en la pedanía de El Perellonet donde él vive. Eso no es nada raro. Lo extraño es que esté ahí abajo, enterrado. Conforme se acerca, el olor a bananas en descomposición se hace más intenso, pero bajo la pestilencia que emana la fruta podrida, se debe esconder otro aroma más siniestro que, a buen seguro, es lo que ha atraído a *Brea* hasta aquí. Bernabé no tiene el olfato tan fino como su perra, pero sí la intuición mucho más afilada. Suelta la linterna, la deja en el suelo y coge la azada. Intenta meter la hoja de acero de la herramienta en una rendija del contenedor para hacer palanca y abrir, por poco que sea, la puerta del depósito de mercancías, pero el fango y el agua aprisionan la caja. Es inútil. Parece que el marjal, ha vuelto a ser el dueño del espacio en el que algún insensato pretendía construir viviendas, siente vergüenza por lo que varios días de lluvia han descubierto en sus entrañas. Bernabé, tras unos minutos de forcejeo, se da por vencido. Mojado y cubierto de mugre, saca el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y marca el 112:

—¡Centro de Emergencias de la Generalitat! ¿En qué puedo ayudarle?

\*\*\*

—¡Uy, Manuela! ¡Feliz año nuevo!

—¡Hola, Charo! Feliz año, vecina... feliz año.

—Chica, te veo un poco mustia. ¿No te encuentras bien o qué?

—No muy bien. Pero no es nada. Solo falta de sueño. Como nos hemos vuelto esta madrugada deprisa y corriendo... pues mira. A ver si después de comer me puedo echar un rato.

—Pero ¿es que os ha pasado algo?

—Pues del trabajo de mi marido. Le han llamado a la una de la mañana para lo de... ¿es que no te has enterado?

—¿Enterado de qué?

—De lo que han encontrado ahí en El Perellonet. ¡Horroroso!

—¡Ay, no! Es que con lo de mi hermana, no tengo tiempo ni de ver el telediario. ¿Qué ha pasado?

—Pues que encontraron un contenedor de esos de barco, enterrado en un solar y dentro... ¡Ay, madre mía! ¡Seis niñas, Charo! ¡Seis!

—Pero... ¿las pudieron sacar de ahí?

—¿Cómo las iban a sacar, mujer? ¡Si es que estaban ya muertas!

—¡Virgen santísima! Es que no te entendía, Manuela, como has dicho que había seis niñas, yo he pensado que sería como cuando los moros se meten en los bajos de

los camiones para venir a España... ¿Muertas? Pero ¿cómo?

—¡Más muertas que mi abuela, Charo! No pueden saberlo aún, pero por lo que le iban diciendo a mi marido por la emisora, que tuvimos enchufada todo el viaje desde Lliria hasta aquí, se ve que las criaturas iban dentro del contenedor y se ahogaron o algo. ¡Yo qué sé! Te juro que se me puso un mal cuerpo que aún me dura.

—Y tu Pepe se tuvo que volver, claro.

—Claro, claro. Y yo con él. Ya nos habíamos acostado y todo cuando sonó el teléfono. Me dijo que se tenía que volver a Valencia y que yo me quedara, si quería, en el chalet. Sin embargo, en cuanto me contó lo que había pasado, chica, ¿qué quieres te diga? Me entró un miedo y un mal cuerpo que le dije que yo no me quedaba allí sola en medio del monte. Ya ves tú.

—Hiciste bien. Yo tampoco me hubiera quedado.

—Con que te diga que ni me vestí. En camisón, me puse una falda, el abrigo, cogí las cuatro cosas de la nevera que se podían estropear, porque no sé si volveremos el próximo fin de semana y, hala, al coche y para casa.

—Ya veo, ya. ¡Madre mía!

—¡Y qué viajecito! Como te he dicho antes, puso la emisora y, claro, todo lo que iban diciendo pues nos íbamos enterando. ¡Un horror! Total, que me dejó aquí y él se marchó al sitio donde estaba todo aquello. Subí, me acosté, pero entre el sobresalto y todo lo que había escuchado de camino, ¿te crees tú que me podía dormir? Venga a darle vueltas al asunto. Total, que se me ha hecho de día y a las siete o siete y media me he levantado. Por eso tengo esta cara.

—No es para menos, Manuela. ¡Qué barbaridad!

—Es que, conforme oía yo lo que iba saliendo por la emisora, me acordaba de mis nietos, los que tienen la misma edad que las pobres chiquillas y... ¡Ay! ¡Fíjate en mi brazo, que se me pone la piel de gallina! Es que me da un sentimiento y una congoja que no puedo seguir... Y hasta me da como ahogos cada vez que me acuerdo.

—Manuela, por Dios, a ver si te vas a desmayar. Ven, siéntate ahí en la butaca. ¿Quieres que te baje un vaso de agua? A ver si tienes la tensión baja.

—Deja, deja que me siente. ¡Así, así! Mucho mejor. No, no te preocupes, Charo. Espera. Tengo por aquí una botellita de Agua del Carmen que llevo por si acaso, porque como siempre tengo la tensión tan baja, con esto me espabilo. Ya le pasaba a mi madre.

—Es que va muy bien.

—Ya te digo. ¿Quieres un poquito?

—Pues mira, ahora que lo dices, yo tampoco estoy muy católica esta mañana. Gracias. Un traguito nada más. A ver si no me mancho.

—¡Mujer! Bebe a morro, que hay confianza y yo no soy nada asquerosa.

—¡Ni yo tampoco! Faltaría más. Toda la vida juntas y nos vamos a andar ahora con remilgos.

—Pues eso.

—¡Muchas gracias! ¡Ay, sí que siento el calorcito, sí!

—Yo no salgo de casa sin ella en el bolso. Mi madre hacía igual. Buenísima.

—Sí que lo es, sí. Entonces, ¿qué es lo que pasó?

—Ya te digo que me enteré de lo que me enteré porque como hablan con los indicativos, a veces es un follón. Que si «Mago 1» a «Zeta 4», que si le preguntaban si dejaban ya que Papa Lima cortara la calle...

—¿Papa Lima? Por Dios, Manuela, yo pensaba que la Policía tenía otros motes. Lo de Papa Lima me suena muy raro.

—¡Ah! ¡Ja, ja, ja! No. Así llaman los nacionales a los locales.

—¡Ya decía yo! Bueno, ¿y qué pasó?

—Pues por lo que pude oír, porque mi Pepe me hizo estar todo el viaje como si estuviera en misa para no perderse nada de lo que iban diciendo por la emisora, había seis niñas dentro del contenedor que, a su vez, estaba enterrado en un solar donde había una urbanización abandonada. Las pobres criaturas estaban rebozadas en plátanos podridos.

—¡Cómo que plátanos podridos! ¿Qué me estás diciendo?

—Pues tal cual, Charo, tal cual. Se ve que estarían escondidas en el contenedor que, además, llevaba plátanos, pues mira...

—¡Pero qué salvajada! Oye, ¿qué edad tenían las pobrecitas?

—Pues entre ocho y diez años, decían.

—Si es que al final no vamos a poder salir a la calle.

—Tienes razón.

—Bueno. Creo que ya me encuentro un poco mejor. Me voy a acercar a comprar cuatro cosas para llenar la nevera y a esperar a ver si mi Pepe viene a comer o qué, porque, desde las dos de la madrugada, no sé nada de él. Con todo este follón, ya veremos.

—Muy bien, Manuela. Me marcho a casa de mi hermana.

—¿Cómo va?

—Pues igual. Y cada vez con más manías. ¿Te acuerdas que te dije que se había obsesionado con la finca que está al otro lado del descampado? ¿La que está abandonada?

—Sí, sí. Me acuerdo.

—Pues ahora no hay quien le quite de la cabeza que ahí dentro hacen brujerías. Y, encima, la chica que tiene cuidándola le da la razón. Así que cuando voy, como estén las dos me vuelven loca.

—¿Cómo que le da la razón? ¿Qué es lo que pasa?

—¡Y yo qué sé! Dicen que cada vez hay más putas entrando y saliendo del edificio y que se van al piso de arriba y que ven las luces de las velas y que incluso una noche oyeron como cantaban o rezaban o algo.

—Y tú, ¿qué crees?

—Pues que sí, que es posible que las fulanas se metan en aquella finca que está medio en ruinas y se suban por los pisos sin terminar, pero lo que hacen ahí dentro no creo que sea rezar ni cantar, precisamente.

—¡Ja, ja, ja! Pues sí. Eso será. Bueno. Voy a hacer marcha que, si no, perderé la mañana.

—Muy bien. Ya nos vemos.

—Hasta luego, Charo.

—Hasta luego, Manuela.

Rotovátor está cerca de cumplir 24 horas haciendo honor a su apodo. Como si fuera el apero de palas circulares de los tractores que mueven la tierra, José Antonio Gisbert Ortega ha estado triturando a gritos a todo aquel que se le ha puesto por delante, salvo a la jueza Elvira Quirós. Hace rato que se quedó afónico, pero aun así sigue ladrando maldiciones, imprecaciones e instrucciones, por ese orden, a quien haya tenido el valor de aproximarse, aunque haya sido por casualidad, a menos de un metro de él. Desde que se presentó en el lugar de los hechos, al filo de las tres de la madrugada, apenas se ha movido del solar de la urbanización sin terminar en El Perellonet salvo para ir al aseo del único bar abierto (que encima estaba a más de medio kilómetro), comerse un bocadillo en el mismo establecimiento o insultar a alguien a través del teléfono móvil o por la radio de alguno de la docena de coches patrulla estacionados en la avenida de las Gaviotas de la pedanía valenciana. O a voces, por supuesto.

Después de tantas horas allí dentro, el inspector y máximo responsable del Grupo de Homicidios de la Brigada de Policía Judicial de Valencia parece que haya estado revolcándose en el fangal. De tanto en tanto, pateo una pared o un pilar para liberar de tierra apelmazada la suela de las botas reglamentarias. Salvo el calzado y el anorak azul del uniforme de faena, Gisbert va de paisano, con unos pantalones vaqueros llenos de manchas marrones de tierra húmeda y una camisa a cuadros que, fiel a su permanente estado isotérmico, lleva abierta hasta el pecho. El *walkie* que aferra en su mano derecha hace horas que se quedó sin batería, pero, de todos modos, solo lo usaba para esgrimirlo como si fuera un garrote y amenazar con él a sus interlocutores, así que le tiene sin cuidado su correcto funcionamiento.

Rotovátor ha conseguido discutir con los de la Científica, con el comisario jefe, con el jefe superior, con los mandos de la Policía Local, porque previamente también había abroncado a los agentes de la escala básica a cuenta del corte de tráfico de la calle. Ha tenido la de San Quintín con los sanitarios enviados por el Instituto de Medicina Legal y con tres conductores de ambulancias. Le ha dicho de lo que se tenía que morir a uno de los asesores de la Delegación del Gobierno a cuenta del envío de las excavadoras y los operarios que había pedido a las cinco de la madrugada y que, al dar las siete, todavía no estaban allí, porque no entendía «qué hostias tenían que hacer un sábado por la mañana» para tardar tanto. A la jueza Quirós y al resto de la comitiva judicial no les ha montado el pollo, ya que, tanto la magistrada como los otros miembros del juzgado han tenido la precaución de no meterse en el solar y limitarse a esperar en una de sus esquinas a que Gisbert fuera a atenderles justo después de amenazar al capataz que había mandado a la brigada de limpieza de la empresa contratista del Ayuntamiento con arrojarlo al interior del contenedor. Se ve que el jefe de los limpiadores decía que era peligroso para sus peones meterse dentro de aquel contenedor semienterrado e inclinado para extraer los cientos de cajas de

plátanos podridos que había dentro. Después de escuchar el argumento de Rotovátor, ha decidido que el veterano policía era mucho más peligroso que la fruta en descomposición.

Roma Besalduch y su gente —Patricia, Javier y Carlos— tampoco se han librado de las diatribas de Rotovátor, quien, además, ha hecho movilizar al resto del grupo que, como él, en teoría estaban de vacaciones.

La inspectora y segunda al mando del Grupo contempla como la última de las bolsas negras es introducida en un ataúd. Mientras los empleados de la funeraria avanzan con dificultad por el terreno embarrado rumbo al coche fúnebre, Roma Besalduch piensa que su superior tiene motivos para estar tan furioso. Supone que el viejo Rotovátor la ha tomado con todos los que estaban a su alrededor como vía de escape ante el horror con el que han tenido que lidiar durante las últimas horas. Seis niñas. Seis. Todas eran, más o menos, de la edad de su hija Morgana y estaban ahí dentro, en medio de centenares de cajas de las que rezumaba una pasta repugnante de bananas putrefactas. «¿Quién ha podido hacer semejante atrocidad? —piensa—. ¿Cómo funciona la cabeza del malnacido que se le ocurre algo así?» La policía tiene sentimientos por completo opuestos a los que experimentó hace justo ocho días cuando estaba delante del cadáver de un joven africano, entonces sin nombre. Aquel espectáculo, por horrendo que fuera, «tenía ese punto injustificable pero que lo hacía digerible —recuerda—. Tal y como dijo Carlitos, no se podía evitar pensar que aquel pobre desgraciado, de una manera u otra, por mala o buena suerte, había terminado así por algo que había hecho». Sin embargo, los seis cadáveres de las criaturas descomponiéndose a la vez que los frutos, no tiene justificación alguna. Ni perdón posible para los responsables.

Como si pensar en él hubiera activado algún tipo de aviso invisible, Carlos Ramos se acerca. El joven policía acusa en las ojeras y el rostro ajado las muchas horas que llevan allí y las pocas que ha dormido. Ha recorrido un buen puñado de las viviendas cercanas para buscar testigos y recabar datos de cualquiera que pudiese haber visto algo. «¡Un contenedor de seis metros de largo no se entierra en un solar sin que nadie vea nada, hostia!», bramaba Rotovátor cada vez que algún miembro del Grupo de Homicidios le decía que en la hilera de chalets adosados que linda con el terreno o en aquella otra casa las pesquisas habían sido negativas. El jefe de Homicidios no quería entender que la mayor parte de las viviendas de El Perellonet, excepto los dos núcleos históricos, algo alejados del solar, son segundas residencias de verano. Por ese desesperante motivo, casi todas estaban vacías desde hacía meses. Ramos también se queda unos instantes viendo como el último de los coches fúnebres se marcha antes de preguntar:

—¿Qué tal, jefa? ¿Cómo lo llevas?

—Pues fatal, Carlitos. Una puta mierda. Eso es lo que es esto.

—¡Joder! —asiente—. ¡Y tanto que sí!

—¿Sabes una cosa? Empiezo a pensar que tenías razón con eso de que la jueza

Quirós atrae la mala suerte. Creo que acaba de pulverizar el récord de homicidios en una semana de los juzgados de Valencia.

—¡La he visto antes, sí! ¡Y me ha extrañado un huevo que andara por aquí! — exclama Ramos—. ¡Pensaba que su guardia terminó el lunes!

—También lo creía yo, pero se ve que el magistrado del Juzgado de Instrucción número 1, que era el siguiente en la rueda, se la cambió hace tiempo porque tenía planeado un viaje o algo así. Me lo ha contado el fiscal, pero, francamente, no le estaba prestando demasiada atención.

—Lógico.

—Y tú, ¿qué tienes?

—Casi nada. Ya has visto cómo aullaba Rotovátor cuando le he dicho que, en todos esos adosados de ahí —Carlos señala la hilera de tejados que se recortan contra el cielo nocturno— no había nadie y, además, todos tenían pinta de estar cerrados desde que terminó el verano. Y en aquella finca de allí —apunta en la dirección opuesta— solo hay un matrimonio de personas mayores que viven todo el año, pero que no recordaban haber visto obras en este solar desde que la urbanización quedó abandonada.

—¿Y cuánto hace de eso?

—¡Buf! ¡La tira! —responde—. Cuatro o cinco años. Esta promoción sería de las primeras que se fueron a pique cuando empezó la crisis.

Patricia Esquibel se une al grupo. Roma se maravilla de que su compañera, a pesar de llevar las mismas horas que ellos en el barrizal, haya conseguido mantenerse sin una sola mancha a excepción de las botas de agua, las cuales, por cierto, le hacen juego con el bolso.

—¡Hola, chicos! —saluda—. ¡Vaya movida! ¿No?

—Un espanto, Patty —dice Roma—. Un verdadero espanto. ¿Qué has estado haciendo?

—Rotovátor me ha encargado que hablara con los locales —explica mientras señala los coches de la Policía Local— y con la Sala de Control de Tráfico del Ayuntamiento. Era lógico pensar que el contenedor no ha podido llegar hasta aquí en una furgoneta y que ha sido traído en un camión. A ver si por ahí podíamos sacar algo, porque un cacharro de esos llama la atención.

—¿Y? —inquire Carlos—. ¿Cómo ha ido?

—Pues mal, Charlie. Muy mal. Eso de ahí —señala la carretera que separa el núcleo urbano de los campos de arroz que bordean la Albufera—, además de ser la avenida de las Gaviotas, es la carretera CV-500 y que pasen camiones por aquí, al menos en invierno, no es nada raro.

—¿Cómo que no? —pregunta Roma—. Esto no parece que vaya a ninguna parte. Quiero decir, que no creo que los transportistas que van o vienen del puerto lo usen como atajo, ¿no?

—No, eso no, Romi. Lo que pasa es que, a ambos lados, hay un mogollón de



campas que se usan como aparcamientos ilegales de camiones e incluso para dejar contenedores como este si, por alguna razón, no caben en la base que les toca o, simplemente, no quieren pagar el almacenaje. Al dueño del solar le dan cuatro perras y ellos se ahorran una pasta. Claro que eso solo lo hacen en invierno, porque, en verano, con todo esto lleno de veraneantes, la Policía Local patrulla mucho más por aquí y se arriesgan a una multa.

—O sea —concluye Carlos—, que ver pasar por aquí un camión con un contenedor no extraña a nadie.

—Pues no. Suponiendo que alguien lo vea, claro. ¡Joder! —exclama Patricia—. ¡No me imaginaba que esta pedanía estuviera tan vacía en estas fechas! Como siempre vengo en verano y está todo a parir. Es que me gusta mucho la playa del Recatí, que está ahí al lado, ¿sabéis?

—Por allí arriba —Roma señala al norte—, en la desembocadura de la Gola del Perellonet, y también allá abajo —indica en la dirección opuesta—, junto a la gola del Perelló sí que vive más gente durante todo el año, pero aquí en medio, ya veis: hay el mismo ambiente que en un cementerio. Si la perra del vecino que dio el aviso al Centro de Emergencias no llega a meterse dentro, igual nadie se da cuenta de nada hasta el mes de agosto.

—No te creas. —Javier Pando se ha acercado al grupo con las suelas llenas de barro que se va cuajando—. La mascota del hombre olió los restos porque el contenedor había emergido gracias a la lluvia. Estaba hablando ahora de eso con el ingeniero que han mandado desde el Ayuntamiento.

—¿Cómo? —pregunta Carlos—. ¿Qué tiene que ver la lluvia con eso?

—Vamos a ver —explica Pando—. Aunque el técnico municipal está convencido de que la zanja era lo bastante profunda, los que hicieron esto no imaginaron que fuera a llover tanto durante tan poco tiempo. Pensad que estamos del mar... ¿a cuánto? ¿A cuatrocientos o quinientos metros como mucho? Y, al otro lado, todos esos arrozales y, ahí arriba, a menos de dos kilómetros, la Albufera. Aquí, el nivel freático debe estar a dos palmos de la superficie. Por eso, tanta agua ha debido hacerlo subir más aún y ha empujado el contenedor hacia arriba, al menos lo suficiente como para que sobresaliera la esquina que decía el testigo y, a partir de ahí, el animal lo olfateó. Además, me ha dicho que el agujero debe ser reciente, porque la tierra con la que lo cubrieron no se había asentado bien y así, tanta lluvia ha hecho emerger la caja.

—Aun así —dice Patricia—, me parece increíble que alguien pudiera hacer un boquete de este tamaño sin que nadie se dé cuenta. Digo yo que una zanja de este tipo no se hace en veinte minutos.

—Veinte minutos no, Patty —apunta Roma—, pero con un cacharro de esos —señala una de las excavadoras que han estado sacando tierra para liberar el contenedor— en seis o siete horas lo tienes. Además, mira a tu alrededor: esto es una urbanización a medio hacer, con lo que nadie se extrañaría de ver aquí dentro

maquinaria pesada trabajando. Es más, incluso se alegraría, porque significaría que se reanudaban las obras y que esto dejaba de ser un nido de suciedad, ratas y a saber qué más.

Un estallido de luces parpadeantes, cuya vertiginosa blancura insulta a la noche, les hace volver la cabeza a los cuatro. El vehículo de la funeraria acaba de llegar a la rotonda donde Rotovátor ha ordenado a la Policía Local que colocara el bloqueo a la vía que da acceso al solar. Las docenas de flashes de cámaras fotográficas consiguen construir un resplandor tan intenso como efímero y que logra tapar el enjambre azul de las sirenas de la policía. El gabinete de prensa de la Jefatura ha tenido que emplearse a fondo para intentar, inútilmente, que no hubiera fugas de información. Demasiada gente ha pasado por allí y ha visto lo que ha visto y siempre, Roma Besalduch lo sabe, hay alguien que habla.

El grupo está a punto de disolverse en el momento en el que Gisbert se encamina hacia ellos. No obstante, en los cuatro se activa una especie de instinto de supervivencia de manada que les indica que, si rompen filas, el viejo Rotovátor va a pensar que estaban perdiendo el tiempo, así que deciden quedarse todos en su sitio. El jefe de Homicidios, después de más de 18 horas de actividad, acusa el cansancio y lo notan en su caminar renqueante.

—Bueno. —Su voz es un hilo roto y chirriante—. ¿Quién tiene un cigarro? ¡Si tengo que coger otra vez el coche para ir al bar aquel de mala muerte, le pego fuego antes de salir!

De los cuatro, la única que fuma de vez en cuando es Patricia. Del bolso conjuntado con las botas de agua embarradas saca un paquete de tabaco *extra-light*. Rotovátor mira el cigarrillo con la misma expresión que si su subordinada le hubiera ofrecido un chupete, pero ante la falta de otra cosa más fuerte, lo acepta. Tras dar un par de profundas caladas, les pregunta:

—¿Qué pensáis? Que las víctimas eran inmigrantes ilegales está claro, pero no parece que solo sea eso.

—No, Pepe —contesta Roma—, no puede ser solo un cargamento de seres humanos. Para empezar, demasiado jóvenes y, sobre todo, demasiado pocos.

—Roma tiene razón, jefe —interviene Pando—. Una de las máximas de los traficantes de personas es la optimización de los recursos. Hay que meter a la mayor cantidad de gente en el transporte que tengan disponible. Cada viaje es un riesgo y hay que maximizar los beneficios. Por eso las pateras van a reventar. Esto parece otra cosa.

—Y además —dice Carlos— los forenses nos han dicho que las seis eran niñas. Tengo la sensación de que esto era una entrega especial. No sé si me explico. No se gasta tanto tiempo, dinero y energía para meter a un puñado de inmigrantes ilegales si no merece la pena el esfuerzo.

—La mercancía era valiosa, Carlos —apunta Roma—, porque eran niñas. ¿Sabes lo que pagan las mafias por una chica joven, de entre dieciocho y veinte años captada

o secuestrada en Nigeria o en Sierra Leona? Puede llegar a los 20.000 euros y amortizan el gasto prostituyéndolas en tres meses. Imagínate lo que podían valer esas crías para quien tiene gustos tan repugnantes como caros.

Los cinco se quedan callados. La hipótesis de la inspectora es tan verosímil como horrible conforme va tomando forma en la cabeza de cada uno de ellos. Después de unos instantes de silencio, tan espeso y pegajoso como el barro sobre el que esperan a que las grúas saquen el contenedor de la zanja, Rotovátor exclama:

—Quiero a todo el mundo mañana en la Jefatura. Quiero saber de quién es este solar; de quién es el contenedor; de quién eran todos los camiones que han pasado por aquí desde que Franco era cabo y quién los conducía; quiero saber quiénes eran esas niñas; quiero saber si a alguien se le ocurrió comprar uno de estos chalets sobre plano y el color de las cortinas que pensaba elegir para el salón; quiero saber de dónde hostias venía este cajón, dónde recogieron los plátanos y hasta quién se los iba a comer. Todo, lo quiero saber todo. ¿Estamos?

El inspector Gisbert lanza por encima de la valla metálica lo que le queda del flojo cigarrillo que le ha dado Patricia mientras da media vuelta y echa a andar. Se detiene para observar, con un gesto de disgusto, cómo los operarios están atando los ganchos sujetos a las gruesas cadenas para izar el contenedor y depositarlo en la plataforma del tráiler. El grupo de Roma se percata de que, sea lo que sea lo que están haciendo los transportistas, a Rotovátor no le gusta cómo está saliendo. En cuanto el armazón metálico se alza en el aire suspendido por la gigantesca grúa-brazo, otra nube de destellos blancos de las cámaras de fotos vuelve a delatar la presencia de los medios de comunicación al otro lado del control policial. Entre la Albufera y el mar, esta noche no hay luciérnagas. El horror, la tristeza y la vergüenza no les permiten volar. Han sido sustituidas por los fogonazos impulsados con pilas que saludan con sus destellos el paso de los ataúdes.

\*\*\*

Viendo a las dos mujeres, sentadas una enfrente de la otra ante sendas tazas de café con leche, Marcela Cruz se siente más ignorante, estúpida y «dilo, Marcelita — se reprocha—, más puta que nunca». La médica y la policía son lo que ella no puede ni soñar con ser alguna vez. Listas, decididas y preparadas. «Hembras sin miedo que sabían lo que querían y cómo conseguirlo. ¿Y yo qué soy? ¿Qué he sido? Una imbécil que pensaba que por tener una sonrisa bonita, un buen culo y un espectacular par de tetas podía tener lo que quisiera sin más esfuerzo que el de abrir las piernas. Una imbécil, Marcelita, una imbécil. Una completa imbécil.»

La cubana aprieta con los tobillos la bolsa de deporte que ha dejado en el suelo de la cafetería donde las tres están reunidas. En su interior está lo que queda de su vida: un pantalón vaquero, una blusa y un suéter de punto; una muda de ropa interior, un neceser con útiles de aseo y un poco de maquillaje, un camisón para dormir y otro par

de zapatos cómodos. También está su documentación, la libreta bancaria y un pequeño álbum de fotos, del tamaño de una cuartilla. Eso es todo. En la habitación del piso compartido ha abandonado el resto de las cosas (más ropa, una radio y algo de bisutería) y sospecha que algo más debió dejar en el apartamento donde vivía Alfredo. Marcela, de tanto en tanto, comprime la bolsa con los pies para cerciorarse de que sigue siendo la propietaria de lo poco que tiene. Dado que la domina la sensación certera de que su vida se ha hecho pedazos, el mísero equipaje para su viaje a ninguna parte le parece que es la única amarra capaz de sujetarla a la cordura.

La mulata nunca se ha sentido así de vulnerable. Jamás. Ni a bordo de aquel primer vuelo entre La Habana y Madrid, ni en todo el tiempo de vivir con temor a que un policía le pidiera unos papeles que no tenía. Tampoco se notó tan indefensa en la penumbra sofocante de los burdeles ni bajo el cruel dominio de Alfredo *Fredito* Montesinos como su barragana particular. Ahora, pensar que su futuro puede estar en manos de esas dos mujeres, tan lejanas a ella en todo, es tan insoportable como aterrador. No es que les tenga miedo. Todo lo contrario. Solo puede sentir gratitud. Sin embargo, no puede desterrar de su mente la sensación de volver a ser una niña pequeña que ya no decide por sí misma.

Es en Cristina donde enfoca su agradecimiento. Ya le debía mucho antes, pero ahora le debe mucho más. La doctora la acompañó al piso a recoger sus cosas y le permitió dormir en su propia casa «por el tiempo que necesites, Marcela, no te preocupes», le dijo. Eso fue después de que ambas visitaran al amigo de la psiquiatra. Vivía cerca del Real Monasterio de la Trinidad, justo enfrente; de hecho, al otro lado del río. «Desde luego, el chiquito era rarito de verdad —recuerda Marcela—. Con la capucha puesta todo el tiempo y con esos ojos tan verdes y saltones que parecía que se le iban a salir de las órbitas y el pelo rojo como el fuego.» La cubana no ha sido capaz de adivinar su edad, pero calcula que estaría por los treinta y pocos. Era difícil saberlo porque, con la barba rojiza de días sin afeitar, su delgadez extrema y su mirada de loco, parecía mayor que lo que su voz, suave y redonda, insinuaba. Iba vestido con un chándal oscuro, andaba descalzo y, durante los cuarenta y cinco minutos que ambas estuvieron allí, solo habló en tres ocasiones: para saludar a la doctora al abrir la puerta, para decirle lo que tenía que decir junto al piano y cuando se marcharon. Marcela, que pensaba que había visto a hombres hacer (o más bien, pedirle a ella que les hiciera) todo tipo de cosas raras, no puede quitarse de la cabeza los detalles de una de las situaciones más extrañas de su vida.

El edificio era de los señoriales del centro histórico de Valencia y el piso —el último— de los que quitaban el hipo. Techos altos, puertas de roble macizo... Solo el recibidor era ya más grande que el comedor del apartamento en el que ella, hasta hoy, compartía con otras dos personas. Las paredes apenas se veían, todas ellas tapadas por estanterías abarrotadas de discos y cedés. El muchacho las hizo pasar a una habitación que parecía una tienda de instrumentos musicales y donde un precioso piano dominaba la estancia. En un lado había también una mesa con una gran pantalla

de ordenador conectada a otro teclado y a un montón de cachivaches electrónicos que Marcela no supo identificar. Allí, la doctora le hizo sentarse en un taburete mientras ella ocupaba una silla cercana. El chico se dejó caer en la banqueta del piano y se quitó la capucha. Entonces, la doctora le fue haciendo preguntas sobre lo que había pasado y ella las contestaba. Una a una. Despacio. Todo: la visita de los dos negros al bar; cómo escondió la bolsa; las dudas y el miedo. Todo. Todo. Todo.

De vez en cuando, el joven hacía sonar el piano. Solo unas pocas notas. Un breve tintineo que parecía el inicio de un danzón cubano y que a la ex prostituta la transportaba a aquel jardín entre el Puente Giratorio y el de la Calle 129, en la desembocadura del río San Juan, con la bahía de su Matanzas natal desparezándose bajo el sol caribeño. Cada vez que lo hacía, la psiquiatra le decía a Marcela que no hiciera caso y que continuara hablando, porque Dani —así dijo que se llamaba— necesitaba hacer eso para concentrarse. Cuando terminó de hablar, la doctora se quedó mirando al pianista. En la memoria de Marcela aún está fresco el recuerdo de lo que dijo, aunque no entendió absolutamente nada. «Está todo bien, Cristina —dijo—. Habla en color sepia, porque vive en si bemol mayor, como el brindis de *La traviata* y la mayor parte del son, la salsa, el merengue y el chachachá. Y en esas canciones suena legal. Lo ha pasado mal, pero la tía mola.» La cubana aún le da vueltas a qué demonios quería decir todo eso, pero la psiquiatra se negó a explicárselo y se limitó a sonreírle como si Marcela hubiera aprobado un examen. Después, se despidieron del músico y se fueron. Mientras esperaban el ascensor el olor a marihuana inundó el rellano. A mucha marihuana.

Todo eso fue ayer. Hoy, Marcela tiene aún esa melodía enganchada a las meninges. La improvisación del pianista pelirrojo tenía el aire alegre de la música ancestral de su tierra, pero a ella le sabe a melancolía y a fracaso. Ahora, solo tiene eso. También tiene la convicción de que, al contrario de lo que decía su amiga Amali, la ramera bielorrusa, ella no tiene el control sobre nada. Su destino está en las manos de las dos mujeres que mueven en círculos las cucharillas en el interior de los humeantes cafés con leche.

La cafetería está en una esquina de la plaza de la Virgen. Las tres se han sentado al fondo, lejos de los enormes ventanales que miran hacia la fuente iluminada donde la escultura de hombre que representa el Turia se repantiga sobre un pedestal rodeado de agua. La imagen de piedra casi le da la espalda a la basílica de la Mare de Déu dels Desemparats y a la catedral, como si pudiera protestar así ante la presencia de un cristianismo advenedizo cuando él es un dios antiguo que estaba allí mucho antes. Quizá por ello el escultor puso en su mano derecha una cornucopia llena de frutos, el olvidado emblema de la *Valentia* romana y pagana, y lo rodeó de siete estatuas de ninfas sin más prendas encima que las peinetas de sus tres moños de valenciana. Ellas encarnan las siete acequias con las que se domesticó al viejo río.

Marcela mira a sus dos compañeras de mesa: Cristina y Victoria. Son muy distintas y, sin embargo, también son parecidas de un modo que la cubana no puede

explicar, solo sentir. La primera es una mujer menuda y delgada, casi consumida. Aunque andará por los cincuenta recién estrenados, su magra constitución la hace parecer mayor a causa de las arrugas que se acumulan en los bordes de los ojos y en las comisuras de sus labios. Lleva el pelo corto, peinado con raya al medio y una expresión de pérdida y dolor en su mirada que contrasta con sus ademanes cariñosos, su voz aguda pero dulce y su aparentemente infinita capacidad para escuchar. Sin embargo, Marcela ha notado en ella algo oscuro y vacío que jamás había percibido en sus charlas en la consulta de Psiquiatría Infantil del Centro de Especialidades del Grao. Más que en ella ha sido en su casa. La ex prostituta ha dormido en una habitación para invitados que tiene la doctora. La pieza constaba de una cama, un sofá, un par de estanterías perfectamente ordenadas y llenas de libros sobre psiquiatría y un armario empotrado. No había cuadros. Ni plantas. Ni siquiera fotos. Ni donde ha dormido ni en el resto de la vivienda. Los muebles eran nuevos, de buena calidad, pero sin alardes y muy funcionales. Todo parecía estar en su sitio, en armónica proporción respecto a tamaños, colores y estilos. Sin embargo, allí no se sentía un hogar. El apartamento parecía un quirófano. O una morgue. O una tumba. Incluso el caos sucio y desordenado de la residencia del extraño músico pelirrojo tenía un aspecto más acogedor que el piso de la doctora Llorens.

La otra mujer, la inspectora Victoria Rocafull, se recorta contra la pared de color ámbar como el reverso de la misma moneda. Si Cristina es flaca y nervuda, Victoria es de formas rotundas y volúmenes generosos, pero sin llegar a la gordura ni a la flaccidez. Sujeta su media melena, negra y abundante, con unas gafas de sol de buena marca. Donde Cristina habla con suavidad, Victoria lo hace con vehemencia e incluso Marcela nota cómo, a veces, se controla a sí misma para no levantar la voz más de la cuenta. La ex prostituta cubana no se atreve a hablar. Como si fuera una colegiala a la que han pillado en falta y que escucha cómo deciden su castigo, bebe cada sílaba que sale de sus bocas:

—Lo que es imposible —dice Victoria— es incluirla en un programa de protección sin denuncia, Cristina. No es que yo no lo pueda hacer, es que no lo puede hacer nadie.

—Eso ya lo sé, Victoria —asiente Cristina—. Por eso quería verte y venir con ella. El problema es que no hay a quién denunciar.

—Marcela, cariño —inquire la policía—, ¿tú estás segura de que no podrías identificar a tu agresor? ¿Ni un nombre de pila? ¿Ni un apodo? ¿Nada?

—No, señora. Lo lamento muchísimo. No lo había visto en mi vida antes de que me cagara a golpes.

—¡Vaya incordio! —lamenta Rocafull—. Si no hay un mínimo grado de parentesco o conocimiento entre la víctima y el agresor, no lo puedo incluir como un caso de violencia de género, sino como una simple agresión, porque entiendo que no hubo ningún abuso sexual ni intento de violación ni violación propiamente dicha, ¿no?

—No, señora, no —contesta la cubana—. Nada de eso.

—Y, por lo que me has contado, tampoco se puede presentar una denuncia por robo, ¿no es así?

—Así es, Victoria —interviene Cristina—. Eso está descartado por completo. Ya sabes de dónde venía ese dinero, lo que pondría a Marcela en una situación muy comprometida. No se puede dejar de lado que ella solo era una intermediaria, pero cómplice al fin y al cabo, aunque fuera por obligación.

—Sí, sí, Cristina. Lo comprendo. La verdad es que no sé por dónde tirar. En fin. Vamos a lo otro. Pensábamos que tu... —Victoria duda ante Marcela buscando la palabra exacta— tu... Alfredo era el final de la cadena de, digamos, la recaudación de las chicas y que el otro... ¿cómo se llamaba?

—Óscar, señora —contesta la cubana—. Yo lo conocía como Óscar.

—¡Eso, Óscar! Digo que el tal Óscar era el que estaba a pie de calle cogiendo los billetes uno a uno pero, por lo visto, había, por lo menos, otros dos que son los que fueron a verte al bar.

—O quizá tres —interrumpe Cristina— si contamos el que agredió a Marcela.

—Exacto. Tres. Y eso que no sabemos quién estaba por encima de Alfredo Montesinos, ¿no?

—Nunca me lo dijo, señora.

—¡Ay, cielo! —protesta la inspectora Rocafull—. ¡Deja de hablarme de usted y de llamarme señora! ¡Es que me da la sensación de que tengo ochenta años, leñe!

—Lo siento, señora... digo, Victoria.

—Mucho mejor así. ¿Por dónde íbamos? Montesinos... digamos que salió de la circulación sin que pudierais averiguar si la organización terminaba en él o seguía más para arriba, ¿no?

—Sí —contesta Cristina mientras baja la cabeza—. Pensamos que con lo de Óscar, quien fuera se pondría nervioso y cometería algún error. Sin embargo, no parece que les haya importado.

—Con permiso —interviene Marcela con un hilo de voz, algo avergonzada de interrumpir la conversación de las dos mujeres—. Igual no sirve para nada, pero Fredito, a veces, me decía que se tenía que ir al puerto.

—¿No sabes para qué? —pregunta Victoria—. ¿Ni a quién iba a ver?

—No, señora.

—¡Y dale con lo de señora!

—Perdón. No, nunca supe a quién iba a ver ni qué hacía allí. Tampoco me importaba, ¿sabe? Le odiaba tanto que con tal de perderlo de vista me conformaba y me daba igual si se iba al puerto o al infierno.

—¿Se llevaba dinero? —cuestiona Cristina—. ¿Nunca guardó efectivo en casa?

—Jamás, doctorcita. O yo no lo vi nunca. A mí me daba lo justo para ir a hacer la compra y le tenía que dar el *ticket* y las vueltas si no quería llevarme un guantazo. Él pagaba la luz, el agua y el teléfono siempre en efectivo y en persona.

—Lo que está claro —expone Victoria— es que los dos sujetos que te visitaron en el bar y el energúmeno que te atacó eran subordinados de Alfredo y de Óscar, o de uno de los dos porque, si no, no se habrían tomado tantas molestias en hacerse entender para que entregaras el dinero a quien consideraban su jefe, ¿no?

—Así es, señora.

—Bien. —Victoria alza las cejas ya rendida a la evidencia de que la cubana no la va a llamar jamás por su nombre de pila—. En todo caso, si había alguien más por encima de Alfredo, o no se ha enterado todavía de lo que ha pasado o, si lo ha hecho, no le importa en absoluto.

—Pero las chicas continúan haciendo la calle —apunta la psiquiatra—. Y haciendo dinero que alguien debe estar recaudando, ¿verdad Marcela?

—Supongo, doctorcita. Hace días que no veo a Alike ni a ninguna de las otras, así que yo diría que sí.

—Imagino —asegura la policía— que estos dos, o estos tres, seguirán exprimiéndolas a la espera de que Alfredo u Óscar vuelvan a aparecer. Eso quiere decir que tenemos unos días de margen.

—¿Y qué vas a hacer?

—De momento —concluye Victoria— voy a repartir entre los patrulleros la descripción de los tres sospechosos. De los más jóvenes no tengo muchas esperanzas, pero del viejo, si tal y como dice Marcela va por ahí con esas pintas, con esa especie de camisón de colores y el gorrito de cuentas, es posible que suene la flauta y lo trinquemos. También hablaré con los de Extranjería para ver qué saben de locales donde estén los *colacaos* esos.

—*Babalawos*, Victoria —corrige Cristina con una sonrisa—. Son los sacerdotes de la religión *orisha*.

—¡Joder con el nombrecito! Eso, *babalawos*. Que no se me olvide.

—¿Y lo del robo? —pregunta Cristina—. ¿Por qué le robarían si, en teoría, se trataba de su propio dinero?

—No estamos hablando de hermanitas de la caridad, cariño. Uno de los dos, o el viejo o el joven, decidió sacarse un extra y que el marrón, ante quien fuera, se lo comiera la pobre Marcela. El plan era perfecto.

—Eso es, señora. —A la cubana le tiembla la voz y se le llenan los ojos de lágrimas—. ¡Y aún no me explico cómo me encontraron! ¡Por favor, señora! ¡Por favor, doctorcita! ¡Tienen que ayudarme!

—Cálmate, Marcela, cálmate —dice Cristina—. No te va a pasar nada. No te preocupes. Vamos a encontrar una solución.

—¡Eso es, cariño! —dice Rocafull—. ¡En peores situaciones que esta me he visto! No llores.

—Pero ¿qué es lo que voy a hacer? ¿Dónde puedo ir? Si —Marcela se dirige a Cristina— la señora dice que no puedo entrar en uno de esos programas especiales para maltratadas ni como colaboradora de la Policía para detener a los chuloputas y ni



siquiera puedo denunciar el robo porque me llevarían presa, ¿qué hago? ¿Adónde voy? Me van a encontrar, doctorcita. Me van a encontrar.

Cristina Llorens y Victoria Rocaful full cruzan las miradas mientras, a la vez, colocan sus manos sobre los hombros de la cubana, que llora desconsoladamente con la cabeza enterrada en el hueco de sus brazos apoyados sobre la mesa.

—Cristina: ni la Policía, ni los servicios sociales ni los juzgados pueden ayudar a esta mujer. Creo que solo nos queda una opción.

—La Tía.

—Así es, cariño: la Tía.

—¿Quién es la Tía? —pregunta Marcela—. ¿Es una familiar de ustedes?

—Más o menos —contesta Cristina—. Pero no te preocupes, Marcela. Te gustará.

\*\*\*

—¡Charo! ¡Charito! —Mercedes grita mientras levanta la punta del visillo para echar otra ojeada temerosa al exterior—. ¡Charo, ven corriendo! ¡Mira, mira!

—¿Qué pasa? —contesta su hermana pequeña desde la cocina—. ¡Espera un momento, que tengo esto en el fuego!

—¡Que te lo vas a perder, niña! —insiste la anciana—. ¡Ya están subiendo otra vez! ¡Ven!

Charo aparece en la puerta de la sala de estar secándose las manos en el delantal. Su octogenaria hermana está sentada en el sillón, el cual, a pesar de su considerable tamaño, a duras penas contiene entre sus hechuras el enorme volumen de Mercedes.

—¿Qué es lo que me voy a perder? —dice cuando se arrima a la ventana—. ¡No iba a dejar que se me quemara la tortilla!

—¡Mira, mira! —Mercedes vuelve a levantar un poco la cortina; lo justo para que ambas lancen una mirada furtiva—. ¿Las ves? Allí, en la finca abandonada. ¡Si hasta llevan cirios en la mano como si fueran a una procesión! ¡Ay, *Mare de Déu*! ¡Ya te decía yo que allí pasaban cosas raras! Pero tú, ¡ni caso!

Charo ignora la enésima regañina que se lleva esta tarde porque se ha quedado absorta mirando la escena. No puede reprimir un escalofrío de aprensión que recorre su espina dorsal. Su hermana mayor no chocheaba. Una docena de mujeres, la mayor parte negras o mulatas, pero también vislumbra una melena rubia, acceden al edificio casi en ruinas que se recorta al otro lado del solar. Aguardan en una fila porque a través del boquete en el muro con el que tapiaron la puerta de acceso al zaguán solo pueden entrar de una en una. Algunas ya han encendido las velas que llevan en las manos. Las bujías embutidas en el interior de los cilindros de plástico rojo dibujan auras escarlatas que tiemblan en el aire cargado de sal. Unas llevan minifaldas tan pequeñas que apenas les tapan el trasero, combinadas con blusas ceñidas y breves para mostrar espaldas tentadoras y escotes de vértigo; otras, más audaces, desafían en ropa interior al viento gélido que el mar escupe. Si Charo se hubiera topado con

alguna de ellas en otra situación o en otro momento, se hubiera escandalizado al verlas así, medio desnudas. Sin embargo, ahora percibe algo verdadero, profundo y hasta respetuoso en esa cola de putas que aguardan su turno en un solar lleno de porquería para entrar en un edificio en ruinas.

—¿Qué te decía yo? ¿Eh? —pregunta Mercedes—. Al principio venía una o dos, pero ahora, fíjate. ¡Habrán una docena por lo menos! Y ya se ven como suben... ¡Mira, mira!

En efecto, las ventanas sin marco ni cristal se tintan con las luces rojas que titilan conforme las portadoras de las velas van ascendiendo por el interior del inmueble abandonado. Las aperturas de la fachada se iluminan con un halo sanguinolento como si fueran las cuencas vacías de una calavera poseída por un espíritu demoníaco de los que salen en una película de terror de las malas. Tras guardar el riguroso orden de acceso, la última de las prostitutas callejeras es tragada por el agujero del muro reventado a martillazos. En el último piso, la claridad bermeja crece en intensidad según las mujeres van llegando a su destino. Mercedes y Charo, que ahora están tan intrigadas como atemorizadas, han corrido del todo la cortina de ganchillo para no perder detalle de lo que pueda ocurrir ahí arriba. No parece importarles que las participantes de tan extraño rito las vean.

Tras unos instantes, un resplandor blanquecino se escapa por la brecha por la que han entrado las furcias. Un hombre gordo, alto, de pelo enmarañado y barba crecida sale gateando del agujero. Su enorme corpachón apenas pasa por el acceso y, por eso, la pequeña linterna que lleva en la mano proyecta un haz de luz que baila enloquecido en el aire mientras se arrastra para abandonar el edificio. Ya fuera, se sienta en los escalones y apaga el farol eléctrico. Luego, hurga en el mugriento anorak sucio con el que se protege del frío y saca un paquete de tabaco. Cuando el encendedor vuelve a iluminar al recién llegado, Charo se percata de que, en la otra mano, aferra una tranca hecha con el travesaño de un palé. A la distancia en la que está, no más de cien metros, ni ella ni su hermana Mercedes pueden distinguir los clavos atravesados que sobresalen en el otro extremo.

—Merche —dice Charo—, ¿conoces a ese?

—Sí. Es un mendigo borracho que siempre anda por aquí. A veces también lo he visto pedir limosna en la puerta de la iglesia de los Ángeles. Le llaman Bichos, creo, porque siempre va con un matamoscas en la mano pegándose en las piernas como si le subieran cucarachas o moscas. Un pobre desgraciado.

Charo vuelve a mirar por la ventana. La brasa de la punta del cigarrillo delata la presencia del indigente hasta que el diminuto punto anaranjado sale disparado desde su rincón de negrura para estrellarse entre chispas efímeras en medio de la oscuridad. La cara del Bichos vuelve a aparecer ante la pequeña llama del mechero. Durante una fracción de segundo, la mujer se fija en el rostro macilento y sucio del fumador. Dice Mercedes que es un retrasado mental alcohólico que mendiga por las calles del Cabañal. No obstante, Charo percibe en él esa determinación de quienes quieren

hacer bien el trabajo que les ha sido encomendado. Es solo una intuición. O quizás es una tontería provocada por el breve fogonazo de la llama del encendedor y su imaginación.

—¿Qué hacemos, Charo? —La angustia se nota en la pregunta de Mercedes—. ¿Llamamos a la Policía?

—¿Para decirles qué? —responde—. ¿Que hay putas con velas de cementerio en un edificio abandonado? ¿Te crees que no lo sabrán ya?

—¡Seguro que no están haciendo nada bueno! —protesta la anciana—. ¡A ver si los vecinos no vamos a poder vivir tranquilos! ¡No hay derecho a que estén por aquí! ¡Todas negras y mulatas y...!

—¡Cómo que estarán ahí por gusto! —corta Charo. No sabe bien por qué tiene la necesidad de defender a esas mujeres, pero necesita hacerlo—. Además, a ti no te han hecho nada. Ellas están ahí a su marcha y nosotras aquí a la nuestra. ¿Qué más te da?

—¿Cómo que qué más me da? —se indigna la octogenaria—. ¡A saber qué están haciendo ahí arriba! ¿Y si están... están... están con hombres?

—¿Has visto entrar alguno? —Charo señala por la ventana—. Porque yo solo he visto salir al gordo. Y, además, mejor que atiendan ahí dentro que justo abajo en el solar, ¿no? Vamos, digo yo. Por lo menos, si están en la finca no las ve nadie.

—Si es que, Charito —suplica Mercedes—, a mí no me importa mucho que se metan ahí con los que se van de putas. Lo que pasa es que Gladys cree que hacen brujería ahí arriba. ¡Vienen todas las tardes a estas horas y cada vez son más! Yo, ¿qué quieres que te diga? Tengo miedo. Ya está.

—¡Acabáramos! —exclama—. ¿Tú por qué haces caso a lo que dice esa chiquita? Eso no son más que bobadas. Quizás allá en su tierra pasen esas cosas, pero ¿aquí? ¡Vamos, anda! ¡Parece mentira, Merche! ¡A tus años!

Las hermanas vuelven a mirar por la ventana. El punto brillante naranja del cigarrillo del guardián es un minúsculo faro perenne en la oscuridad que, a intervalos regulares, se duplica y una de sus partes sale despedida. Es evidente que el Bichos enciende un pitillo con la colilla del otro. Charo piensa que, mañana mismo, tiene que hablar con la chica que cuida a su hermana y decirle que Mercedes, a su edad y tras tantos años viuda, se ha convertido en una anciana impresionable a la que no le conviene que le cuenten relatos de brujas. «Se lo dejaré clarito —piensa—, vaya que sí. Y como lo vuelva a hacer, la tiro a la calle y otra. Como si no hubiera para elegir entre las panchitas para cuidar abuelos. Das una patada y salen veinte. E incluso más baratas que esta, seguro.»

—¡Bueno! —proclama Charo mientras vuelve a echar la cortina—. ¡Dejamos a las pobres muchachas con sus asuntos y nosotras, a lo nuestro! Te he hecho una tortilla a la francesa para después del hervidito que te voy a tener que calentar otra vez, porque se habrá quedado más frío que los pies de Cristo. ¡Ale, a cenar!

—Oye, Charito —dice Mercedes con un hilo de voz—. ¿Por qué no te quedas conmigo esta noche?

—Mujer, aún no tengo mucha hambre, porque como a ti te gusta cenar tan temprano, pero si me pongo...

—No, no. Me refiero a que te quedes a cenar y a dormir. Con eso ahí fuera, no me apetece quedarme sola esta noche. Mañana ya viene Gladys, que me hará compañía, pero... por favor.

Charo mira a su hermana. «Así se acaba —reflexiona—. Llega un momento en el que llegarás a donde estabas yendo y mi Mercedes ya lo ve: el final. Durante años afrontas lo que la vida te quiera enviar, bueno o malo. A veces solventas los problemas y otras los problemas te solventan a ti, pero más o menos, vas tirando. Y pasa el tiempo. Algunos, como Mercedes, parecen capaces de resistir siendo ellos mismos, pero en las últimas vueltas del camino, se vuelve a estar tan indefenso y asustado como al principio.»

—Vale. No te preocupes. Me quedo. —Charo se va a la cocina—. Voy a hacerte otra tortilla y yo me comeré la fría. Luego llamaré a Rogelio y que se abra una lata de sardinas para cenar o que coma lo que le dé la gana, aunque no sea de la dieta.

—Gracias, Charito. —A Mercedes le tiembla la voz—. Muchas gracias.

—¡Ya ves, mujer! —grita desde el fogón para que su hermana la oiga—. Oye, ¿tienes un camisón para mí? Así no vuelvo a casa. ¡No voy a acostarme en la habitación de Gladys! ¡Ja, ja, ja! Fíjate. Vamos a dormir las dos juntas en la misma cama, como cuando yo era pequeña y tenía miedo y me metía en la tuya y tú te quejabas al principio, pero luego siempre me dejabas, ¿te acuerdas?

Mercedes se acuerda. Claro que se acuerda. Vuelve a mirar por la ventana. Al otro lado, todo está igual. Las ventanas del último piso siguen rojas y el punto anaranjado de la puerta continúa en el mismo sitio. En sus ojos quemados por el sol durante más de ochenta veranos brilla una lágrima. Se acuerda de lo que dice su hermana. Claro que se acuerda. De todo lo que tiene, mucho o poco, es lo que más valora por encima de cualquier otra cosa: sus recuerdos.

La prudencia aconsejaba que se hubiera marchado en cuanto terminó el trabajo. Sin embargo, no lo ha hecho. Y está disfrutando de su decisión más de lo que esperaba. Leyó en alguna parte que una universidad norteamericana había hecho uno de esos experimentos estúpidos que solo se les ocurren a ellos. El estudio consistía en una gran encuesta en la que preguntaban a los participantes qué poder sobrenatural les gustaría adquirir. Para elegir, entre otros, estaba la capacidad de volar, la de leer las mentes, la de poseer una fuerza descomunal, la de curarse las heridas milagrosamente o la de volverse invisible a voluntad. Más del ochenta por ciento de los encuestados eligieron la última opción. ¿Por qué? Pues porque todos ellos buscaban poder hacer lo que quisieran desde la más absoluta impunidad. «Claro — reflexiona—. Si nadie puede verte, no hay más límite que tu imaginación. Ese es el verdadero poder de Dios. Por eso no se le puede ver. Y por eso hace lo que le da la gana sin consecuencia alguna.»

Así se siente ahora mismo: como Dios. Y no es una frase hecha. Tan invisible como impune. El viaje a Valencia tenía que haber durado lo estrictamente necesario para realizar la tarea encomendada, pero la ciudad de sus años de juventud ha sabido atraparle con unos encantos que ya había olvidado. Infectó con pornografía infantil el teléfono móvil del notario Juan Sanahuja y, tal y como se esperaba, solo hizo falta una llamada de advertencia realizada por alguien que no quiere conocer para que el escribano entrara en razón. Él cobró lo pactado por el procedimiento habitual —una transferencia bancaria a una de sus cuentas en Gibraltar— y asunto concluido a plena satisfacción de ambas partes. Los que le han contratado, como muchos otros, piensan que es italiano y ni siquiera pueden sospechar que, en realidad, es español. Supone que ahora le creerán de vuelta en Roma. O quizá no. Lo cierto es que le da igual. Para ellos, y para sus otros clientes, él es un número de teléfono escrito en un papel que se entrega en mano y entre gente de confianza. Nadie le ha visto la cara: es un conjunto de cifras y un resultado garantizado. Por eso se siente invisible.

Además, paseando ahora por el jardín en que convirtieron el viejo cauce del Turia, también se siente impune, lo cual es todavía más placentero. Hay algo agradablemente físico, sexual incluso, en la sensación de haber realizado la más horrible de las fechorías y que no te lo puedan reprochar ni castigarte por ello porque nadie lo sabe. Por eso ha llegado hasta aquí. Recuerda de sus tiempos del seminario los fundamentos de los siete pecados capitales así como las siete virtudes cristianas para hacer frente a las tentaciones que traen consigo. Como ha hecho siempre desde aquel día de la clase de Nietzsche, siguió su propio criterio para elegir lo que más le convenía. De los siete vicios se quedó con cuatro: avaricia, lujuria, ira y envidia. Y de las virtudes adoptó tres: humildad, templanza y diligencia, es decir, los reversos de la soberbia, la gula y la pereza. Es posible que, gracias a esta combinación, haya conseguido hacerse invisible y quedar impune, lo cual es otra manera de decir que ha

logrado vivir según sus propias normas.

El aire de la mañana de enero huele a limpio como solo se percibe cuando se está ante un nuevo comienzo, cuando se tiene la sensación de que todo empieza desde cero. Han pasado más de dos décadas y la razón por la que abandonó Valencia ya ha prescrito suponiendo que alguien aún lo persiguiera, porque el caso, policial y judicialmente, quedó cerrado en el momento en que encontraron a Santiago en aquella bañera del piso de alquiler de Lliria, con las venas abiertas, un blíster de Valium vacío, una carta donde lo explicaba todo y varias fotografías del angelito pelirrojo desnudo frente a una pared encalada. Ahora, aquel querubín músico debe tener, si sigue vivo, poco más de treinta años. Cada vez está más convencido de que es por su causa por lo que está prolongando su estancia en Valencia más de lo que sería recomendable. Su agudo instinto le dice que no es seguro, pero de algún modo, casi le apetece encontrárselo. Volverlo a ver y disfrutar de la visión de la ignorante víctima ante la presencia de su verdugo. Sería divertido, porque, a fin de cuentas, es invisible. Y es impune.

Se asombra de lo concurrido que está el Jardín del Turia en esta mañana del primer domingo del año 2015. El sol, por fin, ha salido sin que ninguna nube cuestione su hegemonía en el cielo y los valencianos, que no soportan más de dos días seguidos de lluvia sin deprimirse, se han lanzado en tropel a disfrutar del armisticio brindado por el clima. No hay actividad lúdica que no tenga representación en algún rincón de los nueve kilómetros de vergel lineal, a pesar de los numerosos charcos y la humedad que desprende la tierra. La gente va en bicicleta, corre, pasea, hace taichí e incluso ha visto un grupo que bailaba viejas canciones de *swing* americano de los años treinta. El viejo cauce que él recuerda de finales de los setenta y principios de los ochenta era una cicatriz polvorienta y vacía que cruzaba la ciudad con algunos tramos ajardinados y que era, sobre todo, territorio de putas, chaperos — algunos deliciosos, si mal no recuerda— y los primeros yonquis. En treinta años, aquellos pinos raquíuticos se han convertido en titanes de coronas esmeraldas rodeados de césped cuyo verde embriaga.

Ha decidido dar un largo paseo, porque de su lista de virtudes y pecados capitales, ha alterado un poco el orden de preferencia durante estas vacaciones valencianas. Ha cambiado la templanza por la gula y el resultado ha sido tres jornadas de comilonas a cada cual más suculenta. Se ha deleitado con un contundente *arròs amb fesols i naps* (arroz con alubias y nabos), pero hecho con pato de la Albufera en vez de con carne de cerdo como dicta la receta tradicional. La misma noche se calzó una más que generosa cena de tapas bien acompañada de un tazón de pericana, la deliciosa salsa hecha con aceite de oliva, pimiento seco y migas de *capellanet* en salazón que le trasladó al Alcoy de su niñez. Al día siguiente, en el restaurante La Genuina, en la cercana pedanía de Pinedo, disfrutó de lo lindo con un *arròs amb carranc*, un arroz con cangrejos con todo el sabor del Mediterráneo concentrado en su caldo espeso y anaranjado. Le costó un poco encontrar *bunyols de carabassa*, ya que estos dulces de

sartén invaden todas las esquinas y bares de la ciudad durante las fiestas falleras, pero después desaparecen salvo en unos pocos sitios, pero al final se salió con la suya. De eso hace apenas una hora y media, de hecho. Por todo ello, está dando una larga caminata por el Jardín del Turia a paso vivo. A sus años, el pecado de la gula tiene consecuencias.

Si alguien se molestara en fijarse en él, lo olvidaría a los diez minutos. Podría pasar por un profesor de instituto, un funcionario o el empleado de un banco. En resumen, uno del montón. Con calzado cómodo, un pantalón vaquero, camisa a cuadros y un anorak deportivo, es uno de los miles de paseantes que disfrutan del suave invierno valenciano. Si a ese alguien le dijeran que el señor de cabello dorado con vetas blancas, barba cerrada y gafas de sol que camina por las veredas del jardín es uno de los mejores piratas informáticos de Europa cuya habilidad conocen muy pocos y que, además, pagan muy bien por ella, no podría creerlo. Esa es una de sus características que más le divierte. La gente, en general, piensa que un *hacker* «o mejor dicho —piensa— un *cracker*, como yo—, suele ser un veinteañero imberbe, de pelo largo o con rastas, vestido con camisetas con anagramas de grupos de rock, que se mueve por ahí en monopatín con la capucha puesta y el portátil en la mochila». Nada más lejos de la realidad. «Han sido muchos años de estudiar Matemáticas, Física, Programación, Lenguajes Informáticos y, sobre todo, desarrollar el pensamiento lateral, o sea, la capacidad de buscar una solución inesperada para cualquier problema. Eso se consigue a fuerza de años. Como la música. Como en todo.»

La cúpula de cerámica azul del Museo San Pío V, la segunda pinacoteca de España tras el Museo del Prado, llama su atención. Recuerda haberlo visitado hace décadas, nada más llegar a Valencia, para contemplar el más famoso de sus tesoros: el único autorretrato, junto a *Las Meninas*, de Velázquez firmado por el propio pintor sevillano. Se desvía por la vereda hacia la marginal izquierda del Turia para subir por la rampa con la intención de entrar en el museo y volver a verlo. Sin embargo, ya junto a la fachada neoclásica del edificio y ante la considerable cantidad de gente que aguarda para entrar al recinto, se lo piensa mejor. Además, la mañana es espléndida y le apetece seguir paseando.

Sigue con su camino en dirección opuesta al mar. Deja a su espalda los perfiles de los edificios de la Ciudad de las Artes y las Ciencias que se recortan contra el cielo azul como si fueran un grupo de osamentas de animales que el sol ha blanqueado. Quizá termine el día allí, aunque, *a priori*, el alarde arquitectónico de hormigón albino no le atrae. A lo mejor se plantearía asistir a una ópera o a un concierto en el Palau de les Arts, pero recuerda lo que ha leído esta mañana sobre su programación y, en estos días, solo hay zarzuela. Y detesta la zarzuela.

Continúa caminando por la acera con la intención de bajar de nuevo al cauce por una de las rampas que están junto al puente de la Trinidad. Al pasar por delante de la puerta principal del monasterio que lleva el mismo nombre que el paso elevado sobre

el río, un grupo de gente que se dispone a entrar a la misa de doce llama su atención. Busca entre los rincones de su memoria algo sobre el edificio que tiene delante, pero no encuentra nada. Llega a la conclusión de que en sus años de estudiante en esta ciudad jamás visitó el complejo monástico y, dado que las puertas están abiertas, decide echar un vistazo. Ni por asomo piensa quedarse a todo el servicio religioso, pero considera que el interior del templo puede ser un buen sitio para tomarse un respiro, ya que la caminata empieza a pesarle en las piernas.

Se sienta en uno de los últimos bancos para admirar la decoración barroca del interior del templo. En un folleto que ha cogido en la entrada lee algo de la historia del conjunto de edificios religiosos y de los tesoros que alberga, como el manuscrito autógrafo del *Vita Christi*, una biografía de Jesús a través de los personajes femeninos que le rodearon y que fue la primera escrita en valenciano por una mujer, sor Isabel de Villena, abadesa del convento entre 1463 y 1490. Una obra, según lee en el prospecto, que fue todo un *best seller* en su época, con mayor éxito, incluso, que su casi contemporáneo *Tirant lo Blanch*.

Tras terminar la lectura, se dispone a contemplar los detalles del interior de la iglesia. No puede evitar fijarse en el piano que está en un lateral del altar mayor. Sin embargo, es el curioso grupo que entra por uno de los accesos del templo el que captura su interés. Dos monjas clarisas acompañan a un viejo sacerdote en su silla de ruedas. Por unos instantes, no le presta más atención que la lógica ante una circunstancia así, pero, por puro azar, sus pupilas se cruzan con las del cura. Y entonces, por primera vez en muchos años, siente una punzada de miedo, porque ha dejado de ser invisible.

Es él. No hay duda. Los años lo han doblado hasta casi la inmovilidad y han arrugado su piel hasta dejarlo casi irreconocible, pero la mirada, a pesar de la edad, sigue siendo tan inquisitiva y profunda como siempre. Es don Agustín Sanús Carceller, el padre Agustín. Era el director del colegio Santa Clara de Asís, donde él era profesor de Matemáticas y Física. Donde también trabajaba Santiago, ex seminarista como él, dando clases de Inglés y de Música. Y donde, un día de febrero hace más de veinte años, dijo que renunciaba a su puesto docente y que se marchaba.

Lo peor no es que haya reconocido a don Agustín: es que está convencido de que el anciano clérigo también lo ha reconocido a él. El sacerdote, conforme es llevado por las dos monjas hacia las primeras filas, no deja de girar la cabeza hacia donde él está casi desesperadamente para no perder, en vano, el contacto visual. El cura se agita en su silla de ruedas como si el asiento ardiera ante la extrañeza de las dos religiosas que no entienden por qué quiere que le den la vuelta allí mismo, en medio del pasillo central que se abre entre las filas de bancos.

No piensa darle al anciano la oportunidad de que le vuelva a echar otro vistazo. Se vuelve a colocar las gafas de sol y se levanta como accionado por un resorte. Para cuando las dos religiosas, al final, acceden a voltear a don Agustín, él ya ha desaparecido. Ya fuera del templo, desafía el tráfico que discurre por la calzada para



cruzar hasta el pretil del río, casi esquivando los coches. Una vez al otro lado, baja a zancadas la rampa. El frescor de la vegetación le tranquiliza lo suficiente como para analizar la situación. No pasa nada. Solo es un viejo chocho más muerto que vivo que, aunque pudo sospechar todo lo que quiso, jamás consiguió llegar a una conclusión. Y todo eso ocurrió hace casi cinco lustros. No pasa nada. No hay nada que temer. Se ajusta las gafas de sol, que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz a causa del sudor generado por la carrera y se dispone a continuar con su paseo. Esta vez cambia de dirección y se dirige hacia la desembocadura del río sin agua que cruza la capital. Quizá sea culpa del inapropiado sol del gentil invierno valenciano, o es posible que esta ciudad —con la luz que muestra sus mil tentaciones— intensifique sus ya intensos apetitos. A pesar del desfile de comilonas con las que se ha homenajeado estos días, decide que no abandonará Valencia sin degustar un *arròs del senyoret* de delicioso marisco pelado, con toda probabilidad, en La Marcelina, junto al mar. Y también le apetece música: tocar. Ha leído en alguna parte que hay un garito en el Cabañal donde los domingos por la tarde se organizan *jam sessions* de jazz y no queda lejos del centenario restaurante. Sí. Es un buen final para un buen reencuentro con la urbe de su juventud. Mañana volverá a Roma. Se acaba de convencer de que vuelve a ser invisible. E impune.

\*\*\*

Julián Cano Quirós acaba de atascar, por cuarta o quinta vez, los rodillos dentados de la máquina de triturar papel. «Imbécil, imbécil, imbécil.» Lleva hora y media destruyendo documentos. La impaciencia y la angustia han provocado que se le olvide que la ranura de entrada del artilugio tiene una capacidad limitada para convertir los folios en tiras finas y, por eso, el excesivo grosor de la última porción de páginas impresas lo ha bloqueado. El ingenio es una especie de bidón cuadrangular, de color blanco y con un cuadro de control con botones y luces cuyo manejo entiende lo justo. Como de las cosas tecnológicas (hasta de pasarse la agenda de un teléfono móvil a otro) se ocupa Inma, su secretaria y proveedora de felaciones en horas de oficina, jamás se ha molestado en aprender. Y ahora se arrepiente de ello. Su desinterés por los detalles del funcionamiento de este cacharro, y de muchos otros, fue un gran error; aunque bastante más pequeño que el que cometió cuando se asoció con los rusos. Esos cabrones le han tendido una trampa. «Estoy jodido y bien jodido.» Tanto como para sentirse igual que el taco de legajos con los que ha embozado la trituradora: atrapado y con más de la mitad de sí mismo hecho trizas.

Tira de los papeles para intentar liberarlos del mordisco de las ruedas con cuchillas, aunque los documentos, como si fueran conscientes de que son la prueba de su ruina y de su condena, no aflojan su abrazo. Algunos se rompen y Julián los tira al suelo con furia, pero mantienen su presa delatora en el interior de los rodillos. Se fija en dos teclas con flechas que indican «adelante» y «atrás» como las de los mandos a

distancia de los lectores de DVD y las oprime con desesperación para que los movimientos alternos en sentido contrario hagan que esa boca artificial, como le gusta hacer con la de Inma, se trague todo lo que tiene para ella.

El chisme, así como está, plantado en vertical en el medio de su elegante despacho de paredes forradas de madera y muebles clásicos, provoca el mismo efecto visual que una motosierra sobre la mesa de operaciones de un quirófano.

Entre blasfemias y maldiciones, abre la puerta del compartimento donde caen los hilos de papel. Lo que contienen —o contenían— le pueden llevar a la cárcel. Aun así, considera que hay algo hipnótico en ese caos conformado por la exactitud. Todas las tiras son de la misma longitud y anchura y, juntas, tienen un aire orgánico, como si fuera un ser vivo, un extraño molusco salido de un abismo que ha crecido en el interior de la bolsa de plástico negro; un ser abisal de incontables extremidades cuya única función es señalarle no con un dedo acusador, sino con cien mil. Al ver la madeja de filamentos impresos piensa que, cuando acabe de destruir el contenido de los archivadores que aún le quedan, también debe deshacerse de los restos. «¿Dónde? ¿Cómo?» A su memoria le vienen, confusos y enmarañados como el confeti de oficina que está haciendo, recuerdos borrosos de casos contados en los periódicos de documentación sensible hallada en contenedores de basura. «¿Es posible que alguien pueda reconstruir una sola hoja de lo que hay aquí dentro?» Se convence de que solo pensar así significa que ha visto demasiada televisión «y que estoy demasiado acojonado», pero, por si acaso, mete la mano en el pajar sintético y remueve las briznas: de abajo arriba. Hasta él mismo se sorprende lo mucho que un gesto tan tonto le ha tranquilizado.

«Imbécil, imbécil, imbécil —se dice mientras, por fin, consigue desatascar las ruedas dentadas—. ¿Por qué no miraste el periódico ayer, ni encendiste la tele... ni siquiera pusiste la radio?» Claudia lo tuvo de compras. «Juli, cariño, es que nos va a pillar el toro y, además, hace mucho tiempo que no paso un día contigo, sin las niñas», repite con voz de falsete imitando el tono cansino de su mujer. Y así fue. Las crías se quedaron con Yoani, la criada, y él estuvo de tiendas «... todo el puto día. Que si qué te parece esto para tu madre; esto para mi hermana; había pensado en una corbata de Hermès para mi padre... ¿Para Yoani? No te preocupes, Juli, le daré un par de botellas de vino de las cajas de Navidad que te han mandado al despacho, las más malas. Total, para tener un detalle con ella está bien, ¿no crees? Que tampoco hay que pasarse, oye». El diario se quedó en la mesa baja del comedor, sin siquiera abrirlo; ni leer lo que había que leer. Comieron en un buen restaurante un arroz meloso de alcachofas y pato y se tomaron un par de *gin-tonics* en el Mercado de Colón antes de continuar el peregrinaje de tiendas, bolsas de cartón rígido y pases de tarjeta de crédito. Cuando, por fin, llegaron a casa, estaba tan cansado de andar, tan aburrido de esperar y tan harto de su mujer que apenas se enteró de la película de estreno del canal de pago. Esta mañana «imbécil, imbécil, imbécil», mientras esperaba a que Yoani le hiciera el desayuno, al ojear el periódico atrasado, lo vio.

Dos fotografías se repartían más del ochenta por ciento de la portada. En la superior, un camión portaba un contenedor de transporte marítimo. Era una imagen nocturna, con lo que los perfiles del convoy se confundían con el fondo oscuro. En la de abajo estaba el inconfundible paisaje de esqueletos de chalets sin terminar, iluminados por los potentes focos de los equipos sanitarios y policiales que estaban trabajando allí. El fotógrafo debía estar a cierta distancia, porque en la reproducción se percibía esa textura granulada de las imágenes que han sido ampliadas al máximo, pero, con todo, el entorno lo identificó sin margen para la duda. El titular a cinco columnas chillaba: «HORROR EN EL PERELLONET», en mayúsculas, seguido de un subtítulo que contaba el hallazgo de los cuerpos sin vida de seis menores de edad en el interior de un contenedor enterrado en una urbanización abandonada.

Lo entendió todo: el favor que le pidieron los rusos; la elección de la notaría de Juan Sanahuja; la orden de vender LOSECOSA porque iba a entrar en pérdidas en el momento en que cortaran el grifo del dinero. Entendió mejor el miedo que sintió durante la cena de Nochevieja. Y las sonrisas burlonas de la puta bruja de Modesta y el cabrón cazarro de Tkachov. Y el repentino e inconcebible cambio de opinión del gordo seboso de Sanahuja. «Imbécil, imbécil, imbécil.» Aquella atrocidad, aquella barbaridad era cosa de ellos y, como algo había salido mal, le iban a colgar el muerto a él, o, mejor dicho, las muertas. Seis. Un poco mayores que sus hijas.

Ahora se tiene que arrepentir de tantas cosas que podría escribir cada una de ellas en uno de los espaguetis de papel y quizá no tendría bastantes. Si solo cuenta las de hoy, debe encabezar la lista de estupideces en la primera llamada de teléfono que ha hecho: a Modesta. Ella era el contacto. No tenía otro. E incluso aunque hubiera sabido cómo contactar con Tkachov o con el otro, Steklov, tampoco les hubiera podido decir nada. Ha sido inútil. Una voz grabada le ha dicho que el número no correspondía a ningún abonado. Después, no se le ha ocurrido nada mejor que llamar al notario Sanahuja. No contestaba al móvil y, en su casa, la criada le ha soltado que «el señor y su mamá estaban de viaje por el extranjero». Sin más, se ha vestido, le ha dicho a Claudia una mentira sobre un asunto urgente que le ha costado una mirada de rencor que ahora mismo le importa una mierda y se ha ido al despacho. Yoani se ha quedado con las tostadas de jamón de jabugo cortado a cuchillo y el café americano en las manos.

«Imbécil, imbécil, imbécil.» Tiene que tranquilizarse. Ha cometido dos errores esta mañana y no se puede permitir que el inventario de chapuzas aumente. Una cosa son los burdeles e incluso que alguna puta aparezca muerta en una cuneta de vez en cuando. Eso no le afecta. El mundo es así de cabrón y él, a fin de cuentas, presta un servicio que, si no lo hace él, lo hará otro. Sin embargo, con crías muertas de por medio, se va a remover cielo y tierra. Habrá presión política y los medios de comunicación se volverán locos. Lo registrarán todo, buscarán hasta debajo de las piedras. Llegarán a LOSECOSA y, desde ahí, a él. Y eso si no empiezan por la empresa propietaria desde hace tres meses —aunque la venta se firmó hace tres días

— «del puto solar de El Perellonet que me iban a recomprar. Los cojones».

«Imbécil, imbécil, imbécil», musita mientras se lacera el interior de las uñas con las grapas del último montón de documentos que se dispone a destruir. Esta vez no va a perder los nervios. Coge los folios en porciones de medio centímetro de espesor y la máquina ronronea obediente mientras los hace trizas. Uno. Dos. Tres... Y cuatro. Ya está. Abre la puerta del compartimento y recoge la bolsa. A pesar de su aspecto ligero, casi infantil, pesa. «Claro, imbécil, imbécil, imbécil, hay la misma cantidad de papel que había antes, solo que a tiras.» Arrastra de nuevo la trituradora al cuarto de las máquinas y vuelve a su despacho.

Descorre las cortinas del ventanal. La mañana de domingo es magnífica. Soleada y tibia como corresponde al invierno valenciano. La vista del Jardín del Turia con toda la actividad de ocio que bulle entre sus veredas le tranquiliza. Fija su mirada en el campanario de la iglesia del Monasterio de la Trinidad. Quizá su madre esté dentro, en misa. Ese pensamiento le inquieta y, de dos manotazos, vuelve a correr el cortinaje. «Imbécil, imbécil, imbécil.» No es posible que, asomado en un noveno piso y a esa distancia, la jueza Elvira Quirós pudiera distinguirlo. Calma. El recuerdo de su madre lleva su imaginación a un interrogatorio. Como testigo, en todo caso. No hay nada más. Lo que había está hecho minúsculos jirones en una bolsa de plástico negro.

«Veamos. Sí, señoría, he prestado servicios de asesoría jurídica y legal a LOSECOSA y a muchas más empresas relacionadas con el sector urbanístico. No, señoría, nunca tuve ningún indicio de que esa mercantil a la que usted se refiere pudiera estar cometiendo algún acto ilícito. Sí, en efecto, señoría, la empresa que comparto con mi mujer compró esos terrenos, porque consideramos que podía ser una buena inversión. Sí, señoría, se trata de una firma de proyectos de decoración, pero se amplió su objeto de negocio a la promoción inmobiliaria y compraventa. No, señoría, todavía no hemos realizado ninguna operación en ese campo. No, señoría. Sí, señoría. No, señoría. Sí, señoría.»

Ahora mismo no puede hacer nada más que deshacerse de los restos. Avisará a Inma de que no coja el teléfono si Augusto Tejedor, el gerente de LOSECOSA, llama. Hay que cortar todo contacto con ellos como si tuvieran la lepra. Si el dinero de las putas callejeras, los pisos y lo demás que controlaba el recaudador sigue llegando al puerto, que Tejedor se las componga como pueda. La cuenta de ese cliente estará cancelada en pocos días. Su relación con ellos será, en todo caso, circunstancial. Ahora no quiere pensar en las enormes pérdidas que va a suponer para el bufete que sus mejores clientes, los rusos, hayan desaparecido, pero lo primero es lo primero. En todo caso, se puede reducir la oficina y despedir gente. Una lástima. Inma hacía espléndidas mamadas por la promesa de dejar de ser secretaria. No importa. Se recuperará. «Y siempre hay más Inmas», piensa.

\*\*\*

El zumbido de los murmullos ha terminado por integrarse en la cadencia de bajo continuo con el que bailan las olas sobre la Malvarrosa. El agua da palmadas sobre la orilla fría y, sobre ese ritmo, se levanta el coro asordinado de las voces femeninas. No entonan la misma canción, ni siquiera lo hacen en la misma lengua. Cada una ha rescatado de entre los pliegues de su memoria —o de su ira— lo que ha considerado mejor. Algunas musitan aquella oración aprendida cuando eran niñas y que se sorprenden de no haber olvidado; otras se limitan a repetir el nombre de la imagen tal y como ellas la conocen o prefieren llamarla. Quizá porque es el Mediterráneo el que parece llevar la batuta para tan extraña polifonía, lo que hubiera sido un galimatías de idiomas, tonos, ruegos y maldiciones, se ha convertido en una inquietante sinfonía con dos instrumentos y regida por un pulso obsesivo como el tictac de un reloj.

Hace horas que están aquí, pero no parecen cansadas. Algunas se han arrodillado, protegiendo sus rodillas del suelo áspero con una prenda como almohada. Otras se mantienen de pie. Cada una se dirige a Ella de una manera, pues la Virgen de las Rameras tiene muchos nombres: para las de Nigeria, Benín y Sierra Leona, que son mayoría, es Yewá, pero la rumana la llama *Fecioara Maria* y las dos brasileñas le dicen *Nossa Senhora das Neves*. En la congregación que se ha conformado a su alrededor no hay ninguna que la haya conocido por su nombre en valenciano, *Mare de Déu dels Desemparats* o *Geperudeta*, porque mantiene siempre la cabeza baja mirando a los que necesitan ayuda. Todas sujetan entre las manos su vela embutida en el cilindro de plástico rojo y algunos cirios más se han encendido en las esquinas del espacio diáfano. Las mujeres conforman un semicírculo en torno a la imagen mientras cada una le reza, le habla o, simplemente, la mira.

Alika se ha ocupado de que todas se pusieran chales y pareos para ocultar la mercancía que ofrecen a diario a los puteros. Yewá-Desamparados, la Dueña de la Sepultura, la que Baila en el Cementerio no tolera la desnudez en su presencia. Tampoco la violencia. Aunque, de ese problema, Alika se ocupará más tarde.

La joven está tan esperanzada como asustada. Sabe que solo tendrá esta oportunidad y, por mucho que lo ha pensado una y mil veces, la lista de cosas que puede salir mal es demasiado larga para estar tranquila. Por fin ha conseguido reunir a un buen grupo de ellas. No están todas las que ejercen por las calles cercanas al puerto, pero espera que sean las suficientes para lo que ha planeado. Ha costado mucho convencerlas para que vinieran esta noche a la cochambrosa capilla de Nuestra Señora de las Putas, aunque, al final, lo ha logrado. Al principio, recelaban. Entre las meretrices no es fácil hacer amigas, por mucha miseria e indignidad que se comparta.

Primero fue una por una. Se aproximaba a cada una con las palmas de las manos extendidas hacia delante indicando que solo quería hablar. Otra de las cosas que ha aprendido, por las malas, es que las furcias callejeras son feroces guardianas de sus respectivos territorios. No tienen más remedio. Cada una protege su esquina, su colchón entre la maleza o su rincón en una ruina con uñas y dientes; es ahí donde está

su pan de cada día envuelto en látex y lubricante y no hay nada que pueda enervarlas más que la intrusión de una competidora. Hubo alguna que ni siquiera le dejó acercarse. Otras la despidieron tras hablar con ella como si se hubiera vuelto loca. Con las yonquis no había nada que discutir: para ellas, las más desgraciadas entre las infelices, el futuro no es nada más que hacer lo que haya que hacer para poder pagar la siguiente dosis.

También pensó en probar suerte en uno de los pisos, pero descartó la idea. Demasiado arriesgado. En las viviendas que albergan burdeles clandestinos siempre hay mamis carceleras o, directamente, *masters* de ira fácil y puños aún más fáciles. De hecho, ni siquiera está segura de que alguna de las meretrices que la rechazó no se haya ido de la lengua y que todo lo que ha pensado para esta noche se vaya al garete. No obstante, se tranquiliza cuando ve los bultos de formas vagamente femeninas envueltos en chales alrededor de la imagen de la Virgen de las Rameras y contempla la expresión serena de la imagen. Yewá-Desamparados tiene poder: así se lo ha demostrado. Alika le rogó que aquel *master* acabara como una bombilla: colgando y ardiendo. Y así ha sido. Aquellas manos que le quebraron los dientes a golpes arrebatándole su bonita sonrisa y que le condenaron a hacer mamadas en esquinas oscuras, terminaron en miedo, dolor y fuego. Se lo pidió a Yewá-Desamparados. Y la Madre de las Furcias se lo dio. No sabe cómo. Tampoco lo necesita.

No todas las devotas que rodean ahora la imagen entre sombras y luces escarlatas pertenecían al *master*. Pero sí la mayoría. Un par de ellas tienen otros dueños, pero en las calles se conoce enseguida todo lo que ignora la Policía. Los detalles cambian, aunque la esencia de esa verdad construida con rumores, odios y esperanzas se ha extendido entre las ninfas de polígono, asfalto y descampados. Alika no puede saber cuánto se sabe ni cómo y, por eso, se tiene que conformar, como siempre, con suponer lo suficiente como para que lo de esta noche salga bien. Y si no sale bien, para ella, por lo menos, se habrá acabado. Solo será un salto. Los cuatro pisos tienen que ser suficientes para asegurarse de que nadie la tocará sin su permiso nunca más. Si es que deja que alguien la vuelva a tocar alguna vez.

Se asoma por una de las ventanas sin marco ni cristales. Su mirada hacia abajo solo le enseña la más profunda oscuridad en la que la brasa eterna del cigarrillo del Bichos le indica que el custodio del peculiar santuario sigue firme en su puesto. El indigente, a la velocidad a la que consume el tabaco, no tardará demasiado en acabarse el paquete entero de Fortuna que Alika le ha dado. La joven espera que pase lo que tiene que pasar antes de que eso ocurra. Es más que dudoso que el inocente titán que guarda la entrada sea capaz de mantener la concentración en la tarea encomendada más allá de cinco minutos después de apurar la última colilla. Además, Alika sabe que el Bichos no es rival para el *master* en una pelea, ni mucho menos si a este se le ocurre aparecer acompañado por algún otro compinche. En realidad, el indigente está allí para amedrentar. Para ello cuenta con su enorme tamaño, su expresión estúpida y brutal y, sobre todo, el garrote con clavos que le han dado y que

solo suelta —tal y como le han dicho— cada vez que debe encender otro cigarro. Su misión es conseguir que, con su mera presencia, cualquier toxicómano o mendigo que piense que el edificio abandonado es un buen sitio para refugiarse cambie de idea.

El resplandor de las luces de un automóvil que acaba de doblar una esquina lejana y que se dirige hacia el edificio llama la atención de Alika. El coche avanza con sospechosa lentitud por la calzada que corre paralela a las vías del tranvía. Hasta que no pase por debajo de alguna farola más próxima no podrá distinguir si es el Ford Escort azul lleno de abolladuras del *master*. «¿Por qué le sigo llamando el *master*? —se pregunta la nigeriana—. En cuanto les otorgamos ese nombre empiezan a tener poder sobre nosotras. No es ningún amo. Solo es un hombre. Otro más. Como las docenas que he tenido entre las piernas o en la boca. También él ha estado allí. Hasta hoy. Hasta esta noche.» Se separa de la ventana y mira de nuevo a la Virgen. La cara de madera policromada parece cambiar de expresión, empujada por las luces sanguinolentas de las diminutas llamas que bailan al ritmo del compás que marcan las olas y la melodía de murmullos que brota de los rezos de las putas. «No es el *master* —le dice a Yewá-Desamparados—. Solo es un cabrón que se llama Sunday Idehen, aunque todo el mundo le llame Duke, ¿verdad, Yewá?» Y la Virgen, otra vez, parece sonreírle bañada entre las sombras rojas con las que le honran sus hijas.

Alika vuelve a mirar por la ventana y el corazón le da un vuelco. No hay duda alguna: es el Ford Escort azul. El coche estará a unos cien o ciento cincuenta metros de la entrada del solar donde se levanta el edificio. Con el pulso acelerado, Alika advierte a sus compañeras que se aprestan a apagar las velas que llevan en las manos. La joven se despoja del amplio chal con el que se cubría y lo usa para tapar por completo la imagen de la Virgen. También extinguen casi todos los cirios depositados en las esquinas excepto unos cuantos próximos a una de las ventanas para que los dos hombres que ya están bajando del coche sepan adónde dirigirse. La docena larga de mujeres se colocan en la pared opuesta en la que han dejado los puntos de luz mientras se deshacen de los mantos que ocultaban sus cuerpos semidesnudos. Como Yewá-Desamparados ya no está allí, la claridad mortecina de las bujías puede volver a esbozar las formas sin aristas hechas de piel de mujer viva. El muestrario de bultos envueltos en telas de colores se convierte en un mercado de carne humana. Sin embargo, esta noche, toda esa carne no está para venderse ni alquilarse. Está allí para matar.

Alika y su compañera de habitación y de desgracia, Princess, se apresuran a trasladar la imagen de la Virgen de las Rameras hacia otro de los rincones: al más oscuro, donde no llega ni la luz de las candelas ni de las farolas de la calle. Con el corazón en un puño, la joven nigeriana se atreve, sin saber de dónde saca el valor para hacerlo, a espiar de nuevo por la ventana.

Ve como Duke ha salido del coche. Su chándal amarillo insulta a la noche, aunque a él no le importa porque también está lleno de cólera. Alika, justo antes de apartarse del hueco, consigue vislumbrar que lleva un palo en la mano. Tiene motivos

para estar cabreado. La nigeriana y sus compañeras han trabajado como de costumbre durante los últimos días, pero a él no le han entregado nada de lo que han ganado. Han ocultado la recaudación tras una montaña de mentiras. Se supone que deben ganar, cada día, doscientos euros como mínimo si no quieren llevarse un guantazo, pero él no ha recibido ni un céntimo. El dinero está bien escondido en la planta de abajo. Y también bien custodiado. Alika decide no tentar más a la suerte y se aleja de la ventana para ocupar su lugar junto a sus compañeras, porque Yewá-Desamparados ya no está entre ellas y no siente su protección. Están solas. O casi.

Ninguna de ellas puede ver lo que está pasando en la entrada del edificio. No obstante, escuchan los gritos y los insultos de Duke y de otro hombre que también ha salido del Ford Escort azul. Y saben quién es el destinatario: el Bichos. Cabía la aterradora posibilidad de que el chulo apareciera acompañado y así ha sido. De todos modos, eso también lo han previsto. Tal y como Alika suponía, el pobre Bichos se ha apartado del boquete, abandonando la tranca con pinchos y gimiendo como un corderito mientras suplicaba que no le pegaran. El gigantesco indigente, incluso, indica entre llantos a los recién llegados dónde están quienes han venido a buscar: «¡Arriba, arriba! —exclama—. ¡Rossy y Princess están arriba! ¡También hay otras! ¡Arriba!» Todas lo oyen. Y se preparan.

Las rameras siempre llevan bolsos grandes. Son muchas las cosas que han de guardar. Más de una docena de manos buscan en su interior hasta que otros destellos de luz rebotada bailan sobre las paredes pintarrajeadas. Los hay de todos los tamaños: desde hojas de poco más de cuatro dedos de longitud a filos de casi un palmo de largo. Alika aprieta el mango del suyo con tal fuerza que nota como los cantos de las uñas le muerden la palma de la mano. Aunque se supone que Yewá-Desamparados se ha marchado, quiere creer que su fuerza está concentrada en esos veinticinco centímetros de acero templado en los que se ha gastado las ganancias de dos servicios completos a otros dos clientes.

Ni Duke ni el otro se molestan en que su ascenso por la escalera sea discreto. El primero va dando voces y golpeando las paredes con el palo mientras las llama por su nombre seguido de un chorro de insultos. Las mujeres aguardan en un silencio mal contenido por respiraciones entrecortadas e incluso algún sollozo sofocado a duras penas. Los gritos y los golpes se acrecientan hasta que la tela amarilla del chándal de Duke se enseñoorea del acceso a la última planta. En la mano derecha lleva la madera —que es el mango de alguna herramienta—, mientras que en la izquierda el foco blanco e intenso de la linterna del teléfono móvil viola las sombras del santuario. Detrás va el otro. La potencia del pequeño farol provoca que el acompañante de Duke solo sea un bulto más intuido que visto por las chicas que, con las manos que empuñan los cuchillos ocultos tras la espalda, y medio cegadas por el fogonazo, se apretujan las unas contra las otras. De manera instintiva se colocan de lado y proyectan codos y rodillas hacia fuera para intentar construir un muro de miedo y huesos que pronto será de dolor y sangre. Duke mueve el haz de luz sobre la hilera de



caras donde el carmín de los labios, la sombra de ojos y el colorete en las mejillas no puede tapar el terror. El proxeneta nota como la ira interna se va convirtiendo en cruel alegría y, quizá por eso, no se percata de que bajo los párpados entornados de las chicas hay pupilas donde vive un odio tan negro y profundo que ninguna luz puede dispersar.

Alika y Princess se han puesto justo en el medio de la fila y tenían motivos para ello. Ambas han supuesto que serían las primeras en atraer la bestial cólera de Duke. Y no se han equivocado. El chulo alza el palo y el primer golpe impacta a Princess en el hombro. La joven de Benín City grita de dolor y su alarido tapa la carcajada nerviosa que, desde la entrada, profiere el otro *master*. Duke le ha dicho que su misión es que ninguna salga de allí cuando empiece la paliza, aunque hay algo que le inquieta porque no esperaban que hubiera tantas. Esperaban a cuatro o cinco, pero él ha contado más de diez cabezas durante el paseo inquieto de la luz del móvil de su compañero. El instinto de supervivencia de Rick —que así se llama— templado por la infernal caminata africana, el hambre, las peleas y la patera, le dice que algo va mal, que esas mujeres deberían haber salido corriendo y chillando en todas direcciones en el momento en el que Duke hubiera levantado el garrote o incluso antes. Sin embargo, allí están todas, pegadas unas a otras, mientras su compañero se dispone a dejar caer el segundo porrazo sobre los aterrorizados bultos que tiene delante.

Entonces, ocurre: la fila se va cerrando en sus extremos formando una herradura en torno a Duke. Rick apenas distingue el brillo de los filos entre las que tiene más cerca. Los gritos de Alika, que ha recibido la segunda descarga, son tapados por una cacofonía aguda de chillidos. Los dedos adornados con laca de uñas barata aferran los cuchillos que, sin precisión alguna, se hincan en la tela amarilla del chándal. El primero, apenas una puntilla de cuatro dedos de longitud, se clava a medias en el glúteo izquierdo de Duke. La rumana que lo empuña no tiene bastante fuerza como para hundirlo más allá de la mitad de la hoja, pero el dolor que causa es suficiente para que Duke se desequilibre e, instintivamente, se agache hacia donde tiene la primera de las heridas. Tira el teléfono móvil porque necesita la mano izquierda para taparse el tajo y debe ser Yewá-Desamparados la que quiere que la linterna quede boca arriba y se mantenga encendida. La luz cenital en contrapicado perfila el ajusticiamiento como si Rick estuviera viendo un monumento iluminado, pero que se mueve y sangra. Y sangra mucho. Los otros filos hacen el camino de ida y vuelta guiados por manos pequeñas cargadas de pulseras de bisutería que huelen a odio y perfume barato. Duke, ciego de dolor, se deja caer sobre una rodilla y aplasta el teléfono con ella. A Rick le da tiempo, antes de que la oscuridad vuelva, a ver como Alika hunde un palmo de acero en la garganta de su víctima. El aprendiz de chuloputas decide en ese instante que los cien euros que su compañero le ha prometido para que le acompañara en el *job* —como él decía— no merecen la pena. Quizá podría con una o dos rameritas, pero no con todas ellas, armadas con pinchos y

emborrachadas de sangre. Da media vuelta con los alaridos de las mujeres, ajenas a su huida, persiguiéndole en su loca carrera hacia abajo. Al llegar al siguiente rellano, casi se da de bruces contra una figura enorme que le impide el acceso al siguiente tramo de escaleras. También lleva encendida la pequeña luminaria del teléfono móvil que enfoca hacia su mano derecha para que Rick vea bien la pistola que empuña. El africano se para en seco.

—¡Che, tú! —le dice—. ¿Dónde vas con tanta prisa?



Domingo, 11 de enero de 2015

Todo va bien. Y eso que es la primera vez que escribo con testigos. Dos pares de ojos miran cada palabra que brota de la punta del bolígrafo. Lo hago despacio. Muy despacio. Voy tan lento para controlar mis impulsos y, como dice Cristina, racionalizar mi miedo y mi furia. Todo va bien. La miro ahora. A Cristina, digo. Está sentada a mi derecha y, como ha visto su nombre en el cuaderno cuadriculado, sonrío y asiente con la cabeza. Ahora que he puesto que sonrío y asiente con la cabeza se ríe aún más. Pero no habla. Ese ha sido el trato. Yo escribo, ellas leen, pero no dicen nada mientras escribo. Tampoco hay música. Nunca la hay. Tengo el cuaderno y tengo el Pilot negro. Todo va bien. «Vamos poco a poco.» Eso lo ha dicho Conchín, que está sentada a mi izquierda con sus gafas de vista cansada en la punta de la nariz y moviendo los labios conforme se juntan las letras de las que nacen palabras y conforman frases que musita como si rezara. También se ha puesto contenta porque la he mencionado. Me coge por los hombros y me da un achuchón de los suyos, cálido y suave. Todo va bien. Estoy tranquilo y escribiendo para, como dice Cristina, «empequeñecer el problema». Vuelve a sonreír y a mover la cabeza para darme la razón. Conchín me acaricia el cuello y el nacimiento del pelo sobre la nuca como hacía cuando yo era pequeño. Me gusta. Todo va bien.

Yo sabía que empezar el año un jueves no era ni normal, ni bueno. Y así ha sido. Todo va bien. Empecé un nuevo cuaderno, el número 181. Como el mes de enero tiene 31 días dejé la primera hoja en blanco y rellené las tres páginas por las dos caras con lo que se me ocurrió el jueves 1 y el viernes 2. Todo va bien. El sábado 3 de enero no escribí. Todo va bien. Ni el domingo 4; ni el lunes 5. Todo va bien. Ni el martes 6; ni el miércoles 7. Todo va bien. Ni el jueves 8; ni el viernes 9 ni el sábado 10. Hoy, que es día 11 tal y como pone arriba del todo, es la primera vez que escribo en ocho días. Todo va bien. Además, también es la primera vez que he dejado pasar una jornada sin escribir. Todo va bien. No lo había hecho nunca durante quince años. Todo va bien. Todo va bien. Todo va bien.

Hace una hora que he escrito los dos párrafos anteriores. Me han hecho descansar porque la punta del Pilot BX-V5 de 0,5 milímetros y tinta negra empezaba a temblar demasiado. Todo va bien. He parado y me han tumbado en la cama boca abajo. Cristina me hablaba mientras Conchín me daba un masaje en la espalda y en las piernas para relajarme. Todo va bien. Aquí no hay «cositas» de la Tía, así que, si se me suelta la pinza, hay que recurrir a los remedios a la antigua usanza. Ambas asienten con la cabeza. Todo va bien. Le he preguntado a Conchín muchas veces si tenía de lo mío, y me ha dicho que no. También muchas veces. Todo va bien.

Este cuaderno, el 181, ya es especial. Todo va bien. Tiene la primera hoja en

blanco; luego tiene otras seis escritas a doble cara y luego, 21 más vacías, las correspondientes a lo que no escribí entre el 3 y el 10 de enero. Siete días exactos a tres hojas por las dos caras que no hay nada. Todo va bien. Todo va bien. Todo va bien. Todo va bien. Todo va bien.

Han pasado otras dos horas desde que completé el párrafo inmediatamente anterior a este. Ha sido bastante peor que antes. Cristina y Conchín han conseguido tranquilizarme y que vuelva a ponerme a escribir. Pero hemos llegado a un acuerdo que voy a poner aquí para que conste en acta. Las dos vuelven a sonreír. Yo también. Ellas podrán hablarme si comprueban que me vuelve la paranoia mientras escribo. Y habrá música si la necesito. Mi iPod está conectado a un pequeño altavoz portátil y hemos preparado una bomba atómica de perfección y excelencia. Si la cosa se pone chungu, sonará *A Love Supreme* de John Coltrane. No me ha fallado nunca. Y, si la cosa se pone muy chungu, hay otra cosa más que funcionará fijo. O, mejor dicho, hay una «cosita».

Ya se me ha pasado el enfado porque mi enfermera favorita (que ahora me vuelve a abrazar, la muy zalamera) me había soltado una mentira piadosa. En realidad sí que tenía una «cosita» de la Tía: un vial de heroína líquida que debe ser buenísima, aunque en el estado en el que estoy, me metería el ácido de una batería si tuviera una. Me he puesto tan cabestro antes que, para calmarme, me lo ha enseñado, pero no ha sido para ofrecérmelo, sino para amenazarme con tirarlo por la ventana si no me portaba bien. Me fastidia reconocerlo: la verdad es que el chantaje le ha dado buen resultado. Todo va bien. Ahora me he reído yo porque he escrito lo de «todo va bien» para ver la cara de susto que ambas ponían. Ahora nos reímos los tres. Todo va bien.

Me he reído y eso que estar aquí no me hace ni puta gracia. Cristina me ha dicho que si hoy, «y también mañana», me recuerda, consigo terminar las tres páginas por las dos caras, a finales de semana me mandarán a casa. Por eso lo estoy haciendo. No me gustan los hospitales porque hay demasiado color blanco por todas partes y aún me gusta menos en el que estoy ahora. Está en medio del puto monte, rodeado de pinos, pajaritos, aire puro y todas las demás polladas que se relacionan con la vida saludable. Por eso tampoco me gusta. Lo que pasa es que es el centro donde curra Conchín y así me tienen controlado. Muy controlado. Lo que peor llevo es la reja de la puerta que da al balcón. No solo porque está siempre cerrada, que también, sino porque está pintada de blanco.

Cristina me acaba de decir que tengo que contar por qué he estado ingresado durante una semana aquí dentro. Miento: han sido cinco días para ser exactos. Los dos primeros estuve en el Hospital Clínico, aunque no tengo ni puta idea de lo que pasó allí porque no me enteré de nada. Luego, la buena doctora movió lo que tuviera que mover para que me mandaran aquí, al Doctor Moliner, cuando lo lógico es que me hubieran encerrado en el psiquiátrico de Bétera. En fin. Todo va bien.

Me casqué de una sentada toda la heroína que tenía en casa. La sobredosis casi me mata y por eso estoy aquí. Hala. Ya está. Contado. Ya he «empequeñecido el

problema». Lo que pasa es que el caballo no era el problema. Pero todo va bien. La Tía me la había traído el día antes de Nochevieja. Era una puta pasada. Fina y potente. El primer pelotazo era, como de costumbre, un acorde de sol menor, serio, melancólico, pero majestuoso en sus tonos marrones pese a que, después, me hacía viajar al si bemol mayor, la tonalidad favorita de Johann Sebastian Bach, la de la conciencia limpia y el amor alegre. Estuve con ella varios días, alternándola con John Coltrane y su obra maestra: *A Love Supreme*, el mismo álbum que hace guardia en mi iPod, aunque aún no lo necesito porque todo va bien. Es una puta maravilla de la música de todos los tiempos. Como sé que don Agustín, el Cura, no va a leer esto, lo voy a escribir con toda tranquilidad: hasta 1965 había cuatro Evangelios. Aquel año, Coltrane escribió el quinto con un fraseo de cuatro notas de su saxofón: fa-la bemol-fa-si bemol / fa-la bemol-fa-si bemol / fa-la bemol-fa-si bemol.

La combinación de caballo y Coltrane me puso tan de puta madre que, el domingo por la tarde, decidí irme a escuchar música en directo. Cualquier grabación, por chunga que sea, suena de lujo en mi equipo de música. Sin embargo, aún no sé por qué, necesitaba instrumentos de verdad y músicos a mi alrededor. Estaba tan animado que, de camino al garito, empecé a pensar que a lo mejor me animaba a improvisar algo al piano. Iba a depender, claro, del nivel de los que tocaran, pero tenía fundadas esperanzas de que, si estaban los habituales, me lo iba a pasar de miedo en la *jam session*. Todo IBA bien, como ahora, que todo va bien.

El sitio en cuestión se llama 27 amigos y está en el Cabañal. Los domingos por la tarde se organizan sesiones de jazz donde, si se quiere, se puede participar. Me encanta el jazz. No recuerdo quién dijo que si la música son matemáticas, el jazz es el álgebra, pero tenía toda la puta razón del mundo. Además, esas ecuaciones ni se aprenden ni se memorizan como ocurre con la música mal llamada clásica: se sienten en lo más profundo del alma. Al menos, en mi alma. Veo como Cristina y Conchín tuercen un poco el gesto. Me hago cargo. Empiezan a no entender nada. Ahora sonrín. Voy a seguir: ponga aquí lo que ponga, las palabras no van a acercarse, ni de lejos, a lo que, por ejemplo, hacía Coltrane con ese fraseo de cuatro notas interpretado en las doce tonalidades que contiene una escala musical y demostrar así que, en todas partes, él podía ver a Dios porque podía hablar con Él con las llaves de su saxofón. Eso es el jazz de John Coltrane.

El 27 amigos estaba muy concurrido el domingo pasado por la tarde. Me senté a la única mesa que estaba libre cuando entré. La banda era, para mi alegría, la habitual. Buenos músicos: percusión, contrabajo, guitarra, teclado y un par de vientos. Si uno quiere tocar en esa *jam*, además de tener el nivel suficiente, por supuesto, tienes que llevarte tu instrumento, excepto si eres pianista o batería, claro, porque entonces, te lo prestan.

Como todas las *jams*, la cosa iba de estándares. Conchín me pregunta qué es un estándar. Yo no hablo: lo escribo. Un estándar es una canción superfamosa que se sabe todo el mundo y que tiene más versiones que pelos rojos tengo yo en la cabeza.

Se supone que los buenos músicos se saben muchos de ellos y los hay de todos los períodos y de todas las modalidades, como el célebre *When the Saints Go Marching In* del estilo *hot*; *Ornithology*, una puta pasada de *bebop* de Charlie Bird Parker o el *It Don't Mean a Thing* de Duke Ellington, que es un *swing*. Con el tiempo se han ido incorporando más temas que son tan geniales que puedes estar improvisando sobre ellos durante horas, incorporando tu propia impronta a lo que hizo antes un grande entre los grandes como el belga Toots Thielemans con *Bluesette* y quien, por cierto, es el tío que toca la armónica al principio de *Moon River* en la película *Desayuno con diamantes*. Cristina dice que le encanta esa película. Conchín no la ha visto. Todo va bien.

Disfruté bastante durante hora y media, más o menos. De los dos vientos, el trombón era muy bueno, si bien el clarinete era un poco más flojo, pero el guitarrista, el batería y el contrabajo mantenían la estructura en pie contra viento y marea. A mis dos cuidadoras les he dicho muchas veces que en la música el ritmo es más importante incluso que las notas. Un intérprete se puede equivocar alguna vez (aunque a mí no me ha pasado nunca, al menos, que yo recuerde), pero si cuando la pifia coloca al menos la nota en su sitio y con la duración correcta, no se enterará casi nadie a no ser que yo esté presente. En cualquier caso, todo iba bien hasta que llegó el primer descanso.

Al principio, no le di importancia. Yo estaba en la barra, pidiendo la quinta o sexta cerveza, no lo sé. El guitarrista hablaba con otro tío que estaba de espaldas a mí. Charlaban sobre los gustos musicales de cada uno y, en especial, sobre la bossa nova brasileña. Creí percibir algo, pero no me percaté bien. Había mucho ruido en el local, llevaba encima media docena de tercios, me había fumado dos porritos de camino al garito y, además, aún me duraba un pelín la tontería del último chino de heroína que me había hecho en casa antes de salir. Volví a mi mesa un poco inquieto, aunque no sabía por qué. Sin embargo, ya no tenía ganas de tocar el piano. Algo se había roto. Algo no IBA bien. Ahora sí. Ahora va todo bien.

Va todo bien. Cristina ha hecho un amago de poner a John Coltrane y su *A Love Supreme* a todo volumen, pero no ha hecho falta. Va todo bien. Me queda una cara y media por completar y puedo hacerlo. Puedo contarlo. Va todo bien.

El guitarrista hacía de portavoz de la banda, introduciendo los temas que iban a tocar y explicando alguna cosa de ellos si lo consideraba oportuno. Cuando se reanudó el concierto, anunció que iban a tener a un invitado. Dijo que se llamaba Carles y que era un monstruo de la bossa nova y el jazz brasileño. Mi inquietud creció. Como ahora, aunque, de momento, va todo bien.

El tío salió al escenario. Yo estaba a punto de marcharme porque me aterra la bossa nova y no estaba dispuesto a soportarla. Sin embargo, algo hizo que me quedara. No sé qué fue. Quizá me picó la curiosidad porque el líder del conjunto le había prestado su guitarra. Era una Gibson ES-345 anterior a 1981: estoy hablando de una puta reliquia que no se deja al primero que pasa. Ya no se hacen esos

instrumentos que eran los que usaban, entre otros, B. B. King, Chuck Berry o el Beatle George Harrison. Aun así, se sentó en la banqueta y empezaron a tocar.

Menos mal que estaba preparado John Coltrane y *A Love Supreme*. He escuchado el álbum entero, los cuatro movimientos: *Acknowledgement*, *Resolution*, *Pursuance* y *Psalms*. Durante los 32 minutos en los que se desarrolla, Cristina me ha cogido las dos manos mientras Conchín me abrazaba. No ha hecho falta usar la «cosita» de la Tía. Todo iba mal, pero ahora todo va bien. Cristina me dice que ya me falta menos para terminar. Que tengo que hacerlo. Que puedo conseguirlo. El iPod vuelve a sonar. Es la primera vez que escribo mientras oigo música. Nunca lo había hecho antes. Hasta hoy, o escribía o escuchaba, pero nunca había podido hacer las dos cosas a la vez. Dice Conchín que eso debe ser bueno. Ahora oigo a Coltrane cantar: «*A love supreme, a love supreme, a love supreme...*»

Los músicos y el invitado empezaron con la *Samba de uma nota só* de Tom Jobin. Arrancaron en si bemol mayor con esa mágica sucesión de un fa tras otro alternando negras y corcheas. Por eso se llama «samba de una sola nota». Era verdad. El invitado sabía cómo hacer sonar la guitarra para que te arañara el alma. Después siguieron con más clásicos: *Desafinado*, *Corcovado-Quite Night of Quite Stars* y, por supuesto, *La Garota de Ipanema*. Quizá fue la cerveza, los porros o la heroína que aún me duraba. No lo sé. El caso es que me quedé a todos los temas. Me asustaba, joder si me asustaba, pero, a la vez, no podía dejar de escuchar. La gente en el local se iba viniendo arriba por momentos, embriagados por completo con aquel narcótico sonoro que salía de las seis cuerdas de la Gibson. Para mí era como contemplar un río de lava salido de un puto volcán en erupción: sabes que es terrible, que te puede matar, pero no puedes dejar de mirarlo. El problema es que yo me estaba metiendo en la roca fundida hasta el corvejón.

Mientras la peña pedía «otra, otra, otra», una chica se levantó y le dijo algo al guitarrista invitado. El tío consultó con el resto de los músicos. Todos se la sabían. ¿Cómo no iban a sabérsela? Un clásico. Una joya. Una cabronada.

El sol3 y el sol4 sonaron a la vez y, después, el tintineo de re4, sol4, la4, sol4 y si4. No podía ser. No era posible. El bajo se movió al si3, en el segundo traste de la quinta cuerda de la Gibson para volver a reírse de color blanco en re4, sol4, la4 y sol4. Luego, el acorde de do mayor arpegiado me escupió en la cara a pesar del la4 con el que estaba adornado y terminó extendiéndolo con el bajo en re4. La rueda de acordes giró otra vez más ante una audiencia que empezaba a rozar el éxtasis. Y empezó a cantar. En portugués.

«*Numa folha qualquer. —Casi veinticinco años después—. Eu desenho um sol amarelo. —Había vuelto—. Eu com cinco ou seis retas. —Era él en la gloria de la tonalidad de sol mayor—. É fácil fazer um castelo.*» La misma voz, la misma canción. El mismo blanco brillante en el que Tonquinho había compuesto *Aquarela* y que nadie en aquel bar, excepto yo, podía darse cuenta de cómo escondía su verdadera naturaleza que modula entre el si bemol menor con el que Satanás le canta

a los suicidas y el do sostenido menor en el que maldicen los fantasmas.

Era el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Era el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Era el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Era el Grandísimo Hijo de la Gran Puta. Era el... el...



Al inspector José Antonio Gisbert, o Pepe, o, simplemente Rotovátor —como le conoce todo el mundo que haya estado más de un mes en la Jefatura Superior de Policía de Valencia— le ofende el sol. Considera que el haz de luz brillante que entra por la ventana de su despacho en la cuarta planta del edificio de la Gran Vía de Fernando el Católico le está insultando. El buen tiempo, tras tantos días de lluvia que para él terminaron con el horror enterrado en un solar de El Perellonet, resulta una auténtica provocación. Pasó el temporal, pasaron las Navidades, pasaron los Reyes Magos y llegó el primer día de rebajas. La gente ha vuelto a la normalidad, a sus trabajos, a sus vicios y, en definitiva, a sus vidas. Mientras tanto, él y los suyos tienen que lidiar con una pesadilla que ha ocupado muchas páginas de periódicos y muchos minutos de radio y televisión hasta que ha aparecido «otra cosa, mariposa — reflexiona—, como la barrabasada del político de turno, el nuevo corte de pelo de un jugador de fútbol o la siguiente estupidez que a alguien se le ocurra poner en los vídeos esos de Internet que me enseñan mis nietos». El sol, como heraldo de la normalidad y de lo cotidiano, hace que Rotovátor se sienta viejo y cansado. Y por eso nota su luz radiante como un escupitajo en la cara.

«Si por lo menos —se dice— hubiéramos podido coger las naranjas no estaría de tan mala leche.» Quizá tenga razón. Las fiestas pasadas por agua han hecho imposible la recolección y, justo cuando el tiempo empezaba a mejorar, aquel contenedor salido del infierno con los cadáveres de seis niñas de entre ocho y diez años en el interior aparecía en esa urbanización abandonada de El Perellonet. «No te mientas a ti mismo, Pepe. Los campos de naranjos han estado encharcados durante diez días hasta que pudieron entrar los tractores.» Y, para entonces, la mayor parte de la naranja estaba en el suelo, pudriéndose en el fango. «Otra vez, todo a tomar por el culo. El año pasado, las heladas, y este, la lluvia.» A pesar de su propia advertencia, Pepe *el Rotovátor* se está creyendo sus falsedades. Sabe que sus naranjales hace tiempo que son una ruina que mantiene más por orgullo que por conveniencia o por beneficio económico. Le pasa a él y le pasa a casi todo el sector cítrico de la Comunidad Valenciana. Pero no es eso por lo que está de tan mal humor, aunque es una magnífica excusa para no pensar en lo que en realidad le atormenta. Lo que le angustia, de verdad, es que no se ve con fuerzas para resolver el caso del contenedor con la media docena de criaturas muertas. Y no es que no sepa por dónde empezar a investigar, sino que intuye que quien se tomó tantas molestias para enterrar un contenedor de más de seis metros de largo con capacidad de hasta 26 toneladas de mercancía, no será tan estúpido como para haber trazado un rastro que le lleve hasta él. Las poco más de dos décadas que ha estado al frente del Grupo de Homicidios de la Brigada de Policía Judicial de Valencia le han dejado profundas cicatrices de las que guarda copias compulsadas y ordenadas por estricto orden cronológico en el archivador que tiene justo enfrente de su mesa. Ni siquiera Roma Besalduch, su segunda y espera que también heredera del

puesto en cuanto se jubile en mes y medio, sabe lo que hay dentro de las carpetas colgadas en las guías de metal de cada cajón. En realidad son solo duplicados de los expedientes que, hasta hoy, le servían de recordatorio de que algunos «cabrones con balcones a la calle», como solía decir su primer jefe, seguían sueltos por ahí. Ahora, cuando mira el mueble cerrado viendo tan próximo el retiro, no puede evitar pensar que dentro está su peculiar muestrario de fracasos.

Siempre le ha dicho a Roma que en España se mata poco y mal, pero, incluso así, hay asesinos que se escapan. Se registran en torno a 300 homicidios cada año, lo cual no es demasiado en comparación con otros países. Sin embargo, entre el diez y el veinte por ciento de ellos se queda sin resolver. En la Comunidad Valenciana hay un centenar de casos ocurridos durante los últimos treinta años que siguen impunes. No todos son responsabilidad de su Grupo, pues la Guardia Civil y las dotaciones de la Policía Nacional de Alicante y Castellón también tienen su cuota, pero que los casos abiertos estén repartidos no los hace menos dolorosos. Y, además, todos ellos tienen el tiempo de su parte, porque los delitos de asesinato y homicidio prescriben a los 20 y 15 años respectivamente a no ser que haya algún tipo de actuación procesal dirigida por los tribunales para averiguar los hechos. Sin embargo, sabe por experiencia que los jueces, en eterna sobrecarga de trabajo y sin medios suficientes, terminan por centrarse en los nuevos casos y los viejos acumulan polvo y olvido, esperando un golpe de suerte: aguardando la *baraka* que no llega nunca.

«O —piensa— sí que llega, pero no como yo querría.» Solo la casualidad más macabra ha querido que el que, con toda probabilidad, será su último caso sin resolver haya coincidido en la fecha con el primero con el que se enfrentó y que no resolvió. Sus recuerdos viajan al día de Año Nuevo de 1994, a Gandía. Apenas llevaba tres meses en el puesto de jefe del Grupo de Homicidios de la Brigada cuando, en un piso de la calle Calderón de la Barca de la capital de la comarca de la Safor, fueron descubiertos los cadáveres descuartizados de cuatro chinos, tres de ellos con vínculos familiares entre sí. Los habían trinchado como pollos con cuchillos de cocina. El cadáver de una mujer, también relacionada familiarmente con ellos, fue hallado en el interior de la nevera del restaurante que regentaban con un hachazo en la cabeza. Enseguida apareció en la investigación el nombre de un sospechoso, un tal Bing Hu. Lo que no apareció nunca fue el tal Bing Hu propiamente dicho. El quintuple crimen prescribió el mismo día, justo veinte años después, en el que el inspector estaba metido hasta las rodillas en el fango de un solar de El Perellonet sacando los cadáveres de seis niñas sumergidos en quince toneladas de pasta de plátano putrefacto. «¿Qué día es hoy? —se pregunta mientras mira el calendario—. Es lunes, 12 de enero de 2015. El crimen, pues, ha prescrito. El Bing Hu de los cojones podría estar vendiendo fundas falsas de móviles en el bazar de la esquina y lo único que yo podría hacerle para castigarle es pedirle una y largarme corriendo sin pagarla. ¡Putá *baraka!*» Tras los cinco chinos de Gandía vinieron 28 muertos más en veinte años; una treintena de expedientes cuyos duplicados cuelgan en el interior de

carpetas marrones. Su catálogo del horror y la impunidad incluye hombres abatidos a tiros, toxicómanos cosidos a puñaladas; bebés abandonados en vertederos; ancianos estrangulados, mujeres apaleadas hasta la muerte, turistas quemados vivos y jóvenes desaparecidos sin dejar rastro. Alguno de los casos sí que fue resuelto desde el punto de vista policial, pero la falta de pruebas concluyentes, la habilidad de los abogados defensores, la desidia de algún juez o la pura mala suerte libró al responsable del juicio y del castigo. Lo peor es la sensación de que su lista de 32 fracasos se puede ampliar en siete más: las seis criaturas del contenedor de los plátanos y el joven ahorcado con las manos desolladas del barrio del Carmen.

Roma le ha contado los pormenores del caso, y aunque su grupo ha hecho un gran trabajo averiguando la identidad del sujeto y sus posibles conexiones con alguna organización ilícita (porque no han podido fijar si se trata de trata de blancas, proxenetismo o tráfico de personas), Rotovátor sospecha que poco más se podrá hacer. De todos los homicidios, los más difíciles de resolver son los ajustes de cuentas entre criminales, porque la muerte de la víctima no es consecuencia de una imprudencia, un arrebato, una pérdida de control o una fatalidad que hace que la cosa termine aún peor de lo que empezó. Un par de indigentes pueden pelearse por un rincón para dormir y, cuando salen las navajas, la *baraka* negra provoca que un puñal roñoso alcance el corazón con una precisión que jamás se hubiera conseguido de hacerlo a propósito. Incluso en los casos de violencia de género, el marido o novio agresor tiene muy corto el vuelo de huida. Sin embargo, las ejecuciones entre delincuentes se planifican y se llevan a cabo con toda la meticulosidad posible. No es que sea el crimen perfecto —ninguno lo es—, pero se cuidan mucho de borrar huellas, establecer coartadas y, sobre todo, poner pies en polvorosa como hizo Bing Hu tras la masacre de Gandía para que no los pillen nunca.

Rotovátor consulta el reloj: son casi las dos de la tarde. Levanta la cabeza para echar un vistazo a la sala donde todo el Grupo de Homicidios está colgado al teléfono, redactando oficios para el juzgado o consultando fichas en las pantallas de ordenador. Sabe que se dejarán la piel para sacar cualquier pista que les conduzca a los responsables de la atrocidad con la que estrenaron el año nuevo. Decide que es tiempo de tener una reunión para poner en común lo que se haya averiguado, aunque se teme que será o muy poco o muy irrelevante. O, con toda probabilidad, las dos cosas. La luz del sol entra por la ventana formando, por capricho de las lamas de la persiana a medio bajar, un ángulo perfecto de 45 grados cuyo vértice se sitúa en el cajón del archivador donde guarda las copias de los casos sin resolver. Se le antoja que esa claridad concentrada en una línea recta es una nueva provocación o, quizás, una advertencia o el ruego de que le cuente a Roma Besalduch lo que hay dentro del mueble. No es que la segunda al mando no sepa cuántos homicidios siguen impunes ahí fuera —los conoce perfectamente—, sino que es más bien la necesidad de empezar a darle el relevo. También en esto.

Se levanta de la mesa y se dirige a la puerta con la intención de llamar a

Besalduch antes de empezar la reunión con el resto del grupo. Sin embargo, la inspectora parece haberle leído el pensamiento, porque, antes de alcanzar el picaporte, ya está al otro lado de la cristalera con unos papeles en la mano. Rotovátor abre:

—¡Precisamente te iba a llamar, Roma! —dice jovial—. Quería comentarte un par de cosas antes de empezar la reunión.

—Y yo también, Pepe. Además, creo que tiene bastante importancia. Hay que ir al juzgado para que doña Elvira...

—¡Joder! —corta Gisbert—. ¿De qué coño se trata? ¿Tiene que ver con lo de las niñas?

—No, no. En absoluto. Es del otro caso. Ya sabes: el de Ókpasuri Abbe, el ahorcado del Carmen.

—¿Qué pasa con ese? —Un punto de enfado asoma en la voz de Rotovátor—. Creía que estábamos todos centrados en lo del contenedor de El Perellonet.

—Y así es, jefe, no te sulfures aún. Lo que pasa es que, antes de que aparecieran las niñas, encargué una gestión extraoficial a Pando. Verás. Tiene una amiga en la Seguridad Social a la que puede llamar y, en total confianza, le dice enseguida dónde ha trabajado quien sea y cuánto tiene cotizado y todas esas cosas. Así nosotros podemos ir adelantando.

—Ya. ¿Y?

—Pues que así averiguamos que Alfredo Montesinos, el tío ese del barrio de la Fuensanta, trabajaba para la misma empresa de logística del puerto donde se suicidó el chico aquel, el mismo día que les tocaba la Lotería de Navidad. Te acuerdas de lo de la Fuensanta, claro. Estuviste allí con tu hija y...

—¡Sí, claro que me acuerdo! —corta Rotovátor, que va notando que su siempre escasa paciencia se está agotando a pasos agigantados—. Pero, tal y como yo dije, el capullo aquel la palmó de una borrachera de años, ¿o no me dio la razón la autopsia?

—Así es —dice Roma, conciliadora—. Pero en todo lo relacionado con Montesinos, todo parece raro hasta que te acercas y, entonces, parece normal otra vez, y luego vuelve a ser extraño. No sé si me explico.

—Pues no.

—¡Pues da igual! —Roma sabe que su jefe no es hombre de tantas sutilezas—. El caso es que la amiga de Pando de la Seguridad Social le ha llamado y nos ha soltado la bomba atómica. ¡Resulta que Ókpasuri Abbe trabajó varias veces en LOSECOSA! Le hicieron algunos contratos temporales de meses durante los últimos cuatro años.

—¿Cómo? —pregunta Rotovátor—. ¿Adónde nos lleva eso?

—No lo sabemos, jefe. Solo es que es otra coincidencia más. Y ya van más de las que quiero reconocer. Fíjate que Pando llamó a su espía de la Seguridad Social más por probar suerte que porque tuviera alguna esperanza de que le contara algo relevante para la investigación. Y nos encontramos con que Montesinos y Abbe trabajaban en el mismo sitio o, al menos, cotizaban de la misma compañía. ¿No te

parece flipante? En serio.

—Sí, pero —la irritación que crecía en el tono de Gisbert ha desaparecido— todo eso no nos acerca más a saber quién mató al pobre negrito.

—No —admite Roma—, pero lo siguiente que ha hecho Pando sí que nos acerca a saber un poco más en qué podía andar metido. Después de hablar con su amiga, ha llamado a LOSECOSA sin identificarse como policía y ha preguntado por el tal Ókpasuri Abbe. Le ha cogido el teléfono una administrativa y le ha dicho que allí no había nadie con ese nombre. Cuando le ha insistido y le ha explicado que se trataba de un ciudadano nigeriano, o sea, negro, la mujer le ha dicho, tan fresca, que llevaba trabajando quince años en el departamento de administración de la empresa y que allí nunca había estado ni un Ókpasuri Abbe ni un negro. Y que estaba segura de este último punto porque algo así no se le hubiera pasado por alto, vaya.

—¡*Baraka*, Roma! —Rotovátor sonríe—. ¡*Baraka*!

—Eso es lo que yo he pensado, Pepe. ¡Por fin un poco de suerte!

—¿Y qué es lo que necesitas de doña Elvira?

—Pues que ordene que se nos entreguen las grabaciones de las cámaras de seguridad que están en los accesos al mercado de la plaza de Castilla a ver si tenemos potra y vemos a Ókpasuri Abbe con Montesinos entrando o saliendo. De paso, igual podemos identificar a la mujer sudamericana que algunos testigos nos dijeron que vieron con él. También será necesario que los de la Unidad de Delincuencia Económica pongan patas arriba a esa empresa de logística. Te digo yo que allí hay algo raro.

—Bien. No creo que haya problema. Doña Elvira no me ha negado ni una sola diligencia en veinte años. No es como otros jueces melindrosos que se la cogen con papel de fumar. Supongo que no habrá problema. No sé si esto nos llevará a alguna parte, pero por lo menos en ese caso salimos del callejón. ¿Y de lo otro?

—Alguna cosa más sabemos.

—¿Me va a gustar?

—Me temo que no, Pepe. Estamos empezando. Entre ayer y hoy les estaban haciendo las autopsias a las niñas y los de la Científica están aún analizando el contenedor. Tampoco se puede ir más deprisa. Además, en materia de tráfico portuario de mercancías también tiene competencias la Guardia Civil y la Agencia Aduanera. Son muchas gestiones, muchas llamadas y, en definitiva, dar muchas patadas. Ten un poco de paciencia.

—Se me acaba el tiempo, Roma. En tres meses no tendré más ocupación que llevar a mis nietos al colegio, jugar al dominó y aguantar a mi mujer. Me gustaría, al menos, trincar a uno de los que ha hecho esto. Aunque solo fuera uno.

—Los pillaremos, Pepe. —La mirada decidida de Roma le hace viajar veinte años atrás, a Gandía—. Ya verás como los pillamos. Por cierto, ¿qué querías decirme?

Rotovátor lanza una mirada furtiva hacia la tapa del cajón del archivador. El rayo de sol sigue allí, iluminando con su dedo delator su muestrario de fracasos. Roma

parece tan comprometida con la certeza de que los criminales pagarán por lo que han hecho que no ve la necesidad de desanimarla.

—¡Ah! No. No era nada importante. Que no he podido traerte un cajón de naranjas como todos los años por culpa de la lluvia de los cojones. De todos modos, me quedan aún unos pocos árboles de la variedad Valencia Lane Late. Así que... ¿qué tal si te vienes un sábado con la cría y que aprenda que la fruta no crece en bandejas del supermercado?

—¡Uy, gracias! —ríe Roma—. ¡Seguro que le encantará! Bueno. ¿Vamos a la reunión y te ponemos al día?

—Vamos.

Justo antes de salir, Rotovátor estira el cordón de la persiana de lamas con un golpe seco. El rayo de luz solar —que delataba con su claridad oblicua la presencia del archivador de los casos sin resolver— desaparece.

\*\*\*

La mano derecha de don Agustín va disminuyendo el tempo y las corcheas, que antes volaban en el aire, ahora se mueven como si se hubieran sumergido en agua. En su izquierda, las redondas caen como piedras sobre la nieve. En la partitura que no tiene delante, pero que sus dedos recuerdan, dice que, a partir de ahora, la pieza debe interpretarse *più lento* y, dos compases después, *ancora più lento*, o sea, aún más despacio hasta el *tranquillo* en el que, por fin, llega la modulación y el ansiado cambio de tonalidad.

Durante casi cuatro minutos, el viejo sacerdote ha estado en medio de una tormenta desatada por él mismo en el teclado. A pesar del sol que entra a desvergonzados raudales por la ventana, su música ha abierto un abismo en re menor del que quiere librarse. Ha creado una tempestad oscura, sin siquiera relámpagos que rasguen la negrura que ha absorbido toda la felicidad, toda la alegría y toda la justicia. La sombra furiosa del temporal ha segado vidas infantiles y no hay calamidad más feroz que esa. Gustav Mahler lo sabía y por eso compuso así el *In diesem Wetter* (Con este tiempo), la quinta y última *Kindertotenlieder: Canciones a los niños muertos*.

Ha llegado, por fin, al compás 99: el vendaval, que parecía traer consigo la desgracia y el horror infinito que supone perder a un hijo, trae también la catarsis y, quizá con ella, la esperanza. La tonalidad de re menor se retira, gracias al genio del compositor de Bohemia, hacia un delicado re mayor que convierte el terror en calma como si fuera una tierna canción de cuna. Don Agustín está tocando un arreglo para piano adaptando la composición original para orquesta y voz, pero el sacerdote también recuerda lo que dice la letra: «Los niños descansan como si estuvieran en la casa de su madre, sin temor a las tormentas, protegidos por la mano de Dios.» Así quiere a Dani: refugiado en el regazo que el Señor construye con música. Ahora le mira; está en la cama, tiene los ojos cerrados, las manos sobre el abdomen y una

expresión relajada en el rostro. Él también lo ha notado. No hay ninguna duda. Durante la primera parte de la pieza, estaba inquieto, sufriendo la tenaza sombría del re menor pero, ahora, su sueño inducido por los tranquilizantes que Conchín le ha inyectado es placentero porque ya ha desaparecido el siniestro si bemol de la armadura y los dos sostenidos, fa y do, le han llevado a los dorados campos del re mayor, el único sitio de la Creación donde Daniel Lluch Marín puede estar con su madre. Y también puede estar en paz.

—Esta última ha sido preciosa, don Agustín —dice Cristina Llorens—, gracias. Muchas gracias. Estoy a punto de llorar.

—No, gracias a ti, hija mía —contesta el cura—. Es lo menos que puedo hacer por el pobre Dani. Es que, verlo así otra vez me parte el alma. Conchín, dime, ¿cómo está?

—Ahora bien, don Agustín. Pero, bien bien. Con todo lo que le he metido, mi rey tiene para una buena siesta. Y, gracias a usted y todo lo que ha tocado para él, sin pesadillas. Ya verá como hoy va a tener un buen despertar. Y, como además le hemos traído el teclado, él también querrá interpretar algo y se pondrá muy contento. Seguro.

—Dios te oiga, Conchín. Dios te oiga.

El sacerdote se queda en silencio, sumido en sus pensamientos. Su mirada cruza la ventana enrejada de la habitación y se pierde en la espesura verde de la Sierra Calderona. La luz inclinada del sol invernal aún es lo bastante fuerte como para que los pinos y las carrascas que rodean el Hospital Doctor Moliner exhiban su antigua belleza. Sin embargo, el clérigo sigue atrapado en la alquitranada tormenta a la que se ha encadenado con la primera parte del quinto *Kindertotenlieder* de Mahler que acaba de interpretar. Ni la tarde aterciopelada ni el exuberante bosque mediterráneo parecen capaces de aliviar su angustia, su pena y, sobre todo, su culpa.

—Don Agustín —dice Cristina con suavidad mientras su mano pequeña y suave se pone sobre la arrugada extremidad del religioso—. ¿Quiere usted que hablemos de eso ahora? Si lo prefiere, podemos salir fuera al solecito, que hace muy bueno ahora. ¿Le apetece?

El anciano niega con la cabeza. La luz y el aire puro le vendrían bien para animarle, pero no va a consentirse semejante alivio para su carga. Limpiar la conciencia exige dolor y quiere estar dispuesto a asumirlo, aunque ahora duda. Vuelve a mirar a Dani. Sigue dormido. Debe hacerlo. Debe hacer lo que no hizo hace más de veinte años. «Como decía Carl Jung —se anima a sí mismo—, nadie se ilumina fantaseando figuras de luz, sino haciendo consciente su oscuridad.» Dios ha querido que tocara al piano para Dani la espantosa pero esperanzadora quinta *Canción a los niños muertos*, y eso quiere decir que el Señor le ha marcado el camino.

—Prefiero contártelo aquí mismo, Cristina. —Luego se dirige a la enfermera—: Conchín, ¿estás segura de que no puede oírnos?

—Está grogui, padre —contesta—. No se preocupe. Si estoy aquí sin quitarle ojo es porque mi chiquitín, de lo relajado que está, puede hacerse pis encima en cualquier momento. Es que antes le he hecho beber mucha agua. Puede usted hablar tranquilo.

—Dígame, don Agustín —pregunta la psiquiatra con su voz dulce y sus ojos duros—, ¿usted conoció al tal Miquel? ¿Al hombre cuyo recuerdo ha torturado a Dani durante más de dos décadas y que volvió a ver hace doce días en ese local del barrio del Cabañal?

—Sí, Cristina, sí. Le conocí. De hecho, yo era su jefe. Fue hace mucho tiempo y...

—Don Agustín —le interrumpe—, ¿cómo se llamaba aquel profesor? ¿Su nombre completo?

—Miquel —responde el sacerdote—. Miquel Corella Feliu.

—Durante años, Dani insistió e insistió en que la persona que le secuestró y le violó durante meses se llamaba Miquel y no Santiago. Se lo dijo a todo el mundo. A la Guardia Civil, a los de la asistencia social, a...

—Así es, hija mía, así es. Ojalá Dios me perdone algún día.

—Dani —continúa Cristina— se pasó años diciendo que a él lo raptaron dos hombres y no uno solo, y el que lo violó durante su cautiverio se llamaba Miquel. A mí me lo dijo, don Agustín. Y a Conchín. Y... —Cristina respira profundamente antes de continuar— y a usted también.

—Lo sé. Lo sé.

—¿Es consciente de que usted también es en parte responsable de que su mente se rompiera para siempre? Como nadie le creía, el propio Dani se sumió todavía más en la locura. En sus diarios le llama, de forma obsesiva, el Grandísimo Hijo de la Gran Puta y hasta yo misma he llegado a pensar que no era más que un producto de su imaginación, un enemigo inalcanzable sobre el que proyectar la venganza, dado que el supuesto autor de su secuestro y abusos, en teoría, se suicidó.

—¿Si hubiera tenido pruebas, Cristina —el cura endurece el tono, un poco más enfadado consigo mismo que con el interrogatorio de la psiquiatra—, lo hubiera denunciado a las autoridades yo mismo! Pero no había nada. Solo sospechas, rumores e intuiciones. Además, el otro, el que se quitó la vida, que Dios le perdone...

—Mejor si no le perdona, don Agustín —interviene Conchín mientras le coloca al dormido Dani, sin destaparle, un orinal hospitalario entre las piernas—. Mucho mejor si no le perdona.

—Decía —el sacerdote finge ignorar el comentario de la enfermera— que fue al otro profesor al que la Guardia Civil atribuyó la autoría de aquella atrocidad. De todos modos, a mí no me cuadraba. Nunca me cuadró. Santiago, el chico que enseñaba Música era muy poquita cosa, siempre detrás de Miquel Corella como si fuera un perrito faldero. Todo el mundo sabía, o murmuraba que eran... bueno, diferentes. Sobre todo Santiago. Se le notaba mucho que era homosexual y que esa era la razón por la que había abandonado el seminario. De Miquel lo podías



sospechar por su cercanía al maestro de Música y porque tampoco había terminado sus estudios eclesiásticos, pero nada más. Yo me percaté enseguida de que era brillante, que tenía una mente privilegiada, aunque, a la vez, resultaba artificial, como si estuviera hecho de plástico. De todos modos, ambos tenían unos magníficos expedientes académicos y una capacidad para enseñar como pocas veces he vuelto a ver. Nunca, repito, nunca dieron motivos para reprocharles nada. Hasta que pasó aquello...

El cura vuelve a quedarse en silencio. El infierno, tal y como él lo concibe ahora mismo, no es un lugar horrible de torturas o la versión moderna de la lejanía de Dios como decía el papa Juan Pablo II; el averno es volver a sentir, una y otra vez, los peores momentos de la existencia. Recordar con vívida exactitud los errores cometidos y sufrir de nuevo las consecuencias de los hechos que provocaron, pero, esta vez, sabiendo lo que iba a pasar. Ahí es cuando la memoria deja de ser un refugio para convertirse en un verdugo cruel. No hacen falta pozos de fuego ni demonios con látigos cuando uno mismo es capaz de construirse una tortura privada con sus propios actos.

Para don Agustín, las semanas posteriores al hallazgo del cadáver de Santiago, el joven profesor de Música del centro educativo Santa Clara de Asís, fue la etapa más horrible de su vida. Uno de los docentes del colegio había sido el responsable del secuestro y violación sistemática de Daniel Lluch Marín, el pequeño músico, la inocente criatura cuya desaparición había mantenido en vilo al país entero. El escándalo fue mayúsculo. Los padres empezaron a sacar a sus hijos de la escuela que él dirigía y llegó a temer por la supervivencia del propio colegio. Poco a poco otras desgracias y nuevos estragos acapararon la atención y la tragedia del pequeño músico, como tantas otras, fue tragada por el hambre infinita de novedades y su inexorable digestión de olvidos.

—Fui director del Santa Clara de Asís durante un par de años más —continúa el sacerdote mientras mira por la ventana donde la tarde empieza a extinguirse—. Después, me ofrecieron dirigir el orfanato Reina María de Castilla, dependiente del Real Monasterio de la Trinidad. Un día nos trajeron a Dani. ¡Lo reconocí, claro que lo reconocí! Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Qué hubiera ganado la pobre criatura si yo le hubiera contado que había sido el superior del maestro que, en teoría, le había hecho tal salvajada? Mi principal preocupación entonces era sacar al chiquillo del pozo donde aquel engendro de Satanás le había metido. Mis sospechas y mis fantasmas no iban a servir de nada. El caso estaba cerrado, el crío no tenía familia y Miquel Corella había desaparecido. No había nada que se pudiera hacer. Luego, el tiempo fue pasando y Dani —vuelve a mirar al paciente dormido— consiguió recuperarse lo suficiente como para seguir viviendo. Lleno de traumas, de pesadillas y de tormentos, sí..., pero vivo y con el asombroso talento musical que Dios le dio intacto y que podía, y aún puede, darnos grandes cosas a todos gracias a su arte. El Señor nos obsequia con un prodigio como Dani una vez cada generación. Y nosotros, por

supuesto, lo único que se nos ocurre es romper el regalo.

—Don Agustín —continúa Cristina—, necesito saber si lo que vio Dani en el club de jazz fue verdad o no. Con él nunca se sabe, ya que podía haber sido una alucinación provocada por el exceso de marihuana, alcohol y música. Ayer mismo conseguimos que lo escribiera en su diario a costa de provocarle una crisis de la que tardará en recuperarse. Usted nos ha dicho que vio a Miquel Corella en la iglesia del monasterio la mañana del mismo domingo en el que Dani dice que se lo encontró por la tarde. ¿Está seguro? ¿Era él?

—Conforme han pasado los días estoy más seguro. Estaba más viejo, sin duda, porque han pasado más de veinte años y yo lo conocí cuando tenía treinta y pocos. Tenía el pelo más gris, pero la misma barba, los mismos ojos y, sobre todo, esa manera de estirar los músculos de la boca y enseñar su colmillo torcido en lo que siempre me pareció una mueca más que una sonrisa. Era él, Cristina. Lo reconocí enseguida. Y él debió reconocermme a mí porque en cuanto conseguí que las dos monjas que me llevaban le dieran la vuelta a la silla, había desaparecido.

—Y de haberse quedado en la iglesia —el tono de Conchín tiene un punto de burla que no puede disimular—, ¿qué hubiera hecho usted?

—No lo sé —responde el religioso—. Dios sabe que lo ignoro. Tampoco podría haber hecho gran cosa porque soy un viejo decrépito que apenas puede moverse. Lo único que sé es que quería verle más. No os puedo decir para qué.

—¿Tiene alguna idea —pregunta la psiquiatra— de dónde puede haber estado todos estos años?

—Ni la más remota. Un día se presentó en mi despacho del colegio. Me dijo que tenía otra oferta en un colegio internacional, en Inglaterra, creo, aunque supongo que era mentira. Además, me explicó que lo que había pasado con Santiago le había afectado mucho y que no se sentía con fuerzas para seguir en el centro. Hacía un mes, más o menos, que a Dani lo había rescatado la Guardia Civil del caserón entre Gestalgar y Bugarra, donde lo retuvieron; el cadáver de Santiago había aparecido dos semanas antes. A él ya le había interrogado la Guardia Civil sin que encontraran nada sospechoso, al menos que yo sepa. Además, Cristina, ten en cuenta que el colegio estaba en el ojo del huracán en aquellos momentos. Los problemas se amontonaban, así que, si se quería marchar, que se fuera. Fue después, mucho después, cuando mis sospechas crecieron. Y con ellas, el remordimiento, la vergüenza y la culpa.

—Pero —insiste Cristina— debe haber algo de información sobre él en alguna parte. ¿En el colegio quizá?

—Sí. —La luz de la tarde que ya agoniza sobre los pinos de la Calderona se refugia en la mirada cansada del sacerdote—. En los archivos de la administración del Santa Clara de Asís tiene que haber información de dónde vivía entonces y también de su número de la Seguridad Social. Puedo llamarles. Al menos, eso sí lo tendrán.

—Una dirección, su nombre y apellidos y un número de la Seguridad Social —

repite Conchín mientras retira el orinal de debajo de las sábanas de la cama de Dani con la habilidad que concede una acción mil veces repetida—. No está mal para empezar, ¿no, Cristina?

—Con menos nos hemos apañado, Conchín —dice la psiquiatra—, con mucho menos.

Don Agustín se queda atrapado entre las expresiones risueñas de las dos mujeres y siente un escalofrío. Piensa que si el ángel exterminador que segó las vidas de los primogénitos de Egipto hubiera podido sonreír mientras cumplía su espantosa tarea, lo habría hecho igual que ellas.

\*\*\*

—No sé si quiero saber cómo has conseguido esto —dice Roma mientras se acerca al escritorio de Javier Pando—. Ayer llamé al juzgado y me dijeron que doña Elvira no había firmado todavía el mandamiento.

—Por eso —el veterano policía habla en voz baja— digamos que opté por una vía extraoficial para ir adelantando la faena.

—¡Y vaya si la hemos adelantado! —exclama Carlos Ramos con una sonrisa de triunfo—. Tenemos un par de secuencias que son para que nos den el Óscar al mejor trabajo policial.

—La verdad es que ha sido de pura chiripa —reconoce Pando—. Las vimos enseguida porque eran de las primeras. Todavía queda mucho material que visionar.

—¡A ver! —zanja la inspectora—. Vayamos por partes. Javi, ¿quién te ha dado las grabaciones?

—Como en el juzgado tardaban, y tardan, mucho con la autorización y me estaba desesperando, me acordé de que en la empresa de seguridad encargada de la vigilancia del mercado municipal de la plaza de Castilla trabaja un amigo. Bueno, de hecho es un compañero que dejó el cuerpo para irse a la empresa privada hace unos años. Estuvimos juntos en la academia y también aquí en la Jefatura, aunque él siempre estuvo en el Grupo de Robos. Un buen hombre.

—Es que el tío Javier tiene amiguete hasta en el infierno —dice Carlos con admiración—. ¡Un día de estos conseguirá que llamemos al Vaticano y se ponga al teléfono el papa!

—No es para tanto —sonríe el aludido—. Son solo muchos trienios devengados en el tajo. Ya sabes, cuantos más años, más libros, más discos y más amigos, ¿no?

—En mi caso —ríe Patricia— son más cremas para la cara, más zapatos, más modelitos y más bolsos. Y que tengo que ir más veces al gimnasio, claro.

—Y —interviene Roma Besalduch— ¿qué es lo que tenemos?

—Mira. —Pando hace clic en el reproductor de vídeo de su ordenador—. Esto está grabado el sábado 20 de diciembre, a las 19.33 horas. Ese de ahí, el de la cazadora negra, es Alfredo Montesinos y, como ves, va acompañado de una mujer,

que debe ser la sudamericana que nos dijeron los vecinos.

—Parece que esperan a alguien, ¿no? —dice Patricia—. Porque están en el portal del edificio.

—Así es —contesta Javier—. Espera, que lo paso deprisa. Aquí. ¡Mira quién viene!

La cámara de vigilancia estaba orientada hacia uno de los portones de acceso de mercancía del mercado. Sin embargo, el ángulo del objetivo ha permitido a los cuatro policías una visión bastante decente de la puerta del zaguán del edificio donde vivía Montesinos.

—Hemos tenido, como dice Rotovátor, mucha *baraka* de la buena de que la luz del interior del vestíbulo estuviera encendida —dice Carlos—. Si no, ahora solo veríamos bultos porque...

—Espera —corta Roma—. Es él, ¿no?

—Todo él —contesta Javier mientras congela la imagen. El rostro del nigeriano es perfectamente reconocible a pesar del granulado de la grabación gracias a la claridad que brota del zaguán—. Ahí lo tienes, jefa: el señor Ókpasuri Abbe que viste y calza. ¿Qué te parece?

—La verdad es que con tanta ropa encima y tan abrigado no lo había reconocido —bromea Patricia mientras le guiña un ojo a Carlos—. Como cuando nos presentaron iba tan informal y tan fresco para esta época del año.

—¡Patty, por favor! —protesta Roma—. ¡Mira que puedes llegar a ser burra!

—¡Nena! —dice la agente sin borrar la sonrisa pícara que Carlos no puede dejar de mirar—. Pues también iba a decir que con los pantalones puestos pierde mucho. ¡Muchísimo!

La inspectora cierra los ojos y sacude la cabeza para ocultar que el comentario le divierte como a la que más, a pesar de las horribles circunstancias que lo provocan. Patricia le contó que cortó con su novio porque le pilló enrollándose con otra en el aparcamiento de la discoteca donde estaban celebrando la Nochevieja. De eso hace once días, y su compañera no oculta en casi cada comentario que está encantada con la posibilidad de volver a salir a cazar hombres. «Hace bien, qué coño —piensa Roma—. Yo que pudiera.» De hecho, Besalduch ha notado que la siempre espectacular y arregladísima Patty viene a trabajar, incluso, más guapa y seductora que antes. Lo que no le cuadra tanto es el sutil coqueteo con el pobre Carlitos. No es su tipo para nada. Roma ha conocido a un par de novios de Patricia y estaban cortados todos por el mismo patrón, porque, tal y como le dijo una vez: «como soy fácil, me gusta lo fácil, Romi. Altos, cachas, guapos e imbéciles. Y si son rubietes, pues mucho mejor», y las dos se partían de risa. «Visto lo visto —reflexiona Roma—, el último era aún más imbécil que los otros para cometer una estupidez de ese calibre y dejar escapar a una mujer como Patricia Esquibel.»

—Mirad ahora —dice Carlos—. No van a entrar en la casa. ¿Lo véis?

En efecto, en la pantalla del ordenador los dos hombres hablan mientras la mujer,

pese a su proximidad a ambos, no parece participar en absoluto en la conversación. El africano señala a un punto detrás de él, ya fuera del plano. Montesinos asiente mientras le dice algo a la mulata, que mira el reloj mientras lo golpea y, después, señala en dirección opuesta.

—Parece —apunta Patricia— que la chica le esté diciendo que tiene que ir a algún sitio que, probablemente, va a cerrar pronto, ¿no?

—Sin duda —dice Javier—. Y Carlos y yo hemos especulado con que puede ser el Centro Comercial Gran Turia. Está cerca de ahí y justo en la dirección que ella indica. Pero, esperad. Mirad ahora.

En el vídeo aparece un coche que se para junto al trío. El alumbrado del zaguán no llega tan lejos y la posición elevada de la cámara no permite distinguir la cara del conductor. Ókpasuri y Montesinos se suben al asiento trasero mientras que la mujer se acomoda en el puesto del copiloto. Cuando el coche se marcha, la cámara de vigilancia tampoco puede ver la matrícula. Los cuatro policías, más que acostumbrados a identificar vehículos de un vistazo, se dan cuenta de que es un Ford Escort, azul o negro.

—Podemos comprobar el registro de accesos al aparcamiento del Centro Comercial Gran Turia —dice Roma— a ver si fueron allí y, después, pedir las imágenes de las cámaras de seguridad para conseguir una imagen más nítida de la mujer y del conductor del coche, ¿no?

—Eso es más papeleo —apunta Javier—, y al juzgado de doña Elvira parece que se le están atragantando los trámites.

—¿No tienes otro amigo? —pregunta Carlos—. O el mismo que nos ha dado esto, vaya.

—¿Volvieron a casa? —inquire Patricia.

—Sí. Dos horas después —contesta Javier—. No se ve el coche porque supongo que pararía en la esquina. Solo ha quedado registrada la pareja. Vuelven con bolsas del hipermercado. Ese domingo era el primero de la campaña de Navidad y las grandes superficies estaban abiertas.

—Vale —asiente Roma—. Me habéis dicho que había otra secuencia de Óscar.

—¡Y mola mucho, jefa! —salta Carlos—. Dale, Javi.

El otro policía abre un nuevo archivo de vídeo en su ordenador. La misma vista vuelve a aparecer en la pantalla. La luz del zaguán se enciende y del interior surge la mujer de la grabación anterior.

—¿Esto cuándo fue? —pregunta Roma.

—Al día siguiente. Domingo, 21 de diciembre. Son las 18.47. Mira, mira...

La mulata cruza la calle, acercándose hacia donde está la cámara. Pasa por debajo y desaparece del tiro del objetivo. Al cabo de unos minutos, vuelve y se coloca en la esquina. Parece nerviosa. Alterna su mirada entre el reloj de su muñeca y algún punto indeterminado de la calle por donde viene el escaso tráfico. El lugar donde se ha parado ofrece a los policías una visión total de la mujer. Ya no es una jovencita, pero

es indudablemente atractiva, a pesar de las mallas, las zapatillas de deporte y el anorak. Lleva su espesa y ondulada melena recogida en un moño medio deshecho. Al cabo de unos instantes, una furgoneta oscura se para junto a ella. Javier Pando congela la imagen.

—¡Mirad! —Señala un punto en la pantalla—. Aquí, en la matrícula. Lleva pegados trozos de papel de plata.

Los cuatro policías saben al instante lo que eso significa. Los pedazos de aluminio dispuestos sobre los números de manera que parezcan casuales provocan que la luz de los flashes de las cámaras de tráfico reboten en ellos haciendo imposible una identificación positiva del vehículo. A simple vista pueden pasar desapercibidos, pero son tan sencillos como eficaces si lo que se pretende es que nadie sepa por dónde vas. Quienesquiera que fueran los ocupantes del monovolumen, sabían lo que estaban haciendo.

—Lo mejor viene ahora, jefa —dice Carlos—. ¡No te lo pierdas!

La puerta corredera del lateral se abre y una mujer desciende del coche. Es rubia, con el pelo cortado en media melena y muy corpulenta. Lleva el anorak naranja fosforescente del personal sanitario y unos pantalones del verde inconfundible de la ropa de quirófano. Tras ella, aparece un hombre. Es alto y muy delgado, pero no pueden verle la cara, ya que la lleva oculta bajo la capucha de una sudadera gris. La mulata habla con la gorda del anorak naranja mientras le señala hacia el portal. Entretanto, su embozado acompañante es una estatua, tan ajeno a la conversación como a casi todo lo que ha capturado la cámara de vigilancia.

Luego, se abre la puerta del conductor de la furgoneta. De ella sale un gigante barbudo de larga melena anudada en una trenza que le cae hasta la mitad de la espalda. A pesar del frío y la humedad, el descomunal chófer va en manga corta, dejando ver sus gruesos brazos cubiertos por completo de tatuajes. Roma tiene la sensación de que el larguirucho encapuchado, si se encogiera en posición fetal, cabría entero dentro de la inmensa panza del titán tatuado. La mujer gorda le dice algo y el conductor saca del interior de la furgoneta lo que parece una bolsa de suministros médicos y otro anorak idéntico al que ella lleva puesto. Entre ambos se lo ponen al otro, el cual se deja vestir como si fuera un niño pequeño en manos de sus padres. Después, el barbudo hace señas en dirección hacia el final de la calle y se sube de nuevo al monovolumen oscuro. La gorda y el chico cruzan la calle para llegar al portal y la mulata se va en sentido opuesto al del vehículo. Javier Pando para la reproducción cuando la puerta del zaguán se cierra después de que los dos anoraks naranjas desaparezcan en su interior.

—¿Qué? —pregunta Carlos Ramos—. Acojonan lo suyo, ¿eh?

—Desde luego —apunta Roma—, forman un grupito curioso. ¿Sabemos quién es alguno de ellos?

—Uno sí —dice Javier—. Es un viejo conocido de esta casa y, hasta hace unos años, un cliente habitual de los calabozos. Cuando yo estaba en el Grupo de

Delincuencia Organizada le detuvimos varias veces. Le llaman el Chetú. Y es un verdadero mal bicho.

—¿Chetú? —exclama Patricia—. ¿Como cuando decimos «che, tú, ¿qué pasa?»?

—Así es. Para que te hagas una idea, ese mameluco es la combinación perfecta de liderazgo, puños como martillos, racismo, pasión por las Harley-Davidson, gusto por el dinero fácil, empanada mental ideológica hecha con un popurrí de grandes éxitos de la extrema derecha y el anarquismo radical y tanta mala leche dentro como tamaño tiene. Ha cumplido varias condenas por tráfico de drogas, tenencia ilícita de armas y lesiones. Que yo recuerde, también se vio envuelto en, al menos, dos homicidios, pero se libró de ambos por falta de pruebas. Es, o era, el líder de una banda de moteros aún más cerriles que él, por eso es el jefe. Le conocen por ahí como el Chetú, aunque en realidad se llama Marcos Beltrán y me parece que era de Alboraya. O, al menos, vivía allí.

—Luego nos ocupamos del mostrenco ese, Javi. Ahora, vamos a intentar ponerlo todo junto —dice Roma—. Está claro que Montesinos y Ókpasuri Abbe se conocían. Los dos estuvieron relacionados con la empresa de logística portuaria LOSECOSA, aunque, en el caso del nigeriano, parece que por allí no iba mucho.

—Ni el otro, Montesinos, tampoco, Roma —apunta Carlos—. Acuérdate de que nos dijeron que era una especie de comercial que nunca estaba en el puerto y que por eso no había comprado lotería como el resto de la plantilla.

—¡Muy cierto! —confirma la inspectora—. Vale. Por otra parte, tenemos a la compañera o novia o lo que fuera de Montesinos, que debe ser la señora que sale en las imágenes y que, más o menos, coincide con la descripción que nos dieron los vecinos. No tenemos ni puta idea de quién es el conductor del Ford Escort porque no le hemos visto la cara. Hasta aquí, todo bien, ¿no?

Los tres policías asienten con la cabeza. Patricia echa una mirada furtiva al despacho de Rotovátor. El jefe de Homicidios se ha ido a hablar con la jueza Elvira Quirós y, por eso, están dedicando un rato al otro caso, ya que el viejo ha dado prioridad absoluta al asunto de las niñas del contenedor de plátanos, cosa que, por cierto, no están haciendo.

—Perfecto —continúa Roma—. Luego viene lo de la otra visita. Por lo que hemos visto, la compañera de Montesinos parece esperarlos, aunque no me ha dado la sensación de que los conociera de antes, aunque, como no tenemos audio, no hay manera de saberlo. La señora más gordita parece un médico o una enfermera, pero estoy convencida de que al tío alto de la capucha que iba con ella lo estaban disfrazando. Por la hora de la grabación, coincide con lo que nos dijo la vecina de que había visto a un par de sanitarios visitando a Montesinos el día antes de hallar el cadáver. Así pues, podemos estar casi seguros de que la mujer rubia y el de la capucha son los dos facultativos que la testigo sitúa el día antes.

—La cosa se complica —dice Javier—, por la manera en la que llegan al sitio. Los trocitos de papel de aluminio en la matrícula para evitar que quede registrada por

las cámaras de tráfico o las de seguridad y que el conductor sea un conocido delincuente no augura nada bueno. Además, tampoco son del Servicio Valenciano de Salud, porque esos van con coches con los logotipos oficiales.

—Podrían ser de una aseguradora privada —apunta Patricia—. En los anoraks naranjas no he visto yo ningún emblema de la Generalitat ni nada por el estilo. Ya sé que estoy haciendo de abogada del diablo, pero esa explicación podría ser plausible, ¿no?

—Tienes razón, Patty —asegura Roma—. Puede ser que el tal Chetú trabaje ahora como conductor de un vehículo de un seguro médico privado y que las tiras de aluminio se hayan pegado a la matrícula de la furgoneta por casualidad, pero, normalmente, lo que parece, es.

—Ya lo sé, Romi. Lo que pasa es que me pongo siempre en el peor de los escenarios posibles por aquello de que luego hay que justificarlo ante el juez. Por eso. Yo también creo que esos dos del anorak naranja no son trigo limpio. Y de la bestia parda de la trenza, ni te cuento.

—¿Hay más imágenes, Javi?

—Una secuencia más. Tres cuartos de hora después, más o menos, los dos sanitarios salen del portal y se van. No aparece la furgoneta con el Chetú, con lo que supongo que estaría por los alrededores. En cualquier caso, en el vídeo hay algo más que nos puede interesar. Mira.

Javier Pando abre de nuevo el programa de reproducción de vídeo: en él, la mujer gorda y el muchacho alto y delgado salen del portal del número 21 de la calle Llombay. Al cruzar la calle, el chico se quita la capucha y levanta la cabeza para estirar las cervicales. Si se lo hubieran pedido, no habría conseguido ofrecer al objetivo un plano tan bueno como ese. A pesar de la pobre calidad de la imagen, el rostro del hombre es perfectamente preciso. Tendrá entre treinta y treinta y cinco años, con los ojos claros y un tanto saltones. Además, la barba de días y el cabello desaliñado le dan un aire como si se acabara de levantar. La luz no permite distinguir muy bien el color del pelo, pero es evidente que es claro: rubio oscuro o pelirrojo. Javier vuelve a congelar la imagen.

—¿Sabéis una cosa? —dice Pando—. No tengo ni puñetera idea de quién puede ser. Sin embargo, hay algo en esa cara que me resulta familiar. No sé muy bien qué es.

—¿No será otro quinqui de la panda del barbudo, Javi? —inquire Patricia—. ¿O algún otro de tus tiempos en el otro grupo?

—No. Es otra cosa. Además —señala a la pantalla—, fíjate. Es bastante más joven que el Chetú y, además, no lleva toda la parafernalia de ángel del infierno. ¡Si hasta parece que le acaben de sacar de la cama! La señora gorda podría ser su madre, por edad, digo. Insisto en que es algo familiar, como si hubiera visto antes esa cara. Es como si me hubiera encontrado por la calle a un presentador de la televisión muchos años después de que ya no se dedique a eso. Lo conoces, porque le has visto



casi a diario, pero no está en el sitio que le corresponde. No sé si me explico.

—Perfectamente, Javi —dice Roma—. ¿Hay algo más? ¿Vuelve la mulata al piso ese mismo día?

—No —contesta Carlos—. Hemos visionado hasta el 26 de diciembre y los únicos conocidos que salimos somos nosotros el día del levantamiento del cadáver. Esa mujer no vuelve a aparecer por allí.

—Bien —dice Roma—. Por lo menos, tenemos otro hilo más del que tirar. No tenemos mucho tiempo porque el jefe no tardará en regresar y habrá que seguir con lo del contenedor y las niñas. Javi, comprueba si tus antiguos compañeros del Grupo de Delincuencia Organizada nos pueden echar una mano para localizar al Chetú. Carlos, tú intenta apretar a los de Delincuencia Económica y Financiera sobre la empresa del puerto; aunque sé que te van a decir que no tienen aún la autorización judicial, igual han hecho algo. Patty, a ver si se te ocurre cómo identificar a la señora gordita y al jovenzuelo de la capucha. Yo, mientras tanto, voy a tener que emplearme a fondo con el jefe en el momento en que aparezca por esa puerta.

—¿Qué le vas a pedir, Roma? —pregunta Patricia.

—Que me ayude a convencer a la jueza Quirós de que se le haga una segunda autopsia a Alfredo Montesinos. Ese tío no se murió por ser alcohólico.

—*Mare meua!* ¡Pero bueno, Charo! ¿Os váis o es que volvéis de algún sitio?

—¡Manuela! Pues ni una cosa ni la otra, fíjate. A partir de ahora, vamos a ser más en la familia. ¡Como cuando teníamos treinta años!

—¿Qué me estás diciendo? ¿Te vuelve a casa alguno de tus hijos? Porque digo que preñada no estarás, no.

—A este ya le gustaría, ya. ¡Haberlo conseguido, digo, ja, ja, ja! ¡Rogelio! ¡Madre, qué cruz de hombre! ¡Deja esa maleta ahora! Sube primero la jaula con el periquito y déjala en la cocina. ¡Ahora voy yo! ¡Y cuidado que no se te caiga el agua, que el bebedero del pájaro va lleno! Ya verás...

—Adiós, Rogelio. No te la entretengo mucho que veo que tenéis faena. Bueno, ¿me vas a explicar todo este trajín o qué?

—Pues que mi hermana Mercedes se viene a vivir con nosotros. Ya me he cansado.

—¿Ah, sí?

—¡Pues sí, mira! Es que la otra noche, hace un par de semanas, como era domingo y la chica tenía libre me fui a hacerle la cena y ver cómo estaba. ¿Te acuerdas lo que te conté de las fulanas del descampado de detrás de su casa? ¿Y lo del edificio abandonado?

—¡Claro, claro! Se lo dije a Pepe, pero hija... me soltó un *estufit* como los gatos. Con lo de las niñas de El Perellonet tienen un lío de miedo. Le insistiré.

—¡Ni te preocupes! Ya hemos hecho marcha y está todo arreglado. Como mi hermana se viene aquí a partir de hoy mismo, que otro palo aguante esa vela. De todas formas, gracias, Manuela.

—Si es que me sabe mal, Charo. Pero es que...

—¡Nada, nada! Además, esta era la mejor solución. ¡Si es que lo tenía que haber hecho mucho antes! Lo que te decía: hará dos domingos que me fui con ella y bueno, por la ventana vimos como todas las fulanas se metían en el edificio... ¡con velas y todo, Manuela! ¡Aquello parecía una procesión y todas medio desnudas! ¡Un desacato! Mira cómo estaba Mercedes de nerviosa que me pidió que me quedara a dormir con ella. Tenía razón la pobre. No sé qué harían ahí arriba, pero daba muy mala espina. Mucho.

—Y te quedaste.

—Sí, claro. ¿Cómo no me iba a quedar? Bueno. El caso es que, pasando los días, yo no me quitaba de la cabeza lo sola y lo asustada que estaba, así que le dije a Rogelio que, como ya estamos los dos solos en casa y tenemos dos habitaciones vacías, que mi hermana se venía con nosotros y punto.

—¿Y él que dijo? ¿Le ha parecido bien?

—Pues si le ha parecido bien o mal, la verdad es que me da igual, oye. ¡Es mi hermana! Es que nos llevamos dieciséis años, Manuela, y ella me crió más de lo que

hizo mi madre, y como está sola, pues ya está. De todas formas, mi Rogelio es muy buena persona, y aunque me puso un poco de mala cara al principio, ahí le ves, subiendo trastos. En una semana se habrá acostumbrado. Y como vamos a poner su tele en la habitación de mi Silvia, pues que él vea el fútbol si quiere en el comedor y nosotras dos ahí a ver la novela, los cotilleos y lo que nos dé la gana. Y todos contentos.

—Pues me parece muy bien, Charo.

—Y, además, te juro que no pienso ir más a hacer la compra. Ya la hará mi marido, ya.

—¿Ya se ha jubilado? Ya me extrañaba a mí verlo por aquí a estas horas.

—¡Si es que no te lo he contado todo! ¡Con tanto trajín! Ahora está de vacaciones porque ya que cumple los 65 a mediados de febrero, pues ha terminado antes. Hablé con el administrador del edificio y como han cerrado la notaría, que es la que más faena daba, pues pueden pasar sin él.

—¿Que han cerrado la notaría? ¿Así, sin más? ¿Es que ha pasado algo?

—¡De la noche a la mañana! Se conoce que don Juan Sanahuja renunció al puesto, o como lo hagan ellos, no lo sé. Me lo explicó Rogelio, pero chica, yo ya no tengo la cabeza para eso. El caso es que fue un drama, porque claro, toda la gente que trabajaba allí se ha ido a la calle.

—¿Y se puede hacer eso?

—¡Pues claro que se puede! ¿Tú sabes todo el dinero que habrá ganado? Pues sí que se puede. Supongo que sí, vamos. Les indemnizaría con lo que les tocara y él, ale, a vivir de rentas. Hoy en día, echar a alguien a la calle se hace en un plis plas. Mi hija Silvia dice que en la empresa de mi yerno igual hacen un ERE de esos. *Ja vorem.*

—*Mare meua!*

—Es que esto es así, Manuela. Cuando ya tienen todo el dinero que quieren, pues echan la persiana y punto pelota. Fíjate que Rogelio dice que ni se despidió de él, después de tanto «buenos días, don Juan» y «buenas tardes, don Juan», ni sé los años. Mucho dinero y mucho alto copete y luego ya ves, muy poca educación. La gente de la notaría le dijo a mi marido que don Juan y su madre se iban a ir a vivir al extranjero. ¿Tú te crees? ¡Y no sé cuántas familias con una mano delante y otra detrás!

—¡Si es que no hay derecho!

—¡Y que lo digas! Pero bueno, y tu Pepe, ¿qué tal? Mira que me acordaba de él cuando salió en la tele lo de las crías. ¡Menudos canallas! Decían que las traían para hacerlas fulanas o algo. ¡A esas niñas!

—¡Uy! ¡Está insoportable! Cumple los 65 en marzo y está empeñado en que tiene que pillar antes a alguno de los que lo hicieron, pero ayer mismo, sin ir más lejos, me decía: «Manu, ya verás como al final todo se queda en nada.» En la vida lo he visto tan deprimido.

—Es que tiene que ser un trago muy malo ver esas barbaridades todos los días y

saber que no puedes hacer nada y, aunque los pillen, cuatro días en la cárcel y a la calle. ¡Como lo que pasó con la chiquita esa de Sevilla... que aún no han encontrado el cuerpo y el niño sinvergüenza ha chuleado a toda España! ¿Cómo puede ser eso posible?

—¡Buf! ¡Si yo te contara! Tengo historias para no dormir para echar aquí en el patio toda la mañana. En fin... te dejo que tengo que ir al colegio a recoger a mi nieto.

—Muy bien, Manuela. Yo voy a ver si pongo un poco de orden ahí arriba. Ya verás como mi marido ha dejado la jaula del periquito donde le ha dado la gana. ¡Si es que lo conozco más que si lo hubiera parido!

—Ale, que no te canses mucho, Charo.

—Gracias, Manuela. Ya nos veremos. Adiós.

—Adiós.

\*\*\*

Roma Besalduch da un respingo en el momento en el que el teléfono de su superior empieza a trinar y vibrar sobre la mesa. El jefe de Homicidios descarga su manaza peluda encima del móvil como si quisiera aplastar a una mosca. Con el dispositivo aún sonando, Rotovátor se levanta de la mesa y abandona la sala de reuniones sin siquiera una disculpa, dejando al forense con la palabra en la boca.

—Bueno —dice Roma con una sonrisa de circunstancias—, parece que el inspector Gisbert no podía atender a esa llamada en otro momento. Continúa, Jorge, por favor.

El doctor Palau, subdirector del Instituto de Medicina Legal de Valencia, se ajusta sus lentes de montura de pasta antes de volver a revisar los informes que tiene delante. Se aclara la garganta y dice:

—Los seis cadáveres que se encontraron en el interior de un contenedor de transporte marítimo en El Perellonet corresponden a seis niñas con edades comprendidas entre los nueve y los once años. Todas ellas murieron por intoxicación de etileno y hemos datado su muerte, a tenor de los estudios de larvas y otros insectos necrófagos, entre el 8 y el 10 de diciembre de 2015. No hemos podido ser más exactos, porque en los cuerpos también había otro tipo de organismos que se nutrían de los plátanos en descomposición, lo que ha adulterado un poco nuestros análisis.

—Tampoco parece importante tanta precisión —apunta Roma—, ¿no, Jorge? De todas formas sí que podemos concluir que, viniera de donde viniera ese contenedor, las criaturas ya estaban muertas cuando llegó a Valencia.

—Sí, Roma. Habían fallecido, como mínimo, tres semanas antes del hallazgo de los restos.

—Explícanos, por favor —sigue Roma—, cómo se produce la muerte por intoxicación de etileno.

—Bueno. Todas las frutas, después de ser cosechadas, continúan madurando en un proceso que puede ser más o menos prolongado o intenso dependiendo de la variedad. Durante ese fenómeno, desprenden etileno, que además de un gas que se produce industrialmente, en este caso es una hormona que generan las plantas y que acelera la maduración. Los cítricos, por ejemplo, producen muy poco etileno tras ser recolectados, pero hay otros productos como el aguacate, el melón o el maracuyá que lo emiten a una escala mayor. Si hablamos de bananas, al igual que los mangos, tienen un nivel moderado. El viejo truco de las abuelas de envolver con papel de periódico los plátanos en la nevera tiene que ver con eso. La celulosa absorbe el etileno y así no se acelera la maduración de las otras frutas que estén en el cajón y, por tanto, no se pudren con tanta rapidez.

—Por eso —interviene Javier Pando— las normas sanitarias para el transporte de frutas y verduras especifican la temperatura y niveles de ventilación de los embalajes, ¿no es así?

—En efecto —contesta el forense—. En el caso de los plátanos, sus emisiones de etileno se prolongan de cuatro a diez días después de la recolección si la fruta se mantiene en un ambiente por debajo de los trece grados centígrados. De ahí que se utilicen contenedores refrigerados para el traslado. Además, según los manuales que hemos consultado, lo idóneo es que la atmósfera en el interior de las cámaras de almacenaje tenga un porcentaje de oxígeno no superior al ocho por ciento y un nivel de CO<sub>2</sub> del dos por ciento como máximo. Con esos parámetros, los plátanos duran todavía más.

—Pero —inquire Roma— ¿con un ocho por ciento de oxígeno se puede seguir con vida, Jorge?

—Sí. El aire que respiramos ahora mismo tiene el veintiuno por ciento. Un ocho por ciento sería equivalente a estar en lo alto de una montaña. Unas niñas de esa edad sufrirían mareos y somnolencia, pero nada más. Además, junto a los cadáveres había ropa de abrigo, con lo que los que organizaron el... —el forense duda un instante mientras busca la palabra más correcta— el envío, pensaron en que las niñas, a trece grados, podían tener mucho frío y quejarse o enfermar. Por eso las abrigaron bien cuando las metieron ahí dentro.

—En casos parecidos de tráfico de personas en los que hemos intervenido —asegura el teniente Moisés Navas, el jefe de la Sección Fiscal de la Guardia Civil del puerto de Valencia, también presente en la reunión— los inmigrantes eran introducidos dentro del contenedor únicamente mientras se descargaba el buque y se pasaban los trámites de aduana. Durante la travesía, se mantenían más o menos ocultos en el interior del barco, dependiendo de cuánta gente de la tripulación estuviera en el ajo. Un portacontenedores es un navío muy grande donde no es tan difícil pasar desapercibido si cuentas con ayuda para ello. Y si la mercancía es valiosa, los beneficios dan para que mucha gente participe. No es lo mismo un cargamento con polos falsos de Lacoste, por ejemplo, que cocaína, armas o, como en

esta ocasión, niñas destinadas a ser prostitutas.

—Antes de empezar con lo que sabemos del contenedor, perdona, Moisés —dice Roma—, tengo otra pregunta para ti, Jorge: ¿las niñas sufrieron?

—Nada. Por alguna razón que imagino que nos contará el teniente Navas, el sistema de refrigeración de la caja dejó de funcionar y, a partir de ese momento, las casi veinte toneladas de plátanos que llevaba en su interior empezaron a emitir etileno. Estamos seguros de que el contenedor fue embarcado en un país tropical, con lo que el ambiente aceleró todavía más el proceso. Los cuerpos llevaban puesta la ropa interior nada más y las prendas estaban tiradas por el suelo, con lo que podemos concluir que se desnudarían ellas mismas conforme iba haciendo calor. Entre el aumento de la temperatura y que la concentración del gas tóxico aumentó con rapidez, lo más probable es que se desmayaran en cuestión de segundos, y luego murieron.

Aunque el forense elige las palabras con todo cuidado para mantener un tono profesional y científico, Roma no puede dejar de pensar que se trata de niñas de la edad de su hija Morgana, compradas, secuestradas o confiadas a los tratantes de esclavos del siglo XXI por padres engañados solo Dios sabe en qué rincón del Tercer Mundo. Luego, enviadas a Europa como si fueran ganado para satisfacer el ansia depravada de pervertidos con, de eso está segura, mucho dinero para pagarse vicios tan caros como asquerosos. Y cuando crecieran, si es que lo conseguían, vendidas de nuevo entre proxenetas. «Al próximo que me diga que lo que hay que hacer es legalizar la prostitución —piensa Roma—, le preguntaré si le gustaría que su propia hija se dedicara a eso, como autónoma o por cuenta ajena, a ver qué le parece.» Desde hace unos días, a Roma le hierva la sangre cada vez que llega a las últimas páginas de los periódicos, donde las viejas secciones de anuncios por palabras se han convertido en una interminable sucesión de reclamos de «brasileñas», «maduritas», «japonesas», «liberadas», prostíbulos, pisos de relax y casas de masajes «con final feliz». Eso por no hablar de los taxis que lucen sin pudor alguno los anuncios de los burdeles en las puertas; de las radios que emiten anuncios de los macropuiclubs como si fueran parques temáticos; las tarjetas de visita con una chica enseñando el culo depositadas en los parabrisas de los coches, o la inmensidad de la oferta de carne de mujer a la venta entre la que se puede elegir con teclear en Google las palabras «escort Valencia». Lo que se quiera. De todos los precios, para todos los gustos y en todas partes. Roma casi no podía creer a la inspectora Victoria Rocafull cuando le decía que cada vez que había un certamen comercial importante en Feria Valencia, traían rameras de todas partes de España para satisfacer la demanda de puterío de los visitantes que, para coronar sus comidas de negocios, quieren postre de piel femenina.

—Gracias, Jorge —dice Roma—. Teniente Navas, ¿qué es lo que su gente ha podido averiguar del contenedor?

—Sí, inspectora. Se trata de una unidad TEU *refeer*, o sea, con refrigeración

autónoma, de seis metros. Estos contenedores cuentan con un generador a gasoil que se alimenta de los depósitos de combustible del barco y también de un circuito eléctrico para los sistemas de refrigeración y de ventilación. Pues bien, en la unidad que contenía los seis cadáveres, el generador había desaparecido. Fue prácticamente arrancado a martillazos. Que hicieran eso es, hasta cierto punto, lógico, ya que este elemento tiene un número de bastidor que nos hubiera permitido un cierto rastreo de su origen.

—Pero esa no es la única identificación que tiene un contenedor —interviene Carlos Ramos—. ¿No hay más elementos de control de las mercancías?

—Sí —contesta el teniente—. Son los que constan en el sello de aduana y el *bill of lading* u hoja de transporte, que es donde figura el origen, la carga, el barco que lo transporta, la consignataria y el destino. Además, cada contenedor tiene un número de serie que lo hace único. Ese código alfanumérico está indicado con adhesivos en la puerta derecha, tanto en el exterior como en el interior, así como en otros puntos del TEU. El problema es que en la unidad hallada en la urbanización de El Perellonet, la superficie donde se fija la identificación había sido quemada.

—¿Quemada? —pregunta Javier Pando—. ¿Cómo de quemada?

—Por completo. Con un soplete con toda seguridad. Mi gente ha conseguido rescatar algún indicativo, pero no creo que sea posible recuperar la serie completa que nos daría toda la información. La única buena noticia que tengo para compartir es que hemos logrado identificar uno de los signos del primer grupo, con lo que sabemos, al menos, que el puerto de origen era Malabo, en Guinea Ecuatorial. Quizá podamos sacar algo más, pero va a resultar imposible obtener la serie completa.

—Imagino por tu tono, teniente —dice Roma—, que esa información no nos va a sacar de pobres, ¿verdad?

—Verdad. El volumen de TEU que llega cada día al puerto de Valencia es, sencillamente, inabarcable. Cada día se descargan más de 2.000 contenedores. En una jornada normal, un guardia civil tiene que supervisar, junto al personal de aduanas, la inspección de treinta cargas y se abre aleatoriamente una de cada cinco. Si pretendiéramos registrar todos los contenedores necesitaríamos multiplicar por veinte el personal disponible, y aun así, se aumentaría en tres horas los trámites fronterizos y se encarecerían los portes en cada camión en más de 1.000 euros. Es inviable, con lo que no tenemos más remedio que depender de los ordenadores.

—¿De qué manera, teniente Navas —pregunta Roma— y en qué medida se depende de la informática?

—En casi todo —continúa el teniente—. Los ordenadores del control aduanero están dotados de potentes programas en los que se han ido introduciendo todo tipo de variables tales como el país de origen, el de destino, la naviera, la consignataria, la empresa de logística y transporte en tierra, las cargas habituales y todo tipo de antecedentes o incidentes que se hayan producido o se vayan produciendo. De esta forma, conforme se van identificando los contenedores, el ordenador los asigna a la

línea verde, en los que pasará la aduana sin abrir, o a la línea roja, donde se inspeccionará a fondo. Los envíos de zonas calientes como Colombia, Ecuador o Costa Rica, donde están los puertos favoritos de los cárteles de la cocaína, se revisan todos. También hay navieras y consignatarias con, digamos, antecedentes o mala fama, con lo cual el ordenador también los manda a la línea roja. En el caso de contrabando de falsificaciones, todo lo que viene de China está siempre bajo el radar, pero el volumen es tan inmenso que no podemos llegar a todo. Para un grupo que se dedique al tráfico ilícito de cualquier mercancía, incluidas las personas, infiltrarse en una compañía con buena reputación no tiene precio, porque hasta que dé la casualidad que el ordenador lo mande a la línea roja por puro azar pueden pasar años.

—¿Y qué nos puedes contar del estado general del contenedor tal, Moisés? —A Roma le cae bien el teniente y se ha pasado al tuteo y al nombre de pila—. ¿Podemos sacar algo de ahí?

—Está todo en el informe para que sea enviado al juzgado. Como era de esperar, los sellos de aduana habían desaparecido. También, como he dicho antes, habían quemado la matrícula del TEU y arrancaron el generador eléctrico del sistema de ventilación. Para hacer todo ello tuvieron que abrirlo y, por fuerza, verían los cadáveres, ya que las niñas fueron encontradas junto a las puertas. Imagino, y si no es así nuestro forense puede corregirme, que conforme fue subiendo la temperatura irían hacia la abertura para buscar alivio. —El doctor Jorge Palau asiente—. De los embalajes de la fruta poco podemos sacar: cajas de cartón que, debido a la putrefacción de las bananas, se han convertido en pulpa después de tantos días.

—¿Un contenedor que tenía tal cantidad de materia orgánica —inquiére Roma— descomponiéndose pudo pasar desapercibido tanto tiempo a bordo y en el puerto? ¿Es que acaso no se notaba el olor?

—Pensamos —contesta el teniente Navas— que en algún momento detectaron que la ventilación había fallado y, por eso, las niñas habían muerto. Es de suponer que lo repararían de manera que frenarían el proceso de descomposición y paliarían así el hedor. De todos modos, los *refeer* cuentan con un buen aislamiento para cumplir con las condiciones que precisa la carga, así que es factible que no se notara a no ser que alguien se acercara mucho. Además, que un contenedor que contiene fruta huela, valga la redundancia, a fruta pasada no es tan raro. Parte de la carga puede estropearse durante el viaje, en especial la que está cerca de las puertas.

—Ya veo —dice Roma—. ¿Y las cámaras de infrarrojos de la aduana no son capaces de detectar nada?

—En el caso de los contenedores refrigerados, no. Están diseñados para que el interior esté siempre a la misma temperatura, con lo que esos dispositivos no son útiles.

»La buena noticia —continúa el guardia civil— es que gracias a la letra que hemos conseguido descifrar de la matrícula quemada del contenedor, como he comentado antes, hemos acotado el número de empresas de logística y consignatarias



que trabajan con navieras que cubren la ruta entre Malabo y Valencia. No hay que hacerse muchas ilusiones, porque con toda probabilidad el sello de aduana, el *bill of lading* y el resto de la documentación habrá sido falsificado. Se tomaron demasiadas molestias para hacer desaparecer, físicamente digo, el contenedor como para haber cometido un error tan simple. La gente que ha hecho esto conoce muy bien cómo funciona la dinámica portuaria. Muchas veces, en especial con los cargamentos que ocultan droga, ni las tripulaciones, ni los estibadores, ni siquiera los camioneros son conscientes de lo que están llevando.

El teniente Moisés Navas entrega a Patricia Esquibel la carpeta en la que consultaba los datos ofrecidos. La policía la abre ante Roma Besalduch mientras Carlos Ramos y Javier Pando se levantan de sus sillas para poder ver el documento. La inspectora pasa las páginas hasta llegar al listado de empresas con relaciones comerciales con Guinea Ecuatorial. Es Javier el que clava su dedo índice en un determinado renglón, con tanta determinación como si quisiera taladrar el papel y hasta la mesa.

—¡Mira, Roma! ¡Mira aquí!

—¡Joder! —exclama Patricia—. ¡La hostia puta!

—No puede ser —dice Carlos—. ¡Otra coincidencia!

Roma Besalduch lee en voz alta: «Logística y Servicios de Construcción, S. A., o sea, LOSECOSA.»

\*\*\*

—¡Os dije que habíamos ido demasiado lejos! —Elvira no puede reprimir las ganas de gritar—. ¡Y así ha sido! El Grupo de Homicidios tiene una grabación de una cámara de seguridad donde se te ve perfectamente, Conchín, también a Daniel e incluso a esa mala bestia que trabaja para usted, Tía. ¡A los tres! ¡Lo he visto con mis propios ojos esta mañana!

Cristina piensa que es la primera vez que ve a la jueza en semejante estado de nervios. Doña Elvira no es una mujer de las que pierden el control de las situaciones, pero ahora mismo parece estar a un paso de derrumbarse. Las cuatro están sentadas en el salón de la casa de la psiquiatra, en su adosado de El Saler, en torno a cafés con leche y una deliciosa *coca de nous i panses* comprada hace unas pocas horas en el horno de la pedanía y que ninguna de ellas ha probado. Cristina también ha ofrecido a sus invitadas una copita de cazalla o de mistela. La Tía ha aceptado el aguardiente, que paladea entre calada y calada del Ducados que tiene entre los dedos. Conchín ha rechazado el vino dulce como si fuera veneno.

—¿Qué es lo que le han enseñado, doña Elvira? —pregunta la anciana gitana mientras coge una nuez bañada en azúcar crujiente de la superficie del bizcocho y se la mete en la boca—. ¿Y qué es lo que le han pedido, exactamente?

—La inspectora Roma Besalduch me mostró lo grabado por las cámaras de

seguridad del mercado de la plaza de Castilla. El Grupo de Homicidios ha llegado a la conclusión, y es verdad, que Ókpasuri Abbe, alias Óscar, y Alfredo Montesinos se conocían y que el segundo recibió asistencia sanitaria justo 24 horas antes de su muerte por unos facultativos más que sospechosos que se personaron en su domicilio en un vehículo conducido por un conocido delincuente: su hombre, Soledad —Elvira rara vez se dirige a la anciana con su nombre de pila—, su hombre.

—Eso no prueba nada —responde la anciana—, mientras la autopsia siga diciendo que Montesinos murió de muerte natural, ¿no?

—Ese es el problema —dice Elvira—. Para la Policía, el visionado de las grabaciones indica que el fallecimiento de Alfredo Montesinos pudo ser provocado por un envenenamiento y, por eso, me han pedido la realización de una segunda autopsia. Os recuerdo que forcé a que la primera se hiciera deprisa y corriendo y a sabiendas de que don Alejandro de Miguel no iba a contradecirse a sí mismo, ya que dijo que aquello era una cirrosis la noche del levantamiento del cadáver. Sin embargo, la grabación lo cambia todo.

—¿Y no puede usted —interviene Cristina— denegar la segunda autopsia y ya está?

—¡No voy a tener más remedio, querida! —La respuesta de la jueza es un latigazo—. Hablaré con el director del Instituto de Medicina Legal y le halagaré los oídos de manera que se tome como un insulto a su trayectoria y prestigio profesional y académico que una pipiola como la inspectora Besalduch ponga en duda su trabajo. No veo otra salida.

—¿Y qué pasará conmigo, doña Elvira? —pregunta Conchín—. ¿Pueden venir a buscarme?

—Pueden, Conchín, claro que pueden —contesta la magistrada mientras la enfermera coge un trozo de coca cuajado de pasas y nueces y se lo zampa en tres bocados, más por nervios que por gula o por hambre—. Lo que pasa es que puedes ir acompañada de abogado.

—Del abogado no te preocupes, niña —interviene la Tía—. Si se da el caso, llevarás al mío y no hay otro mejor en Valencia.

—A no ser —apunta Cristina— que no la llamen nunca. Ni a ella —señala a la enfermera que se ha servido un segundo triángulo del dulce— ni, por supuesto, a nuestro Dani. ¿Puede usted dar la orden?

—No. Yo no puedo hacer eso. Puedo denegar una diligencia, no autorizar una escucha o un rastreo informático, pero no impedir que la Policía haga lo que estime conveniente para desarrollar una investigación criminal. Y más si se trata de un interrogatorio. Me informarían, pero nada más.

—Hay alguien que sí que puede —interviene la Tía—. El jefe de esta chica. Si el viejo Rotovátor no ve la cosa clara, le dice a la muchacha que por ahí no sigan y sanseacabó. Ni Conchín, ni Dani ni Cristo que lo fundó.

—¿Quién es Rotovátor? —inquire Conchín mientras se limpia de la comisura de

los labios los restos de azúcar y migas—. ¿Otro policía?

—Así es —responde la jueza—, ese es el apodo del superior de Roma Besalduch, en realidad se llama José Antonio Gisbert Ortega, pero todo el mundo le conoce como Pepe *el Rotovátor*.

—Es un viejo conocido —en la voz de la Tía hay un punto de picardía—, ¿no es verdad, doña Elvira?

—Verdad, Tía. —La jueza juguetea con el vasito unos instantes antes de servirse un poco de cazalla—. Sin embargo, jugar la carta de Rotovátor solo será una solución temporal porque le quedan un par de meses para jubilarse. Si es la inspectora Besalduch la que accede a la jefatura del Grupo de Homicidios, para el mes de marzo estaremos igual. O mucho peor.

—¿Y tiene que ser ella —dice Cristina mientras coge un trozo de bizcocho— la que, digamos, herede el cargo?

—Hay muchas posibilidades —dice la magistrada tras apurar el licor y sirviéndose una porción del dulce—. Tiene la edad adecuada, formación en Criminología, experiencia en el Grupo de Homicidios y, sobre todo, Gisbert ya la eligió hace unos años como su segunda, así que... sí. Luego, como en todas partes, entra en juego la política, los contactos y las influencias, pero sí, podría ser.

—¿Ha tenido usted la oportunidad de hablar con Rotovátor, doña Elvira? —La Tía se ha encendido otro Ducados y ha vuelto a llenarse el vaso—. Digo, hablar con tranquilidad... usted ya me entiende lo que quiero decir.

—No. Además, está obsesionado con lo del contenedor con los cadáveres de las niñas africanas que apareció el día de Año Nuevo en El Perellonet. Cuando le recibí ayer estaba casi fuera de sus casillas. Imagino que, como ya está tan cerca de la jubilación, teme que no podrá coger a los responsables y lo entiendo... ¡Pobres criaturas!

La mención de la magistrada al hallazgo ha caído como un grueso telón sobre el ambiente. Las cuatro mujeres guardan silencio: Conchín se entretiene recogiendo las migas que han caído aquí y allá sobre la mesa baja mientras la Tía busca en su bolso otro paquete de tabaco negro que reponga el que acaba de consumir. Cristina tiene la mirada fija en el techo y doña Elvira duda unos instantes antes de colmar con aguardiente, por tercera y, espera, última vez, el vasito. Con el chato en la mano advierte:

—Puedo ganar algo de tiempo, pero además de eso, conviene que no sigamos con... —la magistrada medita las palabras que va a utilizar— con lo que acordamos.

—A eso llegamos tarde —dice la Tía—. Ya está hecho.

—¿Cómo, cuándo? —El licor tiembla en el interior del minúsculo recipiente al compás de las pequeñas sacudidas de los dedos de la jurista—. ¡Yo ya no estoy de guardia!

—No se sofoque —apunta Cristina—. Esta vez no había necesidad de que fuera tan, digamos, público. Las que tenían que enterarse ya se han enterado.

—¡Me da igual! —corta la jurista—. ¡Quiero saber los detalles!

—¿Está usted segura? —La Tía acusa, más que pregunta, entre la niebla del humo aromático—. Quedamos en que no le contaríamos nunca, como usted dice, los detalles.

—Si hubiera sabido algo más con antelación, quizá no estaríamos metidas en esta situación. Sí, Soledad, sí. Esta vez quiero saberlo. Todo.

—Como usted quiera. —La anciana gitana aplasta el cigarrillo en el cenicero y coge el penúltimo triángulo de la coca de nueces y pasas—. Las chicas trincharon como el puerco que era al tal Duke —la Tía dice algo parecido a *duqué* mientras mastica— en la misma capilla de las putas. Mi Chetú enganchó al que iba con él, que no me acuerdo cómo dijo que se llamaba, porque lloraba y gritaba tanto que yo no entendía ni chufa, en el piso de abajo; el pajarito cantó por soleares y nos llevó al otro, que era una especie de cura, pero de negros, ¿sabe? No como los nuestros. Y ya está.

—Ya está, no, Tía. ¿Qué hicieron después?

—No debería contarle nada, doña Elvira, porque estamos comiendo. Por cierto, Cristina, qué rebuena está la coca. ¡Buf! Yo no debería comer ya estas cosas por el colesterol, pero...

—¡Cuénteme, Tía! —corta la jueza—. ¡Y déjese de cocas!

—Pues —la vieja le da otro bocado al bizcocho— mis chicos de las motos lo pillaron por ahí en el barrio de Malilla y nos lo llevamos a... ¿quiere usted también saber dónde?

—No. Bueno... sí. Al menos, la zona.

—Pues fueron a un sitio seguro que yo tengo por San Marcelino, justo después de pasar la Cruz Cubierta, y allí, pues... los aviaron.

—¿Qué les hicieron? —Elvira interroga como si tuviera la toga puesta—. Y lo más importante, ¿qué hicieron con ellos... después de aviarlos, como usted dice?

—Que conste, doña Elvira —la abuela sonríe mientras se chupa de los dedos el resto del azúcar que se le ha quedado pegado—, que si le sienta mal la coca no será culpa mía. El Chetú y el Caguendéu, que es igual que el Chetú, pero aún más bruto, les abrieron la cabeza con barras de hierro. Luego, igual que hicieron con el *duqué*, los trocearon con una radial y cocieron los pedazos, que se quedaron más o menos del tamaño de mi mano, en un bidón.

Conchín ha cogido el último trozo de la *coca de nous i panses* y lo mantiene a un palmo de la boca sin verlo, con los ojos fijos en la Tía y su relato. Cristina pasa las manos por la mesa recogiendo unas migas que solo existen en su imaginación mientras Elvira ignora las gotitas de licor que le resbalan por el interior de la mano. La anciana gitana se enciende otro cigarrillo y, tras dos caladas profundas, continúa:

—Cuando todo aquello estuvo bien cocido, lo metieron en una máquina de esas de picar carne de las carnicerías, ¿sabe? Huesos y todo. La tienen desde hace tiempo porque la mangaron de no sé dónde. Bueno, eso no tiene importancia. La cosa es que

luego mezclaron la picada con pienso y se lo llevaron todo a un amigo suyo que tiene un criadero de perros de esos tan feos y tan fieros. ¡Ay! —suspira la anciana—, no me acuerdo cómo se llama la raza: *pispul* o *fisbul* o algo así. ¡Como los que tienen mis nietos, Cheche y Cisco! Da igual; usted no los ha visto. ¡Feísimos y con muy mal carácter! Yo siempre les digo que los tengan atados y con el bozal puesto cuando están cerca de los críos más pequeños, no sea que un día tengamos un disgusto. De esos animales no puede una fiarse.

La Tía Sol le da otra calada al Ducados y mira tranquilamente a sus compañeras, como si acabara de contarles la receta de su famoso arroz caldoso con corteza de jamón, alubias, acelgas y caracoles.

—Y... —acierta a decir Elvira— ¿no ha quedado ningún rastro?

—¡Mujer! —responde la anciana—. No sé de cierto cuántos chuchos habrá en aquel sitio, que está cerca de Vilamarxant, ni cuánta hambre tendrán, pero esos perrazos comen muchísimo. Al menos, los de mis nietos parecen limas, oiga. Y como el género era fresco —vuelve a fumar—, aún les gustará más, vamos, digo yo. Con las tres cabezas no sé lo que hicieron, pero bueno, ellos sabrán.

—Como ve, doña Elvira —dice Cristina—, no parece que tengamos que preocuparnos de eso. Al menos, de momento. Lo otro me parece más importante.

La jueza acaba de arrepentirse de haber preguntado por tanto detalle. Ahora, aunque la Tía haya exagerado o mentido en alguna parte del relato, es cómplice al menos por encubrimiento de tres secuestros y otros tantos homicidios. La cazalla que se ha escapado del vaso empieza a secarse entre los pliegues de la mano.

—Hablaré con el inspector Gisbert —dice al fin—. Y no autorizaré la segunda autopsia. Y les presionaré para que avancen en el caso de las niñas del contenedor de El Perellonet para que estén entretenidos.

—Y hable también con Victoria Rocafull, doña Elvira —sugiere la psiquiatra—. Creo que podrá ser de gran ayuda.

—Lo haré.

Conchín se come el último trozo de la *coca de nous i panses* mientras Elvira apura de un trago el vasito de aguardiente. Cristina se levanta y empieza a recoger las tazas y platos que han utilizado en la merienda y la Tía, tras una calada al Ducados larga y profunda, aplasta la colilla en el cenicero.

\*\*\*

—¡Jorge! —Roma Besalduch se acerca a la atestada barra donde el subdirector del Instituto de Medicina Legal acaba de acodarse tras hacerse un hueco—. ¡Qué casualidad! Estaba pensando en ir a verte en cuanto me terminara el cortado. ¿Cómo estás?

La cafetería de la Ciudad de la Justicia está a rebosar, como todos los días a estas horas, sobre las diez de la mañana, sin que el hecho de que sea viernes suponga una

merma en la frenética actividad de la sede judicial más grande de la Comunidad Valenciana y que tiene su traducción inmediata en el gentío que se concentra no solo en el bar del interior del complejo, sino en las docenas que hay por los alrededores.

—¡Roma! —responde jovial el forense—. ¿Qué tal? Pues mira, aquí me tienes. Me iba a tomar un tentempié. ¿Has venido a propósito para hablar conmigo?

La inspectora Besalduch niega con la cabeza con una sonrisa mientras piensa que quizá le hubiera gustado venir adrede para charlar con él, pero no de trabajo. Siempre le ha gustado este chico. A mitad de los cuarenta, alto, de piel atezada y pelo muy corto, casi rapado. Lo que más le atrae es esa sonrisa blanca que brilla en la mandíbula morena y enmarcada en una perilla recortada a la perfección. Además, desde que, como tantos otros, se ha apuntado a la moda del *running*, ha hecho que desaparezca la barriguita que lucía hace menos de un año. A Roma le gusta. Mucho. «Tanto —se riñe— como debe gustarle a su encantadora esposa, Begoña creo que se llama, con la que comparte dos hijos. Qué le vamos a hacer.»

—No, no —responde la policía—. He venido a ver a doña Elvira. No sé si lo sabes. No ha considerado «oportuno ni pertinente», como dice ella, que se realice una segunda autopsia al cadáver de Alfredo Montesinos. Javier Pando, mi compañero del grupo, jura que es la primera vez que la jueza hace algo así. ¿Qué te parece?

—No. No lo sabía. ¿Por qué queréis que se vuelva a hacer la autopsia? ¿Es que tenéis algo nuevo?

Roma le cuenta al médico el contenido de las cintas de vídeo. También la extraña visita de los dos sanitarios trasladados hasta el piso de la calle Llombay en la furgoneta de un conocido delincuente; que Montesinos y el ahorcado del Carmen, Ókpasuri Abbe, se conocían y, al parecer, muy bien, y el resto de las inquietantes coincidencias que parecen rodear todo lo que tiene que ver con Alfredo Montesinos.

—Desde luego —asegura Jorge Palau mientras apura el café solo con el que ha acompañado la tostada de tomate y jamón—, todo lo que me has contado es como para pedir una segunda autopsia, aunque conociendo como conozco a mi jefe, lo veo difícil. Entiéndeme, si un juez la ordena, no habrá más remedio, pero a don Alejandro no se le convence así como así.

—Eso es lo que yo me temía, Jorge —dice Roma—, pero quiero hacer un último intento. Mira —la policía pone una carpeta sobre la barra de la cafetería de la Ciudad de la Justicia donde están ambos—, me he traído todo esto para ver si convengo a doña Elvira, pero no soy muy optimista. Por eso quería hablar contigo. Dime una cosa, ¿hay alguna posibilidad de provocar una cirrosis letal con algún tipo de medicamento o de droga? O sea, ¿se puede envenenar a alguien y que la autopsia establezca que murió por fallo hepático?

El doctor Palau se lleva la mano a la barbilla y aprieta los dedos mientras frunce el entrecejo y cierra un poco los ojos. La inspectora le ha visto muchas veces hacer ese gesto de reflexión. Y la vuelve loca.

—No —concluye el forense—. O, al menos, no si sabemos lo que estamos

mirando. En cualquier autopsia se empieza por alguna parte, o sea, que si se trata de alguien que ha muerto en un accidente de tráfico, por ejemplo, buscaremos restos de alcohol para determinar si iba borracho al volante. Sin embargo, en otras circunstancias nos centraremos en lo que las condiciones de hallazgo del cadáver y su entorno nos indican, a no ser que nos digan otra cosa, vaya.

—¿Y en este caso?

—Bueno —Palau duda—, yo no estuve cuando se hizo esta autopsia porque fue el propio don Alejandro el que la llevó a cabo. Sí me comentó algo de que había mucha prisa por una cuestión de la familia del muerto o algo así, ¿no?

—En efecto. De hecho, don Alejandro ya dijo en el piso de Montesinos, durante el levantamiento del cadáver, que aquello había sido una muerte natural por cirrosis provocada por alcoholismo crónico.

—Entiendo. —El médico esboza media sonrisa irónica, tan blanca y radiante que Roma tiene la tentación de que se la podría comer allí mismo—. Don Alejandro ya ha visto de todo y se fía demasiado de su propia experiencia y erudición.

—Eso mismo pienso yo. Por eso, Jorge, insisto: ¿hay algo con lo que se podría producir esa crisis hepática? ¿Algún medicamento raro que solo se dispense en hospitales y que pudiera, digamos, engañar a la autopsia?

—No hace falta buscar nada extraño, Roma. —Palau vuelve a sonreír—. Ni una conspiración con drogas experimentales. Una sobredosis de paracetamol puede causar ese tipo de muerte.

—¿Paracetamol? —Roma abre tanto los ojos que por un momento parecen más grandes que las lentes rectangulares con montura de pasta roja que los enmarcan—. ¿Quieres decir que se puede matar a alguien a base de sobres de Frenadol?

—¡Y tanto que sí! Claro que el número de sobres necesario dependerá del peso de la persona y de su condición física general. Por eso, cuando el médico de cabecera insiste en que no hay que tomarse más de tres píldoras de un gramo al día, es por algo, aunque mucha gente no le haga caso. Una de mis primeras autopsias, precisamente, fue a una mujer que se suicidó con Termalgin. Se tomó una caja entera de treinta comprimidos de un gramo. Además, también había ingerido alcohol y barbitúricos, con lo que el proceso se aceleró. En 36 horas estaba muerta, y eso que aún dio tiempo a llevarla al hospital y...

—Espera, espera —corta Roma—. Entonces, ¿una dosis letal de paracetamol no tiene efectos inmediatos?

—No. Durante las primeras doce horas, más o menos, el paciente sufrirá molestias abdominales, náuseas y vómitos ocasionales. Después vendrá el dolor y la rigidez lumbar como si tuviera una contractura, más o menos. A partir de las 24 horas empiezan a producirse las varices esofágicas, las lesiones en el hígado que no es capaz de metabolizar las toxinas y el sangrado que le llevará al coma y a la muerte si no se le aplica tratamiento hospitalario. Todo esto puede variar mucho, por ejemplo, dependiendo de la alimentación de la víctima, si consumía alcohol de manera habitual

y si el paracetamol se ingirió combinado con otros fármacos. Como te he dicho antes, los barbitúricos hacen que vaya todo más deprisa. Aquella mujer también se había tomado un Seconal, que era bastante común hace unos años, aunque ahora ya no está en las farmacias porque ha sido sustituido por las benzodiacepinas, que son menos peligrosas. Sin embargo, si se combina el paracetamol con, digamos, el pentotal (que aún se usa en los quirófanos para la anestesia general), el cuadro clínico se podría acelerar.

Roma Besalduch abre la carpeta de la investigación. Lo hace no porque busque nada en concreto, sino porque mover papeles leídos una y otra vez le ayuda a concentrarse. De momento, todo cuadra. La extraña visita de los dos supuestos sanitarios se produjo casi treinta horas antes del aviso de los vecinos del piso de la calle Llombay donde vivía Alfredo Montesinos. Entre los folios del expediente están impresas algunas instantáneas extraídas del vídeo de las cámaras de seguridad. Dado que la policía y el forense están hombro con hombro en la barra de la cafetería, el doctor Palau no puede evitar fijar la mirada sobre los documentos.

—¡Espera, Roma! —dice justo después de que la inspectora voltee una hoja—. ¡Déjame ver una cosa!

El médico se acerca el papel a menos de cuatro dedos de su nariz y, de nuevo, se sujeta la barbilla y frunce el ceño mientras entorna los ojos. En la imagen aparece una mujer bajita y gruesa, de media melena rubia tintada y acompañada de un hombre bastante más alto que ella que oculta su rostro bajo una capucha gris. Ambos llevan anoraks anaranjados.

—Yo la conozco —dice Palau—. O la conocía. De mis tiempos de estudiante en el Hospital Clínico. Hace ya más de veinte años de eso, pero sigue más o menos igual que como la recuerdo. Era muy simpática, en especial con los pipiolos como yo. ¿Cómo se llamaba? Creo que estaba en el pabellón Materno-Infantil. ¡Ay! ¿Cómo se llamaba?

Roma Besalduch parece que se está bebiendo cada gesto del galeno, no solo porque le gusta mucho verlos, muchísimo, sino porque la posibilidad de que identifique a esa mujer la sacaría del enésimo callejón sin salida en el que se han metido, dado que Patricia Esquibel no ha conseguido averiguar quién demonios es. Jorge Palau se libera el mentón, se gira hacia Roma y, con esa sonrisa que la policía intentará olvidar en vano durante todo el día, le dice con ese aire triunfante del buen estudiante que siempre ha sido y que se sabe la lección:

—Conchín. Se llamaba Conchín. Es ella.



—¿Qué tal ha ido con doña Elvira? —pregunta Patricia Esquibel, aunque barrunta que no ha ido bien a tenor de la cara avinagrada que trae su jefa—. ¿Has conseguido convencerla de que se le haga una segunda autopsia a Montesinos?

—¡Fatal! —La inspectora no puede reprimir la frustración—. ¡Horrible! No se ha querido mover ni un milímetro. Y me ha recordado que, como la investigación ya está judicializada, la que manda es ella y que no le veía sentido a lo que le pedía. Además... ¡Aún no sé para qué me ha tenido allí toda la mañana!

—Pero —interviene Carlos Ramos— ¿es que no has estado con ella durante todo este tiempo? ¡Si te has ido a las nueve y media y son casi las dos!

—¡Es que ha sido indignante! —brama Besalduch—. Cuando he llegado, y que conste que era prontito, Gracia, su secretaria, me ha dicho que doña Elvira estaba en una reunión que el decano había convocado a última hora y por eso no me habían avisado. Así que me he bajado a la cafetería, donde me he encontrado con... bueno, eso os lo cuento luego. Después he vuelto a subir y me ha dicho que había salido a hacer una gestión, pero que no me marchara. Hora y media más tarde he regresado a su despacho, pero doña Elvira estaba en una reunión muy importante y que ya me avisaría al móvil, así que otra vez al bar. ¡Los camareros ya me miraban raro y todo y me he tomado tantos cafés que estoy a punto del colapso nervioso! Al final, he conseguido verla y en un cuarto de hora me ha despachado como si fuera una vendedora de seguros. No me ha dejado ni enseñarle las fotos del vídeo de las cámaras de seguridad y me ha insistido en que nos centremos en los cadáveres de las niñas del contenedor dada la «alarma social y mediática». —Roma dibuja unas comillas imaginarias en el aire con los dedos mientras imita el tono de voz monocorde y severo de la magistrada—. En fin, que casi he perdido la mañana para nada. Y vosotros, ¿qué tal?

—¿Cómo que casi has perdido la mañana? —inquieta Javier Pando—. Has dicho que te habías encontrado con alguien. ¿Con quién?

—¡Ah, sí! —El recuerdo del doctor Jorge Palau tiene un efecto balsámico sobre el rostro tenso de Roma—. Me he encontrado con el subdirector del Instituto de Medicina Legal. Jorge, ese tan majo. Y... ¿sabéis qué? Me ha identificado a la sanitaria que visitó a Montesinos. Coincidió con ella cuando era estudiante en el Hospital Clínico y me dijo que se llamaba Conchín.

—¡*Baraka!* —exclama Carlos—. *Baraka* de la buena buenísima.

—No cantemos victoria tan pronto —se lamenta Roma—. Solo se acordaba del nombre de pila y a saber cuántas «Conchines» podían trabajar en el Clínico hace más de veinte años. Se acordaba de ella muy bien, pero no sabía por dónde puede andar ahora. Tampoco podía fijar bien su edad porque, cuando tienes dieciocho abriles, todo aquel que tenga más de treinta te parece un anciano. Me dijo que ahora podría estar cerca de los sesenta, o más incluso.

—Pero no está nada mal, Romi —apunta Patricia—. Será más fácil encontrar a una Conchín hace dos décadas en ese hospital que encontrarla en todo el mundo mundial, ¿no crees? Me voy a poner a ello inmediatamente. Habrá que ponerse en contacto con la Conselleria de Sanidad para ver cuántas enfermeras que se llamaran Concepción trabajaban en el Clínico... ¿En qué años?

—Entre 1990 y 1993, más o menos —dice la inspectora—. A partir de ahí, Jorge Palau ya no recordaba verla tanto por allí. Bueno, y vosotros, ¿qué tal ha ido la cosa?

—Pues tenemos una noticia buena y una mala —bromea Carlos—. ¿Cuál quieres oír primero?

—No le vaciles, Charlie —interviene Patricia—, que como le oí el otro día a una vendedora del Mercado del Cabañal, la jefa no tiene hoy el coño para farolillos. Primero, la buena.

Roma sonrío ante la penúltima salida de tono de su compañera. Es verdad. No tiene eso para lo que Patricia dice que hay que hacer con ello, ella sabrá en qué circunstancias.

—Pues —habla Javier Ramos— ¿te acuerdas que os decía que me era muy familiar el tío que acompañaba a la señora, que ahora ya sabemos que se llama Conchín? Creo que sé quién es. O, mejor dicho, tiene que ser Daniel Lluch Marín. Mira.

El veterano policía despliega sobre su mesa varios folios. El primero es un folleto donde la imagen de un niño, pelirrojo y de grandes ojos verdosos, mira a la cámara con una sonrisa un poco forzada mientras sujeta un saxofón casi tan grande como él. Su nombre, junto al adjetivo «DESAPARECIDO» está en letras mayúsculas sobre la fotografía, y debajo los números de teléfono de contacto de la Policía para aportar cualquier información de alguien que lo hubiera visto.

—Te acuerdas del caso, ¿verdad? —inquire Pando—. La prensa bautizó el asunto como el caso del pequeño músico y los más horteras como «la tragedia del Mozart de Los Serranos», porque al final lo encontraron en un viejo caserón de postas entre Bugarra y Gestalgar, en esa misma comarca del interior de la provincia de Valencia. Su profesor de Música lo secuestró durante ocho meses y lo convirtió en su juguete sexual hasta que fue localizado y rescatado por la Guardia Civil. Al responsable no llegaron a pillarlo nunca porque se suicidó antes. ¿Te acuerdas, Roma?

La inspectora asiente con la cabeza. Sí se acuerda del asunto. Aún estaba en el instituto por las mañanas y peleándose con su madre por las tardes. Aquello fue grande, con la noticia por todas partes, aunque tres años después se quedaría pequeño comparado con la inmensa pocilga mediática que vino luego con el caso de las tres niñas de Alcácer. Al menos, al pequeño músico lo encontraron vivo.

—Pues bien —prosigue Javier Pando—, compara las dos fotos. Estoy convencido de que es él. Han pasado veinticinco años y no parece que los haya llevado muy bien, pero es él.

Roma estudia las imágenes. En efecto, el hombre que mira a la cámara de seguridad con esa expresión entre alucinada y perdida puede ser, con pocas dudas, el crío que sujeta el saxofón. Y Pando tiene razón: los años le han maltratado bastante. La criatura del folleto policial tiene la cara redonda y pecosa, donde destacan unos enormes ojos verdes que, como en todos los niños, son dos ventanas abiertas a la inocencia y al futuro; por contra, el adulto muestra un rostro huesudo y de perfiles duros donde las aperturas oculares solo sirven para ocultar la culpa y el pasado.

—¿No tenemos una foto reciente de él que no sea de la cámara de vigilancia? —pregunta Roma.

—Sí —contesta Pando—, la de su documento nacional de identidad. Aquí está. Mira. Es él. ¿A que sí?

—¿Qué más sabemos de él? —pregunta la inspectora—. ¿Qué hace ahora? ¿Dónde trabaja?

—Extraoficialmente —interviene Carlos Ramos—, gracias a los múltiples y útiles contactos del maestro *jedi* Javier Pando, sabemos que pasó su infancia y su adolescencia entre familias de acogida y orfanatos, porque su padre, que era la única familia que le quedaba tras su secuestro, se suicidó. También sabemos que está dado de alta en el régimen de autónomos de la Seguridad Social y que le va muy bien económicamente a tenor de sus declaraciones de Hacienda. Es propietario de un piso grande en pleno centro, tiene un plan de pensiones más que generoso y se desgrava con donaciones a... —Ramos consulta en la libreta que tiene abierta ante sí— aquí está: la obra social de la Orden Franciscana del Real Monasterio de la Trinidad de Valencia en cuyo hogar infantil, por cierto, estuvo desde los once a los diecisiete años. ¿Qué te parece?

—¡Eh! —Roma da un respingo—. ¿Cómo coño habéis sacado eso? ¡Eso no se puede averiguar sin mandato judicial y lo sabes muy bien, Charlie! Una cosa así nos puede tumbar toda la investigación en el juicio.

—Calma, jefa, calma —dice Ramos conciliador y con una sonrisa pícaro—. No lo vamos a poner en el expediente. Simplemente, uno tiene un amigo de la carrera, que triunfó en la vida y ahora es inspector de finanzas del Estado al que no ha visto en mucho tiempo y le llama para ver cómo se encuentra. Hablando de esto y de aquello, surge el tema en la conversación. Así sabemos más cosas de él, aunque no sean relevantes, porque, estuviera haciendo lo que estuviera haciendo con la enfermera Conchín y el Chetú en el piso de Montesinos, no lo hizo por dinero. El tío está forrado. Pero forrado forrado.

—Bien —dice Roma—. Pero de esto ni una palabra a nadie. ¡Ni siquiera a Rotovátor! Y... ¿qué ha hecho este Daniel Lluch Marín para estar tan forrado?

—¡Música! —exclama Carlos—. El notas, nunca mejor dicho, es compositor de sintonías para publicidad, bandas sonoras de videojuegos, películas y cosas así. Y se ve que debe ser un genio en lo suyo a tenor de lo que ingresa cada año por derechos de autor. Eso sí, paga sus impuestos religiosamente y está al día de todo, todito, todo.

—Bueno —consiente Besalduch—, comunicaremos al juzgado que hemos identificado a un sospechoso y tenemos indicios de quién puede ser la mujer que lo acompañaba. Aunque si doña Elvira no va a autorizar la segunda autopsia, a no ser que confiesen que envenenaron a Montesinos nada más nos abran la puerta, no podremos denunciarles por nada. Esa era la buena noticia, ¿no? Ahora, por favor, la mala.

—La mala —dice Javier Pando— es que el Chetú ha desaparecido. Mis amigos del grupo de Delincuencia Organizada me dieron su última dirección conocida: una alquería en medio de la huerta de Alboraya que, además de un taller de motos, tenía unas habitaciones para él y un par de compinches que estaban allí en plan comuna de moteros. Me acerqué por allí, pero aquello estaba cerrado a cal y canto. Ni Chetú, ni motos, ni nada. Pregunté a un *llauro* —a pesar de haber nacido en Salamanca, Pando maneja con soltura la definición valenciana para los jubilados que aún trabajan sus huertas acorraladas entre edificios— que estaba en su campo de chufas y me dijo que los había visto salir hacía tres días: eran cinco o seis. También me contó que no tenía ninguna duda de que eran ellos por el follón que montan con sus Harley. Hemos averiguado la matrícula de la moto del Chetú. Por otro lado, hemos dado aviso a la Guardia Civil de Tráfico. Por su aspecto y por lo escandalosos que son los trastos que conducen, no puede pasar desapercibido. Tarde o temprano aparecerá por alguna parte. Por eso hemos preparado la petición de orden de detención.

—¿Y algo de la furgoneta? —pregunta Roma—. ¿La viste en la alquería?

—No —contesta Pando—. Ni rastro. Además, en la grabación no se aprecia el número de placa del vehículo, así que, por ahí, estamos atascados. Tampoco hemos sacado nada del Ford Escort oscuro de las cintas de videovigilancia del Centro Comercial Gran Turia. Supongo que no llegaron a entrar en el aparcamiento del recinto, que es ahí donde se registran las matrículas y...

—¡Vamos a la sala de reuniones! —brama Rotovátor, que ha aparecido en el umbral de la puerta como una tormenta de verano—. ¡Todos! ¡Ahora! ¡Que traigo novedades!

Los cuatro policías no se han percatado en ningún momento de que su superior había salido del ascensor de la tercera planta y caminaba a zancadas hacia las dependencias del Grupo de Homicidios con la frente baja como un toro a punto de embestir. Roma, Patricia, Javier y Carlos recogen las carpetas y siguen a Pepe Gisbert a la carrera. El inspector ni siquiera les da tiempo a sentarse en torno a la mesa.

—Vengo —Rotovátor parece ladrar más que hablar— de estar con el intendente de la Policía Local del Ayuntamiento de Valencia. Hace días que le pedí que se revisaran las grabaciones de las cámaras de control de tráfico de todos los puntos de la red viaria que pudieran servir de acceso a la carretera CV-500, que es la que se convierte en la Avinguda de les Gavines a su paso por El Perellonet. ¡Aunque me jode reconocerlo, los guindillas han hecho un trabajo de puta madre! Y ¿sabéis qué? ¡*Baraka!*

El jefe desparrama sobre la mesa media docena de folios con fotografías impresas en ellos como si estuviera repartiendo las cartas de una baraja. Un camión con un contenedor aparece en todas ellas desde distintos ángulos.

—¿Son todas de la misma cámara, Pepe? —pregunta Roma—. Me da la sensación de que no lo son, por la luz y la toma.

—No —contesta Rotovátor—. Las hay de varios sitios conforme el camión avanzaba. Ha costado Dios y ayuda sacar una toma limpia del número de la matrícula, pero los chicos de la Sala de Control del Ayuntamiento han currado de lo lindo y lo han conseguido.

—¿Desde cuando —inquiere Pando— hicieron el rastreo los del Ayuntamiento?

—Les dije que empezaran el 1 de diciembre y, de ahí, en adelante. Primero establecimos sobre qué puntos podía haber pasado el camión que trasladó el contenedor y, después, revisaron las imágenes. De todas formas, la clave estaba en la hora. Les insistí en que estos cabrones no iban a ser tan idiotas como para pasearse con un mostrenco de este tamaño a plena luz del día, así que se centraron, sobre todo, en las horas nocturnas. Y aquí está.

—Pepe —Roma pregunta con cierto cuidado porque la cuestión es de las que puede tirar por tierra una investigación y muchas horas de trabajo—, ¿cómo podemos estar seguros de que este camión es nuestro camión?

—Por la hora, Roma —dice Rotovátor con una sonrisa de triunfo—. Por la hora y por la trayectoria del vehículo. Este tráiler pasó por ahí la noche del 21 al 22 de diciembre, a la una y treinta y dos minutos de la madrugada. Si no te desvías hacia la izquierda por la carretera que va a la Gola de Puchol a partir de la rotonda donde está la cámara, un bicho de ese tamaño solo puede ir a un sitio. Es nuestro camión, Roma.

—Pues —dice Patricia mientras hace ademán de levantarse de la silla— compruebo ahora mismo en la base de datos de quién es ese camión, jefe.

—No hace falta, niña —contesta el inspector—. Ya lo he hecho yo. Y, Roma, tenías razón. Ese camión está matriculado a nombre de LOSECOSA, la puta empresa de logística del puerto que parece que es el perejil de todas las salsas.

Los cuatro policías se quedan en silencio. Roma Besalduch nota como la sangre le hierve conforme recuerda la negativa de la jueza Elvira Quirós a que se realice una segunda autopsia del cadáver de Montesinos. «Son demasiadas casualidades —piensa— como para pasar esto por alto. El ex policía corrupto, el ahorcado del barrio del Carmen, la empresa de logística portuaria y el contenedor con los cadáveres de las seis niñas están conectados entre sí. Si yo lo veo, por qué hostias no lo ve la jueza. ¿O por qué no quiere verlo?»

—Pepe —en el tono de Roma no se disimula la súplica—, en serio, tienes que convencer a doña Elvira de que ordene la segunda autopsia. ¡Todo esto está relacionado! ¡Todo! Mira. Hemos identificado al supuesto sanitario que visitó a Montesinos junto a una mujer que creemos que es una enfermera que se llama Conchín y que trabajaba en el Pabellón Materno-Infantil del Clínico a principios de

los noventa. El sospechoso, además, no es otro que el «pequeño músico» que fue secuestrado hace veinte años y ambos iban acompañados de un conocido delincuente llamado el Chetú. Montesinos y Ókpasuri Abbe se conocían, es más, parece que se conocían muy bien y que trabajaban juntos. Y, al fondo del todo, está LOSECOSA, una empresa que, tarde o temprano, aparece con lo que...

—¡Y encima —interrumpe Patricia— les tocó la lotería, hostia puta! ¡Y a uno de ellos no se le ocurrió otra cosa que suicidarse para celebrarlo!

La inspectora retoma el hilo como si Esquibel no hubiera dicho nada:

—Si no sabemos cómo murió Montesinos no podremos denunciar a esos dos sanitarios y...

—¡Roma! —corta Rotovátor—. ¡Para! Esto lo vamos a discutir en mi despacho. Ahora hay cosas más importantes que hacer. Además, no se puede hacer una segunda autopsia de Montesinos. El cuerpo ya ha sido incinerado.

La segunda del Grupo de Homicidios se ha quedado congelada, al igual que sus tres compañeros. Las preguntas se apelotonan en la mente de los cuatro. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Roma Besalduch se indigna solo de pensar que hace menos de una hora que ha estado con la jueza Elvira Quirós y que la magistrada ni siquiera le ha mencionado que el cadáver de Montesinos ya había pasado por el horno crematorio. La posibilidad de vincular al «pequeño músico» y a la tal Conchín con un asesinato que sería posible llevar a cabo, tal y como le explicó el doctor Palau, con una dosis letal de paracetamol se acaba de convertir, como el resto de Alfredo Montesinos, en ceniza.

\*\*\*

Nihat Demir se sienta con cuidado. Siempre lo hace. También debe levantarse con tiento y despacio. No tiene más remedio. La esquirra metálica, a pesar de que es del tamaño de la mitad de una uña, le recuerda con su familiar pinchazo que sigue con él cada vez que hace determinados movimientos. Está a pocos milímetros de su cadera izquierda. El turco, tras tantos años con tan molesta compañía, ha terminado por aceptarla tal y como es. A fin de cuentas, la minúscula zarpa está hecha del mismo material que lo que significa su apellido: *demir*, o sea, hierro. Además, aunque doloroso, su presencia es un buen recordatorio de su juventud, de la lucha a muerte, entre otros muchos, contra los kurdos comunistas del PKK que le dejaron la porción de metralla entre las carnes y medio cuerpo abrasado. Y también de los cánticos de guerra bajo la bandera de los *Bozkurtlar*, los Lobos Grises de Turquía. Aquello pasó cuando era más joven y soñaba con una Turquía fuerte y grande como solo aquella organización neofascista y ultranacionalista podía conseguir. Luego comprendió que no hay más fortaleza ni grandeza que la que da el dinero: el río de dinero de la heroína.

Demir está tranquilo, aunque desorientado, cansado y un tanto dolorido. Es

consciente de que debe haber bajado del coche, por lo menos, a tres o cuatro calles de donde está ahora. Los dos jóvenes que le esperaban le han hecho entrar por una de las casas del barrio portuario y ha ido atravesando pasillos, salas de estar y cocinas de al menos seis o siete viviendas más. Los armarios se movían para mostrar puertas ocultas o simples agujeros en los tabiques medianeros por donde tenía que entrar agachado y apretando los dientes de dolor a causa del beso profundo y cruel de la metralla. No ha visto a nadie por el camino. Las puertas cerradas le han indicado, como en otras ocasiones, que tras ellas deben estar los habitantes de esas casas convertidas en parte de un laberinto. «Lo hacen bien —piensa—. Muy bien. Cualquiera que entre por un lado puede salir casi por el extremo opuesto del barrio sin que nadie le vea.» Ha estado en el hotel, donde está ahora su teléfono móvil, hasta que la noche de este jueves, 15 de enero, se ha desplomado sobre Valencia poco después de las seis de la tarde. De eso hace casi dos horas. En la esquina donde se ha bajado del monovolumen negro que lo ha trasladado hasta aquí, la farola que la alumbraba estaba ciega de una pedrada tan oportuna en su día como conveniente ahora. «Lo hace bien. Lo hace todo bien. Mucho mejor que su marido. Por eso trabajamos con ella.»

Nihat Demir tarda unos segundos en encontrar la postura adecuada para que la esquirla de metralla no le mortifique la cadera. La última puerta que ha franqueado acompañado por los dos muchachos le ha llevado a una estancia en la que nota que todo ha sido dispuesto para el encuentro que está a punto de empezar. El aspecto general es el de un garaje particular, dado que la extrema limpieza a la que ha sido sometida no consigue ocultar del todo el leve olor a combustible quemado. En el suelo de hormigón pulido están las marcas de bultos que estuvieron sin moverse de allí durante mucho tiempo. Otro sillón idéntico al que él ocupa espera a su ocupante al otro lado de la mesa baja donde se ha dispuesto un juego de café y una bandeja con pastas. La luz viene de los tubos fluorescentes fijados al techo. Una gruesa cortina ocupa todo un lado de la estancia y supone que, tras ella, debe estar el acceso a la calle y, quizás, alguna ventana. Se abre otra puerta, la que está en la pared opuesta de la que ha entrado, y por ella entra un gigante vestido de negro, brazos tatuados, barba de dos palmos de larga y cabello aún más largo recogido en una trenza. Le saluda con una inclinación de cabeza y se vuelve hacia quien viene detrás de él:

—¡Che, tú, Tía! ¡Tenga cuidado con este escalón! ¡Che, tú, que peligro tiene!

La anciana que Demir estaba esperando hace caso a su acompañante y salva el desnivel mirando dónde y cómo pone los pies. En cuanto sus miradas se cruzan, la Tía sonrío:

—¡Nihat! —le llama abriendo los brazos—. ¡Gracias por venir! ¡No te levantes, por Dios, que sé que te cuesta un poco! ¡Ya voy yo a darte dos besos!

—Siempre es un placer verla, Tía —dice el turco en su castellano gutural y con algunos acentos fuera de lugar, fruto de la década que vive en España mientras la gitana le estampa un sonoro beso en cada mejilla—. ¡Está usted cada día más joven y

más guapa!

—¡Irás al infierno por dos cosas —ríe la vieja—, por moro y por mentiroso! ¡Y me alegraré más por lo último que por lo primero! Bueno, cuéntame, ¿qué tal el viaje?

—Muy bueno, gracias. Ahora es muy cómodo con el AVE. Y también muy rápido.

—Un día de estos tengo que hacerlo yo para probar esa maravilla. Pero —la mujer se deja caer en el sillón— ¡ay, ya sabes! Una ya no está para muchos trotes y, además, cuando no es un pito es una flauta. Por eso te he pedido que vinieras.

—Lo que usted quiera, Tía. Por cierto, ¿cómo está su marido? ¿Cómo está don Gabriel?

—¡Ay, si es que no lo sabes! —responde la Tía, ajena a que el Chetú ha bajado la cabeza—. ¡Mi pobre *Grabiel* faltó! Le dio un ataque y no tuvieron tiempo ni de llevarlo a la enfermería de la cárcel. ¡Es que no se cuidaba nada!

—¿Qué clase de ataque? ¿Un infarto? ¿Un derrame cerebral?

—Un ataque —contesta mientras se enciende un Ducados— de los muy malos. De los que no dan tiempo a que te lleven a la enfermería. Muy malo, Nihat. Muy malo.

—Pues —Nihat Demir entiende que es mejor no seguir con el tema— mis condolencias, Tía Sol.

—Muchas gracias. ¿Qué se le va a hacer? ¡Es ley de vida! Los viejos nos tenemos que ir muriendo. Cada uno cuando le toca.

Por un momento, Nihat Demir se siente incómodo. Hasta ahora, la Tía era la interlocutora por delegación, porque el primer contacto entre su familia y los jefes de Demir en Estambul lo hizo don Gabriel, que en paz descanse. Duró poco aquello. Al cuarto o quinto envío, el patriarca fue detenido y condenado no solo por tráfico de drogas, sino por media docena de causas pendientes que tenía. Sin embargo, aquella mujer resultó ser mucho mejor socia para el almacenaje y distribución de la heroína por toda la costa mediterránea desde Castellón a Murcia que su difunto esposo. Su organización, basada en férreos lazos familiares, era impenetrable, bien estructurada y, además, sin chivatos ni cobardes. Al menos, vivos. Ahora, con el hombre criando malvas, Demir siente el desasosiego propio de cualquier situación que cambia porque odia los cambios. No obstante, el turco tiene la intuición de que la Tía no quería verle para hablarle de la muerte de su marido. Quiere otra cosa.

—Insisto en mis condolencias, Tía. Y espero que nuestra asociación siga siendo tan provechosa para todos como hasta ahora. Informaré a Estambul de su... de su pérdida.

—Tampoco te preocupes mucho por eso. Quería verte por otra cosa. Necesito un favor.

—Usted dirá.

—Verás, necesito localizar a alguien. Es alguien que desapareció. O, mejor dicho,



que se hizo desaparecer a sí mismo y lo hizo, por lo visto, muy bien.

—¿Aquí, en España?

—No. Está en Italia. O al menos allí llegó el domingo, 4 de enero, hace once días. Mis... —La gitana duda—. ¡Bueno! Un pajarito me ha dicho que cogió un avión desde Valencia a Roma y ahí se le pierde la pista. Su documentación española dice que se llama Miquel Corella Feliu. Toma, te he apuntado el nombre en este papel.

—¿Le debe algo este hombre, Tía? Si nos explica las razones podemos encargarnos de que le pague su deuda. Por usted estaríamos encantados de... de hacer las gestiones que hagan falta.

—Lo que me debe es cosa mía, Nihat. Y gracias, pero solo necesito saber dónde está. Sé que tenéis gente en Italia y, si no, sabéis dónde preguntar a otra gente que lo sabe. ¡Ah, otra cosa! Si os enteráis de dónde está, me dices cuánto te debo y te lo pago.

—¡Por favor, Tía! —El turco extiende las manos hacia delante—. ¡No me ofenda usted así! ¡Le haremos este favor encantados!

—No, Nihat, no. Mi... pajarito me ha dicho que el tal Corella no debe ser un cualquiera porque, aunque usó un DNI español auténtico para irse de Valencia, no parece que exista en ninguna parte. Soy vieja, Nihat, muy vieja. Y por eso sé de cierto que cuando alguien es capaz de desaparecer de esta forma quiere decir que es, ¿cómo te lo explicaría yo?... muy listo. O muy valioso. O tiene amigos muy fuertes. O todo a la vez. Si os pago por el *puscavazo*, perdón, que eso no lo entiendes. Si os pago por el *chivatazo*, sabré que recibo un servicio como Dios manda. Como he hecho siempre, ¿no? Todo al contado y en el día.

El turco se mueve en el sillón buscando una nueva postura que alivie el mordisco de la metralla. El dolor trae consigo sensaciones de sus años con los Lobos Grises. «Desde luego —reflexiona— esta mujer podría ser la encarnación española de Asena.» La Tía Sol, la reina del almacenaje de heroína en esta parte de España, le recuerda a la legendaria mujer loba que, en las estepas de Asia Central anteriores a la llegada del islam, condujo al pueblo turco a la libertad y la grandeza. Por ella adoptaron los Lobos Grises su nombre.

—Tiene razón, Tía. Todo al contado y en el día. No se preocupe. Buscaremos a su hombre. Y le pasaremos la factura.

\*\*\*

—¿Cómo te llamas? —pregunta la voluntaria.

—Alika. Alika Guobadia.

—¡Uy, madre! Vamos a ver: A-li-ka... Gu-o-ba-di-a. —Gira el folio para que la joven pueda leerlo—. ¿Así está bien escrito?

—Sí. Mucho bien.

—Se dice muy bien.

—Perdón. Muy bien.

—Es muy bonito tu nombre. ¿Tiene equivalencia en español?

—No comprendo.

—Que si se puede decir en español... no sé. Como, por ejemplo, John, que es inglés, en español se dice Juan. O Peter, que es Pedro.

—¡Ah! —ríe la joven mientras se tapa la boca con la mano para ocultar sus dientes rotos—. No. No Alike en español. En mi *language* quiere decir «la más bonita».

—¿Ves como ya sabía yo que era bonito? Muy bien, Alike, voy a explicarte. Aquí, en el Monasterio de la Trinidad, tenemos un programa para ayudaros a encontrar trabajo como cuidadoras de personas mayores. Pero antes, otra pregunta. Y contéstame con tranquilidad, que yo no soy policía. ¿Tienes papeles?

—No. Yo no papeles.

—¡Vaya! Bueno, no te preocupes. También intentaremos ayudarte con eso. Lo primero es que puedas trabajar. ¿Has cuidado alguna vez de una persona mayor?

—No.

—Eso es lo que puedes aprender aquí. Hay un curso en el que enseñamos cómo mover a un abuelito que no puede levantarse para que no se haga daño, ni tú tampoco. También cómo lavarlos; cómo se les pide una cita en el médico al que hay que acompañarlo. En fin, esas cosas. Oye... ¿sabes cocinar?

—Sí. Yo saber cocinar.

—Pero... me refiero a comidas de aquí. Es que muchas venís sabiendo recetas de vuestro país, como es lógico, pero para los abuelitos y las abuelitas de aquí hay que prepararles cosas españolas y, además, todos ellos han de seguir una dieta o no pueden comer determinadas cosas que dicen los médicos y sois vosotras las que tenéis que estar atentas... ¿entiendes?

—Más o menos, sí. Yo aprendo comida española.

—¡Exacto! Oye, veo que entiendes el castellano muy bien.

—Yo entiendo casi todo, pero hablar costar más. Español, difícil.

—Bueno, ya verás como en poco tiempo hablas como yo. Todo es cuestión de práctica. Otra cosa, Alike, ¿cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—¿Y tienes un sitio donde vivir? Un buen sitio, quiero decir.

—Sí. Yo... con otras en piso.

—¿Podéis pagar el alquiler entre todas?

—Sí. Por siete meses más no problemas.

«Al menos —piensa Alike— podemos estar tranquilas por eso. Por un tiempo.» Se repartieron la recaudación que no le dieron a Duke y aunque sabe que algunas de las chicas siguen haciendo la calle, ella no piensa hacerlo. La joven nigeriana ha optado por venir a este monasterio, porque así se lo dijo la doctora. Otras han preferido ir a los Servicios Sociales del Ayuntamiento o a otras asociaciones. Cada

una pretende seguir su propio camino.

—Perfecto. El curso que hacemos aquí dura solo un mes y es de lunes a viernes de diez de la mañana a una de la tarde. Luego te pondremos en la bolsa para la gente que viene aquí porque necesita una cuidadora para su padre, su madre o lo que sea. Nosotros hacemos el contacto y luego, si les gustas, pues te contratan, ¿lo entiendes?

—Sí. Curso. Contrato.

—Te advierto que no pagan mucho, pero nos aseguramos de que os den de alta en la Seguridad Social. Muchas te dirán que no merece la pena, porque si os pagan en negro, os lleváis más dinero, pero créeme, no es buena idea. Con un contrato es más fácil conseguir papeles. ¿Lo entiendes?

—Contrato, Seguridad Social y no entiendo pagar negro.

—Ya. Es que es un poco complicado. No importa. Ya te lo explicaré más adelante. Entonces, ¿quieres que te apunte en el programa?

—Sí. Yo... programa.

—¡Muy bien! Toma. Este es el horario del curso. ¿Ves? De lunes a viernes de diez a una. Ahora, ven. Te voy a enseñar dónde están las cocinas del comedor social, que es donde os enseñarán a hacer comida española para abuelitos. ¡Ja, ja, ja! ¡Dicho así suena fatal! Por cierto, que todos los días se sirven desayunos, almuerzos y cenas, por si te hace falta. Ven. Es por aquí.

Ambas mujeres salen de la oficina instalada en la planta baja de una de las conocidas como Casitas de la Trinidad, donde antaño vivía el personal laico al servicio de las religiosas. En su camino hacia las cocinas, Alika se fija en una lámina enmarcada. En ella hay una fotografía de la Virgen de los Desamparados. La joven nigeriana se para unos instantes mirando la imagen. La voluntaria le pregunta:

—¿Sabes quién es? Es la patrona de Valencia, le llamamos cariñosamente la *Geperudeta* porque parece que tenga joroba, ya que está con la cabeza así, siempre hacia abajo. ¿Lo ves? En valenciano, joroba —se palmea un poco más abajo de la nuca— se dice *gepa*. Por eso la llamamos así. Pero con cariño, ¿eh?

—Sí. Yo conozco. En mi país tener otro nombre.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama en tu tierra? Porque eres de Nigeria, me has dicho, ¿no?

—Sí. Yo... Nigeria. Allí es Yewá.

\*\*\*

José Antonio Gisbert Ortega aún no se explica de dónde habrán sacado sus compañeros y subordinados de la Jefatura la pequeña escultura que le han regalado. «He de reconocer que tienen mucha gracia, los muy cabrones», se dice a sí mismo mientras contempla la pequeña réplica de un *rotovator* que brilla sobre la peana de piedra sintética. La miniatura tiene todos los detalles de un cultivador de verdad, como los que tienen los tractores, pero que hubiera sido reducido por una máquina de

las que salen en las películas de ciencia ficción. Cuando lo mira de cerca, se fija en los diminutos remaches que fijan las palas en círculo en torno al eje. Será de un palmo de largo por cuatro dedos de alto, más o menos, plateado y brillante. En uno de los lados del soporte, sobre una placa dorada está grabada la siguiente leyenda: «Para Pepe *el Rotovátor*. No nos olvides», junto al escudo del Cuerpo Nacional de Policía. «Los malnacidos se han preocupado de poner hasta el acento en la a». En efecto, el término que define el apero de labranza no lleva tilde, pero en Valencia sí se pronuncia de ese modo. Y un día como hoy, con las emociones a flor de piel, el jefe del Grupo de Homicidios está dispuesto a asumir con orgullo el apodo que ha arrastrado durante años. «Anda que, como me ponga a llorar, verás tú. Ya he estado cerca antes, así que, Pepito, átate los machos en la comida y no te despidas como un viejo chocho de lágrima fácil, coño, que por algo te han llamado Rotovátor toda la vida.»

La reproducción del arado mecánico es, junto a una carpeta azul, lo único que queda sobre la mesa del despacho que ha ocupado durante dos décadas como jefe del Grupo de Homicidios. Este es su último viernes de trabajo. Un par de horas más y empezará el fin de semana más largo de su vida. El último y definitivo. A partir de pasado mañana, 1 de marzo, estará jubilado. Ha pensado en ir a la primera *masclètà* de las fallas de 2015 para ver qué se siente al asistir al espectáculo pirotécnico como uno más, sin tener que preocuparse de nada porque lo que pase allí ya no será de su incumbencia. Sabe que no lo va a conseguir.

Las fotos de su familia, los diplomas y reconocimientos que ha recibido a lo largo de su carrera y hasta las gafas de repuesto están en un par de cajas de cartón que aguardan en el coche. Durante dos días revisó toda la documentación de las investigaciones en curso y la ordenó para que quien tenga que sustituirlo se encuentre todo en orden. A él le gustaría, claro que le gustaría, que fuera Roma Besalduch la elegida y será la inspectora la que, mientras se cubre la vacante, se haga cargo del Grupo de manera provisional. Ha hablado en su favor con todo el mundo, pero también es consciente de que otras variables pueden entrar en juego. En cualquier caso, ha hecho lo que ha podido. O casi.

La corbata del traje de gala le aprieta el cuello y el tintineo de las medallas en la pechera está empezando a irritarle. Como le suele decir a su mujer, «cuarenta y dos años de poli dan para mucha quincalla, Manuela». Ha pospuesto para el final, para ahora mismo, qué hacer con el archivador donde guarda las copias de los casos sin resolver, su muestrario de fracasos. Para cuando se celebre la comida, Roma Besalduch debe saber de la existencia de lo que hay ahí dentro. Y también debe saber lo otro. Lo debe saber todo.

—¡Pepe! —Victoria Rocafull, la jefa del Grupo de la Unidad de Familia y Mujer aparece en la puerta. También va con el uniforme de gala y abraza una gruesa caja de documentos—. Ya estoy aquí. Cuando quieras aviso a Roma para que venga.

Rotovátor asiente con la cabeza y marca el número de su segunda. La

conversación apenas dura unos segundos: «¿Puedes venir? Sí. Vale.» Así han sido todas las charlas con la inspectora durante el último mes y medio. Cortas y secas. Incluso amargas. Por eso es necesario que Victoria y él hagan esto hoy. Al menos, por su parte, la cosa no puede terminar así. Roma necesita saber.

Besalduch no se tomó nada bien que la jueza Elvira Quirós diera carpetazo al caso de Alfredo Montesinos autorizando la incineración del cadáver y eliminando así cualquier posibilidad de que una segunda autopsia corroborara su teoría de que el ex policía corrupto había sido envenenado por aquellos dos sanitarios que, al final, Roma y su equipo lograron identificar: Daniel Lluch Marín y Concepción Tárrega Suay. Sin embargo, sin pruebas forenses, no había nada que hacer. El asunto estaba cerrado, y aunque Roma llegó a amenazar con denunciar a la magistrada ante el Consejo General del Poder Judicial por mala praxis, al final no lo hizo. Rotovátor la presionó para que todo el grupo se centrara en el asunto del contenedor de las niñas de El Perellonet y, aunque están aún muy lejos de atrapar al responsable de aquella atrocidad, la investigación no va mal. Por lo menos, han pillado a uno. Y la operación lleva camino de ser transferida a Madrid dado el tamaño que está adquiriendo.

Augusto Tejedor Aguilar, el gerente de LOSECOSA, está entre rejas. Los de la Unidad de Delincuencia Económica y Financiera, la UDEF, que tanto temen los políticos, pusieron del revés su empresa y averiguaron que, durante años, había servido para blanquear dinero de un grupo de delincuentes rusos que se dedicaban, principalmente, a la prostitución. El camión que trasladó el contenedor con los cadáveres de las niñas era de su empresa y el conductor que lo llevó hasta allí, José Vicente *Josevi* Muñoz, fue el encargado de borrar, soplete en mano, el código de cifras y letras que identificaba el embalaje de transporte marítimo. Tejedor también confesó que había encargado a una empresa de excavaciones para que hicieran la zanja en la urbanización de El Perellonet donde metieron el contenedor, siguiendo instrucciones de Alfredo Montesinos y que a Josevi, su hombre de confianza, le ayudaron en la tarea de enterrarlo cuatro o cinco africanos que vinieron de la mano de un tal Óscar, al que solo vio una vez, pero que identificó en una foto del cadáver de Ókpasuri Abbe, el ahorcado del barrio del Carmen. Tejedor está acusado de más de media docena de delitos entre los que destaca el encubrimiento, blanqueo de capitales, estafa, evasión de impuestos y hasta inhumación ilegal. No obstante, es evidente que él se limitó a ayudar a los que metieron a las niñas en aquel ataúd refrigerado lleno de plátanos. El otro sospechoso, Josevi Muñoz, se aplicó a sí mismo el castigo que consideró justo. Después de ver lo que nadie debería ver, se arrojó entre dos contenedores el mismo día que le había tocado la lotería. Alfredo Montesinos estaba implicado, no hay duda. Y Ókpasuri Abbe también. Pero ambos ya no tenían que rendir cuentas ante nadie. Ya se habían ocupado de ello.

A cada descubrimiento, a cada paso que se daba, la indignación crecía en Roma Besalduch. Más de una vez, en un tono monocorde y profesional, dirigiéndose a Rotovátor de usted y como «inspector Gisbert» en todo momento, la segunda del

Grupo insistía en que Concepción Tárrega Suay y Daniel Lluch Marín habían formado parte de algún tipo de ajuste de cuentas entre aquella banda de delincuentes. «Y tiene razón —piensa Gisbert—. Están involucrados, pero no en la forma que cree. Por eso hay que hablar con ella. Por eso tiene que saberlo.»

Victoria Rocafull se sienta y deja el grueso archivador de cartón en la mesa. Ignora la miniatura del arado mecánico que han regalado a su compañero y coge la carpeta azul que lleva impresas, en mayúsculas, las siglas UDEF sobre el escudo de la Comisaría General de Policía Judicial.

—Pepe, ¿has tenido tiempo de leerlo?

—Sí, Victoria, sí. Y es feo de cojones.

La mujer asiente con la cabeza. Ella también lo ha leído. En el informe que está en el interior del portafolios de cartulina se describe la maraña de empresas que se contrataban unas a otras para blanquear el dinero de la prostitución. Y también incluye datos muy embarazosos sobre una determinada mercantil que se dedica a las reformas y el interiorismo. La UDEF asegura que CLaVE, siglas de Claudia Vida y Estilo, S. L. ha emitido facturas falsas provenientes de otras tres firmas llamadas Rudak, S. L., Azavok, S. L. y Ageup, S. L., las cuales, además, habían sido adquiridas por LOSECOSA, que, a su vez, le vendieron a CLaVE la urbanización a medio hacer de El Perellonet donde fue hallado el contenedor. «El típico follón financiero —piensa Rotovátor— para que al final no se sepa dónde están los pies y dónde la cabeza.»

—Para los cerebritos de la UDEF —dice Victoria mientras sujeta la carpeta, sin abrirla—, los nombres de los propietarios de esta empresa no les dirán nada en especial. Entienden que es una más entre las muchas que usan las mafias para blanquear, pero... ya me entiendes.

—Lo sé —contesta Rotovátor—, el hijo de doña Elvira estaba en el ajo. Hasta el cuello. Le podrá valer que compró los terrenos hace meses, según dice ahí que pone en el registro y que aquel solar no está bien vallado ni vigilado, con lo que cualquiera pudo meterse allí dentro para librarse del contenedor con las pobres criaturas. Lo más probable es que se le pueda acusar de fraude fiscal o, a lo sumo, de blanqueo. Pero de nada más. Ese chaval ha estado jugando con fuego y es posible que salga de esta sin quemarse demasiado. De todas formas, me sabe mal por doña Elvira.

—Este informe no ha sido enviado al juzgado todavía, ¿no?

—Que yo sepa, no. Conociendo como conozco a la jueza, en cuanto lo lea pedirá que el caso se traslade a otro instructor. ¡Buf! Vaya marrón.

—No es la única que se ve en una de estas. Te recuerdo lo del hijo de todo un fiscal general del Estado, también abogado, y que está metido hasta las trancas en algo bastante parecido a esto. ¡Joder! —se queja la inspectora Rocafull—. ¡Es que es imposible, Pepe! ¡El puterío, como la droga, mueve demasiado dinero y parece que puede con todo!

—Con casi todo, Victoria, con casi todo. Con ellas no ha podido.

—Ya veremos, Pepe, ya veremos. Esto no va a ser entre una jueza y un presunto delincuente. Estamos hablando de una madre y su hijo. Y las madres, mal que nos pese, solemos perder un poquito la cabeza por nuestros retoños. Hasta Jack el Destripador tuvo una mamá que, llegado el caso, defendería lo que hizo su nene, porque a fin de cuentas eran solo media docena de pelanduscas que algo habrían hecho. No te olvides de eso. A vosotros no os pasa. A nosotras, sí.

—Perdón. —Roma Besalduch está en la puerta—. Inspector Gisbert, inspectora Rocafull, ¿querían verme?

Rotovátor mira a su segunda. Está guapa en uniforme de gala. Muchos de sus compañeros y todos los mandos han acudido hoy a trabajar así para despedir al jefe de Homicidios como merece toda una vida en la Policía. Ha sido un acto de cierta solemnidad, incluido el discurso del jefe superior y del delegado del Gobierno.

—No te voy a consentir, niña —dice Rotovátor con una sonrisa que pretende ser un signo de la inminente reconciliación—, que no me llames Pepe en mi último día. ¡Anda, siéntate y no estés en posición de firmes!

Roma no está dispuesta a permitir el deshielo, a pesar del intento. La joven inspectora se ha sentido ninguneada y menospreciada por Rotovátor, que se ha puesto del lado de la jueza Quirós en su negativa a seguir profundizando en la investigación de la muerte de Alfredo Montesinos. No obstante, obedece y se sienta junto a su compañera. El aroma de Bulgari *au thé vert*, el perfume de Victoria, se apodera de sus fosas nasales. Es Gisbert el que habla primero:

—Sabes lo que guardo ahí dentro —Rotovátor señala el archivador—, ¿no, Roma?

—Sí, inspector. El muestrario de fracasos, como usted lo llama.

—Así es, reina mora, así es. Veinte años de frustraciones y mala hostia por todos y cada uno de los cabrones que se me han escapado. O que los teníamos, pero que se libraron de la cárcel. O que fueron a la cárcel, pero no estuvieron en ella todo el tiempo que merecían. ¡Bueno! ¿Qué te voy a contar que no sepas?

—Sé lo que dices, Pepe... lo que dice usted, inspector Gisbert.

Rotovátor se cuida de que Besalduch no vea la sonrisa que acaba de esbozar al escuchar el tuteo y su nombre de pila. «La cosa no va mal.» Continúa:

—Con esos de ahí dentro ya poco se puede hacer, más allá de que me lleve todas esas copias a mi casa en Lliria y, cuando mi Manuela se harte de verlas por allí, use el papel para encender la chimenea. A lo mejor tenéis *baraka* y salta la liebre en uno de ellos, pero yo ya no estaré aquí y me tendré que conformar con leerlo en el periódico y alegrarme mucho. Sin embargo, lo que tiene Victoria en esa caja es distinto.

—Roma —dice la inspectora Rocafull mientras palmea el archivador de cartón—, esto de aquí podría haber sido otro muestrario de fracasos como el de Pepe. Pero no lo es. El trabajo policial y judicial de todos estos expedientes llegó hasta donde llegó. Aquí dentro hay maltratadores que se fueron de rositas con una orden de alejamiento que nunca cumplieron; denuncias retiradas; proxenetas que se libraron por un defecto

de forma, un abogado hábil o simple desidia. Nos hinchamos a decir que las víctimas son lo primero, que hay que acabar con la lacra de la violencia de género y todas esas palabras bonitas, pero tras cada caso llega otro y de las que han padecido el horror no se acuerda nadie más allá de cuando se hace el listado de muertas, apaleadas o metidas a putas a palos. ¡Y nosotros con las manos atadas por procedimientos y garantías que no tiene la mujer que recibe una paliza o a la que tienen en un burdel obligándola a follarse a seis o siete tíos al día para recaudar 400 euros!

Durante la siguiente hora y media, Victoria Rocafull va contándole a Roma Besalduch todo lo que guarda en el archivador de cartón. Caso por caso. La segunda del Grupo de Homicidios pasa de estar enfadada a indignada por las injusticias que encierran esos papeles hasta quedarse completamente estupefacta cuando la jefa del Grupo de Familia y Mujer le cuenta cómo, a través de caminos torcidos, la justicia llegó a cada culpable con retrasada pero feroz eficacia.

Expediente a expediente, Roma comprueba como el patrón se iba repitiendo. Conforme un maltratador se libraba del castigo por un formalismo o por un error judicial o policial, era un accidente de tráfico, una caída letal o una complicación fatal en un centro de salud las que hacían el trabajo que el sistema, a causa de sus mil grietas, no había podido terminar. En el caso de los proxenetas, las denuncias retiradas bajo amenazas, las condenas escasas o las absoluciones por falta de pruebas se corregían mediante el viejo y expeditivo método del ojo por ojo. Sin recursos ni apelaciones. Simple y directo. Las macabras coincidencias que su compañero Carlos Ramos tenía anotadas respecto a las guardias de la jueza Quirós (y que servían para que el estrafalario club de parapsicólogos de su madre tuviera con qué entretenerse en su búsqueda de psicofonías) cobran ahora todo el sentido y encajan todas las coincidencias: Doña Elvira Quirós al timón del Juzgado de Instrucción número 22 y esa enfermera de aspecto bonachón, gruesa y madura, transformada en un ángel vengador que acuna a la muerte entre sus manos blandas y su sonrisa ancha.

Tenía razón respecto a la implicación de la tal Conchín Tárrega Suay, pero, tal y como auguraba Rotovátor, no de la manera que ella pensaba. Gisbert y Rocafull — más la segunda que el primero— también han participado en un sistema de justicia brutal y primario desde hace más tiempo del que está dispuesta a asumir. Además, le dicen que hay otras dos mujeres implicadas. No le dicen quiénes son. Aún no. Cuando Victoria cierra la carpeta del último expediente, Roma se queda callada, con la cabeza encajada entre las manos y los codos en las rodillas. Sus dos superiores le dejan tiempo para que asimile la información.

—Niña —dice Rotovátor—, ni que decir tiene que esto nos puede mandar a la cárcel a Victoria y a mí.

—Ya lo sé, Pepe —contesta Besalduch—. Ya lo sé. ¡Es que no sé qué pensar! Esto es el ojo por ojo y diente por diente. Va en contra de todo lo que me enseñaron en la academia, pero, por otra parte, lo que Victoria me ha contado es demasiado injusto para las víctimas. Es... es... es demasiado. ¡Todo es demasiado!



—Si lo que te he contado —apunta Victoria mientras extiende su brazo sobre los hombros de Roma para arroparla— no es suficiente, pienso que deberías ver a alguien. ¿Tú qué opinas, Pepe? Es alguien muy especial. Dime, cariño: ¿tienes algo que hacer esta tarde?

—Bueno, tengo que estar con mi hija, porque mi madre me ha dicho que había quedado con una amiga o algo así.

«Desde la última bronca que tuvimos —piensa Roma—, he decidido que ella también tiene derecho a disfrutar de su tiempo libre como le dé la gana. Y nos va mucho mejor ahora.»

—Roma, cariño —insiste Victoria—, tiene que ser esta tarde. Además, conocerás a otra de ellas. Ella te lo explicará todo. Se llama Cristina. Y cambió mi vida, te lo juro.

—En fin —suspira Besalduch—, supongo que podré convencer a mi madre de que se quede con Morgana un ratito. ¿A quién tengo que ver?

—Ya le has visto en fotos —apunta Rotovátor—. Se llama Daniel. Daniel Lluç Marín.



Domingo, 1 de marzo de 2015

Por primera vez en quince años y un mes, empiezo un cuaderno sin haber acabado el anterior. Y lo que es peor: tampoco he acabado el anterior del anterior. La Loquera me ha dicho que no importa y estoy empezando a crearla. Bueno. No del todo. Digamos que quiero creer que estoy empezando a crearla. De vez en cuando me escuecen las meninges al pensar que en la estantería del salón de mi casa está el cuaderno número 181 con 86 hojas en blanco por las dos caras. Como correspondía a un mes de 31 días (enero), dejé la primera en blanco y rellené nueve páginas por las dos caras los días 1, 2 y 3. El domingo, 4 de enero, pasó lo que pasó y ya no pude escribir nada hasta el 12, que era lunes. Entre la entrada del día 4 y la del 12 dejé 36 páginas en blanco y, a partir de esa, el resto del cuaderno. Está ahora en el lugar que le corresponde en la balda y aún no he decidido si lo dejaré un poco salido hacia fuera, porque, a fin de cuentas, no está completo y habrá que distinguirlo de alguna manera, aunque solo de pensar que en la línea de lomos marrones haya una protuberancia me pongo nervioso. Y no debo ponerme nervioso. Además, no tengo motivos para ponerme nervioso. De hecho, hoy es el primer día en el que no hay ninguna razón para ponerme nervioso.

También he dejado en blanco, completamente en blanco, el cuaderno número 182, el correspondiente al mes de febrero, que tenía que haber rellenado sin dejar ninguna hoja en blanco y escribiendo, cada día, tres hojas por las dos caras y cuatro renglones de la cuarta. También lo dejé en la estantería. También un poco salido respecto al resto. Joder, qué movida. Pasé más de una hora yendo y viniendo hasta la balda. Unas veces los empujaba para que estuvieran alineados con el resto de sus hermanos. Otras veces los volvía a sacar para que no se me olvide que son diferentes. Llegué a dejar el que tiene unas pocas páginas escritas encajado del todo y el otro sobresaliendo. Y luego los volví a meter. Y los volví a sacar. Si no hubiera sido porque sonó el timbre de la puerta me hubiera pasado allí toda la tarde.

Miré el reloj. Eran las cinco. Me extrañó un poco porque la Loquera me había dicho que vendrían a recogerme a las siete, ya que el avión salía a las nueve y media. No me agobié por eso. No tenía nada que hacer. La maleta llevaba hecha una semana. La Gorda me ayudó a hacerla. Me costó más decidir qué piezas musicales iba a poner en el iPod para el viaje que la ropa. La verdad es que la eligió ella después de ponerme la cabeza como un bombo sobre el tiempo que haría donde estoy ahora. Me la suele sudar bastante lo que me pongo. No tengo el más mínimo criterio para elegir colores, salvo el blanco, claro. Odio el blanco. De lo único que me preocupé es que dentro del equipaje estuviera el cuaderno número 183, que es este en el que escribo ahora, y el Pilot negro, que es el que hace 85 de los 168 que compré en catorce cajas

de doce unidades cada una. Cuando complete los 300 cuadernos, me sobrarán 23 bolígrafos. El que empecé en la libreta del mes de enero y el que no llegué a usar en la del mes de febrero los enterré en una maceta de mi terraza. Es la que tiene un cactus que me traje del piso tutelado y que solo he regado durante años (igual que hacíamos allí) con los culines de cerveza que se calientan en el fondo de los botes. El cactus me recuerda a mí. Lleva una vida asquerosa, se mete lo que no debería y ahí sigue. Hecho una mierda, pero vivo.

Yo estaba en medio de un pequeño ataquito obsesivo-compulsivo bastante de puta madre, ya que lo estaba disfrutando gracias a Berlioz y su *Sinfonía fantástica*. En mis altavoces Wilson Audio Sophia sonaba ya el quinto movimiento, el *Songe d'une nuit du sabbat* o sea, el *Sueño de una noche de aquelarre* donde el viejo Hector ya estaba en pleno colocón y se le nota. Mientras decidía si los cuadernos extraños de enero y febrero debían estar alineados o no, escuchaba la mejor interpretación de la historia, la del británico Colin Davis al frente de la Royal Concertgebouw de Ámsterdam en 1974, aunque yo tengo la versión remasterizada de 2007. Leonard Bernstein decía que la *Sinfonía fantástica* es la primera música psicodélica de la historia, mucho antes que los Beatles jugaran con drogas y música, cosa que yo hago todos los días, por cierto. El propio Berlioz confesó que iba hasta las trancas de opio cuando compuso la partitura. El *larghetto* inicial ya había acabado cuando sonó el timbre de la puerta y se iniciaba el *allegro* con el inicio de la *idée fixe*, la idea fija, la frase musical que domina toda la sinfonía en su triste do menor, pero desfigurada en una versión tan aterradora como grotesca, porque la mujer amada por el músico protagonista de la pieza y que ha sido asesinada por él mismo va a su propio funeral. Y regresa convertida en una bruja que chillaba con el timbre penetrante del clarinete requinto al que se le une un flautín. Luego viene lo que más mola: las campanas que marcan el inicio de la ceremonia fúnebre y que se oyen por encima del *Dies irae* y se mezclan con el baile de las hechiceras y los demonios del aquelarre. Esas sí que son campanas del infierno, y por eso las usaron en las bandas sonoras de *El resplandor* y *La naranja mecánica*.

Cuando abrí la puerta, allí estaba la Loquera. Venía con otras dos mujeres. A una, que se llamaba Victoria, la había visto antes. A la otra, que se llamaba Roma, era la primera vez. Me dio buen rollo enseguida porque estaba en si bemol mayor, que es la tonalidad de la conciencia limpia y el compromiso de luchar por un mundo mejor. Todo en ella me gustaba, porque en si bemol mayor está compuesta *Pinos de Roma* de Ottorino Respighi y el último movimiento de este poema sinfónico, el que describe el paso de las legiones por la Via Apia, era como aquella chica delgada, de melena negra y corta y gafas de pasta. Encima, luego se modulaba a fa mayor, que es la que encierra la furia y el arrebató, pero también el valor y la determinación, como pasa en *Thunder Road* de Bruce Springsteen. Me encantan las casualidades, sobre todo cuando provocan que el mundo se ponga en orden o, al menos, en mi orden. Esa mujer era orden. Es que, para colmo, se llamaba Roma. Roma. Como la ciudad en la

que iba a estar en unas horas. Donde hoy estoy, vaya. Pero eso lo contaré luego.

La Loquera, o sea, Cristina y Victoria me pidieron que le contara toda la historia. Y así lo hice. Roma me hizo alguna pregunta suelta, sobre todo con relación a cómo había vivido todos estos años. Y le dije que mal, claro. ¿Qué le iba a decir? Más tarde, mi psiquiatra, después de pedirme permiso, le enseñó mis cuadernos. Debo reconocer que me puse un poco nervioso y tuve que encenderme un porrito delante de ellas porque las dos libretas de enero y febrero de 2015 sobresalían de la línea del resto y no sabía cómo se lo tomarían mis visitas. En aquel momento, aquellas dos protuberancias me parecían la cosa más aberrante del mundo, y eso que yo mismo las había dejado así un rato antes. Además, la *Sinfonía fantástica* que suelo oír cuando estoy en plena rayada obsesivo-compulsiva de las que me molan (porque algunas me gustan, qué le voy a hacer) me había dejado un pelín tocado, así que, mientras Roma ojeaba mis diarios, me senté al piano.

La melodía y el acompañamiento me salió de una tacada. Está feo que lo ponga así, pero es que la clavé. Roma, incluso, dejó de mirar en las libretas y cerró los ojos. Aún me pregunto qué pensaría del mogollón de páginas repletas de mi caligrafía apretada y negra. Bueno, sí que sé lo que pensaría: que estoy como una puta cabra. De todos modos, las tres se quedaron bastante flipadas y, cuando terminé, Roma me dijo: «Qué bonito lo que has tocado. ¿Qué era eso?» Y yo solo le pude contestar: «Eres tú.»

Después, se fueron. No le mencionaron que me iba de viaje. Mi primer viaje. Aún no sé a qué había venido Roma a mi casa. Tampoco me preocupé, porque si venía con Cristina, por algo sería. La Loquera me dijo que me lo explicaría todo cuando volviera en un rato para recogerme y llevarme al aeropuerto. No lo hizo. Quiero decir que sí me llevó al aeropuerto, pero no me contó nada, y no porque no lo intentara, sino porque yo estaba bastante nervioso y es comprensible. Nunca había subido a un avión. De todos modos, iba bien puesto con un chino, dos petardos y el *Concierto para violín en re mayor Op. 35* de Chaikovski a todo trapo en los auriculares. En la terminal de Manises me esperaban dos chavales, los nietos de la Tía, que se llaman Cheche y Cisco. Son bastante majetes. Mogollón, de hecho. No facturamos nada. Mi maleta es pequeña porque mañana lunes me vuelvo y la guitarra también la pasé como equipaje de mano. Hubo que pagar más, pero la pasta, con la Tía como organizadora de viajes (y de casi todo), no es un problema.

Sí. Ya sé tocar la guitarra. No era tan difícil. Bueno. Ya sé tocar bien una canción con la guitarra. Con un mes de práctica no puedo decir que sea Paco de Lucía ni David Russell, por supuesto. Pero, esa canción en concreto, la bordo. Me hubiera extrañado bastante que el instrumento se me resistiera, y no lo ha hecho. Creo que el que se resistía más era yo. De todos modos, he estado practicando todos los días para aprenderme una canción. La canción. La Loquera, como siempre, tenía razón. Tenía que vencer el miedo a las guitarras y para eso no había otra forma que machacar una. Tengo los dedos de la mano izquierda despellejados por el roce con las seis cuerdas y

me he dejado crecer un poco las uñas de la mano derecha para sacar un mejor sonido. Además, me compré un buen trasto: una Hermanos Sanchis López 1F Extra Negra de tapa de pino y abeto y fondo de palo santo de la India. Sus bajos son profundos y definidos y sus agudos brillantes y limpios. Al principio le tenía miedo y por eso la llamo *Miura*. Es que me suena igual de noble, igual de brava e igual de temible que uno de esos toros.

Cheche y Cisco lo tenían todo preparado de puta madre. La Tía los había aleccionado bien, porque no me dejaron a solas ni un segundo. Mientras uno se iba a buscar «cositas» (no íbamos a ser tan imbéciles como para ir cargados de caballo y maría en el avión) a la dirección que la Gitana les había dado, el otro me hacía compañía. Si quería hablar, hablábamos y, si yo me ponía muy nervioso, me calzaba los auriculares del iPod y me ponía una lista de reproducción de piezas compuestas en re mayor, donde está mi madre. Eso no falla nunca.

La verdad es que podríamos haber pasado la mañana de ayer sábado haciendo un poco de turismo, por aquello de que Roma es una ciudad que mola mucho y todo eso. Pero la verdad es que nos la pasamos en el hotel. Cheche no soltó el teléfono móvil ni un solo segundo. Teníamos que esperar un telefonazo que nos avisaría de cuándo iban a venir a recogernos y, por ese motivo, no nos movimos de la habitación. Nos daba miedo que llamaran y nos pillaran en la otra punta de la ciudad. La verdad es que no sé si este hotel está cerca o lejos del centro. Y me da igual.

Llamaron sobre las dos de la tarde, más o menos. Era el Chetú, que también estaba en Roma desde hacía un par de semanas, según me dijo después. A partir de ese momento, empalmé un porro con otro a tal velocidad que Cisco llegó a advertirme que nos íbamos a quedar sin género como siguiera a ese ritmo. Tenía razón. Además, necesitaba tener la cabeza despejada para lo que iba a pasar.

Me alegró ver al Chetú en el asiento del copiloto de aquella furgoneta. Esa bestia parda me mola en su excesivo fa mayor. Hablaba con el conductor en una mezcla imposible de castellano, valenciano y lo que el gigantón entendía como italiano, y que consistía en añadir a cada palabra en los idiomas que domina cosas como *-atti* o *-enetti*. Recuerdo que me dijo que todo estaba preparado y que me lo iba a pasar de puta madre. Y no se equivocó. Estuvimos un buen rato al volante hasta llegar al sitio, no porque estuviera muy lejos, sino porque el tráfico era una puta pesadilla. Íbamos a Tor Sapienza, un barrio a unos quince kilómetros del centro.

El lugar era un estercolero. Un edificio abandonado que en su día debió ser una fábrica o algo así, rodeado de descampados y sin una puta farola encendida en tres kilómetros a la redonda. Cheche y Cisco se quedaron en el coche con el conductor y el Chetú y yo entramos.

La silla estaba atornillada al suelo y él estaba sentado en ella, con las manos atadas a la espalda con una cadena y un candado. Estaba en pelotas, por completo, y tiritaba porque allí dentro hacía un frío de cojones. Yo también temblaba. Temblaba tanto que el Chetú me tuvo que ayudar a sacar la guitarra de la funda porque temí que

se me cayera al suelo. Había otra silla para mí. Le habían puesto tibio a hostias, pero le reconocí a pesar de los moratones en los pómulos y los goterones de sangre en los labios hinchados. El Chetú me preguntó cuánto iba a durar y yo le dije que poco menos de cuatro minutos, ya que no iba a hacer el solo. El grandullón se fue hacia un rincón y trajo una rueda de coche y se la encajó como si fuera un flotador de la playa. Gritó porque los bordes del neumático le rasparon la piel. Había allí otros tíos, colegas italianos del Chetú, tan locos por las Harley y la mala vida como él. Uno de ellos le cogió del pelo y le levantó la cabeza para que me mirara. Mientras, el Chetú sacó de no sé dónde una botella de plástico y empezó a esparcir el líquido por la rueda con cuidado, como si estuviera aliñando una ensalada. «Es que si no —me dijo riéndose—, la falla arderá muy deprisa.» Él no decía nada. Solo me miraba. A mí me temblaban las manos y también el muslo sobre el que tenía apoyada la guitarra. No conseguía colocar los dedos de la mano izquierda sobre el mástil. Entonces sonrió y consiguió asustarme más gracias a ese colmillo del lado derecho, más largo de lo normal y torcido, que salía en todas mis pesadillas. El Chetú encendió un par de hojas de periódico y, mirándome, me soltó con una risotada: «¡Música, maestro!» Pero yo no podía. Entonces habló él y me dijo: «Pequeño Dani, ¿no te acuerdas de mi canción? Deja que te ayude. Empieza con el acorde de sol mayor. Eso es. El dedo índice en el segundo traste de la quinta cuerda. Bien. El corazón en el tercer traste de la sexta y, ahora, pon el anular en el tercero de la primera. Perfecto. Un, dos, tres y...» Le obedecí. Como siempre hice en aquella casa de paredes blanqueadas. Mi mano derecha rasgó las seis cuerdas y el acorde blanco de la tonalidad blanca llenó de claridad aquella pocilga. Él empezó a cantar la versión de Toquinho, pero yo entoné la de Seguridad Social. Y el Chetú dejó caer el papel ardiendo sobre el neumático empapado de gasolina. La terminé entera borracho de tanta luz de sol mayor y olor a carne quemada. Ni siquiera oí sus gritos.

Cuando estaba en el orfanato Reina María, no me gustaba ir a las acampadas que se organizaban a veces para que los niños tuviéramos contacto con la naturaleza. Ni soportaba el monte ni soportaba las reuniones alrededor de la hoguera donde uno de los monitores tocaba la guitarra y todos cantaban. Ahora creo que sí me gustan. O al menos me ha gustado la única en la que he estado. Aunque sigo odiando los sábados y el color blanco. Mucho. A pesar de que ya puedo decir que el mejor día de mis últimos veinte años de vida ha sido un sábado. Ayer. Y hoy es la primera vez que aquí aparece el Grandísimo Hijo de la Gran Puta cuando yo quiero: en el último renglón. Mañana más.

## Coda

La piel de Cristina Llorens agradece el beso frío del aire acondicionado nada más entrar en la recepción del Hospital Nou d'Octubre. La primera *ponentà* del verano valenciano ha llegado incluso antes que el propio verano. El sol inmisericorde cae a plomo, envalentonado por el cálido viento del oeste y, entre ambos, han convertido las calles en un horno donde la sombra de árboles y edificios no ofrece el menor refugio. La psiquiatra comprueba la nota de su teléfono móvil. «Habitación 317», lee. Tercer piso, pues. En el ascensor intercambia comentarios sobre lo insoportable que resulta salir «... y eso que aún estamos a 10 de junio», le comenta una señora «cuando llegue agosto nos vamos a morir».

El vestíbulo y los pasillos de la clínica privada tienen un aire elegante y tranquilo bien diferente al trajín constante al que la psiquiatra infantil está acostumbrada en el Centro de Especialidades del Grao, donde ella trabaja. No hay camillas por el medio ni tanta gente. Los cristales tintados domesticar los rayos del sol salvaje que reina ahí fuera. Se percata enseguida dónde está la habitación 317 porque Elvira Quirós está sentada en un butacón, justo enfrente de la puerta.

—Doña Elvira —la saluda con la voz baja, contagiada por la calma que impera en toda la planta mientras le da dos besos—. ¿Cómo se encuentra?

—¡Cristina, cariño! —La jueza parece haber envejecido veinte años de golpe. Está más delgada y arrugada que nunca—. Gracias por venir.

—No faltaría más, por Dios. ¿Cómo está?

—¿Él —señala con un movimiento de cabeza la puerta cerrada que tiene ante sí— o yo?

—Los dos. Bueno. Primero, usted.

—Ya. Pues rota, Cristina, estoy rota.

—Lo entiendo. Han sido muchos años. De todos modos, yo creo que se precipitó un poco, ¿no? Quiero decir, no debió renunciar a la carrera solo porque su hijo...

—¡No podía, Cristina! —corta—. ¡Simplemente no podía! No soportaba estar en el juzgado sabiendo que Julián había hecho lo que había hecho. Sí, me dirás que ya era mayorcito, que sabía lo que hacía y que yo no era responsable de que se hubiera asociado con mafiosos de la peor calaña. ¡Y encima haciéndose rico blanqueando dinero de la prostitución! Tú no lo puedes entender, Cristina. Tú no tienes...

—No, doña Elvira. —La expresión de la psiquiatra se endurece—. No siga por ahí. Yo sí que lo puedo entender. De hecho, lo entiendo muy bien. Recuerde que tenía una hija. Y también un marido. Y me quitaron a ambos.

—Perdóname, cariño. —Las lágrimas asoman entre los párpados arrugados—. Perdóname de verdad.

—No se preocupe. Comprendo que diga cosas sin pensarlas. Siga.

—¿Sabes una cosa? —La ya ex jueza se enjuga la humedad de los ojos—. Dios es un cabrón cruel que...

—¡Como le oiga don Agustín!

—También se lo he dicho a él, no te creas. Te decía que es muy sádico que las mujeres sintamos ese amor incondicional por nuestros hijos nada más nos los sacan de las entrañas. Nos volvemos ciegas y tontas por ellos. No nos importa lo que hagan, no nos importa cómo nos traten y, pase lo que pase, siempre pensamos que la culpa es nuestra porque no supimos educarlos, o decirles las cosas a tiempo o... o lo que sea. Asumimos sus éxitos como propios y padecemos sus fracasos con más intensidad que ellos mismos. Vivimos para ellos durante lo que nos queda de vida. Con los hombres no es así, vamos, digo yo. No sé. Es como si ellos aprendieran a querer a sus hijos conforme los van tratando y si la cosa se tuerce, pues de la misma manera que creció su amor se puede disolver. ¡Anda que no hay casos de padres e hijos que no se hablan o que, directamente, se odian! Sin embargo, nosotras, no podemos elegir. Es como si estuviéramos programadas para ser esclavas de algo o de alguien. Por mucho que queramos ser madres y profesionales, e incluso en estos tiempos, ni en nuestra sociedad democrática y moderna no nos podemos librar del yugo que nos colocan en el momento en que cortan el cordón umbilical y nos ponen sobre las tetas ese trocito de vida recién nacida, tierna e indefensa, aunque venga embadurnado de sangre y mierda. No es justo.

—Es muy duro lo que está diciendo, doña Elvira. Pero no por ello es menos cierto.

—Fíjate en una cosa. Es una idea que no me quito de la cabeza. A lo largo de la historia y de la literatura, la figura del padre que se ve obligado a enviar a su hijo a la muerte está rodeada de un aura de nobleza y de abnegación trágica. Lo hace porque no tiene más remedio, para obtener un bien mayor o para evitar una catástrofe. Fíjate en Agamenón con su hija Ifigenia, con Abraham e Isaac, con la leyenda de Guzman el Bueno. ¡Hasta el mismo cristianismo se basa en esa idea, pues Dios mandó a la Tierra a su único Hijo a que lo torturaran y lo mataran! Sin embargo, para las mujeres es diferente. ¿Recuerdas el mito de Medea?

—Vagamente, doña Elvira.

—Medea era la hija del rey Eetes de la Cólquida, y nieta del mismo Helios, el dios del Sol. También era sacerdotisa de Hécate, la diosa de la noche y la brujería, por lo que ella misma era también una hechicera. Tanto las leyendas como la tragedia que lleva su nombre la pintan como una mujer, diríamos, adelantada a su tiempo. Una hembra fuerte con habilidades mágicas y que no necesita a ningún hombre. No obstante, fue tan tonta como lo solemos ser todas alguna vez y se casó con Jasón cuando apareció por su reino con los argonautas en busca del Vello de Oro y...

—Eso ya me suena más.

—Pues eso. Se enamoró tanto de aquel aventurero que hasta traicionó a su padre para irse con Jasón, con el que tuvo dos hijos. Pero, tiempo después, el pajarito la repudió para casarse con una princesa y Medea, para vengarse, mató a sus dos retoños, no solo porque sabía que a su infiel marido le iba a hacer más daño así, sino



porque, a fin de cuentas, eran más suyos que de él.

—No me gusta por dónde va esta conversación, doña Elvira.

—Mi viejo profesor de Derecho Romano en la facultad —la ex magistrada ignora el comentario mientras cierra los ojos para fijar mejor la memoria— solía contarnos que los abogados antiguos, en el Foro, se hacían publicidad diciendo a los posibles clientes que los contrataran porque eran tan hábiles ante los jurados que podrían conseguir que absolvieran a Medea. Ya ves. Su trágica historia era el ejemplo para explicar la encarnación del mal más absoluto, el que no tiene perdón posible. Un padre puede matar a su hijo si lo estima oportuno y habrá quien lo entienda, pero una madre no puede. No se le permite. No nos lo permitimos, Cristina. Yo te digo: la participación de un hombre en la concepción de un hijo es la que es y no hace falta que te la recuerde. Además, ellos no están sujetos por esas cadenas de afecto y de amor que arrastramos para siempre, cuando si hay alguien que tenga derecho sobre ellos somos nosotras.

—No puedo darle la razón en eso, doña Elvira. Las madres no tenemos más derecho sobre nuestros hijos que el privilegio de poder criarlos y educarlos y el dolor cuando nos los quitan. Y sé de lo que hablo.

—Lo sé, cariño, lo sé. —La ex jueza cierra los ojos—. Ayer estuve con la Tía y...

—¿Aquí? —interrumpe la psiquiatra—. ¿Delante de todo el mundo? ¿Y si las vio alguien juntas?

—No, no. Nos vimos en otra parte. No te preocupes. No me quito de la cabeza lo que me dijo.

—¿Qué le dijo?

—Ya sabes lo que le gusta repetir eso de que todos los hombres son sucios y malvados y que nosotras deberíamos ser las primeras en saberlo porque, cuando nos los ponen en el pecho, están llenos de mierda y sangre y lo que quieren es mamar, es quitarnos aún más de lo que ya nos han quitado cuando los llevábamos en las entrañas. Y, aun así. Los queremos con toda nuestra alma a pesar de que nos sorben la vida como sanguijuelas. Pero se ha acabado, Cristina. Por lo menos para mí, se ha acabado. Ya no me chupará más la sangre. Hoy se termina todo. Todo.

—Doña Elvira. —Una alarma se enciende en la mente de la psiquiatra, quien toma las manos de la ex magistrada y las aprieta con fuerza—. Está usted muy deprimida por todo lo que está pasando. Dígame, ¿por qué está ingresado su hijo?

—Por una crisis de ansiedad, según me ha dicho. Pero no me lo trago.

—¿Cómo que no se lo traga? ¿Qué quiere decir con eso?

—Pues porque tenía que ir a declarar mañana mismo a la Audiencia Nacional. Su abogado presentará el informe médico y se aplazará la vista. En derecho, Cristina, hay dos maneras de ganar un juicio. Una es ganarlo, claro; la otra es no perderlo nunca y dilatar el proceso de tal manera que, al final, se quede en nada. Y eso es lo que está haciendo. Mi Julián sabe de leyes, sin duda. Pero yo también.

—¿Y su mujer? ¿Dónde está su nuera, doña Elvira?

—En el gimnasio, creo. La verdad es que me da igual.

La puerta de la habitación se abre y Conchín sale con una bandeja de metal entre las manos. En ella hay una jeringuilla y varios viales con el collarín roto. Va vestida de enfermera, con el logo del hospital privado bordado en el pecho, y no puede evitar la cara de sorpresa que se dibuja en su rostro al ver a la psiquiatra junto a la jurista.

—¡Conchín! —exclama sin importarle las miradas que atrae—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué... qué es lo que has hecho?

—Lo que doña Elvira me ha dicho —responde la enfermera—. Lo que ella me ha dicho que hiciera.

—¿Usted ha...? —La psiquiatra no consigue terminar la pregunta—. ¿Usted ha...?

—Era el castigo que merecía —dice la ex jueza—. El que se merecía.

—¿Ahora mismo? ¿Y usted, aquí sentada?

—Ese es el mío.

## Unas cuantas aclaraciones y muchos agradecimientos

Todos los escenarios de esta novela son reales y también las referencias históricas sobre ellos. No obstante, me he permitido algunas licencias en aras de la tensión dramática que debo aclarar. La más importante de ellas se refiere al Real Monasterio de la Trinidad. En el recinto monástico está enterrada la reina María de Castilla, quien fue la responsable de que el convento dejara de ser un foco de escándalos (en efecto, algunas de sus dependencias se usaban como burdel) y lo llevó a su máximo esplendor durante el Siglo de Oro valenciano. La orden franciscana ha regido el complejo durante siglos, pero al contrario de lo que cuenta la novela, nunca hubo entre sus muros ningún tipo de obra benéfica tal y como está narrado en estas páginas. Ni orfanato, ni comedor social, ni servicio de ayuda a mujeres maltratadas o en situación de prostitución. Otras instituciones religiosas y laicas, tanto públicas como privadas, prestan estas asistencias que este escritor ha concentrado en ese lugar. El Real Monasterio de la Trinidad siempre fue de clausura hasta el año 2014, cuando las últimas monjas clarisas, ya ancianas, fueron trasladadas a otra residencia. Desde entonces está abierto al público y es una verdadera joya cuya visita recomiendo [www.monasteriotrinidad.es](http://www.monasteriotrinidad.es). El resto de las referencias sobre la peculiar relación que la ciudad de Valencia ha tenido con la prostitución a lo largo de la historia no son fruto de mi imaginación. Aquel barrio cerrado y amurallado lleno de lupanares (aunque no era el único en España) y que fue la admiración de Europa existió, así como las regulaciones públicas que lo regían y también la horca que estaba en su único acceso. Ya en 1876, el erudito valenciano Manuel Carboneres publicó *Picaronas y alcahuetas o la mancebía en Valencia*, que es uno de los primeros estudios históricos sobre el fenómeno en España. En este sentido, soy deudor de los trabajos que han realizado historiadores como Vicente Graullera, M.<sup>a</sup> Carmen Peris, Noelia Rangel, Vicent Baydal y Gemma Moreno.

De igual modo he alterado una referencia temporal respecto a la situación de la prostitución en la Valencia actual. En la novela se menciona un informe de la ONG Médicos del Mundo sobre el casi millar y medio de mujeres que, hoy en día, están en esta situación en la capital del Turia. Ese estudio es real y sus escalofriantes y vergonzantes cifras también, pero se presentó en octubre de 2015 y no en 2014 como se cuenta en este libro.

Cualquier lector que sepa de música podrá considerar que la personalidad que Dani otorga y percibe en las diferentes tonalidades musicales contraviene las leyes de la física y la armonía. Y es verdad. Los antiguos griegos definieron un sistema de afinación musical llamado «modos» que adjudicaba un determinado carácter a cada uno de los siete. A partir del Barroco solo sobrevivieron dos, el jónico (o modo mayor, considerado alegre) y el eólico (menor y tenido por triste). Cuando llegó el

Romanticismo se extendió entre los compositores una suerte de inventario que otorgaba ciertas cualidades a las doce tonalidades y era algo que se lo tomaban muy en serio genios como Beethoven. A finales del XIX se extendió la afinación llamada «de temperamento igual», que acabó con las diferencias auditivas entre las tonalidades. Aun así, algunas coincidencias entre piezas musicales y estados de ánimo o situaciones son asombrosas. Quizá sea eso lo más fascinante de la música: su capacidad de transmitir ideas trascendentales que no se pueden traducir a otras formas de comunicación como la palabra o que se pueden percibir de muchas formas. Stravinski decía que la música no expresa nada más que a sí misma. Y, precisamente por eso, lo puede expresar todo.

En mi temeridad he querido contar música con palabras y será el lector el que juzgue qué tal me ha ido. En este empeño necesité que alguien tradujera a pentagramas y notas algunos personajes tal y como Dani los percibe. Para ello he contado con la impagable ayuda de buenos músicos cuyo talento debo agradecer. En especial, a Pedro J. Viso Roger, quien ha compuesto las piezas con las que uno de los protagonistas percibe a otros personajes y cuyas partituras con los primeros compases de cada composición pueden ser consultadas al final de este libro. Para quien quiera escuchar lo mismo que Dani oye en su cabeza, en la página web de Pedro [www.pedrojviso.com](http://www.pedrojviso.com) es posible escucharlas y apreciar su enorme talento en toda su magnitud. Mi gratitud se extiende también a dos grandes guitarristas como Josué Mora y Maelo da Costa, de la banda Corb, así como al cantante y líder del grupo valenciano Seguridad Social, José Manuel Casañ, que me prestó, con la generosidad y la caballerosidad que le caracteriza, su versión de *Acuarela* de Toquinho sin saber (ni preguntar siquiera) lo que mi sanguinaria imaginación iba a hacer con ella.

Los fallos e inexactitudes de la novela son de mi entera responsabilidad a pesar de los buenos consejos y ayuda que he recibido de mucha gente como Laura Macías y Eduardo Oliveros, de la empresa Sartre-Audio, que me explicaron muchos y valiosos detalles sobre los sistemas de alta fidelidad. También fue de gran utilidad el tutelaje de José Francisco Merli en lo referente al proceloso mundo de la seguridad informática y el de Toni López y Arturo Blasco por lo que me contaron sobre el funcionamiento de la estiba portuaria y el transporte marítimo. Sin M.<sup>a</sup> Ángeles Ferrero no hubiera podido reproducir aquellos aspectos de la asistencia social a menores que necesitaba y sin los conocimientos de química de M.<sup>a</sup> del Mar Sánchez Vallenquino la historia se hubiese quedado coja. Por supuesto, también mi agradecimiento al jurista Javier Zaldívar, por su paciencia al someterse a mis interrogatorios sobre el funcionamiento de los juzgados.

Esencial ha sido la ayuda de la inspectora Esther Maldonado, la jefa del Grupo de Homicidios de la Brigada Judicial de la Policía Nacional de Valencia, que sí que es una verdadera amazona en la lucha por la convivencia sin atajos ni taliones, así como la de Sebastián Roa, guerrero de letras y poeta de armas. No puedo pagar bastantes cervezas para saldar mi deuda con ambos.

El diablo está en los detalles. Y cuando los folios empiezan a contarse por cientos, Satanás se frota las manos. Gracias a las artes de tres hechiceras de las letras como mi lectora alfa, Beatriz Macías, mi agente, Susana Alfonso y mi editora, Carmen Romero, este libro es bastante mejor que tal y como salió de mi teclado. Sus conjuros en torno al caldero, como siempre, obraron magia. Además, creo que no me cansaré de agradecer a mi profesora de Lengua y Literatura de mi adolescencia, Isabel de Ancos, que orientara mi pasión por leer mostrándome un camino que no creo que abandone nunca.

Las primeras líneas de esta novela tomaron forma en un momento en el que su autor no estaba demasiado en forma. Por eso necesitó dos curas: la primera vino de la mirada de Silvia Pérez y la segunda de la voz de Cristina García Sanjurjo. Esta historia les debe más de lo que ellas imaginan. Gracias, de corazón.

Alguna vez me han dicho que tengo cierta habilidad para imaginar y reproducir sucursales del infierno en mis relatos. Ese juicio, como todos los demás, se lo dejo al lector. Lo que sí sé es crear infiernos domésticos cuando me sumerjo en la escritura, y es mi familia la que los sufre. En el mejor de los casos me vuelvo hosco y huraño y, en el peor... pues mucho peor. Aguantar en casa a semejante individuo es una heroicidad de la que solo Yolanda es capaz y, además, hacerlo con sonrisas, besos y abrazos. Sin ella, nada es posible. Ni siquiera yo.

*Playa de Gandía, octubre de 2016*

